MARIO ROSO DE LUNA

UNA MARTIR DEL SIGLO XIX

HELENA PETROVNA BLAVATSKY

FUNDADORA DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA

PRIMERA EDICION

EDITORIAL KIER, S. A.

AV. SANTA FE 1260 - BUENOS AIRES

1ª edición argentina - Editorial Kier S.A.
Buenos Aires 1973

TAPA
BALDESSARI

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

A la honrada y sublime memoria de Helena Petrovna Hann Fadéeff Blavatsky, incomprendida mártir del siglo XIX *y faro para el siglo* XX, *como protesta contra las calumnias autorizadas respecto de ella, por una parte del clero anglicano y por la "Society for Psychical Research of London" en 1885.*

M. ROSO DE LUNA

(Día del aniversario XXXI de la desencarnación de la Maestra, 8 de mayo de 1922.)

"¿Por qué asombrarse de que Gautama Buddha muriese con plena serenidad filosófica? Como acertadamente dicen los cabalistas, 'la muerte no existe, y el hombre jamás sale de la vida universal. Aquellos a quienes creemos muertos, viven todavía en nosotros, como nosotros vivimos en ellos... Cuanto más uno vive por sus semejantes tanto menos temor debe tener en morir'. A lo cual añadimos nosotros que el que *vive* por la Humanidad hace más aún que aquel que por ella muere."

(H. P. BLAVATSKY - *Isis sin velo.*)

EL DR. HARTMANN, y H. P. B.

H. P. Blavatsky no fue ni una santa ni un demonio, sino un ser muy humano, con muchas cualidades agradables y tal vez unas pocas desagradables, pero ella fue una Iniciada y, sobre todo, una persona de muy extraña constitución psíquica, que la habilitaba para vivir a orillas de los dos mundos, el astral y el físico, visitándolos ambos a voluntad y poniéndolos en comunicación entre sí. A pesar de lo mucho que se ha escrito acerca de su relevante personalidad, podemos decir que quien no la ha conocido personalmente no está habilitado para juzgarla, y que el único modo de apreciar a fondo su verdadero carácter es estudiar sus escritos, los cuales demostrarán claramente a toda inteligencia libre de prejuicios que ellos han sido inspirados desde una elevada fuente, y no se deben a su propio estudio personal o especulativo. Las cosas que ella escribió le fueron enseñadas o dictadas por una Inteligencia Superior. Si semejante Inteligencia era su propio Ego Superior, o, como ella lo pretendía, era algún adepto viviente en el Tibet, no podemos saberlo con certidumbre, y menos aun probarlo a otros. Yo creo que es perfectamente cierto lo que ella dijo, esto es, que gran número de cosas que escribió le fueron dictadas mientras su cuerpo estaba dormido. Ella, en efecto, escribía en latín, griego, hebreo, sánscrito y otras lenguas, y siempre correctamente, todo lo que ella ni siquiera podía leer en su estado normal, y yo dudo mucho si en su oculta personalidad entendería completamente cuanto escribió en su "Doctrina Secreta", si se emprendiese su estudio.

El objeto de la vida de tan admirable mujer fue indudablemente el de propagar las enseñanzas teosóficas por todo el mundo; excitar a las gentes a dar cumplimiento a su levantado propósito y así guiarlas en el camino hacia la verdad. Semejante objeto fue para ella superior a toda otra consideración. Su vivaz anhelo de conducir a la Humanidad hacia su más elevada concepción de la vida, a demoler las supersticiones religiosas e impulsar al hombre a sentir en sí propio la presencia del Santo Espíritu, que a nuestras almas cobija, la obligación a divulgar la elevada filosofía de Oriente y a prescindir de aquella sabia enseñanza evangélica (Mateo, VII, 6) de "no dar los tesoros del Reino de Dios a los cerdos", cosa de la que hubo de arrepentirse amargamente hacia el fin de sus días.

H. P. B. era de poderosísima imaginación, impulsiva y voluntariosa, lo que hubo de ocasionarle no pocos sinsabores. Pero en su inmortal personalidad ella fue sólo la servidora de un Poder elevado, acerca de cuya verdadera naturaleza sólo podemos juzgar por lo que enseñó a través de ella, usándola como dócil instrumento. Sus defectos personales, si algunos tenía, le eran propios y característicos, empero sus enseñanzas corresponden al mundo. Por su muerte hemos perdido una inteligencia magistral, que adaptó cuanto pudo a nuestra comprensión y capacidad mental las altas verdades espirituales, dándonos las enseñanzas sublimes de antiguos sabios y místicos en una forma moderna y comprensible.

(Franz Hartmann, en su célebre carta al periódico *The World*, a raíz de la muerte de H. P. B.)

INTRODUCCION

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

(QUEVEDO: *Epístola satírica* contra las costumbres de los castellanos. Versos 4-6.)

Antes de emprender la enorme tarea de esbozar el comentario y la crítica de la ingente labor legada al mundo por la principesca mujer que se llamó Helena Petrovna Hann Fedéeff, viuda del Consejero de Estado Nicéforo Blavatsky, resulta indispensable bosquejar en lo posible la silueta misteriosa, tan por encima de la época en que viviera, de esa incomprendida mártir, de quien su sucesora Annie Besant con tanta razón ha dicho "que ha sido la mujer que ha sufrido más ultrajes en el siglo XIX".

Pero, contra lo que pudiera creerse, la empresa de biografiarla debidamente es tal, que aun sus mismos contemporáneos, como Olcott, Sinnett y A. Besant, retrocedieron espantados, porque la fundadora de la Sociedad Teosófica y autora de libros inmortales llamados a revolucionar al mundo en un futuro muy próximo, ya que no en el presente mismo, tiene en su vida lagunas inexplicables, como las tuvo Jesús en sus primeros treinta años, como las tuvieron Hesíodo, Homero, Mochus, Pitágoras, Platón, Apolonio, Plutarco, Apuleyo y, en general, todos esos hombres divinos, Hermanos mayores de la Humanidad, con cuyo plano de miseria y pequeñez, diremos empleando un símil geométrico, sus esferas de actividad *fueron tangentes y no secantes.*

El mismo Olcott, el más contrario a la "divinización" de la Maestra, nos dice en la introducción a su *Old diary leaves (Histoire authentique de la Société Theosophique):*

"Podría aplicarse a H. P. B. lo que la señora Oliphant dice de Bentham en su *Literary History of England* (III, 203): 'Es evidente que poseía el instinto del viejo lobo de mar para discernir quiénes eran y quiénes no los hombres nacidos para escucharla, comprenderla y seguirla, pues penetraba en lo más íntimo de la psiquis de ellos con mirada escrutadora. Por eso pocos hombres verdaderamente grandes se han visto así servidos y reverenciados por sus semejantes...' Ella, en efecto, fue de índole tal, que jamás hubo criatura humana de más compleja psicología que esta misteriosa, fascinante, iluminada e iluminadora mujer. ¿Dónde encontrar una personalidad más interesante y más dramática, mostrando en sí tan

claros y definidos los dos polos opuestos de lo humano y lo divino? No permite la Ley de Justicia, a la que llamamos Karma los teósofos, que yo cometa con ella la menor sombra de injusticia diciendo, como digo, que jamás ha existido un personaje histórico en el que el bien y el mal, la luz y la sombra, la sabiduría y la imprudencia, la clarividencia espiritual y la simple y total ausencia de buen sentido, se hallasen tan extrañamente entremezclados. Por eso considero como la mayor de las fortunas en mi vida y la más preciosa de mis experiencias, el haber tenido la dicha de vivir en su intimidad largos años y de trabajar con ella, por ser como era una ocultista demasiado grande para que podamos nosotros intentar siquiera el medir su altura moral. Cualquiera que fuesen sus defectos, nos vemos forzados a amarla con toda el alma, aunque más de una vez nos haya defraudado en múltiples esperanzas, arruinando nuestra fe primera en su infalibilidad. Y es que el secreto íntimo de su poderosa influencia residía en sus indiscutibles poderes psíquicos, en la evidencia de su fidelidad al servicio de los Maestros a quienes ella presentó siempre como personajes, aunque humanos, casi sobrenaturales, y en su celo ardiente, inmenso, por la Sabiduría Oriental, única capaz de realizar la salvación espiritual de la Humanidad. ¿Veremos, en lo futuro, a alguien que pueda asemejársela? ¿La verá el mundo volver en una u otra forma? El porvenir lo dirá."

Desde el modesto plano físico de un observador tan concienzudo y tan bueno como lo era el coronel Olcott, no cabe decir otra cosa acerca de H. P. B.; pero nosotros, desde un plano más alto de historiadores-poetas, que son los que habrán de escribir mejor que los anteriores la verdadera historia del mundo, vemos en la expresada "polaridad de bien y de mal" precisamente la más inequívoca muestra de la grandeza de H. P. B. ¿Acaso no decía otro tanto Oporino de su misterioso Maestro Paracelso, el de la espada talismán, "regalo de un verdugo"? ¿Acaso los buenos cuadros no son los de las típicas y bien delineadas sombras ? ¿Acaso el mejor pasaje del Bhagavad-Gita no es aquel en el que el Avatar Krishma se presenta en toda su imponente majestad ante los espantados ojos de Arjuna, su discípulo, diciéndole: "¡Yo soy la bondad del bueno y la maldad del perverso, la luz del Sol y la tiniebla del abismo, la sonrisa del niño y la mueca del moribundo, el bálsamo y el veneno, el frío y el fuego, lo visible y lo invisible, lo infinito y lo ínfimo . . . , la suma total de los contrarios todos, esos contrarios que, con su eterna oposición dual, mantienen el equilibrio del mundo!" ¿Acaso, en fin, no se vio forzada de ese modo H. P. B. a mantener, frente a la corriente hipocresía de la virtud, una más noble y redentora hipocresía del vicio, de un simple vicio de violencia de carácter, distintivo especial de todos los grandes: de Jesús contra los mercaderes del templo, de Beethoven, de Wágner y de cuantos han unido, en suma, a las dulzuras de la persuasión didáctica la energía incoercible de la acción potentísima con que actúan de un modo irresistible todas las fuerzas de la Naturaleza?

En efecto, para juzgar a H. P. B., y, en general, para juzgar de la vida y de la obra de los genios, habría que situarse en el alto plano en que ellos se han movido, y esto es imposible a los hombres vulgares, con o sin talento, razón por la cual todos nuestros intentos de biografiarlos

no son sino lamentables caricaturizaciones; porque el genio, por cuya frente ha rozado una vez siquiera el soplo de la Divinidad Interior que en él se empieza a hacer ostensible como diría un místico, es siempre un Proteo a quien la débil garra de los vulgares jamás podrá asir, resultando siempre vanos, por tanto, todos nuestros intentos de lograrlo. Algo así como los movimientos de las manitas infantiles cuando quieren aprisionar entre ellas a la Luna. Los genios dan a la Humanidad sus normas, o séase su Ley, y no hay que olvidar la profunda filosofía encerrada en el dicho de San Pablo (Rom. VII, 15-25) de que la Ley y el Pecado son una cosa misma filosóficamente, pues que no cabe la responsabilidad que el "pecado" o el "error" suponen sin que exista previamente en el que peca o yerra el conocimiento de la Ley. Ley que el así equivocado tiene que acatar voluntaria o forzadamente. ¿Y cómo sujetar a la Ley a los que la Ley dictan desde las alturas de su Genio?

Por eso mismo nuestro primer deber, al escribir esta Introducción a un esbozo como de biografía de la Maestra H. P. B. cual pretende serlo el presente, es el de prevenir al lector de que no vamos a echárnoslas de sesudos críticos haciendo un examen imparcial, severo y justo de la vida y de la obra de aquélla. ¡Menguados jueces son siempre aquellos jueces que están no ya al nivel sino a mil codos por bajo del enjuiciado . . . !

No; nosotros nos preocupamos más de hacer, respecto de aquélla, una biografía incompleta, desde luego, pues que nos faltan muchos datos; pero además una como biografía parcial y apasionada, porque decir otra cosa sería mentir a sabiendas.[1] Un discípulo, además, no puede hacer otra cosa con su Maestro, porque el aura protectora de este último le envuelve, le subyuga y deslumbra, coloreándole por fuera, ¡divino color y protección augusta!, en todas sus videncias, anhelos y deseos de imitación de su obra y aun de su vida. Pero, en cambio, tiene grandísimas probabilidades, si alcanza a sentir al Maestro, de hacer una obra más bella, con lo que la cuestión se sitúa en un terreno que hasta hoy no ha sabido ni quizá sabrá nunca esclarecer la Filosofía, a saber, si, dada la miseria humana, es preferible en todo caso lo verdaderamente bello a lo que se tiene por meramente verdadero, ya que la Verdad pura jamás la conoceremos en esta vida, y lo que solemos llamar "verdades" no son sino "ilusiones de verdad" y paupérrima relatividad siempre.

Por otro lado, ¿qué canon entre los cánones ordinarios del enjuiciar vulgar cabe establecer para una mujer de sexo dudoso, o más bien asexual según las certificaciones facultativas, que nace en pintoresca aldeíta ucraniana, de familia emparentada, de un lado, con los zares de todas las Rusias y de otro con linajuda nobleza militar prusiana; mujer francamente anormal en los años de su infancia, a quien sus deudos sienten convivir

[1] Parcial y apasionada, sí; porque la amamos mucho, como debe amarse a una verdadera madre espiritual; pero, como toda la justicia está de su parte a lo largo de su martirizada vida, esta a manera de poética biografía será también justa por lo mismo, y deshará, creemos, gran número de prejuicios, abrigados, respecto de aquélla, hasta por los que más la trataron y menos la comprendieron, dentro de eso que es triste achaque siempre de la humanidad contemporánea de los genios, achaque al que aluden aquellas sentencias de "Nadie es profeta en su patria" y "Ningún hombre es grande para su ayuda de cámara", como decía picarescamente Napoleón I.

con las ondinas del vecino río y las hadas del umbroso bosque; dechado de la más kalmuca terquedad propia de los descendientes de Rurik el tártaro, exasperación, por su indómito modo de ser, de cuantos profesores tratan en vano de guiarla, y que luego se casa locamente con un setentón consejero de Estado de la corte rusa, a quien abandona a los pocos días de aparente matrimonio para huir a Constantinopla disfrazada de grumete y pasar de allí al Cairo, a Francia, Inglaterra, Canadá, los Estados Unidos, Américas del Centro y del Sur, embarcándose para el Japón y la India en un puerto del Pacífico, luchando luego en Mentana contra el poder papal al lado del propio Garibaldi, donde, según el coronel Olcott, recibiera en el corazón, como Alejandro en la India, una herida mortal de necesidad, pero de la que "alguien" la cura, para que la veamos de nuevo recorriendo las cinco partes del mundo, como antes lo hizo con todas las regiones asiáticas, volviendo ella de nuevo a Inglaterra y Francia, de allí a Norteamérica, donde funda con Olcott la Sociedad Teosófica, y acabar retornando con el mismo Olcott a la India, para morir en Londres, después de la más compleja, sacrificada e inenarrable de las vidas?

Y si a esto se añade que se trata de una mujer en cuyo bautizo mismo arden las ropas del pobre pope oficiante (con presagio digno de que un Quinto Curcio del futuro le ponga en paralelo con el incendio del templo de Diana en Efeso el mismo día del nacimiento de Alejandro, con quien guarda también analogía en lo de la extraña herida bélica en la tetilla y de la que cura tan mágicamente, sin embargo, como curase éste en el sitio de la ciudad de los malos hindúes); mujercita a cuyo derredor infantil suenan las campanas astrales y bailan sin voluntad de ellas los muebles y enseres caseros la más macabra de las contradanzas años antes de que los famosos golpes de Rochester diesen nacimiento al Espiritismo; que luego, en Tiflis, en ese divino puerto caspiano donde habita misteriosamente durante siete años sufre nueva crisis de muerte, de la que sale cambiada "gracias a Aquéllos, sus Maestros tibetanos, a los que bendecirá, reconocida, el resto de sus días"; y tan cambiada sale, en efecto, que a partir de aquel momento decisivo de su vida, la dama "bien", la aristócrata adocenada, "que cuando salió de su casa sabía, a lo sumo, lo que saben todas las de su clase: un algo de francés, un poco de labores y de piano", según la terminante declaración de su hermana Vera P. Jelihovsky, retornó luego con los más extraños cuanto profundos conocimientos de lenguas orientales: hebreo, árabe, zendo, sánscrito y hasta zenzar, o "lenguaje sagrado iniciático", con el que se entendía misteriosamente en todo tiempo y lugar con sus Instructores venerandos, y, lo que asombrar puede más al mundo aunque valga en verdad muchísimo menos, con unos poderes mágicos u ocultos para la producción de los más increíbles y menos explicables fenómenos taumatúrgicos, tales como la visión a distancia, la evocación de las sombras del kama-loca, la psicometría más perfecta, la clariaudiencia más refinada, la producción astrofísica de toda clase de objetos donde antes racionalmente no existiesen; la precipitación física de imágenes astrales; los más variados aportes y levitaciones, y, en fin, toda clase de mayas hipnóticas y "milagros" capaces de volver loco a un investigador positivista, y que, a la larga, según sus Maestros la tenían anunciado, fueron la causa de su ruina, merced a la malquerencia y ceguera de clérigos

anglicanos supersticiosos y de infatuados sabios que de semejantes cosas no sabían nada...

Todas estas cosas juntas y aun cada una de por sí, son capaces, por poco que se raciocine, para excitar la curiosidad del investigador sereno, cuanto más de la crítica histórica, que se ve frente a uno de esos dilemas pasmosos de la época moderna, época en que fluctuamos ciegos entre un escepticismo insensato, que lo niega todo y una superstición absurda que está dispuesta siempre a la más ciega e ilógica credulidad.

Además, y sea cual fuere el criterio que se adopte respecto a esa mujer tan paradógica como gigantesca, es indudable que nos encontramos frente a frente de un coloso del pensamiento, quien en medio de su accidentadísima vida de viajes, luchas, calumnias y dolores, tuvo aún tiempo para escribir los tres o cuatro millares de páginas en folio que suman sus obras *La Voz del Silencio, Isis sin Velo, La Doctrina Secreta* y *Por las Grutas y Selvas del Indostán*, sin contar sus numerosos artículos en *The Theosophist, The Path, Lucifer, Le Lotus Bleu*, etc.[2] ni su colaboración como una de las primeras firmas de la *Russki Vyestnik*, bajo el seudónimo de *Radha-Bai*, siguiendo las gloriosas huellas literarias de su difunta madre Helena Fadéeff, "la George Sand rusa", que la llamara Belinsky, parangonándola con el ínclito Turgenief, esa madre intuitiva y vidente también —porque estas cosas suelen ser hereditarias—, quien, en el lecho de muerte y cuando nuestra biografiada apenas contaba once años, hubo de decirla en profético tono: "¡Ah, quizá sea mejor que yo muera hoy, porque así, al menos, no llegaré a presenciar lo que haya de sucederte, pues estoy segura de que tu misterioso destino no habrá de ser como el de las demás mujeres, y ello me haría sufrir!"

[2] Monsieur Stead, uno de los más doctos periodistas contemporáneos, dice, en efecto, en su *Boderland*, al referirse a las Memorias de Olcott relativas a H. P. B. que aparecieron primeramente en *The Theosophist*, y de las que hablamos después: "Nadie se preocupa ya de saber si la acusación de fraudes lanzada entre H. P. B. por el matrimonio Coulomb y por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres contra Helena están o no justificadas, dado que sus enemigos más encarnizados no se atreverían a negarle el honor de haber influido hasta un grado extraordinario en el pensamiento filosófico moderno, divulgando ciertas nobles ideas del Oriente", y entre tales la tan consoladora de la existencia, lejos del mundo y de sus vanidades, de esos Maestros de la Compasión, de los que Sinnett, otro de los discípulos de primera hora de H. P. B., que tuvo la dicha de tratar personalmente a alguno de ellos y recibir sus inspiraciones para su clásica obra *El Buddhismo Esotérico*, que ha sido traducida a muchos idiomas, dice:

"Trato —dice Sinnett en la segunda edición de su célebre obra *El Mundo Oculto*— de escribir un libro que no sólo llame la atención de las gentes acerca de la existencia de una asombrosa *Fraternidad de Ocultistas*, aquí denominados "Los Hermanos", sino de presentar bajo una forma aceptable a los lectores occidentales las grandes líneas de los pasmosos conocimientos que ellos poseen acerca de los orígenes, la constitución y los destinos del hombre... Prescindiendo, pues, de las críticas y hostilidades de diversos órganos ortodoxos, quienes dijeron que había sido yo víctima de las supersticiones de H. P. B., aseguro aquí solemnemente: 1º, que cuantas experiencias he tenido sobre el particular después de la publicación de este libro, se han realizado lejos y sin intervención de aquélla; 2º, los amigos de H. P. B. que habitan en la India, asqueados por la repetición de insultantes desconfianzas respecto de la lealtad y los motivos de obrar atribuidos a esta dama, han tomado todas las precauciones necesarias para establecer su identidad personal y su incontestable situación en el mundo. Tales pruebas han sido obtenidas y acumuladas de manera que sólo un imbécil o un malvado puede continuar pretendiendo que H. P. B. era una aventurera que buscaba únicamente ventajas pecuniarias."

"Mensajera de la Logia Blanca de los Maestros del Himalaya y del Tibet, para unos; gran impostora y charlatana a los ojos de otros, y extraña mezcla, según algunos, del más alto saber oculto, junto a gran carencia de instrucción científica tal y como suele entenderse; perfecta señora para éstos y marimacho insoportable y descomedido para aquéllos, H. P. B. —dice refiriéndose a ella su discípula Annie Besant al comenzar su notable trabajo que lleva por título *H. P. B. y los Maestros de la Sabiduría*— fue para todos el más inquietante de los humanos enigmas: una indescifrable esfinge para los humanos, en tanto que para Aquellos que al mundo la enviaran ella fue 'El hermano que vosotros conocéis como Helena Petrovna Blavatsky, pero que nosotros conocemos bajo otro nombre secreto y oculto'.

"En el momento en que se escriben estas líneas han pasado diez y seis años y medio (final del año 1907), desde que H. P. B. ha dejado este mundo, y a pesar de ello continúan todavía los ataques contra su veracidad y su reputación. Hombres buenos y cultos continúan aparte de la Sociedad Teosófica, diciendo: 'No tengo interés alguno en formar parte de ella, ya que ella ha sido fundada por Madame Blavatsky, cuya impostura ha sido probada por la Sociedad inglesa de Investigaciones Psíquicas. Hace tiempo que los artículos escritos en defensa de H. P. B. yacen olvidados, pero el autor del informe que sirvió de base al fallo de la Sociedad citada, o sea Sir Richard Hogson, recientemente fallecido, se ha transformado desde aquel día en creyente decidido de unos fenómenos mucho más maravillosos que aquellos otros cuya existencia negara antaño con juvenil seguridad, y ha caído a su vez víctima de falsos informes que le pusieran en ridículo . . .'

"La vasta difusión de los inestimables escritos de H. P. B.; la propagación de las ideas a cuyo estudio y enseñanza consagró su vida entera; el desarrollo de la Sociedad Teosófica que ella fundó por orden de su Maestro y con el concurso del coronel Olcott; la literatura teosófica, en fin, que, gracias a sus discípulos, crece sin cesar, todo esto constituye la defensa de H. P. B. y la justificación de su obra a lo largo de su vida. Cuando el mundo aprovecha de sus enseñanzas, a punto ya de ser universalmente aceptadas, no es justo el que nosotros dejemos continuar sin protesta el sacrificio de nuestra Instructora, y ya que ella ha sido y sigue siendo calumniada, lícita nos será su defensa. Por ello yo la venero como a mi primer instructor, y la guardo en mi corazón una gratitud eterna por haberme traído a mi Maestro, a quien hace más de dieciocho años he servido con gratitud siempre creciente, y por ello voy a consignar aquí algunos hechos del pasado con los comentarios oportunos . . ."

Todo esto es verdad y verdad científica, porque si la ciencia contemporánea apenas si sabe aún nada acerca del misterio de las llamadas "personalidades múltiples", tales como la de "Félida X", estudiada por el fisiólogo profesor Azán; la de "Benoit", investigada hipnóticamente por el coronel Rochas; la de Miss Florencia Cook, con la que sistemáticamente el gran físico William Crookes, menos puede saber todavía acerca de ese misterio inefable que dejan traslucir las frases del maestro Plutarco, el mejor de los discípulos de Platón, que viene a decir en su *Isis y Osiris*: "Yerran grandemente los que confunden en sus investigaciones el *nous*

o 'inteligencia, espíritu', con el 'alma' o *psyche*, no menos que aquellos que confunden también el 'alma' o *psyche* con el 'cuerpo' o *soma*, pues conviene no olvidar que de estos tres elementos tan opuestos la Tierra ha dado el Cuerpo, la Luna ha dado el Alma y el Sol ha dado el Espíritu, por donde el nombre justo, aun aquí abajo durante su vida material, es a la vez un habitante de la Tierra, de la Luna y del Sol"; cosa ya consignada en antiguo comentario védico intuido por el vate Goethe,[3] y que dice:

[3] Véase la conversación sostenida por el divino cantor del *Fausto*, la epopeya del doloroso titanismo contemporáneo, la tarde en que enterraron a su amigo, el también poeta Wieland (*De gentes del otro mundo*, cap. VI). Las almas grandes viven casi constantemente en el mundo psíquico, "lunar" o anímico, cuando no en el superior, espiritualmental o "solar". De aquí las aparentes incongruencias de su vida, de las que no hay que hacer responsable a veces a esotro más alto "Ego", como no hay que hacer responsable al jinete de las necedades que cometer pueda el caballo desmontado y suelto que en la pradera abandonó.

La triple idea antedicha de Plutarco tiene, como es natural, su perfecto simbolismo geométrico, y su aplicación a la "geometría mística", o "enseñanza por parábolas", de los Grandes Instructores, resumido en estos conceptos de nuestro libro *Por el reino encantado de Maya*, que dicen:

"La Matemática nos enseña que si tomamos dos puntos A y B, existe entre ambos un tercer punto C, y nada más que un punto, dotado de la propiedad de hallarse a la mitad exacta del camino o segmento rectilíneo entre uno y otro", o sea, en términos matemáticos, "que equidista de ellos". Ahora bien; si consideramos que el primer punto A permanece fijo mientras que el segundo punto B se mueve perpendicularmente al segmento AB, tanto hacia arriba como hacia abajo, habremos construido una T o "tau", la más antigua de las formas de la Cruz, el simbolismo de la doble escuadra, de la balanza y de la Justicia o Karma, que dice la filosofía de Oriente, como veremos en otro lugar.

Pero si además de esto queremos que el tercer punto C se mueva también como se mueve el segundo B, y sin perder la equidistancia con las respectivas posiciones de éste, mientras que el punto A permanece invariable o fijo, dicho tercer punto C no describirá una línea recta como el B, sino la célebre curva que se llama "parábola", curva cuyos puntos están caracterizados, según la definición o construcción anterior, por equidistar siempre del punto fijo A y de las sucesivas posiciones que en aquella recta perpendicular va tomando al moverse el punto B.

Prescindamos de las notables propiedades que la Geometría asigna a la parábola, porque son aún más de admirar las que a tan típica curva atribuye la ciencia universal del SIMBOLO, cosa no ignorada por los Maestros que la usaran en sus predicaciones como palabra de doble sentido matemático y filosófico.

En efecto, la voz "parábola", tanto en griego como en latín, equivale a colación, a comparación, a un modo el más excelso, en fin, de relacionar entre sí (*paraballo*) las cosas desemejantes. *Parabolanoi*, asimismo, es, según Cicerón (3, *Ver*, c. I), el nombre latino asignado a cuantos hombres de paupérrima suerte tratan de esforzarse en lograr la curación por sí mismos de sus pecados y errores, causa de todas sus enfermedades, y quienes, para conseguir tan excelso fin, siguen la senda de los Maestros antiguos y practican las enseñanzas de éstos, alejándose así, según Vossio (1.4, *Institut*, c. 19), de *la peste* y las negruras del vicio. A tales *parabolanoi* u "hombres a quienes se les predica en parábola", que diría Jesús (*Mateo*, XIII, 28), se los llama también "audaces" en lengua latina, y bien merecen tal nombre, por cuanto los "audaces", en dicha lengua, los que buscan la senda verdadera cueste lo que cueste, son aquellos que con astucia saben sortear las bestias feroces, "físicamente más fuertes que ellos" (*Calepinus*, *Septem linguarum*, en las voces respectivas).

En suma, que, al tenor de estos significados clásicos, "parábola" es cosa así como "medicina del alma y santa regla universal de conducta", según se ha entendido desde que el mundo es mundo; algo, en fin, como para evitar que el alma caiga envuelta en las miserias del cuerpo animal ni las imite jamás, porque "su línea" es otra que la del cuerpo y otro también su destino futuro.

Y aquí de la grandeza insuperable de la parábola como símbolo, porque si dentro

"La doctrina de los que aseguran que aun durante la vida física del hombre su alma está en las estrellas, es una doctrina eminentemente ocultista."

"H. P. B. —dice Sinnatt en su *Mundo Oculto* —estaba iniciada hasta el punto de poseer ese poder de telepatía que la mantenía en perpetua comunicación con los Maestros del Tibet. Ella no fue más allá en su progreso oculto porque si hubiese franqueado el límite no habría podido asumir su misión de fundar en el mundo profano la Sociedad Teosófica, misión poco compatible en sí con los altísimos deberes de un Adepto perfecto. Estaba ella, pues, admirablemente preparada para la obra que iba a cumplir. Dotada de un valor indomable, de un espíritu elevadísimo alimentado por los más vastos conocimientos, H. P. B. reapareció en el mundo profano después de haber consagrado en el fondo de un retiro del Himalaya siete años al estudio de la Ciencia Oculta, coronando así treinta y cinco o cuarenta años dedicados a prepararse para ello con los viajes más extraños y las más variadas disciplinas. ¡Cuánto esfuerzo no necesitó, sin embargo, para volver a establecer contacto con el mundo! ¡Qué abismo no mediaba entre la ignorancia de cuantos la rodeaban y el saber que ella poseía!

"Con todas estas cosas, H. P. B. adquirió inmensa celebridad en toda la India; sus relaciones con la sociedad europea del país se extendieron más y más, y a tales amigos se agregaron fervientes discípulos conquistados por ella para el Ocultismo. Tales éxitos, a su vez, le acarrearon la virulenta animosidad de otras muchas, quienes, aunque admitidas cerca de ella, se resistían a dar crédito a los estupendos fenómenos que veían, adoptando una actitud de incredulidad prontamente transformada en odio cuando la controversia exacerbaba las pasiones. La Prensa, como es lógico, sacó gran partido de semejante situación. Los engaños de H. P. B. 'fueron proclamados' y ridiculizada su persona, presentando el menor detalle relativo a los fenómenos bajo los aspectos más grotescos para divertir a la galería. Los amigos de H. P. B., sin embargo, no se llamaban a engaño con tales bromas, y la confianza que en ésta tenían depositada no disminuyó lo más mínimo. En cambio, la hipersensibilidad de la víctima determinóla indecibles tormentos, llegándose a temer que perdiese al fin la paciencia y acabase por renunciar a su ingrata misión de ofrecer al mundo los preciosos dones que éste se negaba, ciego, a recibir. Semejante catástrofe pudo ser evitada, no obstante; pero para cuantos han seguido las peripecias

---

de la triple distinción de "cuerpo, alma y espíritu" que hacen todas las lenguas sabias y también todas las religiones rectamente entendidas, llamamos "Espíritu" al punto A o foco inmóvil; "Cuerpo" al punto B movible a lo largo de los dos brazos de la "tau", y "Alma", en fin, al punto C equidistante siempre del foco A y de la recta o brazos de la "tau" ya dicha, veremos que estos tres elementos del Hombre están ligados entre sí, como en Geometría lo están el punto-foco, la recta directriz y la curva parabólica que nace del consorcio de estos dos últimos elementos que sirven para caracterizarla bajo la repetida ley de equidistancia. Un instructor, un Adepto, pues, que, como todos los de la Historia, tenga precisión de dar una doctrina eterna para guiar la ceguera de los hombres, o hermanos menores (sus *parabolanoi*), no lo harán sino por "parábolas"; pero entiéndase bien, por parábolas, no ya en el mero significado que se asigna, verbigracia, a las divinas parábolas de Jesús que leemos en el Evangelio, sino en el más riguroso sentido matemático de dar una doctrina del alma rigurosamente equidistante del cuerpo como del espíritu, es decir, una doctrina justa y única.

de la S. T., la historia de Colón, encadenado por haber descubierto un nuevo mundo, y la de Galileo, preso por haber demostrado el movimiento de la Tierra, no son menos sorprendentes que las de H. P. B. calumniada en casi toda la Prensa anglohindú, y en ella denunciada a la multitud como charlatana y prestidigitadora, por haber querido hacer partícipe al mundo de los conocimientos extraordinarios que ella había conquistado a costa del sacrificio y esfuerzo de toda su vida.

"En cuantas experiencias he verificado con H. P. B. —sigue Sinnett— puedo excluir no ya la probabilidad sino ni aun la simple *posibilidad* de engaño. Por eso puedo protestar contra el daño que de modo tan escandaloso se ha causado a una mujer de tan elevado espíritu y de tan impecable honradez. Habiéndola tenido varios meses en mi casa, he podido adquirir la absoluta certeza de que era un alma recta, que sacrificó su rango, su fortuna y hasta su bienestar y su nombre, primero para consagrarse a los estudios ocultos y en seguida para realizar la misión que se había impuesto como Iniciada, aunque de los grados más inferiores, de crear la S. T.... Durante el tiempo que fue mi huésped hablamos, naturalmente, mucho del Ocultismo y de los Maestros, pero a pesar de los vivos deseos de ella y de los míos no menores, hubimos de encontrar para obtener las pruebas deseadas insuperables obstáculos. Ya lo hemos dicho, en efecto: los Maestros experimentan extremada repugnancia en divulgar sus poderes. Bien le impulse al candidato un ardiente amor hacia la verdad, bien la simple curiosidad le empuje, ellos se resisten a conseguir secuaces para el Ocultismo mediante la exhibición de prodigios. Las religiones fundadas sobre milagros han sacado de estos últimos gran partido para exaltar los espíritus, pero el Ocultismo no es un estudio al que haya uno de lanzarse por la contemplación de fenómenos extraordinarios que están prohibidos en principio. Así que, sólo se la permitió a H. P. B. el producir a voluntad y en toda clase de condiciones o circunstancias, los famosos golpes *inteligentes* y otros fenómenos análogos tan conocidos ya por el espiritismo. De esto sí que pude comprobar ejemplos convincentes e infinitos... H. P. B. trataba siempre más bien de interesar a sus amigos respecto de la Teosofía, sin atribuir a ésta creencias especiales, sino la de que la Humanidad es una Fraternidad Universal en la que cada miembro debe estudiar las verdades espirituales con un criterio completamente libre de todo dogmatismo."

Las fuentes para una biografía verdadera de la incomprendida H. P. B., son muy varias; están dispersas por el planeta entero, dadas las inacabables correrías de ésta por las cinco partes del mundo, visitando los rincones más ocultos, donde, pese a nuestra vanidad, se conservan en secreto las iniciaciones y sabios ritos mágicos del pasado. Además, están desfiguradísimas por la ignorancia, la envidia y la calumnia, merced a lo cual la labor de depurarlas es titánica, casi irrealizable hoy, y más con los escasos medios con que contamos nosotros. Dichas fuentes, sin embargo, pueden reducirse a siete fundamentales, que pasamos a enumerar.

Es la primera, en seriedad, mérito e importancia, la del nobilísimo coronel Henry Steel Olcott, el sincero y un tanto "positivista" escritor norteamericano que fue su compañero inseparable desde 1874 hasta 1891, en

que aquélla pasase al mundo de los muertos.[4] Olcott, en efecto, conoció a H. P. B. en julio de aquel año, y desde tal momento la siguió como un hermano menor, un discípulo, un camarada y hasta un crítico, crítico muy sincero, sí, pero, cual suele suceder siempre, muy por bajo, en mentalidad, en cultura y en poderes mágicos, de aquel gran sol, del que apenas si alcanzaba a ser humilde y pobre planeta. Terminantes son, sobre ello, las propias declaraciones de Olcott, al describirnos los primeros días de aquella inquebrantable adhesión, y que, a su tiempo, habremos de ver.

Esta primera fuente, por las razones apuntadas, es la mejor, sin duda, y está contenida en los múltiples años de la revista anglohindú *The Theosophist*, reflejo fiel del nacimiento y de los primeros pasos de la Sociedad Teosófica en el mundo. El celo de los teósofos de lengua inglesa nos ha dado luego todos estos particulares interesantísimos en varios tomos bajo el título de *Old diary leaves* ("Hojas de un viejo diario"), tomos vertidos luego al francés, con ese *savoir fair* delicioso e insuperable que hace de esta última lengua el mayor instrumento humano de divulgación conocido. M. La Vieuville es el traductor admirable a quien debemos semejante favor, nunca bastante agradecido por los teósofos, y su traducción, bajo el título mejor dado de *Histoire authentique de la Société Theosophique* comprende tres o cuatro series o volúmenes, hoy agotados, que enriquecen las "Publications Theosophiques" de nuestros hermanos de la nación querida.[5]

Ved lo que, acerca de la personalidad y de la obra de Olcott, dice La Vieuville en el prefacio de la traducción aquella:

"El día 17 de febrero de 1907, las llamas de una gran pira de sándalo consumían la bella envoltura corpórea del alma, infinitamente más bella aún, de aquel a quien los teósofos de todas las lenguas y países llamaban afectuosamente 'nuestro querido Coronel'; el cuerpo del amigo y compañero desde el primer momento de Helena Petrovna Blavatsky, del co-fundador y primer presidente vitalicio de la Sociedad Teosófica.

"Olcott fue, ante todo y sobre todo, lo que se llama 'un hombre honrado y leal', dotado en el más alto grado de ese sentido que se llama común por lo mismo que es él tan raro y tan precioso; un trabajador infatigable, cuya perseverancia nadie puede superar, y cuya fidelidad era inquebrantable. El consagró sin reservas su vida y sus fuerzas por entero al servicio de la Humanidad y a la propaganda de aquello que deputó

[4] El coronel Henry Steel Olcott nació en Orange, Nueva Jersey (Estados Unidos) el 2 de agosto de 1832. Encontró a H. P. B. en 1874, abandonando a América, en unión de ella, el 18 de noviembre de 1878, para instalarse ambos, primero en Bombay (1879), y luego en Adyar (Madrás), en 1882, muriendo el 17 de febrero de 1907, después de una penosa enfermedad.

[5] "La obra que hoy publico —dice Olcott en el prólogo de su *Historia auténtica de la S. T.*— apareció en 1892 en la revista *The Theosophist*, para consignar el nacimiento y desarrollo de la S. T. cuanto con el fin de combatir la tendencia que va tomando pábulo en el seno de la misma, de divinizar o poco menos la persona de H. P. B. atribuyendo a sus escritos más ordinarios un carácter casi inspirado. Con ello se cierra absolutamente los ojos a los defectos más evidentes, interponiendo una valla entre sus actos y las críticas legítimas, siendo precisamente tales gentes las que menos la han tratado y, por consecuencia, los que menos pudieron apreciar su verdadera naturaleza."

el ideal más puro y la más alta verdad. Pero, en medio de esta continua persecución del ideal jamás perdió de vista el lado humorista de las cosas, con espíritu regocijado y amable que no le abandonó hasta los umbrales de la muerte, porque nunca creyera que el Servicio de la Humanidad, así, con mayúsculas, dispensar puede a quienes a él se consagran, de gozar la ordinaria amenidad de la vida, amén de un inmenso interés por los miembros más desvalidos y oscuros de semejante Humanidad. Era, en fin, Olcott, un amigo selecto, como suelen encontrarse muy pocos en la vida; generosísimo, porque lo daba todo sin exigir nada a la recíproca; hombre lleno de simpatía, siempre preocupado por la dicha y la felicidad de sus semejantes cuanto indiferente hacia las suyas propias.

"Henry Steel Olcott, en los comienzos de su vida, parecía el menos abonado para fundar una Sociedad Teosófica. Cuando era muy joven se ocupó de técnica agrícola, captándose cierta reputación en los Estados Unidos con un libro acerca de la aclimatación del sorgo, y era un especialista en la química agrícola cuando la guerra de secesión norteamericana hizo de él un soldado de la causa nortista, que era la de la libertad. El ministro de la Guerra le confió en seguida una misión delicadísima harto propia de su perspicacia e incorruptibilidad, como era la de descubrir ciertos fraudes cometidos en los suministros de la administración militar, realizando su difícil misión con un tacto y firmeza tales que el Gobierno le hizo objeto de grandes elogios. Luego abrió Olcott una oficina de informaciones, ligándose como consejero a asuntos importantes, todo lo cual demuestra que no era, como pudiera pensarse, ningún advenedizo, sino que estaba harto habituado a discernir lo falso de lo verdadero; a descubrir imposturas y fraudes y a estudiar concienzudamente los asuntos antes de juzgarlos. Cuando trabó conocimiento con H. P. B. ganaba lo que quería, pero desde aquel momento mismo un nuevo ideal atrajo su pensamiento hacia más altas regiones, creyendo ver ante sí un gran deber que cumplir, deber que aceptó virilmente y realizó sin desmayos durante el resto de sus días, muriendo, puede decirse, en el campo del honor. Además nos dejó consignadas por su propia mano la historia entera de los comienzos de la Sociedad Teosófica en un meritísimo libro conocido y amado por cuantos pueden leer inglés, libro que nosotros ponemos hoy al alcance de los lectores de la lengua francesa."

La fuente segunda en importancia para estudiar a H. P. B. es la de Sinnett, que, bajo el título de *Incidentes de la vida de Madame Blavatsky*, ha sido traducida a varios idiomas. El capítulo III, serie 2ª de la *Historia auténtica de la S. T.*, en la que Olcott se expresa así:

"Nueve días después de la llegada de H. P. B. y yo a Bombay, o sea el 25 de febrero de 1879, recibimos una carta fechada en Simla, y en la que Mr. Sinnett, como director del periódico *The Pinnier*, se mostraba deseoso de conocernos y de publicar en su diario cuanto nos pluguiera acerca de nuestra misión en la India, añadiendo que había tenido ocasión de presenciar en Londres cierto número de fenómenos mediumnísticos muy notables, razón por la cual se interesaba por estas cosas mucho más que el común de los periodistas, aunque su natural curiosidad distaba mucho de quedar satisfecha a causa de las condiciones, poco adecuadas en general, en que suelen realizar tales experimentos, amén de ciertas

afirmaciones puramente gratuitas y del fracaso anejo a las teorías que suelen aplicar a las inteligencias ocultas detrás de aquellos fenómenos. ...Los ofrecimientos de Mr. Sinnett llegaban precisamente en el mejor momento, y ni yo podré olvidar, ni nuestra Sociedad tampoco, la gratitud que por semejante acto se le debe a éste." En efecto, los dos fundadores pasaron meses después a aquel delicioso retiro del norte de la India, acaeciéndoles fenómenos harto notables que a su tiempo serán referidos, y que hicieron del Sr. Sinnett uno de los más vigorosos adalides del movimiento teosófico hasta el momento de su muerte, acaecida durante su larga vicepresidencia de la Sociedad, en 1921.

Como quiera que la intervención de semejante figura, modelo del verdadero gentleman inglés, ha de surgir más de una vez con todo su relieve en el curso de esta obra, asociada a nombres y cartas venerables de los Mahatmas, Hermanos de la Compasión o Maestros del Tibet, tan calumniados por la Real Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, pasaremos a enunciar la tercera de las fuentes para la biografía de H. P. B., que es la de su propia hermana Vera P. Jelihovsky, quien en *La Nouvelle Revue* francesa, y sin profesar las ideas de aquélla, pues era convencida cristiana ortodoxa o cristiana de la Iglesia griega, nos ha dejado una interesante biografía de la que también es imposible prescindir y que hemos ya esbozado en gran parte en obras nuestras anteriores, por haber sido traducida y publicada en todas las revistas teosóficas del mundo entero.

La cuarta fuente de información, "a sensu contrario", que diría un escolástico, la vienen a constituir naturalmente aquellas actas de dicha *Society of Psychical Research*, que, en unión de otras calumnias tales como la de los señores Soloviof, Arshakoff y su loco pariente el conde de Witte, forman la base del capítulo de cargos con que el ciego mundo contemporáneo ha pretendido en vano anublar el brillo de la portentosa H. P. B., llamándola nada menos que "la impostora más grande del siglo XIX", razón por la cual Annie Besant, su sucesora en la presidencia de la S. T., la ha llamado con gran justicia "la mujer que más ultrajes había recibido en dicho siglo", como ya dijimos.

Una quinta fuente para la biografía en cuestión la constituyen las diversas revistas literarias y científicas de Inglaterra, Francia y Rusia, especialmente de esta última, su país natal. Una recopilación de los principales artículos ocultistas que publicó por los años de 1879 y 1880 en la revista moscovita *Russki Vyestnick* ("El Mensajero ruso"), constituyen hoy la preciosa novelita ocultista *Por las grutas y selvas del Indostán*, que nosotros hemos dado comentada bajo este mismo título en el tomo IV de nuestra *Biblioteca de las Maravillas*, donde puede saborearla el lector.

La sexta de las fuentes que vamos enumerando la constituyen toda la también ya rica bibliografía dada por las publicaciones de la "Sociedad Teosófica y Fraternidad Universal" de Point Loma, California, Estados Unidos, a partir de su presidente, William Q. Judge, gran amigo y discípulo cultísimo de H. P. B., quien, por razones que no son del caso aquí, se separó de la otra Sociedad Teosófica de Adyar, presidida por Olcott, a raíz de la muerte de la Maestra, y mantiene su independencia en nuestros

días, como la mantienen otras Sociedades del mismo o análogo título en la India, en Alemania (Mr. Steiner), en Italia y aún en España.[6]

Un número prodigioso de revistas y otro no menos prodigioso de folletos, muchos de ellos formados por pretendidos "Superiores Incógnitos", en cuyas iniciales de S. I. se adivina la mano necromante de la Compañía de Jesús, a quien ella fustigó siempre diciendo que "Teosofía y Jesuitismo son los dos polos opuestos de la Espiritualidad irreconciliables siempre", constituyen el resto de las fuentes incompletas, por descontado, y lamentables no pocas veces, con las que un hombre superior del futuro, no nosotros hoy, habrá de hacer algún día, si ello es posible, la biografía completa de la Maestra, biografía que hoy no hacemos sino esbozar aquí.

[6] El autor de esta obra está afiliado a la "S. T. de Adyar" desde 1904, pero entiende que es un deber de todo verdadero discípulo de H. P. B. el amar y el estudiar la obra de las otras Sociedades similares, tales como las citadas, y la que, al par que la de Olcott, mantuvo en la India Mr. Sinnett, todo al tenor de las últimas palabras de la Maestra (dos de la tarde del 8 de mayo de 1891) a sus discípulos de "¡Manteneos unidos, para que así no sea estéril ésta mi última encarnación!"

Capítulo I

EL NACIMIENTO Y LA JUVENTUD DE H. P. B.

Entre las regiones del mundo más favorecidas por la Naturaleza ha figurado siempre la *Novo-rossiysk* o Nueva Rusia, cuya capital, Ekaterinoslav, fue la cuna de Helena Petrovna, la mujer incomparable llamada en nuestros días a revolucionar y purificar con sus enseñanzas al humano pensamiento.

En la orilla derecha del caudaloso Dnieper, que por el Kherson de la Táurida lleva sus aguas al Mar Negro frente a Odessa; en la ondulada estepa de las "tierras negras", rica en cereales, carbones y productos metalíferos, que hacen de ella un centro industrial, amén del mayor de los graneros de Europa; junto a la histórica aldea real de Novyimaidani y al castillo de Koindak, fundado en 1635 y destruido por los terribles cosacos circasianos del Don, tan distintos de los pacíficos cosacos del Dnieper, álzase la populosa Ekaterinoslav, la patria del estadista y sabio Potemkin, su verdadero fundador, y patria también de la abnegada Blavatsky.

Un siglo bastado para hacer de la ínfima aldea de 1786 la hermosa ciudad ucraniana,[1] con su catedral levantada bajo los auspicios de otra mujer ilustre, la gran Catalina II, su palacio episcopal, su museo arqueológico, su rica biblioteca y, en la propia casa solariega de Potemkin, el Club de Nobles, los nobles herederos de aquellos Boyardos semiiniciados que, después de destruidos los antiguos libros del legislador Zamolxis y clasificados en cuatro grados misteriosos, eran consejeros natos de los zares de todas las Rusias desde los buenos tiempos de Iván IV y de Teodoro III, el último de los de la vieja estirpe del Rurik, jefe de los varegs y fundador, en 879, del imperioso ruso. Y no hay por qué ponderar la importancia histórica de ese imperio colosal, una mitad mayor que el impe-

[1] Antes de la revolución bolchevique, Ekaterinoslav, con sus suburbios, contaba unos 150.000 habitantes que, con productos de su comarca, hacían un gran comercio los 3.500.000 con Europa, por los vecinos puertos de Sebastopol y Mariupol. Adosada a las altas colinas del Don por el NE., con sus 1.200 pies de elevación, la región de Ekaterinoslav presenta, como nuestras comarcas galaicoasturianas, gran variedad de formaciones geológicas (desde los granitos, sienitas y dioritas más primitivos hasta los terrenos carbonífero, pérmico y terciario, con abundancia de hierro, manganeso y mercurio), base de la potencia industrial que también tiene la región.

rio romano, o sea una sexta parte de lo descubierto de la Tierra y diez veces mayor que el más dilatado de Europa; imperio cuya estrepitosa ruina hemos presenciado atónitos en nuestros días, bajo el sangriento manto de una tragedia sin precedentes en la Historia, ni aun en la Historia de la Revolución Francesa o en la griega de los Atridas...

Envidiable es, en efecto, la situación topográfica de la Nueva Rusia de Ekaterinoslav. Las altas colinas que impiden al Dnieper y al Don, curvando hacia el Este, y al Volga, curvando también hacia el Oeste, reunirse en un sólo río más grande que el Nilo, protegen a la comarca ucraniana y a la de los vecinos cosacos contra los helados vientos secos de la inacabable altiplanicie moscovita; mientras que el terreno francamente inclinado en ellas hacia el Mar Negro o "tercer Mediterráneo", no tiene ya el carácter pantanoso de la Rusia Occidental, donde el Dnieper toma origen. Lejos están de allí, al Oeste y al Este, las nieves de los Kárpatos, por un lado, y del Cáucaso, por otro; mientras que, cara al sol del Mediodía, las ondulaciones del suelo van a morir en las playas del Mar de Azof y en las de entre la península de Crimea y Besarabia, en un golfo enriquecido de aguas con las que le aporta el Danubio tras su largo curso desde Suiza a Rumania.

Esta Niza, esta Génova o esta Trieste semiasiática, y sin más mar que el río Dnieper, no es aquella otra región finesa de los esclavos y normandos bálticos (norsos o norse-men), que fueron otros tantos príncipes independientes del país hasta el siglo IX, en que se vieron expulsados, sino una región grecolatina, por sus tratos con Bizancio, a través de esotra Bizancio rusa de Kiev; una región aramea o arniana, con la que el Mar Negro intermediario más la une que la separa, y, por otro lado, una región tártara o mogola, es decir, francamente asiática por las continuas invasiones de la parte de Oriente, con las que siempre tuvo que luchar, como lo prueba los sangrientos recuerdos de aquella famosa "Horda de Oro" que, desde 1238 hasta 1462, constituye el segundo de los cinco períodos en que hemos convenido dividir la Historia moscovita.[2]

Si a esto se agrega el sedimento escita-ucraniano, que es el más básico de todo aquel país, se tendrá una pálida idea de la complejidad de caracteres que allí se entrechocan, por lo que no son de extrañar ni la diversidad de tipos del mismo, ni sus aptitudes de políglotas y polígrafos, ni su valor indómito, ni sus caracteres fuertes, duros, al par que cultos y artísticos, ni, en fin, las tortuosas complejidades de su psiquis; todo lo cual se aprecia, más que en nadie, en Helena Petrovna.

Dígalo si no aquel Juan Basilowitz, gran duque de Moscovia, que hace culto y civilizado al país después de arrojar de él, en 1462, a los tártaros; o aquel Pedro el Grande que, al modo de Enrique VIII de Inglaterra con la Iglesia latina, sacude gallardo la tutela de la Iglesia griega, se apodera de sus bienes, poniendo a raya las consabidas ambiciones monacales, y se hace jefe de la religión con un gobierno paternal, paternal más que a estilo de Rurik a estilo ruso-tártaro, sin que falte la correspondiente lucha con Alejo; lucha a estilo de la de nuestro Leovigildo con su hijo Hermenegildo, y logrando después, Pedro, asociado a su esposa la inteligente Catalina, constituirse con sabia política en un verdadero Mecenas regenerador, que viajó por casi toda Europa para operar la gran reforma de Rusia en el siglo XVIII; merced, sin duda alguna, a las influencias iniciáticas recibidas del Oriente, como nos sería fácil demostrar.[3]

Y pues la tierra hace casi siempre al hombre que en ella nace, pese a lo que él pueda hacerse a sí propio después, Helena o "Yelena", como la llama su perverso pariente el conde de Witte, tenía que reflejar, a fuer de grande, todas las terribles grandezas de su país: las fieras energías del Iván Basilowitz, ya citado, quien vence a los tártaros vencedores del mundo; las caprichosas veleidades de aquel Vladimiro I el Grande, que hizo en torno de Kiev una nación gigante en la que los súbditos eran príncipes, con ese fiero amor a la autonomía eslava, característico de los varengos; las gallardías de Alejo, que desafió el omnímodo poder de la aristocracia guerrera aquella, quemando por su propia mano los nobiliarios privilegios; la dureza de carácter, al par que los modales finos y seductores cuando

[2] Nicolás Karanvin, *Historica Russiae monumenta deprompta ab A. J.*, Turgenevio (1818). Por desgracia, esta historia no está completa respecto de la época precisamente más gloriosa de Rusia.

[3] "Hay —dice la Maestra en la Introducción de *La Doctrina Secreta*— un hecho bien conocido —hecho curioso corroborado a la escritora por un respetable caballero, agregado a la embajada rusa durante muchos años—, y es que existen varios documentos en las Bibliotecas Imperiales de San Petersburgo, que demuestran que, en una época tan reciente como la en que la Francmasonería y las Sociedades Secretas de místicos florecían libremente en Rusia, o sea a fines del último siglo y principios del presente, más de un místico ruso se dirigió al Tibet, a través de los montes Urales, para adquirir el saber y la iniciación en las desconocidas criptas del Asia Central; y más de uno volvió después con un tesoro de conocimientos que nunca hubiera podido adquirir en parte alguna de Europa. Varios casos podrían citarse, juntamente con nombres bien conocidos, si no fuera porque tal publicidad podría molestar a los parientes, que hoy viven, de los últimos Iniciados. El que quiera saberlo puede consultar los anales y la historia de la Francmasonería en los archivos de la metrópoli rusa, y podrá asegurarse por sí mismo de la realidad de los hechos citados." Pero, añadimos nosotros, ¿existirán ya tales archivos después de la gran catástrofe contemporánea?

El mismo Pedro el Grande, sabiamente guiado por otra mujer, Natalia Kirillovna Nariskin, su madre, antes de ser lo que luego fue pasó en su juventud por una verdadera iniciación, saliendo vencedor en la famosa "prueba de los vicios" (Cantú, *Hist. Univ.*, 1, XVI). Por supuesto que tal iniciación más que francmasónica era drusa del Líbano, es decir una como la descrita con vivos colores por H. P. B. al final del tomo II de *Isis sin velo*.

Todas estas cosas nada tienen de extraño tratándose de Rusia, por cuanto escitas y tártaros son de una misma sangre, y las leyes de Zamolxis, el Licurgo ruso, no eran en el fondo sino lamanismos, es decir culto ario de los lhas o "espíritus". Por eso el lamanismo fue la creencia única de las gentes arias de la estepa, hasta que Berki, el hijo de Batú, indujo a su pueblo a cambiar, como en la India, el lamanismo o buddhismo anterior al propio Buddha de Kapilavastu, por el islamismo. En cuanto a lo que el lamanismo es en sí, la propia Maestra lo define al principio de *Isis sin velo*, diciendo que es la primitiva religión del Tibet, por lo que más bien debieron llamarse primitivamente "shamanos" u "hombres divinos" (de *sha*, rey, y *man*, hombre), sus cultivadores, descendientes de los filósofos conocidos antiguamente con el nombre de Brach-manes, confundidos muchas veces con los brahmanes de la India. La *Cronología* de Hale (vol. III, pág. 238) y la *Historia y Doctrina del Buddhismo* de Upham, según aquélla, hablan de la sabiduría singular de tales brachmanes, en sus contestaciones al conquistador Alejandro, como también la mostrada por Palibothras ante Estrabón y Megasteno.

Si el lector desea más detalles acerca del culto supremo de los shamanos, puede hallarlos en el capítulo IX de *El libro que mata a la muerte, o libro de los jinas* y en las páginas de nuestra revista *Hesperia*.

bien quería, de aquel Batú, kan del Capchak en el Volga, que fuerza y hace expedito el paso entre Occidente y Persia, cortado por los turcos, y, mundano y astuto, cautiva con los tales áticos modales suyos, al gran Alejandro Newski, príncipe de Novagorod, triunfante de la Orden Teutónica y de Suecia, aunque luego sobreviniese, como karma de crueldades, el incendio de Moscú, la destrucción de Kiev y la muerte de los dos grandes príncipes que se disputaban el imperio. Rusas, muy rusas, son también las energías creadoras de aquel Sleibanikan, hermano de Batú, que, con quince mil familias, colonizó la Siberia fundando, desde el Ural al país mogol de los samojedos, un fuerte imperio que duró tres siglos; o, en fin, el complejísimo carácter de Pedro el Grande venciendo al poderoso Carlos XII de Suecia; viajando luego de incógnito por todos los países cultos, cual después Blavatsky por los incultos, hombre que siempre ebrio de gloria, según unos, y de kummel, según otros, al decir de los relatos que de sus extravagancias nos hace Saint Simón, se servía de su santo capellán como de ínfimo bufón, después de haberle besado reverente la mano en la misa...[4]

Por todo esto que H. P. B. tenía en su mezclada sangre, es por lo que tantísima extrañeza causara siempre a cuantos la conocían, y quienes, en aquel punto mismo, quedaban ya hechos de un golpe sus enemigos más crueles o sus amigos más decididos, pero nunca indiferentes hacia ella. Por eso también su hermana menor, Vera P. Jelihovsky, nos ha podido dejar, acerca de su carácter, esta hermosa página que dice:

"Mi hermana Helena Petrovna Blavatsky, *née* Hahn, más conocida en nuestro país con el seudónimo de *Radha-Bai*, el cual adoptó para sus escritos en Rusia, era una persona sumamente notable, aun en estos días en que abundan los personajes extraordinarios. Si bien sus obras son poco conocidas del público en general, han dado lugar, sin embargo, a un movimiento espiritual, a una organización fundada en las teorías contenidas en ellas, a las cuales consideran sus discípulos como "una revelación". Me refiero a la Sociedad Teosófica, tan conocida y extendida por toda la América, la India, Inglaterra, y en menos escala en el resto de Europa.

"Sin dinero, sin ninguna clase de influencia ni de protección, sin más apoyo que su indomable valor y su incansable energía, esta mujer verdaderamente extraordinaria, consiguió, en menos de cuatro años, atraer a sí prosélitos llenos de abnegación que se hallaban dispuestos a seguirla a la India y a expatriarse con alegría; y en menos de quince años llegó a tener millares de discípulos, quienes no solamente profesaron sus doctrinas, sino que después la proclamaron 'el maestro más eminente de nuestros tiempos, la esfinge del siglo', la única persona del mundo Occidental iniciada en

[4] La misma revolución bolchevique, con toda su trágica grandeza, es otra prueba más que añadir a la de la pléyade de literatos gigantes que, como Dostoyewski, Tolstoy, Bakounine, Kropotkine y, sobre todo, Máximo Gorki, han mostrado, a fuer de rusos, una naturaleza compleja, semejante a la de H. P. B. Hoy mismo el escritor Marichahz, al comentar la obra de Kunt Hamsun, premio Nobel de 1920, nos dice de Glahu, el protagonista de *Pan*, la obra laureada: "Glahu, con su aspecto glacial y duro, nos resulta legítimo representante de la estirpe de Boura o Burí, el primer hombre que, según la mitología escandinava, fue formado por la saliva de la vaca Audumbla cuando lamía el hielo hiperbóreo, según los cantos norsos."

las ciencias ocultas del Oriente; y a la verdad, con pocas excepciones, se hallaban dispuestos a canonizarla, si la filosofía que ella les enseñara se lo hubiera permitido. Por eso mismo casi no existe país alguno donde el fallecimiento de H. P. Blavatsky no haya producido una impresión profunda. En todo el mundo tuvo gran resonancia la noticia de la muerte de esta pobre rusa, cuyo único mérito para semejante celebridad consistía en su genio personal. Durante algún tiempo su nombre figuró en la Prensa de todas las naciones. Sin duda alguna, es verdad que se habló más mal que bien de ella; pero al fin se habló de ella: los unos para demostrarla de varios modos, quejándose de los perjuicios por ella ocasionados; los otros, los teósofos, en veinte o más publicaciones, para proclamarla 'iluminada', profetisa y salvadora de la Humanidad, la cual afirmaban que sin las revelaciones que había hecho en sus obras, sobre todo en *La Doctrina Secreta*, debía ser arrastrada a su perdición por el espíritu materialista de su siglo."

"Libre y caprichosa, H. P. B. —añade por su parte su discípulo Sinnett— no tenía la menor simpatía hacia los espíritus positivistas e incrédulos, después de haber convivido tanto tiempo entre los místicos asiáticos y cultivado con ellos mucho más las cualidades creadoras que las de críticas, por lo que apenas alcanzaba a concebir las complicadas desconfianzas con las que abordan el problema de lo maravilloso los observadores europeos. Por decirlo así, ella se había nutrido con lo maravilloso bajo aspectos tales que desafiaban a la imaginación más prodigiosa. Es, pues, fácil de comprender hasta qué punto le resultaba odioso y estúpido el examen desconfiado que sueña con sorprender el fraude en la menor manifestación oculta."

Lo maravilloso, lo ultra-maravilloso, en efecto, siguió a H. P. B. desde la cuna hasta el sepulcro, como vamos a ver.

Por inescrutable decreto del Karma o Destino, nació Helena el año 1831 en la noche del 30 al 31 de julio, noche que se considera en toda la supersticiosa Rusia como la más propicia para los nacimientos extraordinarios, puesto que es, se dice, la única del año sobre la que no tienen acción ninguna las tropelías del Maligno enemigo del humano linaje. No vamos, naturalmente, a hacer aquí capítulo acerca de semejante "decreto de los astros" haciéndola nacer en semejante noche por decreto astrológico que "inclina, pero no obliga", porque cada uno es hijo de sus propias obras, pero sí anotar imparcialmente tamaña coincidencia del nacimiento de la extraordinaria H. P. B. en esa típica noche, que es para el pueblo ruso lo que para el celto-druída la célebre "noche de San Juan" o de *Io-agnes* ("el cordero de Io"), y para el sirio-arábigo mediterráneo la memorable noche de Mkadr, que vale por mil noches y aun mil meses, al tenor de aquella Sura CCVII del Corán, que dice: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso: nosotros —los jinas buenos— hemos hecho descender de los cielos el Corán en la noche memorable de Mkadr... ¿Quién te podrá explicar lo que es en sí la noche de Alkadr, la noche que vale por mil, y en la que los ángeles descienden desde el mundo del espíritu para todo vigilarlo; la noche augusta, en fin, a la que acompaña seráfica paz desde que acaba el crepúsculo nocturno hasta que nace la aurora del nuevo día...?"

"Nuestra madre Mad. Helena de Hahn, *née* Fadéeff— sigue diciendo Vera P. Jelihovsky— murió a la edad de veintisiete años. A pesar de su tan prematura muerte, era tal la reputación literaria que había adquirido, que se granjeó merecidamente el sobrenombre de "la George Sand rusa", que la asignase Beliwsky, el mejor de nuestros críticos. A los dieciséis años de edad, la que fue luego nuestra madre se casó con Pierrre de Hahn, capitán de Artillería, hijo a su vez del teniente general Alexis Hahn de Rottenstein-Hahn, de noble familia alemana establecida en Rusia al servicio del zar Nicolás, y a poco todo su tiempo hubo de consagrarlo a la educación de sus tres hijas. Helena, la mayor, era una niña precoz, que desde su más tierna edad llamaba la atención de cuantos se ponían en contacto con ella. La naturaleza voluntariosa se rebelaba por completo contra la rutina exigida por sus maestros, como asimismo contra toda otra disciplina, no reconociendo más amo y señor que sus gustos personales y su libérrimo albedrío. Era exclusivista, caprichosa, original, y a veces osada hasta la temeridad y la violencia. Cuando, tras la muerte de nuestra madre, fuimos a vivir con nuestros parientes, todos los maestros habían agotado su paciencia en Helena, quien jamás se avenía a horas fijas para sus lecciones, asombrándolos, sin embargo, por su viva inteligencia, especialmente en lo relativo a la música y a los idiomas extranjeros. Tenía, en suma, todo el carácter y defectos de un muchacho enérgico; le agradaban los viajes y las aventuras, le importaban un bledo las reprensiones y despreciaba serena los peligros. Cuando nuestra madre se sintió morir, y aunque la niña sólo contaba once años, dijo temiendo por su porvenir: 'Quizá sea mejor que muera. Así, al menos, no seré testigo de lo que le acontezca a Helena, pues estoy segura de que su vida y destino no serán como los de las demás mujeres y por ello tendrá mucho que sufrir.' ¡Profecía verdadera . . . !

Tan verdadera, sí, hubo de resultar la materna profecía, que, andando los años, cuando los ataques contra H. P. B. arreciaban furiosos, tanto por el lado de una ciencia positivista y sin fe como por el de una religión vana y supersticiosa, se la llegó a tratar de doncella andariega, de mujer de discutible origen harto alejada de la principesca cuna de la enjuiciada.[5]

Y llegó a tanto la maldad de los calumniadores de H. P. B. —dice Sinnett—, que hasta se dudó de su misma identidad personal; por lo que ésta se vio precisada a escribir a su tío el general Fadéeff, secretario de Estado en San Petersburgo y adjunto al Ministerio del Interior, rogándole "que certificase de *que era ella misma*". La respuesta de éste, cursada por

[5] No parece, en efecto, sino que la Humanidad ciega, pretendiendo siempre labrar su triple ruina intelectual, moral y física, se ha preciado de denigrar, sin fundamento para ello, los orígenes y la inmaculada vida de los grandes seres venidos, como víctimas propiciatorias, precisamente para redimirla. Así se ha querido profanar la santa memoria del Buddha, diciendo que murió de una indigestión de arroz y cerdo; la de Jesús, pretendiéndose, por los Talmudes de Jerusalén y de Babilonia, que era hijo ilegítimo de una mujer dudosa y de un soldado mercenario romano; la de Paracelso, alegando que era castrado desde sus más tiernos años, etc. Semejantes atrocidades, aun en el falso supuesto de que fueran ciertas, se combaten con sólo examinar las doctrinas que nos legaron aquéllos, que no en vano lo que hay que mirar en el hombre es su obra, razón por la cual el gran Bulwer Litton, en su *Zanoni*, dice que las opiniones del hombre forman su parte divina, y la humana sus acciones.

el príncipe Doudoukoff-Korsakoff, virrey más tarde del Cáucaso, e inserta en el Prefacio de la segunda edición de *El mundo oculto*, de Sinnett dice literalmente:

"Por la presente certifico que Mad. H. P. Blavatsky, residente actualmente en Simla (India Inglesa), es, por línea paterna, hija del coronel Pedro Hahu y nieta del teniente general Alexis Hahu de Rottenstern Hahu, noble familia de Mecklemburgo (Alemania), establecida en Rusia, y por línea materna, hija de Helena Fadéeff y nieta del consejero privado Alexis Fadéeff y de la princesa Helena Dolgorouki; siendo, en fin, viuda del consejero de Estado Nicéforo Blavatsky, difunto del vicegobernador de la provincia de Erivan en el Cáucaso." (Documento firmado en San Petersburgo el 18 de setiembre de 1881). Por el mayor-general, *Rotislav Fadéeff*, adjunto del conde de Ignatieff, incorporado al Estado Mayor del Ministerio de la Guerra.

Sinnett recibió, además, por mediación de dicho príncipe Doudoukoff-Korsakoff, antiguo amigo de H. P. B., otra carta de Mad. Fadéeff, hermana del general, acompañada de dos retratos de aquélla, diciendo: "Para establecer su identidad le incluyo dos retratos de Helena, el uno hecho en presencia mía hace veinte años y el otro, que ella me envió desde América, hace cuatro o cinco años. Asimismo, para que los escépticos no pongan en duda mi propia identidad, os devuelvo vuestra carta remitida por mediación del príncipe Doudoukoff, gobernador general de Odessa. Espero, pues, que esta prueba definitiva la agregaréis a los certificados que debéis haber recibido ya y que el dicho gobernador ha enviado por sí propio a Bombay." Mad. Fadéeff hizo, finalmente, visar su firma por una autoridad legal de Odessa, con lo cual M. A. O. Huma pudo pulverizar las injuriosas acusaciones de la *Saturday Review* contra H. P. B.

Los demás particulares de esta notable carta se darán después.

No es menos cierto tampoco que la sensible y extraordinariamente psíquica de la niña Helena se vio rodeada, desde su nacimiento mismo, de los más variados fenómenos de la moderna enciclopedia espiritista. Así pasa por tradición muy corriente que, por singular descuido, echaron a arder las vestiduras sagradas del pope ortodoxo cuando la bautizara, y toda su familia asegura que sus juegos infantiles eran de los más extraños, por cuanto en el bosque, en el palacio o en la orilla del río hablaba y hacía travesuras con seres para ella bien reales, aunque, para los demás invisibles —los gnomos, ondinas, duendes, etc., de los que están llenas las tradiciones cabalistas cuanto las leyendas de la mitología universal—. Sin voluntad suya, y aun contra su voluntad, es fama que danzaban los muebles de su aposento; sonaban en derredor suyo las campanas astrales y se producían, en suma, los fenómenos mediumnísticos más aparatosos e inexplicables, años antes de que el mundo contemporáneo hubiese oído hablar ni una palabra del moderno espiritismo. Tan es así que, alarmadísimos los de su familia en su sana y tradicional ortodoxia griega, tomaron ya en serio la cosa y trataron de poner remedio a tal desastre en la medida que les dictara su sana fe de cristianos sinceros.[6] Su propia hermana Vera,

[6] No cabe aquí el ahondar en las hipótesis acerca de las complejas causas a las que obedecer pueda el hoy tan conocido fenómeno espiritista. El gran físico William Crookes,

que nunca cambió su cristianismo nobiliario por los peligros que para su alma de creyente entrañaban las inexplicables teorías teosóficas de Helena después de sus viajes iniciáticos, se encargó de contárnoslo, años más tarde, en un notable trabajo que apareció en el *Lucifer*, de París, y en *La Nouvelle Revue*, artículo en el cual nos dice:

"En el verano de 1860, dejamos el Gobierno de Pskoff para ir al Cáucaso a visitar a nuestros abuelos los Fadéeff y a nuestra tía materna Madame Witté, quienes hacía más de once años que no habían visto a Helena. En nuestro viaje, al pasar por la ciudad de Zadousk, supimos que el Metropolitano de Kieff, el venerable Isidoro a quien de niñas habíamos conocido en Tiflis, se hallaba en la ciudad de paso para San Petersburgo. Fuimos, pues, a la iglesia arzobispal, con gran recelo, por mi parte; tanto, que por el camino le dije a mi hermana Helena: 'Mucho cuidado. Sujeta a tus diablillos por lo menos en presencia del Metropolitano.' Rióse ella, afirmando que así lo deseaba, pero que de ello no podía responder. En efecto, tan pronto como el venerable prelado comenzó a hacer preguntas a mi hermana respecto de sus viajes, empezó también el consabido e inteligente golpeteo, como si aquellos inoportunos invisibles que siempre la acompañaban quisiesen terciar imprudentes en la conversación, interrumpiéndonos a la continua y haciendo crujir o vibrar los muebles, nuestras tazas de té y hasta las mismas cuentas del rosario que tenía en sus manos nuestro santo anciano.

"Inteligentísimo y tolerante como era el venerable prelado Metropolitano, se hizo cargo al punto de la situación como de nuestro vivo desaliento y nos preguntó quién de las dos hermanas era médium. Y, como verdadera egoísta, me apresuré a echar el muerto a Helena, y él, entonces, se puso a interrogar a ésta, dirigiéndose mentalmente a sus invisibles acompañantes durante más de una hora, no sin quedar muy maravillado de todo aquéllo.

"—No existe ninguna fuerza, hijas mías —acabó diciéndolas el santo hombre—, que no proceda del Creador, en su esencia como en sus manifestaciones, y nada tenéis que temer mientras no abuséis del extraño don que el Señor os ha concedido. Jamás fue ilícito el investigar acerca de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, y día llegará en que ellas serán comprendidas y hasta dominadas y utilizadas por el hombre, a pesar de que no nos hallemos en este caso todavía. ¡Que la bendición de Dios, hija querida, te acompañe por doquiera!' Y uniendo la acción al dicho, el prelado bendijo de nuevo a Helena. Respecto de ésta, cuantas veces acudían a su memoria las palabras de bondad de aquel santo prelado, una

---

tras sus notabilísimas experiencias con Miss Florencia Cook y con su "doble", que decía llamarse Katie King, las concreta en su célebre libro *Medida de la Fuerza Psíquica*. Para nuestro propósito de ahora, aquéllas pueden reducirse a cuatro fundamentales, partiendo de la indiscutible realidad de tales fenómenos: la positivista, de obedecer aquéllos al inconsciente humano y a fuerzas naturales aún desconocidas; la espiritista kardeciana, de deberse ellos a seres humanos desencarnados; la cabalista-teosófica, de que no se trata sino de invisibles entidades no humanas, de los elementos (aire, agua, tierra, fuego), y la pseudocristiana, de ser ellos, en fin, obra de "los malignos". Claro es que ésta era la opinión de la familia de H. P. B. Estas opiniones son más o menos conciliables, por supuesto.

de las primeras cabezas visibles de la Iglesia Ortodoxa griega, siempre las recordaba con cariño y gratitud."

La ilustre dama ucraniana N. A. Fadéeff, su tía, da testimonio espontáneo acerca de las cosas extraordinarias que acaecieran a Helena desde su más tierna infancia, en la ya citada carta fechada en Odesa el 8-20 de mayo de 1877, diciendo: "Los fenómenos producidos por los poderes poco menos que mediumnísticos de mi sobrina Helena son muy serios y muy maravillosos, constituyendo verdaderos milagros, aunque no únicos. He leído y he oído hablar con frecuencia acerca de hechos tales en obras de espiritismo, y en otras tanto sagradas como profanas, constituyendo hechos aislados, provenientes de diversos orígenes; pero encontrar tanta fuerza concentrada en un sólo individuo constituyendo todo un grupo de manifestaciones las más extraordinarias originadas de una fuente única, como es el caso de Madame Blavatsky, es algo raro y sin precedentes. Sé bien que desde hace mucho tiempo ella posee poderes de aquéllos, los mayores que yo jamás haya visto. Mas cuando ella vivía entre nosotros, semejantes poderes eran mucho menores que lo son actualmente.

"Mi sobrina Helena es un algo completamente aparte y no podría ser comparada con ningún otro. Niña, joven o mujer, ella fue siempre muy superior a cuantas personas la rodeaban y que eran incapaces de apreciarla en todo su valor real. Recibió ella la educación general de toda buena familia; pero, aunque bien educada, nunca fue instruida, careciendo en absoluto de eso que se llama erudición. No obstante de ello, la excepcional riqueza de su naturaleza intelectiva, su rapidez de concepción y su facilidad prodigiosa para asimilarse y discernir los más difíciles temas, que a otro cualquiera le exigirían años de asiduo estudio, se aunaban en ella a un carácter leal, recto, franco y enérgico, cosa que le daba una superioridad excepcional, poniéndola tan por encima del nivel ordinario e insípido de las sociedades humanas, que no podía menos de llamar doquiera la atención general y, como consecuencia, la envidia y la animosidad de todos aquellos que, en su inferioridad mezquina, se sentían heridos por el esplendor de las facultades y talentos de esta mujer verdaderamente maravillosa.

"Me preguntáis qué idiomas había ella estudiado, a lo que os responderé que, en su infancia, además del ruso, su lengua materna, no conocía sino el francés y el inglés. Mucho más tarde, durante sus viajes a través de Europa, aprendió un poco de italiano. La última vez que la vi, cuatro años después de su partida, os puedo asegurar que era todo cuanto sabía de idiomas. En cuanto a las insondables profundidades de su erudición, en el tiempo a que me refiero no tenía ni sombra o indicio de ella, pues que era simplemente una mujer de sociedad; es decir, muy superficialmente educada. Respecto a estudios serios abstractos, misterios religiosos de la antigüedad, teurgia alejandrina, filosofías y filologías arcaicas, ciencia de los jeroglíficos, hebreo, sánscrito, griego, latín, etc., ella jamás lo había visto ni en sueños. Puedo atestiguarlo bajo juramento, que carecía, repito, de las nociones más elementales de semejantes cosas."

Volvamos a los años de la juventud de Helena, acerca de los cuales su consabida hermana Vera P. Felihovsky sigue diciéndonos en su informe memorable:

"A la edad de dieciséis años, Helena se casó con Nicéforo Blavatsky, un hombre que le triplicaba la edad,[7] y algunos meses después dejó a su esposo del mismo modo obstinado e impetuoso que había tenido de casarse con él. Le dejó con el pretexto de ir a vivir con nuestro padre, pero, antes de llegar adonde éste se hallaba, desapareció, y con tanta fortuna que, durante años, nadie supo dónde estaba, dándola nosotras por muerta. Su esposo era el subgobernador de la provincia de Erivan, en Transcaucasia. Era en todos conceptos un hombre excelente, pero con un defecto: el de haberse casado con una muchacha que lo trataba sin el menor respeto, y que de antemano le dijo abiertamente que la única razón que tenía para preferirlo a los demás que deseaban casarse con ella, era que le importaba menos hacerle desgraciado a él que a cualquiera de los otros.

"Cometéis un grandísimo error en casaros conmigo" —le dijo antes de contraer matrimonio—. "Sabéis perfectamente que sois bastante viejo para ser mi abuelo. Vais a causar la desgracia de alguien, pero no será la mía. En cuanto a mí, no os tengo miedo, y os prevengo que no seréis vos quien salga ganancioso de nuestra unión."

"No pudo, pues, decir su marido que dejase de obtener lo que había contratado. Tres meses después de casada, H. P. Blavatsky abandonó a caballo el domicilio conyugal, embarcándose en un vapor para escapar también de su padre. Se disfrazó de grumete a fin de pasar fácilmente por la inspección de policía. Encontró una amiga en Constantinopla y siguió con ella a Egipto, en donde hizo amistad con un anciano copto, de quien aprendió algunos conocimientos ocultos. Su marido trató entonces de obtener el divorcio, y aun cuando ella no fue su mujer sino en el nombre y lo había abandonado, no consiguió aquél el hacer triunfar su causa.

"Helena P. Blavatsky pasó la mayor parte de su juventud, y en realidad casi su vida entera, fuera de Europa. En sus últimos tiempos afirmaba que había vivido muchos años en el Tibet, en los Himalayas, al extremo Norte de la India, en donde estudió la lengua y literatura sánscrita, juntamente con las ciencias ocultas, tan conocidas de los Adeptos —hombres sabios o Mahatmas—, por quienes tanto tuvo que sufrir después. Tal es, al menos, la relación que de sus hechos hizo a sus parientes, como asimismo a su biógrafo inglés Mr. Sinnett, el autor de la obra titulada *Incidentes de la Vida de Mad. H. P. Blavatsky*.

"Durante ocho años estuvimos sin saber ni tener noticias de ella. Sólo después de diez años, el período necesario para que fuese legal su separación de su esposo, fue cuando Mad. Blavatsky volvió a Rusia.

"Después de su regreso, se estableció primeramente en el Gobierno de Pskoff, en donde me hallaba yo entonces viviendo con nuestro padre.

[7] Blavat parece ser un célebre personaje inglés de la guerra de las Dos Rosas, y *Blawat*, en lenguas eslavas es una flor azul o violácea semejante al lirio o *loto*; "el loto azul", como si dijéramos. Su diminutivo es *Blawatek*. *Sky*, en inglés, equivale a "cielo", pero entre los eslavos es un patronímico de Localidad. Una familia Blavatsky, en fin, se nos dice que aparece inscripta entre los vecinos de la localidad de Morón (Sevilla), a mediados del siglo pasado. En el padrón correspondiente consta una nota que reza: "Esta familia fue dada de baja en el vecindario por haber pasado a Rusia.

No esperábamos su llegada en algunas semanas, cuando, cosa verdaderamente extraña: al oír un día la campanilla de la puerta de la calle, di un salto, en la seguridad de que era ella quien llamaba.

"Era el caso, de que había reunión aquella noche en la casa de mi suegro, en donde yo vivía; su hija se casaba aquella misma noche; los convidados se hallaban sentados en la mesa y la campanilla sonaba a cada momento. Sin embargo, yo estaba tan segura que era ella la que había tocado, que con asombro de todos me levanté precipitadamente, y abandonando el festín de boda, corrí a abrir la puerta, queriendo impedir que los criados lo hicieran antes que yo.

"Nos abrazamos embargadas de felicidad, y olvidando en aquel momento lo extraño del suceso, la llevé inmediatamente a mi habitación; aquella misma noche me convencí de que mi hermana había adquirido extraños poderes.

"Constantemente la rodeaban, despierta o dormida, movimientos misteriosos, ruidos extraños, como golpes que sonasen en todos lados: en los muebles, en las ventanas, en el techo, en el suelo, en las paredes. Se percibían claramente, y además demostraban inteligencia; sonaban una y tres veces para decir 'sí', y dos para decir 'no'.

"Mi hermana me dijo que le hiciera una pregunta mental. Hícelo así, eligiendo una pregunta a un hecho que yo sola conocía. Recité el alfabeto, y la contestación que recibí era tan verdadera y precisa, que me quedé completamente atónita. Había oído hablar a menudo de espíritus golpeadores; pero hasta entonces no había tenido nunca la ocasión de comprobar su existencia.

"Antes de poco tiempo, toda la ciudad hablaba de los 'milagros' que rodeaban a Mad. Blavatsky. Las contestaciones no sólo inteligentes sino hasta clarividentes, dadas por estas fuerzas invisibles, que operaban día y noche a su alrededor sin ninguna intervención suya aparente, causaron aún más asombro y maravilla en la imaginación de los curiosos, que los movimientos de objetos inanimados, que al parecer aumentaban o disminuían de peso, cuyo fenómeno producía ella directamente con solo fijar sus ojos en el objeto elegido.

"Todos estos hechos fueron entonces descritos detalladamente en los periódicos rusos. Ya no hubo tranquilidad para nosotros; hasta en el campo, adonde fuimos a vivir poco tiempo después, en una propiedad de mi pertenencia, éramos perseguidos por cartas y visitas."

Capítulo II

MAS DETALLES ACERCA DE LA INFANCIA Y JUVENTUD DE H. P. B.

He aquí ahora el relato recopilado por Mr. Sinnett con los recuerdos de la familia de H. P. B., según aparece en su obra *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky,* aunque con ello retrocedamos de nuevo a la infancia de esta notable mujer:

"El padre de Helena servía entonces en el ejército, y el intervalo de paz después de la guerra con Turquía en 1829, se empleaba en la preparación para nuevas luchas. Nacida la niña antes de tiempo, era de complexión débil, sin que pareciese venir muy contenta a este mundo. Fue preciso apresurar el bautismo por temor de que la criatura muriese con la pesadumbre del pecado original sobre su alma.

"La ceremonia del bautismo en la Rusia ortodoxa se celebra con todos los atavíos y galas de cirios encendidos, con parejas de padrinos y madrinas, etc., y a cada concurrente se le entrega una candela de cera bendita que ha de mantener en la mano mientras dura la ceremonia.[1] Además, todos han de permanecer de pie constantemente, pues la religión ortodoxa griega no permite que nadie se siente durante los oficios y ceremonias religiosas, como sucede en las iglesias católico-romana y protestante. La sala escogida para la ceremonia en casa de la familia era espaciosa, pero mayor era todavía la masa de devotos anhelosos de presenciarla. Detrás del sacerdote oficiante en el centro de la sala, con sus acólitos revestidos de dorados hábitos y con larga cabellera, estaban las tres parejas de padrinos y toda la servidumbre de la casa. Una pariente ausente había delegado su representación en una niña de pocos años, tía de la recién nacida. Esta niña estaba en primera fila, inmediatamente después del sacerdote,

[1] Damos el detalle de esta ceremonia, detalle que pensábamos ya omitir, para salir al paso de las críticas que, no bien publicado el capítulo anterior, han surgido, creyendo algunos que con ello tratábamos de rodear de esotericismo y misterio este primer pasaje de la vida de H. P. B. No, y digámoslo de una vez para siempre, todo es natural "en la Naturaleza", pero, ¿quién es capaz de averiguar los finalismos y los simbolismos de la Naturaleza misma, si todo en la vida no es sino el reflejo de leyes, mundos y realidades superiores? Las ropas del pope ardieron, pero ¿por qué ocurrió entonces ello y a *ella* y no a otro y en otra ocasión? La casualidad no explicará nunca nada.

y como se sintiera nerviosa y fatigada de aquel plantón de casi una hora, sentóse en el suelo sin que lo notaran las personas mayores y seguramente se adormecería al calor de aquel día de julio, con la sala llena de gente invitada. Estaba a punto de terminar la ceremonia. Los padrinos pronunciaban la renuncia a Satanás y sus obras, que en la iglesia griega va enfáticamente acompañada de tres salivazos contra el invisible enemigo. En aquel momento, la chiquilla, jugando en el suelo con el cirio encendido, prendió fuego inadvertidamente a los largos y flotantes hábitos del sacerdote, sin que nadie reparara en el incidente hasta que ya fue demasiado tarde. Propagóse el fuego y resultaron varias personas, entre ellas el sacerdote, con graves quemaduras. Según las supersticiosas creencias de la Rusia ortodoxa, aquel accidente fue otro presagio funesto; y la inocente causa de ello, la futura señora Blavatsky, quedó sentenciada desde aquel día a los ojos de toda la ciudad, a una vida fecunda en acontecimientos y llena de tribulaciones y vicisitudes.

"Acaso por una inconsciente aprensión hacia dicho presagio, la niña fue objeto de mimo por parte de sus abuelos y tías, que la dejaron obrar a su capricho, de modo que durante su infancia no conoció otra autoridad que la de sus antojos y voluntariedades. Desde sus primeros años creció en un ambiente de leyendas y fantasías populares. En cuanto alcanza su memoria, estuvo poseída por la firme creencia en un mundo invisible de supraterrenos e infraterrenos espíritus y seres inextricablemente mezclados con la vida de los mortales. El *domovoy* o duende doméstico no era una ficción para ella, como no lo es para las ayas y nodrizas rusas.

"Desde un principio se aquistó el afecto de la niña este invisible huésped, adscrito a todas las casas y edificios, que vela el sueño de la familia, la mantiene en sosiego y trabaja rudamente todo el año por ella, limpiando los caballos por la noche, cepillándoles la cola y peinándoles las crines, y protegiendo al ganado contra la bruja, de quien es eterno adversario. El duende sólo es temible el 30 ó 31 de marzo, único día del año en que, por misteriosas razones, se vuelve maligno y se pone muy nervioso, atormentando a los caballos, apaleando a las vacas, que aterrorizadas se dispersan, y motivando que los de la casa dejen caer y rompan cuanto tocan con sus manos, y tropiecen y caigan a cada punto durante todo el día a pesar del cuidado que pongan en evitarlo. La loza y cristalería rotas, la inexplicable desaparición de heno y avena de los establos, y en general todas las desazones de familia, se atribuyen comúnmente a la turbulencia o la nerviosa excitación del duende doméstico. Unicamente se ven libres de sus extravagancias los nacidos en la noche del 30 al 31 de julio, noche —añadimos nosotros— en que naciese ella, según el calendario gregoriano que rige en la Europa occidental, no el ruso, para quien tal fecha era la del 12 de agosto.

"Nacida la niña en el riñón del país que desde el principio del mundo escogieron las ondinas por morada; criada en las márgenes del azulado Dniester, que ningún cosaco ni ukranio del Sur cruza jamás sin disponerse a la muerte, la creencia de ella en estas amables ninfas de verde cabellera fuese confirmando antes de que oyera hablar de otra cosa alguna. El catecismo de sus ayas ukranias se imbuyó enteramente en su alma, y

cuanto veía o imaginaba ver en su alrededor desde la más tierna infancia, le corroboraba todas aquellas poéticas creencias de hadas. Las leyendas parece como si reposaran en su familia, conservadas por los recuerdos que los viejos sirvientes tenían de sucesos relacionados con dichas creencias, y le inspiraron la temprana tiranía que la niña aprendió a ejercer tan pronto como comprendió qué poderes y facultades le atribuían sus ayas. Paseaba preferentemente por las arenosas orillas del rápido Dniester que circuye a Ekaterinoslav con sus arboledas de sauces, en cada uno de los cuales veía a una ondina que le sonreía y la saludaba; y convencida de su invulnerabilidad, según le habían hecho creer las ayas, era la única persona que se acercaba impávida y osada a aquellas márgenes. La niña sentía su superioridad y abusaba de ella. Sólo contaba cuatro años y ya exigía que el aya se sometiese a su voluntad, so pena de escaparse de su lado, dejándola sin protección y expuesta a los mortales halagos de la hermosa y malvada ondina, la que ya no se vería cohibida por la presencia de una persona *a quien no se atrevería a acercarse.*

"Por supuesto, los padres ignoraban esta fase de la educación de su primogénita y lo supieron demasiado tarde para desarraigar semejantes creencias de su mente. Un trágico suceso, del que de otro modo tal vez no se hubiese enterado la familia, lo puso todo en conocimiento de un aya extranjera. En uno de los paseos por la orilla del río, un muchacho como de catorce años que empujaba el cochecito de la niña, incurrió en su desagrado por alguna ligera desobediencia, y la niña exclamó:

"—Haré que te coja y te mate una ondina. Ahora baja una de aquel árbol... Ya viene... ¡Mira! ¡Mira!

"Viese o no el muchacho a la temida ninfa, echó a correr, no obstante las enérgicas voces del aya, desapareciendo por las arenosas márgenes que conducían a su aldea. Tras mucho regañar, la vieja aya hubo de volverse a casa sólo con la niña, determinada a castigar a Pavlik. Pero el pobre muchacho ya no apareció vivo. Al cabo de unas semanas encontraron unos pescadores el cadáver, envuelto en sus redes. El atestado de la policía manifestó que se había 'ahogado por accidente', suponiendo que al intentar el muchacho la travesía de algún somero charco de los dejados por las inundaciones de primavera, había caído en una de las muchas simas arenosas que tan fácilmente transforman en remolinos las rápidas aguas del Dniester. Pero la opinión de las ayas y criados de la casa, horrorizados por el suceso, no atribuyeron la muerte a un *accidente,* sino a efecto de que la niña había retirado del muchacho su poderosa protección, haciéndolo así víctima de alguna ondina que estaba en acecho. El disgusto de la familia subió de punto cuando la supuesta culpable corroboró formalmente la acusación y sostuvo que ella había entregado a su desobediente criado en manos de sus fieles siervas las ondinas. Entonces los padres confiaron la niña a un aya inglesa, llamada Augusta Sofía Jeffries, quien no creía en ondinas ni duendes; pero esta negativa cualidad no bastó para hacerla capaz de gobernar a la indómita educanda puesta a su cuidado. Desesperada el aya dimitió el cargo; y la niña, que entonces contaba seis años, volvió a manos de las antiguas ayas, cuando ella y su hermanita menor fueron enviadas a vivir con su padre. Durante dos o tres años estuvieron las niñas principalmente sujetas al directo cuidado del padre, cuyas órdenes obedecía la mayor con muchísimo más gusto que las de las ayas. Frecuentaban el trato de las tropas de su padre y en todas partes se las mimaba, llamándolas las *hijas del regimiento.*

"La madre murió cuando la señorita Hahn era aún niña, y a los once años ésta quedó enteramente al cuidado de su abuela, yendo a vivir a Saratow, de donde el abuelo era gobernador civil, como antes lo fuese de Astrakán. Hoy la señora Blavatsky declara que en aquella época de su vida se vio alternativamente mimada y castigada, tratada unas veces con indulgencia y otras con dureza; pero cabe imaginar que era una muchacha muy difícil de gobernar con arreglo a un régimen uniforme. Además, su salud fue siempre muy precaria durante la infancia; continuamente veíase 'enferma y moribunda'. Como ella misma dice, era sonámbula, distinguiéndose por diversas anormalidades psíquicas de peculiar índole, atribuidas por las ayas de religión ortodoxa griega a que estaba poseída del demonio; y así, según ella suele decir, la empaparon cuando niña en agua bendita, cuya cantidad hubiera podido mantener un buque a flote, y la exorcizaron los sacerdotes con la misma eficacia que si exorcizaran al viento.

"Desde su más tierna infancia fue de singularísimo carácter. Viva, inteligente, graciosa y osadísima, a todos asombraba por sus autónomas y determinadas acciones. De aquí el que, en su primera juventud y apenas casada, obrase altivamente a su albedrío, saliendo de Rusia sin dar cuenta a su familia ni siquiera a su marido, que desgraciadamente era hombre inadecuado para ella y que con exceso le triplicaba la edad, como más al pormenor veremos luego. Así pues, si los que la conocieron desde su niñez la hubieran visto treinta años más tarde, comprenderían también que fue funesto error tratarla y regirla como a otras niñas. Los padres y parientes debieron haber caído en la cuenta de que era una criatura excepcional, y que, por tanto, debió ser tratada y dirigida por medios excepcionales, al observar su temperamento inquieto y nerviosismo que la llevaba a inauditas travesuras impropias de su sexo; su apasionada curiosidad por todo lo desconocido, misterioso, raro y fantástico; su incomprensible atracción hacia la muerte y al propio tiempo el temor de morir, especialmente en su infancia; su exuberante imaginación y maravillosa sensibilidad; y sobre todo sus ansias de independencia y libertad de acción que nada ni nadie era capaz de refrenar. La más leve contradicción provocaba en ella un arrebato pasional y a veces ataques convulsivos. Si la dejaban sola, sin nadie a su lado que le coartara la libertad de acción ni la sujetase a disciplina ni refrenara sus naturales impulsos dando con ello motivo a excitar furiosamente su congénita combatividad, pasaba horas y días enteros en musitante soliloquio, según creían los de la casa, repuesta en un oscuro rincón y relatando, sin que nadie la escuchase de cerca, maravillosos cuentos de viajes por las refulgentes estrellas y por otros mundos, lo que el aya calificaba de 'profana jerigonza'. Pero apenas le mandaba a la niña que hiciera esto o lo otro, el primer impulso de la indómita criatura era desobedecer. Bastaba que le prohibiesen una cosa para que la hiciese sin reparar en consecuencias. Tanto el aya como algunos de la familia creían sinceramente que la niña estaba poseída de 'los siete espíritus de rebelión'. Las ayas eran unas mártires en el desempeño

de su cargo, y nunca sino por las buenas lograron captar su resuelta voluntad o influir en su indómito, obstinado e intrépido carácter.

"No se avenía a ningún hipócrita convencionalismo por respeto o temor a la opinión de las gentes. A los quince años, como había hecho a los diez, montaba a horcajadas lo mismo que un hombre en cualquier caballo de cosaco. No se doblegaba ante nadie ni cedía ante ningún prejuicio o formulismo convencional. Lo desafiaba todo y a todos. Como en su infancia, simpatizaba en su adolescencia con las gentes humildes del pueblo. Había preferido siempre jugar con los chiquillos de la servidumbre que con sus iguales, y constantemente se la había de estar vigilando por temor de que se escapara de casa para juntarse amigablemente con los andrajosos chicuelos de la calle. Así también, en plena feminidad, continuó simpatizando con sus inferiores en posición social y mostrando desdeñosa indiferencia hacia la 'nobleza' a que por nacimiento pertenecía.

"Era sumamente nerviosa y sensitiva, hablaba en voz alta, y a veces la encontraban sonámbula en los más apartados lugares de la casa y la volvían a la cama profundamente dormida. Una noche, cuando apenas contaba doce años, la echaron de menos en su dormitorio, y, dada la alarma, fueron a buscarla, encontrándola paseando por uno de los largos corredores y en detenida conversación con alguien invisible para todos menos para ella. Era la más extraordinaria muchacha de cuantas se habían visto, dotada de naturaleza dual, como si hubiesen dos seres en un solo cuerpo: uno malicioso, batallador, obstinado y de todo punto réprobo; el otro con tan místicas y metafísicas inclinaciones como una vidente de Prevorst. Ningún escolar fue nunca cual ella tan indómito ni tan capaz de las más imaginables y atrevidas travesuras y artimañas; pero al propio tiempo, una vez desvanecido el paroxismo de la diablura, ningún estudiante veterano tan asiduo como ella en el estudio, sin que nadie pudiese hacerla dejar los libros que día y noche devoraba mientras se sostenía el impulso. En estos casos, la copiosa biblioteca de sus abuelos era insuficiente para satisfacer sus ansias de lectura".

El extraño temperamento y carácter de la joven Helena están descritos en la obra de la señora Jelihowky titulada: *Juvenile Recollections Compiled for my Children* (Recuerdos de la juventud recopilados para mis hijos), grueso volumen de lindas narraciones entresacadas por la autora del diario que llevó durante su adolescencia. Dice así:

"La fantasía, o lo que entonces llamábamos fantasía, era vivísima desde su más tierna infancia en mi hermana Helena. A veces estaba horas contándonos a las niñas menores y aun a las mayores que ella, las más estupendas narraciones con la calmosa seguridad y convencimiento de un testigo ocular que supiese de qué hablaba. Aunque cuando niña no tenía miedo de nada, la intimidaban a veces sus propias alucinaciones, y estaba segura de que la perseguían los que ella llamaba 'terribles ojos deslumbradores', y nadie más veía, y que a menudo achacaba a los más inofensivos objetos inanimados, todo lo cual les parecía sumamente ridículo a los circunstantes. En cuanto a ella, cerraba los ojos durante estas visiones y corría a esconderse de las miradas del espectro, detrás de los muebles o entre prendas de ropa, gritando desesperadamente y asustando a todos los de la casa. Otras veces le daban accesos de risa que explicaba atribuyéndolos a las divertidas travesuras de sus invisibles compañeros, a quienes encontraba en todos los rincones oscuros y en las breñas del poblado parque que orlaba nuestra quinta, durante el verano, mientras que en invierno, cuando regresábamos a la ciudad, los volvía a encontrar en las espaciosas salas de recibimiento del piso principal, enteramente desiertas desde la media noche hasta la mañana. A pesar de que todas las puertas estaban cerradas, encontraron varias veces a Helena por la noche en aquellos oscuros aposentos, medio inconsciente y a menudo profundamente dormida e incapaz de decir al despertar cómo había ido hasta allí desde nuestro habitual dormitorio, sito en el piso alto. También desaparecía durante el día de la misma misteriosa manera, y al ir en su busca, llamándola y ojeándola, la encontraban tras mucha dificultad en los más infrecuentados parajes. Una vez la encontraron en el desván, debajo del tejado, en medio de los nidos de las palomas y rodeada de centenares de estas aves. Según dijo, las estaba 'adormeciendo' de conformidad con las reglas expuestas en la *Sabiduría de Salomón*. Y lo cierto es que si las palomas no estaban dormidas, al menos estaban atontadas o soñolientas en la falda de Helena.

"Otras veces, tras los gigantescos armarios de la colección zoológica de nuestra abuela, famosa por aquellos días entre todos los museos rusos de historia natural, encontraban a la desertora, después de buscarla horas enteras, rodeada de las reliquias de la fauna, flora y gea de tiempos antiguos, entre huesos antediluvianos de cuadrúpedos disecados y monstruosas aves, y en detenida conversación con las focas y cocodrilos aquellos. De creer a Helena, las palomas musitaban en sus oídos lindos cuentos de hadas, y los cuadrúpedos la entretenían en solitarios frenteafrentes con interesantísimos relatos que acaso fueran sus autobiografías. Para ella, la Naturaleza toda estaba animada de vida propia. Oía las voces de todos los objetos y de todos los seres orgánicos o inorgánicos, y atribuía conciencia y vida, no sólo a las misteriosas entidades que sólo ella veía y oía en los espacios para todos los demás vacíos, sino también a las cosas visibles e inanimadas, como guijarros, terraplenes y troncos carcomidos y fosforescentes.

"No menos interesantes eran nuestras diurnas excursiones a parajes más o menos lejanos. A unos diez kilómetros de la quinta del gobernador había un vasto arenal, que evidentemente fue un tiempo el fondo de un gran lago o mar interior, pues yacían allí fósiles de peces y moluscos, con dientes de monstruos para nosotros desconocidos. La mayor parte de dichos fósiles estaban rotos y mutilados por el tiempo; pero a menudo encontrábamos piedras enteras de diversos tamaños con huellas impresas de peces, plantas y animales de especies ya del todo extinguidas, de innegable origen antediluviano.

"Innumerables fueron los maravillosos y conmovedores relatos que la chiquillería escuchamos de labios de Helena en aquella época. Recuerdo cuando, tendida a lo largo en el suelo, con la barbilla apoyada en ambas manos y los dos codos profundamente hundidos en la arena, solía soñar en voz alta y referirnos sus visiones, que para ella eran tan evidentemente claras, vívidas y palpables como la viviente realidad. ¡Cuán amenamente describía la vida submarina de todos aquellos seres cuyos restos hechos

polvo nos rodeaban! ¡Cuán vívidamente nos representaba sus pasadas luchas y batallas en el mismo paraje donde ella estaba tendida, asegurándonos que las había presenciado! ¡Cuán minuciosamente dibujaba en la arena con el dedo las fantásticas formas de los pretéritos monstruos marinos, y casi nos hacía ver los colores de la fauna y flora de aquel desolado paraje! Al escuchar anhelosamente sus descripciones de las lindas ondas azules que reflejaban en las doradas arenas del fondo del mar los irisados rayos del sol; cuando nos hablaba de los bancos de coral, de las grutas estalactílicas, de las verdes yerbas marinas entre cuyas briznas brillaban las delicadas anémonas, nos imaginábamos que las frescas y aterciopeladas aguas acariciaban nuestros cuerpos transformados en lindos y juguetones monstruos marinos. Nuestra imaginación galopaba en pareja con su fantasía dejando en completo olvido la presente realidad.

"Una vez nos asustó a las más pequeñas, de suerte que por poco nos desmayamos. Habíamos ido a un hermoso bosque, cuando de pronto mudó el relato de pasado en presente y nos dijo que todo cuanto nos había contado acerca de las frescas y azules ondas densamente pobladas estaba en torno nuestro aunque no lo pudiéramos ver ni tocar. Y siguió diciendo: '¡Oh!, ¡qué veo! ¡un milagro! La tierra se abre de pronto, el aire se condensa y reaparecen las olas del mar... Mirad, mirad..., allí empiezan ya a moverse. Estamos rodeadas de agua, en medio de los misterios y maravillas del mundo abismal.'

"Se había levantado del arenoso suelo y hablaba con tal convencimiento, tenía su voz un tono de tan horrorizada admiración y su infantil rostro demostraba tan vivo terror y gozo al propio tiempo, que tapándose los ojos con entrambas manos como solía hacer en los momentos de excitación, cayó de bruces en la arena exclamando a voz en grito: '¡La ola...! ¡Ya está aquí! ¡El mar! ¡El mar! ¡Nos ahogamos!' Todas las niñas nos echamos rostro al suelo gritando tan desesperadamente como ella y tan por completo convencidas de que nos había tragado el mar y ya no existíamos.

"Después nos refería las más inconcebibles historias acerca de sí misma, con inauditas aventuras cuya heroína era ella cada noche, según explicaba. Todos los animales disecados en aquel museo le habían concedido uno tras otro su confianza, contándole la historia de la vida de ellos en pasadas encarnaciones o existencias. Nacida en una familia cristiana, ¿dónde había podido oír hablar de la reencarnación, ni quién podía haberle enseñado nada acerca de los supersticiosos misterios de la metempsícosis? Sin embargo, tendida sobre su predilecto animal, una enorme foca disecada, y acariciándole la blanda piel de color blanco argentino, nos relataba las aventuras que *la misma foca* le había contado, describiéndolas con tan brillantes colores y elocuente estilo que, aun los adultos, sin querer, se detenían a oír sus narraciones.

"Todos escuchaban y se veían subyugados por el encanto de sus relatos, y los pequeñuelos creían firmemente cuanto decía. Nunca podré olvidar la vida y aventuras de un corpulento flamenco que estaba en imperturbable contemplación tras los cristales de una espaciosa vitrina con sus dos alas listadas de escarlata, extendidas en actitud de emprender el vuelo, y sin embargo aprisionado en su celda. Nos decía Helena que siglos antes, aquel flamenco no había sido ave, sino un hombre de veras que, por

haber perpetrado espantosos crímenes y un asesinato, lo convirtió un poderoso genio en flamenco, ave sin cerebro, con las alas salpicadas con la sangre de sus víctimas y condenado a vagar perpetuamente por desiertos y pantanos.

"En prueba de sus declaraciones citaba a un viejo centenario llamado Baraning Buyrak, que no lejos de la quinta vivía en un barrancal de un bosque vecino. Era el viejo, en opinión de las gentes, un verdadero mago, un hechicero de benévola y bondadosa índole, que curaba voluntariamente a los enfermos que acudían a él, pero que también sabía castigar con alguna enfermedad a los que pecaban. Estaba versadísimo en el conocimiento de las ocultas propiedades de plantas y flores, y se decía que era capaz de leer en el porvenir. Cultivaba centenares de colmenas alrededor de su cabaña, y en las largas tardes de verano se le veía siempre paseando lentamente entre las abejas y cubierto de pies a cabeza como viviente coraza por zumbantes enjambres de estos himenópteros en cuyas viviendas metía impunemente las manos, y escuchaba su ensordecedor zumbido, respondiendo a él en su para nosotras incomprensible lengua, una especie de murmurante canto a cuyo eco cesaban de zumbar las aliáureas obreras, que sin duda se entendían perfectamente con su centenario dueño. De esto estaba Helena por completo segura. Baranig Buyrak la atraía irresistiblemente, e iba a visitarlo siempre que se le deparaba coyuntura, con objeto de interrogarle y escuchar ansiosamente las respuestas y explicaciones del viejo respecto al lenguaje de las abejas, aves y cuadrúpedos. El sombrío barrancal le parecía un magnífico reino. En cuanto a Baranig Buyrak siempre nos decía al hablar de Helena: 'Esta señorita es muy distinta de todas vosotras. Magnos sucesos le aguardan en el porvenir. Me entristezco al pensar que no viviré para ver realizados mis pronósticos acerca de ella pero *de cierto se realizarán*' "[2]

De esta suerte, sentaremos por hipótesis de actuación, que aun en su primera infancia estaba la señorita Hahn protegida por cierta anormal

2 Como se han realizado otros hechos extraños con motivo de la gran revolución reciente, tales como éste: "Existía en Rusia —dice Margarita Gil en cierta encuesta— una antigua leyenda relativa a un pabellón de caza situado a 35 kilómetros de Petrogrado, que, perteneciendo a los dominios de la Corte imperial, fue en otro tiempo teatro del asesinato del emperador Pedro III; crimen cuya responsabilidad pesó sobre los hermanos Orloff, que tenían por cómplice a la propia esposa del Zar. A este pabellón se dirigió la emperatriz, después de una fiesta, a buscar importantes documentos de Estado, que quedaron olvidados allí después del fallecimiento de Pedro. Intentó disuadirla el viejo guarda, por creer que el pabellón estaba bajo la influencia de espíritus maléficos. Catalina traspuso la puerta y encerrándose en la biblioteca buscó en vano los documentos aludidos. De repente, una brisa muy fría la envolvió, y vio con espanto a un hombre, que no era otro que Pedro III. La aparición, después de reprochar a la reina su proceder, anunció que llegaría el tiempo en que los Romanoff serían abatidos, y que entonces, por última vez, lo verían en aquel mismo lugar. Catalina lanzó al Neva la llave del pabellón y redactó una Memoria de los hechos, que se ha conservado en seguro archivo. Llegó el 18 de julio de 1917. Una chispa eléctrica, durante una tempestad, incendió el pabellón, y apareció entre las llamas el fantasma de Pedro III. En el mismo instante eran asesinados, en Ekaterinemburg, Nicolás II y su familia."

No hay que olvidar al efecto que Helena, por parte de su parienta María Nikitishna, princesa Dolgoruky, esposa del Zar Miguel Fedorovich y abuela de Pedro el Grande, fundador de la dinastía de los Romanoff, pareció participar anticipadamente en su vida de algo del triste destino que en nuestros días ha aniquilado a estos últimos.

intervención capaz de operar en el plano físico cuando lo exigían circunstancias extraordinarias. Por ejemplo, varias veces le oí contar un incidente de su infancia, a propósito de la vivísima curiosidad que le acometió de ver el retrato de un antepasado de la familia, que estaba en el castillo de Saratow, donde vivía su abuelo, tapado con una cortinilla. Pendía de la pared a mucha altura del suelo en un aposento de elevado techo, y la señorita Hahn era entonces un renacuajo, aunque muy resuelta cuando se le asentaba un propósito entre ceja y ceja. Le habían negado permiso para ver el cuadro, por lo que esperó la ocasión de quedarse sola para realizar su deseo. Arrimó una mesa a la pared; puso encima otra mesa más pequeña, y por remate una silla, encaramándose después poco a poco a tan inestable edificio. Desde aquella ventajosa posición pudo alcanzar el cuadro, y apoyándose con una mano contra la polvorienta pared, descorrió con la otra la cortina. Sobresaltóse al ver el cuadro, y con el movimiento que hizo se derrumbó la deleznable tarima. Ni la misma señorita Hahn se dio cuenta de lo ocurrido. Perdió el conocimiento al tambalear y caer, y al recobrarlo se halló tendida en el suelo sin daño alguno, las mesas y la silla en el mismo sitio de donde ella las había sacado, y corrida de nuevo la cortinilla del cuadro. Hubiera creído que todo era sueño, a no ser porque en la pared, junto al cuadro, quedaba impresa en el polvo la huella de su manecita. También parece que en otra ocasión, cuando tenía catorce años, salvó la vida en singulares circunstancias. El caballo que montaba lanzóla de la silla, y al caer se le enredó el pie en el estribo; y según dijo ella, debió de haber muerto antes de que pudieran detener al caballo, a no ser por una extraña forma que distintamente notó en su rededor y parecía sostenerla en el aire a despecho de la gravitación.

Si las anécdotas de esta sorprendente índole fuesen pocas e infrecuentes en la vida de la señora Blavatsky, las hubiera suprimido al publicar sus Memorias; pero como se irá viendo, forman el meollo de lo que cada personaje de los que vayan apareciendo ha de decir respecto a ella. El relato de su vuelta a Rusia después de su primera y larga excursión rebosa de pruebas proporcionadas por sus parientes, en comparación de las cuales resultan de insignificante maravillosidad estas ligeras anécdotas de su niñez, referidas por ella misma. Además, no las cito por ser anécdotas, sino, como ya dije, para representar las relaciones que parecen haber existido en su primera infancia entre ella y los que llama sus Maestros, corpóreamente invisibles y que a la sazón no los conocía como hombres vivientes, aunque sí los conocía en las visiones de que estuvo llena su infancia.

Sus parientes miraban con medrosa curiosidad los fenómenos en ella manifestados, que podían comprender lo bastante para observarlos. Dice su tía: "Desde la edad de cuatro años era sonámbula y soñaba en alta voz. Durante el sueño sostenía largas conversaciones con invisibles personajes, unos jocosos, otros formales y algunos terribles para los que estaban junto a la cama de la niña. En varias ocasiones, estando al parecer naturalmente dormida, respondía a preguntas que sobre quebrantos de intereses y otros asuntos de grave ansiedad le hacían algunas personas tomándola de la mano como si fuese una extática sibila. A veces la echaban de menos en su cuarto y la encontraban en un apartado aposento de la casa o en el

jardín, jugando y hablando con camaradas de sus ensueños. Durante algunos años, sorprendía con infantiles espontaneidades a los extraños y a las visitas de casa, mirándolos de hito en hito y diciéndoles que morirían en tal o cual fecha o les profetizaba algún accidente o desgracia que había de ocurrirles. Y como sus pronósticos casi siempre se realizaban, era en este particular el terror del círculo doméstico."

Como se ve, los fenómenos extraordinarios que desde su más tierna niñez se habían presentado en la sensitiva y mediumnística naturaleza de Helena continuaron en serie creciente con su primera juventud. Harto lo detalla su hermana Vera P. Jelihwsky,[3] en la carta citada en el capítulo anterior, donde prosigue:

"La situación, creada por los extraños fenómenos de Helena, se había hecho insoportable, cuando, por la intervención de *messieurs les esprits* —como nuestro padre los llamaba riendo—, se descubrió al autor de un asesinato cometido en la vecindad, por lo cual los funcionarios judiciales se hicieron creyentes y pedían a voces milagros. Peor fue todavía que un día empezara Helena a describir "los habitantes antiguos de nuestra casa que ella sola veía", los cuales fueron después reconocidos conforme a sus descripciones por la gente anciana del país, como los primeros dueños de la posesión y sus criados, todos ellos muertos hacía tiempo, pero de quienes aún se conservaba memoria. Debo hacer la observación de que esta propiedad hacía sólo nueve meses que me pertenecía. La había comprado en un distrito que me era por completo desconocido y ninguno de nosotros había oído hablar jamás de las personas que describía.

"Mi padre, hombre de gran inteligencia y sumamente instruido, había sido durante toda su vida un escéptico, un 'volteriano', como decimos en Rusia. La fuerza de las circunstancias le obligó a cambiar de opinión, y al poco tiempo se pasaba los días y las noches escribiendo, bajo el dictado de *messieurs les esprits*, la genealogía de sus antepasados, los valientes caballeros de Hahn von Rotterhahn.

"Desde su regreso a Rusia, Helena P. Blavatsky no sabía cómo explicar su estado mediumnístico; pero en aquel tiempo no expresaba el desdén y el disgusto por la mediumnidad que más tarde sintió. Diez o doce años después, hablaba de las proezas medianímicas de su juventud con gran repugnancia; en aquel tiempo, las fuerzas que realizaban los fenómenos le eran desconocidas y casi independientes de su voluntad; una vez que llegó a obtener el completo dominio de ellas, ya no quiso acordarse más de ellas. Pero a la edad de veintiocho años, no tenía el poder de dominarlas aún".[4]

[3] "Jelihwsky" y no "Felihwsky", como por errata dijimos en el capítulo anterior, donde también se deslizó otra de "Halm" por "Hahn" o Hann, y la de Mkadr por Alkadr, con algunas otras, que ya habrán sido salvadas por nuestros cultos lectores teósofos.

[4] La fenomenología de la infancia y juventud de H. P. B. es más frecuente de lo que se cree en seres en los que el naciente sexo se presenta más o menos anormalizado, sobre todo al romper el capullo de la pubertad, como la experiencia de todas las épocas lleva demostrado. Hoy mismo, aunque bajo la tan clásica como absurda teoría de "el pacto con el diablo" —pacto "contratado", por supuesto, con quien no tiene para ello "capacidad legal" por falta de discernimiento—, leemos dos casos semejantes en la Prensa. Bajo el ridículo epígrafe de "Una niña pacta con el diablo", nos da *La Voz*, diario de Madrid (27 de marzo de 1922), el siguiente telegrama:

Hasta aquí llega el texto de Sinnett, que hemos dado casi íntegro, pese a aparentes repeticiones, para que se vea claro cómo la superstición más ínfima —aunque todas ellas sean hijas de una ciencia perdida que se transforma así de medicina en veneno— puede decidir, y casi siempre para mal, el porvenir entero de una criatura.

En el caso de H. P. B., por ejemplo, nos encontramos con una de tales supersticiones rusas respecto del bautismo, superstición a la que el descuido de una chiquilla proporciona motivo o pretexto, y ya tenemos a la recién nacida "hija de Satanás" y necesitada, en tal concepto, de que se la mire como tal "hija", y, como precita, se la deje obrar a su albedrío, cual en dicho caso se hizo con el consiguiente cortejo de aberraciones, enfermedades y torcida educación que vino después y que la víctima ya no pudo sacudir de sí hasta muy avanzada su vida. El trágico suceso del pobre Pavlik o Paulik fue también otra consecuencia de semejante educación supersticiosa, tan distinta de la que dar puede la verdadera Teosofía, porque esta última, de acuerdo con la ciencia actual que es mera parte de ella, aunque admite y demuestra la existencia de los seres de lo astral, ya sean bondadosos *domo boy* ("el niño astral doméstico", etimológicamente), ya perversas ondinas o *xanas* astures del río, cuida constantemente de agregar que semejantes "microbios" y "macrobios" de lo astral, dentro de la ley universal de analogía, acabarían siempre dando al traste con la salud intelectual, moral y física, de sus víctimas, si no fuese porque contra ellos, como en el caso aquel de las infecciones microbianas, hay una efectiva aunque invisible "epidermis astral", por otro nombre "Velo de Isis", velo o "epidermis" que nos protege durante toda nuestra infancia psíquica, y que no se rasga fisiológicamente sino con la Iniciación, o sea con la adquisición del vigor intelectual, moral y volitivo suficiente para poder luchar con éxito contra semejantes entidades, no menos reales que invisibles

---

"Roma 25 (9 m.). — Los vecinos del pueblo de Resignano, en la provincia de Turín, están aterrados. Desde hace poco tiempo, las calamidades más extraordinarias llueven sobre ellos. Y de todo tiene la culpa una niña de diez años, hija de una mujer de la aldea que, según ellos, ha hecho pacto con el Diablo para amargar la existencia de los antes felices y pacíficos habitantes de Resignano. El paso de la niña por cualquier lugar de la población produce el maleficio, que unas veces se manifiesta por incendios en los bosques y en los sembrados y en las casas y otras por la muerte de algunas personas. Además, al discurrir la niña por las calles, los utensilios de las cocinas y los muebles de las casas comienzan a bailar una de las danzas más endemoniadas que pueden imaginarse, y las legumbres se salen de los pucheron para venir a caer a los pies de la muchacha, como si la invitaran a recogerlas. Estos fenómenos han sido comprobados por el doctor Mirabello y el profesor de Turín señor Anconade. Ambos declaran que se trata de un médium de potencia excepcional, y han conducido a la niña a Turín para estudiar el caso, y además para sustraerla a las iras de los vecinos del pueblo, que deseaban quemarla, para destruir por este procedimiento al espíritu del mal que lleva dentro."

La prensa bávara de estos días nos habla también del célebre caso que se está dando en Dietershein. Uno de los diarios del país dice sobre el caso:

"Se trata de un niño que posee un poder tal, que sin ninguna intervención de las manos y con su sola presencia, pone en movimiento los objetos inanimados. Entra en una cocina, por ejemplo, y en el instante los enseres se animan: los tizones saltan de la lumbre, las marmitas van a estrellarse contra las paredes, los platos, sartenes y demás batería desaparecen por la ventana, todo parece bailar macábrica danza. Por fantástico que esto parezca a los desconocedores de los fenómenos psíquicos, ni el hecho es nuevo, ni el relato deja de ser atestiguado por tres doctores y muchísimas otras personas que los presencian."

Por extraños que semejantes casos puedan resultar para nuestro desconfiado escepticismo, es lo cierto que cuando la fuerza nerviosa del niño va preparando paso tras paso, desde el quinto mes de la gestación, esa maravilla creadora que se llama pubertad, maravilla que asegura la continuidad de la especie, la menor anormalidad puede proyectar al exterior una fuerza desconocida, capaz de asociarse con otras no menos ignoradas aún, de producir toda esa completa fenomenología que dio lugar al Espiritismo a mediados del siglo XIX, y que antes se presentase, como vamos viendo, en la niñez y juventud de H. P. B.

Para mayor ilustración del lector, copiamos de la interesante obra de *El Hipnotismo prodigioso*, de nuestro amigo el señor Aymerich, la página que consagra a los fenómenos de Hydesville, origen del moderno espiritismo:

"En 1847 fijó su residencia en Hydesville, ciudad del condado de Wayne (Estados Unidos), una familia alemana, compuesta de un matrimonio y tres hijos. Los señores Fox pertenecían, por sus creencias, a la Iglesia episcopal metodista, y distinguíanse por su intachable conducta y proverbial honradez. Verificada su instalación en Hydesville, desde los primeros días produjéronse en la casa muchos ruidos extraños y de inexplicable origen: unas veces oíanse golpes de intensidad extraordinaria; otras, multiplicábanse los ruidos de puertas que parecían cerrarse con grandísima violencia; de vez en cuando sentíanse en los pasillos y escaleras del edificio fuertes pasos de personas, que nunca entraban, y era, en resumen, una constante manifestación de fenómenos, que si al principio no preocuparon gran cosa a los señores Fox, llegaron al fin a causarles profundo desasosiego. En repetidas ocasiones sentíase un gran alboroto en la alcoba de los niños y corrían éstos a enterarse de lo sucedido en su cuarto y nunca hallaban a nadie en él; pero los muebles yacían volcados fuera de su sitio, apareciendo toda la habitación en el más evidente e inexplicable desorden. No faltó igualmente coyuntura de que llegaran todos a tiempo para ver las camas, sillas y otros muebles moviéndose y balanceándose con perfecto desprecio de la quietud y estabilidad que distingue a las cosas inanimadas. Los lechos de las pequeñas eran el punto particularmente preferido. La de menor edad, Kate, sentía algunas veces como si una helada mano la tocase, y también la sensación que pudiera causarle un lanudo perro echado a sus pies.

"Una noche, la del 31 de marzo,* la familia se retiró a dormir más temprano que de costumbre. Poco hacía de esto cuando comenzó la barahunda con inaudito furor. Los niños Fox, ya un tanto familiarizados con aquella vida de cosas estupendas, incorporáronse más curiosos que asustados, y Kate tuvo el capricho de castañetear los dedos, diciendo en voz alta: 'Señor Pata-hendida, haga usted como yo.' La respuesta fue instantánea y con una docilidad portentosa. Kate exclamó a gritos, no sin cierto alborozo: 'Mamá, ¡el señor Pata-hendida ve y oye!' Maravillada, la señora Fox reprodujo el experimento complicándole con diversas variaciones. Quiso que el invisible personaje golpeador le indicase la edad de los niños, y las respuestas fueron en un todo conformes a la verdad. La pregunta de si era un hombre quedó sin contestación; igual mutismo obtuvo la de si tratábase de una mujer, y cuando la madre hizo la pregunta si era un *espíritu*, fuertes y repetidos golpes de asentimiento le indicaron la solución del misterio.

"El señor Fox hizo venir a una vecina, Miss Redfield, quien habiendo preguntado en la misma forma y obtenido respuestas formales y precisas, salió a buscar personas de su amistad para que acudiesen al sitio donde se manifestaban tan estupendas anormalidades. Formado así el espontáneo grupo de experimentaciones, búscase una manera de establecer comunicación menos tarda e imperfecta con aquel ser invisible, y una vez el amigo de la casa, Isaac Post, propuso que se fueran diciendo en voz alta las letras del abecedario para que el *espíritu* señalara con un golpe lo que convenía marcar. El arbitrio pareció excelente, y de esta forma quedó inventada la alfabética comunicación en la cual se van obteniendo las palabras letra por letra . . . Los *espíritus*, en fin, anunciaron la gran noticia de la inmortalidad, según el Espiritismo, e hicieron conocer la existencia de entidades de superior capacidad y sabiduría, quienes en las regiones de la vida espiritual velaban con amoroso afecto por los humanos que les lloraban sobre la tierra. Recomendaron las reuniones de amigos y familias, las cuales pronto hubieron de tomar la denominación de 'Círculos *espiritistas*', y en éstos, los invisibles aconsejaron desde luego las prácticas del magnetismo animal para obtener los fenómenos de la *clarividencia*."

* Véase la coincidencia de esta fecha con la que antes diera Sinnett acerca de la nerviosidad del doméstico *domo-boy*.

a nuestra atrofiada visión trascendente. Mas ¡ay! que, cual sucede también en los físicos accidentes aquellos, semejante "epidermis" o "velo" se rasga asimismo prematura y lamentablemente con esas mil pretendidas "magias" y fenomenismos de todos conocidos, moneda que, falsa y todo, parece existir en el mundo para dar fe de que antes existió la legítima; o sea la primitiva Religión-Sabiduría de las Edades basada en lo que después se llamó "Joya", o sea LA REFORMA DE UNO MISMO POR LA MEDITACION Y EL ESFUERZO, no por pretendidos apoyos exteriores, vengan por donde vinieren, y que suelen pagarse harto caros las más de las veces.

Capítulo III

EL PRIMER MATRIMONIO DE H. P. B.

Entre las personas de la misma edad que Helena Petrovna, dice Sinnett en sus *Incidentes de la vida de H. P. Blavatsky,* su tía Nadejda Andrevna Fadeeva (quien, a pesar de su parentesco con aquélla, sólo la llevaba tres años y pudo vivir más en intimidad con ella durante su niñez que la propia Vera P. Jeliwsky, su hermana, cuatro años menor), confirma los maravillosos fenómenos que a la sazón rodeaban a Helena. Una de las cartas de Nadejda, escritas a Sinnett en mayo de 1877, se cita en el libro de mistres Besant, *H. P. Blavatsky y los Maestros de la Sabiduría* (Londres, 1907).

Por Nadejda sabemos que la infancia de Helena fue tranquila y gozosa. "En el verano toda la familia, dice Sinnett, se trasladaba a la residencia del gobernador, una grande y antigua casona rodeada por un notable jardín llena de rinconcitos misteriosos, un lago y un profundo barranco, detrás del cual había un bosque que descendía hasta las riberas del Volga. La precoz niñita vio allí en aquella naturaleza, una vida propia y misteriosa, donde hablaba a menudo con pájaros y cuadrúpedos. Durante el invierno, el estudio o despacho de su ilustradísima abuela presentaba, como ya vimos, un panorama digno de excitar a la menos brillante imaginación por las mil y una cosas curiosas allí almacenadas: cabezas de osos y tigres; encantadores colibríes disecados, y toda clase de aves, entre las que descollaba con sus alas extendidas un águila gigantesca, junto a un bello flamenco de largo cuello que parecía estar vivo aún. Cuando los niños iban al despacho de la abuela solían cabalgar a lomos del disecado caballo o de la foca, y en las sombras del crepúsculo todos aquellos seres yertos parecían cobrar una vida astral y escalofriante bajo la palabra cautivadora de la pequeña Helena, que contaba acerca de ellos historias aterradoras, especialmente acerca del flamenco blanco y sonrosado, cuyas alas conservaban manchas de sangre. Además, desde su tierna infancia la niña clarividente veía la majestuosa figura de un hindú con blanco turbante que siempre era uno y el mismo y a quien ella conocía igual que a sus propios familiares, llamándole su Protector, diciendo que Él era quien la salvaba de todos los peligros y accidentes.

Uno de estos accidentes le ocurrió cuando tenía trece años de edad: un caballo en que iba a montar se espantó, saliendo desbocado, mientras que la niña quedaba colgada del estribo. Sin embargo, en vez de matarse, que era lo más natural, sintió como si alrededor de su cuerpo se extendiesen los brazos de alguien que la sujetaba hasta que se detuvo el caballo. Otro accidente ocurrió antes, cuando era todavía una mocosuela, a saber: cuando deseaba examinar cierto cuadro que colgaba de la pared cubierto por una cortina. La rapaz había pedido diferentes veces que la mostrase el cuadro, pero no fue satisfecha en sus deseos.

Cierta vez que se vio sola arrimó una mesa a la pared, puso otra mesita pequeña sobre ella y después una silla encima. Al pretender desde su artefacto descorrer la cortina, perdió el equilibrio, y todo el tinglado se vino abajo con ella, quien perdió el conocimiento. Al volver en sí se encontró tirada en el suelo, pero sana y salva, y vio que las mesas y la silla estaban en su lugar y la cortina echada sobre el retrato. La única prueba de que le hubiera sucedido realmente el accidente era una ligera señal de su manita, que quedó marcada en la pared debajo del cuadro."

Así la infancia y la juventud de H. P. B.; se deslizaron bajo condiciones muy felices en el seno de una familia culta y al parecer cariñosa, con tradiciones de benevolencia y con una actitud de simpatía hacia las clases desheredadas, que fue otra de las características de su psiquis.

"Por su maravillosa organización psíquica, que demostraba poderes que la mayoría de las personas no han desarrollado aún —añade Hartmann—, el tipo de H. P. B. se encuentra tan distante del tipo del hombre intelectual moderno, que solamente la psicología del futuro podrá comprenderla y definirla. La Historia nos enseña que de tiempo en tiempo han aparecido en diversas épocas seres humanos dotados de poderes desconocidos para la Humanidad. Así fueron Cagliostro, Jacobo Boehme, Swedenborg y otros más.[1] Pero la diferencia entre ellos y H. P. B. es enorme. Ellos vivieron en otros tiempos, cuando las comunicaciones entre los pueblos eran escasas, los hechos difíciles de comprobar y el análisis crítico estaba todavía en la infancia, por lo que de los maravillosos poderes de aquéllos sólo quedan vagas leyendas. Pero H. P. B. apareció en el mundo en una época en que la comunicación intelectual se efectúa en toda la tierra con inusitada rapidez y un suceso extraño o notable llega en seguida a conocimiento universal. Ella, además, vivió sucesiva y bien ostensiblemente en tres partes distintas del mundo; recibiendo a todo el que la visitaba y era personalmente conocida por una multitud de gentes de todas las nacionalidades y profesiones. Era conocida también de muchos eruditos en América, Asia y Europa. Ella misma, su vida y sus llamados 'milagros' estaban a la vista de todo el mundo. Era imposible ignorar que existiera o convertirla en una vaga leyenda. Pocos, sin embargo, se dan cuenta aun hoy día de que, no solamente las enseñanzas que ella trajo de Oriente, sino también su personalidad y sus maravillosas dotes psíquicas, son de la mayor importancia en nuestra época. Es, en fin, una teoría, si no un hecho, y este hecho afirma con gran persistencia que la ciencia debe, o ampliar sus límites incluyendo en ellos, no sólo los fenómenos físicos, sino también los suprafísicos, y aceptar la evolución espiritual de la misma manera que acepta la evolución de las formas, o dejar sus armas y considerarse impotente en frente de los fenómenos de orden más elevado. Desde este punto de vista —como un hecho que en sus cualidades internas deja muy atrás a su época y que suministra sugestiones profundamente interesantes acerca de las líneas futuras del desenvolvimiento humano—, H. P. B. debía ser del mayor interés para los psicólogos modernos; el cómo se ha demostrado en realidad ese interés, lo vemos por el *informe* de la científica Sociedad de Investigaciones Psíquicas. A pesar de su tendencia, no encuentro tampoco mejor actitud en ningún otro informe de científicos profesionales..."

Luego de darnos el interesantísimo relato acerca de H. P. B. que va en los capítulos anteriores, Vera, su hermana, continúa hablándonos del matrimonio de Helena, pero no debemos pasar adelante sin hacer algunas observaciones respecto de la inculpación —primera de una larga y lamentable serie— que sus enemigos hacen a ésta con motivo de tan absurdo matrimonio con el setentón consejero Nicéforo Blavatsky[2] y su casi inmediata separación de éste, abandonando a caballo Helena el domicilio conyugal, sin que nadie, ni sus mismos padres, supiesen por entonces el paradero de la joven.

[1] Después de atravesar un período de perturbaciones religiosas, tristezas y oraciones, y durante el cual tiene los más extraños ensueños, vuelve Swedenborg a tomar su lenguaje sobrio, medido y casi matemático —dice un biógrafo—. Tiene entonces percepciones extraordinarias, pero clarísimas y como regidas por las leyes de un mundo completamente nuevo para él —el mundo de los jinas, que diríamos nosotros—, y las relata con una buena fe y una sencillez incontrastable en un extenso y documentado diario, diario que abraza un período de más de quince años. Afirma en él Swedenborg que él percibe distintamente en su derredor espíritus buenos y malos con quienes conversa. La Biblia, por su parte, menciona hechos análogos, y para explicarlos se ha dicho durante mucho tiempo que los ángeles y demás espíritus se habían hecho visibles a los hombres revistiéndose de una como envoltura material, la cual se disipaba tan pronto como habían cumplido su misión; pero esta no es la explicación que de ello daba Swedenborg. Según él, la parte espiritual del hombre es sustancial, lo cual quiere decir que, unida ella al cuerpo material durante su existencia terrestre, queda después de la muerte como un organismo espiritual en una forma humana más perfecta, poseyendo sentidos análogos a aquellos de que gozaba en el mundo, pero apropiados a las percepciones de un orden superior. Estos sentidos espirituales están cerrados aquí abajo, pero pueden ser abiertos si Dios lo permite. El hombre, quien por su alma pertenece desde su nacimiento al mundo espiritual, experimenta la influencia de éste, sin percibir su realidad. Pero, si se abren los ojos de su espíritu, puede él ver entonces a los espíritus que rodean al suyo. Debemos notar, además, que semejante explicación está enteramente de acuerdo con el lenguaje de la Biblia, cuando, hablando acerca del Maestro Eliseo y su discípulo (*Reyes*, VI, 16-17), dice: "Eliseo oró y dijo: 'Señor, yo te ruego abras sus ojos para que él pueda ver'." Y el Señor abrió los ojos del joven, y él vio. Y he aquí que la montaña estaba llena de caballos y de carros de fuego alrededor de Eliseo. Swedenborg pretende que lo que pasó entonces le ha sucedido igualmente a él; que sus ojos espirituales le fueron abiertos y que él vio. Declara asimismo que esta extraordinaria facultad le ha sido conservada, salvo raros intervalos, veintisiete años, durante los cuales él se sintió vivir a la vez en el mundo natural y en el mundo espiritual.

[2] Un detalle fonético olvidado:

Blavacki es la forma rusa del apellido de nuestra Helena Petrovna. Para, pues, pronunciarle correctamente en castellano según la lengua rusa, debiéramos transcribirle *Vlabaski* o *Vlaboski*, dado que la *b* rusa equivale a nuestra *v* y viceversa. Sin embargo, el uso ha hecho seguir la tan conocida transcripción inglesa.

También lleva la partícula nobiliaria *von*, que el uso ha suprimido.

Los cánones admitidos hoy por gran parte de las gentes en punto al vínculo matrimonial no parecen dejar lugar a dudas. Según ellos, por mucha locura que en sí significase el matrimonio de la damita de dieciocho abriles con el hombre corrido y gastado a lo largo de sus setenta inviernos, una vez el matrimonio contraído, ya no admite réplica y rectificación por cuanto el divorcio, sea de hecho, sea de derecho, ha sido siempre mal mirado por las Iglesias, tanto griega como latina, quienes hasta tienen en tales procesos y en la persona del "defensor de matrimonios" un fiscal implacable dispuesto siempre, sean cuales fueren las causas alegadas, a defender la santidad sacramental del vínculo y su perpetuidad.

Hoy, sin embargo, la cultura moderna, a partir de la revolución francesa no piensa así ya, y necesitaríamos copiar aquí el centenar de encuestas interesantísimas publicadas por nuestro patriótico semanario español *Manumisión*, de nuestro amigo D. Leopoldo Morató y Ventura, para ver en esta clase de divorcios entre viejo astuto y engañado o inconsciente niña, de parte de quién puede estar la razón moral y eterna, no la razón legal del "mos, moris", costumbre, única que hasta el día han seguido nuestros arcaicos legisladores.

"En el fondo de la mayoría de los divorcios, dice en una de esas mil encuestas el doctor Camino y García, late un mero problema forense de carácter médico-social, y de cuyas funestas consecuencias y responsabilidades habría que culpar, antes que a los propios cónyuges, a sus allegados más directos, a la sociedad y a las arcaicas leyes que hubieron de unirles, ciegos, en lazo indisoluble. La incultura, la ineducación y el fanatismo de unos, las enfermedades de los otros, los egoísmos, vicios y pasiones de los más, han hecho olvidar a los hombres y mujeres de la sociedad presente que, por encima de todos los egoísmos y prevenciones sociales, y por encima de todas las leyes humanas, están el amor y los sagrados derechos de la especie, las verdaderas 'piedras filosofales' que pueden mantener *ad-perpetuum* la felicidad e íntima unión del hogar. Yo, siempre que veo un matrimonio mal avenido o separado, pienso en que la causa esencial de su desunión ha sido debida a una carencia más o menos absoluta de compenetración intelecto-afectiva y psico-sexual, motivada por uno o varios de los factores que acabo de enumerar y agigantada por la lucha con esa ley inquisitorial, que no autoriza el divorcio absoluto, o que no concede la caridad de remediar un mal o una equivocación que ni la familia, ni la sociedad, ni los propios cónyuges, supieron o quisieron a tiempo remediar. No pueden, no, ser felices y eternos esos matrimonios en los que, por incultura, fanatismo y miramientos familiares se llevó el vínculo a efecto por intermedio de un tercero interesado, no habiéndose tratado los novios hasta muy pocas semanas o días antes de formalizarse la unión, sin tener en cuenta que los seres que hayan de unirse para toda una vida antes deben, mediante un trato personal prudente, conocerse mutuamente sus virtudes y defectos. Tampoco pueden ser felices ni duraderos aquellos otros matrimonios verificados entre individuos a quienes sus padres o sus propios egoísmos llevaron al vínculo buscando un recurso de liberación familiar o la salvación o mejoramiento de una situación económica. Y no hablemos de aquellos otros que llegan al matrimonio plagados de taras patológicas, psico-orgánicas individuales y hereditarias... ¿Hemos

de extrañarnos después de que todos estos matrimonios... terminen en franca rebeldía contra la ley que les condenó a vivir juntos para siempre?"

En estas últimas palabras de la ciencia médica estriba precisamente la gloria del gallardo acto rebelde realizado por H. P. B., rompiendo por su propia energía, harto extraña en sus pocos años, un vínculo falsamente establecido, sin esperar, sumisa, a que los tribunales adecuados se aviniesen a decretarle. Los matrimonios llamados "de Estado", nunca fueron tales a los ojos de las Iglesias ni de las leyes, quienes toleraron siempre a su lado las barraganías y los matrimonios morganáticos para suplir con ellos la falta de amor. Y no hay para qué detenerse a demostrar, a fuer de evidente, el hecho de que el matrimonio del consejero regio Blavatsky y de la princesa Fadéeff-Dolgoruky fue de los más típicos de la clase, sin que tengamos que descender, por innecesario, al detalle de la participación coactiva que en aquel enlace absurdo tomaron entrambas familias, ni de la escasa parte de pasiva voluntad de "para no disgustar a papá", pusiese en él la infantil Helena. ¿Qué podía conocer y leer ella a sus años en los complicados pliegues del alma del setentón que acaso la llevaba a su lado meramente con el mismo y necromante propósito vampírico-ocultista con que el viejo rey David se casara con Abisaid? [3]

Porque no hay que dudarlo: en correctos términos jurídicos, cada acto debe ser juzgado por su Ley, y la verdadera Ley que para el crítico debe regir en su enjuiciamiento filosófico acerca de los matrimonios, abstracción hecha de las diversas y siempre transitorias leyes positivas, es la originaria y principalísima de todos los pueblos arios, es a saber: la del *Manava Dharma Shastra* o "Código del Manú", ley superior a cuantas legislaciones han derivado de él, desnaturalizándole, y este sublime Código, que volverá a ser ley universal por encima de toda otra así que reine en el mundo una verdadera cultura moral y no las seudo-culturas que padecemos, establece una seriación de "matrimonios", desde la más pura hasta la más abyecta, seriación que conviene puntualizar aquí.

[3] Este es un gravísimo punto de ocultismo que ha sido admirablemente tratado por el doctor Franz Hartmann, discípulo y continuador de H. P. B., en sus obras *Magia blanca y negra* y *Medicina Oculta*. No nos extendemos sobre él porque equivaldría a dar unas enseñanzas de la más funesta hechicería, que las leyes, si fuesen más sabias en estos asuntos, no deberían consentir.

Claro es que, en el caso que nos ocupa, nos es difícil el discutir históricamente si alguna de estas evidencias, adquiridas cuando ya no era hora, por la incauta Helena, o bien el tardío descubrimiento de su propia asexualidad la movieron a tomar la enérgica resolución de huir del hogar conyugal y, al par, de su familia y de su país, por los que siempre mostró un afecto hondísimo, según Olcott nos atestigua. Cabe también otra bien humana explicación, la de Helena F. Pissareff, cuando nos dice (*The Theosophit*, enero 1913) que: "El casamiento de H. P. B., a la edad de diecisiete años, con un hombre de edad provecta, y al que no quería, con el que no podía hacer vida común, sólo puede explicarse por su intenso deseo de adquirir mayor libertad. Si se imaginan las condiciones de la vida de una joven en la alta sociedad de una provincia, aun cuando esté en una buena familia, con todos sus prejuicios y tediosa etiqueta de la época, puede comprenderse fácilmente cómo tales condiciones oprimirían a una tan ardiente naturaleza, tan difícil de limitar y tan amante de la libertad como debe de haber sido la de la joven Helena Petrovna. Sucesos posteriores confirman esta suposición: tres meses después de su matrimonio (algunos dicen que en el mismo viaje de boda) Helena huyó de su marido, y esta huida marca el primer período de su vida, después del cual empieza otro lleno de viajes sin fin por tierra y por mar a través de todo el planeta."

Así como las Iglesias cristianas no admiten más formas de matrimonio que la de sus estrechos cánones, o sea la llamada "canónica", es sabido que el Derecho Romano admitía tres de muy distinta consideración social respectivamente, o sean la "confarreacio", o comida en común y religiosamente por los dos contrayentes de la sagrada torta, especie de "partido del primer pan del hogar futuro" o "comunión espiritual", que hoy diríamos. La creciente degradación moral y religiosa de los romanos del tiempo de Canulcius rompió con este matrimonio único y "de clases"; sancionando la forma bárbara de la "coemptio", o compra como esclava de la mujer por el marido, y el "usus" o jurídica presunción matrimonial por la vida antes llevada en común por los dos contrayentes. Una especie de consagración del concubinato y la morganacia, que podríamos decir.

Pues bien, estas tres formas del matrimonio romano, a su vez, no son sino meras degeneraciones y reducciones de las ocho primitivas formas de matrimonio, formas no igualmente santas, consignadas en el dicho Código del Manú,[4] formas, repetimos, que pueden ser clasificadas así: 1ª, el matrimonio ideal, poético, sin casi realidad de tal, de los "gandharvas", o músicos celestes; matrimonio de puro amor y de purísimo idealismo, que no exige más ritualidad que el simple y mutuo consentimiento: un matrimonio de "drama musical", valga la frase, como el de Sigfrido y Brunhilda en "El anillo del Nibelungo", de Wágner; 2ª, el matrimonio de "los dioses", reflejo fiel del anterior y que se cifra en solemne ceremonia mágico-religiosa, por virtud de la cual la hija verdadera de Brahmâ se desposa con el celebrante; 3ª, la de los "pradjapatis" o "pitris lunares, antecesores de los hombres", y que es un reflejo de las dos anteriores y un precedente de la que sigue, o sea la 4ª, la de "los rishis" o primeros habitantes excelsos de la recién nacida Tierra, seres cuyo culto se evoca y sanciona con el sacrificio de un toro y una vaca (Ossiris-Iris), con un primer derramamiento de sangre, simbólico también. Estas cuatro formas de matrimonio no pueden llamarse tales dentro de la grosera manera que de definirle tenemos en Occidente, como una institución cuyo objeto principal es la procreación de seres tan desdichados y vanidosos como nosotros, y no la elevada definición ario-romana de la Instituta de "consorcio pleno de la vida y comunicación de todos los derechos divinos y humanos", pálido reflejo de aquellas otras del Manava Dharma Shastra que marcaban los deberes del culto familiar hacia el pasado, o sea hacia los muertos; hacia el presente (hospitalidad, invocaciones a los dioses lares y penates), etc., y hacia el futuro con la crianza y educación de los hijos.[5] Vienen, finalmente, las otras cuatro clases de matrimonio, a saber: la 5ª, o de Brahmâ (el "procreador" o más bien el "emanador" del mundo), "cuando un padre viste y adereza a su hija y la entrega religiosamente y sin dádivas de ninguna clase a un hombre sabio y virtuoso" del que va a ser "la sacerdotisa" la 6ª, o de "los asuras", forma que es ¡ay! la única aceptada por nuestros

[4] *Manava Dharma Shastra*, Libro IV, sloka 51. Ihering, "Prehistoria de los hindoeuropeos". Tito Libio, "Historia". Deslongchamps en su "Próface des Lois de Manou" y demás citados en la admirable obra *Dharma; Precedentes orientales del Derecho Romano*, por el doctor Arturo Capdevila, Córdoba, República Argentina. Un tomo 4º menor. Beltrán y Rosi, 1914.

[5] Libro III, slokas 100 en adelante.

envilecidos tiempos, y en la que el novio hace regalos previos a la novia y a sus padres, primitiva degeneración de la forma anterior, y que, exagerada, llevó después a la "coemptio" o compra ya dicha; la 7ª forma, en fin de matrimonio ario era la de los "rakshasas", genios malévolos o "demonios", y en la que antes media estupro, rapto, u otras violencias y engaños, y la 8ª la de los "pishachas" o "vampiros", tanto cuando el novio posee a la mujer ignorantemente, "mientras ésta se halla dormida, ebria o delirante", como cuando, como en el caso de Helena, media una de tantas formas larvadas del vampirismo.

Después de esta tan largo como necesaria exposición, ¿quién puede dudar de que el llamado matrimonio entre el setentón Nicéforo y la entonces anormal, enferma e inconsciente Helena, pertenece por parte de aquél a una de las dos últimas clases, de "rakshasas" o de "pishachas-vampiros", y como tal digna de ser rota con toda la gallardía con que hubo de romperla la víctima? Esto resultará indudable para todo pensador emancipado de los habituales y mojigatos prejuicios, esos prejuicios que anhelan hacer de cada hogar una cárcel y de cada mal matrimonio un infierno, del que jamás salirse puede sino con la muerte.

Además, si por un lado la aptitud matrimonial física de Nicéforo podría dar lugar a dudas, la completa falta de aptitud de la joven desposada no es cosa para dudar, pues que harto la proclaman certificaciones facultativas posteriores, como la del doctor Oppenhein, que figura en la página 199, serie 3ª, de la *Histoire Autentique de la Société Théosophique*, de Olcott, donde se consigna por aquél y a cuyo reconocimiento previo hubo de prestarse la víctima, dicen los biógrafos, a duras penas por su orgullo, y sólo para acabar de una vez con ciertas calumnias relativas a su juventud. El informe, literalmente, dice:

"Le soussigné, selon la demande qui lui en a été faite, certifie: que Mme. Blavatsky, y de Bombay-New York, secrétaire correspondante de la Société Théosophique, est présentement soignée par le soussigné. Elle souffre d'*Anteflexio Uteri*, très probablement depuis le jour de sa naissance, car, ausi que l'a prouvé un examen minutieux, elle n'a jamais porté d'enfant ni souffert d'aucune maladie de femme. —*Docteur Léon Oppenheim*, Würzbourg, 3 novembre 1885.— Attestation de la signature du docteur Léon Oppenheim: *Le Médecin royal du district, Docteur-médecin Roeder*. Würzbourg, 3 novembre 1885. —Nous soussignés certifions que ceci est la traduction correcte de l'original allemand qui est sous nos yeux.— *Hübpe Schleiden; Franz Gebhard*, Würzbourg, 4 novembre 1885."

Además, si alguna veracidad hay que reconocer a caballeros como los anteriores o como el coronel Olcott, a despecho de "locos calaveras", como el consabido conde de Witte[6] (quien en su frivolidad viciosa nunca

[6] En reciente artículo de HESPERIA, bajo el título de "La novela blavatsquiana de un académico francés", nos hemos ocupado del injusto ataque lanzado contra la Maestra en el número de *Le Figaro* del 16 de septiembre de 1921 por M. G. Lacourt-Gayet, de l'Académie des Sciences Morales et Politiques de París, artículo en el que, bajo el título de "La vie errante de Mme. Blavatski" (con *i* latina en el final del apellido, en lugar de *y* griega), arremete furiosamente contra la pobre muerta:

"Están ahora de moda —empieza diciendo el articulista— las *Memorias* del conde Witte. De ellas se habla en la Academia de Ciencias Morales, y los historiógrafos en-

conociera la elevadísima naturaleza de H. P. B. ni de ella supiese nada sino a través de referencias enemigas y de "tercera o cuarta" mano), no deben olvidarse tampoco frases como estas que aquel inseparable amigo y compañero, durante casi veinte años, para "curarse en salud" de las inevitables malas lenguas, sean o no académicas, estampa en las primeras páginas de aquella su clásica obra: "La simpatía que a H. P. B. y a mí nos ligó desde el primer instante, dice, venía del lado superior y oculto del hombre y de la Naturaleza: era atracción de las almas, no de los sexos. Jamás ni ella ni yo hemos experimentado la sensación de que el otro era de diferente sexo. Gentes infames, que abundan más de lo que se cree,

---

cuentran en ellas detalles inéditos relativos al reinado de Nicolás II, y en particular de la gran crisis de 1905, cuando era su autor presidente del Consejo de Ministros. Witte murió en 1915; la Policía trató en seguida de poner mano sobre sus *Memorias*, porque sabía demasiado lo que en ellas había escrito; pero ¿dónde estaban ellas? No se las encontró, en efecto, en su casa de Petrogrado. Por si ellas estuvieran en cierto hotelito de Biarritz ocupado por la viuda del hombre de Estado, un funcionario de la Embajada rusa en París hizo saquear el hotelito, simulando un robo vulgar. ¡Vano intento! Las *Memorias* dormitaban en las cajas reservadas de una Casa de Banca de Bayona, y ellas acaban de ver la luz pública seis años después de la muerte de su autor y tres años después del asesinato de Nicolás II. Por las curiosas revelaciones que encierran, se comprende bien que la Policía zarista pretendiese el confiscarlas. Pero nosotros hoy, dejando a un lado la política, vamos a obtener de las *Memorias* del conde de Witte algunos interesantes detalles respecto de su prima Mme. Blavastki, cuya memoria tan cara es a los teósofos."

Y después de tal preámbulo, repite nuestro buen académico la conocida calumnia de las relaciones íntimas de aquélla con el cantante de ópera Mitrovich, calumnia que, naturalmente, no le daremos el gusto de reproducir, ya que harto la destruye la certificación médica que llevamos transcrita.

Witte no halló en su frivolidad ingrata medio mejor de pagar grandísimos favores que aquella su prima le había hecho, según se desprende de cartas de familia, que el de calumniarla a despecho de la ciencia médica. Sin embargo, véase el retrato que de ella nos ha dejado en sus discutidísimas *Memorias*, según lo consignado por Lacour, en su artículo:

"Su pasmosa aptitud para todo rayaba en el prodigio y, en su accidentada vida, aún tenía tiempo para enviar artículos a las revistas sobre temas variadísimos. Ella, además, hablaba, sin haberlas aprendido, las lenguas todas de los numerosos países adonde el azar le había conducido. El sentimiento poético era en ella innato y de igual modo la aptitud para la música. Sin conocer por estudio estas cosas, había dirigido una orquesta. Su imaginación nunca estaba quieta, amontonando quimeras sobre quimeras. Allí luego, en el país de la gran iniciación, Mme. Blavatsky moderó a diestro y siniestro para aprender todo lo que las ciencias especiales de los hindúes podían mostrar a su curiosidad. Aprendió, pues, comparó, criticó, escogió y construyó, y, mujer extraordinariamente resuelta para todo, se hizo para su uso toda una religión y una filosofía (!). A poco repasó los mares y vino a París, lugar donde convergen todos los conocimientos y todas las extravagancias del mundo. Ella, a la sazón, estaba muy obesa; era vieja y harto negligente en su porte, no dejando adivinar apenas aquella belleza de otros días que había vivido tantas novelas. Sin embargo, aún quedaban sus ojos, ¡esos ojos de hipnotizadora, enormes y de magnéticos efluvios irresistibles, cuyo poder continuó hasta su muerte!"

"Entonces fue —dice el articulista— cuando Witte vio por primera vez a su prima, sensiblemente menos joven que él. De Yelena no reparó Witte más que en los ojos, que eran extraordinarios. Enormes, de intenso y profundo color azul, brillaban, dice, cuando hablaba, de una manera fulgurante, imposible de describir. La protectora morada de lord Witte llegó a ser desde aquel momento el centro de toda la juventud dorada y

intentaron varias veces lanzar la especie de que estábamos unidos entrambos por un lazo más íntimo e inconfesable, de igual modo que acusan a la malhadada víctima H. P. B., siempre perseguida y fea siempre, aun en su juventud, de haber sido la 'amiga íntima' de otros varios personajes. Ningún espíritu sano pudo nunca mantener una opinión tal después de haber pasado un momento en su compañía y advertido en sus miradas, palabras y acciones su más completa asexualidad."

De la asexualidad de H. P. B. nos ha hablado no pocas veces en la intimidad de su grata conversación otro aristócrata, franco y leal, nuestro llorado aunque débil amigo el prócer don José Xifré, a quien tanto debe la Teosofía de lengua española, y que hoy entre sus papeles nos ha legado esta hermosa página póstuma, hallada por su culto y nobilísimo sucesor en la Delegación Presidencial de la S. T. en España y Secretario General de la Sección Española, don Julio Garrido, nota que nos apresuramos a transcribir, aunque tenga poca relación con estos puntos que llevamos tratados, para que el lector novicio se vaya habituando a conocer la verdadera y poderosa Individualidad oculta tras la personalidad de H. P. B.:

"Hablar de madame Blavatsky —dice la nota—, es cosa muy difícil. ¡Cuánto no se ha escrito ya sobre este asunto! Era una individualidad compleja y única en su época. Tratada de esfinge y de *médium*, su naturaleza turbaba y desconcertaba ciertamente a cuantos la rodeaban. En cuanto a mí, que tuve la dicha de vivir durante semanas, en varias ocasiones, en su casa, y de respirar *su* atmósfera, irrespirable para muchos, yo defino a H. P. B. así: *Era un torbellino irresistible de fuerzas espirituales acumuladas, múltiples, cambiantes, sutiles, y, sin embargo, idénticas en su esencia.* Fue ella, y es, un Ego mucho más elevado de lo que se cree. Era la Mensajera de sus Maestros, a los que no se puede llegar haciendo abstracción de H. P. B., como pretenden algunos que se llaman teósofos.

---

ociosa de la Transcaucásica. Yelena, que había conocido en los Estados Unidos al célebre médium Hume, acababa de importar a Tiflis las 'mesas giratorias', los 'espíritus golpeadores' y los 'conciertos de piano tocado por manos invisibles'. Aquello, por lo que se ve, era toda una epidemia de espiritismo."

Pero no sólo eran los ojos misteriosos de Helena los que llamaban la atención, sino también la asimetría, digámoslo así, que presenta su cara, sobre todo en uno de los últimos retratos en el que se ven dos como facies distintas, la de media cara de la derecha, kalmuka, tártara, ciclópea e imponente, y la otra media, de la izquierda, claramente "hindú" o "buddhista". En este retrato, además, que es el más conocido y que hemos dado nosotros en nuestro libro de comentarios a *Por las grutas y selvas del Indostán*, aparece esa mano aristocrática e inconfundible asombro de los quiromantes que la estudiaron.

Cuál sea el fin, la mentalidad "moderna" del articulista lo revelan las palabras finales de su artículo, en el que se muestra casi tan creyente del Diablo como la última de las viejas de la aldea, puesto que dice:

"Para el Conde de Witte no resulta imposible el creer —y esta es la oración fúnebre que hace a su prima— que esta mujer extraordinaria tenía algo de demoníaca en su persona. El juicio es harto duro. Los caminos que a Roma llevan son infinitos, como es sabido, y los caminos que a la Teosofía conducen son probablemente numerosos. Sobre tales senderos, cortados aquí y allá por otros transversos, puede bien ocurrir acaso que se tropiece con el Maligno. Lo esencial es el ahuyentarle por un gesto definitivo. Un día Mme. Blavatsky hizo, sin duda, el gesto, cosa que, por cierto, nada tiene que separnos de demoníaco."

Digo esto porque he conocido algunas personas de esas y porque sé que existe una corriente en tal sentido. Esas personas no saben, son recién llegados. Madame Blavatsky no pretendió jamás infalibilidad y tenía horror de la adulación y de la idolatría de su persona. Empero su autoridad fue siempre reconocida y *obedecida* por los que fueron sus verdaderos discípulos, por extrañas que pareciesen ser sus órdenes. Los que la quisieron como un hijo quiere a su madre, como el Discípulo ama a su Maestro, la reconocían y la obedecían. Sintetizaba ella: la Fuerza (que fue la nota característica de su naturaleza); la Acción; el Desinterés, y, sobre todo y *por encima de todo*, la LEALTAD hacia los Maestros, hacia la Causa a la cual consagró su vida. La quería mucho un pequeño número de personas; había más que la odiaban, y aún más que la calumniaban y la *desconocían*. Pero, entre los que la querían, *nadie* la quería más que yo, que la debo, además de la vida física, que ella me salvó por tres veces, lo que yo he sido capaz de asimilarme de la vida real, es decir, de la vida espiritual. Severa en sus enseñanzas, estricta en su ética, era amplia de ideas y tolerante. Detestaba ella el espíritu de secta, y, sobre todo, la hipocresía. La he oído decir que si la Sociedad Teosófica *hubiera de convertirse en una secta más, sería preferible que no existiese*. Se sabe que ella tomó parte en las campañas que precedieron a la unidad italiana, y que fue herida en Mentana combatiendo con las tropas de Garibaldi. ¿Era esto hacer política? En todos los casos obedecía ella a las órdenes de sus Maestros. Se pregunta a veces qué es lo que pensaría madame Blavatsky de la última guerra. Lo ignoro; pero de lo que estoy seguro es de que, en presencia de esa catástrofe mundial, indicaría a los teósofos la línea de acción que había de seguirse, y no se apartaría de la cuestión. Siempre recordaremos que las últimas palabras de H. P. B., antes de morir, fueron: 'Keep to the link'; MANTENEOS UNIDOS. Y que deben ser nuestra norma en lo futuro."

Volviendo a nuestro tema del matrimonio de H. P. B. diremos que la rebeldía, esa franca rebeldía del que se suicida moralmente poniendo tierra por medio, en vez de quitarse cobardemente la vida o aguantar esos escándalos, investigaciones y miserias tan admirablemente descritos por Zola en su *Roma*, a propósito del divorcio de Benedetta Bocanera, tenía que sobrevenir, dado el viril carácter que ya hemos visto apuntar en Helena desde la cuna. Sobrevino, pues, y, gracias a ello, el apellido del viejo marido se hizo inmortal, y las alas prodigiosas de aquella alma *sui generis* pudieron extenderse y volar raudas en el cielo azul del planeta entero, no entre las brumas y nieblas de una siempre chica patria, cuyas ranciedades y rutinas la habrían llegado a ahogar, aunque se captase para toda la vida el odio ruso, tanto por ello y por su expatriación y cambio de nacionalidad, cuanto por las calumnias que sufrió después.

Porque dentro de lo que acostumbramos a hacer los humanos cuando caemos en el triste crimen de calumniar, resulta una cosa bien donosa, a saber: que mientras uno de los que peor han tratado a H. P. B., como a su tiempo veremos, hizo grandísimo hincapié en consignar falsamente "que ella fue una gran espía rusa durante toda su estancia en la India", en Rusia se ha despreciado, execrado y hecho la más odiosa conspiración del silencio que jamás se hiciese en torno de figura alguna de la Historia,

como si ello obedeciera a una consigna secreta y necromante, según se ve en las siguientes frases de una rusa ilustre que, por excepción compartida con bien pocos de la familia de H. P. B., nos ha dejado escrito lo que sigue:

"¿Puede difícilmente imaginarse nada más extraño e injusto que la persistente mala comprensión y aun enemistad que la sociedad educada de Rusia demuestra todavía hacia su gran compatriota H. P. B.? —se pregunta a estos propósitos madame Helena F. Pissareff en notable estudio publicado en *The Theosophist* de enero de 1913, bajo el tema de aquellas frases de Schiller que dicen: 'Rodeada de amor y de odio, su inmortalidad está perpetuada en los anales de la Historia'"—. Luego continúa:

"Diez y ocho años han transcurrido desde su muerte y hace más de treinta que fundó la S. T., tiempo más que suficiente para realizar una cuidadosa investigación acerca de la actividad y trabajos de esta mujer rusa que luchó con tan indomable energía contra el materialismo que encadenaba al pensamiento humano, que inspiró tantas mentes nobles y que pudo crear un movimiento espiritual que aún está creciendo y desarrollándose e influenciando las conciencias de nuestros contemporáneos. Los resultados de su trabajo están a la vista, y ellos solos pueden proporcionar una clara apreciación acerca de H. P. B.

"Ella fue la primera reveladora en los tiempos modernos de la enseñanza oculta en la que se basan todas las religiones, y la primera que hizo un esfuerzo para dar una síntesis religioso-filosófica de todas las edades y de todas las razas. Ella revivió el interés por el estudio de la sabiduría oriental y creó una fraternidad internacional que profesa la reverencia hacia el pensamiento en cualquier idioma que se exprese; una amplia tolerancia para con todos los miembros de la familia humana y que se esfuerza por llevar a la realización un ideal no abstracto sino concreto, comunicado a todas las esferas de la vida. Tales resultados deberían imponer silencio a la enemistad y despertar un profundo interés por el maravilloso poder de un alma que pudo dar tal impulso al pensamiento humano. Sin embargo, en Rusia el nombre de H. P. B. está aún rodeado de desconfianza,[7] y no hay ninguna voz de prestigio que diga una sola palabra en su favor, en favor de quien en justicia debería ser considerada como gloria y orgullo de su país.

"De cuantos trabajos literarios suyos revelaron a Europa occidental

[7] Para prueba de tal desconfianza véase este detalle de nuestra experiencia personal y que ya diéramos en otro lugar. (HESPERIA, núm. 1, "La novela blavatsquiana de un académico francés".)

En los comienzos de la Gran Guerra tocó en Madrid una linajuda y orgullosa princesa rusa que entre sus apellidos llevaba el de los Dolgoruky, y era, por tanto, prima o sobrina más o menos lejana de H. P. B. Nosotros, al saberlo, nos llegamos respetuosamente al Hotel Ritz a pedirle una audiencia, expresando en la solicitud nuestro deseo de obtener de ella algunos datos relativos a nuestra Maestra. El secretario particular de aquélla nos respondió simplemente que "Su Alteza estaba de paso y sólo recibía a sus amistades..." De paso estaba, en efecto, para Rusia Su Alteza, aunque de seguro bien ajena a lo que de allí a pocos meses iba a ocurrir a toda la familia del zar... ¡Por misteriosos decretos del Destino, o Karma que decimos los teósofos, la terrible revolución rusa, en efecto, se preparaba ya a matar a los unos y a reducir a famélica condición a los demás, entre ellos a aquellos parientes de la incomprendida muerta, de los que ellos en vida ni en muerte querían oír hablar...!

las enseñanzas ocultas del antiguo Oriente, sólo un libro: *La Voz del Silencio,* ha sido traducido al ruso el año pasado, y su nombre como literata es conocido únicamente por los *Indian Sketches* (Apuntes sobre la India), que bajo el título de *From the Caves and Jungles of Hindustan* se publicaron en el *Russian Messenger* a principios de la octava decena del siglo pasado. Todo cuanto puedo encontrar en la literatura rusa concerniente a H. P. B. es un difamante folleto por W. Solovieff; varios artículos del mismo, pero adoptando ya una actitud enteramente diferente, en el *Revue* de julio de 1884, y dos artículos en el *Diccionario de Vengeroff.* Uno de estos últimos artículos es una biografía completamente insignificante, hecha de tercera mano y con pésima información. El otro se debe a Wladimir Solovieff. Agregando a esto un bosquejo biográfico muy poco conocido hecho por Vera P. Jeliwsky, hermana de H. P. B., en el *Russian Obosreine* en 1891; un libro escrito por la misma autora en contestación al folleto antes citado, de W. Solovieff, titulado *H. P. Blavatsky y el Moderno Sacerdote de la Verdad,* y dos artículos publicados en *Rebus* en los años 1881 y 1882, también por dicha hermana, tenemos todo cuanto se ha escrito en idioma ruso sobre H. P. B., y eso que su genealogía física, aunque otra cosa no fuese, es por demás interesante como hemos visto ya [8]

[8] Aquí Helena F. Pissareff, en este estudio que publica en *The Theosophist,* de enero de 1913, nos da los consabidos datos y estos otros, poco conocidos, acerca de otras ramas de ascendencia de H. P. B. "Entre sus antecesores, dice aquélla, hubo representantes de Francia, Alemania y Rusia. Por parte de padre descendía de los príncipes reinantes de Mecklenburg; los Hahn von Rottenstein-Hahn. Su madre era nieta de Bandre du Plessy, una hugonota desterrada de Francia por las persecuciones religiosas, y que casó en 1687 con el príncipe Pavel Vasilievitch Dolgoruky. La hija de dicha señora hugonota, o sea Helena Petrovna Dolgoruky, se casó a su vez con Andrés Michailovitch Fadeef y fue luego, andando los años, la abuela de nuestra Helena Petrovna Blavatsky, que se hizo cargo de la niña así que ella quedó huérfana de madre."

Helena Petrovna Dolgoruky, la abuela de nuestra H. P. B., dejó memoria y fama de ser una dama sumamente culta, de bondad nada común y cuya educación era muy excepcional en la época y entre las gentes con las que vivía. Sostenía, en efecto, correspondencia con muchos sabios europeos, entre los que se encontraba Mr. Murchison, presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, y varios nobles mineralogistas, botánicos y zoólogos, uno de los cuales puso el nombre de ella, "Venus-Fadeef", a un molusco fósil por él descubierto. Sabía además cinco idiomas, pintaba magistralmente y era una mujer notabilísima por todos conceptos. Ella misma —cosa rara entre aritócratas— educó a su hija Helena Andrevna, madre a su vez de H. P. B., y le comunicó los admirables dones que ella había heredado de la Naturaleza. Elena Andrevna, por su parte, escribió novelas y cuentos, y era conocidísima y muy popular en Rusia por el seudónimo de "Zenaida R.". Su temprana muerte produjo sentimiento universal, y Brelowsky —el Belinsky de otros autores—, famoso crítico ruso, le dedicó varias páginas encomiásticas. Yo misma averigüé muchos otros datos acerca de la familia Fadeef, por la señora María Grigorievne Ermoloff, que poseía prodigiosa memoria y trató íntimamente a dicha familia cuando los Fadeef residían en Tiflis en la época en que el esposo de madame Ermoloff era gobernador de la provincia, hacia 1840 ó 50. Recordaba ella, en efecto, que nuestra Helena Petrovna era una joven viva e inteligente, pero altamente indómita y voluntariosa. En cuanto a su dicha familia, gozaba de tal reputación en el país y se tenía en tan elevado concepto a la abuela de Helena Petrovna que, a pesar de que ella no visitaba a nadie, todo el pueblo acudía a "rendirle homenaje". Además de repetida hija Helena Andrevna, la casada con Peter Hahn, oficial de artillería, y otra hija que casó con Mr. Vitte, la admirable abuela de H. P. B. tuvo dos hijos más: Nadejda Andrevna, que vive actualmente en Odessa, y Rostilav Andreevitch Fadeef, a quien nuestra H. P. B. amaba tanto, que su biógrafo Olcott dijo que ellos y Vera su hermana, con los hijos de ésta, eran sus únicos lazos con la tierra.

acerca de la mujer extraordinaria a quien el mundo, ni más ni menos que Rusia su patria, está aún lejos de llegar a comprender."

Esto último, dada la necedad humana, nada tiene de extraño. ¡Hasta medio siglo después de muerto, el escarnecido y despreciado Cervantes no recibió la consagración de su *Don Quijote,* y ello por manos extranjeras; y casi otro tanto, a no ser por Wágner, hubiera acaecido a Beethoven con su magna *Novena Sinfonía*...

Capítulo IV

COMIENZA LA ERRANTE VIDA DE H. P. B.

A fines de julio o agosto de 1848, y pocos días después de su casamiento, verificado el día 7 de dicho mes, Helena, abandonando a uña de caballo el domicilio conyugal, y siguiendo un itinerario que se ignora, aparece en Constantinopla, cuando el marido y todos se figuraban que se habría unido a su padre en San Petersburgo. Noticioso el padre de la fuga, lejos de incomodarse con Helena, pues que conocía su carácter rebelde y hasta sentiría acaso los naturales remordimientos por el absurdo enlace al que aquélla había sido compelida, la envió los fondos necesarios para que pasase a Egipto y de allí a Londres, adonde, según parece, ya la había llevado, así como a París, en viaje de instrucción, tres años antes, o sea en 1845.[1] Como, sin duda, los fondos eran abundantes, la permanencia en Egipto se prolongó varios meses, y aun años, allí, en Asia Menor y Oriente, hasta 1851, fecha en la que la hubo de ocurrir el hecho oculto que decidió su vida para siempre.

Pero antes de continuar con el relato de semejante hecho, conviene que tendamos, con el Mapa-Mundi a la vista, una ojeada general orientadora acerca de la pasmosa serie de viajes que H. P. B. inaugura, por decirlo así, con esta "huída a Egipto" para escapar del "Herodes conyugal", viajes en los que superó a los más empedernidos turistas, "globe trotter" y sabios conocidos, y que bastarían para hacerla célebre si otros títulos no tuviere a la inmortalidad.

Prescindiendo del viaje de instrucción ya dicho a París y Londres, en compañía de su padre, hacia 1845, Helena, desde la armenia casa de Eriván en el Cáucaso, de donde era gobernador el marido Nicéforo Blavatsky, y por la probable vía natural de la estepa cosaca de entre el Volga, el Dnieper y el Dniester, iría luego, sospechamos, desde Odessa a Constantinopla. De allí, una vez recibida la respetable y principesca remesa de los fondos necesarios por parte de su padre o bien a cuenta de su cuantiosa herencia materna, hubo de partir para El Cairo, internándose, Nilo arriba, hasta la primera catarata por lo menos. De Egipto pasa después a Grecia y, por Esmirna, se interna en Asia y Menor y aun Persia, deseosa de peentrar en el Tibet, empresa en la que fracasa por la primera vez. Retrocedimiento sobre sus pasos pronto reaparece, en 1851, en París y en Londres, de donde luego va al Canadá, bajando, seguidamente, a Nueva Orleans, en el Golfo de México, por la vía terrestre directa de entre los Pieles rojas más o menos extendidos por los territorios de los Grandes Lagos, Michigan, Illinois, Missouri, Arkansas, Missisipí y la Luisiana, y no por la vía costera de Monreal y Quebec (por Nueva York) al dicho Golfo, do-

[1] A semejante viaje se refiere este pasaje del libro de Olcott (*Hist. Autentique*, que dice):

"H. P. B. tocaba el piano maravillosamente, con un mecanismo y una expresión sencillamente soberbia. Una persona de su familia me informa acerca de que, poco tiempo antes de su venida a América (o sea hacia 1868-70), había realizado jiras de conciertos en Rusia y en Italia bajo el seudónimo de Mme. Laura. Sus manos, manos que muy bien habrían podido servir de modelo para los escultores, nunca resultaban más bellas que cuando volaban sobre el teclado, al que arrancaban melodías verdaderamente mágicas. Había sido discípula de Moscheles —el discípulo apasionado de Beethoven—, y cuando de muy joven (dieciseis años) estuvo en Londres con su padre, tomó parte en un concierto de caridad con Mme. Clara Schumann —de la familia del célebre compositor, llamado "el poeta de la música"— y Mme. Arabella Goddard, ejecutando un fragmento de cierta obra de Schumann para tres pianos. Pero en la época en que entrambos vivíamos juntos ya casi nunca tocaba. Cierto día un pequeño piano hizo su entrada en la casa y fue tocado durante algunas semanas por H. P. B., para cerrarle de allí a poco y ser utilizado como una biblioteca de dos tablas, hasta que fue enajenado a un chamarillero. A veces, cuando el cuerpo de H. P. B. estaba ocupado por uno de sus Mahatmas, tocaba ella de una manera indescriptible. El crepúsculo era su hora favorita para tocar sin otro oyente que yo, y solía arrancar al instrumento improvisaciones tales, que resultaban las más divinas armonías, cual si se escuchara un celeste coro de gandharvas. En cambio, carecía H. P. B. en su estado normal del sentido de la proporción y del color y de ese delicado gusto estético que hace a toda mujer sacar realce y ventaja de su indumentaria. Más de una vez, al acompañarla al teatro, temí que el público nos diese uno de esos abucheos que hacen época al ver a aquella extravagante figura, vigorosa, notabilísima, con un aparatoso sombrero cubierto de plumas, una vestidura de satén de gala, con multitud de aplicaciones y cintas, y al cuello una enorme cadena de oro macizo del que pendía un reloj de esmalte azul con un enlace hecho de incrustaciones diamantinas, y con aquellas sus adorables manos aristocráticas recargadas con doce o quince sortijas entre gruesas y pequeñas. Con frecuencia las gentes, a espaldas suyas, hacían de vez en cuando comentarios picarescos; pero al tropezar con su severísima mirada y su faz kalmuka, las risas se extinguían en el acto bajo un sentimiento de intimidación y de sorpresa."

De estos conciertos musicales de 1845, a los que fue llevada, como se ve, por su propio padre, y de los otros de después, tomó pretexto el calavera ya citado y pariente Witte para su desmentida calumnia de que Helena había conocido en su fuga a Constantinopla al bajo de ópera Mitrovich, con quien dice realizó *tournées* artísticas. "Los parientes de la fugitiva yacían aún consternados por el percance de la fuga —dice haciéndose eco de tal calumnia cierto escritor a quien no daremos el placer de nombrar—, cuando recibieron una carta de Mitrovich en cuya antefirma se leía "vuestro pariente". En efecto, él acababa de desposarse con Yelena, como él la llama, y cuyo pleito de divorcio con el vicegobernador de Erivan aún no se había fallado. Poco tiempo después llegó a Tiflis otra carta de un nuevo "pariente": un londinense que estaba a punto de partir con su joven esposa Yelena para los Estados Unidos. De allí a poco volvemos a encontrar a Yelena en el continente dando conciertos de piano en París o dirigiendo coros en la corte del rey Milano de Servia. Pronto también se cansó de aquel país y regresó a Tiflis..." Por supuesto, semejantes calumnias de enlaces de H. P. B. con estos dos individuos no han existido más que en la calenturienta fantasía del escritor francés, y están desmentidas por el hecho de que Helena contaba con abundante dinero suyo y de su padre para realizar tan costosos viajes, como ya vimos por su propia confesión y también de que era asexual, según certificación facultativa, a cuyo deprimente reconocimiento previo se prestó para acabar de una vez con tales calumnias, y según consta asimismo por unánime testimonio de su familia y de sus discípulos.

blando la Florida, cuya vía parecía más natural. De Nueva Orleans marcha seguidamente a Texas y México, viniendo a pasar así casi un año en América, pues que desde México, por las regiones más fragosas y desconocidas de la cordillera andina, y en lugares donde, a veces, como ella misma dice en *Isis sin Velo*, no había hollado jamás la planta de los conquistadores españoles, llega a los países sudamericanos de la costa del Pacífico, embarcándose para la India en Callao u otro de estos puertos en compañía de un inglés y de un *chela* o discípulo a quien había encontrado en las prodigiosas ruinas de Copán, como antes encontrase a otro sabio copto en su viaje a Egipto. Atravesando, pues, Helena las vastas soledades del Pacífico, llegó a Ceilán y a Bombay a fines del año 1852. Subió incontinenti por la alta India hasta el territorio norte del Nepol, en su constante anhelo de visitar el Tibet, pero segunda vez fracasa en la empresa y, volviendo sobre sus pasos, la vemos embarcarse para las colonias holandesas de Java y Borneo y de allí a Singapore, para hallarse ya en Inglaterra en el año de 1853. No fue larga, sin embargo, la estancia de Helena en la metrópoli británica, pues que sintiéndose herida en su amor hacia Rusia (amor que fue siempre una de las notas distintivas de su carácter) por los preparativos bélicos que Inglaterra hacía para la que luego fue "Guerra de Crimea", vióse movida a embarcarse de nuevo hacia Norteamérica, desembarcando en Nueva York, para cruzar seguidamente todo el territorio americano de Este a Oeste, o sea desde Chicago a San Francisco de California, cual antes le cruzase de Norte a Sur. Como dice nuestro Montoliu en la breve noticia biográfica que nos da la Maestra en el prólogo de su traducción de *Isis*, la estancia de H. P. B. en América se prolongó esta vez unos dos años, después de los cuales embarcóse nuevamente para la India por la vía japonesa San Francisco-Yokoama, para seguir desde el Japón hasta Calcuta, donde desembarcó en 1855. Durante estos inacabables y costosos viajes, además de proporcionarle su padre los fondos que poseía, recibió ochenta mil rublos que en herencia le dejase una tía suya.

Vuelta así a la India H. P. B., encontró en el territorio de Lahore, Deli y Cachemira a un amigo de su padre con quien, en unión de otros dos más, realizó la tercera intentona infructuosa de penetrar en el Tibet. En 1857, muy poco tiempo antes de estallar la terrible sublevación de los cipayos contra Inglaterra, se embarcó en Madrás para Europa, pasando en Alemania y Francia bastantes días de los del año 1858, al cabo de los cuales y cuando todos los suyos la creían muerta se presentó inopinadamente en la boda de su hermana en Pskoff (Rusia meridional), en los últimos meses de 1859 ó primeros de 1860.

Tras este incesante viajar en el que, como se ve, Helena llegó a dar dos veces seguidas y cumplidas la vuelta completa a la Tierra, viene para aquélla un período de siete años de aparente descanso al lado de su familia, ora en Tiflis, el hermoso puerto caspiano, avanzada sobre Oriente, con su hermana y biógrafa Vera P. Jelihowsky (1860-62), ora con el resto de los suyos en el Cáucaso y en la Ukrania (1863-65), período de descanso más aparente que real, dado que no dejó de recorrer la Imericia, Iberia, Georgia, Mingrelia y demás países de entre el Mar Caspio, el Cáucaso y el Mar Negro, internándose más o menos en ese ario país armenio, donde,

según propia confesión, pudo desechar al fin, gracias a la protección de su Maestro, la tara mediumnística, histérica y anormal que le había caracterizado desde su nacimiento, como ya dijimos. Este es, según a su tiempo veremos, el período más oscuro de su vida, no sólo porque durante él hizo un extraño viaje a Italia en 1863, viaje del que ningún dato hemos podido encontrar en los biógrafos, como porque, internándose por la depresión caspiana del Ural y el Emba, la región de los lagos kirguises del Aral y el Turñir y el Balkach, pudo al fin realizar sus anhelos de verse en el Tibet, como en efecto se vio hacia 1863 ó 64, después de forzar con inauditos peligros la célebre "puerta occidental de las invasiones tártaras" de los desfiladeros de la Dzungaria.

El regreso a Europa de esta misteriosa expedición le operó Helena por el Kuen-Lun y el lago Palti a la región bactriana y persa, según todos los indicios, pero el itinerario no vuelve a estar claro hasta que la encontramos a aquélla en el Boulak de El Cairo, al lado nuevamente de su maestro copto de 1848. De Egipto, por Palestina y Grecia, sigue hasta Italia, visitando siempre las desoladas ruinas que tanto decían a sus videncias y lucideces de Iniciada; torna a Italia y, después de la batalla de Mentana, en la que figura al lado de Garibaldi y es herida de muerte, vuelve a mostrársenos en El Cairo y en Suez en 1871; en Grecia en 1872, tras el más dramático de los naufragios; en Rusia (Odessa), y seguidamente en Francia, de donde, el 7 de julio de 1873, parte para Nueva York, ciudad a la que llega para fundar, con Olcott y otros, la Sociedad Teosófica, en el otoño de 1875.

Finalmente, en diciembre de 1878, parte con Olcott para Inglaterra, de donde entrambos siguen para la India por la vía de Suez, y allí, en Bombay y Adyar, permanece relativamente tranquila, aunque no sin realizar continuos viajes por el interior de aquel admirable país y de Ceilán, viajes de los que ella misma no habla en sus obras. En 1882 retorna a Europa (7 de abril) en viaje de propaganda teosófica, por Niza, París y Londres. A fines de 1884, tras las calumnias de Hogdson y de los misioneros, regresa a la India, donde para poco tiempo ya, y de donde sale por última vez para Europa, residiendo temporadas en Italia (Torre del Greco), Alemania (Wurtzbourg), Bélgica (Ostende) e Inglaterra (Londres), donde muere el 8 de mayo de 1891.

Para que el lector pueda hacerse mejor juicio de estos prodigiosos viajes, los podemos resumir en estos siete grupos:

a) Visita a Inglaterra y Francia en su primera juventud (1845).

b) Visita a Egipto, Grecia y Asia Menor y primera tentativa infructuosa para penetrar en el Tibet (1848-51).

c) Viaje de circunnavegación, o sea por Egipto, a Inglaterra, Canadá, resto de América del Norte, del Centro y del Sur, de donde va a la India para regresar luego a Inglaterra. Segunda tentativa de penetrar en el Tibet (1851-53).

ch) Segundo viaje de circunnavegación, desde Londres a Nueva York, San Francisco, Yokoama y la India. Tercera tentativa de penetrar en el Tivet, y vuelta a Europa por la vía del Cabo de Buena Esperanza (1853-58).

d) Viajes por Europa oriental y Asia occidental, visita al Tibet e Iniciación Ocultista (1858-1867).

e) Regreso a Europa (1867-71) por Egipto, Palestina y Grecia, y primer intento suyo de fundar una Sociedad Ocultista. Estancia en París (1872) y paso tercera vez a Norteamérica, donde funda la Sociedad Teosófica, y allí reside hasta su viaje a la India, viaje que, aunque no fue por el Pacífico como los dos anteriores, sino por Inglaterra, equivale casi a una tercera circunnavegación (1873-1879).

f) Dos viajes de ida y retorno de la India a Europa en 1882 y 1884, viajes que cierran la serie de los realizados por H. P. B.

Trazado así esta especie de marco en el que hemos naturalmente de encuadrar los capítulos subsiguientes, volvamos al hecho que acaeciese a Helena en Londres, y que decidió para siempre, dijimos, su futuro destino como mártir de una Idea redentora para la Humanidad, Idea que ésta no supo comprender.

Ella misma nos relata el estupendo hecho con estas sencillas palabras: "Allí en Londres y en agosto de 1851 —dice su diario—, en las orillas de del lago Serpentine de Hyde Park, y en una noche de luna, encontré al Maestro de mis ensueños." Este último hubo de decirla, en efecto, que la había elegido para fundar una gran Sociedad en beneficio del mundo.[2] Entonces ella empezó, con la autorización de su padre, a prepararse para la magna obra, pasando diecisiete años de pruebas que para tal misión la capacitasen, y emprendiendo con semejante objeto la serie de viajes de la que llevamos hecha anteriormente una sumaria mención, viajes en los cuales, recorriendo con preferencia los desiertos y lugares más secretos de las antiquísimas logias iniciáticas de Egipto, Asia Menor, India, etc., hubo de prepararse y documentarse para recibir aquella iniciación, como también para poder escribir sus monumentales obras, base de todo el actual movimiento teosófico en el planeta.

Madame Besant, en su hermoso estudio *H. P. B. y los Maestros de Sabiduría,* nos da más detalles de todo esto, diciendo:

"Después de diversas peregrinaciones, ella se reunió con su padre en Londres, en 1851. Durante su estancia aquélla, cierto día en que paseaban entrambos por Hyde Park, vio a un gigantesco y majestuoso hindú de la Rajputana, acompañado de varios príncipes de la India y del Nopol, y en quien Helena reconoció a aquel a quien tantas veces había visto en sus visiones infantiles y que la había protegido.

[2] Entre los papeles que se encuentran en Adyar sin firma, y de escritura que yo no conozco, dice Annie Besant en su estudio sobre H. P. B., da las siguientes notas, que doy valgan lo que valieren:

"En 1848, inmediatamente después de su casamiento, Helena Petrovna salió del Cáucaso, y pasó a Egipto acompañada por la condesa Kiséeleff. Visitó luego Atenas, Esmirna y el Asia Menor, haciendo entonces su primera e infructuosa tentativa de penetrar en el Thibet. En 1853, cuando la visita de la embajada del Nepal en Londres (pero, según su diario, en 1851), ella se hallaba en esta capital, donde encontró a su maestro, como va dicho."

"La condesa de Watchmeister, por su parte,[3] refiere así la escena: 'El primer movimiento de H. P. B. al ver al Maestro fue el de dirigirse hacia él para hablarle, pero él le hizo un signo de que no se moviese, y pasó de largo. Al siguiente día Helena volvió sola a Hyde Park para reflexionar acerca de su extraordinaria aventura. Ya allí, junto al lago Serpentine, levantó la vista y vio con inmenso júbilo cómo su Maestro se la acercaba diciéndola que había venido a Londres acompañando a los príncipes hindúes para cierta importantísima misión, y que llegaba a su en-

[3] Este nombre —dice Aimée Blech en reciente necrología—, nombre que despierta en nuestros corazones un sentimiento de respeto, de afección y de reconocimiento, no dirá nada, seguramente, para la mayor parte de aquellos de nuestros miembros que no han conocido a tan noble y valerosa mujer. La condesa de Wachtmeister ha sido un obrero teosófico de primera hora; con una devoción y un celo infatigables y una energía que imponía la admiración, se multiplicaba, superando los obstáculos, despreciando la fatiga, dando sin cesar el ejemplo del sacrificio.

Ella me decía en determinada ocasión, hace ya muchos años: "Puedo afirmar que jamás he perdido oportunidad de trabajar por la Teosofía." Palabras que no deben ser olvidadas, porque nosotros los teósofos sabemos que las ocasiones de servir a la Causa, si no se aprovechan en el momento en que se presentan, se transformarán en obstáculos y en dificultades ante nuestros pasos futuros.

Aquellos que han conocida a la condesa en edad avanzada, con sus cabellos tirados atrás, tan sencilla, casi ascética en su vestir, dudarían de que ella hubiese sido una gran mujer de mundo allá en los días de su juventud. Esposa del embajador de Estocolmo y extremadamente rica, ella daba sus fiestas en la corte, rayando en la vanidad sus tocados y sus diamantes. Una señora que la conoció en aquel tiempo, la baronesa X, me dijo que la condesa de Wachtmeister tenía la reputación de ser lo más vanidosa, frívola e indiferente, con relación a las cosas del espíritu.

Aún no había llegado su hora; pero llegó. La prueba sombría llama a su puerta dejándola viuda.

La sed de lo misterioso ignorado, de una fe basada en el conocimiento, la sed de consuelos que el mundo no puede ofrecer, se despierta en ella devoradora, inextinguible, y desde entonces consagra su vida a la busca de la verdad. Durante dos años estudia el espiritismo (los de 1870 y 1871); multiplica las sesiones de prueba, experimentando con unos 50 *médiums.* Ella misma, siendo psíquica por naturaleza, poseía determinada suerte de mediumnidad, y al encontrar en el espiritismo —al lado de experiencias realmente interesantes— numerosas y amargas decepciones, se dio cuenta del daño de tales experiencias. Algunas de sus impresiones relativas a las mismas se relatan en un pequeño folleto intitulado *El Espiritismo a la luz de la Teosofía,* folleto que está casi extinguido. En 1881 tuvo noticia de la teosofía y se afilió a la Sociedad Teosófica; pero no fue sino en el año 1884, en que conoció a la señora Blavatsky, cuando se adhirió apasionada y definitivamente a nuestras ideas.

Sus primeros esfuerzos tuvieron por objeto el combatir aquella mediumnidad pasiva que había desenvuelto en el curso de sus investigaciones sobre el espiritismo. Se ejercitó entonces en conquistarse una voluntad fuerte y positiva, con tan buen resultado, que llegó a poder comprobar algunas veces determinadas funciones orgánicas, de igual manera que lo hacen los Hathayoguis. Su psiquismo natural, empleado en otras direcciones, le condujo al desenvolvimiento de una clarividencia que, si es verdad que se atenuó con la edad hasta concluir por desaparecer, no dejó por eso de ser el venero de las más interesantes observaciones, sobre todo cuando se encontraba al lado de H. P. B., porque la condesa Wachtmeister se constituyó en una de las más abnegadas discípulas de ésta así que la conoció en la Avenue Road, en Londres. Tuvo también la condesa el raro privilegio de pasar con su instructora algunos meses en Wurtzbourg, en Alemania, donde es sabido se retiró aquélla, desde Torre del Greco, en Italia, para continuar escribiendo *La Doctrina Secreta,* particulares que, con los restantes de la vida de la condesa y de su obra en Inglaterra y Francia, se darán a su tiempo.

Falleció esta obrera teosófica de la primera hora en 1910.

cuentro porque tenía necesidad de la colaboración de ella para una gran obra que estaba a punto de emprender. Seguidamente la informó acerca de cuál obra era ésta, a saber, la de formar una Sociedad de la que ella sería la fundadora y la animadora. Hízole también rápidamente un bosquejo de las dificultades por las que habría de pasar al efecto y los obstáculos casi insuperables que tendría que vencer, añadiéndola que antes debería viajar por múltiples lugares y pasar tres años en el Tibet a fin de prepararse para el mejor desempeño de semejante tarea.'"

Henos, pues, aquí, al llegar a este importantísimo pasaje, frente a frente de una dificultad, punto menos que insuperable, si hemos de escribir, como escribimos, no ya para teósofos convencidos, sino para el gran público, escéptico y positivista por lo general.

Los párrafos transcritos presuponen, en efecto, la existencia física y real de ciertos seres excelsos, almas grandes y depuradas, a quienes denominamos "Mahatmas" o "Maestros" cuantos seguimos las imponderables e incomprendidas enseñanzas de H. P. B. Al leerlos, los no teósofos seguramente habrán de preguntarnos así: Pero, hablando seriamente y no con "fantasías", ¿existen en realidad semejantes seres? ¿Cómo, si existen, no son conocidos, poco ni mucho, por el mundo de los sabios y de los buenos, mundo que no es todo lo reducido que se pudiera pensar? ¿Cómo, además, si son cual se nos pintan, mantienen ellos su secreta vida y su olímpico aislamiento, presenciando indiferentes los males humanos, siendo así que tan facilísimo habría de serles a sus mágicos Poderes el evitarlos con su protectora intervención? ¿Cómo es, en fin (y ésta es pregunta ya justificada por los extraños hechos que hemos visto producirse a lo largo de la juventud de H. P. B.), que existen todos esos fenómenos astrales, fenómenos tan ostensibles para los pocos y tan nunca vistos para los demás?"

Empezamos contestando a todas estas preguntas con estas palabras de uno de los mejores y más antiguos teósofos de nuestros días:

"La cultura moderna ha perdido de vista a una Escuela de filosofía que existe desde los más remotos tiempos y que ha dejado impresa su huella en las antiguas filosofías que son familiares a todo hombre ilustrado, dice Sinnett en la Introducción a su *Mundo Oculto.* Estas huellas son menos inteligibles hoy día que los fragmentos de cualquier mutilada escultura, ya que, como conocemos la forma humana, podemos agregar miembros imaginarios a un torso; pero no podemos, en cambio, dar un sentido ni ficticio siquiera a las veladas alusiones de Pitágoras y de Platón. Los raros seres privilegiados, instruidos en su significado, nos dicen que ellas llevan al conocimiento de las Leyes Eternas. Hay, sin embargo, vislumbres fugaces que pueden ayudarnos a descifrar estos enigmas. Con ellos los investigadores serios podrán alcanzar a descubrir tesoros intelectuales verdaderamente inestimables. A primera vista parecerá extraña la afirmación de que en la antigüedad más remota la filosofía Oculta estaba en plena posesión de los conocimientos que la metafísica y, en cierto modo, la ciencia física modernas persiguen tanteando en las tinieblas desde hace largos años. Gracias a felicísimas circunstancias *yo he llegado a convencerme y a saber que tal es el caso,* pues que me he en-

contrado en contacto con los depositarios de conocimientos muy superiores relativos a la Naturaleza y a la Humanidad que los que debemos hoy a las investigaciones de nuestros sabios, dado que tienen un dominio sobre aquélla muy superior al del físico más hábil y una sabiduría oculta acerca de la constitución y los futuros destinos del alma humana . . .

"Luis Jacolliot, el magistrado y célebre escritor francés que vivió más de treinta años en la India, refiere que le dijo cierto día un Adepto: 'Vosotros los europeos habéis estudiado la naturaleza física obteniendo maravillosos resultados del vapor, la electricidad, etc., pero nosotros, desde hace veinte mil años y más, venimos estudiando las fuerzas intelectuales; hemos descubierto sus leyes, obteniendo fenómenos harto más admirables que los vuestros.' A esto añadía Jacolliot: 'Nosotros hemos visto, en efecto, cosas tales que no nos atrevemos a describirlas por temor de poner al lector en contra nuestra pensando que hemos perdido el juicio.'"[4]

[4] Igual lenguaje empleó el gran Marco Polo en su siglo, al volver de su famoso periplo en busca del famoso "Preste Juan de las Indias", manteniendo sus aserciones frente a las sugestiones de los sacerdotes que como de costumbre le rodearon en su lecho de muerte ansiando su retractación, propósito al que él opuso su célebre frase de que "no había contado ni la mitad siquiera de aquellas maravillas mágicas que había visto." Olcott Hartmann, Annie Besant y varios otros de entre los contemporáneos de Sinnet y de H. P. B. sostienen en diferentes pasajes de sus libros idénticas afirmaciones respecto de los Maestros, como en el curso de este libro iremos viendo, todo ello sin contar con infinitos testimonios acumulados durante la antigüedad por los clásicos grecolatinos, los cuales casi todos eran iniciados y conocían, por consiguiente, a sus respectivos Maestros, aunque, merced al juramento del sigilo, más fuerte antaño que ahora por el natural progreso de los tiempos, hablasen con mucha parquedad y cautela acerca de ello. Véanse, si no, los *Diálogos,* de Platón, y sus alusiones a Sócrates.

Es más, si a mi insignificancia ocultista le fuese permitido terciar en este asunto tan excelso, podría aducir, bajo palabra de caballero, algunos hechos de mi pobre experiencia personal. Parte de estos hechos los llevo relatados en mi libro *En el umbral del Misterio,* otros los he "novelado", valga la frase, o sea los he relatado en mi obra *El tesoro de los lagos de Somiedo.* La necesidad me obliga hoy, fuera, por supuesto, de toda ostentación e inmodestia, a hablar de uno de los más salientes de entre estos últimos, o sea el que doy en el capítulo III de la parte segunda de dicha obra, reflejo "novelado" de un hecho bien real y que ahora "sin novela" puedo relatar así:

Encontrábame en Valparaíso (Chile), en enero de 1910, dando mi jira de conferencia teosóficas por aquel continente. Cierta tarde se presentó ante el hoy finado Dr. Eugenio Morisot un respetable asceta que vivía aislado y solitario en las minas de Antofagasta (y que hoy reside ya en la India), solicitando del buen doctor y director de todo el movimiento teosófico en aquel país una entrada para mi conferencia de aquella noche. Yo di mi conferencia como de costumbre, sin saber nada de esto y sin advertir tampoco en ella cosa de particular, salvo una mayor lucidez que la acostumbrada en la exposición de mis ideas, y luego de terminada aquélla, salí a sufrir la consabida avalancha de felicitaciones y de presentaciones. Pero al tocarle su turno a la presentación del antedicho asceta, a quien veía por vez primera, e ir a corresponder al saludo de éste, lejos de encontrarme en esa tan humana como naturalísima condición de superioridad de todo hombre, por ínfimo que sea, al recoger los laureles más o menos pobres de su trabajo y verse objeto de la curiosidad de todos, vime en el acto presa de esa coacción o apocamiento que se experimenta siempre ante el que es superior... ¡Estaba, sin duda, en la presencia de Alguien mucho más grande y más fuerte!

Y aquí entra "sin novela" lo que novelescamente escribí en aquel capítulo con estas palabras, en las que ahora me ratifico:

"Perdonad, sabios histólogos; perdóneme usted, señor don Santiago Ramón y Cajal, mi amigo, la herejía anatómica que voy a proferir; pero juro por lo más santo que aquella mirada del asceta me dejó paralizado; que un efluvio de titilante frío me ca-

El carácter real y humano, aunque excelso, de los seres superiores a los que llamamos Maestros está descrito en cien partes en los libros de H. P. B., a los cuales, dado lo excesivamente extenso de la materia, remitimos al lector. Aquí sólo transcribiremos algunos párrafos del artículo que ella misma escribió contestando a los cargos que la hiciesen míster W. T. Brow y Ms. I. Claver en el *Occult World*, de Rochester.

"Como yo fui la primera —dice— que hizo pública en los Estados Unidos la existencia de nuestros Maestros y declaré los nombres santos de dos miembros de una Fraternidad hasta entonces desconocida tanto en Europa como en América (salvo para algunos místicos e Iniciados), nombres venerandos, sin embargo, en todo el Oriente, y especialmente en la India, cuya publicidad fue causa de que la especulación vulgar y la curiosidad se sobreexcitasen, dando por resultado final el que el público los negase, creo que es deber mío recusar la aptitud del último para explicar la situación de las cosas, pues me considero como la principal culpable. Con esto podrá hacerse quizá bien a algunos e interesar a otros. Y no se crea que me presento como campeón o defensor de aquellos que con toda seguridad no necesitan de defensa alguna. Lo que me propongo es presentar *hechos* sencillos para que se juzgue la situación por sus propios méritos. A las terminantes afirmaciones de nuestros hermanos y hermanas, de que han estado 'viviendo de cortezas' y 'andando a caza de dioses extranjeros', sin que les fuera concedida la admisión, yo preguntaría a mi vez y bien claramente: ¿Estáis seguros de haber llamado a la puerta que debíais? ¿Estáis seguros de no haberos extraviado en vuestro camino, 'deteniéndoos con frecuencia, durante vuestra jornada, en puertas extrañas, tras de las cuales están en acecho los más fieros enemigos de aquellos a quienes andáis buscando?' Nuestros MAESTROS no son 'dioses celosos', son simplemente santos mortales, más elevados, sin embargo, moral, intelectual y espiritualmente, que nadie en este mundo. Pero por santos que sean y por adelantados que estén en la ciencia de los Misterios, son hombres todavía y miembros de una Fraternidad a cuyas leyes y reglas, sancionadas por el tiempo, son los primeros en mostrarse obedientes. Una de las primeras reglas exige que los que comienzan su jornada *hacia Oriente*, como candidatos a la notoriedad y favores de los guardianes de los Misterios, marchen por el camino recto, sin entretenerse en las encrucijadas y sendas transversales, para no unirse a otros Maestros, Profesores de la Ciencia de Izquierda; se exige asimismo que se tenga confianza y que se den muestras de fidelidad y de paciencia, amén de otras varias condiciones. Si se falta a todo esto desde el principio hasta el fin, ¿qué derecho tiene ningún hombre para quejarse de que los Maestros no le ayuden?

Ciertamente: "Los Guardianes del umbral están dentro."

Desde el momento en que un teosofista quiere convertirse en candidato, ya para el *chelado* (*Chela*: un discípulo aceptado por un *Maestro*), ya para la obtención de favores, debe tener en cuenta el pacto mutuo, tácita y formalmente estipulado entre ambas partes, y *tal pacto es sagrado*. Es un compromiso de *siete* años de prueba. Si durante este tiempo, no obstante las muchas faltas y equivocaciones del candidato (salvo dos que no es necesario especificar aquí), permanece ante cada tentación *fiel al Maestro escogido* o a los Maestros en general (en el caso de los candidatos *laicos*), y fiel también a la Sociedad fundada conforme a sus deseos y a sus órdenes, entonces el teosofista será iniciado, y se le permitirá en adelante comunicarse con su *guru* sin reservas; y todas sus faltas, salvo las indicadas, pueden ser pasada por alto, pues corresponden a su Karma futuro, y por de pronto pueden dejarse a la discreción y juicio del Maestro. Él sólo tiene el poder de juzgar si durante aquellos largos años, a pesar de sus errores y pecados, deberá ser favorecido el *chela* con la comunicación de su *guru*. Este último, completamente enterado de las causas y motivos que han conducido al candidato a pecados de omisión y de comisión, es el único que puede juzgar la conveniencia de animarle o dejarle de animar; como que él únicamente tiene títulos para decidirlo, viéndose él mismo bajo la ley inexorable del Karma, de la cual nadie, desde el zulú hasta el arcángel más elevado, puede escapar, y además, porque él tiene que asumir la gran responsabilidad de las causas creadas por él mismo.

Así es que la condición principal y la única indispensable que se exige al candidato o chela, en el período de prueba, es simplemente la fidelidad absoluta al Maestro escogido y a sus propósitos. Esto es una condición

---

brilleó por todo mi cuerpo, como si mi alma se desvistiese de este último y, concentrándose por entero en mis ojos, pasase al punto como arrastrada hasta los serenos ojos azules de aquel ser extraordinario a través de cuyos nervios ópticos me sentí llevado, envuelto en cárdena y fosforescente luz de ensueño como a lo largo de dos galerías, desembocando así, valga la frase, a lo largo de aquéllos por la región hipofisiana bajo el cráneo de dicho ser, como bajo una cripta inmensa y llena de luminosidad... ¿Qué extraña asociación de hechos y de ensueños era aquesta? No acertaré a decirlo, pero de ella he sacado para siempre la convicción irrebatible de que bajo la bóveda craneana, excelso santuario del hombre puro, no hay, en vivo, nada de lo que los histólogos han bautizado con los nombres de cuerpos de Golki, neuromas, fibras de asociación, etc., cosas que los histólogos hallan después sólo cuando operan ya en nervios de los que ha huído la vida, sino que allí sólo hay las "líneas de fuerza" de un cuarto o un quinto estado de la materia radiante de los nervios, estado luminoso por sí mismo de un algo radioactivo encerrado a presión extraña e indenunciable por los medios de observación que conocemos, algo que es causa de una radiactividad neurotrascendente del propio *akasha* o del éter solar encerrado en nuestro cuerpo... El vapor de agua, en efecto, que, a altísima presión, yace encerrado en el entonces inaccesible seno de la caldera de una máquina, es cosa bien diferente, por cierto, de esas preciosas células exagonales y cristalinas de la nieve en que al punto se transformaría aquel "vapor" si se le sometiese a la influencia "mortal" de muchos grados bajo cero, o sea, en aquel caso, al efectivo "frío astral" de la muerte o de los estados hiperfísicos siempre transitorios..."

"¡Fue una alucinación", me dirá con su acostumbrado aire doctoral algún escéptico, pero yo le responderé que me defina antes de la alucinación, *halucinación* o formación de un halo" como realidad del mundo de lo hiperfísico, o sea "como cosa del otro mundo" y yo me reiré a mi vez de él y de su falsa ciencia, que no tiene aún campo abierto a las realidades "de otro plano" del "mundo de la alucinación y del ensueño", mundo bien real y tangible desde el momento en que sobre él está cimentada toda nuestra vida positiva, hija siempre de la pasión, del sentimiento, del entusiasmo y de otras pretendidas alucinaciones". Además, la pretendida "alucinación" aquella de mi relato fue compartida por todos los circunstantes, pues que todos sufrieron también una conmoción fuerte y extraña: los varones en la cabeza y las mujeres en el corazón...

Por supuesto no quiero decir que encontrase en semejante hombre, asceta y puro, a un verdadero Maestro, sino que un Maestro se me hizo un momento visible a través de la persona de aquel hombre que sirviera de intermediario, como sirvió H. P. B. más de una vez para la astral presentación de Aquéllos sin perjuicio de que Olcott, Sinnett y algún otro pudiesen luego verlos físicamente sin la intervención de aquélla.

Nada digo de algún otro hecho análogo con los que tropezará el lector en nuestros libros, por no hacer interminable esta nota.

sine qua non. No por razón, como he dicho ya, de un sentimiento de celos, sino sencillamente porque "rota la relación magnética existente entre los dos, el restablecerla representa una dificultad doble"; y no es justo ni propio que los Maestros empleen sus poderes en provecho de aquellos cuya conducta futura y deserción final pronostican ellos con frecuencia de un modo bien claro. Y, sin embargo, ¡cuántos son los que, esperando lo que yo llamaría "favores anticipados", al considerarse chasqueados, en vez de repetir humildemente *mea culpa*, acusan a los Maestros de egoísmo y de injusticia! ¡Acaso quebranten deliberadamente diez veces por año el lazo de conexión y, no obstante, esperan cada vez que se restablezca según las antiguas líneas! Conozco yo a un teosofista, a quien no nombraré, si bien espero que se reconozca a sí mismo, joven, tranquilo, inteligente, místico por naturaleza, que, en su mal aconsejado entusiasmo e impaciencia, cambió de *Maestros* y de ideas una media docena de veces en menos de tres años. Primero, él mismo se ofreció, fue aceptado a prueba y tomó el voto del chelado; cosa de un año después se le ocurrió casarse, a pesar de que había tenido varias pruebas de la presencia corpórea de su Maestro y le habían sido concedidos varios favores. Habiendo fracasado sus proyectos de matrimonio, buscó "Maestros" bajo otros climas, y se convirtió en un Rosacruz entusiasta; después volvió a la Teosofía como un místico cristiano; luego trató de nuevo endulzar sus austeridades con una mujer; abandonó más tarde la idea, y se hizo espiritista; y habiendo vuelto a pedir que se le "aceptase de nuevo como chela" (tengo yo su carta), a lo cual su Maestro permaneció silencioso, renunció a él por completo, para buscar, según sus propias palabras, a su "antiguo Maestro esenio, y *hacer experiencia con los espíritus* en su nombre".

"La Ciencia Oculta —dice a estos propósitos el Maestro K. H., en carta que publica Sinnett en su *Mundo Oculto* —tiene sus métodos propios de investigación tan determinados y precisos como los de su antítesis la Ciencia Física. Si esta última tiene sus fórmulas, la primera las posee también. Quien pretenda franquear las fronteras del mundo invisible, no tiene derecho, pues, a marcar los procedimientos y métodos que se deban seguir a la manera de como el viajero que tratase de penetrar en los subterráneos retiros de L'hasa, la Bendita, no podría indicar el camino a su guía. Los misterios no han estado jamás, ni habrán de estarlo, al alcance de la multitud, al menos hasta el deseado día en que se haga universal nuestra filosofía religiosa. En todas las épocas, una insignificante minoría de hombres superiores es la poseedora exclusiva del secreto de la Naturaleza, y, sin embargo, las multitudes han asistido a las demostraciones prácticas de esta ciencia secreta. El Adepto es la rara florescencia de una serie de investigadores. Para ser lo que ha llegado a ser, ha tenido que obedecer a los impulsos interiores de su alma, sin cuidarse de las prudentes consideraciones de la ciencia y de sabiduría humanas...

"Los motivos que impulsan a algunos, en general, a buscar hoy nuestras instrucciones son principalmente:

"1º El deseo de obtener pruebas positivas e inatacables de la existencia de fuerzas naturales perfectamente desconocidas por la ciencia moderna.

"2º La esperanza de poderlas poseer un día. Sin embargo, nadie quiere esperar para poderse poner en estado: *a*) de demostrar la existencia de tales fuerzas a un número escogido de espíritus de mentalidad occidntal; *b*) de contemplar la vida futura como una realidad objetiva, cimentada en la viva roca del conocimiento y no de la fe ciega; *c*) de averiguar finalmente la verdad entera acerca de nuestras logias y de nosotros mismos; en suma, obtener la certidumbre de que los *Hermanos*, de los que tanto se habla y tan poco se sabe, son entidades reales y no ficciones de un cerebro desarreglado y alucinado.

"Estos motivos sinceros y dignos de ser tenidos en consideración desde el punto de vista mundano, nos parecen —¡perdonad!— todavía egoístas, porque debéis saber que el principal objeto de la Sociedad Teosófica no es tanto el satisfacer a las aspiraciones individuales cuanto el servir a los hombres, nuestros hermanos. El valor real de la palabra *egoísmo* no puede ser la misma para vosotros que para nosotros, que le adjudicamos un valor y significación particulares. Apreciaréis mejor lo que pretendo decir cuando sepáis que, ante nuestros ojos, hasta las aspiraciones más altas para el bienestar de la Humanidad están tocadas de egoísmo si el espíritu del filántropo que las abriga conserva la menor sombra de un deseo o interés personal, o una tendencia, por débil e inconsciente que sea, hacia la injusticia... Tenemos, es cierto, nuestras Escuelas y nuestros Instrumentores, nuestros neófitos y nuestros *Shaberones* o Adeptos Superiores, y la puerta está siempre abierta para el hombre recto que a ella llama. Invariablemente él es bien acogido, pero en lugar de ir nosotros a él es él quien tiene que venir a nosotros. Más aún: a menor que él no haya avanzado en la vía del Ocultismo hasta un cierto punto desde el cual es ya imposible el retroceder, nosotros no le visitamos jamás...

"El mundo actual se halla en el primer grado de su emancipación y no está aún preparado para comprendernos —sigue diciendo el Maestro K. H. en otra carta—. Nosotros trabajamos, es cierto, según métodos y leyes naturales, no *sobrenaturales*; pero, de un lado, la ciencia en su estado presente sería incapaz de darse cuenta de las maravillas científicas que podríamos presentarle, y del otro lado las masas ignorantes no verían en nuestros fenómenos sino otros tantos milagros. El resultado, pues, sería deplorable... La terrible sombra que sigue a todas las innovaciones humanas marcha, y es harto pequeño el número de los que tienen conciencia de ella y de los peligros que entraña. Nuestras *novedades*, si llegasen a ser aceptadas por la ignorancia humana, serían atribuídas a los 'espíritus de las tinieblas', de los que aún se espantan los dos tercios de la Humanidad... El éxito de una tentativa semejante depende de las condiciones morales y sociales de las gentes y de la atención que ellas concedan a estos problemas, los más profundos y misteriosos que puedan estimular al espíritu humano, a saber: los poderes divinos latentes en el hombre y las posibilidades ocultas de la Naturaleza. ¿Cuántos entre vosotros se interesan seriamente en estos problemas abstractos? Podéis contarlos con los dedos de una sola mano. Vuestra raza se vanagloria de haber libertado en vuestro siglo el genio, largos siglos cautivo bajo la férula del dogmatismo y de la intolerancia, el genio de todo conocimiento, prudencia y libre pensar. Ella dice que los prejuicios de la ignorancia y de la perfidia religiosa, encerra-

dos como el *jina* malo del viejo cuento de *Las mil y una noches* por los Salomones de la ciencia, yacen para siempre en el fondo del mar. En suma, que el espíritu público es ya libre y está pronto para aceptar toda verdad demostrada. ¿Estáis seguros de que sea así? La ciencia experimental no data precisamente de 1662, cuando Bacon, Roberto Boyle y el obispo de Chester se lanzaron a transformar, mediante Real Carta, su *invisible Colegio* en una Sociedad para estimular las experimentaciones.

Capítulo V

PROSIGUE TRATANDO DE LOS MAESTROS Y DE SUS SALVADORAS DOCTRINAS

Continuando con lo que es materia del capítulo anterior, el Maestro K. H. sigue enseñándonos lo que es y a lo que puede conducirnos nuestro incesante anhelo por lo desconocido. Ello, aunque parezca digresión, es necesario para formarnos clara idea de lo que, a partir de 1851, en que Helena conoció a su Maestro, como hemos visto, fue ya aquélla antes turbulenta, mediumnística y alocada H. P. B., pasando, como por encanto, desde el lamentable papel pasivo de todas las histéricas y neuróticas, juguete dócil de su triste fantasía, hasta ese papel activo, vigoroso y solemne de quien alcanza a escribir obras como *Isis* o *La Doctrina Secreta*.

"Muchos siglos antes de que la tal Sociedad Real fuese una realidad, según el plan del *Proyecto profético*, la innata pasión por lo desconocido y un ardiente amor por el estudio de la Naturaleza y por la Naturaleza misma —sigue diciendo el Maestro en su epístola—, había llevado a los hombres de cada generación a sondar tales secretos y consagrarse a su esclarecimiento. *Roma ante Romulum fuit*, es el axioma enseñado en vuestras escuelas inglesas... El *Vril de la Raza futura*[1] era el patrimonio común de razas hoy día desaparecidas, y del mismo modo que la existencia de nuestros gigantescos antepasados ha sido puesta en duda, así el *Vril* o el *Akas*, como nosotros le llamamos, es considerado como una quimera mítica. Sin conocer perfectamente el *Akas*, sus propiedades y combinaciones, ¿cómo puede esperar la ciencia darse cuenta de semejantes fenómenos? El espíritu de vuestros hombres científicos no está cerrado sistemáticamente a la persuasión, es cierto, pero los hechos le tienen que ser previamente demostrados, han de entrar éstos, ante todo, en sus dominios y prestarse a sus métodos de investigación antes de que vuestros sabios estén prontos a admitirlos como hechos. Si leéis el prefacio de la *Micrografía* de Hookes, encontraréis en las sugestiones de su autor que para él la íntima relación de los objetos tenía menos importancia que su acción exterior sobre los sentidos, y fue por ello encarnizado adversario de los más bellos descubrimientos de Newton. Los Hookes modernos son nu-

[1] Alusión a la Fuerza Mágica que juega en dicha obra de Bulwer-Litton.

merosos. A semejanza de este hombre de antaño, instruído, pero ignorante vuestros hombres de ciencia contemporáneos están menos interesados en sacar del encadenamiento físico de los hechos las inducciones que pueden ponerles en presencia de más de una fuerza desconocida de la Naturaleza, que de proveerse de una clasificación cómoda de experiencias científicas, de manera que a sus ojos la cualidad esencial de una hipótesis no es que ella pueda ser *verdadera*, sino solamente *plausible.*

"Todo esto por lo que se refiere a la ciencia tal y como nosotros la concebimos. En cuanto a la naturaleza humana, en general, ella es la misma que era hace un millón de años: llena de prejuicios, de egoísmos y de mala voluntad contra toda renovación del orden establecido para las cosas en favor de nuevos modos de vida y de pensamiento, y el estudio del Ocultismo reclama todo eso y mucho más. Las características de vuestra época son, en efecto, a más de un insensato orgullo, una resistencia obstinada hacia la verdad si ella viene a derribar las nociones antes admitidas... [2] ¿Cuáles serían, pues, las consecuencias de los más sorprendentes fenómenos, suponiendo que consintiésemos en producirlos? Mientras más éxitos lograsen ellos, más crecería el peligro, y habría que ir en perpetuo *crescendo* respecto de aquéllos, o el que los hiciese acabaría cayendo, víctima en esta interminable lucha contra el prejuicio y la ignorancia, muerto por sus propias armas. Habría necesidad de acumular pruebas sobre pruebas, y para responder a la insana curiosidad, cada fenómeno nuevo debería ser más maravilloso que el precedente. Diariamente decís que no puede creerse sino lo que uno ve por sus propios ojos. Qué vida humana alcanzaría para poder satisfacer a la multitud de los escépticos...? Los ignorantes, incapaces de adherirse a las operaciones invisibles, podrían un día descargar su rabia contra los agentes tangibles de tales operaciones trabajando ante ellos, mientras que las clases elevadas e instruidas continuarán negando y despedazándoos como antiguamente. Lamentáis el especial cuidado con que guardamos nuestros secretos. Nosotros, sin em-

[2] Las pasiones del hombre, ora del lado religioso, ora del científico, cual si rechazasen la luz, han hecho gran resistencia siempre a las innovaciones y perseguido de muerte a los innovadores. Por pensar los sacerdotes científicos con un tan lamentable espíritu de intransigencia y de apego a un falso dogma de inconmovilidad pseudo-sabia, la historia de las ciencias no es sino un tristísimo Vía-Crucis de los innovadores a los que glorificamos hoy, mientras que antaño los martirizamos, porque siempre se opuso a todos estos revolucionarios el famoso "principio fundamental de la ciencia", diciéndose, por la Junta de Salamanca a Colón, que era absurda su pretendida facilidad de buscar los antípodas en una Tierra redonda en la que estaríamos pies contra pies, sin poder sostenerse aquellos últimos o bien congestionándose por estar cabeza abajo, eso sin contar con que Jossué, San Agustín, *et sic de coeteris*, dijeron tales o cuales cosas, no sólo por fe, sino al tenor de los principios de su ciencia, que no era sino una parte siempre infinitésima de la ciencia verdadera. Diciéndose, por aquellos a Stephenson, añadimos, que era anticientífica locura su primera máquina de vapor porque, según los principios de la ciencia, la máquina patinaría, y cuando ya por haberse caído en la cuenta de la ley de la adherencia, la comunicación ferroviaria pedía carta de naturaleza en la vida social, todavía el informe de un sabio como Arago, acerca de las que hoy llamamos grandes líneas, fue desfavorable, en nombre, claro está, de la ciencia suya y de su tiempo —que no era ni puede ser nunca la Ciencia definitiva o con mayúscula—, añadiendo "que en el absurdo caso de que se estableciesen tales líneas y con el fin de evitar el mareo de los viajeros, ¡era indispensable el alzar dos altos muros a uno y otro lado de la vía...!" Tal era y ha sido siempre la difícil manera de los sabios de ver las cosas más sencillas, con error nada de extrañar en la siempre mísera condición humana del sabio y del no sabio, ya que también hubo académicos de Medicina españoles que en el siglo XVIII votaron contra el flamante régimen de limpiezas diciendo —muy al tenor de la ciencia de su época, que no era la otra Ciencia desconocida y con mayúscula— que las emanaciones surgidas de los múltiples basureros de la corte servían para templar la crudeza de los aires del Guadarrama, aires que hoy buscamos con tanto anhelo, y académicos bien finchados eran también los de París que se rieron como buenos burgueses hace un siglo, ante "la locura de Daguerre", que soñaba fijar en la cámara oscura, de lo que después fue el daguerrotipo y la fotografía, unas imágenes sin consistencia real, imágenes a las que por eso llamaba "virtuales" la ciencia, como hace unos lustros no más, se burlaron también del invento de Edison, o locura "del cacharro parlante, que, a lo sumo, podría tener el diablo dentro..." ¿Qué de supersticiosos obstáculos *científicos* no han tenido que vencer, en fin, el globo antiguo y el moderno aeroplano para poder flotar *de hecho* en un medio de menor densidad que ellos, merced a una tercera ley, entonces desconocida, derivada de aplicar un gas más ligero que el aire, o los motores de explosión que entonces no se conocían...?

Para evitar semejantes males, que agravan el karma de los impugnadores la Magia y sus Maestros, fueron mantenidos siempre en secreto hasta nuestros días, y por eso la Magia, superior conocimiento de las leyes naturales, rodeó siempre a las representaciones de los Misterios paganos. Francisco Lenormant, en el prefacio de su clásica obra *La magie cher les Caldéens, et les origines accadiennes*, dice: la historia de ciertas supersticiones constituye uno de los más extraños capítulos y al par de los más importantes del espíritu humano en sus desenvolvimientos. Por extravagantes que hayan podido ser los ensueños de la Magia y de la Astrología, por lejanas que encontremos hoy, gracias a nuestro progreso científico las ideas que las inspiraron, ellas han ejercido sobre los hombres, durante dilatados siglos y hasta una época harto próxima a nosotros, una influencia demasiado seria y decisiva para ser menospreciada por quien se dedique a escrutar las fases de los anales intelectuales de la Humanidad. Las épocas antiguas más excelsas han prestado asenso a sus prodigios. El imperio de las ciencias ocultas, herencia de la superstición pagana, sobreviviendo el triunfo del Cristianismo, se muestra todopoderoso en la Edad Media, hasta que la ciencia moderna ha logrado disipar sus errores. Una aberración que se ha enseñoreado durante tanto tiempo de todos los espíritus, hasta de los más nobles y perspicaces, de la cual no se ha librado ni la propia filosofía en ciertas épocas (tales como la de los neoplatónicos alejandrinos, quienes las dieron puesto de honor en sus especulaciones), no deberá jamás ser excluida con desprecio del cuadro general de las ideas y de sus evoluciones. "La Magia que conocemos no es sino la combinación de la antigua religión turania con el mazdeísmo, sobre quien ha ejercido una influencia considerable, y por eso la Media fue siempre turania de alma y de costumbres." "La Magia, en fin —dice Plinio—, es uno de los asuntos en que conviene fijar bien los conceptos." A título de la más engañosa de las artes, ha gozado del mayor crédito entre todos los pueblos y durante todos los tiempos; no es de extrañar, pues, el supremo influjo por ella adquirido, toda vez que ha compendiado en si las tres artes supremas o más poderosas sobre el espíritu humano. Nacida de la Medicina —de la Matemática, diríamos nosotros—, es indudable que, bajo el pretexto de cuidarse de nuestra salud, ha ido deslizando algo así como otra medicina más santa y profunda. En segundo lugar, a las más seductoras promesas ha unido el resorte de la religión, problema acerca del cual el género humano ha andado siempre a ciegas. Para colmo, la Magia se ha incorporado al arte astrológico, y es indudable que todo hombre está ansioso por conocer su futuro y sospecha que tales conocimientos pueden deducirse con la más rigurosa exactitud de los cielos mismos. Así, encadenando los espíritus por dicho triple lazo, la Magia se ha engrandecido hasta el punto de que aun hoy día prevalece sobre un gran número de pueblos y manda en Oriente hasta a los reyes de los reyes: *ut et in Oriente regibus imperet.* (Plinio, *Historia Nat.*, cap. XXX, págs. 1 y 2 de tomo II; pág. 322 de la traducción de Littré.) Y en el libro IV, cap. XXII al XXIV, pondera Plinio a la Magia en su profundo y sugestivo alcance científico y moral, "cuando hombres como Pitágoras, Platón, Empédocles, Demócrito y cien otros lo hubieron de abandonar todo por ella, hasta lo más querido, cruzando los mares y tierras más lejanos para en ella iniciarse, y siendo, por causa de ella, en todas partes desterrados y perseguidos".

bargo, sabemos algo más de lo que pensáis, acerca de la naturaleza humana: los siglos, las edades, nos han aleccionado lo suficiente, y no ignoramos que mientras la ciencia tenga ciertas cosas que aprender, y que la más leve sombra de dogmatismo religioso se albergue en el corazón de las multitudes, los prejuicios seculares del mundo deberán ser destruidos paso a paso y no de golpe. La antigüedad ha tenido más de un Sócrates, y el porvenir oculta aun más de un mártir. La ciencia desdeñó la opinión de Copérnico, repetidor de las viejas teorías de Aristarco de Samos respecto del movimiento de la Tierra, años antes de que la Iglesia cuidase de sacrificar a Galileo en holocausto a la Biblia, y los colegas de Roberto Recorde, el más hábil matemático de la Corte de Eduardo VI, le dejaron morir de hambre en un tugurio, rechazando su *Château of Knoveleg*, y tratando como fantasías sus descubrimientos...

"Diréis que éstas son historias viejas. Ciertamente. Pero las crónicas modernas no difieren esencialmente de las antiguas. Recordad si no las recientes persecuciones de los *médiums* en Inglaterra; de brujos y brujas supuestos quemados en América del Sur, en Rusia y en otros sitios para estar ciertos de que la salud de los verdaderos cultivadores de la ciencia oculta reposa sobre el escepticismo del público, porque los charlatanes y hacedores de falsos prodigios son los naturales verdugos de los Adeptos. La tranquilidad pública está asegurada solamente gracias al secreto que guardamos acerca de las terribles armas que, de otro modo, podrían ser vueltas contra ella, y que, ya se os ha dicho, se tornan mortalmente peligrosas manejadas por los malvados y los egoístas."

Tal sucedió, en efecto, añadimos nosotros, con los fenómenos mismos que imprudentemente realizó H. P. B. y que, como habremos de ver a su tiempo, fueron la causa de su descrédito y de su ruina.

Continuemos, pues, con las enseñanzas del Maestro.

En otra ocasión K. H. escribía:

"Sólo después de haber progresado en el conocimiento de los arcanos por el estudio preliminar de sus rudimentos es como puede llegarse a comprendernos, fortificando y afinando esos misteriosos lazos de simpatía que ligan a todos los hombres inteligentes, fragmentos temporales solitarios del Alma Universal, simpatía que les realza en sus respectivos valeres. Establecido esto, semejantes simpatías así despertadas servirán al hombre para ligarle con el Pasado, el Presente y el Futuro. Conste, sin embargo, que me veo precisado a usar estos términos porque el lenguaje científico europeo no tiene aun palabras para expresar mi idea definiendo la continuidad de la energía que liga a gran conjunto del Cosmos material e inmaterial, que activa a las percepciones del Hombre y le permite abarcar igual las cosas de la materia que las del espíritu. Yo mismo me siento irritado al tener que usar estas tres desdichadas expresiones de Pasado, Presente y Futuro, miserables conceptos de fases Objetivas del Todo Subjetivo, y tan insuficientes como podría serlo un hacha para cincelar con delicadeza. ¡Oh, pobre amigo mío, descorazonado, cuánto deploro que no estéis ya lo bastante avanzado en el *sendero* para que esta simple transmisión de ideas no se vea obstruida por las condiciones de la materia, e impedida por tal incapacidad la unión de nuestro espíritu con el vuestro!

Tal es, desgraciadamente, la grosería hereditaria creada por el espíritu occidental, y que hace que las frases mismas que traducen a los pensamientos modernos se desarrollen y entiendan siempre en sentido materialista, hasta el punto de que ha llegado a ser casi imposible para los europeos el comprendernos, y a nosotros el expresarnos en sus lenguajes en cuanto concierne a ese mecanismo delicadísimo, propiamente ideal del Cosmos oculto. Hasta un punto muy limitado sólo, pueden por ello adquirir los europeos semejante facultad por la meditación y el estudio. Pero aquí acaba todo y ésta es la barrera que hasta el día se opone a las verdades teosóficas entre las naciones de Occidente, haciéndolas rechazar como inútiles y fantásticas por sus filósofos. ¿Cómo, pues, podría yo alcanzar a enseñaros a leer, escribir y aun comprender un lenguaje cuyo alfabeto no ha sido aun inventado para vosotros? ¿Cómo explicar a un filósofo griego contemporáneo de Tolomeo, si volviese a la vida, los fenómenos de nuestra Electrología moderna? ¿Cómo llenar la laguna que media entre las dos épocas desde el punto de vista de los descubrimientos? ¿No serían los términos técnicos para él una ininteligible jerigonza. y los aparatos empleados milagrosas monstruosidades? Supongamos por un instante que tuviésemos que describiros las rayas que se extienden más allá del espectro visible, y que son invisibles para todos, salvo para un pequeño número de entre nosotros, y que explicaros como podemos nosotros uno cualquiera de esos colores, llamados subjetivos o *anormales*, que, para emplear el lenguaje matemático, *son además complementarios de cada color visible en los cuerpos, quienes están así* —y perdónesenos el aparente absurdo— *doblemente coloreados*. ¿Podrías alcanzar a comprender su resultante óptica, o solamente el sentido de mis palabras? Puesto que vosotros no veis estos rayos y vuestra ciencia carece hasta de nombre para designarlos, ¿cuál sería vuestra respuesta si os dijese: "Esforzaos, sin abandonar vuestra mesa de trabajo, en buscar y producir ante vuestra vista a la totalidad del espectro solar, descompuesto en catorce colores del prisma y de los cuales siete son complementarios de los otros siete que conocéis, dado que *solamente con el auxilio de esta luz oculta es como podéis verme a distancia como yo os veo*?" —Vosotros replicaréis a esto que es probable que jamás haya habido sino siete, mejor dicho, tres colores primitivos o simples, y que por ningún procedimiento físico conocido, cualquiera que él sea, pueden descomponerse a su vez las siete típicas coloraciones del prisma, por lo que mi aserción es tan absurda como poco científica. Añadiréis que mi invitación a buscar un complemento imaginario al espectro solar no hace gran elogio de vuestros conocimientos físicos y que haría mejor quizá yéndome al Tibet para allí buscar mis míticas *parejas* bicolores solares, puesto que hasta aquí la ciencia moderna se ha mostrado incapaz de referir a ninguna de sus teorías ni siquiera un fenómeno tan simple como el de los colores dicromáticos de todos los cuerpos. ¡Sin embargo, es harto verdad que estos colores son bastante subjetivos!

"Ved, pues, cuáles son en vuestras respectivas situaciones actuales las insuperables dificultades que os impiden llegar, no ya al conocimiento *absoluto*, sino ni aun a los primeros elementos de la ciencia oculta. ¿Cómo íbais a poder comprender el juego de esas fuerzas semiinteligentes que se trata *de hecho* de dominar y cuyos medios de comunicación con nosotros

no son ya palabras habladas, sino las vibraciones correlativas a los sonidos y a los colores, porque el sonido, la luz y el color son los factores principales en la formación de esas series de inteligencias, de esos seres cuya existencia misma casi no podéis ni imaginar? Más aun; ni siquiera os está permitido el creer en ellos, dado que ateos o cristianos, materialistas y espirtualistas oponen de consuno y cada cual a su manera, todos sus respectivos argumentos contra semejante creencia y la ciencia misma reaccionaría más enérgicamente que nadie contra una 'superstición' semejante.

"Así no puede ascenderse de un salto al pináculo de la Eternidad, como *nosotros* no podemos tomar a un salvaje del Africa central y hacerle comprender en el acto los *Principios* de Newton o la *Sociología* de Spencer, o colocar, en fin, a un niño analfabeto en disposición de escribir una nueva *Ilíada* en griego clásico, o a un pintor en la de representar escenas de Saturno ni pintar los habitantes de *Arcturo*. Por razones semejantes es *negada hasta nuestra misma existencia*, y asimismo cuantos creen en nosotros son tachados de impostores y locos, señalándolos con el dedo como imaginaciones calenturientas y creyendo absurda la Ciencia misma nuestra, única que puede conducir al más elevado grado de conocimiento, porque hace, en verdad, gustar la fruta del Arbol de la Vida y de la Ciencia...

"Además, sea cual fuere la idea que de vosotros se tenga, estamos harto contentos de vivir como lo hacemos desconocidos de las gentes y al abrigo de los alcances de una civilización que se apoya demasiado sobre el mero intelecto. La resurrección de nuestro antiguo arte y de nuestra elevada civilización no nos inquieta en modo alguno, porque estamos seguros de su retorno en la época debida y bajo una forma muy superior aun. Nosotros, en efecto, tenemos la debilidad de creer en la periódica continuidad de los cielos y confiamos en poder activar el despertar de lo que ya pasó. Más aun: no podríamos impedirlo aunque quisiéramos. La nueva civilización será la hija de la antigua y nosotros no tenemos que hacer sino dejar a la Eterna Ley seguir su propio curso para que nuestros muertos salgan de sus tumbas. Sin embargo, sentimos ansia por apresurar y estimular la vuelta de este feliz estado de cosas, y aunque 'nos aferramos supersticiosamente a los restos del pasado', nada temáis: nuestros conocimientos no desaparecerán ya de la vista de los hombres, porque ella es 'el don de los dioses' y la más preciada de todas las reliquias. No en vano los *Custodios de la sagrada luz* han atravesado tantas edades con la seguridad más perfecta que no van a fracasar en los arrecifes del escepticismo moderno. Nuestros pilotos están demasiado experimentados para que podamos temer que tamaño desastre acaezca. Siempre contamos con decididos voluntarios para sustituir a los centinelas fatigados, y el mundo, por pésimo que sea el período de transición por el que atraviesa, aun puede suministrarnos todavía algunos hombres.

"Confío en *que* vos al menos os haréis cargo de que nosotros (o el mayor número de entre nosotros) estamos muy lejos de ser las momias sin corazón que se imaginaron algunos. Mejnur, el personaje de *Zanoni*, de Bulwer Lytton, es un carácter ideal de una emocionante historia, bajo ciertos aspectos, verdadera. Podéis creerme, sin embargo, si os digo que pocos de entre nosotros querrían gozar en la vida el papel de una flor seca conservada entre las hojas de un hermoso tomo de poesías. Podremos no ser, por supuesto, 'los buenos chicos', según la irrespetuosa expresión de... cuando habla de nosotros, pero ninguno de los de *nuestro grado* se parece en nada al rígido héroe de la novela de Lytton. Las facilidades de observación con que contamos algunos de nosotros nos dan ciertamente una vista más extensa; sentimientos de humanidad más completos, imparciales y amplios. Para contestar a Addison podemos exactamente sostener que es 'un asunto de magia', o sea de humanizar nuestras naturalezas 'por la compasión hacia la Humanidad entera', y hacia todos los seres vivientes, en lugar de limitar y reconcentrar nuestros afectos a una sola raza preferida. Salvo en ciertos casos, ya vecinos a la negación final del Moksha (o Nirvana), pocos son los que han llegado a libertarse de las influencias de nuestros lazos terrestres hasta el punto de ser inaccesibles en diferentes grados a los placeres, emociones e intereses más elevados de la corriente humana. Naturalmente que esta sensibilidad parcial disminuye en proporción a la rapidez de los progresos hacia la liberación, hasta que los sentimientos humanos puramente individuales y personales, los lazos de la sangre y de la amistad, el patriotismo y las preferencias de razas desaparezcan para confundirse en un sentimiento universal, el único efectivamente santo y verdadero, coronador del edificio; el sólo altruista y eterno: el Amor inmenso por la Humanidad entera, puesto que la Humanidad es la gran huérfana, la sola desheredada sobre la Tierra, amigo mío. Por eso el deber de cada hombre capaz de tener desinteresados impulsos es el de hacer algo por poco que sea para procurar el humano bienestar, y ello me recuerda la antigua fábula de la guerra entre el cuerpo y sus miembros. Aquí, en efecto, cada miembro de este gigantesco *huérfano* se ocupa egoístamente de sí sólo. El cuerpo así olvidado sufre eternamente, ora estén en paz ora en guerra sus miembros, y sus sufrimientos y agonía no cesan jamás, pudiendo lamentarse, maldecir, como lo hacen vuestros filósofos materialistas cuando en tal aislamiento y abandono eternos grita constantemente clamando socorro sin que se les escuche. Así, desde el momento en que no hay esperanza alguna para el hombre, sino en el hombre mismo, no hay que consentir que sufra hombre alguno que nosotros podamos salvar.

"Yo confieso sin rebozo que todavía no estoy libertado personalmente de los lazos terrestres, sino que me siento atraído hacia ciertos hombres con preferencia a otros y que la filantropía, tal como es predicada por nuestro Gran Instructor 'el Salvador del mundo, que enseñó el Nirvana y la Ley', no ha extinguido aun en mí las predilecciones de amistad, el amor hacia los seres más inmediatos a mí, ni un ardiente patriotismo por el país en el que últimamente he tomado cuerpo."

Hasta aquí las interesantísimas enseñanzas contenidas en las cartas del Maestro K. H. Sinnett, después de dárnoslas en la forma que van transcritas, añade esta frase para justificar su publicación:

"Y como le pidiese parecer al Maestro querido —que tan sabiamente se expresara como hemos visto —acerca de la manera y extensión con que podía yo servirme de sus cartas para incluirlas en este libro, terminó diciendo: 'No os impongo sobre ello restricción alguna. Tengo plena confianza en vuestro tacto y en vuestro recto juicio para resolver qué parte de mis cartas debe ser publicada y cuál no. Sólo debéis reservar una de

ellas —que me indicaba—. En cuanto al resto, le entrego espontáneamente al diente roedor de la crítica.' "

¡El diente roedor de la crítica . . . ! Más de una vez no es este azote del género humano, cuando se ejerce por los malvados y egoístas, sino baba venenosa que corroe cuanto toca; hálito funesto que hace irrespirable la atmósfera moral, como lo estamos experimentando en nuestros tristes días.

Pero dejemos para más adelante la cuestión de los Maestros del Tíbet y la de su Doctrina, ya que la presente digresión de este capítulo y del anterior sólo ha sido hecha para anticipar al lector, a guisa de premisa indispensable de nuestro relato, algo que venga a justificar la memorabilísima frase de H. P. B. en su Diario: "Allí, en Londres y en agosto de 1851, en las orillas del lago Serpentine de Hyde Park, y en una noche de luna, encontré al Maestro de mis ensueños . . . " Hemos interrumpido, en efecto, nuestro relato para fijar bien el hecho oculto que decidió para siempre la vida de Helena, o sea el referido encuentro con su Maestro.

La decisiva importancia de semejante encuentro no se hubiera comprendido bien sin la premisa de la Doctrina por el Maestro profesada y que, de una manera general, ha quedado esbozada en las anteriores cartas. Sí. La mediumnística y alocada joven, rebelde a toda enseñanza y más aun a la menor disciplina que tratara de coartar su salvaje independencia kalmuka; la que, siguiendo su secreto impulso, había abandonado violentamente patria, padre y marido y comenzado a vagar por el mundo como tantas otras "malas cabezas" que se tropiezan frecuentemente en las grandes ciudades cosmopolitas, vese deslumbrada de repente por la Luz del Maestro, ni más ni menos que Pablo camino de Damasco; se siente por primera vez en su vida ante la Presencia física de Alguien que está por encima de la Humanidad ordinaria; oye quizá, como vibración despertadora de su dormida alma enseñanzas sintéticas de una nueva ciencia y un eterno amor universal, y, como alma grande y heroica que ella era, se decide en el acto a tomar su cruz y seguir su senda de espinas a través del planeta todo, para adquirir por estudio y experiencia propia el riquísimo caudal que luego ha de transmitir a la Humanidad en sus obras inmortales . . . La Intuición, que es la más excelsa de las tres facultades de la mente humana, ya le había dicho lo principal, ya le había dado "su tónica". A ella, pues, le tocaba ahora transformar semejante intuición en experiencias; las experiencias, en dolores, y los dolores, en enseñanzas . . .

No es el caso de Helena, ni podría ser, un caso único en la Historia. Por eterno contraste de las cosas, los más rebeldes en un orden, son los más sumisos en otro, a la manera de como el diamante, que es el cuerpo más duro de los conocidos y al que no raya ningún otro, es también el más frágil, o como los venenos más activos son, bien administrados, las más poderosas medicinas. Semejante caso, para no abusar de las citas, es el de Narada indostánico, el del Mercurio griego, el del Viracocha incásico, y, en general, el de todos los "lobos" rebeldes, "welsungs" y demás personajes heroicos de la Historia, rebeldes siempre por incomprendidos.[3]

[3] El caso de los "rebeldes", llenaría por sí solo un libro. Para los que quieran ampliar el verdadero concepto de la rebeldía, nos permitimos recomendar la lectura del capítulo "La Walkyria", de nuestro *Wágner*, donde más o menos encontrará la silueta de la verdadera rebeldía. Para los que no recuerden a los citados personajes históricos diremos que Narada, el gran rebelde del Mahabharata, se presenta siempre en lucha con Brahmá o "el Creador", y que, sin embargo, tiene en sus manos la clave del saber. Mercurio, el Hermes griego, también mantiene constante lucha con Júpiter, a quien "roba" las Vacas de Gerión, y hasta el rayo que el dios lleva en la mano, sin embargo de lo cual es el verdadero "Angelos" o "Mensajero de los dioses", dios de la poesía, la elocuencia, etc., sin el que el Olimpo entero, como el Wálkala nórtico, agoniza de tedio y de miseria. En cuanto al Viracocha o "Kabir" de los últimos incas de América del Sur, danse amplios detalles de "su locura", su destierro, su sorprendente modo, sin embargo, de salvar el reino en el capítulo XII de *El libro que mata a la Muerte*.

Todos estos personajes y otros mil, no son sino reflejos, reales o poéticos, de la gran figura rebelde de Satán-Prometeo, quien, en guerra y rebeldía siempre con los vulgares "perros" o Dioses inferiores, que desean que el hombre "no coma de la fruta del sagrado Arbol de la Ciencia", alza su brazo de gigante hasta el Sol y en él enciende la Antorcha del Pensamiento, para con ella dar luz en el sendero a sus hermanos menores los hombres-niños, y, ya que no redimirlos, que esto nunca fuera obra suya ni de nadie, darlos, sí, les medios sublimes para que ellos, por sí propios, se rediman y se salven . . .

En el encuentro con el Maestro, ¿qué es lo que vio, en efecto, la ignorante Helena? Ni lo sabemos, ni nos importa para nuestro caso. Vio, sí, sin duda alguna, uno de aquéllos "Custodios de la Sagrada Luz" de los que hablan las cartas transcriptas; uno de esos brillantes, aunque "mortales" Seres que, desde su lejano retiro iniciático, "sólo se esfuerzan en humanizar a nuestra naturaleza animal en demanda de la Fraternidad Universal, sin distinción de razas, credo, etc.; uno de los sabios desconocidos que saben ya a qué atenerse respecto a los secretos de ese "espectro solar complementario", de esa "luz oscura" (oscura por ultraluminosa) o "luz astral", a la que también se alude en repetidas epístolas, como depositaria de los misterios de la Magia, o sea de la Ciencia grande y por antonomasia, que poco a poco ha de ir formando parte del acervo científico, así que el hombre se depure de sus presentes limitaciones egoístas.

Pero Helena, una vez convencida por intuición nacida con augusto encuentro de la realidad de tales cosas, precisaba del terrible crisol de la experiencia, para firmarlas más y más en su mente y podérselas transmitir a otros. De aquí los periplos que luego ha de realizar y de los que hemos anticipado, a guisa de marco para el cuadro, un sucinto resumen.

"Simples santos mortales, más elevados, sin embargo, que nadie en este mundo", los Maestros de Helena y de todos los hombres exigían de ella, a partir del antedicho encuentro, la práctica ocultista tras la teórica, y semejante práctica es evidente que nunca puede adquirirse de tan acabado modo como visitando sucesivamente los Centros Ocultos de la Tierra, centros esparcidos a veces por los lugares más insospechados e inaccesibles de la misma; lugares en los que el agua, la montaña, el desierto, la cripta y, sobre todo, "el siglo iniciático" previo, sirven de antemural infranqueable contra "los profanos", es decir, los perversos y los egoístas, sean o no científicos. De aquí la necesidad para Helena de realizar cuantos viajes realizara, cosa sin la cual parecerían ellos fruto de una inestabilidad menta[1] y aun moral, de la que, por no contarse con este antecedente explicativo, no ha dejado de acusársela alguna que otra vez hasta por sus biógrafos.

Esta última idea de la necesidad de semejantes viajes está corroborada por el mismo y admirable párrafo de la Introducción de *La Doctrina Secreta*, en el que ella dice, muchos años después, hablando de aquellos Centros Iniciáticos que sucesivamente visitó:

"Cualquiera que sea la suerte que la crítica malévola nos reserve por lo que decimos, es lo cierto que los miembros de varias escuelas esotéricas,[4] cuyo centro se halla más allá de los Himalayas (o sea en el Tíbet

[4] Conviene que el lector recuerde siempre la diferencia, hija de su respectiva etimología griega, entre lo "exotérico", o externo, y lo interno o "esotérico", y secreto, porque de entrambas palabras se usa constantemente en todas las obras teosóficas.

En cuanto al origen y fundamento de las enseñanzas teosóficas, séanos permitido transcribir fragmentos de un hermoso artículo sin firma que apareció en 1893 en uno de los primeros números de la notabilísima revista *Sophia*. Dice así el artículo:

"En todos los tiempos ha existido una ciencia secreta, una doctrina oculta, hasta el presente velada en absoluto a la cultura europea, quien, a pesar de los innumerables vislumbres que la historia arroja de ella, no ha llegado a sospechar la realidad de su existencia ... Preparada ya nuestra época por sus adelantos, se empieza dicha doctrina a revelar para auxiliar nuestra civilización y ayudarla a atravesar la frontera de lo invisible en que, por su positivismo y egoísmo, se halla detenida.

Así como el contacto con Oriente por medio de las Cruzadas trajo el Renacimiento de las culturas griega y romana, el nuevo contacto con Oriente por efecto de la dominación de la India por los ingleses empezó a aportarnos los elementos ariohindúes que son indispensables para retrotraer la cultura a sus orígenes remotísimos.

La existencia de la Ciencia Oculta se pierde en la noche de los tiempos. La conocían más o menos los hindúes, persas, egipcios, caldeos, pelasgos, etruscos y celtas, en una palabra, todos los grandes pueblos de la antigüedad, así en Asia como en Africa, Europa, América y aun Oceanía, según lo demuestran la unidad y universalidad de sus símbolos, grabados en caracteres indelebles en sus templos respectivos, y quien haya penetrado en las profundidades de esta ciencia leerá las mismas verdades en los muros de Palenque que en los de Luxor; en las pagodas labradas en la entraña de la roca en la India como en los restos ciclópeos de toda la región mediterránea y en los colosos que en la isla de Pascua nos revelan la existencia de razas y continentes sumergidos.

Esta ciencia se ha conservado y se conserva hoy tan vigorosa y viva como en los tiempos primitivos, depositada entre los restos de aquellos pueblos que han sobrevivido a todas las catástrofes y han buscado refugio en los lugares más apartados e inaccesibles de la llamada civilización. La capitalidad, por decirlo así, de estos últimos lugares es el Asia Central, o sean los Himalayas y el Tíbet, y aun puede decirse que en toda la India.

La Teosofía, en su aspecto de ciencia, se funda en el desarrollo de ciertas facultades del espíritu superiores a la inteligencia misma, facultades que están latentes en todo hombre, pero cuyo desarrollo depende de ejercicios mentales por los cuales el espíritu se desenvuelven a la manera como, mediante la gimnasia, desarrolla sus músculos, pues, como dijo Kant: "La inteligencia no puede abarcar más que el fenómeno, mientras que el noúmeno, que se le escapa en absoluto, acaso sólo puede ser penetrado por la intuición."

Los *Iniciados* son individuos que por su desarrollo moral y elevación de pensamientos se han puesto en condiciones de que un *Maestro*, o sea un adepto de grado superior, les tome a su cargo para abrirles las puertas que dan entrada al conocimiento de los grandes misterios de la Naturaleza. Después de ciertas pruebas encaminadas a demostrar la completa aptitud del neófito para la nueva vida a que aspira, es admitido a la enseñanza, la cual tiene por objeto despertar en él los órganos y facultades que han de ponerle en contacto con la verdad, de tal modo que el Maestro no tenga que revelarle nada por medio de la palabra, sino que el discípulo, por sí mismo, vea y entienda los grandes misterios que el libro siempre abierto de la Naturaleza le pone de manifiesto ante su capacidad de ver y de oir, prodigiosamente desarrollada y ante su percepción íntima espiritual, desenvuelta hasta penetrar en el seno de lo Absoluto.

El mundo de lo invisible aparece así, por grados, a su nueva vista: el mundo astral en donde se encuentra el origen de la materia con que sin cesar se forman los

y en el Desierto de Gobbi), y cuyas ramificaciones (o Fraternidades Iniciáticas) pueden hoy encontrarse en China, Japón, India, Tíbet y aun en Siria, como también en América del Sur, aseguran que tienen en su poder la *suma total* de todas las obras sagradas y filosóficas, tanto manuscritas como impresas, de hecho todas las obras que se han escrito, en cualesquiera lenguajes o caracteres, desde que comenzó el arte de la escritura, es decir, desde los jeroglíficos ideográficos, hasta el alfabeto de Cadmo y el Devanagari o sánscrito. Constantemente han afirmado que, desde la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, todas las obras que, por su carácter, hubieran podido conducir a los profanos al descubrimiento final y comprensión de alguno de los miembros de la Ciencia Sagrada, han sido buscadas con diligencia, gracias a los esfuerzos combinados de los miembros de las Fraternidades. Y añaden los que saben, que una vez encontradas estas obras iban siendo sistemáticamente destruidas, salvo tres ejemplares que fueron guardados con absoluta escrupulosidad. En la India los últimos de estos inestimables manuscritos fueron archivados en un sitio oculto durante el reinado del emperador Akbar. El profesor Max-Müller, por su parte, declara que ni el soborno ni las amenazas de Akbar fueron capaces de arrancar a los brahmanes el texto original de los *Vedas*, sin embargo de que los orientalistas europeos se jactan de poseerlos, siendo harto dudoso el que Europa posea el texto completo, por lo cual el porvenir quizá les reserve a los orientalistas sorpresas muy desagradables.

"Se afirma también que todos los libros sagrados de esta especie, cuyo texto no se hallaba suficientemente velado por el simbolismo, o que contenía referencias directas a los antiguos Misterios, fueron, en primer término, cuidadosamente copiados en caracteres criptográficos tales como para

mundos del Universo visible, y adonde retornan los elementos de los orbes que de continuo se deshacen y aniquilan. La luz que a semejante mundo envuelve no parte de sol alguno concreto, sino que es ella quien presta su brillo a todos los soles que iluminan el espacio visible. Allí el iniciado contempla también miríadas de seres no sospechados, ejerciendo incesantemente acciones misteriosas relacionadas con la vida misma del Universo: las fuerzas secretas e inteligentes de la Naturaleza, productoras de los fenómenos que vemos y tocamos, reguladoras de las leyes físicas por las que se rigen los mundos. Allí descubre las corrientes electromagnéticas o etéreas, con la claridad con que el ojo material ve las corrientes líquidas que discurren por sus cauces. Allí se presentan a su vista seres cuyas especies se cuentan por millones, que afectan infinidad de formas y que constituyen los prototipos cuyas copias toman cuerpo de la naturaleza visible. Allí, como en eterno archivo de los anales del Universo, puede ver impresas las huellas de cuantos acontecimientos se han realizado en los mundos del infinito, y leer, escritos en líneas de fuego, los destinos futuros de cuanto alienta en los espacios sin fin o de cuanto dormita en el caos de donde han de formarse nuevos universos ...

Pero sobre todo esto y mucho más está corrido el Velo de la Iniciación, o Velo de Isis.

El conocimiento gradual de sus secretos trae consigo además el descubrimiento de todas las leyes y fuerzas de la Naturaleza, y, por tanto, la facultad misma de torcer el curso de los acontecimientos, de transformar en mayor o menor escala el proceso de la vida en el planeta; el don de hacer *milagros*, aunque el milagro en sí nunca sea una transgresión de las leyes naturales, sino el conocimiento de leyes superiores naturales, sino el conocimiento de leyes superiores naturales también, aunque desconocidas. Tamaño poderío en manos de gente inmoral, de gente que persigue fines egoístas, sería de funestísimas consecuencias para la Humanidad, como sucederá el día en que se llegue a la aplicación más amplia del hipnotismo.

desafiar el arte del más hábil de los paleógrafos, y destruidos después hasta el último ejemplar. Durante el reinado de Akbar, algunos cortesanos fanáticos, disgustados por el injusto espionaje del emperador acerca de las religiones de los infieles, ayudaron por sí mismos a los brahmanes a ocultar sus manuscritos. Uno de aquéllos fue Badaoni, el cual experimentaba un *horror no disimulado* por la manía de Akbar hacia 'las religiones idólatras'. Dicho Badaoni en su *Muntakhab at Tawarikh* escribía (*Ain-i-Akbari*, traducido por el Dr. Blochmann y citado por Max-Müller en su *Science of Religion*): Ellos, los Shramanes y Brahmanes, sobrepujan a todos los hombres sabios en sus tratados de moral, de religión de ciencias físicas, y alcanzan un altísimo grado en cuanto a conocimiento del porvenir, en perfección humana y en poderes espirituales. Han presentado, además, tan razonadas pruebas y testimonios inculcando tan firmemente sus doctrinas, que Su Majestad no dudaría ya, aun cuando las montañas se convirtiesen en polvo o se desgarrasen de pronto los cielos... Su Majestad, por ello, se permitió entrar en averiguaciones referentes a las sectas de estos infieles, infieles que son innumerables y que poseen un sin fin de *libros revelados*'.

"Además, en todas las ricas y grandes Lamaserías (monasterios de sacerdotes Lamas), existen criptas subterráneas y bibliotecas en cuevas excavadas en la roca cuando los Goupa y los Lhakhang (monasterios y poblados) se hallan situados en las montañas. Más allá del Tsaydm occidental, en los solitarios pasos del Quen-lun, existen varios de estos sitios ocultos. A lo largo de la cumbre del Altyn-tag, cuyo suelo no ha llegado a pisar todavía planta alguna europea, existe una reducida aldea, perdida en una garganta profunda. Es un pequeño grupo de casas, más bien que un monasterio, con un templo de miserable aspecto, y un lama anciano, especie de ermitaño, que vive próximo a él para cuidarle. Dicen los peregrinos que sus galerías y aposentos subterráneos contienen una colección de libros cuyo número, según las cifras que se citan, es demasiado grande para poder ser colocados aun en las salas del Museo Británico. Según la misma tradición, las regiones, en la actualidad desoladas y áridas del Tarim, verdadero desierto en el corazón del Turquestán, estaban cubiertas en la antigüedad de ciudades ricas y florecientes. Hoy apenas si alguno que otro verde oasis rompe la monotonía de su terrible soledad. Uno de ellos, bajo el que yace una enorme ciudad sepultada bajo el arenoso suelo del desierto, no pertenece a nadie, pero es visitada con frecuencia por mogoles y buddhistas. La misma tradición habla de inmensos recintos subterráneos, de anchas galerías llenas de ladrillos escriturarios."

Como los párrafos transcriptos referentes a las desoladas regiones centrales de Asia podían darse cien más con cargo a las citadas obras de *Isis*, *La Doctrina* y *Grutas y selvas del Indostán*, en las que la admirable H. P. B. no hace sino glosar vagamente hechos, cosas y enseñanzas que sucesivamente fue asimilándose en los *viajes iniciáticos* que ahora vamos con ella a emprender.[5] Iremos dando algunas de ellas, a su debido tiempo.

[5] Los "Viajes iniciáticos", son algo esencial en todas las grandes épocas de la vida de los hombres algo distinguidos. Recuérdense si no los de los griegos (tales como el célebre de Anacarsis) por las regiones asiáticas; los de los romanos cultos, después

Hoy, con lo apuntado nos basta para hacer comprender a nuestros lectores la necesidad oculta que tenía Helena, así que conoció físicamente a su Maestro, de ir de uno en otro de los centros iniciáticos del mundo, sitios donde el poder de los Maestros se muestra con más vigor, por aquello mismo de que las condiciones magnéticas adecuadas son más puras en los lugares retirados del mundo que en nuestros grandes centros.

de sus estudios y en torno del Mediterráneo, o bien los que aún conservan bajo este mismo nombre algunas instituciones iniciáticas modernas que no tenemos para qué nombrar.

Capítulo VI

PRIMER PERIPLO DE H. P. B. POR AMERICA DEL NORTE

El encuentro en el lago Serpentine de Helena con su Maestro fue decisivo para el resto de su vida. La paz huyó de ella para siempre, porque, consistiendo una parte de la iniciación en reconocerse el neófito como mero "cometa" o peregrino en esta Tierra miserable, como tal peregrino tenía que resonar en su oído interior esa terrible frase-símbolo del mito del Judío Errante: "¡Anda, anda, anda . . . !"

Y así H. P. B. anduvo constantemente durante el resto de sus días por el doble sendero físico de unos inacabables viajes, capaces de marear al historiador que haya de describirlos, y psíquico de otros viajes aun más tremebundos por el campo de la idea y del sentimiento humanos, campo que ha de iluminar al fin la prodigiosa Luz de la iniciación en el mundo de lo oculto.

Esto, además, no era nuevo, sino harto antiguo. En efecto, sin hablar de los viajes de Pitágoras y de otros iniciandos a través del mundo entonces conocido, basta recordar a este propósito el periplo mediterráneo que, terminados sus estudios teóricos, solían hacer para perfeccionar su educación todos los jóvenes cultos de la antigua Roma para volver luego a la Ciudad Eterna con un cúmulo de conocimientos y experiencias que les capacitasen para su ulterior misión en la vida e hiciesen de la mayoría de ellos, después de pasar por los Misterios Menores y Mayores iniciáticos que solían celebrarse en poblaciones tales como Bibractis y Alexia, en las Galias; Tarraco, Emerita Augusta, Gades, Olisippo, etc., en España; Cartago, Shechelmesa, las Sirtes y el Egipto, en Africa; e infinitos otros puntos de la Siria, el Asia Menor, a cuya cabeza se hallaban, como es sabido, los sublimes Misterios Eleusinos, de los que veladamente nos han hablado entre otros clásicos, Cicerón y Séneca.

Comenzó, pues, Helena ésta su terrible ordalía preparatoria saliendo de Londres para el Canadá, como si la Mano del Maestro que, invisible, la guiara quisiese hacerla llevar las cosas con el debido orden, conduciéndola primero a aquellas frías tierras semipolares ya, para que recibiese ante todo la influencia oculta de ese gran Continente Artico,[1] testigo, hoy envuelto en el blanco sudario de la nieve, de la segunda evolución o "Segunda Raza" humana en torno del Primer Continente: la Isla Sagrada e imperecedera del Polo Norte, donde empezó, según las enseñanzas de *La Doctrina Secreta*, la primera evolución terrestre de los hombres venidos de la Luna bajo la angusta sombra protectora de sus Padres o Pitris, de aquel hoy muerto mundo planetario . . .

Los biógrafos de H. P. B. han pasado por alto invariablemente este hecho importantísimo, del que hay, sin embargo, una preciosa página autobiográfica: la contenida en el lindo cuentecito que ella publicó más tarde en una de las revistas rusas e inglesas, tales como la *Nouvelle Revue* y *A Modern Panarion*, en las que colaboraba, titulado "Una historieta de Navidad". El texto de semejante "historia" va íntegro[2] y comentado por nosotros en "Páginas ocultistas", y se reduce, en esencia, a hablarnos de algunos de esos Maestros primitivos de la Segunda Raza dicha, "Un Matusalén ártico", un "Chohán", "Io-anas" o "Juan", que desde tiempo inmemorial vela diligente y augusto por la vida de esas pobres gentes pescadoras cuya existencia y cuyos afanes se desenvuelven tristemente entre las brumas, nieves y miserias de aquellas angustiosas latitudes hiperbóreas, donde el hombre se siente más "peregrino" y más extraño que en ningunas otras, porque todo el casquete polar actual, testigo en otro tiempo de las delicias tropicales de una eterna primavera, no es sino una vasta tumba de los primeros seres pobladores del planeta, tumba helada y silenciosa y triste cual ninguna.

H. P. B., pues, por misterioso decreto del Karma o Destino que la guiaba en sus primeros pasos iniciáticos, fue a la "Segunda Tierra de los

[1] De dicho Continente hiperbóreo quedan aún trazas en la orografía de nuestro planeta, aunque su masa principal yazga hoy sepultada bajo las aguas del Océano Glacial Artico, y son todas las alineaciones montañosas boreales, sensiblemente orientadas de Norte a Sur, tales como las cordilleras que desde la Mogolia van a morir en la península de Taimir, la más boreal del Asia; los Urales, que separan a Europa de Asia; los Dofrines escandinavos, las montañas de Gales y Escocia y las Montañas Rocosas norteamericanas con toda la masa continental del Canadá. Semejantes países boreales se caracterizan, debido a ello, por presentarnos las formaciones geológicas más antiguas del mundo, que de ellos han tomado el nombre, tales como la Huroniana, Huttoniana y Laurentina (del Canadá y Golfo de San Lorenzo), la Siluriana, de Escocia-Gales (prolongada hacia el Sur, por bajo del Cantábrico, hasta nuestra cordillera Herciniana, desde Asturias hasta Despeñaperros) y la Carbonífera anglo-continental enlazada con los más viejos núcleos europeos.

Semejante Continente Segundo perduró en gran parte (*Doct. Secreta*) en forma de diadema, contorneando por el Norte al gran macizo del Tercer Continente o Lemuriano, en el que ya tomó forma física la antes etérea y andrógina Humanidad, iniciándose simultáneos el sexo y la mente bajo la dirección de los Dioses o Reyes Divinos, en un ambiente de dicha infantil, aún recordado por las tradiciones religiosas de todos los pueblos, con las leyendas del *Paraíso*.

La sabia H. P. B., tan expresiva en otros pasajes, hase mostrado bastante reservada acerca de este Continente Segundo y de los Seres superiores que dirigieran su remota evolución. Nosotros apenas si hemos podido encontrar en el sublime pasaje del tomo II de *La D. S.*, consagrado a "Los Buddhas de la Confesión", alusiones al gran Maestro Melquisedec o *Melchisadach*, admirable Personalidad "amiga de Abraham y de Isaac" y "fundadora del más legítimo Orden Sacerdotal de los Siglos", al tenor del expresivo lenguaje de la *Biblia* mosaica.

Es curioso, en fin, por otra parte, que, como dice Olcott en su *Historia*, la acompañase "una canadiense", cuando él conoció a H. P. B. en la Granja de los Eddys.

[2] *Biblioteca de las Maravillas*, tomo V, páginas 40 a 63.

Dioses" o "Primera Tierra de los mortales", a la tierra de aquel Melchisedec o Melchi zadak (gran sacerdote de los sulechas o "bárbaros occidentales", "rey de Salén y sacerdote del Altísimo" (*Hebreos*, V, 6, y VII, 1 y siguientes), antiguo y poderosísimo Maestro de dicha Segunda Raza,[3] a la tierra de Odín, Wodden o Wottan, el Dios más elevado de la mitología alemana, escandinava y yucateca, uno de los *Treinta y cinco grandes Buddhas de Confesión* del exotericismo mogol del *Tong shakt-chi-sangye-songa*, al que se refiere el 'Fragmento adicional a uno de los comentarios de la XIIª estancia antropológica del *Libro de Dzyan*' y uno de los primeros Buddhas, Iluminado o Bodhi-sattuas, por cuanto el continente al que él y su raza pertenecieran es también uno de los primeros, verdaderamente, tan primitivo, que en aquellos días la naturaleza tropical se encontraba en donde ahora se hallan los hielos perpetuos, y podía cruzarse casi por tierra seca desde Noruega, por Irlanda y Groenlandia, a las tierras que hoy circuyen a la Bahía de Hudson y al territorio de los Grandes Lagos."

Y tan cierta y adecuada es esta última cita, que pronto vemos pasar a Helena, desde el Canadá y los dichos Lagos, hacia el inmenso emporio ocultista de mayas, nahoas, méxica y demás pueblos sudoccidentales de América del Norte, a través del entonces casi inexplorado territorio de los pueblos "Pieles rojas" o indios americanos, últimos supervivientes en sus cultos e iniciaciones de aquel gran Imperio Mexicano, rival del egipcio y del asirio, Imperio misterioso que fuese destruido por las gentes de Cortés con igual saña que la empleada por las de Alejandro el macedónico contra las iniciaciones de Oriente, y por César contra las de las Galias y España.

Copán, Akke, Itzamal, Kabul, Kimch-Kakmo, Tihóo, Chichén, Kewick, Uxmal, Tayi, Kabah, Labnah, Pap holl-chac, Hunpictok y otros templos y ciudades mayas, aparentemente extinguidas en sus luces ocultistas, darían así a Helena las líneas generales, por lo menos, de lo que fuese la "negra iniciación de los mayas", antecesores atlantes del sacerdocio egipcio y aun del asirio en la gran península del Yucatán; las viejas pinturas murales de aquellos templos secretos, hoy en parte conservadas en los llamados "Códices del Anahuac" (o de la santa región de las aguas, las aguas atlantes), dirían más a su intuición ya despierta que mil tratados sobre la materia escritos por europeos que, creyendo entenderlo no la entienden en sus complicados y augustos simbolismos, y las reliquias de Papantla, Cabrakán, Nackán, Chirikán y otros "kanes" o reinos, según la palabra sánscrita consagrada, le iniciarían en mil misterios de la raza quichua y en otros tantos misterios caldaicos, nabateos u ofitas, la famosísima región agrícola de los "moundsbnilders" y otros pueblos "rojos", restos de las Razas Tercera, Cuarta y Quinta, más vivos y menos profanados allí quizá que en otras regiones del vastísimo imperio espiritual del sagrado libro el *Popul Vuh* o "Biblia primitiva americana".

Humboldt, aquel sabio naturalista que con sus propios ojos examinó toda la Tierra, insiste, en efecto, sobre las analogías de los americanos con

[3] Los grandes clásicos grecorromanos llamaban invariablemente *mlchas* o *dravidas*, de "melek", señor, a los primeros habitantes prelemurianos de los montes Vindhyos.

los mongoles y otros pueblos del Asia central, y que Quetzalcoatl, Boquica y Manco-Capac, personajes o colonias que civilizaron aquel mundo, procedieron del oriente de Asia y tuvieron comunicación con los tibetanos, tártaros y samaneos y con los ainos barbudos de las islas de Yesso y de Sacalín. El mismo insigne viajero asegura que, "cuando se haya hecho un estudio más profundo acerca de los moros de Africa y de aquellos enjambres de pueblos que habitan en el interior y noreste de Asia, vagamente nombrados tártaros y chinos, aparecerán las razas caucásica, mongola, americana, malaya y negra menos aisladas, y se echará de ver en esta gran familia del género humano un sólo tipo orgánico, modificado por circunstancias que acaso nunca nos será dado determinar".[4] *Vues des Cordilières et monuments des peuples indigênes de l'Amérique*, introducción.)

¿De dónde vino— se pregunta William Prescott en su *Conquista de México*— la civilización de estas razas? Si era indígena, ¿cómo explicar su singular coincidencia con las instituciones e ideas de Oriente? Si era oriental, ¿cómo explicar las grandes desigualdades del lenguaje?

La respuesta para nosotros es sencilla: La dispersión del género humano, después de cada cataclismo geológico, no se realiza a partir de un solo núcleo, sino que arranca de siete núcleos análogos a la vez, según las enseñanzas orientales, y siendo esto así, uno de estos núcleos *arios* ha de ser asignado a América del Norte, a partir de su centro, la Sierra Nevada o país de "Las siete cuevas de los hermanos *aiar*" ("los hermanos arios, de *ar*, fuego primitivo"). Este núcleo fue, pues, visitado por Helena antes que ningún otro, en su primer viaje iniciático. Y el camino para ello, por mis-

[4] La teogonía nahoa, como aria, es idéntica a la brahmánica, a la ofita, a la parsi, a la grecorromana y, en general, a las más próximas a la fuente original o Religión-Sabiduría que desapareció con la Atlántida. *Xiuh-tecuh-tlitletl* es la Divinidad Abstracta, el "Fuego Oculto en el albergue del Agua", antiguamente llamado *Aya-mictlán* (Sahagún), "el que nunca es destruido ni creado" (Chavero). El *Tle-cue-catezin* o "llama de fuego" (Orozco). Muchos de los rasgos de esta deidad corresponden más bien al "Hijo", en las esculturas que se conservan, pues que el dios aparece en el grabado de la página 38 de la obra de Chaves, *México a través de los siglos*, con una especie de turbante en la cabeza, un gran disco, símbolo del sol en las manos, y en torno de este sol el numeral ógmico del cinco, símbolo del pensamiento, y el nexo jeroglífico del *Uno-Tres*, a guisa de máscara sagrada, sobre su faz. En brazos y piernas lleva brazaletes con un número de cuentas equivalentes al *cempohualli* o veintena (la primera unidad superior de su sistema numeral), con la gargantilla del *nahui-pohualli*, o cuádrupe veintena en torno de su cuello y tendido sobre un lecho sencillo con los cuatro pétalos de la *Tetrada* o cuatro primeros números. Es el mismo dios volador o alado de dos rostros, undécima pintura del códice de Oxford, el *Tie-cue-catl-zui* de la figura en oro del Museo de México, y también el de Tacubaya, que aparece metido en el baño, en simbolismo de que "el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas genesíacas". De este dios antiquísimo, dice Chavero, no hablan tanto las crónicas como de *Huit-zili-poch-tli* y *Tezca-tli-poca*, cosa nada extraña, dado que en las revoluciones de la raza nahoa quedaron al fin preponderando ciertos dioses en virtud de las luchas históricas, y el pueblo dio casi al olvido sus más puras deidades primeras. Así Sahagún dice que no consideraron al Sol como dios, y Herrera cuenta que no le daban tanta adoración como a *Huitzilipochtli*. Cronistas hay que aseguran que el Sol no tenía ídolos ni templos. Apenas si se hablaba ya en los últimos tiempos de *Tonacatecuhili*, y menos del *Ome-te-cuh-tli*, que era el alma de la religión primitiva nahoa, y, como tal, estaba ya relegado a los santuarios y casi desconocido para la multitud. Por esta razón en varias historias ni se menciona a *Xiuh-te-cuh-tli*, y Sahagún hasta llega a colocarle erróneamente entre los dioses menores.

teriosas coincidencias del Destino, fue sensiblemente el seguido en la Edad Media por aquel Erico el Rojo que hollara el continente norteamericano varios siglos antes que los españoles, si es que los mismos pescadores vascos del bacalao de los mares nórticos no le conocieron también [5]. Con ello, por otra parte, se cumplía la profética videncia de Séneca cuando en su tragedia *Medea* cantó inspirado (Traducción de Colón, citada por Rada y Delgado): "Vernan en los tardos años del mundo ciertos tiempos en los quales el mar Occéano afloxará los atamientos de las cosas y se abrirá una gran tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guía de Jassón, que hovo por nombre Tiphi, descobrirá nuevo mundo, y entonces non será la ysla Tille la postrera de las tierras." ¡Profecía doble que, si en el sentido físico puede y debe aplicarse al descubrimiento del Nuevo Mundo en el siglo XV, no hay por qué no aplicarla también, dentro de la ley universal de analogía o "clave de Hermes Trimegisto", al descubrimiento espiritual de las grandes verdades tradicionales luengos siglos ocultas, que, con sus viajes por aquellas tierras, antes que por ningunas otras, se preparaba a hacer en el siglo XIX la heroína rusa H. P. B....!

Ciertamente que la conquista de México, como dice Prescott, es poco menos que milagrosa; sin ejemplo en la historia antigua y demasiado inverosímil aun para novela, esperando que a estos tristes siglos de positivismo egoísta sucedan otros más soñadores, y, como tales, más sabios, en los que un Valmiky o un Homero del porvenir entone en su loor la epopeya a que tiene derecho. Pero no es menos cierto que tampoco el mundo se ha enterado de la revolución ideológica y espiritual llamada a operar la Sociedad Teosófica allí fundada por Helena y sus amigos, porque como dice el cofundador Olcott en su *Historia Auténtica*: "Si se escribiese la historia de todas las Sociedades conocidas, el capítulo consagrado a los orígenes y vicisitudes de la S. T. sería verdaderamente excepcional. Sea cual fuere el punto de vista benévolo u hostil en que uno se coloque respecto de ella, es sencillamente asombroso el que semejante Sociedad no sólo haya podido nacer en las condiciones en que ella naciera y haya podido resistir los ataques por ella sufridos, sino que sus fuerzas se hayan visto aumentar proporcionalmente a la mala fe cruel empleada contra ella por sus adversarios. Ciertos críticos podrán ver en esto una notoria prueba del recrudecimiento de la credulidad humana y una señal de inquietud religiosa que anuncia la extinción final de las tradiciones occidentales, mientras que otros con mejor acuerdo lo considerarán como un presagio de la aceptación universal de las ideas filosóficas de Oriente, que vienen a vivificar y a ampliar de un modo gigantesco las tendencias espirituales de la Humanidad.

[5] No vamos, naturalmente, a desarrollar aquí esta interesantísima cuestión, sino a apuntar tan sólo que Helena, al visitar antes que nada el Canadá, para años después fundar en Nueva York la Sociedad Teosófica, nos recuerda a aquel Erico el Rojo, escandinavo, quien, después de fundar a Brattahild en Islandia en el siglo X, pasó con un puñado de familias heroicas desde Islandia hasta Groenlandia, colonizándolas. Su hijo Leif, en el año 1000, fundó también Helluland ("tierra de piedra", o más bien "tierra infernal"), a Markland ("tierra de los bosques") y a Vinland (o "tierra de los viñedos"). Las enfermedades contagiosas, el clima cruel, el hambre y el aislamiento acabaron, según Cantú, con aquellas fundaciones, que así se anticiparon al movimiento de la conquista casi cinco siglos.

La causa de semejante triunfo es bien sencilla, a saber: que sean los que fueren los errores y defectos de sus directores, la excelencia de las ideas de la S. T. no puede ser superada. Para matar a la S. T. sería necesario el demostrar que sus objetos son contrarios al bien público y que su enseñanza es perniciosa o desmoralizadora, cosas imposibles las dos.

Volviendo a la idea antes apuntada, relativa al núcleo *ario* de la Sierra Nevada mexicana, que H. P. B. visitó, debemos recordar aquí tan sólo, pues que no vamos a estudiar ahora los orígenes ocultistas de los grandes pueblos del Analmac, la sublime leyenda solar o quisitaria del gran *Hu-iran-cocha*, por corrupción *Viracocha*, guardador, como el Apolo griego y el Hermes egipcio, de los áureos rebaños del Sol, quien vio a su Maestro después de haberse separado de sus otros seis hermanos, como él nacidos en las Cuevas de Pacaritambo (literalmente "la Posada o región del amanecer", ¡el amanecer de la nueva Raza!), y después de haber sido encerrado o sepultado por éstos, como José por los suyos, en la cisterna de Poichén. Este Huirancocha, o *Aiarucho*, como suele llamársele también, es el primer *Auro-huaco* tártaro o "sol sepultado" que "fue a sentarse al Oriente para de allí retornar un día", de las tradiciones Koggabas de los aborígenes de dicha Sierra Nevada, tradiciones secretamente enseñadas en los *Zapotuknas* o Teocallis primitivos, tan semejantes a las pirámides egipcias que aun en las épocas de mayor persecución religiosa por parte de los españoles aún continuaron bajo el nombre de *Artufas*, que fue con el que las diera a conocer Bautista Pino en las célebres Cortes de Cádiz de 1812, quien tampoco omitiera el aludir a la serpiente *Sivac* (o "Siva"), resto legendario de aquellos *Culhuas* o Iniciados del Culhua-Kan de Sinaloa, la morada de *Hue-hue-tla-pan* (el "Anciano de los Días" o Gran Iniciador), patriarca del admirable pueblo *nahoa* o *nahual*, cuyos congéneres iniciados hay que buscarlos en las regiones de Siria y de Arabia entre los adoradores de *Nebo*, a los que consagra extenso capítulo el tomo II de *La Doctrina Secreta* [6].

Porque conviene no olvidar que la teogonía nahoa, aun hoy después de la caótica confusión introducida por los comentaristas e historiadores, es de las cosas más perfectas que cabe hallar en Ocultismo. En la imposibilidad de descender aquí a detalles, vayan unas cuantas indicaciones reveladoras con cargo a la enseñanza que principalmente se diese en *Hue-hue-tla-pa-atlán*, la más importante de las siete primitivas ciudades de Chicomotroc, cuna y emporio de la civilización nahoa, cuyas extensas ruinas se admiran aún hoy en las márgenes del río Colorado, cerca del Mar Bermejo o Golfo de California. De estas siete ciudades, las que siguen en importancia a *Huehuetlapallan* son la de *Culhua-kán* de Sinaloa y la de *Tlapa-*

[6] Principalmente el que lleva el epígrafe *Adam Adami*, y que se refiere a la *Nabatheam Agriculture* del Maestro *Quut-ami*, escrita en caldeo en el siglo XIII antes de nuestra Era, luego traducida al árabe en el siglo VII y del árabe al inglés en 1860, constituyendo, según propia confesión de H. P. B., la base de su obra maestra *La Doctrina Secreta* . Esta importantísima referencia, que el estudiante debe comentar muy despacio, nos revela cuán esencial fue para la enseñanza ocultista de Helena esta su visita a la región originaria de todo el Ocultismo americano en sus tres más típicos pueblos: el negro y atlante-egipcio de los mayas; el rojo de los nahoas, y el zeudo-caldeo de los méxicas, cosas todas sobre las que aquí no podemos detenernos hoy.

llán, cuyo nombre, pasando a América del Sur, aún se recuerda hoy en el Valle incásico de Uspallata en los Andes Argentinos, y cuya descripción, como tantas otras, puede ver el lector curioso en la obra de Alfredo Chavero, *México a través de los siglos*.

Tenemos, en primer lugar y según enseña este culto autor mexicano, a *Xiuh-tecuh-tli* o *Xiuh-tecuh-tli-tletl*, la Divinidad Abstracta e Increada; el Dios del Fuego Primitivo o el Inefable *Pensamiento Divino en abstracto*. El *Padre de todos los dioses*, el fuego oculto en el albergue de la *agua*, el antiguo Dios que también se llama *Aya-mictlan* (Sahagún). El *Eu-Soph* cabalístico; el Anciano de los Días, el Conizutal o de la *Cabeza blanca*, el *Hue-hue teotl nahoa*, el Primero de los Zéfiros, Alientos o Sephiroth de los rabinos. El *Tle-hue-catl-zin* o "llama de fuego" (Orozco). El *Aya-mictlan* o "el que nunca es destruído ni creado" (Chavero). El dios aparece en la pintura de la página 98 de la obra de este eximio autor en actitud yacente con una especie de disco, gorra o turbante en la cabeza, un gran disco solar en las manos, bordeados por el número ógmico del cinco (el pensamiento), con el nexo jeroglífico del *Uno-Tres* a guisa de máscara sagrada; con brazaletes en brazos y piernas equivalentes a un *cenipohualli* (o *veintena*) cada uno y con la gargantilla del *nahui polhualli* (o *cuádruple veintena*) en torno de su cuello y tendido sobre un lecho sencillo con los cuatro pétalos de la flor *Xo chil*, flor cruciforme sobre la que se podría hablar extensamente si ello no fuese aquí inoportuno, limitándonos a consignar que sus cuatro pétalos, concordados con los cuatro grandes astros, el Sol, Venus, la Luna y la Tierra, constituyen, con otros cuatro números secundarios y complementarios de cada uno de aquéllos, el magno edificio del *cempohualli* o veintena nahoa, tan perfecto en su clase como la propia numeración moderna nuestra, numeración tomada de los arios, a través de los árabes, como nos sería fácil demostrar [7].

[7] Los nahoas tenían, sospechamos, dos numeraciones: la una concreta o exotérica, que daba un nombre propio a cada número, y otra esotérica —hoy ya conocida en parte— apoyada, como la nuestra actual, en los principios abstractos más estrictos y que permitían una mayor amplitud. La primera dividía al *cempohualli* o veintena en cuatro series de a cinco números cada una, a base del *uno, alatl*, flecha o rayo del Sol; el *seis, tecpatl*, pedernal o "piedra venusta" con la que los reyes divinos encendieron el primer fuego después de obtenerlo también por aquel rayo del Sol; el *once, calli*, o "la antigua casa", es decir, la morada de nuestros antecesores o "pitris", venidos de la Luna, y, en fin, el *tlier y seis, tochlci*, el cerdo, conejo o coyote, símbolo de la terrestre bestia. Los demás números intermediarios y sus respectivos nombres pueden verse al detalle en Chavero y otros autores que se han ocupado de antigüedades mexicanas.

En cuanto a la otra numeración abstracta su contextura es admirable. Los cinco primeros números recibían los nombres respectivos de *ce, ome, yei, nahui* y *macuilli* o *chicua*; los demás iban derivando de ellos cual sucede en nuestro sistema. El *seis* era, pues, el chicua-ce; el *siete*, chicua-ome, etc. El *diez* era el ma-tlac-tli o "masculino-femenino"; el *once*, el ma-tlac-tli-ce, etc. Castolli era el *quince*, y cempohuelli o "una cuenta", el *veinte*; ome-polmalli, el *cuarenta*; yei-polmalli, el *sesenta*; nahuill-polmalli, el *ochenta*, y chicua-hualli, el *ciento*. Otras reglas análogas e invariables permitían ampliar la numeración ni más ni menos que lo realizamos nosotros. Los demás detalles, tales como el *ollinemeztli* y el *nalmi-ollín*, o determinación de equinoccios y solsticios, el año de Venus (que rigiera también en los primitivos pueblos ario-atlantes, como el etrusco y el patricial romano), el genuino año solar, con su día complementario cada cuatro, y demás detalles de los perfectísimos cómputos astronómicos de su calendario dado por Cipaxili y Oxomoco, o sea el Sol y la Luna, no son ya de este lugar, y de todos ellos,

Y cuenta que los cronistas españoles, temerosos de la censura de la Iglesia y atentos siempre a concordar las creencias de los indios con el estrechísimo y siempre mal comprendido relato bíblico, ocultaron siempre, como dice Chavero, todos los detalles relativos a sus teogonías y ciencias, las cuales, sin embargo, siguieron dándose por iniciación, como aconteciera con H. P. B. en el periplo que vamos relatando.

El secreto de las ciudades lacustres nahoas era grande: Aztlan, Mexcalli, Patzcuro, Texcoco, Chalco, Tzompauco, Chapultepec, Atzapotzalco y México, eran otras tantas "Tules" mexicanas, de las que acaso tuvo idea iniciática Platón, con cargo a los recuerdos atlantes, cuando dijo que los primitivos atenienses también vivieron otras análogas. *Hiau-hiau*, nombre verdaderamente parsi que no es raro encontrar en *Las mil y una noches* (princesa *Hiau-hiara*), fue el verdadero nombre arcaico de los otonúes, "los adoradores del dios Wodden o Wottan escandinavo", con iniciaciones en "laberintos" como el célebre de *Hue-hue-tla-pan*, no lejos del cual *Yxtaxi-Huatl*, "la Estrella o Dama blanca azteca", desde la cumbre de un nevado e ingente monte predijo la llegada de los españoles. A veces, bajo el nombre de ciudades se ocultaban más bien los correspondientes iniciáticos de las cinco Razas-Raíces, cuya clave nos diera después H. P. B. en su obra: *Aztlán* (la Isla Sagrada, Blanca e Imperecedera); *Teo-culhna-kan* (o Hiperbórea); *Pázcuaro, Mechoagan* o *Tarasca* (o Lemuriana); *Malinal-xochil* (o Atlante), y *Mexicana* (o Aria), cuyo itinerario misterioso hasta llegar allí queda aún por interpretar debidamente en su alto sentido ocultista, porque todavía se sigue creyendo que no existen los anales nahoas, ni este pueblo contó con escritura jeroglífica, como los mayas. Los famosos *soles* nahoas o grandes períodos del *Fuego*, el *Agua*, el *Aire* y la *Tierra*, cada uno de ellos con su correspondiente pareja humana paternalmente salvada por los dioses de estas sucesivas catástrofes, fueron más tarde llevados por H. P. B., en concordancia con las enseñanzas orientales que recibiese después, a las profundas páginas de *La Doctrina Secreta*.

Topil-dzin o *Tupán-jain*, el progenitor del venusto *Quetzal-coatl* ("el Hombre-Dragón" o "la Culebra luminosa"), desapareció, se dice, de entre los nahoas para fundar un reino poderoso— ¿el de los nabateos?— "en las tierras por donde nace el Sol", y de los cuales, se decía, sus descendientes habrían de traer mejores leyes y ciencias desconocidas, profecía que si en un principio se quiso aplicar a los españoles, quienes al fin y al cabo llevaron la civilización europea, aboliendo los horribles sacrificios humanos, bien podrían hoy aplicarse a las salvadoras doctrinas orientales que la Sociedad Teosófica, en aquel continente fundada, les había de aportar cuatro siglos después de la conquista realizada por Cortés. Quetzalcoatl, señor de las siete tribus nahuatlacas y verdadero fundador del imperio azteca, en quien la crítica teosófica no ve ya sino al "Hércules" europeo, o mejor aún, al Arjuna, discípulo del Krishna en el Mahabharata, según nos ha enseñado H. P. B., después de consumar su obra de conducir a sus gentes, cual *Muisca* o *Moisés*, a la tierra prometida por Topilzin, des-

por supuesto, tuvo en su viaje iniciático por aquellos países completo conocimiento H. P. B., como lo probó después en múltiples pasajes de su obra.

apareció misteriosamente, dirigiéndose a Oriente en su barquilla, la barquilla de Pedro el Botero, de Olinos y de tantos otros héroes de las tradiciones occidentales europeas [8].

Quien con un buen mapa del antiguo México a la vista medite acerca de las glorias inestudiadas de esta extensa zona de entre el Pacífico y el Atlántico, comprenderá la inmensa importancia que para la iniciación de la viajera Helena tuvo la visita a todo aquel mundo en ruinas, pero ruinas tan gloriosas como las de Asiria y Babilonia por lo menos. Los calcas calcídicos. verdaderos mogoles repartidos por todo el mundo; los nonoalcas o "nonokalkas", nacionalidad anterior e incorporada al cabo de siglos a los antiquísimos toltecas semi-atlantes; los tolteca-chichi-mecas de Cuauhtitlan y de Tollah, conservadores de unos anales inestimables que luego fueran traducidos por Chimalpoca; los *paharias* o "parias" negros aborígenes del Yucatán, más antiguos que los mismos mayas y cien otros pueblos, se irán presentando ante la vista del contemplador con una viveza de colorido que no tienen otras ruinas del viejo continente, porque hace menos tiempo que son ruinas.

Arriba, hacia el Norte, la gran meseta contorneada por el río Colorado y el Golfo de la vieja Península de California y que termina hacia el Sur con el imponente desierto de la Sonora. Por bajo de ésta el iniciático país de Culhuacán, del que acabamos de hablar, y del que la separa el Río Grande del Norte. Seguidamente, el Sur de Culhuacán, la divina meseta del Anahuac, que va a enlazarse por la risueña región de los lagos de México con los poderosos taludes de la Sierra Nevada o Sierra Madre que forma el angosto istmo de Tehuantepec entre el Pacífico y el Golfo de Campeche, donde hoy se asienta Veracruz y a cuyo oriente se abre por Tabasco la Península maya del Yucatán, frontera a esa perla imponderable de Cuba, probable resto salvado de la Atlántida, y luego las regiones guatemalteca, de Honduras, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica, por donde la futura Maestra H. P. B. pasó tras mil penalidades al continente gemelo de la América del Sur.

Esta espléndida demarcación continental, una de las más ricas del mundo en oro, petróleos y otros cien preciosos productos, fue recorrida de Norte a Sur por Helena, quien así pudo apreciar y profundizar las glorias aparentemente perdidas de aquellos tres grandes pueblos: el rojo, pueblo caldaico-parsi de los nahoas del Norte; el casi negro y egipcio maya-quiché o quichua del Sur y el otomí, del centro, el pueblo semitroglodita, ¿dolicocéfalo?, y autóctono, tan semejante a chinos, maoris y pieles rojas norteamericanos, por su evidente filiación atlante o primitiva. Una disposición, en suma, bastante parecida a la de los pueblos primievales de Siria y Arabia (verdaderos otomíes asiáticos), con la poderosa civilización

[8] Una distinguida dama costarricense, bajo el seudónimo de "Apaikán", ha publicado en los números 4 al 7 de *Virya*, revista teosófica de San José de Costa Rica, la leyenda de *Zulai* relativa a los aborígenes centroamericanos, presentándonos a la raza indígena bajo la tutela de los mayas del Yucatán y relatando simbólicamente la llegada de tribus mogoles e hindúes a las feraces tierras aquellas muchos siglos después de consumado el hundimiento de la Atlántida, porque no hay que olvidar, enseña H. P. B., que todos los pueblos que juegan en la protohistoria mexicana eran ya arios, o sea post-atlantes.

blanca ario bactriana del Irán (la nahoa), al Norte, y otra no menos poderosa civilización oscura, dura y ostentosa del pueblo egipcio hacia el Sur (aquí la maya-quiché).

Los nahoas, admirable pueblo oriental, blanco y barbado [9], llegó a las playas otomíes, según los cronistas españoles y también según H. P. B., en barcas muy extrañas (nannavetas, *nauschas*, en sánscrito), conducidos por un gran iniciado (Hércules-Arjuna-Quetzalcoatl), cuya fiesta es la de *nanvidana* o Navidad, y cuyo nombre primitivo acaso fue el de *Huit-zi-lipoch-tli*, "el dios del arca de juncos", especie de Moisés, salvador y salvado de las aguas, o el de Hue-hue-tlapan, "dios de dioses", pues "hu" en nahoa, como en hebreo y en árabe, tiene la significación de "héroe" o "dios". La palabra *Quetzalcoatl* es más bien un adjetivo espléndido de "culebra luminosa", alusivo más bien a su calidad de iniciado o "Dragón de la Sabiduría", y su más apropiado nombre es el de Wottan, Wodden u Odín, otro de los sobrenombres de los "salvados de las aguas" (las aguas de la gran catástrofe), nombre que es en sí mismo un verdadero jeroglífico del agua.

La región del delicioso río Usumacinta, afluente del Colorado, con sus rocas del Xila, Sinaloa, fue de los primeros en ver bajo los rayos de la Luna (en el *ollinometzili*, sus astronómicas danzas sagradas o *nimbes*) en ostentar durante docenas de siglos las glorias de ciudades cual las de Pantli, la primitiva, frente a las 20 naciones de los apaches, adoradores de *Siba*, "el hombre amargo", Nachan (la ciudad de las serpientes), cuajadas de quipos sagrados o *nepo-huatlzitzin*, en los que era registrado todo con tan rigurosa exactitud como en los ladrillos babilónicos o en los papirus egipcios, en un lenguaje sagrado o zendzárico tan diferente de la lengua aglutinante del pueblo nahoa, como de la monosilábica de otomíes y maya-chichés, Capultepec y Magoni de Tula, en fin, hasta cerca de las "casas grandes" de Chihuahua, hoy en territorio apache de los Estados Unidos; Chalco, Xochil-chalco, Texcoco o Tex-cozco, Aype, abarcando quizá todos los pueblos de lengua atapasca esparcidos (Mansy), Moetón, la extraña "región de los terraplenes" o *mounds*, restos neolíticos extendidos desde el lago Erie hasta el Golfo de México, por el Ohío y el Mississipí, con sepulcros que son a la manera de las "mastabas" egipcias, hoy despreciadas por los pieles rojas, que si recuerdan ya al pueblo que las construyese, porque entre apaches y nahoas hay la misma diferencia etno-

[9] Según la mitología védica, los "nagos" son la progenie ovípara de Pulastya, gentes más puras y sabias ("Dragones de Sabiduría") que las Serpientes del Mal ("Magos Negros"), como hijos que eran nacidos, no sexualmente, sino por *Kriyasakti*, o sea "la Voluntad y el Yoga" (Magia). Entre griegos y romanos primitivos la Naga era la serpiente sagrada del templo interior, alimentada por una vestal iniciada. Esculapio no podía realizar sus curas prodigiosas sin mediación de una serpiente de éstas, serpiente que ha pasado así a ser símbolo, no del veneno que mata, sino de la medicina, que cura. Cuando el Senado romano envió su embajada al Dios de la Medicina, los comisionados volvieron conduciendo a la célebre serpiente, quien por sí sola se dirigió al templo de su Señor, situado en una de las islas del Tíbet. Los hijos de Kashyapa, otra forma védica del gran mito, son especies de sirenas hindúes, mitad humanas, mitad peces o serpientes, entre las que míticamente acaso haya que clasificar a Ulupi, la mujer de Arjuna, en el *Vishnú-Purana*, hija de Dayanand, el rey de los nagas del Patala, o americanos, por otro hombre quizá "tarascos del celeste tlalocán", nombres que por sí sólos son todo un mundo de revelaciones geográficas y etnológicas.

gráfica y ocultista que entre vulgares hebreos y caldeos iniciados, empujados por aquéllos hacia Chicomotzoc y demás regiones retiradas y abruptas de las montañas Rocosas, también visitadas por H. P. B., y mezclándose quizá más tarde al Sur con el pueblo *camita* primitivo de los "meca", "teo-chimecas" y "chi-chi-meca", especie de "árabes", intermediarios entre los nahoas nórticos y los mayas del Sur, extendidos por donde hoy se alzan las cuidades de Puebla y de Tlaxcalla, y derivando de la teocracia de Zamá, del Tamoanchán o Zamoa-chán, de los Montes Alván o Alvanos y de las célebres pirámides de Cholula, Xochicalco, etc., y del celeste Tulán o *Man-he-mi*, el "Jardín de las Hespérides" de aquellos pueblos que tanto parentesco tienen con el nuestro de los iberos...

Pasando, por fin, Helena hacia las regiones mexicanas del Sur, penetró en pleno mundo de los Mayas, ese pueblo de la teocracia más poderosa que América ha conocido jamás, pueblo de nombre buddhista de "ilusión", pero de índole y abolengo perfectamente egipcio, si es que más bien unos y otros no datan, como parece probable, de un tronco atlante común.

Las ruinas de Papantla (la ciudad de los padres atlantes), Tuxpán, Tlacotepec, Poxtla, Tlapala, Tenampa, Centla, Palenque, Tusapan, Metla-toyu-kan, Izamal, Kabul (la Bu-lak yucateca), Tihóo, Aké, Copán, Itzamal, Chichén, Zayí, Kabala, Labnah, Silán, Uxmal, Tajín, Zacuapán y cien otras, con sus monolitos, columnatas, templos, antros y murallas ciclópeas, etc., etc., tendrían para ella misteriosas revelaciones recibidas probablemente de viva voz de verdaderos Maestros, o por lo menos de avanzados chelas o discípulos como aquel que es fama le acompañara luego desde la misma Copán, en el ulterior recorrido por América del Sur, que habrá de ser materia del próximo capítulo. Los quipos, los códices, las escrituras calculiforme y jeroglífica de aquellas ruinas le enseñarían, sin duda, no pocas cosas de las que luego ella nos dejase en *Isis* y en *La Doctrina Secreta*, porque conviene prevenirnos contra el error, frecuentísimo entre los teósofos, de que Helena recibió, digámoslo así, de golpe y en el Tíbet una doctrina iniciática completa que, como ella misma dice, no es privilegio exclusivo de país alguno, sino patrimonio universal de la Humanidad y está repartido por las tradiciones y los libros sagrados de todos los pueblos, siquier pase inadvertida, ya por su misma atomización y degradación, ya a causa del consabido Velo del iniciático secreto, ya, en fin, porque la persecución eclesiástica desde el primer día de la conquista, cual realizase Cisneros con los manuscritos arábigos y hebreos del Escorial, no se contentó con menos que con incendiar verdaderas montañas de códices sagrados, tan valiosos y más que los pocos que hoy conservan nuestros Museos [10].

Y después de abismarse así Helena en las glorias de un pasado que la infantil vanidad europea ha despreciado por lo mismo que no alcanzara a comprenderle, después de pasmarse ante tanta grandeza perdida, seguramente lloró, como Volney ante las ruinas de Palmira, o como el poeta de nuestros días, en aquella su elegía mexicana que comienza:

[10] Véase nuestra *Ciencia hierática de los Mayas, contribución al estudio de los Códices del Anahuac.*

"¡Oh espectros enlutados de las ciudades muertas!
Ciudad de las mil torres... Ciudad de las cien puertas...
Ciudad de los pensiles mecidos por el viento
al vaivén de una música o al arrullo de un cuento...
Ciudad de los sillares sin cal ni pegamento,
más firmes de manera tan justa y apretada
que entre ellos no cupiera la punta de una espada...
Ciudad del ancho muro sobre el que se pudiera
hasta por tres cuadrigas probar una carrera..." [11]

Partiendo de la península maya del Yucatán, Helena Petrovna continuó su iniciático viaje hacia el Sur.

Así, de ruina en ruina, y de país en país, la intrépida viajera rusa, sin más armas que las de su indomable voluntad y el amor a sus Benditos Maestros, que por tales sitios la llevasen con su invisible Mano, pudo cruzar docenas de territorios de la gran república norteamericana, conviviendo con un pueblo proscripto para la civilización europea, allí llegada como avanzada de una sexta subraza del tronco ario, que empieza ya a echar allí las bases de su emporio futuro; pudo ver lo que no pudieron ver antes que ella fanáticos monjes y crueles guerreros; pudo apreciar la inestudiada grandeza de cuatro civilizaciones pretéritas: de la piedra bruta, de la piedra pulimentada, del cobre y del bronce, a cual más poderosas, y pudo, en fin, atesorar inapreciables impresiones que reflejar luego en los últimos años de su vida en *La Doctrina Secreta*, impresiones tales como las del pasaje siguiente, que no podemos menos de reproducir:

"Los miembros de varias escuelas esotéricas, cuyo centro existe más allá de los Himalayas, y cuyas ramificaciones pueden encontrarse aun en China, Japón, India, Tíbet y aun Siria y América del Sur, aseguran que tienen en su poder la *suma total* de cuantas obras sagradas y filosóficas, ora manuscritas, ora impresas, es decir, de hecho, cuantas obras se han escrito en cualesquiera lenguajes o caracteres desde que comenzó el arte de la escritura, o sea desde los jeroglíficos ideográficos hasta el Devanagari o sánscrito y el alfabeto de Cadmo..."

Porque, en efecto, después de recorrer así el inmenso México prehistórico con sus regiones adyacentes de la California norteamericana, Tejas, etcétera, de un lado, y de otro el territorio de las cinco repúblicas de Centro-América, la vemos a la infatigable Helena pasar en unión de un chela, a quien encontrase en las ruinas de Copán (a la manera como antes encontrase a otro rico chela copto en el país de las Pirámides), de un inglés extraño y de un no menos extraño párroco de Santa Cruz de Quitché, a las regiones sud-americanas, dignificadas en otro tiempo, aún no lejano, por la gran cultura de los Incas, cultura aria, no semítica, como se viene creyendo hasta aquí y cuyos esplendores cayeron igualmente extinguidos bajo la férrea espada de aquel Alejandro extremeño que se llamó Francisco Pizarro, quien con un puñado de hombres, fue capaz de sojuzgar con astucias y heroicidades, dignas de los compañeros de Jassón en la conquista del áureo Vellocino, un imperio como el Inca, de millones y más millones de súbditos.

Pero todo esto merece capítulo aparte.

[11] Santos Chocano: *La Ciudad Arruinada* (Guatemala de la Asunción).

Capítulo VII

H. P. B. CONTINUA POR AMERICA DEL CENTRO Y DEL SUR, PASA A LA INDIA Y REGRESA A INGLATERRA PARA EMPRENDER EN EL ACTO UN SEGUNDO PERIPLO

Dijimos en el capítulo anterior que Helena, en unión de un "chela" o discípulo que se le agregó en las ruinas de Copán, de un inglés extraño y de un no menos extraño párroco de Santa Cruz de Quitché, pasó desde América del Norte a las del Centro y del Sur [1]. Así, tras las misteriosas

[1] Todo este recorrido, por supuesto, no lo realizó Helena sino a costa de los más inauditos peligros, en los que sin duda hubiera sucumbido a no ser porque sobre ella se extendía la mano siempre tutelar de su Maestro, aquel augusto protector cuya visión imponente tuvo ella constantemente desde muy niña, encauzando su imaginación y salvándola en mil trances, según dicen sus biógrafos, Maestro a quien acababa de encontrar físicamente en el lago Serpentine de Londres, como ya hemos dicho. Por desgracia, los biógrafos contemporáneos de ella, Olcott y Sinnett, no nos han transmitido noticia de tales peligros. Sólo este último, en la edición reciente de sus *Incidentes de la vida de H. P. B.* (traducción de Climent Terrer, Maynadé 1921), nos da los dos relatos que siguen, uno en París, antes de su viaje a América, y otro ya en Nueva Orleans, al ir a penetrar en México:

"Al año de viajar, dice este benemérito autor, estuvo en París Helena, donde contrajo íntima amistad con varias celebridades literarias de la época y con un famoso hipnotizador, vivo todavía, aunque ya muy viejo al escribir estas líneas, quien descubrió sus maravillosas dotes psíquicas y trató con mucho afán de retenerla a su lado como sujeto sensitivo. Pero aún no se habían forjado las cadenas que pudieran aprisionarla, y escapó precipitadamente de París para esquivar la influencia del hipnotizador. Trasladóse a Londres, y pasó algún tiempo al lado de la condesa B..., una anciana señora rusa a quien conocía y que moraba en el hotel Mivart. Pero poco después se fue a vivir con la señorita de compañía de la condesa a un vasto hotel situado, parece, entre la City y el Strand, añadiendo: 'En cuanto el nombre y el número del hotel, es lo mismo que si me preguntara usted por el número de la casa en que vivió cuando su última encarnación.'"

El caso segundo de Sinnett es éste:

"El principal interés de Helena al trasladarse a Nueva Orleans era el de conocer la secta de los vudúes, tribu indígena de Norteamérica, muy dada a ciertas prácticas mágicas de las que nada había querido saber un avanzado estudiante de ocultismo, pero que le interesaban, sin embargo, a aquélla como poco versada aún en distinguir en la magia 'blanca' de la 'negra'. Las gentes cultas de raza blanca de la población no daban crédito a las manifestaciones de los vudúes, no obstante lo cual tenían sus maleficios, Helena, cuya imaginación era propensa a fascinarse por todo lo misterioso, hubiera

regiones mexicanas y yucatecas, se sucedieron ante su asombrada vista las no menos misteriosas de los Incas y del gran libro ario-atlante del *Popul-Vuh*. Dignas son de copiarse las impresiones que aquélla nos transmite de tan inverosímil viaje, viaje que habría despertado la emulación de los Stanley, los Livingston y los Humboldt, y que pinta con vivos colores nuestra heroína rusa en estos párrafos, también de su *Isis sin Velo*, y perdónesenos lo largo de la interesantísima cita:

"El gran viajero Stephens dice que los descendientes de los primitivos caciques americanos moran todavía, según se cree, en las inaccesibles fortalezas de las Cordilleras, soledades en las que todavía no ha penetrado hombre blanco alguno..., viviendo como vivían sus padres, construyendo los mismos edificios y grabando en la piedra los mismos jeroglíficos misteriosos; región tan vasta como desconocida, que no tiene un solo camino que la atraviese, y en donde la imaginación se representa a aquella ciudad misteriosa vista desde la cumbre de las cordilleras, con sus indómitos aborígenes, jamás buscados ni nunca vistos... Dicha oculta ciudad ha sido contemplada desde gran distancia por viajeros atrevidos, y de ella habló también a Stephens un cura español en 1828-29, quien juró haberla visto con sus propios ojos, con gentes que no tienen moneda ni caballos, ni más animales domésticos que las aves y que esconden sus gallineros bajo tierra para que no se oiga de lejos el canto de sus gallos... Igual nos dijo personalmente un anciano sacerdote indígena, con quien me relacioné en el Perú, hombre que había pasado toda su vida ocultando en vano su odio a los conquistadores, siguiendo en el fondo de su corazón su religión primi-

podido caer peligrosamente en contacto con aquella tribu; pero vino de nuevo a salvarla aquel extraño guardián que tan frecuentemente la protegiera en su niñez, y que a la sazón había asumido una forma más definida, pues se le presentaba ya en persona viviente la por tanto tiempo familiar figura de sus visiones. Tuvo aviso en sueños del peligro que corría si se juntaba con los vudúes, y al punto se fué en busca de nuevos campos de actividad."

Por supuesto que lo que narra Sinnett de los vudúes de Nueva Orleans es más bien general a varios centros necromantes de las Islas del Golfo de México, como tuvimos nosotros ocasión de apreciar en cierta notable conferencia dada en el Ateneo de Madrid, hacia el 1815 ó 16, por el culto sacerdote católico que responde por las iniciales M. U. T. La conferencia versó sobre terribles prácticas necromantes de los ñáñigos de la isla de Santo Domingo.

He aquí, por último, otro detalle notable del mismo autor, respecto de aquellos peligros, detalle que recuerda lo que antes dijimos respecto del Maestro Ioan del cuentito "Una historieta de Navidad", y de la protección ejercida por el mismo sobre las expediciones polares:

"A través de Texas, pasó a Helena a México, logrando ver gran parte de este inseguro país, protegida en aquellos arriesgados viajes por su temeraria osadía y por varias personas que de cuando en cuando se interesaban en su favor. Hablaba con especial gratitud de un viejo canadiense llamado el tío Jaime, a quien encontró en Texas en ocasión en que iba completamente sola. La libró de algunos peligros a que entonces estuvo expuesta; y así, por una cosa u otra, siempre salía de todo en bien, aunque parezca milagroso que tan joven como era llevara sin tropezar con el desastre la independiente vida que había emprendido, vida en la cual le faltaban las seguridades de la heroína de Moore en *El honor y el orgullo de Erin*. Pasaba por aldeas, villas y poblados de toda clase, salvajes y cultos; y, no obstante, vióse libre de peligro por el hechizo de su propia temeridad y su soberbio desdén por los convencionalismos sociales y por toda consideración que estuviera ni aun remotamente relacionada con "el sexo y su magnetismo".

tiva y que, en su calidad de indígena 'convertido' y de 'misionero', había estado en Santa Cruz de Quitché y visitado parte de sus hermanos en creencias, recorriendo 'la galería subterránea' que conducía a la misteriosa ciudad. Creímos, plenamente, en su revelación, porque un hombre que está a punto de morir no suele entretenerse inventando necias historias, y ésta, además, la hemos encontrado confirmada en los *Viajes*, de Stephens, aparte de que nosotros hemos visitado otras dos ciudades completamente desconocidas para los viajeros europeos; no porque sus habitantes deseen permanecer escondidos, puesto que algunas gentes de los países búddhicos van algunas veces a visitarlas. Pero tales ciudades no están indicadas en los mapas europeos ni asiáticos a causa de los demasiado celosos misioneros o quizá por otras más misteriosas razones que ellos saben, y es lo cierto que los pocos naturales de otros países que tienen noticia de la existencia de dichas dos ciudades, jamás hacen de ellas mención. La Naturaleza, en efecto, ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos, y desgraciadamente, muy lejos de los llamados países civilizados, en donde el hombre puede adorar libremente a la Divinidad tal como sus padres lo hacían" (*Isis sin Velo*, t. I, pág. 684).[2]

Sin detenernos más en todos estos pasajes que ampliados damos en el capítulo II de nuestra obra *De gentes del otro mundo* y en los relativos a los Incas, de *El libro que mata a la Muerte*, recomendándolos al lector curioso, notaremos que el viaje de Helena a lo largo de las tres Américas no pudo ser más adecuado para disponerla a la iniciación tibetana, que no hubo de recibir, sin embargo, hasta varios años después. Terminada, en efecto, esta parte primera de aquel periplo, la vemos, después, embarcarse en uno de los puertos del Pacífico del Sur y cruzar de parte a parte este mar del futuro, al que luego, en el capítulo de *La Doctrina Secreta* titulado "Los Hijos de Dios y la 'Isla Sagrada'", hace estas hermosísimas referencias, que no podemos dejar de transcribir:

[2] La ciencia europea, aunque rezagada siempre por vanidad respecto de estas sublimes enseñanzas, va ya presumiendo que son ciertas las aserciones que H. P. B. nos da arriba acerca de las ciudades misteriosas de Sudamérica, en las que jamás hollase la planta de los invasores españoles.

A la vista tenemos una magnífica Memoria, lujosamente ilustrada por la Universidad de Yale, relativa a la reciente expedición de varios sabios norteamericanos, a los abruptos y solitarios valles del Manchú-Pichú, no lejos del Cuzco, Memoria digna de ser meditada por los doctos, pues que en ella se consignan las anteriores investigaciones del doctor Squier en las ruinas de Pisac y el espléndido trabajo de Hiram Bingham, publicado con 224 soberbias ilustraciones por el *Magazine of the National Geographic Society* (Memorial hall Washington D. C., vol. XXIV, número del 4 de abril de 1913) bajo el título de *Por las tierras maravillosas del Perú. Viaje realizado en 1912 por la expedición peruana bajo los auspicios de la Universidad de Yale y la Sociedad Nacional de Geografía.* Dicho sabio norteamericano exploró la comarca; algo al estilo de H. P. B., desde 1906 a 1911, descubriendo y excavando en 1912 las ruinas de la gloriosa ciudad inca del río Urubamba, llamada *Manchú-Pichú* y que parece ser uno de los últimos baluartes de la raza jamás hollado por la planta de los conquistadores. Es hoy la tal ciudad, con sus bastiones escalonados, en acrópolis, a la manera de las mediterráneas y de las hindúes del Penjab, sus fuentes, templos, palacios y reglas escalinatas de granito, "el más asombroso grupo de ruinas descubiertas desde la conquista", en el gran cañón del río Urubamba, la parte quizá más inaccesible de los Andes, el *Pitisuyo* o "la Montaña Nevada", a orillas de un espantoso precipicio que vuela 200 pies sobre el río y a distancia de unas 60 millas al norte del Cuzco.

"La Tercera Raza humana que habitaba el gran Continente Lemur fue la que precedió a las verdaderas razas humanas de los atlantes y de los arios. El último de los continentes lemures desapareció por los días en que la Atlántida alcanzaba su mayor gloria y civilización, cuarta de las razas humanas mencionada en el *Popul-Vuh*, cuya vista era imitada y conocía todas las cosas... En la obra de Luis Jacolliot, *L'histoire des Verges: les peuples et les Continentes Disparus*, se nos dice que 'una de las leyendas más antiguas de la India, leyenda conservada en los templos por medio de la tradición oral y escrita, refiere que hace varios cientos de miles de años existía en el Océano Pacífico un inmenso continente que fue destruido por convulsiones geológicas y cuyos fragmentos pueden encontrarse en Madagascar, Ceilán, Sumatra, Java, Borneo y las islas principales de la Polinesia. Las altas planicies del Indostán y de Asia, según la hipótesis, habrían sido sólo en aquellas lejanas épocas grandes islas contiguas al continente central... Según los brahmanes, este país había alcanzado una elevada civilización, y la península del Indostán, agrandada por el desplazamiento de las aguas en tiempos del gran cataclismo, no ha hecho sino continuar la cadena de las tradiciones primitivas nacidas en aquel sitio. Estas tradiciones dan el nombre de 'rutas' a los pueblos que habitaba este inmenso continente equinoccial, y de su lenguaje *se derivó el sánscrito*... Además, cuando tendemos la vista por un planisferio, desde el estrecho de la Sonda a la Isla de Pascua, por todas las islas e islotes esparcidos desde el archipiélago malayo a la Polinesia y desde el estrecho de la Sonda a la Isla de Pascua, vecina a las costas de América del Sur, es imposible dejar de colocar allí el más importante de todos los continentes que han precedido al actual...[3]. Una creencia religiosa común a la Malaca y a la Polinesia, esto es, a los dos extremos opuestos del mundo de la Oceanía, afirma 'que todas estas islas formaron antaño dos países inmensos, habitados por hombres amarillos y negros, que siempre estaban en guerra, y que los dioses, cansados ya de sus querellas, los sepultaron por las aguas y fuegos que se tragaron a entrambos continentes. Sólo las crestas de las montañas y llanuras elevadas escaparon a la inundación por el poder de los dioses, quienes percibieron demasiado tarde el error que habían cometido...' La conclusión definitiva del autor, quien visitó personalmente todas las islas de la Polinesia, y que dedicó largos años al estudio de la religión, lenguaje y tradiciones de casi todos sus pueblos, es como sigue:

"La existencia del continente polinesio desaparecido se funda en pruebas irrebatibles[4]. Sus tres cimas principales o sean las islas Sandwich, Nueva Zelandia y la Isla de Pascua, distan entre sí de 1500 a 1800 leguas, y los grupos de las islas intermedias, tales como Vitio Fidji, Samoa, Tonga, Futuna o Foutouha, Ouvea, Marquesa, Tahití, Pomotú, Gambier, etc., se hallan distantes de aquellos puntos extremos desde 700 a 1000 leguas, y todos los navegantes están de acuerdo en decir que tales grupos extremos y centrales no han podido jamás comunicarse entre sí dada su posición

[3] Véanse las dos lindas obritas de Scott Elliot, tituladas *La perdida Atlántida* y *La perdida Lemuria*, donde el lector encontrará ampliaciones del mayor interés.

[4] Las inmortales obras modernas de Lamark Darwin y Russell Wallace contienen multitud de pruebas científicas de semejante continente.

geográfica actual con los insuficientes medios de los que disponían. Sin brújula, sin provisiones para un viaje que es de meses, es físicamente imposible cruzar en simples piraguas aquellos dilatados mares. Por otra parte, los aborígenes de las islas Sandwich, de Viti y de Nueva Zelandia, y en los grupos centrales de Samoa, Tahiti, etc., jamás se habían conocido, ni habían oído nunca hablar unos de otros, antes de la llegada de los europeos, y, sin embargo, cada pueblo de ellos sostenía que su isla había formado parte, en tiempo, de una dilatada extensión de tierra que se prolongaba hacia Occidente, por el lado de Asia. Y se vio, además, que todos ellos hablaban la misma lengua, teniendo iguales costumbres y creencia religiosa. Cuando se les interrogaba acerca de la cuna de su raza extendían su mano señalando invariablemente a Occidente."

Geográficamente, esta descripción contradice algo lo consignado en los Anales Secretos —sigue diciendo H. P. B.—; pero demuestra la existencia de tales tradiciones... Las reliquias de la Isla de Pascua, por ejemplo, son las memorias más asombrosas y elocuentes de los gigantes primitivos. Basta examinar las cabezas de las colosales estatuas que allí han permanecido intactas, publicadas en *Las maravillas del Mundo y del Hombre* (obra tan admirable por sus grabados como lamentable por su texto), para conocer a primera vista los rasgos típicos atribuidos a los gigantes de la Cuarta Raza..., gentes lemures que perecieron —dice luego la autora al comentar la Estancia X— hace unos setecientos mil años antes que comenzase lo que hoy se llama el Período Eoceno, o sea el primero de la Edad Terciaria..."

Pero nos preguntamos nosotros con el lector: ¿pudo Helena en aquel su viaje, desde las costas sudamericanas del Pacífico hasta las de Bombay en el Mar de las Indias, tocar en islas como la celebérrima de Pascua? No lo sabemos, ni nos lo ha aclarado ninguno de los cronistas de la vida de la heroína, quienes, como Sinnett, hasta la hacen no atravesar, para ir a Bombay, el Océano Pacífico, sino el Atlántico y el Mar de las Indias.[5]

[5] Este es, en efecto, uno de tantos puntos oscuros de la biografía de H. P. B., quien ni llevó nunca diario ni gentes a su lado que luego pudieran historiar su vida con el rigor con que Olcott lo hiciese desde 1873. Así que entre los relatos de familia, tales como el de su hermana Vera y los recogidos y ampliamente dados en los *Incidentes*, de Sinnett, respecto a su infancia, su matrimonio y su fuga en 1848, hay y habrá siempre una gran laguna que llenar. Así este último autor no nos habla del viaje por las Américas del Centro y Sur por una de esas omisiones tan frecuentes en los autores teosóficos acerca de cuanto se relaciona con España y con la Raza Española, y, naturalmente, al omitir esta segunda parte del viaje por Norteamérica, encuentra más natural el hacerla pasar luego a Asia "por la vía de El Cabo a Ceilán", en el párrafo de su obra que dice:

"Durante sus correrías por México resolvió Helena ir a la India movida por la vivísima necesidad de encontrar allende las fronteras septentrionales de este país a los insignes instructores de la suprema ciencia mística, con quienes presumía que estaba relacionado el guardián de sus visiones. En consecuencia, escribió a cierto inglés a quien había encontrado dos años antes en Alemania, y que también deseaba lo mismo, diciéndole que fuese a reunirse con ella en América para marchar juntos a Oriente. Vino el inglés a su debido tiempo, y también se agregó a la expedición un hindú a quien aquélla había encontrado en Copán, y que muy luego se supo que era un chela o discípulo de los adeptos de la oculta ciencia. Los peregrinos del misticismo se dirigieron por la vía de El Cabo a Ceilán, y de allí embarcaron en un velero con rumbo a Bombay, donde, según mis cómputos, debieron arribar a fines de 1852. Pronto tiraron cada cual por su lado los tres expedicionarios. Helena no quiso aceptar la guía del hindú, y se propuso llegar al Tíbet a través del Nepal. Sin embargo, fracasó por entonces en su intento, principalmente, según ella cree, a causa de la oposición de los ingleses residentes en Nepal, por lo que se refiere a las dificultades externas y visibles. En consecuencia, se dirigió a la India meridional, y de allí a Java y Singapore, de donde regresó a Inglaterra."

Felizmente tenemos contra esto el aserto de nuestro inolvidable Montoliu, quien, en el comienzo de su traducción de *Isis sin Velo* en 1888-91, nos habla claramente de este viaje "por América Central y Meridional", cosa corroborada por el mismo texto de H. P. B. que antes se ha transcrito, cuando dice: "Igual nos refirió personalmente un anciano sacerdote indígena con quien me relacioné en el Perú, etc...." Ahora bien; una vez en el Perú, hay asimismo datos de que Helena se embarcó para la India en uno de los puertos sudamericanos del Pacífico, tales como Guayaquil, el Callao, Valparaíso u otro análogo; el dilema es éste: ¿fue la incansable viajera desde América del Sur a Bombay directamente por el Océano Pacífico, o rodeó por Magallanes y por el Cabo de Buena Esperanza los dos extremos más meridionales del Nuevo y del Viejo Mundo? Nosotros creemos más natural lo primero, merced a que aun en aquel tiempo la comunicación sudamericana con Australia y Nueva Zelandia, y aun con la India, era bastante regular y continua. Además, ya vimos que habla del Pacífico y de la Isla de Pascua (isla relativamente próxima a aquella costa) con gran riqueza de datos, al modo de los que da de otros países como México, que es seguro visitó. Por último, un viaje de América del Sur a la India por Magallanes y el Cabo está fuera de todo lo racional, a no ser que entre estos dos extremos continentales interpusiéramos algún país del Oeste de Europa (que recibía líneas regulares de Sudamérica y las continuaba por el Cabo a la India, antes de abrirse el Canal de Suez), cosa que no consta, y sí lo contrario, o sea el que Helena desde la India regresó a Europa en el año siguiente de 1853, para, siguiendo periplos que marean y ponen pavor en el ánimo, volver de la propia América del Norte (vía Londres, Nueva York-Chicago) a la propia Asia (vía San Francisco de California, Japón y luego Japón-Calcuta), como pronto habremos de ver.

La lógica natural induce a pensar que no, dado que la dicha isla se halla fuera de itinerario ordinario de los escasos trasatlánticos que hacen semejante recorrido, mas es todo tan raro y extraño en la incomprensible H. P. B., que muy bien pudo ella pasar desde el macizo boliviano a Chile, y una vez en cualquiera de los puertos de este país, tales como Antofagasta o Valparaíso, pasar directamente a la Isla de Pascua, que pertenece políticamente a dicho país, y luego tomar la frecuentada ruta de las Islas Chathán, Nueva Zelandia, Sidney, etc., de la Australia, para subir luego desde Sidney o Melbourne hacia Bombay, bien por la parte oriental de Australia a través de las Islas de la Sonda, bien por la occidental y directamente hacia Bombay, donde positivamente se sabe que llegó en los

Para hacer estas afirmaciones tenemos, además, en nuestro favor la razón terminante de que, siendo el principal motivo ocultista de estos dos periplos que vamos relatando de la joven Helena el que realizase personalmente la visita de todos los grandes centros iniciáticos de las Edades para prepararse a escribir sus dos obras maestras, no podía faltar en el pasmoso itinerario el notable centro oculto al que alude en estas frases primeras de la introducción a *La Doctrina Secreta*: "Cualquiera que sea la suerte reservada a la autora de esta obra por parte de la crítica malévola, un hecho es completamente cierto. Los miembros de varias escuelas esotéricas, cuyo centro se halla más allá de los Himalayas y cuyas ramificaciones pueden encontrarse en China, Japón, India, Tíbet *y aun Siria y América del Sur*, aseguran que tienen en su poder la *suma total* de las obras sagradas y filosóficas, tanto manuscritas como impresas, de hecho todas las obras que se han escrito en cualesquiera lenguajes o caracteres, desde que comenzó el arte de la escritura, o sea desde los jeroglíficos ideográficos hasta el alfabeto de Cadmo y el sánscrito o Devanagari."

Nótese, por de pronto, que en la lista faltan, sin duda por estar infestados de ne-

últimos meses del año 1852, o sea año y medio después de su salida de Inglaterra, a la que regresó seguidamente en 1853, cerrando así su periplo por la antigua vía marítima de la India a Inglaterra por el cabo de Buena Esperanza, o sea contorneando el continente africano, después de una segunda intentona y un segundo fracaso de penetrar en el Tíbet por el territorio semiindependiente del Nepal por encima de Allahabad y de Benarés la Santa, donde es fama que parte un abierto itinerario hacia las alturas del Himalaya, con paso practicable, pero que está cerrado, se dice tradicionalmente, por "las mayas" cruzadas de dos célebres santuarios buddhistas emplazados en el paso hacia la región tibetana del otro lado de la gran cordillera donde comienzan los ríos tributarios del desolado Tarín, camino de Lhassa, la capital residencia del Dalai Lhama, como es sabido.

Los biógrafos de H. P. B., por supuesto, tampoco nos dan detalles acerca de esta importantísima parte del viaje, pero el lector de intuición bien desarrollada puede encontrarlos más o menos veladamente en la lindísima obra de la Maestra que lleva por título *From the caves and jungles of Hindustan*, cuya traducción y comentarios en castellano constituye el tomo IV de nuestra *Biblioteca de las Maravillas*. Obra es ésta escrita

cromancia, tanto el país de los Mayas yucatecos como el Egipto, su escuela histórica, cosa de altísimo interés más adelante para nosotros. Nótese también que, así como los cuatro centros de China, Japón, India y Tíbet se relacionan directamente con el pasado histórico, y el de Siria con el presente —presente judaico-cristiano, mahometano y templario del Líbano y demás derivaciones—, el Centro de la América del Sur se relaciona más bien con el futuro, como habrán podido convencerse cuantos hayan leído en el final del tomo de *Antropogénesis* de *La Doctrina Secreta,* dado que después de la sexta sub-raza aria, que a título inglés albora ya en América del Norte, vendrá, a título español e Inca, la séptima y última sub-raza del gran Tronco Ario en América del Sur, por lo que el ocultista español debe sentirse animoso, fuerte y consciente de sus deberes al advertir que, si no fracasa en el Sendero, está llamado con su obra a contribuir a echar las bases de una civilización gigante que en ríos tan poderosos como el Cauca, el Magdalena, el Orinoco, el Amazonas y el Plata, ha de ser digna *tapa* de ese sublime *Libro Vivo* que se llama la Quinta Raza Raíz, raza Aria, sucesora de la Cuarta o Atlante, cuya sub-raza primera o "simétrica de la última" evolucionó desde hace "cerca de un millón de años" en el sagrado suelo de la Ariavartha o la India. Es más, así como la última sub-raza mogola del Tronco Antecesor Atlante dio nacimiento en la India a la dicha subraza primera aria, esta nuestra última subraza sudamericana, por estricta ley teosófica de analogía, habrá de dar nacimiento, muchos siglos más tarde, a la primera sub-raza de la Sexta Raza Raíz en ese futuro continente del Pacífico, cuyos rocosos asientos ya están echando "a toda prisa" los ínfimos políperos...

Todo esto es fundamental, más aún, sagrado, para todos los teósofos de habla española, aunque los de raza inglesa o no lo sepan o no le den la importancia debida, desconocedores como son, en general, de las grandezas ocultistas de la hispana raza, esa que por los nautas portugueses y españoles descubrió y colonizó dos mundos: el americano y el polinesio. Y ello nos corrobora más y más en el optimismo que, según he oído de labios del prócer señor Xifré, de la Sociedad Teosófica de Adyar, y de otros miembros de la Sociedad Teosófica de Point Loma, sentía la Maestra hacia el porvenir ocultista de nuestra Raza, y su elogio del centro iniciático español "situado en un oculto pinar de la Península", contrabalanceador de la poderosa Organización Negra que hoy le domina. ¿Es este retiro, oculto e ignorado por todos, el famoso *Castillo del Santo Grial* o Montsalvat, al que consagra por entero su *Parsifal* sublime, Wágner, el coloso, emplazándole "por bajo de los Pirineos, en los confines —léase confines ocultistas— de la España cristiana con la España árabe...?

Seguir por este camino es ya imposible en una simple nota.

mucho tiempo después, o sea hacia 1879-80, cuando ya Helena, en compañía de Olcott, fijó su residencia en la India, dirigiendo una serie de cartas o "novelita de viaje" a cierta revista rusa, donde, bajo el velo novelesco, describe alguna de estas gloriosas ciudades de "la India Gupta" u oculta, con cargo, sin duda, a sus antiguas impresiones de este primer viaje a la India que ahora comentamos, pues que, en la época de aquella obra, apenas si se movió casi, sino por líneas férreas, por tres o cuatro grandes poblaciones anglohindúes, y siempre en compañía de Olcott, su fiel colega.

Aunque escrita, en efecto, la citada obra hacia 1879-80, o sea recién instalados en Bombay los dos fundadores de la Sociedad Teosófica, en realidad ha de mirarse ella, o al menos así nos parece lógico a nosotros, como un relato *novelado* de viajes y aventuras acaecidos en parte mucho tiempo antes, o sea en la época de 1852-53 que ahora historiamos, es decir, cuando, ora por la vía del Cabo, ora por la del Pacífico, H. P. B. desembarcó en Bombay, en unión del *chela* de Copán y del inglés que se le había incorporado en América, con el propósito los tres de buscar en el Tíbet las huellas de la prodigiosa Fraternidad Blanca, a la que pertenecía el augusto Protector visto por H. P. B., primero en sus ensueños infantiles, y luego en carne y hueso en el lago Serpentine de Londres.

Basta para convencerse de nuestro escrito el considerar que toda la obrita se refiere a viajes que, salvo el primero, a Karli y alguno más, no había realizado H. P. B. quizá cuando enviara las cuartillas de aquélla a la revista rusa *Russki Vyestnik*. Por eso la *Historia auténtica*, u *Old Diary leaves*, de Olcott, no nos habla más que de los recorridos realizados por ambos a Karli y a Simla, pero no a las demás ciudades que se mencionan en su obra y que Helena conociera, sin duda, muchos años antes, ora cuando viajó desde Bombay hacia el Nepal en 1853, ora cuando penetró desde Calcuta hacia el Ladakh o Pequeño Tíbet dos años después, como veremos en el próximo capítulo. Semejantes ciudades son, en efecto, las más gloriosas de la Ariawartha, tales como Benarés la Santa, Allahabad-Prayaga, la Nassik del Mahabharat Hurdwas Bharinath y Matura, sea Matura, Maddura o Madaura, que tienen sus homónimas en Irlanda (Códices del Gaedhil), en Viscaya (tradiciones señoriales estudiadas por el señor de la Quadra-Salcedo), y en Africa, junto a Cartago, siendo patria nada menos que de ese inestudiado ocultista que se llamó Lucio Apuleyo... La escena necromante de la Kangalina sivaítica, que el bueno de Olcott relaciona con el relato *novelado* de una gitana callejera de Bombay puede ser más bien el relato de una de tantas necromancias vudús, ñáñigas o bhutánicas, como tuvo ocasión de contemplar en los dos enormes periplos ocultistas que ahora nos ocupan. Las cavernas de Bagh, retiro de Maestros; la comarca entre Malva e Indore con sus Marble-Rocks, plagada de bandidos bildhs, y el misterio del Muddhun-Mahal, célebre por sus yoguis pasmosos, no eran, no, cosas sabidas y vistas por H. P. B. en 1879 a los pocos meses de llegar con Olcott, sino recuerdos viejos con cargo o estos dos viajes que ahora nos ocupan y sobre los que, obligada quizá a cierta reserva iniciática, no pudo referir sino hasta entonces, o sea mucho más tarde y en forma de "novelas de viajes" y aventuras, á la manera como Platón, y en forma también de maravilloso cuento,

puso en labios de Solón y de los sacerdotes de Sais en el Nilo, el sublime relato del Timeo y del Critias acerca de la perdida Atlántida.

Estas son, entre otras, las razones que tenemos para considerar que, salvo lo que concretamente conste en la obra citada de Olcott, *Old Diary leaves*, las demás aventuras y relatos de *Por las grutas y selvas del Indostán*, no son inventados del todo, aunque sí *novelados*, y su principal riqueza viene de la época, muy anterior, que ahora examinamos. La misma y tan curiosa aventura de la Quinta de las Rosas con un Maestro (probablemente el Maestro M.), que Olcott refiere asombrado (véase nuestra obra *De gentes del otro mundo*, páginas 11 y siguientes, en la nota), no se explica sino como uno de tantos recuerdos de visitas de años anteriores hechas por H. P. B., cuando ni soñaba conocer al nobilísimo coronel, es decir, hacia 1853 ó 55, y no en 1879 al 80.

De todo esto se deduce la gran importancia que hemos *atribuido* siempre a dicha obra de H. P. B., como fruto mezclado de sus tres viajes primeros a la India en 1853, 1855 y 1879.

Sinnett, el nobilísimo biógrafo, al llegar a este pasaje del primer viaje de Helena a la India, se limita a decirnos sobriamente que "arribado a Bombay, a fines de 1852, el velero que conducía a los tres expedicionarios pronto hubieron de tirar cada cual por su lado y a su plenísimo capricho. H. P. B. no quiso aceptar la guía del *chela* y se propuso llegar al Tíbet a través del Nepal (léase Nepol). Sin embargo, fracasó por entonces en su intento, principalmente, según ella cree, a causa de la oposición de los ingleses residentes en el Nepal, por lo que se refiere a las dificultades externas y visibles. En consecuencia, se dirigió a la India Meridional y de allí a Java y Singapur, de donde regresó a Inglaterra ya bien entrado el año 1853".

Pero si tales eran las causas visibles del fracaso, las ocultas eran, sin duda, muy otras. ¿Radicaron éstas en los defectos de carácter de la aun inexperta H. P. B., siempre opuesta a cuanto fuese obediencia y disciplina, o bien tuvo por base la disolución de la trina Comisión expedicionaria el mismo chela en cuestión, chela que, al datar de Copán, pudo acaso ser de los del Sendero siniestro y no del de la Magia Blanca, como acaece muchas veces con esos fatales amigos que las pruebas de la iniciación a lo largo de la vida nos son deparados a veces por el Hado o Karma, a guisa de otros tantos "ángeles malos" dispuestos a torcernos en el camino, sin que Helena, hasta estar ya en la India, no llegase a percartarse de ello?

Esto último parece bien natural, dado que desde su fuga del domicilio conyugal de Eriván en el Cáucaso, la Magia Negra parecía perseguir a Helena por dondequiera que fuese: en Egipto; en Francia con aquel célebre hipnotizador que quiso captarla aprovechando sus maravillosas cualidades psíquicas nativas; entre los pieles rojas, cuando, según Sinnett, la robaron los objetos más preciosos de su equipaje, deshaciéndola de golpe las ilusiones que las novelas de Fennimore Cooper la hiciesen respecto de ellos concebir; luego con los vudús de Nueva Orleans, red en la que hubiese caído a no ser por la intervención de su Maestro, y finalmente entre los mayas, donde las prácticas necromantes fueron siempre cosa harto corriente en el secreto de sus templos, como lo prueban aun ciertas viñetas de los Códices del Anahuac, en las que pueden verse muy al vivo

hasta sacrificios de hombres y de niños.[6] Así el fracaso del Nepal no fue sino el epílogo de aquel su primer periplo en torno del planeta buscando a los Maestros Benditos, fracaso que enmendó rápidamente al punto, retornando a Inglaterra en 1853.

No pasó mucho tiempo en Inglaterra la viril Helena, pues que en el mismo año de su llegada, y ante los preparativos que ya Inglaterra hacía para lo que luego fue la guerra de Crimea contra Rusia, sintiéndose herida en sus sentimientos rusos, abandonó las Islas Británicas, comenzando así un segundo periplo menor por el itinerario Londres-Nueva York, Chicago, San Francisco de California y Yokohama (Japón), a Calcuta (India), gastándose en este viaje los 80.000 rublos heredados de una tía suya. Después, de Calcuta (1855) la vemos pasar a Benarés Delhi, la Rajputana y el Penjab, entre los gloriosos pueblos aquellos a los que tanto elogia en su obra *Por las grutas y selvas del Indostán*, obra que refleja dicho segundo viaje por la India clásica, recibiendo seguramente grandes enseñanzas de aquellas razas lunares y de aquellos misteriosos todas y shamanos y gymnósofos, a los que alude en diferentes pasajes de *Isis* y de *La D. Secreta*, y a cuya excelsa raza pertenecen algunos de sus venerandos Maestros. En Lahore encuentra Helena a un viejo amigo de su padre, y con él y otros dos compañeros más intenta por tercera vez el penetrar en el Tíbet, por el curso arriba del río Indo, meses antes de estallar la terrible sublevación de los cipayos contra Inglaterra.

Conviene que nos detengamos largamente en este segundo periplo de H. P. B., viaje que hubo de resultarle mucho más fructífero que el por ella dos años antes realizado y cuyos pormenores constituirán el próximo capítulo.[7]

[6] Por ejemplo: en el Códice Cortesiano, especie de "calendario mágico y ritual" que, en unión de otros análogos, puede verse en nuestro Museo Arqueológico. Allí, en una de las viñetas y cruzados de brazos, con las caras cubiertas por los necromantes antifaces del sacrificio, los propios padres de la criatura presencian impasibles el descenso de la enorme cuchilla de piedra sílex que, a guisa de guillotina, cae sobre el vientrecito del niño, vientrecito puesto de relieve, o hacia arriba, por otra piedra triangular que tiene debajo. La raigambre, en efecto, de los sacrificios humanos que se verificaban por centenares en las grandes solemnidades de los Teocallis o "Casas de Dios" mexicanos que encontraron y abolieron los españoles, hay que buscarlas en las espantosas hechicerías de los terribles magos negros de los últimos tiempos de la Atlántida y que la acarrearon su catástrofe. Las cuatro religiones positivas de Occidente: Judaísmo, Paganismo, Cristianismo y Mahometismo (éste es el que menos) conservan, por desgracia, no pocos detalles simbólicos y no simbólicos de tamañas necromancias, como en el Código de las Doce Tablas y en esas alegorías de cruentos sacrificios de sus respectivos Dioses y Redentores "que redimen con su sangre preciosa, ¡ay!, todas las culpas de los miserables hombres", lenguaje que pinta como bárbara a toda la civilización occidental, pese a sus descubrimientos y progresos, que no tolera, *ni aun en símbolo*, enormidades semejantes . . .

[7] Consideramos a este viaje como el más importante de cuantos en toda su vida hiciera H. P. B. El mismo de 1867-70, que selló ya de un modo indestructible su sagrado Pacto con la Fraternidad Blanca, tiene para nosotros, si cabe, menos interés, porque de él a todos sus discípulos nos ha sido imposible y nos será probablemente siempre el poder obtener datos abundantes, claros y concretos. Nótese, en cambio, que aquel viaje abarca también al Japón y a sus shamanos, y que de él hay asimismo una indicación preciosa en el cuentecito de *Páginas ocultistas*, que lleva por título *Una vida encantada* . . . ¡Su propia vida quizá puesta novelescamente sobre los hombros de aquel anciano a lo doctor Fausto que ella finge ver por clarividencia en la casa de enfrente

"A fines de aquel mismo año —dice Sinnett— volvióse Helena a los Estados Unidos, yendo primero a Nueva York y después a Chicago, que entonces era una ciudad naciente, en comparación de la actual. Más tarde se trasladó al Extremo Oeste, atravesando las montañas Rocosas, con caravanas de emigrantes, hasta llegar a San Francisco de California. Estuvo esta vez en los Estados Unidos como cosa de dos años, y por segunda vez marchó a la India, vía Japón y los Estrechos, arribando a Calcuta en el transcurso de 1855. Durante su viaje por la India en 1856 vióse sorprendida en Lahore por el encuentro con un caballero alemán, amigo de su padre, a quien éste había precisamente encargado que procurase buscar a su errante hija. Dicho caballero había emprendido por su cuenta, en compañía de dos amigos, un viaje a Oriente con propósito de investigaciones místicas, en las que el Destino no le concedió el éxito reservado a los esfuerzos de H. P. B. Los cuatro viajaron juntos durante algún tiempo, y después fueron por Cachemira a Leh de Ladakh en compañía de un samán tártaro que se brindó a proporcionarles el modo de presenciar algunos prodigios psíquicos en un monasterio buddhista. Según dice H. P. B. en *Isis sin Velo*, sus compañeros de viaje 'habían maquinado el imprudente plan de penetrar en el Tíbet al amparo de diversos disfraces, sin que ninguno de ellos conociese la lengua del país, excepto uno a quien llamaré K. . . . , ex pastor luterano que sabía algo del idioma kasán tártaro, y creyó que podía penetrar. Muy luego fueron descubiertos a pesar del disfraz. A los hermanos N. . . . , que también iban en la expedición, se les condujo con mucho miramiento a la frontera antes de que se hubiesen internado 25 kilómetros en el mágico país del oriental hechizo; y en cuanto a K. . . . , sintióse enfermo con fiebre desde los primeros días, y hubo de volverse a Lahore por Cachemira'. El samán tártaro a que hemos aludido prestó a H. P. B. mayor auxilio que a sus compañeros en sus esfuerzos para penetrar en el Tíbet. Convenientemente disfrazada, la condujo a través de la frontera sin mayor tropiezo, internándose no poco lejos en el inaccesible país, viaje al que alude vagamente ella en su obra inmortal."

Por supuesto, que cuanto nos dice Sinnett en el párrafo transcripto empieza a diseñar el gran escenario tibetano en el que tantas veces han

---

recorriendo con la imaginación, en noche espantosa de invierno, toda su triste historia de hombre que ha sufrido el desdoblamiento psíquico más perfecto que darse puede, de manos de un poderoso shamán o "yamabosi" japonés y que se ve transformado en triste juguete de elementales y elementarios, por el descuido de no haberse sometido inmediatamente después de ello a la indispensable purificación, como le encargase insistentemente el shamán antes de someterse a la terrible operación mágica dicha . . .

¿Le pasaría a Helena en el Japón algo semejante a lo que en tal tremebundo cuentecito refiere, y se vería juguete también muchos años por eso de la turba de entidades de lo astral causantes de la enorme debilidad que después la aquejase, aun más que en su infancia y juventud, debilidad a la que se hubo de referir más tarde escribiendo a su hermana desde Tiflis en 1867 estas célebres palabras: "los últimos restos de mi debilidad psicofísica han desaparecido merced a Aquéllos (los Maestros), a los que bendigo y bendeciré por todo el resto de mis días"? No lo sabemos, pero sospechamos que algo semejante ha debido acaecerle. Ella misma se quejó más tarde a Olcott de la terrible lucha astral que había tenido que sostener para no verse arrastrada por la turba infame de elementales y elementarios acumulada sobre la granja de los Eddy en Vermont (Norteamérica, 1874), durante la producción de estupendos fenómenos, como a su tiempo habrá de decirse.

tenido lugar aquellas prodigiosas "mayas" que hombres como Marco Polo, el Abate Huc y H. P. B. han descripto sorprendiéndonos por lo increíble, y aparentemente absurdas, a pesar de decir ellos mismos que apenas si contaban una pequeña parte de los prodigios que allí les habían acaecido, temerosos de no ser creídos de seguro.

Sí; H. P. B. en este viaje, coronador de los anteriores y actuales esfuerzos, se nos presenta ya por encima de la vulgaridad de cualquiera otra moderna turista, es decir, como una discípula laica o "Upasika" (nombre con que frecuentemente la designaran luego en sus cartas los mismos Maestros), digna ya de presenciar, conocer y aun realizar los mil pasmosos fenómenos que constituyen la difícil ciencia de la *Yatshini Vidya* o dominio sobre las razas elementales y elementarios del submundo o "mundo astral en sus planos inferiores", para producir el *meipo* o "milagro", milagro que jamás en manos de ningún iniciado, grande ni pequeño, fuera nunca otra cosa que "hecho admirable, prodigio" (*mirabilia* o *miracula* en latín), operado sin violencia ni transgresión o suspensión alguna de las leyes naturales por seres superiores dotados ya, por su superioridad misma, del profundo conocimiento de leyes que aun no han sido conocidas y aplicadas por nuestra ciencia, pero que poco a poco lo van siendo, a medida que somos mejores y avanzamos más por la brillante senda del progreso oculto.

De las propias obras del Abate Huc y por cita del mismo Sinnett con cargo al último capítulo de *Isis sin Velo*, vamos a ver también en el próximo nuestro algunos de estos *meipos* prodigiosos, milagros que habían empezado siendo una de las notas más envidiadas y admiradas del complejo carácter de H. P. B.; que continuaron permitiéndola dejar con la boca abierta de asombro a amigos y enemigos cuando la venía en gana, y que fueron, sin embargo, la causa de su ruina, al tenor de la tan constante como triste experiencia de los siglos y de la enseñanza del propio Jesús cuando previene a sus discípulos que no den el tesoro de los cielos a los cerdos, porque habrán de pisotearle y luego devorar a los donantes, o de aquel precepto oriental que dice que "quien da su secreto a otro se roba a sí mismo".

¡Terrible ley que todos olvidamos como Prometeo, en honor y amor de los que, por venir detrás de nosotros, son, en el sentido ocultista, nuestros hijos y herederos queridos! . . .

Capítulo VIII

H. P. B. PENETRA EN EL PEQUEÑO TIBET

Después de emplear Helena los años 1854 y 55 en recorrer por segunda vez países civilizados y salvajes de Norteamérica, desde Nueva York hasta la California, y de embarcarse por la vía del Japón para la India, como dijimos en el capítulo anterior, la vemos aparecer en Calculta en los últimos meses de 1855, o sea menos de tres años después de su salida de aquel país de sus ensueños, antecámara meridional del Tibet, en el que los ingleses, o más bien su propio y compilado karma, no la habían dejado antes penetrar.

Si es verdad que el teósofo debe decir con el clásico: "Sólo sé que no sé nada", no es menos cierto que los deseos del hombre son insaciables, gracias a lo cual, si sabe bien encaminar estos deseos, puede transformarse sobre la tierra en un omnisciente y plenipotente semidiós y hacer que el obstáculo o el dolor del ayer no sean, por luz de las cíclicas compensaciones, sino el triunfo y el placer del mañana.

Así le sucedió a Helena. Al anterior viaje por la India, desde Bombay al Nepal, o sea del SO. al NE., a través de los montes Vindhyos, que recorre en *Grutas y selvas*; pudo bien pronto, aunque después de haber dado nueva y entera vuelta al planeta, agregar otro viaje complementario desde Calcuta al Penjab, o sea del SE. al NO., y esta vez con mucho mayor fruto, pues que le permitió internarse allende Lahore y Cachemira, en ese misterioso rincón, a la vez que centro orográfico del mundo entero, que se llama el territorio de Ladakh o del Pequeño Tíbet, en el que nacen y corren paradójicamente, el Indo hacia el NO. y el Brahmaputra hacia el SE. a miles de metros de altura, detrás de ambos de la inaccesible cordillera del Himalaya con sus picos de casi diez kilómetros sobre el nivel del mar.

¡Y cuánto no le sirvió a la intrépida viajera para dar cima a su empresa esa mezcla de sangres y de educaciones recibidas! En efecto, para que una mujer sola y joven (contaba a la sazón veintisiete años) realizara otro tanto como ella llevaba ya realizado, tenía que tener cual ella el valor militar de los Hahn y Rottenstein, prusianos, de su línea paterna; la terquedad lituana y tártara de los Fadéeff y los Dolgoruky con la voluntariedad de un Rurik con faldas, y al par la alimentadora fuerza de ilusión y de ensueño de las novelistas su madre, su abuela y la condesa Ida, precursora las tres del movimiento literario que luego nos ha asombrado en Gorky y demás literatos de la revolución bolchevique; tenía que haber descendido de nobles arruinados y asesinados por los zares, y haberse llamado en la cuna *Sedmichka*,[1] o sea "la ungida por la protección del nú-

1 "Una extraña fatalidad, dice Sinnett en su obra, parece haber perseguido a la familia de los Dolgoruky en relación con Inglaterra, y de un modo u otro estuvieron conexionadas con este país sus más notables vicisitudes. Varios de sus miembros murieron y otros cayeron en desgracia política mientras se dirigían a Londres. El último y más interesante caso de todos fue la tragedia relacionada con el príncipe Sergio Gregorivitch Dolgoruky, tatarabuelo materno de H. P. B., que fue embajador de Rusia en Polonia. Al advenimiento de la archiduquesa Ana de Curlang al trono de Rusia, muchas familias de la aristocracia fueron presas o desterradas y algunas sentenciadas a muerte y confiscados sus bienes, por su oposición al favorito de la czarina, el canciller Birón, de abominable memoria. El príncipe Sergio Dolgoruky, uno de los que sufrieron los rigores de la desgracia, fue desterrado sin formación de causa a Benerof (Siberia), confiscándole su fortuna, evaluada en doscientos mil siervos. Los dos hijos del príncipe fueron destinados, el mayor a servir de aprendiz en una herrería aldeana, y el menor de soldado raso en la guarnición de Azof. Ocho años después, la emperatriz Ana Iaxnovna indultó al desterrado padre, reponiéndole en su categoría y enviándole de embajador a Londres. Pero el príncipe, que conocía muy bien a Birón, depositó en el Banco de Inglaterra cien mil rublos, con encargo de que permaneciesen intactos durante un siglo, para entonces distribuirlos entre sus descendientes con los acumulados intereses. No resultaron fallidos los presentimientos del príncipe, porque, de camino para Inglaterra, y antes de llegar a Norgorod, fue preso y condenado a muerte, con descuartizamiento.

Cuando subió al trono la emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande, su primer cuidado fue reparar las grandes injusticias que había cometido su antecesora por mano de su cruel y astuto favorito Birón. Entre otros fueron amnistiados los dos hijos y herederos del príncipe Sergio, que estaban en el destierro, y se les rehabilitó en su título, devolviéndoles los bienes confiscados, que eran ya ocho mil siervos, no doscientos mil. El hijo menor, después de haber pasado una juventud por todo extremo mísera, se hizo fraile y murió todavía joven. El mayor casó con una princesa de la familia Romadanovsky, y su hijo Pablo, bisabuelo de H. P. B., fue nombrado por el emperador coronel de la Guardia, mientras todavía estaba en la cuna, y después se casó con la condesa de Plessy, hija de una noble familia protestante emigrada de Francia a Rusia. El padre entró al servicio de la corte de Catalina II, y la madre fue la dama de honor favorita de esta emperatriz.

El recibo en que constaba la entrega al Banco de Inglaterra de los cien mil rublos, que al cabo de cien años habían aumentado en inmensas proporciones, se lo entregó un amigo del políticamente asesinado príncipe Sergio al nieto de éste, el príncipe Pablo Dolgoruky, quien, con otros documentos de familia, lo guardaba en Marforka, una vasta hacienda patrimonial radicada en la provincia de Perija, donde el príncipe Pablo vivió hasta su muerte, ocurrida en 1837. Pero en vano buscaron los herederos del príncipe el recibo del Banco de Inglaterra. No le encontraron en ninguna parte. Ulteriores pesquisas les convencieron horriblemente de que el documento debió quemarse en un incendio que tiempo atrás prendió en la hacienda, destruyendo casi la mitad de la aldea; y como el octogenario príncipe se había quedado ciego algunos años antes a consecuencia de un ataque de parálisis, no se dio cuenta de la pérdida de los importantísimos documentos de su familia. Aquéllo fue un tremendo infortunio que despojó a los herederos de sus esperados millones. Muchos intentos se hicieron para llegar a una avenencia con el Banco de Inglaterra, pero sin resultado, pues, aunque no cabía duda del depósito recibido, hubo ciertas dificultades en cuanto a la identificación del nombre de familia, por estar alterado, y entonces el Banco exigió, como era natural, la presentación del recibo expedido a mediados del pasado siglo XVIII. En resumen, que los herederos del príncipe Pablo se quedaron sin los millones."

(Extractado por Sinnett de los escritos publicados en San Petersburgo por la señora Jelihowsky o "la pequeña Lisa".)

mero siete", y haber nacido raquítica, a destiempo y moribunda en la noche santa de los protegidos por el inquieto gnomo doméstico o *dom-boy*, según la demonología rusa y haber recibido, en fin, como recibían los candidatos a la iniciación, el bautismo "de agua fría y caliente", que supone moralmente el haber sido educada primero por una madre sabia, luego por una abuela mística y, en fin, por tres clases de ayas, a saber: las supersticiones del país (que la temían como a ente embrujado, consultándola como a sibila de doce años, y la prepararon en la visión astral de las "gentes del otro mundo", visión que ya no había de abandonarla nunca, engrandeciendo su imaginación hasta hacerla insaciable de viajes y aventuras), la escéptica Augusta Sofía Jeffries, de británica flema, y la francesa Enriqueta Peigneur, mujer que, por su hermosura y entusiasmo, había hecho varias veces de *Diosa Razón* en los cultos cívico-revolucionarios de Robespierre...

La que en la vieja granja de los Pantchulidref leía en su infancia, en el desván que llamaba "el Salón de la Libertad", la *Clavícula de Salomón*, en compañía de duendes y "jorobaditos", o paseaba sonámbula y a oscuras por las pavorosas galerías del viejo y destartalado palacio de Saratow, viendo siempre los ojos deslumbradores de su "Guía y Maestro", y creía reencarnado un asesino en el ya disecado cuerpo de una pobre ave-flamenco, según los pormenores que a Sinnett contase su propia familia, iba, por fin, a dar cima, allende "el país de los elefantes y de las bayaderas", a aventuras más prodigiosas que las del czarevitch Iván, las del inmortal Kashtey y las de la rubia princesa Meletresa, en su calabozo, de donde con llave de oro venía a sacarla el príncipe, aventuras que ella veía y que con gran viveza de colorido narraba apasionadamente a su aldeano o señorial auditorio de su tierra natal...

Todas estas soñadas aventuras de novela las había de ver realizadas Helena en el viaje que ahora emprendía, y que bastaría a inmortalizarla, como a Rubruquis, a Marco Polo, al abate Huc y a Ksoma de Köros, los viajeros intrépidos que, como ella y en distintos ciclos, habían presenciado y luego narrado al escéptico mundo occidental maravillas bien reales, aunque por no creerlas este aun dormido mundo hiciese todo lo posible.

Porque, en efecto, tratándose de cosas ocultas de la India y del Tíbet, hay que tener presente las palabras que al incomprendido coronel Tod (el grande y sincero explorador del país de la Aria Bartha, cuya obra acerca del Rajistán es un monumento histórico) le dijo, cual nuevo sacerdote de Sais a Solón, el Maharajá de Oodeypur: "Sahib, Sahib, perdéis el tiempo vosotros los europeos en vanas investigaciones. Es cierto que la India *bellati* o profanada la tenéis ante vuestra vista; pero jamás alcanzaréis a conocer la India *gupia* u oculta, pues que vuestra propia ceguedad os lo impide, y nosotros, los guardianes de sus sagrados misterios, antes que revelar los secretos de esta última nos cortaríamos la lengua".[2]

[2] La siguiente carta del Maestro K. H. a Sinnett arroja gran luz sobre algunos de estos extremos interesantes:

"Aprovechando mis primeros instantes de asueto para responder a vuestra carta del 17 —dice K. H. a uno de nuestros compañeros que había ofrecido consagrarse al Ocultismo—, voy a daros cuenta del resultado de mi entrevista con nuestros jefes

La vía elegida esta vez por la heroína Helena para escalar el Tíbet era más lógica y natural que la anterior de los territorios más o menos independientes, del Nepal, el Bután y el Sikkim, pues se ceñía a curso arriba del Ganges, desde Calcuta, la Venecia indostánica sobre las bocas del Ganges y del Brahmaputra, hasta la meseta del Penjab, región septentrional de la India que separa al Ganges del Indo, para de allí continuar remontando por este último río hasta Cachemira y el Pequeño Tíbet. Un buen mapa a la vista es casi indispensable al lector para seguir a la intrépida en este viaje delicioso, ¡delicioso hasta cierto punto, dado que aun no existían los ferrocarriles ingleses, que, en su primera parte al menos, evitan el tener que viajar por allí en todas las formas imaginables: en coche, a caballo, en palanquín, en elefante y a pie, como viajase ella...!

De Calculta a Benarés la Santa, a lo largo del amarillento y cenagoso Ganges, y desafiando sus fiebres y su cólera, al norte de los montes Vindhyos, holló con su planta la musulmana Allabad, "jardín de Alah", asentada sobre las ruinas de la antigua Benarés-Prayâga, testigo de cien luchas históricas y "rebosante de tradiciones sabias cubiertas hoy por la mala

respecto de la proposición que me habéis hecho, y responder al par a las cuestiones que planteáis.

Desde luego os doy las gracias en nombre de toda la sección de nuestra Fraternidad, que se interesa muy especialmente en la prosperidad de la India. Remontando nuestros orígenes, a través de las vicisitudes de la civilización hindú hasta el pasado más remoto, sentimos por nuestra madre patria un amor tan apasionado y profundo que ha sobrevivido al efecto cosmopolita de nuestros estudios acerca de las leyes de la Naturaleza. Por eso experimento, como todo patriota hindú, el mayor reconocimiento por cuantas palabras o actos generosos se consagren a nuestra patria.

Todos estamos convencidos de que la actual degradación de la India se debe especialmente a la inercia desoladora que ahoga a su antigua espiritualidad y de que no hay otro medio para reavivar este ideal de pensamiento y de virtud que el de una fuerza nacional regeneradora. Cada uno de nosotros, pues, estaría naturalmente dispuesto a impulsar esa sociedad cuya formación proponéis, si ella pudiese preservarse de todo motivo egoísta, consagrándose sólo a hacer revivir la antigua ciencia y rehabilitar a los ojos del mundo a nuestra patria. No lo dudéis ni un momento. Pero, por la historia sabéis que los patriotas inquietan en vano sus corazones cuando las circunstancias están en su contra. Ningún poder humano, ni aun el de la violencia y el patriotismo más ardiente, puede alcanzar a torcer un destino de hierro: el de naciones que han desaparecido, como antorchas apagadas en el agua, en las aplastantes tinieblas de su ruina. Tenemos, pues, la conciencia de la decadencia de nuestro país sin alcanzar al poder de levantarle de repente como quisiéramos. No obstante nuestra buena voluntad, no tenemos derecho más que para ir hasta la mitad del camino respecto de vuestros ofrecimientos, y nos vemos obligados a deciros que la idea acariciada por vos y por Mr. Sinnett es, en parte, impracticable. Más claro: que es imposible que yo ni ningún otro Hermano, ni aun cualquier neófito avanzado, sea designado especialmente y puesto aparte para ser el jefe o el "*espíritu-guía*" de la rama anglo-hindú. Es cierto que sería excelente el instruiros regularmente con un pequeño número de vuestros colegas, mostrándoos los fenómenos y sus principios explicativos, pues aunque sólo tuviese este pequeño grupo la suerte de ser así convencido, constituiría una positiva ganancia el así contar con algunos ingleses de gran capacidad en la lista de los estudiantes de la psicología asiática. Todo esto y más lo sabemos. Pero nosotros tenemos que rehusar el asumir ninguna responsabilidad fuera de esta correspondencia periódica. Podemos, sí, asistiros con nuestro consejo y daros, en las ocasiones favorables, tales pruebas tangibles y visibles que os acrediten nuestra presencia y nuestra solicitud, pero no consentimos *en guiaros*. Aunque pudiésemos hacerlo, sólo os prometemos concederos plena protección en la medida que vosotros lo merezcáis con vuestro esfuerzo en pro del bien del mundo y de los hombres."

yerba de la fantasía popular, como los paredones de viejo castillo, exornados de hiedra y sepultados bajo el follaje de estas plantas parásitas, hasta el punto de resultarle imposible al arqueólogo el formarse idea de la arquitectura del edificio, antaño perfecto, como lo es para nosotros el separar entre el caos de las leyendas el trigo de la verdad, de la cizaña que luego a su costa prosperó", como dice la autora en el artículo "Glorias que fueron", de sus *Grutas y selvas del Indostán*, no quedando de tales glorias sino el tesoro de los manuscritos, pero ocultos también éstos a las pesquisas de los europeos.

Muchas docenas de leguas más río arriba, siguió la intrépida Helena su viaje por el Djumna, río jaíno que es uno de los mejores tributarios del Ganges, y la altiplanicie de Delhi, donde pudo asombrada ver terminar por el Este la arenosa comarca de la Rajputana y su desierto de Thour, el *Thor* indostánico, desierto que detuvo efectivamente los locos ímpetus de Alejandro el Macedónico, ya que no lo lograron, según sus cronistas, las burlas y la impasible indiferencia de "los sabios del Indo", ante aquellas sus glorias militares, que no eran a los ojos de tales iniciados sino ruina, dolor, polvo y ceniza con que amasar el karma futuro más triste que labrarse puede la ceguera de los hombres... Ya allí, con el territorio del Multán a la izquierda y la dura región de Simla, a la derecha, la viajera ganó el Penjab, "la región de los cinco ríos",[3] en cuya capital, Lahore, le aguardaba la inesperada alegría de encontrar a aquel viejo caballero alemán, amigo de su padre y por él encargado de adquirir ansiadas noticias de la errante joven, ligando con él la amistad estrecha y santa de la que ya nos habló Sinnett en el precedente capítulo. Consignemos también de pasada, para fines ulteriores, que aquella Simla que atrás dejaba Helena había de ser más tarde célebre en los fastos teosóficos, como residencia de este último escritor y biógrafo, en donde ella realizó los prodigios mágicos más asombrosos de su vida, según atestiguan el mismo Sinnett y el coronel Olcott, que también entonces (1880) la acompañara.

Antes y después, respectivamente, Simla, Hardward y Amritasar, las tres ciudades divinas, paraísos cuya descripción hay que leerla en la citada obra de *Grutas y selvas*; con sus "Hospitalidades brahmánicas", sus pinturas del alto Ganges, puro y azul, tan diferente del otro, cenagoso, en cuya orilla, de Benarés a Calcuta, flotan cadáveres insepultos de pobres parias, peor tratados que bestias; con su "Puerta del Dios-Sol", sus "Templos de oro" y "Lagos de la Inmortalidad", testigos antaño de la celebración de Misterios iniciáticos como los de Eleusis; con sus millares de hipogeos montañosos, mundo oculto de shamanos y de jinas, cuyas veladas descripciones saltan aquí y allá en la dicha obra de la Maestra, y entre las que merecen recordarse, a más o menos distancia de aquellas ciudades, las de la lejana y misteriosa montaña de Pandú-Sem, y, en fin, las criptas de los antiquísimos y maravillosos templos jaínos de Maleganva y de Chikalval, ante los que es una caricatura la propia Alhambra de Granada, las de las ruinas de Mandú, una de tantas Pompeyas indostánicas; la cósmopolis

[3] Región augusta de la que hablan también los biógrafos de Alejandro, cuando cuentan el desprecio y lástima que a sus sabios les merecían la locura guerrera del "héroe".

de hipogeos de Enkay-Tenkay; las *Marble-Rock*, consagradas a los sanguinarios cultos thugs de la diosa Kali o Kalayoni, y también las cavernas de Bagh en el camino de Malva a Gujerat, allí hacia el Sur, junto al desfiladero de Oodeypur, en región infestada de bandidos bhils, o thougs, que parecen preservarla providencialmente de las acostumbradas profanaciones europeas más que los propios y caudalosos ríos, tales como el Vagrey, el Girna y otros poderosos afluentes gangéticos, que aislan entre sí todos estos extensos territorios.

En Lahore y Amrifsar, o sea en la región del Penjab, cuna del gallardo feudalismo iniciático de aquellos sublimes guerreros *lunares*, a quienes la parte más desconocida del actual viaje de H. P. B., una vez que, doblando el gran ángulo del Indo por encima de Cachemira, penetrara intrépida en el vasto anfiteatro de Ladak.[4]

Pero lo que la historia en concreto no nos muestra, puede mostrárnoslo la propia obra de H. P. B. y el conocimiento relativo que ya tenemos en Occidente acerca del encantado país.

Figúrese el lector amable un anfiteatro de montañas, sin rival en el mundo, y por cuyos profundos fondos corre, con sus tributarios, el alto Indo, a una altura, sin embargo, que no baja de tres mil metros sobre el nivel del mar: ¡unos ríos purísimos de aguas azules cuajadas de truchas a quinientos o más metros de altura por encima de nuestras más elevadas cimas peninsulares ibéricas: el Mulen Hacen granadino; los Picos de Europa astures, o las cimas de nuestra Sierra de Gredos!... Los turistas que, como nosotros, hayan tenido la dicha de remontar penosamente hasta alguna de estas alturas, se sentirán mudos de asombro al considerar que aquellas aquí insuperables cumbres son meramente allí lo más profundo del cauce de aquellos ríos. Bien es verdad que las ciclópeas montañas que demarcan el anfiteatro misterioso son las más enhiestas del planeta con alturas medias siempre por encima de los ocho mil metros, a saber: el Hindusen de las derivaciones del Kuelun chinotibetano al Norte, por encima del Gilgit y enlazado con la célebre meseta de Pamir, broche central de toda la orografía del Antiguo Continente (ese Continente cuyos cuatro puntos extremos, a miles de leguas de allí, son, respectivamente, el Estre-

[4] Akbar, el grande; Jahangir, el indulgente; Shah Jahan, el magnífico jina o jaino, y la hermosísima Mur-Mahal fueron, según las crónicas mogolas, los creadores de los vergeles inauditos de Cachemira, la vasta ciudad fundada por Babur junto al Dal, sublime lago de montaña ligado al Vitasta, el antiguo Hydaspes de los geógrafos griegos. Del primero habla extensamente la propia H. P. B. en su introducción a *La D. S.* por su célebre edicto que arrebató de las manos profanas de los invasores musulmanes el tesoro iniciático en libros, guardado allí desde tiempos primitivos. De los otros hablan también, aunque muy pobremente, las Enciclopedias. Las *Memorias* de Jahangir no han sido traducidas, que sepamos, a lenguas europeas, y quizá nos guarden más de una revelación importantísima. En ellas se celebra por sus heroísmos al Shah-Limar, émulo de Chasma Sah-hi y Nainu-Bagh, el jaino que acaso dio nombre a las misteriosas cuevas descritas por H. P. B. Bernier, el médico francés del emperador Aureng-zob, llama al valle de Cachemira el "Paraíso de la India", no sólo por sus hermosísimas huríes, ataviadas por los célebres chales de sedas multicolores, sino por su fauna vigorosa (entre cuyas especies de ofidios apenas si hay alguna venenosa, a diferencia del resto de la India) y por su flora ideal, con arbustos de rododendros, en los que hay pies capaces de dar hasta 4500 rosas en la estación y donde fácilmente pueden obtenerse dos cosechas de cereales.

cho de Bering, el de Malaca, el Cabo de Buena Esperanza y nuestro Finisterre cántabro-astur);[5] el Pansal Nevado, de la cordillera de Karakorum o Montes Tsang, que, por encima de Lhassa, siguen hacia la China, al Este y al Nordeste las cimas Sanama y de Haramut, el más alto macizo del Himalaya hacia el Sur, cerrando el paso a las nubes que, cargadas de electricidad, suben desde el Mar Indico, ora por el golfo de Omán, con los alíseos del SO., ora por el de Bengala, con los vientos del SE., y al Oeste, en fin, el laberinto inextricable de montañas y más montañas, que, ligadas al Baltistán, le aislan del Kafaristán y el Afganistán, allí donde empieza la formación iraniana que camina en derechura hacia la Persia, a partir del Pir Pandjal, donde la leyenda que ha llegado hasta nosotros emplaza la sublime y eternamente nevada residencia de un Maestro ignorado que cuida de bendecir a todo viajero que parta para la región tibetana del Norte, convencido de que sin ellas las fuerzas humanas heroicas no bastarán jamás a dar cima a la empresa titánica de vencer allí a aquella naturaleza inhospitalaria y rebelde en toda su prodigiosa excelsitud.

Todos estos montes del magnífico anfiteatro del Pequeño Tibet le cierran de tal modo, que apenas si en todo su contorno dejan practicables, entre nieves perpetuas, media docena de puertos, siempre muy cerca de los cuatro mil metros de elevación, al modo del de los Andes, que separa a Chile y la Argentina por la parte del río Aconcagua, y que nosotros un día tuvimos la suerte de cruzar. Con tamañas elevaciones nada de extrañar tiene el que se presenten, ante el espantado viajero que logra penetrar hasta allí, glaciares hasta de 55 kilómetros, como el de Biafo o como aquel otro que en cierta carta publicada por Sinnett en su *Mundo Oculto* o en sus *Incidentes*, le describe con vivísimos colores el Maestro K. H., que tiene su retiro en uno de aquellos valles, y donde le visitase en este viaje su intrépida discípula H. P. B.; o, en fin, como el de Zodji-lâ, que, corriendo en dirección al Este desde los cuatro mil metros, acaba en el Dras, y que antaño parece se llamó Mar de Sati o de Satishara (Sita, esposa de Siva), porque formaba un gran lago que, según tradición, logró desecar el Maestro Kasyapa antaño.

Allí, cual en parte alguna del mundo, se ve el vivo contraste de unas cimas siempre nevadas, con un ambiente puro y seco, tan apto para las observaciones celestes como quizá no haya otro, ni aun los célebres de las Montañas Rocosas hace pocos años establecidos por los Estados Unidos, y de ellos, por su observatorio, más que de su famoso mercado que enlaza por aquella parte —¡enlaza hasta cierto punto dentro de su aislamiento!— a la India con el Tíbet o el Turquestán chino; data la importancia tradicional de Leh, la minúscula capital del Ladakh, cuyos cuatro mil habitantes mezclan en sus sangres hasta cien razas históricas diferentes; la ciudad-aldea situada, como una acrópolis griega, sobre una colina de 370 metros, pero, como Quito, a los 3450 metros de altitud.

De aquí la importancia ocultista del valle de Cachemira y de Ladak, cuya extensión territorial, algo menor que la mitad de la de España, se

[5] En el capítulo "Los senderos hacia la Teosofía", de nuestro libro *Hacia la Gnosis*, se describen más al pormenor estas cuatro alineaciones de la "gran pirámide iniciática" formada por todo el antiguo continente. Allí el lector puede ver más al detalle esta curiosa disposición orográfica "en pirámide" de todo el viejo continente.

reparte entre los valles tributarios del Indo, tales como el de Jhelam y el *Chelab* (valle de los *chelas* o discípulos), cuajados de esos misteriosos monasterios, ricas lamaserías a las que alude la Introducción de *La Doctrina Secreta* en párrafos como el que copiado llevamos ya en la página 86 y que aquí debe darse por reproducido.

¿Qué se habrá visto ni verá nunca en los países llamados civilizados que no se halle compendiado o registrado en ese archivo natural del pueblo ario que se llama Ladakh o Pequeño Tíbet?

Los retiros de las *Pasda-nashin*, damas nobles en absoluta y voluntaria reclusión, cual las *Coyas* de "los Hijos del Sol" incas, de las que hablamos en *El Libro que mata a la Muerte*; los cenobios de las diez religiones troncales del mundo (jainismo, brahmanismo, parsismo, budhismo, lamaísmo, confucianismo, shintoísmo, judaísmo, cristianismo y mahometismo), conviviendo en la más perfecta de las tolerancias, como efectivos maestros de la única Religión-Sabiduría primitiva preconizada por H. P. B., la ínclita viajera que los visitase; las bibliotecas sepultadas "con toda la suma de las obras filosóficas publicadas en cualesquiera lenguas o caracteres desde que comenzó el arte de la escritura", y que guardan, por tanto, lo que se creyese incendiado o perdido en Biblos, Pérgamo, Baalbek o Alejandría; los solitarios misteriosos que protegen y bendicen cuando no inician mágicamente en la Ciencia Una a los pobres peregrinos del espíritu, que allí sólo entre todos los países del mundo pueden reclinar su cabeza descansando en lo que es Eterno; los que aun escriben corrientemente el perdido sánscrito con caracteres paharis, y hablan entre sí el sagrado zenzar o zendo-real de los Iniciados de todos lugares y tiempos, y poseen las palabras sagradas o mantrams más excelsos, haciéndose obedecer mansamente de los osos, leopardos y demás fieras y de los ciervos y cabras inofensivas que se ocultan en el fragor de las montañas, que fascinan y tornan inofensivas a las escasísimas serpientes venenosas del país y, como el Sigfrido de la leyenda, conocen el musical lenguaje de los *bulbul* o ruiseñores y de las demás aves que pululan por millares entre las selvas de cedros, deodares, pinos y otros árboles de la flora europea, o gorjean entre los pintorescos macizos naturales de hibiscos, peonias, rododendros o "rosas del Irán", lirios, madreselvas y demás flores que hacen de aquel retiro "el parterre del Himalaya", "el paraíso de paraísos de la India", que rinde al año dos cosechas y que mantiene un estado eléctrico tal en la atmósfera, que sólo se le acerca en este sentido el que hoy reina en ciertos lugares de California, donde los primeros retoños de la sexta sub-raza raíz preparan ya su evolución.

Y esa raza, la más bella del mundo, sin excluir a la circasiana, su congénere, raza que apenas si cuenta con dos millones de habitantes desde el lugar transhimaláyico, en que nace el Indo frente por frente del Brahmaputra, hasta el territorio ya del Penjab, raza que es medio parsi y medio hindú del Norte, o sea precursora y hermana mayor o más bien madre de la europea,[6] como su fauna y su flora lo son de las nuestras, es la raza

[6] Las enciclopedias europeas nos hablan del *Genio Kachet* al servicio del rey Salomón y de los Nagas (hombres-serpientes), gandharvas (músicos), Khashas y Daradas de los clásicos, meras confusiones, intencionadas o no, de los Mahatmas y demás adeptos

que no supo cantar bien la *Radja-taraujit de Kalhana* (1149-51), el historiador medioeval de 52 reyes, todos anteriores más de mil o dos mil años a J. C.; es la raza de aquel emperador Asoka, nieto de *Zchandragupta*, el escondido (el Sandracottos griego de Estrabón, Diodoro de Sicilia, Plinio y otros clásicos iniciados que allí llevó el buddhismo), que con sus leyes de tolerancia salvó a la India y al mundo, y es la raza, en fin, del Maestro K. H. y de otros inspiradores de *Isis sin Velo* y *La Doctrina Secreta*, cuanto el movimiento teosófico moderno, que, pese a sus humanas e inevitables deficiencias propias de todo lo que empieza, está llamado a restaurar a la luz del día los Misterios iniciáticos antiguos.

Cachemira, Leh, Attok, Fateh, Pansâl y demás ciudades y aldeas del país, tributarias de la China, a través de sus puertos semiinaccesibles, no son la Cachemira, Attok, etc., descriptas con mayor o menor buena fe por los Moore, Montgomerie, Jacquemont, Vigne y demás europeos, sino la que se desprende y adivina apenas tras los relatos tibetanos de Marco Polo, el abate Huc y la propia H. P. B. en los largos pasajes que, siguiendo el buen ejemplo de Sinnett en su obra, copiamos nosotros también de *Isis sin Velo*, seguros, a pesar de lo larguísimo de la cita, que no habrá de fatigar su lectura a nadie que ame lo verdadero y lo bello.

Dicen así los pasajes aludidos, con los que termina la monumental *Isis sin Velo*:

"Hace años que una pequeña partida de viajeros emprendimos penosamente un viaje desde Cachemira a Leh, una ciudad del Ladâkh (Tíbet Central). Entre nuestros guías figuraba un tártaro, Shamano, un personaje muy misterioso que hablaba un poco el ruso, pero que nada absolutamente sabía de inglés; sin embargo, él se ingenió de modo que podía hablar con nosotros, lo que nos sirvió de gran provecho. Habiendo sabido que algunos de los que formaban nuestra partida eran rusos, había imaginado que nuestra protección era omnipotente, y que podía permitirle poder con seguridad volver a su hogar siberiano, del cual, por razones desconocidas, había huido hacía unos veinte años, según nos dijo, al paso de los Tchagars, pasando por Kiachta y el Gran Desierto de Gobbi. Teniendo en cuenta tan plausible motivo, nos consideramos seguros bajo su dirección. Brevemente expondremos la situación: Nuestros compañeros habían formado el descabellado plan de penetrar en el Tíbet bajo diferentes disfraces. Ninguno de ellos conocía la lengua del país, excepto Mr. K., que habiendo aprendido algo el tártaro Kasan, creía saberla. Como no hacemos mención de esto más que incidentalmente, bien podemos decir que a dos de ellos, los hermanos N., se les hizo retroceder y se les condujo con toda clase de miramientos hasta la frontera, antes de haber andado dieciséis millas por el encantado país del Bod Oriental, y a M. K., un

tibetanos; shamanos o Shinto-Kanuski japoneses o *yamabushi* de las religiones del Shinto. También nos hablan de los lagos que se ven doquiera realzando las bellezas imponderables del país, tales como el lago Valar, junto a Cachemira, sobre el que hay decenas de lindas tradiciones más o menos veladas e iniciáticas. El maharajá de Cachemira paga un tributo al emperador chino por su soberanía un poco nominal sobre el Ladak, que perteneció a los tibetanos hasta el siglo x, luego a los musulmanes en el siglo XVIII, y después a los kalmukos. Gulab Sing, el último héroe nacional, supo defender el país contra los chinos invasores.

ex ministro luterano, ni aun le fue dable abandonar su miserable aldea cerca de Leh, puesto que, desde los primeros días, tuvo que guardar cama postrado por la fiebre, y se vio precisado a volver a Lahore por la vía de Cachemira. Pero una cosa presenció que fue para él como si hubiese visto la reencarnación del mismo Buddha. Habiendo oído hablar de este 'milagro' a un antiguo misionero ruso, en el cual creía que podía tener más confianza que en el abate Huc, hacía muchos años que alimentaba el deseo de desenmascarar la 'gran jugarreta' pagana, como él la llamaba. K. era un positivista y se enorgullecía de este antifilosófico neologismo. Pero su positivismo estaba condenado a recibir un golpe mortal.

A cuatro jornadas próximamente de Islamabad y en una insignificante y miserable aldea, cuya única perspectiva agradable era su lago, nos detuvimos para descansar algunos días. Nuestros compañeros se habían momentáneamente separado de nosotros, y la aldea debía ser nuestro punto de reunión. Aquí fue donde supimos por nuestro shameano que una numerosa partida de 'santos' Lamaicos, que iban en peregrinación a diferentes santuarios, se habían detenido y alojado en un antiguo templo-cueva y establecido allí un Vihara provisional. Añadió que, como se decía que los 'Tres Ilustres' viajaban en su compañía, los santos Bikshu (monjes), podían producir los más grandes milagros.

Mr. K., enardecido con la perspectiva de desenmascarar a este embuste de los siglos, fue en seguida a visitarles, y desde aquel momento se establecieron entre los dos campos las más cordiales relaciones.

El Vihara se halla situado en un aislado y muy romántico paraje seguro de toda intrusión. A despecho de todas las finas atenciones de todos los presentes y de todas las protestas de Mr. K., el jefe, que lo era Pase-Budhu (un asceta de gran santidad), rehusó verificar el fenómeno de la 'encarnación' hasta que se le exhibió un cierto talismán que se hallaba en poder de la escritora de estas líneas.

En cuanto lo vieron hiciéronse en seguida los preparativos necesarios y se pidió y obtuvo que una pobre mujer de la vecindad proporcionara a un hijo suyo, una criaturilla de tres o cuatro meses. Ante todo exigióse de Mr. K. el juramento de que no divulgaría lo que pudiese oír o ver durante el espacio de siete años. Este talismán es una simple ágata o comerina, conocida entre los tibetanos y otros con el nombre de *A-yu*, la cual poseía, naturalmente, o le habían sido comunicadas muy misteriosas propiedades. Sobre la misma existe un triángulo grabado que contiene en su interior algunas palabras místicas.

Varios días pasaron antes de que todo estuviese dispuesto; durante los mismos nada ocurrió que tuviese carácter misterioso, excepto que al mandato de un Bikshu aparecieron ante nosotros caras espectrales procedentes del cristiano seno del lago, mientras nos hallábamos sentados a orillas del mismo, junto a la puerta del Vihar. Una de éstas tenía el aspecto de la hermana de Mr. K., a quien él había dejado buena y contenta en su casa, pero que, como supimos después, había muerto algún tiempo antes de que él hubiese emprendido el viaje que estábamos realizando. De pronto la visión le afectó; pero llamando a su escepticismo en su auxilio, tranqui-

lizóse a sí mismo con teorías de sombras de las nubes, reflejos de ramas de árboles, tales como aquellas a las que acuden las gentes de su clase.

Conducido el niño al Vihara, la tarde para ello convenida, fue dejado en el vestíbulo o sala de recepción, pues K. no podía penetrar más que hasta allí, en el santuario provisional. El niño fue colocado entonces sobre un pedazo de alfombra y conducido al centro de la sala, y habiendo mandado salir a todos cuantos no pertenecían a la partida, colocáronse "dos mendicantes" a la puerta, a fin de impedir que entraran los intrusos. Entonces todos los lamas se sentaron en el suelo con sus espaldas pegadas a los muros de granito, de modo que todos estaban separados del niño por un espacio de diez pies al menos. El Superior se sentó en el rincón más apartado, sobre una pieza cuadrada, de piel, que para él habían tendido allí los criados. Sólo Mr. K. se colocó junto al niño espiando cada uno de sus movimientos con el mayor interés. La única condición que se nos impuso fue la de que debíamos guardar el más absoluto silencio y esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos ulteriores. La luz resplandeciente del sol penetraba al través de la abierta puerta. Gradualmente cayó el "Superior" en lo que parecía un estado de meditación profunda, mientras que los demás, después de una corta invocación a *sotto voce*, guardaron súbitamente silencio, y se quedaron mirando como si estuviesen completamente petrificados. Era, sin embargo, un silencio opresivo, pues el lloriqueo del niño era lo único que se percibía. Hacía algunos momentos que estábamos allí sentados, cuando los movimientos de los miembros del niño cesaron de repente y pareció que su cuerpo quedaba rígido. K. vigilaba atentamente todos los movimientos, y dos de nosotros, por medio de una rápida ojeada, nos convencimos, con satisfacción, de que todos los presentes permanecían sentados e inmóviles. El Superior, con su mirada fija en el suelo, ni siquiera miraba al niño, sino que, pálido e inmóvil, más bien parecía la estatua de bronce de un Talapoin en meditación que un ser viviente. Súbitamente, y con gran sorpresa nuestra, vimos al niño, no levantarse, sino sentarse como si fuera violentamente impulsado a ello. Después de haber recibido algunas sacudidas más, y a manera de un autómata puesto en movimiento por ocultos alambres, el niño de cuatro meses se puso en pie. ¡Imagínese nuestro asombro y estupefacción y el horror de Mr. K.! Ni una sola mano se había desplegado, ni un sólo movimiento ejecutado; ni una sola palabra se había pronunciado; y, sin embargo, allí estaba presente, en pie, erguido y firme como un hombre un infante de los que se llevan envueltos en pañales".

El resto de esta historia lo citaremos de una copia tomada de las notas escritas acerca de este asunto por Mr. K. aquella misma tarde, y que nos fueron facilitadas para el caso de que aquéllas no llegaran al lugar que las destinaba, o no pudiese ver el escritor nada más.

"Después de vacilar uno o dos minutos —escribe K—, el niño volvió su cabeza y me miró con una expresión de inteligencia que era sencillamente imponente. Esto me produjo un estremecimiento. Me pellizqué las manos y me mordí los labios hasta hacerme brotar sangre para estar seguro de que no estaba soñando. Pero esto no fue más que el prólogo.

La milagrosa criatura, dando, *según yo imaginé*, dos pasos hacia mí, volvió a sentarse, y, sin separar sus ojos de los míos, repitió sentencia por

sentencia, en lo que yo supuse ser la lengua tibetana, las mismas palabras que, según se me había dicho antes, se pronuncian comúnmente en las encarnaciones del Buddha: "Yo soy el anciano Lama; yo soy su espíritu en un nuevo cuerpo." Entonces sentí un verdadero terror; los cabellos se me erizaron y la sangre se heló en mis venas. Aun cuando me hubiera debido costar la vida no habría sido capaz de articular una sola palabra. Allí no había superchería alguna ni ventriloquismo. Los labios del niño se movían, y sus ojos parecían escudriñar mi misma alma *con una expresión tal, que me hacía pensar que era la cara del mismo Superior*; sus ojos, su mirada misma lo que yo estaba contemplando. Parecía que *si su mismo espíritu hubiese penetrado en aquel pequeño cuerpo y me estuviese mirando al través de la transparente máscara de la faz del niño.* Sentí que el vértigo se apoderaba de mi cerebro. El niño se adelantó hacia mí y puso su diminuta mano sobre la mía. Me estremecí como si me hubiesen tocado con un carbón encendido; e incapaz de soportar la escena por más tiempo, me cubrí el rostro con las manos. Pero esto no fue más que por un instante; cuando las separé, el pequeño actor se había convertido de nuevo en un niño llorón, y un momento después yacía echado de espaldas, y lanzaba un grito plañidero. El Superior había recobrado su estado normal y la conversación continuó.

Sólo después de una serie de experimentos similares que se prolongaron durante un período de más de diez días logré darme cuenta de que había presenciado el fenómeno asombroso e increíble descripto por algunos viajeros, pero que yo había considerado siempre como una impostura. Entre una infinidad de preguntas que no tuvieron respuesta, a pesar de mis reiteradas instancias, el Superior dejó deslizar un dato que debe ser considerado como altamente significativo. ¿Qué hubiera sucedido —pregunté por mediación del shamano— si mientras el niño estaba hablando, en un momento de loco terror, pensando que era el "Diablo", le hubiese muerto? A esto contestó él que si el golpe no hubiese sido mortal instantáneamente, *sólo* el niño hubiera sido muerto.

—Pero —continué yo—, suponed que hubiese sido tan rápido como el rayo.

—En tal caso —fue la contestación—, *también me hubieráis muerto a mí."*

En efecto, conocidos son ya de todos los teósofos los vínculos vitales o "hilo de oro" que liga al cuerpo astral con el físico y cuya ruptura definitiva es la única prueba de muerte real contra la que no cabe ya resurrección, como cabe en los casos ordinarios de muerte y en los que el retorno de aquel cuerpo a éste puede ser operado por un Maestro, bajo la condición estricta de que no esté destruida ninguna víscera fundamental del organismo . . .

Pero dejemos ya este asunto de los shamanos y de sus poderes, al que llevamos consagrado todo un tomo: *El libro que mata a la muerte* o libro de los shamanos y jinas . . .

Capítulo IX

HELENA EN EUROPA: LA SORPRESA DE PSKOFF

"Este incidente del shamano, descripto en el capítulo anterior, dio fin por entonces, dice Sinnett, a las excursiones de H. P. B. por el Tíbet. Conducida a la frontera por caminos y pasajes de que no tenía previo conocimiento,[1] y después de viajar algún tiempo por la India, recibió orden de su oculto guardián para salir de este país poco antes de estallar las revueltas de 1857. En un buque holandés se trasladó de Madrás a Java, y de aquí regresó a Europa en 1858.

"Entre tanto —sigue diciendo Sinnett—, el destino a que tan notoriamente estuvo expuesta durante la última época de su vida ya se estaba condensando en su daño, pues aunque hasta entonces no había desafiado a la oposición del mundo que asociara su nombre a los más maravillosos relatos, ya se veía, o por mejor decir, la veían los parientes suyos en su ausencia, siendo el blanco de calumnias no menos estrafalarias, aunque de distinta índole que las imputadas muy recientemente por gentes, al decir suyo, muy interesadas en los fenómenos psíquicos, pero incapaces de tolerar cuantos se referían como operados por mediación de ella. Su tía —continúa Sinnett— dice a este propósito:

"A oídos de sus parientes llegaban vagos rumores de que la habían visto en el Japón, China, Constantinopla y el Extremo Oriente. Pasó varios veces por Europa, sin fijar allí su residencia. Por lo tanto aquéllos experimentaron penosa sorpresa al leer años después una supuesta biografía de ella, que le representaba como muy conocida de la *alta* y también de la *baja* sociedad de Viena, Berlín, Varsovia y París, entremezclando su nombre con sucesos y anécdotas ocurridos en dichas ciudades en distintas épocas, siendo así que sus parientes tenían pruebas positivas de que estaba

[1] Igual se realiza siempre con los viajeros que se arriesgan en expediciones por países iniciáticos, ya sean de Magia blanca o de Magia negra. Más de uno de estos sitios conocemos en nuestro país, donde desde que se pisa en él hasta que se abandona se está bajo la astuta vigilancia de agentes manifiestos o encubiertos del monasterio vecino. Testimonios tenemos también de otros viajeros que nos dicen lo mismo y que insertaríamos aquí si el temor de no pecar de difusos no nos lo impidiese.

fuera de Europa. Dichas anécdotas la citan indistintamente con los nombres de Julia, Natalia, etc., que de seguro eran nombres de otras mujeres del mismo apellido, y le atribuyen extrañas aventuras. Así el periódico *Neue Freie Presse*, de Viena, hablaba de una señora Eloísa Blavatsky, personaje apócrifo, que se había afiliado, disfrazada de hombre, al escuadrón de los *Húsares de la Muerte*, durante la revolución húngara, sin que se descubriera su sexo hasta 1849. Otro diario de París salía con el cuento de una señora Blavatsky 'polaca del Cáucaso' (?) y supuesta pariente del barón Hahn de Lemberg, la cual, después de tomar activa parte en la revolución polaca de 1863 (siendo así que durante todo el tiempo de esta revolución estuvo la señora H. P. Blabtsky viviendo tranquilamente con su familia en Tiflis), se vio precisada, por falta de recursos, a servir de camarera en un restaurante del Faubourg de Saint Antoine."

"Al volver Helena de la India en 1858 —termina Sinnett— no se encaminó en derechura hacia Rusia, sino que, después de permanecer algunos meses en Francia y Alemania, regresó a su patria con intención de asistir a una boda de familia en Pskoff, al NO. de Rusia y a unos doscientos noventa kilómetros de Petrogrado."

Hasta aquí el nobilísimo cronista de esta época de H. P. B.; pero nosotros, en nuestro entusiasmo de admiradores y discípulos de la Maestra, no podemos conformarnos con el laconismo del último párrafo transcripto. En efecto, para ir de la India a Francia y Alemania, como aquél dice, hay que atravesar no pocos países, y la pregunta que naturalmente surge es ésta: ¿qué países recorrió, además, esta vez la intrépida viajera?

Hay un hecho por de pronto. Si su salida de la India precedió a la revolución de los cipayos, debió acaecer lo más tarde hacia principios de 1857, y si, según todas las probabilidades, no regresó a Rusia sino en Navidad de 1858, hay un lapso de cerca de dos años, años que si bien pudo emplear totalmente en Francia y Alemania, es más probable que, dado su ansia de viajes, los repartiese entre muchos más países, por ejemplo, entre los dichos y además Hungría, Bohemia y los Balcanes, de un lado; Marruecos y la Península Ibérica de otro. ¿Cómo una tan gran ocultista, visitadora de todos los centros ocultistas del planeta, se iba a dejar atrás los de estos dos últimos países, centros que, según ella misma dice en varios pasajes de sus libros, pertenecieron antes que al continente o raza-raíz aria, a las otras dos razas antecesoras de la Atlántida y la Lemuria, mientras que el resto de Europa, como país formado por el levantamiento de los Alpes en las postrimerías atlantes, yacía a la sazón bajo las aguas?

Porque el Atlas es a la sepultada Atlántida lo que el Tíbet a la Ario-India. Él albergó antaño a la Logia Blanca, y las mesetas de aquél, desde Marruecos a Túnez o las Sirtes, si bien exceden hoy poco en su nivel medio de los mil metros sobre el nivel del mar, antaño fueron sin duda más altas, como hoy las del Tíbet, y aun constituyen en la actualidad una región misteriosa con centenares de nombres sugestivos para el ocultista, quien puede ver cómo el territorio costero lleva en muchos sitios nombres con la radical *Tam*, del sánscrito *Tamas*, o ignorancia, mientras que las altas mesetas entre el Atlas Telliano de Argelia y el Atlas Sahariano abun-

dan en nombres cuya radical es la de Chel o Chell, de la palabra *chela* o discípulo.[2]

Lo que hay es que la reserva de H. P. B. sobre estos centros, capitalidad ocultista antaño de la perdida Atlántida, fue absoluta. Tan absoluta como la que también guardó acerca de su viaje al Tíbet, de que muy pronto vamos a ocuparnos, y esta reserva se extendió a Marruecos y a España, hasta el punto de que la sola indicación que hemos podido recoger acerca de este último país es la que con reservas tan grandes como inexplicables nos ha sido dada por discípulos de W. G. Judge acerca del "poderoso centro emplazado en un pinar" o Santo Grial hispánico, al que nos referimos ya en diversas obras.[3]

[2] No nos es posible descender aquí al elocuente pormenor de estas indicaciones hechas de pasada. En nuestra obra *En el umbral del misterio*, capítulo de "Mirando hacia el Sahara", se dan mayores detalles sobre esto, detalles a los que hoy podemos añadir el del río *Cheliff*, único que no se pierde entre las dunas hasta llegar al mar; el Djebel-*Chelia*, la mayor altura del Atlas sahariano (2400 m); el Djebel-*Amur*, de perfecta filiación mongola; el *Chergui* de Orán, que recuerda a las bactrianas mesetas de los quirguises, de las que ya hablaremos; el Chott o laguna *Tigri*; el Zogun, el Erg y el Golea, el Suf, el Chaan, el Ziban, el Hodga, el Gharbi y otros oasis de nombres perfectamente asiáticos, a altura de *La-la Kheddidja* (2300 m) y demás sitios semejantes, donde no es imposible tropezar con Maestros de los del gran centro egipcio de Lucksor, que habrá de ocuparnos más tarde.

[3] En los momentos en que escribimos estas líneas alguien nos dice con misterio y énfasis: "Madame Blavatsky, en efecto, estuvo en España, y una digna señora, que aún vive, la ha conocido en Madrid, en Huertas, 21, por más señas." Sorprendidos ante tamaña noticia, pasamos presurosos a visitar a aquella señora, que a su cualidad de teósofa auna la posesión de notables cualidades de videncia espontánea, y ella nos reveló que, en efecto, en su juventud había sido presentada a H. P. B. en la casa de dicha calle de las Huertas señalada con el número 21; pero como la fecha a que se refiere es muy posterior a la que ahora historiamos, o sea hacia 1879 u 82, reservaremos para tiempo oportuno el interesante relato de nuestra amiga, no sin reproducir antes otro pasaje extraño, debido a informes recogidos en Andalucía por otro ilustre teósofo, y consignados en la página 276 de nuestro libro *De gentes del otro mundo*, donde se dice lo que sigue:

"Algo muy grato tengo que comunicarle también como fruto de mis pesquisas arqueológico-teosóficas, y es que, habiendo llegado a mis oídos vagas noticias respecto a un o una *Blavatsky*, en la vecina población de Montoro, he removido lo que no es decible para depurar lo que pueda haber de cierto en aquéllas, encontrándome con que se refieren a un libro masónico muy antiguo, cuyo nombre, autor, fecha y lugar de la publicación no se puede precisar por carecer de las primeras y últimas páginas, al hablar de las iniciaciones hindúes, egipcias y de otros países, indica que en la Península Ibérica existieron antaño numerosas Sociedades iniciáticas, siendo las dos últimas en desaparecer las de Mérida y Andújar, y añade que "los misterios que en ellas se estudiaban pasaron a poder de la familia Blavatsky." Esta curiosa noticia no está desprovista de posibilidad histórica, pues que las persecuciones religiosas de todas las épocas, por ejemplo la de a judíos y a moriscos, han arrojado del solar patrio a multitud de familias que luego han sido gloriosas fuera, como el señor De la Riega dice de los Colombos de Galicia, y el señor Paredes Guillén de los Colombos de Plasencia en Extremadura, deputados por uno y por otro como inmediatos ascendientes de Cristóbal Colón; o como los Beethoven de los Países Bajos, alejados de ellos y trasladados a Boon, quizá en tiempos del Duque de Alba, fueran antecesores del sublime sordo autor de *La novena sinfonía*, a quien es cierto que los chicos motejaban con el apodo de "el españolito". "Blavat", en efecto, no es raíz rusa, sino inglesa, a la que se ha añadido la partícula *sky* o "cielo", como designadora rusa de procedencia o país, y así vemos en la terrible guerra civil inglesa de "Las dos Rosas" (la blanca, de la Casa de York, y la encarnada, de la Casa de Lankaster o "de *Io* y *Lauka*", el lago ario, que diríamos si fuésemos a depurar las raíces de estos nombres), actuó cierto personaje llamado *Blavat*, nombre que, unido a aquella desinencia patronímica de *sky* o *skai*, constituyó el apellido recibido por Helena al desposarse con el viejo consejero gobernador de Eriván en el Cáucaso. Dicha guerra de las dos Rosas, que duró toda la segunda mitad del siglo xv, contribuyó a consolidar las tradiciones liberales británicas y echar, con Wicleff y tantos otros, las bases de la moderna libertad de pensamiento, libertad nacida, como nadie ignora, al calor de la reforma luterana. Nosotros, sin que podamos demostrarlo hoy, tenemos la firme convicción de que Helena visitó, como tantos otros, los centros ocultistas ibéricos, y aun se sospecha por más de un teósofo que llegó a formular revelaciones muy gratas para todo ocultista ibérico respecto al pasado y al porvenir de nuestra Península, todo lo que su reaccionario presente le desagradara."

Otro tanto que de España podemos decir de Francia. La visita de Helena al misterioso territorio de la Costa de Oro la tenemos por indiscutible. De ella debió dejar amplias notas entre sus papeles reservados, cuya publicación prohibió hasta después de su muerte, y que, ya acaecida esta muerte, ha dado a la publicidad con el posible esmero la señora Annie Besant en lo que se suele llamar tercer volumen de *La Doctrina Secreta*. El hermosísimo pasaje relativo a los dos grandes centros iniciáticos druidas de Bibractis y Alexia (junto a la moderna Autun borgoñona), donde cursaban hasta 60.000 alumnos cuando César los arrasara, relato que probablemente las encabezase, está copiado casi al pie de la letra de la *Ortodoxie Maçonique*, del Gran Ragón, "el último masón iniciado", como le llama varias veces aquélla. Sí ese Macizo Central, clave de toda la hidrografía de Francia, con sus Montes Cévennes al Norte, separadores del Saona, el Sena y el Loira, es o fue antaño un "Pequeño Tíbet" druídico, dentro de la ley universal y teosófica de la analogía, y semejante retiro iniciático hubo de tener en sus manos en tiempos remotísimos todo el ocultismo de las Galias.

Otro tanto puede pensarse quizá de las dos inmensas mesetas de Suabia y Bohemia, que por el SO. y NO., respectivamente, encuadran el lecho del Alto Danubio antes de llegar a Viena. Muy probable nos parece también que H. P. B. visitase tales centros durante este viaje de cerca de dos años, en que realmente no se sabe dónde estuvo, ni jamás se ha dicho por ella ni por nadie que habitase en tales o cuales poblaciones europeas, como ya se dijo constantemente de ella después, a partir de 1871, sin duda porque en ninguna población casi se hubo de detener. Para lanzar este aserto nos apoyamos en las íntimas relaciones de discipulado que Helena tuvo siempre con Maestros de dichos países, al tenor de la siguiente cita que tomamos de la Conferencia reservada a teósofos y que, no obstante ser reservada, fue en el acto profusamente publicada por las Revistas (véase el número de *Sophia* correspondiente a enero de 1910). En dicha conferencia de Mrs. Besant, y que tuvimos nosotros también la suerte de oír en la Salle de Geographie de París el 28 de octubre de 1909, bajo el título de *El porvenir que nos aguarda. Influencia de la S. T. en el próximo ciclo*, se consignan, entre otros extremos, los interesantísimos que siguen:

"El fundador de todo el movimiento espiritualista moderno se debe a Christián Rosenkreuz, quien, procedente de Oriente, creó con otros doce Maestros la célebre Institución Rosa-Cruz. Cada uno de estos doce miembros traía la misión de facilitar el desarrollo de la ciencia moderna (Renacimiento), impulsando: el cultivo de la antigua terapéutica con la funda-

ción de la ciencia médica actual; el de la astrología, base de la astronomía nuestra; el de la alquimia, base de la química. Cada uno de estos doce Maestros tenía a su vez un discípulo adecuado, apto para perpetuar a su vez la respectiva ciencia del Maestro.

"Rosenkreuz reencarnó en Hunjadi-Jainos, célebre defensor de Hungría contra los turcos, y después en Bacón Berulamio, el gran escritor y filósofo inglés, fundador de otro organismo de carácter rosacruciano, y después en el húngaro Racoezcy, príncipe real que, desapareciendo a tiempo de la escena del mundo, salvó a su país en la lucha con Austria, y su personalidad, continuada a través de los siglos, es la misma del Conde de Saint-Germain en el siglo XVIII, preclaro discípulo de la Logia Blanca o de los Arahat. Un amigo y discípulo a su vez de Saint-Germain fue el austríaco Zimnski, conocido también por 'el hermano Joseph', encarnación anterior de nuestra H. P. Blavatsky. Saint-Germain y Zimnski trabajaron juntos en el siglo XVII, fundando muchas Sociedades secretas, algunas de ellas de carácter masónico, y en las cuales eran admitidos indistintamente las mujeres y los hombres. Dichas logias y otras hicieron cuanto les fue posible para extender el ideal de fraternidad entre los pueblos, pero Europa no estaba preparada para semejante movimiento. Este ensayo tuvo, sí, éxito en América, que estaba mejor preparada para recibirle con la instauración e independencia de la gran república mientras fracasaba en la Revolución Francesa. Según las palabras misteriosas que el conde de Saint-Germain dejó consignadas en sus Memorias, él volvería a presentarse en los comienzos del siglo XX. Algunos teósofos le han podido ver al final del XIX, y a mí mismo me ratificó tal promesa."[4]

[4] "W. G. Judge ha hablado diferentes veces de "el Maestro húngaro de H. P. B.", en relación con un activísimo centro oculto que desde este país enviaba sus ramificaciones al mundo, como dice C. Lazemby en reciente artículo de *La Estrella de Occidente* (librería de Nicolás B. Kier, Talcahuano 1875, Buenos Aires), añadiendo lo que sigue y que dejamos, naturalmente, a su entera responsabilidad:

"Cada Maestro de Sabiduría es hijo de toda la raza humana, y por la naturaleza misma de su ser debe trabajar por la evolución del conjunto, sin distinción de raza. No existe para él el patriotismo, aunque sí puede estimular esa virtud en los menos evolucionados. El arte y la producción de cosas bellas, las emociones activas que corresponden a la armonía, al color, a las líneas, a los sonidos, la cultura de los valores estéticos, la vigilancia siempre despierta a fin de que el hombre no desprecie su cuerpo, ese tabernáculo de la sabiduría y del amor, he aquí la tarea del Austríaco, el dharma de este gran amante de los hombres.

Su ideal está naturalmente en oposición con el de los ascetas y el de aquellos que menosprecian y aborrecen el hermoso cuerpo de carne y sangre que Dios nos ha dado. El reseña a sus discípulos a glorificar el cuerpo, a santificarlo y a mantenerlo siempre conforme a la ley divina. Jamás enseñó a nadie que las puertas del cuerpo fuesen impuras; al contrario, manda a los hombres venerar el sexo, así como veneran a sus propias madres. El hombre o la mujer jamás deben considerar las energías productrices de la Naturaleza como impuras, so pena de deshonrar al universo entero en que vivimos.

"¡Oh, tú que vives confiado en las promesas del mañana! Sabe que aquel que no reconoce a Dios en la sublime simetría del cuerpo, en la belleza de esa armoniosa vestidura de la divinidad, desconoce la verdad, y el Dios en él está ciego."

El Austríaco no representa ningún ideal ascético, pero siempre impulsa hacia adelante la feliz mediocridad, la ley del equilibrio y de la armonía en todos los departamentos de la vida humana. No enseña a sus discípulos a vencer el cuerpo, sino a vencer la fealdad del pensamiento que hace feo al cuerpo; la fealdad de la educación que produce el ambiente de fealdad suprema, en la que los hombres se complacen en

Mucho deploraríamos que el bondadoso lector que nos sigue a lo largo de estas difíciles páginas nos saliese con el lamentable estribillo de "¡oh hermosa fantasía!" que acostumbraban a emplear los escépticos en semejantes casos. No. En estas cosas iniciáticas tan hondas y sagradas, el más diligente investigador o el más hábil sabueso policíaco no pueden encontrar testimonios cerradamente auténticos y a guisa de "actas notariales": si el dato concreto falta siempre, no falta jamás el dato analógico, al tenor de la preciosa ley de investigación que suele llamarse "clave de Hermes" o "Ley teosófica de la analogía", ley que aun en la misma ciencia positiva ha proporcionado más descubrimientos que las decantadas "observación y experiencia" de los sabios, y aquí, en todo el curso de este capítulo, seguimos dicha ley, aunque apoyándonos en tal o cual dato esporádico que va guiando a nuestra intuición.

Diríase, en efecto, que Helena iba siguiendo de retiro en retiro, o séase de meseta en meseta montañosa, porque, desde luego, como ya vimos antes y repetimos ahora, ella misma dejó consignado que "la Naturaleza tiene rincones muy extraños para sus Elegidos (los Maestros y sus discípulos)", lejos, muy lejos del mundanal ruido, que diría el clásico salmantino, y el "platua", o sea "la meseta", como lugar intermediario entre la babel humana del llano y la pavorosa e inhospitalaria altura donde reinan en todo su esplendor las terribles fuerzas naturales, es sin duda el sitio más adecuado para el iniciático contacto físico de los Maestros de Ocultismo con sus discípulos.

Así hemos visto a Helena desde que comenzó la durísima ordalía de sus extraños viajes iniciáticos ir a las dos típicas mesetas de la Sonora mexicana y del macizo boliviano, los dos centros orográficos de América del Norte y del Asia; después a la del Ladakh o Pequeño Tíbet en Asia.

vivir. Ha sido siempre el representante de aquellos hombres sinceros que consideran sus cuerpos como templos del Dios viviente y que aman a sus semejantes y se regocijan con ellos en la plenitud de su fuerza productiva. Es, en fin, el Maestro de los artistas. Si consideramos su obra a través de las edades, lo encontramos siendo el poder conductor en Grecia, detrás de Pericles como organizador y detrás de Fidias como productor, detrás de Esquilo y Sófocles, detrás de la admiración de los griegos por la vida humana en su forma y pensamiento. Vemos su influencia en las filigranas moriscas y en los mosaicos; lo vemos conducir la mano que ilumina los preciosos manuscritos; lo vemos encarnándose casi en Miguel Angel. Sentimos moverse su presencia graciosa y serena a través del Renacimiento; lo reconocemos como Maestro, en el impulso a la literatura de la época de Elisabeth, en su obra entre los Adeptos y Rosacruces, y difundir su belleza sobre la cuna de la prensa de imprimir, ese hijo de la actividad rosacruciana, hoy en día un efebo ya potente, que en los dos siglos venideros entrará en la plenitud de sus deberes de adulto, dejando paulatinamente de lado las puerilidades que actualmente acaparan una gran parte de su actividad. Actúa constantemente en su forma física, pero raramente ocupa una posición elevada en el mundo de las artes. Es el corazón oculto que distribuye la sangre vital de la belleza a través de las venas de la Humanidad, que inspira, vivifica y enseña una técnica nueva, el uso de nuevos coloridos, de nuevas armonías y dirige de esta manera las diversas escuelas del arte, de la música y del drama. De este modo estimula el progreso de la evolución, de acuerdo con el tipo y las necesidades de los egos encarnados en una época determinada. Lo encontramos en la India, en Persia, en el Japón y en todas las antiguas civilizaciones. Asiste a los cónclaves místicos de la China, en el cuerpo del Gran Dragón de la Sabiduría, pues es un maestro muy antiguo, que tiene largos años de servicio, pues su iniciación en la condición de Mahatma data de la antigua Atlántida."

Asimismo la vamos a ver ahora en ese otro macizo montañoso de la Cólquida, la Iberia, la Mingrelia, la Georgia y la Imericia(según datos concretos de su propia familia), o sea en el entronque poderoso del Cáucaso con los montes de Armenia, cuna segunda de la raza aria o indo-europea... ¿Qué de extraño tiene, pues, que nosotros, guiados por sugestivos indicios, la supongamos visitando antes que este último centro iniciático y después de aquéllos las mesetas argelino-marroquíes, la española, la francesa y las del alto Danubio?

Sea de esto lo que quiera, lo que nos interesa es, puesto que de él hay datos ciertos, detallar la visita a este último *retiro* de la viajera infatigable. Mas como nos encontramos antes con la llamada "sorpresa de Pskoff", es preciso abrir un largo paréntesis para ocuparnos de este curioso incidente, que demuestra cómo el amor a la Humanidad, así, con mayúscula, no había ahogado en la errante Helena, al cabo de diez años, el amor a su familia. Helena, cuando ya todos los suyos hacían lo posible por olvidarla, creyéndola muerta no se sabía donde,[5] se presentó inopinadamente a los suyos, en Rusia, la propia noche de bodas de uno de sus deudos, previo un notable caso telepático que Sinnett nos describe así.

"La señora Jelihowsky, entonces señora Yahontoff, nos cuenta en estos términos el episodio de la inesperada presentación de Helena en la boda de una cuñada de aquélla: 'Estábamos celebrando la cena en la noche de Navidad, y unos tras otrros llegaban carruajes llenos de invitados, sin que cesara un momento de sonar la campanilla del vestíbulo. En el momento de los brindis —que es muy solemne en Rusia—, cuando los parientes del novio se levantaron, copa de champaña en la mano, para desear mil felicidades a la dichosa pareja, sonó estrepitosamente la campanilla. Movida por irresistible impulso, y aunque el vestíbulo estaba lleno de criados, la señora Yahontoff —es decir, yo misma— saltó de su asiento, y con asombro de todos, pricipitóse a abrir la puerta. Según dijo después, estaba convencida, aunque sin poderlo explicar, de que quien llamaba era su hermana, por tanto tiempo ausente' ".[6]

[5] "Durante los ocho primeros años después de su fuga, Helena —dice su tía— no dio señales de vida a la familia de su madre, temerosa de que su legítimo 'señor y dueño' le siguiera la pista. Unicamente su padre sabía por dónde viajaba, y convencido de que jamás lograría decidirla a volver a su patria, consintió en su ausencia, y le giraba fondos a los puntos donde ella pudiese fácilmente recibirlos."

[6] H. P. B., según nos dice su hermana Vera P. Jelihowsky, llamaba al espiritismo "un materialismo espiritual". Desde 1875, todas sus cartas de América venían tronando iracundas contra las sesiones mediumnísticas, en las que se evocaban a los muertos, y "bajo las falsas apariencias de nuestros queridos difuntos", se materializaban sombras, fantasmas y elementos embusteros, tan peligrosos de suyo como perjudiciales a la salud para los médiums evocadores, quienes venían a ser así, fatalmente, sus víctimas pasivas. Su visita a los hermanos Eddy, los conocidos médiums norteamericanos de Vermont, fue la última gota que hizo rebosar el vaso, y desde entonces se convirtió en la mortal enemiga de todo espiritismo demostrativo. Aunque siempre consideró a esta doctrina como la autora de un gran servicio a la causa de la Humanidad al poner de relieve los errores y absurdos de la creencia materialista, consideraba que, una vez que el espiritismo había probado la existencia de fuerzas inmateriales en la Naturaleza, la misión del mismo había terminado, y no podía ya permitírsele que arrastrase a la sociedad a otro más peligroso error, a saber: la superstición y la magia negra. "La fundación de la Sociedad Teosófica, añadía, se debe, precisamente, a la necesidad de poner término a todos los excesos, supersticiones y abusos de los falsos profetas de la letra muerta; a los innumerables falsificadores de las religiones exotéricas, así como también a los peligrosos resultados de la pasiva mediumnidad. Llamadnos, si queréis, espiritistas todavía, pero no al modo corriente actual, sino al tenor de los primitivos ritos iniciáticos de la escuela alejandrina."

"Desde que hubo llegado mi hermana, acaecieron por toda la casa los más extraños fenómenos: golpes, susurros, ruidos misteriosos e inexplicables, tanto junto a ella como en todos los aposentos de la casa, en las paredes, en el suelo, las ventanas, sofás, almohadones, espejos, relojes, etc. Por más que Helena tratase de disimular, riéndose de estos fenómenos y tomándolos a broma, no podía negarlos ni negar tampoco su oculto significado. Por fin, a nuestras reiteradas preguntas, confesó que aquellas manifestaciones no habían dejado de seguirla por doquiera, igual que en los días de su infancia y juventud. También reconocía que semejantes ruidos podían aumentar o disminuir por la sola fuerza de su voluntad, como en efecto nos lo demostró. Por supuesto, las buenas gentes de Pskoff se enteraron de lo que ocurría, aunque todavía no había llegado hasta allí los fenómenos del espiritismo que tanto ruido hacían ya por todo el mundo[7]. Recuerdo que cuando se le decía a mi hermana si era médium, aseguraba sonriendo que no, sino tan sólo un *mediador* entre los mortales y ciertos seres elevados, de quien nada sabíamos los demás. Nunca pude, sin embargo, comprender semejante diferencia... Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que durante el tiempo aquel que estuvo en mi casa ocurrieron constantemente, a la vista de todos, propios y extraños, crédulos e incrédulos, las más sorprendentes manifestaciones."

En este aparente juego de palabras entre la de "médium" (medio o intermediario) y "mediador", que Helena hacía a su hermana sin que ésta la comprendiese bien, estriba la actual diferencia que, en un plano inferior, separa al Espiritismo moderno de la moderna Teosofía, y decimos "en un plano inferior", porque la "Ciencia de las religiones" o "Sabiduría primitiva" por fuerza tiene que ser "Ciencia del Espíritu y de los espíritus" en el más elevado plano del pensamiento y viceversa, razón por la cual un alto espiritista, ese que huye del fenomenalismo peligroso, es siempre un teósofo, pertenezca o no —ello es en realidad lo menos— a la moderna y humanamente defectuosa "Sociedad Teosófica". Semejante alto espiritista, de los que tan nobles modelos hemos tenido en España, en lo que menos suele parar mientes es en el fenómeno, ya que el conocimiento del "hecho" es de vulgares, el de "la ley" es de científicos, y de filósofos el conocimiento de "los principios, que presiden y regulan a la ley como ésta a su vez a los hechos todos[8].

[7] No olvidemos que el espiritismo fenoménico moderno empezó en América en 1848, en la casa de las hermanas Fox; como más al pormenor puede verse en los libros en los que se hace historia del Espiritismo, tales como *El hipnotismo prodigioso*, de Aymerich.

[8] La revista *Gyan* hace el siguiente y curioso paralelo entre el Espiritismo y la Teosofía:

"El Espiritismo es la antesala del conocimiento espiritual: La Teosofía es el espacioso salón donde brilla con todo su esplendor la verdad. — El Espiritismo es el Alpha de la espiritualidad: La Teosofía es todo el alfabeto de la espiritualidad. — El Espiritismo es el microcosmos espiritual: La Teosofía es el macrocosmos. — El Espiritismo es lo concreto: La Teosofía es lo abstracto. — El Espiritismo es como las cuatro reglas

Dentro, en efecto, de la "sexuada" correlación de la vida, todo ha de ser "masculino y activo" o femenino y pasivo", y así, nuestra convivencia "a ciegas" con el mundo astral nos presenta el dilema "sexual" de "dominador" o dominado". Si lo primero, se es mago, adepto o maestro; si lo segundo, se es, en cambio, juguete de lo astral, ser supeditado o anormalizado en uno u otro sentido, es decir, "médium". Un Apolonio, un Saint-Germain, y cien otros dominadores de las fuerzas mal llamadas "espirituales" simplemente porque son invisibles, pertenecen a la primera clase; una Florencia Cook, de Croques, una Eusapia Paladino, de Lombroso, o una moderna Eca Carrière, de Bisson, pertenecen a la última. Los primeros pueden siempre, como magos, provocar el fenómeno que les plazca a su perfecta voluntad; los segundos no pueden prometerse nunca de antemano la producción del fenómeno más nimio. Una diferencia análoga a la que la ciencia debería establecer entre la activa y divina Imaginación Creadora, que vence al mundo exterior, y la pasiva, alocada y cambiante Fantasía, que es arrebatada aquí y allá por la corriente de la Luz Astral, como la seca paja por el vendaval.

Y, a bien decir, según el lector lo irá apreciando, Helena fue recorriendo evolutivamente a lo largo de su vida toda la infinita gama que va del mediumnismo al adeptado, sin que pueda decirse cuándo empezase uno de tales grados seriales de la escala para ceder el puesto a otro. Así su mediumnidad empezó en el propio bautismo, como ya vimos [9], siguió aterradoramente trágica, como vimos también en los primeros capítulos, y a la sazón era una como mixtura en la que, como afirman sus biógrafos, ni dominaba propiamente a los fenómenos, ni éstos la dominaban a ella, acaeciendo lo primero cuando aún yacía bajo sus neurosismos mediumnísticos de su primera edad, y lo segundo cuando empleaba los poderes que por sus Maestros del Pequeño Tibet le habían sido conferidos, como decía. El curso del próximo capítulo nos hará ver más claro todavía semejante punto.

Esta distinción radical entre el Adepto y el médium, distinción tan grande como la que media entre la luz y las tinieblas, tenía en Helena una verdadera aurora. Los recientes estudios del Instituto metapsíquico de Francia acerca del "ectoplasma" hallarían gran base y confirmaciones en los fenómenos que en 1858 comenzó Helena a producir a tontas y a locas, sin necesidad de ninguna de las precauciones que suelen tomarse en semejantes casos, y sin que se registrasen fracasos como el reciente de la médium Eva Carrière, que hoy nos relata la veterana revista espiritista *Lumen* [10].

---

elementales de la Aritmética: La Teosofía es el Algebra espiritual. — El Espiritismo afecta a la emoción: La Teosofía afecta la mente superior. — El Espiritismo seduce: La Teosofía convence. — El Espiritismo nos habla solamente 'del más allá': La Teosofía nos habla de todas partes. — El Espiritismo es el brazo: La Teosofía el cerebro. — El Espiritismo muchas veces es el puente conductor hacia la espiritualidad: La Teosofía es el centro de gravedad del conocimiento puro. — El Espiritismo es la parte: La Teosofía es el todo. — El Espiritismo presume Teosofía: La Teosofía comprende al Espiritismo. — El Espiritismo es el fenómeno: La Teosofía es el nóumeno. — El Espiritismo es muy posterior a la Teosofía: La Teosofía la encontró el hombre en la tierra. — El Espiritismo es derivado: La Teosofía es original. — El Espiritismo es destello: La Teosofía es luz. — El Espiritismo es antorcha: La Teosofía es fanal. — El Espiritismo es de la flor el cáliz: La Teosofía es toda la flor."

Convengamos en que el paralelo es donosísimo y no exento de cierta verdad.

[9] Si el hecho acaecido en el bautismo de Helena es bien curioso, aún lo es más el que Luis Figuier, en *La ciencia y sus hombres*, cuenta del bautismo de Leibnitz o Leibniz, como él se firmaba, notable hecho que fue tenido como un presagio por su padre. En el momento en que el sacerdote tenía el niño en sus brazos, dice: "Levantó éste la cabeza, la adelantó y recibió el bautismo con los ojos abiertos, como si hubiese comprendido lo que aquéllo significaba, y el padre lo consignó en su diario por medio de las siguientes líneas: "Yo predigo que esto es un signo de fe. Predigo también que este niño durante su vida caminará con los ojos alzados hacia Dios, que arderá en su amor divino y que este amor le llevará a hacer cosas maravillosas para la gloria del Altísimo . . ."

Más adelante el mismo autor añade: "De Altorf pasó Leibniz a Nuremberg, ciudad que reunía entonces muchos sabios y literatos cuyo trato creía él que podía serle útil para su adelanto en las ciencias. En Nuremberg había una reunión más o menos misteriosa de aficionados que trabajaban en busca de la trasmutación de los metales. Leibniz se sintió atraído por esos alquimistas. Los Rosacruces habían seducido a Descartes. Leibniz lo fue por los alquimistas de Nuremberg, a quienes era más fácil hallar que a los invisibles hermanos de la Rosa-Cruz. A fin de que los adeptos de Hermes opusieran menos dificultades para iniciarle en sus misterios, se les hizo anunciar Leibniz como un cofrade y, para justificar su ciencia, les escribió una larga carta, muy sabia en apariencia, pero llena de términos oscuros o raros que había sacado de los escritores herméticos, y que era casi ininteligible. Los miembros de la Sociedad de Nuremberg comprendieron muy bien esta carta, que su mismo autor no comprendía, por lo que no se contentaron con admitirle en la Sociedad, sino que crearon para él una plaza de secretario con muy decoroso sueldo."

[10] "Hemos ofrecido varias veces, dice su director, D. Quintín López, ocuparnos del fracaso de Eva Carrièrre en la Sorbona, y vamos a cumplirlo. Puede Heuzé echar las campanas a vuelo. Por esta vez, ni Eva ha demostrado la realidad del *ectoplasma* —materia astral desprendida del médium para la producción del fenómeno espiritista—, ni médium ninguno ha conquistado el premio seductor de varios miles de francos de *Le Matin*, ni Einer Nielsen ha desmentido la acusación de fraude que sobre él han lanzado los doctores Haneborg, Scharffenberg y Wetterstad, ni el mismo Kluski ha dado explicación satisfactoria a su 'humorada' de Varsovia . . .

Heuzé perseguía, y persigue, desmoronar al Espiritismo por su base. Y debió decirse: "Puesto que Kardec dijo, y sus discípulos sostienen todavía, que los principios que proclaman reciben su plenario de los experimentos medianímicos, acudamos al examen de éstos y veamos si responden a la trascendencia que se les concede." Y de aquí el concurso de *Le Matin*, y de aquí sus gestiones para que Eva se sometiese a la observación de los profesores de la Sorbona, y de aquí su celo por acoplar y lanzar a la publicidad todos aquellos hechos que son el alma de su campaña. El plan no está mal trazado ni presentado, y seguramente Heuzé no dejó de contar, al concebirlo, con el apoyo que a su finalidad habían de prestarle dos factores que le son inseparables: el que ningún médium pueda prometerse nunca la obtención de tal o cual fenómeno, ni la obtención del fenómeno siquiera; y el que, aun cuando el fenómeno se obtenga, siempre da lugar a dudas, a disquisiciones, a interpretaciones varias.

Para el concurso de *Le Matin*, no hubo médium que se prestara. ¿Por prudencia, por miedo, por no haber en todo París uno dotado de las necesarias facultades, por ser la mediumnidad una mentira? Cada cual pensará lo que piense; pero el gran público, igualmente crédulo que descreído, no cabe duda que ante la sugestión del fracaso, hábilmente expuesto bajo títulos a dos columnas, descartará la primera posibilidad y barajará las tres últimas, para deducir un argumento, del que el Espiritismo no saldrá muy bien librado. Y esto también debió entrar en los cálculos del cronista de *La Opinión*. Por nuestra parte afirmamos, porque tuvimos ocasión de comprobarlo, que había en París, por aquel entonces, médiums capacitados para ir a la conquista del premio ofrecido por *Le Matin* . . . si hubieran podido disponer de los espíritus como de un muñeco. Como no contaban con esta seguridad, hicieron bien, y nosotros lo aplaudimos, desestimando la invitación. Mme. Bisson no pensó así, y ofreció su médium en holocausto a los profesores de la Sorbona. No la reprochamos, ni reprochamos a

Y más adelante añade Sinnett, después de amplios detalles que pueden verse en su citada obra:

"Aunque sea imposible detallar ni siquiera una parte de los fenómenos producidos por Helena durante su residencia en Pskoff, pueden clasificarse así: 1º Respuestas directas verbales o claramente escritas, contestando a preguntas formuladas mentalmente, es decir, "lecturas del

---

nadie. Ello es que los ectoplasmas no se produjeron, y el gran público, otra vez, pudo pensar en fraudes, en alucinaciones, en mentiras. Si Heuzé nos respondiera con franqueza, seguramente nos diría que no contaba con ese éxito; porque tratándose, como se trata, de un simple fenómeno medianímico, había motivos suficientes para esperar que en la Sorbona se confirmase, o se dejase en entredicho, cuando menos, lo que en tantos otros sitios se ha observado y comprobado. Sabemos de sobra que los fraudes medianímicos se dan a granel, y de todas clases, y en todos los medios; y los fraudes intentados en Cristianía por Einer Nielson, y la "plasticidad" que produjo en Varsovia Franeck Kluski, y las "fotografías trascendentes" que nosotros nos trajimos de Londres, no son otra cosa que "justos castigos" a nuestro insaciable deseo de colosales fenómenos, y a nuestra credulidad inocente, y a nuestra confianza bobalicona. Por este concepto, Heuzé nos presta un señaladísimo servicio. Nos abre los ojos, y debemos darle las gracias. Pero, de todo esto, ¿qué es lo que se derrumba? Con todo esto, ¿qué es lo que el Espiritismo pierde?

Supongamos, pues, que del concurso de *Le Matin* hubiera resultado que los médiums A., B. y C. hubieran patentizado sus facultades clarividentes, telepáticas, teleplásticas, telestésicas...; que Eva Carrière hubiera convencido a los profesores de la Sorbona de la realidad del ectoplasma, y Einer Nielsen hubiera dado a la "Sociedad Noruega de Investigaciones Psíquicas" un testimonio más de esa sustancia amorfa en entredicho; que todas las fotografías de lo invisible fueran reales y que ningún fenómeno medianímico fuera apócrifo. ¿Bastaría todo para que Heuzé y los que le siguen dieran por confirmada la tesis espiritista? ¡Claro está que no! Heuzé respondería, y estaría en lo cierto, que los fenómenos apreciados ponían de relieve ciertas propiedades del sujeto medianímico, o cuando más, del espíritu del sujeto medianímico; pero nada decían de la doctrina espiritista. Pues si el *éxito* nada diría en pro del Espiritismo, ¿cómo es posible que el *fracaso* lo diga todo en contra? Lo ocurrido en *Le Matin*, en la Sorbona, en Cristianía, en Varsovia, en Londres..., es el fracaso de uno, de diez, de mil médiums, no el fracaso de una idea que se apoya en la experimentación fisiopsíquica metapsíquica de todos los tiempos, de todos los lugares y con toda clase de sujetos y de médiums; de igual modo que la operación desgraciada hecha por el cirujano A, y la que hizo B, y la del C, y la del D, y la del E..., son fracasos para tales cirujanos, pero no fracasos para la Cirugía, que es la resultante científica del conjunto de operaciones y modos operatorios que caben en lo posible con éxito muy probable, y nada tiene que ver con la torpeza, la desidia o la imprevisión del que maneja el bisturí, ni con las intercurrencias desgraciadas que puedan presentarse.

De modo similar al nuestro deben pensar los profesores Lapicque, Dumas, Pieron y Laugier, cuando, en la conclusión de su informe sobre las experiencias con Eva en la Sorbona, no dicen que el Espiritismo sea falso, ni que los fenómenos sean una patraña, ni que la mediumnidad sea un truco: dicen, simplemente, que "*en lo que concierne a la existencia de un 'ectoplasma' que sería inexplicable con las ideas actuales de la fisiología*, NUESTRAS EXPERIENCIAS HAN LLEGADO A RESULTADOS QUE NO PUEDEN CONSIDERARSE DE OTRO MODO QUE COMO ENTERAMENTE NEGATIVOS". Juzgan, pues, por sus solas experiencias, sin generalizarlas, sin insinuar siquiera que las experiencias precedentes con la misma médium debieron dar idénticos o parecidos resultados. Es una medida de prudencia, de sabiduría, que no todos han imitado. Porque el cirujano *A* estuvo desgraciado en la operación *B*, la Cirugía es una mentira y todo cirujano no ganapán indigno. Así es como se ha enjuiciado la cuestión por varios periodistas omniscientes."

Un caso tal, repetimos nosotros, ocurre, cuando menos se espera, con los mejores médiums, como "dominados" que son y no "dominadores" de las fuerzas de lo astral, pero ya, como yoguina que era, no ocurriría con H. P. B.

pensamiento". 2º Recetas dadas en lengua latina para diferentes enfermedades consultadas y que, en efecto, fueron curadas por aquéllas. 3º Revelación de secretos particulares, desconocidos de todo el que no fuese la parte interesada que había merecido tal castigo por haber formulado dudas ofensivas respecto de los fenómenos. 4º Cambio de peso, a voluntad, en personas y objetos. 5º Cartas recibidas de incógnitos corresponsales, y respuestas que, dadas inmediatamente por escrito, se encontraban después en los más impensados lugares. 6º Aparición y aporte de objetos que no pertenecían a ninguno de los presentes. Y, 7º Sonidos aéreos (campanas astrales), que resonaban doquiera ella lo deseaba. Todas estas sorprendentes e inexplicables manifestaciones de una fuerza inteligente y casi diría que omnisciente a veces, causaron honda conmoción en Pskoff.

Olcott, por su parte, nos dice:

"Si analizamos los fenómenos psíquicos producidos por H. P. B., dice Olcott, veremos que pueden ser clasificados así: 1º Aquellos cuya producción exige el conocimiento de las propiedades fundamentales de la materia y de la fuerza de cohesión que mantienen la aglomeración de los átomos, particularmente el conocimiento del Akasha, éter o materia primordial, su naturaleza, potencialidad y contenido. 2º Los que dependen de los elementos, o "espíritus" de los elementos, sometidos al poder de su voluntad. 3º Aquellos que por sugestión hipnótica y transmisión del pensamiento determinan sensaciones ilusorias en la vista, el oído o el tacto. 4º Los que presuponen el arte de crear imágenes o escritos evocados con este fin en el espíritu del adepto-operador, por ejemplo, la precipitación en un dibujo, o de un texto sobre el papel u otra cualquier sustancia, ya de una carta, una imagen o un signo, sobre la piel humana, etc. 5º Aquellos que pueden referirse a la lectura del pensamiento y clarividencia del pasado o del porvenir. 6º Los que suponen relaciones espontáneas entre su espíritu y el de otras personas dotadas de condiciones psíquicas análogas a las suyas, o bien, en ocasiones, la subordinación de su voluntad y de toda su persona a otra entidad superior. 7º Los de especie muy elevada, o de penetración, intuición o inspiración, y por los que consultaba los tesoros de humana sabiduría almacenados en los archivos de la luz astral.

Mis observaciones de veinte años me permiten pensar que cuantas historias llevo contadas, o por contar aún, caen bajo alguno de los anteriores epígrafes. Un escéptico podrá decir que estos últimos son arbitrarios y fantásticas mis hipótesis. Me exigirá, por ejemplo, que pruebe la existencia de los espíritus elementales, de la clarividencia, la posibilidad de aportes a distancias, la negativa de que nadie sepa nada positivamente acerca de la naturaleza, de la cohesión, etc. Mi sola respuesta será la de contar lo que llevo visto y lo que han visto otros, y de desafiar a los escépticos a que nos descubran otras leyes naturales capaces de explicar los hechos —los innegables hechos— que llevo enumerados. Si se recurre a la teoría de los milagros o de la intervención diabólica, me callaré, porque entonces no cabe argumento alguno; pero nunca me consideraré capaz de explicar todos los fenómenos de H. P. B., pues que para ello sería preciso saber lo que ella, pretensión harto ridícula en mí."

Capítulo X

HELENA PRODUCE EN RUSIA INFINIDAD DE FENOMENOS ESPIRITISTAS

Vimos en el capítulo anterior la opinión de los dos biógrafos más importantes de H. P. B. respecto de sus extraordinarios fenómenos, fenómenos que se manifestaron con más intensidad en la época que historiamos y que a la postre habían de ser la causa de su injusto descrédito al ser ellos sometidos ante el incompetente cuanto injusto tribunal de la Sociedad de Investigaciones psíquicas de Londres.

Desde luego, la clasificación de dichos fenómenos que hace Olcott nos parece más amplia, comprensiva y científica, aunque nosotros creemos poder reducir sus siete epígrafes a dos tan sólo, a saber: 1º Dominio sobre los seres de lo astral, o sea "elementales" y "elementarios", poseedores de un mayor poder sobre las propiedades íntimas de la materia, algo así como el conocimiento y empleo de la "cuarta dimensión" del espacio. 2º Facultades superiores de sugestión, clarividencia, intuición e imaginación creadora, para las que es perfectamente fácil el leer en la "Luz Astral" de los cabalistas, luz que envuelve y compenetra a este mundo físico, y apropiarse todos los inauditos tesoros de esta última, aplicándolos a la producción de maravillas, "meipos" o milagros.

Pero antes de penetrar en este hondísimo problema, el lector nos agradecerá, sin duda, que le hagamos una exposición sumaria de los principios fenómenos que se le atribuyen a Helena, empezando por los que el bondadoso Sinnett relata más al pormenor con cargo a esta su estancia en las múltiples y variadas ediciones de sus *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky*, aunque nosotros aquí nos limitemos a la edición última de 1921, en la que omite infinitos hechos de la India, de los que más adelante trataremos.

Estos fenómenos de H. P. B. son, en síntesis, los siguientes, según más al detalle refiere su hermana la señora Jelihowsky [1]:

[1] Al referirlos, dicho señor añade:

"Aunque todos suponían que las manifestaciones operadas por H. P. B. o en su presencia provenían de sus facultades mediumnísticas, ella lo negaba rotundamente. Mi hermana, durante su larga ausencia de Rusia, había pasado la mayor parte del tiempo viajando por la India, en donde, según ahora sé, están muy menospreciadas las teorías espiritistas, y los fenómenos que nosotros achacamos a los 'espíritus' se atribuyen allí a agentes muy diferentes de las almas de los muertos. Los hindúes, en efecto, dicen que la mediumnidad procede de una fuente tal que si en ella bebiera mi hermana, degradaría, según cree, su dignidad, por lo que no quiere reconocer en sí misma la tal fuerza. Por cartas de ella recibidas veo que a mi hermana no le satisficieron mucho las cosas que dije en mis *Incidentes, etc.* Ahora como entonces afirma que en 1860 estaba influenciada, igual que hoy, por otra muy distinta clase de fuerza, esto es, por la que poseen los sabios hindúes llamados *rajayogis*, o 'señores de la Yoga', añadiendo que las figuras que se le han aparecido en todo el transcurso de su vida no son fantasmas ni espectros de difuntos, sino la presencia en cuerpo astral de sus potentes amigos. Sea de ello lo que quiera es lo cierto que mientras mi hermana estuvo a nuestro lado ocurrieron dos fenómenos a la vista de todos, parientes y extraños, crédulos e incrédulos, los cuales quedaron admirados por igual de tan sorprendentes manifestaciones."

(Sinnett, ib. cap. III.)

1. Ruidos o golpeteos en mesas, paredes, etc., contestando a preguntas o adivinando secretos pensamientos de los presente, su pasado y hasta su porvenir. Sometida a las más estúpidas "precauciones" por parte de los circunstantes, los fenómenos siguieron produciéndose, cerca o lejos, doquiera se la exigía.

2. Levantar a distancia grandes muebles y otros objetos pesados, como si fuesen masas las más livianas, o viceversa, hacer pesadísimos y hasta inamovibles pequeños veladores u otros ligeros objetos. (Caso de Leónidas de Hahn, uno de los escépticos parientes de H. P. B.)

3. Lectura, en recinto aparte, de una palabra —la palabra "Zaitchik"— escrita por el padre de Helena y encerrada bajo sobre. La tal palabra era el nombre del caballo de batalla favorito del coronel Hahn durante su primera campaña en Turquía. Esto le hizo pasar al noble prócer de escéptico volteriano, según la moda de entonces, a convencidísimo espiritista. De aquí el caso que subsigue y que detallaremos al tenor del relato de la hermana Jelihowsky.

4. "El coronel Hahn, convencido ya de los asombrosos fenómenos operados por su hija, se aplicó a reconstituir mediante ellos su cronología familiar, restaurando hasta sus raíces el árbol genealógico perdido en la noche de las primeras cruzadas. Las 'entidades' prometieron dar la información, y el coronel se enfrascó en la tarea desde por la mañana hasta por la noche. Primeramente le comunicaron la leyenda del conde de Rottenstern, el caballero cruzado, con la fecha del año, mes y día en que se había librado una batalla contra los sarracenos, y cómo mientras el caballero cruzado dormía en su tienda le despertó el canto de un gallo, en alemán "hahn", en el momento mismo en que un enemigo se había introducido en la tienda con intención de matarle, salvándole el aviso del ave. Desde entonces el gallo, símbolo de la vigilancia, estuvo representado en el escudo de armas de los condes de "Rottenstern", cuyo apellido se mudó en el de "Rottenstern von Rott Hahn", de cuya estirpe derivaron la familia de Hahn-Hahn y otras. Así fue recibiendo el coronel centenares de nombres de los descendientes del caballero de las cruzadas hasta llegar a la condesa Ida Hahn-Hahn, prima del padre de H. P. B., con un cúmulo de detalles relacionados con ellos. La familia Hahn, emigrada de Alemania e inmigrada en Rusia bajo Pedro III, tenía en su

árbol genealógico algunos eslabones perdidos, pero al consultar los documentos conservados por las diversas ramas de la familia en Alemania y Rusia, se vió que eran los originales de las copias comunicadas exactamente por los golpes dados con intervención de aquélla. Un tío de Helena, alto empleado en Correos de San Petersburgo, tratando de ver si pillaba a su sobrina en alguna inexactitud cronológica e histórica, solía interrumpir la serie de los golpes, preguntando por algún suceso de la época; pero la respuesta, siempre exacta, se recibía sin dilación, pues los invisibles auxiliares de Helena nunca se equivocaron en un caso tan sólo, únicamente pedían a veces uno o dos días de plazo para informarse. Por desgracia estas notas del coronel se han extraviado."

5. Descubrimiento del paradero de un criminal al que buscaba inútilmente la policía. El suceso aquél, dice Jelihowsky, tuvo gran resonancia, pero acarreó desagradables complicaciones —como acaba sucediendo siempre en estos casos según es de necio y de escéptico el mundo—, porque la policía del zar quiso averiguar cómo una mujer recién llegada del extranjero pudo conocer las circunstancias del crimen, y le costó no poco trabajo al coronel Hahn, su padre, el dar satisfacción a las suspicaces autoridades, explicando los fenómenos, sin que le creyesen. Por supuesto H. P. B. dijo después a Sinnett que los "espíritus" no intervinieron en este caso, sino que usó de sus facultades de clarividente viendo retratado el crimen en la luz astral, y después dirigió por sí misma y a distancia los golpes de la pretendida comunicación espiritista.[2]

[2] El difunto vicepresidente de la S. T. añade explicando esto último:
Los fenómenos más completos acaecían en las horas en que nos hallábamos en familia, sin extraños, escépticos y exigentes. En tales circunstancias sobrevenían aquéllos espontáneamente, sin que ninguno de nosotros, ni siquiera su principal autora, tomase parte activa para guiarlos en cuanto los presentes podíamos juzgar dadas las apariencias, y no tardamos en convencernos de que las fuerzas operantes eran de diversas categorías, según Helena nos declaraba continuamente. Los seres inferiores en la escala de los invisibles producen, parece, la mayor parte de los fenómenos físicos, mientras que los seres más superiores se prestan raras veces a la comunicación o trato con extraños. Los "invisibles" se dejaban ver, sentir y escuchar cuando reinaba entre nosotros tranquila armonía, y más fácil sería el enumerar los fenómenos que no ocurrieron durante aquellas horas memorables que describir los ocurridos. Siempre que Helena se sentaba para complacernos, nos preguntaba si preferíamos los golpes mediumnísticos inconscientes o los producidos por delegada y consciente clarividencia; pero aunque ninguno de nosotros comprendía bien la diferencia dicha, es lo cierto que aquélla actuaba unas veces de un modo y otras de otro, sin confundir jamás entrambos procedimientos. Nunca nos ocultó, en efecto, que desde su niñez hasta los veinticinco años había sido una poderosa médium, aunque, pasada dicha edad, a consecuencia de una disciplinada educación psíquica y física, logró dominar tan peligrosas dotes y borrar toda huella de mediumnidad inconsciente, o sea extraña a su voluntad y no sujeta a su dirección. Así, a la sazón, podía emplear dos distintos procedimientos en las comunicaciones tiptológicas; uno manteniéndose en actitud pasiva y permitiendo que las 'influencias' actuasen libremente, en cuyo caso las entidades elementales, desprovistas de cerebro, y cual el camaleón refleja los cambiantes de la luz, reflejaban más o menos fielmente los pensamientos de los circunstantes o seguían de una manera semiinteligente las sugestiones de la mente de H. P. B. El otro procedimiento, muy raras veces empleado por ella merced a que le repugnaba el tratar entidades difuntos, mejor dicho, entrar en 'sus corrientes de pensamiento', consistía en concentrarse en sí misma y, cerrando los ojos, buscar en la luz astral la corriente mental que conservaba las genuinas huellas de alguna celebridad ya difunta. Una vez hallada la tal corriente, Helena se 'identificaba' interinamente con ella y guiaba los golpes del modo adecuado para expresar cuanto la corriente de la luz astral había reflejado en su mente. Así, cuando la entidad golpeadora pretendía ser Shakespeare, por ejemplo, en realidad no se trataba de dicho personaje, sino del eco tan sólo dejado en la luz astral por los pensamientos que antaño vibraran en su cerebro y cristalizasen en la astral esfera de donde tiempo ha que desapareciese Shakespeare, dejando únicamente sus imperecederos pensamientos. Así, ni una frase de las señaladas por los golpes dejaba de haber estado previamente en el cerebro de Helena, el cual, a su vez, reflejaba fielmente cuanto su vista espiritual había leído en el luminoso Archivo de la difunta humanidad, cristalizada esencia mental producto del cerebro físico de un tiempo, y que era reflejada por el viviente cerebro de H. P. B. y expresada luego por ella mediante los golpes que inteligentemente dirigía ella misma. Unicamente cuando recurríamos a la mediumnidad pasiva obteníamos respuestas y comunicaciones que podrían honrar a un payaso de circo, pero no a Sócrates, Cicerón o Lutero, con cuyos nombres y el de otras eminencias gustaban de ufanarse los elementales que en las sesiones intervenían."

6. Rectificación y ampliación de las *Memorias de Catalina Romanovna*. Dashkoff, en cuantos párrafos había mutilado o suprimido la censura. El espíritu de la autora suplía tales deficiencias comparando con sus recuerdos astrales las anotaciones; Helena se negó, como de costumbre, a servir de amanuense al "espíritu" de aquélla, prefiriendo el dirigir cómodamente desde su butaca los correspondientes golpes alfabéticos.

7. Los elementales de Helena tienen para su buen padre la travesura de extraviar de su larga pipa, mientras que transmiten, como del gran poeta Pushkine, una muy mediocre poesía. Luego, uno de ellos, asumiendo la falsa apariencia de Voronof, el viejo ordenanza del coronel Hahn, le muestra la dicha pipa oscilando sobre la misma lámpara del comedor. Un fenómeno semejante, relativo a su librito de apuntes, nos narró antaño el difunto Agente presidencial de la S. T. en España D. José Xifré, cuando visitase por vez primera en la isla de Whigt a la maestra H. P. B., caso *novelado* por nosotros convenientemente en el cap. XII, parte 2ª de *El tesoro de los lagos de Somiedo.*

Después de los fenómenos transcriptos nos habla Sinnett, con cargo a los *Incidentes,* de la señora Jelihowsky, hermana de Helena, de otros no menos notables por ésta operados en una quinta de familia, propiedad de aquélla en la aldea de Rugodevo, provincia de Pskoff, a unas 200 verstas de San Petersburgo, a principios ya de 1859. Enumerémoslos, pues, someramente:

8. La quinta de Rugodevo había sido adquirida por Jelihowsky, ya viuda del Sr. Lahontoff hacía muy poco y sin conocer absolutamente a ninguno de sus antiguos propietarios. Sin embargo, llegada Helena con ella y con la pequeña Lisa, hermana de padre sólo de ellas, dio en seguida en la flor de ver en las piezas deshabitadas del vetusto edificio nada menos que tres espectros de otros tantos muertos, a saber: un estudiante alemán de larga cabellera, blusilla de terciopelo y amplio cinturón de cuero; una anciana con vestido corto y estrecho de color amarillo, pañolón cruzado sobre los hombros, delantal escocés y amplia cofia en la cabeza, imaginario retrato a estilo de la escuela holandesa que apenas nunca abandonaba las sombras del oscuro rincón, y un viejo alto, flaco, grotesco, con el sufrimiento retratado en su semblante decrépito y dotado de largas y terribles uñas que más bien semejaban garras diabólicas. Los fantasmas podían ser vistos también por la pequeña Lisa, sin que la produjesen la

impresión más mínima. Hechas averiguaciones entre los más ancianos de la aldea resultó, en efecto, que el primero de los antedichos personajes era realmente un estudiante, hermano menor de los antiguos dueños de la quinta, venido de Goetinga, y que allí había muerto de tuberculosis. La "dama holandesa", por su parte, era Mina Ivanovna, ama de llaves alemana de los Statkowsky, dueños de la quinta, que había estado más de veinte años en ella, y el viejo de las uñas largas, gabán gris y montera negra en la cabeza al estilo de los popes ortodoxos, era el difunto amo Nicolás Mihaylovitch, quien no podía cortarse el pelo ni las uñas sin producirse hemorragia, por causa del "Koltun", especie de sarna incurable contraída por él en Lituania. El aposento en cuestión donde Lisa y Helena veían a tales espectros y otros varios más les había servido, según las noticias, de estancia mortuoria, y no hay que añadir que los muebles allí danzaban sin tocarlos y siguieron los consabidos ruidos y golpeteos, acabando por habituarse a ellos los moradores de la quinta, que tal es de asombrosa la fuerza de adaptación humana.[3]

[3] Una base interesantísima para el problema de ultratumba nos la dan los comentarios que a estos fenómenos hacia Helena al decir de su hermana. A propósito del "fantasma de las patillas" que vagaba por el dormitorio de Lisa, sin que ella se asustase lo más mínimo, Helena aseguraba que semejantes fantasmas son siempre inofensivos, a menos que se les excite. "Tengo la convicción, añadía, pues que estoy ya acostumbrada a visiones semejantes sin que me afecten lo más mínimo, de que todos los mortales estamos constantemente rodeados de millones de tales sombras, que son la última imagen mortal dejada de sí mismos por sus ex propietarios, y es lo triste del caso que, lejos de rodearnos parientes y amigos a quienes tanto amamos y que tan cerca de nosotros han vivido, estos visitantes importunos son los que vienen a rodearnos con frecuencia. Ocasionalmente he reconocido a parientes lejanos y amigos circunstanciales, inesperadamente y sin que me hiciesen nunca caso, mientras que fueron siempre vanos cuantos intentos hiciese por ver a los seres queridos, razón por la que infiero que no son los vivos los que atraen a los muertos, sino más bien los lugares donde habitaron, los sitios en que vivieron y penaron y donde sus penalidades y formas externas quedaron más intensamente impresas en el ambiente."

He aquí, pues, los llamados "cascarones astrales" de la literatura teosófico-ocultista, dispuestos siempre a toda evocación mediumnística y las "huellas astro-fotográficas" que, a manera de las dactilares que estudia la moderna Criminología, dejan en todo las cosas todas, "memoria de la Naturaleza" o "archivos de la Luz Astral" que nuestra fantasía, con su inestudiado poder, percibe cuando está anormalizada o excitada, es decir, cuando por aproximarse a los estados patológicas tras los cuales la muerte aguarda siempre en último término, está más debilitado y transparente el "Velo piadoso de Isis", que ha de ser rasgado por nosotros al trasponer los umbrales de la eternidad. La consideración, en fin, hecha por H. P. B. relativa a la mayor afinidad sentida por el "cascarón", "eidolon" o "fantasma" del muerto hacia los "lugares predilectos" con preferencia a los seres queridos, es, a nuestro juicio, un "hilo de Ariadna" que nos puede conducir a un conocimiento más perfecto respecto de las realidades de ultratumba, porque, efectivamente, ya en los mismos momentos de las grandes amarguras —muerte moral que a veces antecede y determina a la muerte física— nuestra imaginación nos lleva fatalmente en busca de consuelo, ora a los lugares predilectos donde antaño hemos gozado —sobre todo a los de nuestra infancia— ora a los lugares donde hemos sufrido, tendencia que albora sin duda la realidad de lo que nuestro "cascarón" haría y habría de hacer al verse desligado, con la muerte, de las trabas corpóreas de esta vida. Con ello, en fin, se comprenderá cuán infantilmente hablamos de los complejísimos "fenómenos espiritistas", y cuánto más sabía que nosotros es aquella sentencia del clásico, cuando, al describir como con la muerte cada uno de los múltiples componentes de nuestra personalidad va ordenadamente al lugar debido, nos enseña que "la tierra teje y desteje la carne y en torno del sepulcro vaga el "cascarón" o sombra, mientras que la mente concreta desciende al "Hades" u "Orco", y el "Espíritu" o la Tríada de "Atma-Budhhi-Mana abstracto" vuela a los astros, de donde ha venido, según las enseñanzas que extensamente desenvolvemos en *El libro que mata a la muerte*, capítulos IV al VII.

"Por ciertas razones psíquico-magnéticas que serían muy largas de explicar —dice en otro lugar H. P. B., según Sinnett transcribe— no se acercan a nosotros los 'cascarones' de nuestros seres más queridos. No tienen tampoco necesidad de ello, a no ser unos perfectos malvados, pues que están con nosotros en el *devachán* o 'cielo', estado de felicidad en el que nuestro Ego Superior se ve rodeado de cuanto amó en la tierra, tanto de las entidades humanas queridas como de los objetos de anhelo espiritual. Las envolturas separadas de los principios superiores nada tienen de común con aquél. Así, el cascarón de un borracho quedará atraído hacia un viviente que lo sea también o que tenga al menos el germen de tal vicio, en cuyo caso lo desarrollará valiéndose del cuerpo del viviente para satisfacer sus ansias. Uno que muera en plena pasión sexual respecto de una persona, quedará atraído hacia ella. Los teósofos, y en especial los ocultistas, no debemos olvidar jamás el profundo axioma de la doctrina esotérica según el cual los seres vivientes estamos siempre atraídos hacia los espíritus de los que ya murieron, mientras que éstos no pueden, aunque quieran, descender hasta nosotros, o por mejor decir, hasta nuestra esfera."

Sinnett pone fin a este pasaje diciendo que Helena, según su hermana, conservó el triste don de convivir con los ya fallecidos, que rara vez se tomaban los de su familia la tarea de comunicarla por carta los fallecimientos de los suyos, pues que éstos, al tenor de las conocidas manifestaciones post-mortem, se encargaban de hacerse visibles a las clarividentes facultades de aquélla.

H. P. B. dijo en distintas ocasiones que, valiéndose de los más famosos médiums de su época, trató de comunicarse con sus muertos más queridos, sin que pudiese jamás lograrlo. Es cierto que recibió comunicaciones y mensajes con firmas, y hasta llegó a ver aquéllos en sus materializadas formas, pero el lenguaje de las tales comunicaciones era siempre de estilo muy distinto del usado en vida por el difunto respectivo. En cuanto a las firmas, asegura ella que eran sacadas de los reflejos de su propio cerebro y nunca pudo reconocer tampoco el "espíritu" del supuesto pariente entre la hueste de cascarones y elementales que la rodeaban doquiera, como ya se ha dicho, y esto si el médium era sincero e ignoraba además que H. P. B. podía "ver" tanto y más que él. Es más, de ordinario las cosas acaecían de muy distinto modo, porque a menudo, y con gran disgusto por su parte, ella notaba como que le extraían de la memoria sus recuerdos e imágenes cerebrales, desfigurándolas siempre en la confusa amalgama de estos recuerdos e imágenes propios con las propias ideas del médium, el cual instantáneamente las proyectaba, absorbiéndolas como una esponja los "cascarones astrales", quienes a su vez los objetivaban a su vista "cual máscara la más horrible". "La materializada forma de mi tío Alejo —dice Helena— resultó ser un retrato o doble tan sólo del médium William Eddy. Yo misma, sin decírselo a nadie, la proyecté sacándola de mi propia mente, tal y conforme solía yo hacer en circunstancias semejantes, o sea proyectando sobre el desdoblado cuerpo astral del médium una huera envoltura externa de mi referido tío. Con grandísima atención seguí paso a paso el desarrollo del fenómeno, fenómeno que fue todo lo real que ser podía, y como me constaba que W. Eddy era un médium sincero, le defendí en los diarios cuando llegaron los días de prueba para él. En resumen, que durante todos los años de mis experiencias en los Estados Unidos nunca logré identificar, ni en un sólo caso, a aquellos seres queridos a los que deseaba ver. Unicamente en sueños y visiones me pude poner, sí, en contacto directo con parientes y amigos con quienes estuve ligada en vida por un intenso amor 'espiritual'."

9. El siguiente caso revela, como dice Vera Jelihowsky, la posibilidad en que los individuos de su familia, que rodeaban a Helena, podían comunicarse "mentalmente" y en silencio con las "invisibles potestades", que la acompañaban astralmente y a la continua.

"Nos hallábamos, dice, en el *Swayati Gori* o 'Montaña santa', tumba del poeta Pushkin, mientras dormía profundamente Helena, y yo había preguntado mentalmente: '¿En dónde está ahora quien más me amó en el

mundo?' Fácilmente se comprende que, al formular dicha pregunta, pensaba en mi difunto marido; pero en vez de su nombre, me dieron, con gran sorpresa mía, otro que ya olvidara mucho tiempo hacía. Primero me sentí perpleja e indignada, y, por último, me pareció la cosa tan cómica que me eché a reír, despertando a mi hermana. Pregunté a los 'invisibles', cómo podrían probarme que no mentían, y ellos me respondieron: 'Acuérdate del segundo tomo de poesías de Byron...' Al oír esto quedé yerta de horror. Nadie, absolutamente, conocía aquel incidente de mi vida, y yo misma le había olvidado años hacía, y sin embargo me acababa de ser declarado con todos sus pormenores, porque era el caso que un caballero que por la edad hubiera podido ser mi abuelo, se había enamorado de mí y me dejaba para leer una serie de tomos de clásicos ingleses. El caballero en cuestión no encontró mejor medio para solicitarme en matrimonio que escribir una carta al efecto, incluyéndola en el segundo tomo de las obras de Byron. Desde luego que mis 'informadores' me jugaron una mala pasada al recordarme el incidente, pero en cambio me demostraron con ello brillantemente su omnisciencia, y era, por otra parte, bien extraordinario el que nuestras 'calladas' comunicaciones con aquella 'inteligente' fuerza que siempre se manifestara en presencia de mi hermana, tuviese mayor éxito para nosotros mientras ella estaba dormida, indispuesta o enferma." La revista *Rebus*, de 1883 —termina diciendo Sinnett— contiene, en fin multitud de casos análogos acaecidos a Helena, durante el período éste que historiamos, relativo a la residencia de H. P. B. entre su familia, la cual, aunque distaba mucho de compartir las ideas explicativas de Helena respecto de tales fenómenos, pues que eran todos cristianos ortodoxos, atestiguan la realidad maravillosa de estos últimos."

10. Otro detalle de las videncias de Helena respecto a los "cascarones" de los muertos nos le refieren pintorescamente los biógrafos, y es el relativo a cierto borracho, jefe de postas, que se negaba en el viaje de Rugadew a Tiflis, de Vera y de Helena, a facilitarles los necesarios caballos de relevo. Pero bien pronto hubo de facilitárselos, aterrorizado y solícito, así que Helena le hizo comprender que si ellas se quedaban a dormir en la estación podrían conturbar al "espíritu" de la esposa del jefe, muerta hacía pocos días, y que se hallaba vagando aún por allí, espíritu que Helena describió con tal lujo de detalles, que el barbarote aquel creyó perder el juicio de miedo.[4]

En una conversación que en mayo de 1884 tuvo en París la señora Jelihowsky dijo con respecto a su hermana: "Creo en sus afirmaciones, tanto más cuanto que durante cerca de cinco años tuve ocasión de observar las graduadas y diversas fases de la trasmutación de sus facultades. En Pokoff y en Rugodevo sucedía muy a menudo que era impotente para gobernar ni aun detener las manifestaciones, pero después resultó que cada

[4] En este viaje desde Rugodevo hasta el Cáucaso, hecho por Vera y por Helena en la primavera de 1860, para visitar a sus abuelos, a quienes no veían desde hacía mucho tiempo, emplearon, dice Sinnett, tres semanas en diligencia para ir de Moscú a Tiflis, y durante el mismo acaeció un extraño fenómeno, a saber, el de tropezar en Zadusk con el venerable Isidoro, el metropolitano de Kiev, jefe espiritual de toda la Georgia, entrevistas que ya hemos referido en otro lugar (pág. 28), porque muchos dan por acaecido este encuentro años antes, o sea en la primera juventud de Helena.

día las iba dominando con mayor imperio, hasta que, pasada su larga y extraña enfermedad en Tiflis, las desafiaba y sometía enteramente a su voluntad. En suma, es opinión general que otra naturaleza menos vigorosa hubiese sucumbido en la lucha, pero su indomable voluntad halló el medio de someter bajo su dominio a los moradores del mundo invisible, a quienes ella negó sistemáticamente siempre el nombre de almas y de espíritus. Téngase además muy presente que H. P. B. jamás pretendió ser capaz de gobernar a los verdaderos espíritus, es decir, a las mónadas espirituales, sino tan sólo a los elementales y de mantener a raya a los astrales 'cascarones' de los que murieron."

Y en otro pasaje de la Serie primera de su "Historia Auténtica de la S. T." añade Olcott:

"La propia H. P. B. me iba explicando lo relativo a los elementales, al mismo tiempo que ensayábamos con el velador las evocaciones espiritistas, por manera que mucho tiempo antes de haber yo adoptado la teoría oriental de los *pisâchas* y los *bhutas*, a los que llamamos elementales, había aprendido a distinguir las dos diferentes clases de factores de estos fenómenos: los espíritus naturales subhumanos (elementales) y los elementarios ex humanos, esclavizados a la Tierra. Hacia fines de 1874, tuve la fortuna de poder consultar la soberbia colección de libros sobre ciencias ocultas de la Biblioteca pública de Wat-Kiwon organizada por su erudito bibliotecario el Dr. H. C. Trumbull, lo que me facilitó mucho para comprender las explicaciones verbales de H. P. B. y sus numerosos cuanto sorprendentes fenómenos.

En Oriente se oye hablar de cuando en cuando de traslación o elevación de objetos pesados, tales como muebles, baterías de cocina, etc., pero se considera el fenómeno en sí con notorio horror, sin que jamás traten, quienes los presencian, de hacer un estudio científico. Al contrario, lo tienen como una gran desgracia; una intervención de los malos espíritus, a veces de las errantes almas de parientes o amigos íntimos, y sólo tienen una idea, que es la de desembarazarse pronto de tales enojos y molestias. Con esto no hago sino repetir lo que ya se ha dicho por los escritores teósofos, es a saber, que para los asiáticos todo comercio entre los muertos y los vivos no es sino una lamentable prueba de que aquéllos no se han libertado aún de los lazos terrestres y están así detenidos en su evolución normal, en su camino hacia el estado de espíritus puros. El Occidente, al contrario, y a pesar de sus creencias religiosas, entrevé la vida futura de una manera completamente materialista y cual una continuación de esta última en el tiempo y en el espacio, al tenor de sus nociones físicas acerca del infierno y del cielo, sin que pueda persuadirse de la realidad de una existencia consciente *post mortem* sino viendo los fenómenos físicos concretos que enumera Mr. Aksakoff y que tanto asombran a las gentes que frecuentan las experiencias medianímicas. El Oriente, al contrario, tiende a concepciones filosóficas y espirituales, y en tales fenómenos, los asiáticos no ven sino pruebas de la posesión de poderes psíquicos inferiores en quienes los exhiben. Las experiencias, tales como la salida de una sortija del seno de un capullo de rosa, la lluvia de plantas, flores y pájaros de la señora Thaver, o el fenómeno hecho por la señora Joung de un piano levantado y apoyado sobre huevos de gallina, que no

llegan, sin embargo, a romperse, jamás resultarán horribles a los ojos de un materialista occidental, sino interesantes embustes tan sólo, demasiado admirables para ser científicos, pero importantísimos el día en que llegasen a ser científicamente establecidos. Cien veces he oído decir a los hindúes que era una gran desgracia el que H. P. B. exhibiese fenómenos, pues que ello era una prueba de que no había alcanzado un alto grado de Yoga. Es cierto, además, que Patanjali disuade a los yoguis, como Buddha a los bikkus de que muestren inútilmente sus poderes, cuando estos poderes o siddhis se encuentran naturalmente desarrollados en el curso de su evolución psíquica. Sin embargo, el Buddha mismo dejó ver a veces sus grandes poderes, pero siempre como ocasión nada más de predicar sus nobles doctrinas y de impulsar a sus oyentes a realizar los mayores esfuerzos para espiritualizarse, después de haberse desembrutecido. Igual han hecho los otros grandes Instructores religiosos, y la misma H. P. B. nos repetía, aun en los momentos en que realizaba tales milagros, que ello no era sino una parte insignificante y subordinada de la Teosofia; los unos, pura sugestión; los otros, maravillas físicas producidas por el conocimiento de las leyes secretas de la fuerza y de la materia, y por el poder adquirido sobre las tribus, de los elementales que realizan los fenómenos cósmicos. Nadie, en efecto, puede negarlo, ni sostener que ella no haya enseñado invariablemente que las experiencias psíquicas son a la filosofía espiritual lo que las experiencias químicas son a la ciencia de la Química. Sin duda ella hizo mal en asombrar con aquéllos a testigos desprovistos de todo valor, gastando en hacerlo una fuerza que habría estado mejor empleada en derribar las murallas de la ciencia occidental, despótica e incrédula. No obstante, así convenció a ciertas personas que se decidieron después a trabajar en nuestro movimiento, y muchas de las más esforzadas pasaron del Occidente al Oriente por el puente de los fenómenos psíquicos".[5]

Por último Olcott, al estudiar más tarde los orígenes de la Sociedad Teosófica, habla respecto de los experimentos de Mr. Feld, uno de los miembros fundadores de ésta. —Dice Mr. Feld:

"Los llamados elementales, intermediarios, elementarios o espíritus originarios son criaturas que existen realmente, como me he podido convencer por mis estudios de arqueología egipcia. He apreciado efectos curiosos e inexplicables varias veces al dibujar diversos zodíacos egipcios para buscar sus concordancias matemáticas. Mi familia pudo observar que en ciertos momentos un 'fox-terrier' y un gato maltés criados juntos y

[5] En el "Arte Mágico" de Mrs. Britten, dice Olcott, se hace una declaración muy notable que no suele admitirse por otros libros espiritistas, a saber: "que es un hecho harto significativo y digno de llamar la atención de psicólogos y filólogos que las personas afectadas de escrófulas o de alteraciones glandulares son las que parecen resultar instrumentos favoritos para que 'los espíritus' produzcan sus fenómenos psíquicos. Las mujeres de naturaleza pobre y delicada; las personas de condición distinguida, puras e inocentes, pero cuyo sistema glandular está atacado por el demonio de la escrófula son con frecuencia los instrumentos más notables para las demostraciones de los espíritus."

Y en otros pasajes añade que aunque ha sido testigo de fenómenos realizados por gruesas gentes nórdicas, un examen más atento ha revelado en ellos tendencias coreicas y epilépticas y alteraciones funcionales de las vísceras pelvianas, "anunciando las tendencias mediumnísticas más notables una falta de equilibrio en el sistema".

que frecuentaban mi habitación, acostándose al pie de mi lecho, se comportaban de una manera muy extraña, que acabó por despertar mi atención. Vi entonces que cuando me entregaba a ciertas investigaciones, el gato comenzaba a mostrarse inquieto y el perro trataba de calmarle; pero bien pronto compartía su inquietud. Diríase que las facultades del gato eran más sensibles; pero entrambos trataban de escapar, saltando contra los cristales y mayando o gruñendo para que les dejasen libres. El hecho se repitió lo bastante para que yo adquiriese la convicción de que sentían influencias a las cuales no era yo sensible. Antaño yo creía que las horrorosas figuras de los tales zodíacos no eran sino 'los vanos fantaseos de un cerebro enfermo'; luego que eran representaciones convencionales de objetos naturales. Después de haber estudiado los efectos producidos sobre los animales, juzgué que puesto que el espectro solar tiene rayos invisibles a simple vista, pueden iluminar seres, invisibles también para nosotros, con arreglo a la teoría de Zöllner, y de los cuales aquellos fenómenos podrían ser manifestación, dado que estas rayas o elementos invisibles del espectro cabe se hagan ostensibles por medios químicos, pudiendo ser reproducidas, comencé una serie de experiencias para ver si podría hacer ostensibles también estas creaciones o sus influencias. Entonces supe asimismo cierta parte de mis investigaciones egiptológicas que antes no acertaba a comprender, llegando, en fin de cuentas, a convencerme de que estos zodíacos y otras pictografías análogas son otras tantas imágenes de tipos de creación invisible, dibujadas de manera más o menos precisa y entremezclada de imágenes de objetos naturales representados de un modo más o menos convencional. Descubrí, en fin, que semejantes imágenes eran seres inteligentes, y que mientras las unas parecían indignas y temibles para los animales, otras, al contrario, no les eran antipáticas y algunas les resultaban hasta agradables.

Todo lo antedicho me induce a creer que hay una serie de criaturas en un sistema particular de evolución, partiendo de la naturaleza inanimada hasta el hombre, en su más alto grado de desenvolvimiento, a través del mundo animal; que tales criaturas son inteligencias susceptibles de ser dirigidas más o menos completamente, según que los hombres las conozcan mejor o peor y según que él pueda mostrarse superior o inferior a ellos en la escala evolutiva y se halle más o menos en armonía con la Naturaleza y con sus obras. Descubrimientos bien recientes mostrando que las plantas poseen sentidos más o menos perfeccionados, me han convencido de que esta teoría podría ser llevada más lejos, y hallo que la pureza del cuerpo y del espíritu representa un gran papel, pues que aquellos seres sienten gran repugnancia hacia el tabaco y otros hábitos desagradables. También me he persuadido de que los egipcios se servían de tales apariencias para la iniciación. Es más, creo haberlo comprobado sin discusión posible. Por eso mi primer proyecto fue el de introducir en la francmasonería una especie de iniciación como la de los antiguos egipcios, y hasta traté de llevarlo a cabo; mas viendo que sólo los hombres puros de cuerpo y de espíritu podían dominar o enseñorearse de semejantes espectros, comprendí que tendría necesidad de dirigirme a otros hombres harto diferentes que mis compatriotas impregnados de whisky y saturados de tabaco, viviendo en una atmósfera de fraude y de mentira. Comprobé

asimismo que estas apariencias o elementales se tornaban enormemente malvados cuando no se los sabía dirigir, y que, despreciando a aquellos hombres a los que sus instintos les mostraban como degenerados, les serían peligrosos en el más alto grado."

Y después de consagrar un párrafo a sus experiencias con otro amigo abogado y matemático, relativas al aserto de Trithemio y de Cornelio Agrippa, quienes sostienen (*De Occulta Philosophia*, III, 3), "que es posible, sin género alguno de duda, actuar espiritualmente a una gran distancia, aun cuando ésta o el sitio nos sean desconocidos", añade:

"Estos fenómenos son enteramente diferentes de las llamadas manifestaciones magnéticas, mesméricas o espiritistas..."

Un día mi citado amigo vino a verme y se puso a examinar los dibujos cabalísticos que traía entre manos y que parecieron impresionarle vivamente. Cuando él marchó vio en pleno día en el tranvía el espectro de un extraño animal, del que hizo un croquis de memoria. Tan asombrado quedó de ello que fue a buscar a uno de los videntes de nuestra Sociedad para mostrarle el tal dibujo, viniendo así en conocimiento de que el tal representaba, en efecto, un cierto espíritu elemental que los egipcios representaban seguidamente de determinado reptil, y al cual acababa él precisamente de ver en mi casa y que era empleado por aquéllos en sus zodíacos, iniciaciones, etc. Volvió en seguida a verme mi amigo, y yo, sin comentarios, me limité a mostrarle el dibujo del monstruo que había visto y respecto del cual él me había referido el suceso dicho. Entonces mi amigo se convenció de que yo había previsto que él vería semejante aparición después de haber sido impresionado por mi dibujo. Es evidente, además, que semejantes fenómenos no pueden ser referidos a ninguna otra forma habitual de manifestación.

En una de mis conferencias para la S. T. y a la que asistían miembros de todas categorías, los videntes pudieron percibir algo así como destellos o relámpagos pasando de un dibujo a otro, aun cuando ellos estuviesen iluminados por varios mecheros de gas. Otros vieron una imagen sombría fijándose sobre los dibujos y otros fenómenos, tales como el cambio aparente de las figuras del zodíaco en otras formas de elementales. Algunos miembros de categoría inferior experimentaron un sentimiento de terror como si algo muy grave les aconteciese, y la mayor parte de los aprendices se sintieron como indispuestos y algunos abandonaron la sala. Madame Blavatsky, que había visto en Oriente a fenómenos del mismo género tener consecuencias desagradables, me rogó recogiese los dibujos y cambiase de tema. Si hasta entonces pudo dudarse acerca de la utilidad de establecer grados en la Sociedad, a partir de tal momento se veía la necesidad absoluta de establecerlos, y desde entonces, jamás he intentado el producir manifestaciones de esta índole sino entre los iluminados o teósofos avanzados." Firmado: Jorge H. Feld.

(Carta dirigida a los editores del *London Spiritualist*, en 19 de junio de 1878.)

H. P. B. misma lo dice en varios pasajes de sus libros: Una relación estrechísima liga a la forma con el número en todos los seres, y los egipcios no sacaron sus "fantásticas creaciones", ni los artistas las sacan nunca, de sus desordenados o excitados cerebros, sino de la luz astral, donde

aparecen estereotipadas las monstruosas cuanto vacilantes formas de seres ya extinguidos, pertenecientes a anteriores evoluciones de nuestro planeta evocadas por el poder de nuestra imaginación, porque no hay que olvidar este hecho admirable: el de que el mundo de lo astral precede, envuelve y subsigue al mundo físico, con un radio de amplitud mucho mayor, y que el mundo mental a su vez (que en cuerpo mental recorremos a la continua), precede, envuelve y subsigue al mundo astral con radio aún mayor también, a la manera como las líneas paralelas tangentes y secantes horizontales demarcan en un círculo zonas de amplitud cada vez mayor hasta llegar al diámetro correspondiente, envolviendo cada una de ellas a la anterior, salvo la zona comprendida entre la última secante y su tangente paralela inferior, la cual es única, y en ella hace como inflexión la circunferencia cambiando el arco descendente por el ascendente. Por otra parte, así como los rasgos escriturarios fijan en el papel ideas que de otro modo podrían perderse, ciertas pinturas y dibujos, a su vez, fijar pueden a entidades astrales correspondientes, las cuales quedan como "retratadas convencionalmente" en ellos, pudiendo luego surgir aquéllas tantas veces como se las "evoque" con el dibujo en cuestión, como sucede asimismo entre la música y las diversas escenas de la vida. ¿Quién, en efecto, que en determinados y solemnes momentos haya oído una música cualquiera no los recuerda a éstos cuantas veces la misma música resuena? Los llamados "leit-motiv" wagnerianos no se cifran en otra cosa, porque, a bien decir, hay una misteriosa ley: la de la asociación de ideas, ley capaz de ligar entre sí a la forma, la nota, el calor y el número, y hay otra asociación no menos misteriosa entre lo que llamarse suelen "dimensiones del espacio", asociación por la cual nuestra imaginación creadora pasar puede desde los vagos contornos, por ejemplo, de una nube, hasta la realidad enedimensional de los "elementos aéreos" que en la nube habitan. Por eso ya hemos dicho otras veces que en el retrato más perfecto hecho por el pintor más afamado no hay más realidad que la de la imaginación del artista, imaginación cuyas astrales vibraciones fueron fijadas mediante el pincel en el lienzo bajo el peso avasallador de la emoción estética, y semejantes vibraciones no pueden ser percibidas sino por "temperamentos humanos", más o menos análogos a los de aquel "creador". De aquí que los seres de mentalidad muy baja sólo vean ya en el retrato meras manchas de color y el perro favorito ni aun vea en ellas al retrato de su amo.

He aquí un mundo nuevo e inagotable sobre el que habremos de volver más adelante cuando nos ocupemos de otros aún más notables fenómenos realizados por la Maestra durante su estancia en Norteamérica y en la India.

Capítulo XI

HELENA EN EL CAUCASO

La necesidad de dar en conjunto los múltiples fenómenos seudoespiritistas producidos por H. P. B. en la época que historiamos, o sea durante su estancia en Rusia desde fines de 1858 hasta bien entrado el año 1863, nos ha obligado, para poder seguir a los biógrafos Sinnett y Vera P. Jelihwsky, a interrumpir un tanto el hilo de la narración, hilo que reanudaremos aquí.

La ciudad rusa de Pskoff, situada en lacustre región a la mitad del camino entre Riga y Novgorod, frente a la Livonia, se halla emplazada en el itinerario general de Varsovia a San Petersburgo o Petrogrado, itinerario por donde más o menos hubo de regresar de Alemania o de Polonia la intrépida viajera. Allí, en aquella gótica y báltica región, pudo en efecto encontrar, al lado de los suyos, a los que tanto amaba, el relativo descanso entre dos tempestuosísimas épocas: la ya pasada de diez años (1848-58), en que le fue necesario estar fuera de Rusia para obtener su divorcio, y la terrible que le aguardaba en el Cáucaso, desde 1860 hasta 1863.

Semejante descanso aún fue mayor en la quinta de Rugodevo, vecina a Pskoff, donde, como ya vimos al relatar el fenómeno de los fantasmas de la quinta, la familia, salvo un corto viaje a San Petersburgo, pasó con Helena todo el año 1859. Pero al llegar aquí la biografía de ésta, se nos presenta una cierta dificultad, una discrepancia aparente entre lo que nos dice Vera Jelihwsky —que Sinnett transcribe— y lo que Olcott después nos dice haber oído de los propios labios de aquélla.

Dice, en efecto, la señora Jelihwsky:

"La sosegada vida que llevábamos en Rugodevo se conturbó por una terrible enfermedad que contrajo Helena. Años antes, acaso mientras viajaba sola por las estepas de Asia, sufrió una grave herida, sin que nunca supiéramos la causa. Basta decir que de cuando en cuando la herida se le reabría, y entonces sus padecimientos eran tan angustiosos que la daban convulsiones y la ponían en trance de muerte. El accidente le duraba, por lo general, de tres a cuatro días, al cabo de los cuales se volvía a cerrar la herida tan rápidamente como se había abierto, cual si una mano invisible la cicatrizase sin dejar rastro del accidente. Como los de la familia ignorábamos al principio esta extraña peculiaridad, nos llenaba de temor y desconsuelo. La visita de un médico de la ciudad vecina no sirvió de nada, y no por falta de experiencia, sino por el terror que se apoderó del médico al observar que en el momento en que examinaba a la enferma postrada sin sentido en el lecho, se interponía entre su mano y la herida otra mano grande y sombría en actitud de ungirla. La herida estaba cerca del corazón, y la misteriosa mano se movía lentamente, a grandes intervalos, desde el cuello hasta la cintura de la paciente. Para llevar el terror del médico hasta el paroxismo, se oyó en el aposento un tan horrible estrépito, una tan caótica baraúnda de ruidos y porrazos en el techo, el suelo, las paredes y los muebles, que el asustado doctor pidió que no le dejasen solo con la enferma en el aposento."

En aparente contradicción con los asertos anteriores, nos dice Alcott en el capítulo I de su *Old diary leaves*:

"Durante su residencia en Chittenden, H. P. B. me relató múltiples incidentes de su vida pasada, y en particular el que ella había asistido en calidad de voluntaria y en unión de otras damas al lado de Garibaldi en la sangrienta batalla de Mentana [1]. En apoyo de semejante historia me mostró su brazo izquierdo roto en dos sitios por un sablazo y me hizo palpar una bala alojada todavía en los músculos de su hombro izquierdo y otra en una pierna. Ella me mostró también, justamente encima del corazón, la cicatriz de una puñalada, herida que volvió a abrirse un poco en Chittenden, y que me mostró para consultarme sobre ella."

La dificultad, sin embargo, se desvanece considerando que, según el texto de este último relato, lo del brazo roto y las dos balas que aún yacían en el cuerpo de Helena eran las recibidas en Mentana años después, en 1867, mientras que lo de la herida del estilete o puñalada en la tetilla era, como dice Vera, de una fecha anterior a 1858, o sea en 1850, cuando por Asia Menor y Persia trató en vano de penetrar por primera vez en el Tíbet, según indicamos al comienzo del capítulo IV [2]. La mano astral

[1] Por eso, en recuerdo de sus hechos de rebeldía al lado del héroe de la unidad italiana, llevaba una roja camisa garibaldina cuando Olcott la vio por vez primera en la granja de los Eddy en Chittenden.

[2] Debemos subsanar aquí una deficiencia cometida por nosotros al decir, en la entrada de dicho capítulo, que se ignoraba el itinerario seguido por Helena cuando escapó del domicilio conyugal. La última edición, en efecto, de la obra de Sinnett (traducción española de Climent Terrer, en 1921), nos da plenos detalles del tal itinerario, que fue: primero, el de Eriván a Tiflis, a caballo; luego, de Tiflis al puerto de Poti, en el Mar Negro, pues su familia la aguardaba en Odesa; pero, en vez de tomar el vapor correo de Poti a Odesa, se ocultó en el velero inglés *Commodore*, que zarpaba para Constantinopla, con escalas en Kertch y Taganrog, puerto éste del mar de Azof. En Tapanrog burló a la inspección rusa, disfrazándose de grumete, y así partir para Constantinopla. En cuanto al viaje por Asia Menor y Persia hacia el Tíbet, en 1850, al que ahora se alude y que fue donde probablemente recibió la puñalada, hay el siguiente curiosísimo relato de Olcott (Historia auténtica).

"Cierto día la condesa Pashkoff contó en presencia de Curtis, uno de los mejores reporteros de la Prensa neoyorquina, la aventura que le había acaecido en el Líbano con H. P. B. Ella hablaba en francés y yo traducía en inglés. El relato era tan maravilloso, que Curtis pidió permiso para publicarle, como lo verificó en su periódico del día siguiente, y como se trata de un bello ejemplo de la teoría de la existencia en el Akasha de las imágenes latentes de los sucesos terrestres y la posibilidad de evocarlas,

que el espantado médico veía era la del protector invisible, que desde la infancia la amparaba y que, como vimos en el capítulo III, la salvó la vida en dos o tres ocasiones más, guardándola sin duda para la humanitaria e incomprendida misión que en el mundo vino a desempeñar.

No hay que olvidar, además, al tratar de esta época tristísima de Helena, que en ella se decidió por entero su porvenir, cual sucede a todos los hombres, en la edad que suele llamarse "edad de los cristos", o sea de los veintiocho a los treinta y cinco o cuarenta años, edad en la que ella acababa de entrar en 1859, al cumplir sus veintiocho años, y sobre la que hemos disertado largamente en nuestro libro *Hacia la gnosis,* epígrafe de "Cuando se muere". Es ciertamente tal período el más peligroso de la existencia, pues que, hecho ya el hombre, física, intelectual y moralmente, la Ley natural, o Karma, le entrega por completo a sí mismo, y él, en plena "noche espiritual", ha de adoptar, sin ayuda de nadie (aparentemente al menos), la orientación feliz o desgraciada decisiva de la existencia, base de la obra que está llamado a realizar en ésta, según sus facultades presentes y sus taras kármicas; el terrible pleito, en fin, entre la fatalidad de éstas y la plenísima libertad de aquéllas, pleito que no sólo es peculiar del hombre, sino que le tienen todos los animales en la época del celo, en el que desafían a la muerte, y los vegetales en la de la floración, floración casi siempre contrariada por vientos fríos que los hielan en el momento crítico de la eclosión floral.

Y allí, en el mismo Rugodevo, hízose para Helena, como vamos viendo, la "noche espiritual", pues que la terrible llaga del corazón, "la puñalada en el costado", la herida, en fin, que, como la de Amfortas en el *Parsifal,* "nunca quería sanar", se abría cruel y se cerraba misteriosa, inaugurando entonces una época de debilidad tal para la enferma, que la familia optó por llevársela al Cáucaso, a través del espantoso itinerario de veintitantos días en silla de postas, de Rugodevo a Moscú, a lo largo de la desolada meseta donde nace el Volga, y de Moscú a Transcaucasia, por la orilla del Don primero y por los abruptos puertos caucásicos después, hasta llegar así, en unión de su hermana y biógrafa Vera, a la ciudad de Tiflis, residencia de sus abuelos. La Georgia, la Imericia, la Mingrelia y demás comarcas transcaucásicas y armenias que rodean a esta llave militar entre el Mar Negro y el Caspio fueron el teatro encantado de la misteriosa enfermedad y la no menos extraña curación de Helena.

Y verdaderamente hay que convenir en que ningún lugar mejor que aquél para tamaña transformación mágica de la semiinconsciente médium juguete de elementales en la poderosa dominadora de ellos que ya fue siempre Helena después de aquella crisis salvadora, porque en la región abrupta de entre el Cáucaso y la Armenia todo investigador ocultista puede hallar —y ella le halló sin duda— el nexo entre el pasado de los atlantes y el presente de los arios. La Cólquida del río Fasis pontico, la Iberia y la Albania del río Cyrus caspiano, juntamente con la Armavira del Araxes y la región de los altos lagos de Tauro, conservan, en efecto, todo ese ambiente peculiar e hispánico que le diera en épocas prehistóricas ese éxodo atlante del culto de Io, o de la Sagrada Vaca, del que ya nos hemos ocupado por extenso en otras obras[3].

quiero citar una parte de él, dejando a la hermosa narradora la responsabilidad de los hechos, que relata en estos términos:

"Viajaba yo cierto día entre Baalbeeck y el río Orontes, cuando vi una caravana en el desierto; era la de Mme. Blavatsky, y acampamos reunidos. Había allí un gran monumento junto a la aldea de El Marsum, entre el Líbano y el Ante-Líbano. Este monumento mostraba unas inscripciones que nadie había podido descifrar, y como yo sabía ya algo acerca de las cualidades extraordinarias de Mme. Blavatsky, y lo que ella podía conseguir respecto de los espíritus, la rogué tratase de averiguar algo acerca de dicho monumento. Para ello, fue preciso esperar a la llegada de la noche. Entonces ella trazó un círculo en derredor suyo y nos hizo entrar a todos en él. Se encendió fuego y se echó en él gran cantidad de incienso, y entonces ella, con su dedo, nos mostró el monumento, sobre el que se veía un gran globo de blanco fuego. Sobre un sicomoro, que estaba al lado, parpadeaban otras pequeñas llamas. Nuevamente se quemó incienso, y entonces Mme. Blavatsky ordenó al espíritu en cuyo honor había sido alzado el monumento que apareciese. Bien pronto una vaporosa nubecilla se levantó velando a la débil claridad de la luna. Al echar más incienso aun, la nubecilla tomó la forma vaga de un anciano de luenga barba, quien, con voz lejana, pareció hablar a través de la nubecilla, diciendo que el monumento había sido el altar de un templo destruido tiempo hacía, y elevado en honor de un dios caído siglos antes de nuestra era. 'Y vos, ¿quién sóis?', interrogó Mme. Blavatsky. 'Soy Hiero, uno de los sacerdotes de este templo.' Entonces Mme. Blavatsky le ordenó nos mostrase el templo tal y como antaño existió. El anciano se inclinó, reverente, y por un instante pudimos contemplar la visión de un templo y de una gran ciudad, que cubría la llanura en todo lo que alcanzaba la vista. Después todo desapareció."

(*N. York World* del 21 de abril de 1878. El artículo se titula "Colection d'Histories de revenants.") (Olcott, I, cap. XXI.)

[3] Principalmente en *De gentes del otro mundo*, capítulo III, y en *El libro que mata a la muerte*, capítulo XXVII, Erivan, junto al Ararat, Kars, Tiflis, el elevado paso de Dariel, los clásicos Montes Albanos, que recuerdan también los de Italia, Sacaseni, Armavira, el lago de Gotha, y cien otros lugares antiguos o modernos de la Iberia, la Georgia, la Hircania, la Mingrelia y la Imericia, guardan para el teósofo europeo que algún día se lance a investigar sobre ellos, todo el perdido tesoro atlante de la Buena Ley, ese tesoro solapado hoy en los mitos de *Las mil y unas noches primitivas*, en los Naskas, en el Vendidad y demás libros sagrados parsi caldeos, que los necromantes Padres de la Iglesia, con el impío patriarca Eusebio de Cesárea a la cabeza, se dieron trazas a sacrificar en aras del naciente Cristianismo, como muy al pormenor se denuncia en el tomo II de *Isis sin velo*.

Por todo ello el Cáucaso —"Kavkar", en ruso; "Kafdagh", en turco y "Jalboug", en tártaro, es decir, "Kalba" o "Vata—, enlazando al Mediodía con las no menos elevadas montañas de la Armenia, es el más poderoso de los centros iniciáticos relacionados por Asia Menor con Europa y al que se alude como tal por sus derivaciones en Siria o por los errantes "drusos', "esenios" y "cristianos de San Juan", en la introducción de *La Doctrina Secreta.* Baste decir que geográficamente goza de una latitud como la de España o la de los Balcanes; que tiene también un antiguo "río Isis" (el Phasis); que las cumbres de sus mayores cadenas montañosas, análogas a las de los Andes y Pirineos, enlazan a través del Caspio (Reclús) con todo el sistema iraniano, el cual, a su vez, no es sino la prolongación occidental del Hindu-Kuch, y en tal concepto viene a constituir algo así como un Tíbet europeo. Es fama también que, a la retirada desde la Atlántida, a través de Europa, de los Adeptos de la Buena Ley del hispánico "Jardín de las Hespérides" dejaron allí constituido un gran Centro ocultista, de donde luego irradiaron, según la Maestra, los "etíopes orientales" hacia la India, y los "etíopes occidentales" a Egipto, por manera que la misma frase bíblica relativa a la detención del "Arca" en los montes de *Ar-ar-at* después del "diluvio", o sea de la atlántida catástrofe, es algo más que una verdad histórica: ¡la clave para explicarnos nada menos que toda la historia antigua, en la que los Magos persas y sus enemigos los Magos negros egipcios luchan por la hegemonía sobre el mundo, hasta ser sustituidos unos y otros por los grandes imperios militares ulteriores, como los de Sesostris, Nabucodonosor, Baltasar, Ciro, Cambises, Darío, etcétera, etcétera!

Helena, pues, pasó los años 1860 y 61 por aquellos encantadores países, sin vencer empero su cruel enfermedad psicofísica, no obstante sus frecuentes e imprudentes excursiones, con gran escándalo de las gentes "bien" del país, quienes, en sus rutinas hidalgüelas y provincianas, no acertaban a comprender cómo una Fadeeff-Dolgorouky, en plena juventud, una parienta de los Proebtin, Von Lange, Hahn y Rottenstein, descendiente, por la familia de Pedro el Grande, del patriarcal y linajudo Rurik, tuviese tantas y tales extravagancias demoníacas, brujescas, espiritistas y exploradoras, de las que, con cargo al relato de Vera Jelihousky, nos narra así M. Sinnett:

"Helena residió unos tres años en el Cáucaso. El último de estos años lo pasó recorriendo las comarcas de Imericia, Georgia y Mingrelia. En todos los países transcaucásicos y costas del Mar Negro, las gentes son tan supersticiosas como los paganos, a pesar de que su critianismo data del siglo IV, recordando con ello acaso el ser descendientes de los antiguos griegos que, acaudillados por Jasón, fueron en busca del Vellocino de Oro, pues que allí estuvo emplazada la antigua Colquida y el río Rión o Farris tenía antaño pepitas de oro. No es extraño, por lo tanto, el que se tachase a Helena, ora de bruja temible, ora de maga benéfica, por aquellos príncipes y señores feudales rurales, que residían en sus viejos castillos como en nidos de follaje, semibandidos, y tan fanáticos aquéllos como el más fanático de las frailes napolitanos y tan ignorantes como un noble del medioevo. Ya entonces, cual siempre la aconteciese, doquiera llegaba Helena, eran muchos sus amigos y más numerosos todavía sus enemigos, pues si bien curaba y socorría a quienes ingenuamente se creían hechizados, se concitaba, al par, la enemistad implacable de aquellos de quienes se sospechaba haber hechizado y corrompido a las víctimas. Por una parte, rehusaba los regalos y aun la gratitud de aquellos a quienes curaba del "mal de ojo", y por otra parte rechazaba despectivamente el soborno que le ofrecían sus enemigos, pues cualesquiera que fuesen sus defectos, nadie pudo tildarla de mercenaria, ni descubrió en ella el menor asomo de lucro. Contaba entre sus mejores amigas a las princesas Guriel, Dadiani y Mashedsé, mientras que eran sus enemigos jurados cuantos sentían hostilidad contra estas familias. En aquella época las comarcas caucásicas, y especialmente Mingrelia e Imericia, eran asilo de nobles sin fortuna, descendientes de soberanos destronados o vencidos y que luchaban entre sí como en plena Edad Media. Estos eran sus enemigos peores, a los que años después se fueron añadiendo todos los mojigatos, tartufos, beatos y misioneros, sin contar los espiritistas ingleses y franceses con toda su legión de médiums, y se inventaron contra Helena multitud de patrañas que se apresuraban a creer a ojos cerrados cuantos no la conocían, y las calumnias fueron cundiendo sin que se detuvieran ni en lo más sagrado. Todo lo desafió impávida ella antes que someterse a restricción alguna, ni adoptar ninguno de los procedimientos mundanos de aquistarse el favor de la pública opinión. Por eso evitaba el trato social, mostrando su desprecio por los ídolos a la moda, recibiendo la fama de peligrosa iconoclasta y todas sus simpatías eran para las anatematizadas gentes, a quienes la sociedad menosprecia y evita, aunque secretamente se relacione con sus más conspicuos individuos, como los nigrománticos, obsesos, poseídos y otros misteriosos personajes por el estilo. Sobre todo buscaba Helena y protegía a los "kudiani", o sea los magos y hechiceros rusos, los taumaturgos persas y las brujas armenias pronosticadoras del porvenir. Por último, la pública opinión se desató contra ella como una fiera por osar desafiar sus carcomidas leyes, y lejos de portarse como persona «bien», según su rango, prefería cabalgar a solas por los bosques, prefiriendo las renegridas chozas a los brillantes salones de frívolos contertulios."

No hay que extrañarse de nada de esto, porque en aquellas regiones del Trascáucaso los siglos han remansado los más extraños sedimentos humanos. Algo, en suma, de lo que pasa en España también. Sin hablar si no de la Edad Media, hasta aquella comarca medio greco-latina, medio eslava, había alcanzado la influencia del gran imperio de Gengis-kan, que es fama midiese 800 leguas de anchura por más de 1000 de longitud, o sea desde el Yudo hasta el mar Caspio, y el feudalismo con todos sus horrores de época estaba en la entrada del país; un país donde el lamaísmo de Mengko y de otros tártaros, el mahometanismo de los turcos, el magismo persa y el cristianismo griego tenían que acabar en puro feudalismo militar, escéptico y materialista, como acabar suelen todas las aristocracias del mundo [4].

Los valles de Kuban y de Kodor, el desfiladero de Darial y cien otros sin explorar aún serpean por entre montañas de tres a cinco mil o seis mil metros sobre el nivel de los no lejanos mares, cuajadas de glaciares y de fuentes termales, sin que, según aseguran sabios viajeros, la rarefacción del aire llegue casi a incomodar, presentando como quizá ningunas otras alturas del mundo verdaderos oasis entre la nieve y una flora como la de Francia a más de cuatro mil metros en el Elbrus, con todo el cortejo de anémonas, ramínculos, gencianas, claveles, rododendros, campanillas, miosotis, verónicas y geranios a más de los tres mil, y que en la Mingrelia, sobre todo, da lugar a una vegetación lujuriante e incomparable. Tal es "la cuna europea" de mil razas diferentes, según Klaproth; el eterno "refugio de los oprimidos" del barón de Uslar; el "núcleo de la descendencia ibera" de Estrabón —descendencia invertida, o sea de allí a España, por nuestros historiadores, y no de España a allí como llevamos dicho—; el país asiático sin afinidad con las "lenguas asiáticas" de algún ilustre vascófilo; la gente ibera de rituarios cantos y danzas perfectamente vascas, pastores y agricultores de inteligencia despierta, alegres, hospitalarios y feudales como los del Penjab, célebres por la belleza de sus mujeres circasianas, a las que desposaban, como en la India, en la edad más temprana, huyendo, dicen, de las depredaciones para el harem de sus persas opresores; los "svanes", o "chuanes", en fin, con enlaces demopédicos, tanto en el occidente de Francia (Bretaña y Normandía), como en el Norte de España (vascos pirenaicos y cántabro-astures).

[4] La historia toda de la famosa "Horda de Oro" y de Alejandro Newski, el príncipe de Novogorod, triunfador de Suecia y de la Orden Teutónica, y la de Wladimiro Berki, hijo de Batú, es la historia de la lucha entre el lamaísmo y el mahometanismo en Rusia, con los diez y ocho años de guerras civiles que angustiaron al país, el cual vivió vida bárbara y feudal hasta los días de la revolución de 1690, de Pedro el Grande, de Catalina su esposa y de Pablo II, en que hubo de formarse ese gran imperio de la sexta parte de la tierra, imperio mayor que el romano y que hemos visto caer bajo otra gran revolución en 1917.

Hablando de estas cosas feudales del país de la Transcaucasia, nos dice Sinnett en su libro:

"En una Memoria titulada 'Recuerdos del príncipe A. T. Bariatinsky', escrita por el general P. S. Nicolaeff, se dan interesantes pormenores acerca de la familia de H. P. B. La Memoria fue publicada en la revista *Historical Vyestnich*, y al tratar en ella de la familia Fadéeff, el referido general dice con cargo a la época en que H. P. B. regresó a Tiflis: 'Vivía dicha familia en la antigua residencia de la princesa Tchavicha-

Algunas escenas de éstas con brujos y nigromantes se transparentan, en efecto, en ciertos pasajes de *Isis sin velo,* como aquel en que hablando de la "palabra sagrada" transmitida al tiempo de morir por el Maestro al discípulo, nos refiere el caso de uno de ellos, quien, sintiendo ya próximo su fin, hizo llamar telepáticamente a su sucesor, joven que a la sazón se encontraba en lejanas tierras. Noticioso del caso cierto "espíritu fuerte" de esos que tanto abundan entre nosotros los escépticos europeos, se propuso demostrar lo absurdo de una "superstición" semejante, haciendo detener al fiel y presuroso discípulo y yendo a ver al moribundo brujo, a quien encontró en el lamentable estado de ansiedad y de horrores que es lógico suponer. Llegada, en fin, la última hora del desdichado, sin que viniese a su lado el fiel discípulo, el brujo, con agilidad inexplicable en un agonizante, se abalanzó sobre el imprudente echándole los brazos al cuello y murmurando en su oído la "palabra mágica" que humanamente ya no podía retener. ¡Cuál sería ésta, en efecto, que el temerario escéptico sintióse repentina presa de un horror sin límites, y fuera de sí, se lanzó locamente hasta internarse en la selva vecina, donde los leñadores hubieron de encontrar días después su cadáver, pues se había suicidado no pudiendo soportar el peso de la revelación brujesca de la que, para su mal, se constituyese en terco intermediario! ... Porque conviene recordar que Helena, aun en su infancia, aseguraba que las personas *podían* transmutarse en animales y tomar las formas que quisieran con tal de *saber cómo* transmutarse; y que los hombres *podían volar* si firmemente lo deseaban. Agregaba que en todo tiempo, incluso en nuestra época, habían existido y existían sabios capaces de todo ello, pero que sólo se daban a conocer a quienes merecían verlos y conocerlos, creyendo en ellos en vez de burlarse. En prueba de sus declaraciones citaba a un viejo centenario llamado Baraning

vadze, cuyo grandioso edificio tenía la pátina de algo fatídico y peculiar que recordaba la época de la emperatriz Catalina. El largo, alto y sombrío vestíbulo estaba adornado con retratos de familia de los Fadéeff y de la princesa Dolgoruky. Seguía después un salón revestido por tapices de los Gobelinos, antiguos regalos de la emperatriz, y contiguo al salón se abría el aposento de la señorita N. A. Fadéeff, notabilísimo museo privado, rico en objetos artísticos: armas, armaduras, copas, tazas, utensilios, ídolos orientales, imágenes y mosaicos bizantinos, alfombras turcas, tapices persas, tejidos de oro y plata, estatuas, cuadros, fósiles y pinturas, amén de una rara y valiosa biblioteca. La emancipación de los esclavos en nada había alterado la cotidiana vida de los Fadéeff, y sus cuarenta criados siguieron gozando del buen trato y el cariño que cuando esclavos los dispensaba, sin embargo, la familia. Yo pasé muchas veladas allí. Todas las noches, a las diez y cuarto en punto, el viejo general se retiraba a sus habitaciones cepillando el entarimado con sus pantuflas. Rápida y silenciosamente se servía la cena en el interior, después de la cual se cerraban las puertas de la sala a todo intruso y empezaba una animada conversación en la que se discutía de literatura moderna y se debatían las cuestiones políticas de actualidad en Rusia. A veces, uno de los contertulios relataba peripecias de sus grandes viajes o las refriegas más recientes, en las que participara, en las montañas del Cáucaso. Otro oficial del ejército ruso llamado Quartano, procedente de España, donde había estado afiliado a la masonería, contaba conmovedoras anécdotas de las guerras napoleónicas. También H. P. B., o 'Radda Bay', nieta del general, exhumaba algún tormentoso episodio de sus correrías por todo el planeta, o su vida en los Estados Unidos cuando la conversación recaía de pronto sobre asuntos místicos y comenzaba ella a 'evocar los espíritus'. Por fin, las largas velas que alumbraban la sala se iban consumiendo, y sus débiles fulgores parecían dar fantástica vida a las figuras humanas de los tapices, y entonces todos sentíamos involuntario abatimiento y escalofrío."

Buyrak, que vivía en la barranca de un bosque vecino a la quinta. Era el viejo, en opinión de las gentes, un verdadero mago, un hechicero de buena índole que curaba voluntariamente a los enfermos que a él acudían, pero que también sabía cómo castigar con alguna enfermedad a los que pecaban. Estaba versadísimo en el conocimiento de las ocultas propiedades de plantas y flores, y se decía de él que era capaz de leer en el porvenir. Cultivaba centenares de colmenas alrededor de su cabaña, y en las largas tardes del verano se le veía siempre paseando lentamente entre las abejas y cubierto de pies a cabeza como viviente coraza, por zumbantes enjambres de estos himenópteros, en cuyas viviendas metía impunemente las manos y escuchaba su ensordecedor zumbido, respondiendo a él en su para nosotros incomprensible lengua, una especie de murmurante canto a cuyo eco cesaban de zumbar las aliáureas obreras, que sin duda se entendían perfectamente con su centenario dueño. De esto estaba Helena completamente segura. Baraning Buyrak la atraía irresistiblemente, e iba a visitarla siempre que se le deparaba coyuntura, con objeto de interrogarle y escuchar ansiosamente las respuestas y explicaciones del viejo respecto al lenguaje de las abejas, aves y cuadrúpedos. El sombrío barrancal le parecía un magnífico reino. En cuanto a Baraning Buyrak siempre nos decía al hablar de Helena: "Esta joven es muy distinta de todas vosotras. Magnos sucesos la aguardan en el porvenir. Me intristezco al pensar que no viviré para ver realizados mis pronósticos acerca de ella, pero *de cierto se realizarán.*"

El desarreglo nervioso de Helena hizo en el Cáucaso tales progresos, que ella misma sintió cercano su fin, y lo mismo pensaban sus atribulados deudos.

Verdaderamente conmovedora y extraordinaria, cual el argumento de una ópera de altos vuelos, es la escena que, a propósito de ese estado ya desesperado de Helena, nos refiere así su repetido biógrafo:[5]

[5] "Entre tanto, añade Sinnett, iban disminuyendo los esporádicos e involuntarios fenómenos que antes provocaba su presencia, otro tanto que aumentaban los ocultos poderes de Helena hasta llegar a someter todo linaje de fenómenos al dominio directo de su voluntad." A veces caía en una especie de estado somático o sueño magnético, quedando con los ojos muy abiertos, o, mejor dicho, según ella, un estado de intensísima concentración sobre lo que caen a menudo en error quienes conocen sólo la clarividencia mediumnística, dejando admirados a los concurrentes, pues que, como la propia H. P. B. dice, siempre respondía con plena conciencia a las preguntas que se le hacía, y se valía para ello de la locura del pensamiento de los interrogadores, pensamientos que ella veía brotar de sus respectivos cerebros en forma de luminosas espirales de vapor o en chorros de materia radiante que dibujaba las imágenes de las escenas correspondientes. Otras veces, respuestas y pensamientos eran registrados automáticamente en el propio cerebro de ella con las mismas palabras del pensamiento original. Helena entonces se encontraba muy enferma, sin que los médicos pudiesen acertar en su diagnóstico, pues era uno de aquellos trastornos nerviosos que se burlan de la ciencia y únicamente se dejan tratar por un experto psicólogo. Poco después de haber caído enferma nos dijo que llevaba "una doble vida", aunque ninguna de aquellas buenas gentes de Mingreliz fuese capaz de comprender el significado de tal declaración. Sin embargo, aquélla nos describe así dicho estado: "Siempre que me llamaban por mi nombre abría los ojos y me encontraba en mi propia personalidad, pero tan luego como me quedaba sola, volvía a caer en la acostumbrada condición de adormecimiento, transmutándome en otra persona muy distinta. Cuando me encontraba en este "mi otro yo", conversando en mis ensueños con los que me acompañaban y me interrumpían de pronto llamándome por mi nombre actual, siempre respondía discretamente al abrir los ojos, pero jamás tuve delirio. Así

El único médico de la localidad, el médico militar, no acertó a entender la enfermedad de Helena, quien, al cabo de cuatro meses de casi no tomar alimento, se había quedado hecha un esqueleto, aconsejando que la llevásemos a Tiflis con sus parientes. Acomodada, pues, en una lancha fue llevada en cuatro días a Kutais. Su situación durante el penoso viaje debió ser muy precaria, sola, con sus cuatro asistentas, en aquella solitaria navecilla, a lo largo de un angosto río encajonado entre bosques centenarios, nunca utilizado para la navegación antes de la guerra turco-rusa de 1877. Las criadas cuentan con espanto, bajo juramento, que durante tres noches consecutivas vieron el espectro de su ama que se deslizaba de la embarcación cruzando las aguas mientras que su cuerpo yacía inerte en el fondo de la canoa y se dirigía hacia el bosque, perdiéndose en él. El timonel, viendo por dos veces aquella figura canina sobre las aguas, retrocedió aterrorizado y, a no ser por una de las fieles criadas, la hubieran abandonado con la embarcación en medio del río. Dicha criada asegura también que durante la última noche del viaje, mientras su ama yacía dormida, dos imponentes espectros la acompañaban [6]. Las otras tres criadas, así que se vieron en tierra en Kutais, escaparon aterrorizadas para nunca jamás volver. Así, Helena, casi moribunda, pudo llegar en carruaje a Tiflis desde esta última localidad. A nadie le habló de aquel asunto, y apenas restablecida, se marchó a Italia. Esto era ya en 1863, y cuando así curada milagrosamente ya había cambiado por completo la índole de sus facultades, como si se tratase de una persona nueva... Desde entonces ya no fue mi hermana víctima de "las influencias astrales" que habrían triunfado de un temperamento menos vigoroso, sino que a partir de aquel tiempo, pudo sujetarlas ya a su voluntad, según lo que ya en otras ocasiones llevamos dicho."

El lector convendrá con nosotros en la singular belleza del relato precedente, y en el que vemos a la desdichada peregrina rusa abandonada a su destino, como todos los héroes mitológicos de otras tantas "barquillas", Ohinos, Pedro el botero, Quetzalcoatl, Sargon, Xisuthros, Moisés, los niños héroes de varios cuentos de *Las mil y una noches,* etcétera, etcétera.

Pero, aunque aparentemente abandonada, aquel su desdoblamiento astral tan vecino a la muerte definitiva, fue sin duda el momento supremo de la gran crisis curativa que la hizo pasar de "médium" a "iniciada", tanto

que volvía a cerrar los ojos, retornaba a la conversación que mantenía con mi otro "yo", reanudándola precisamente en la palabra o sílaba en que había sobrevenido la interrupción. Al despertar recordaba perfectamente quién era yo en mi sgunda personalidad y lo que había hecho o estaba haciendo. En cambio, mi segunda personalidad no tenía ni la menor idea de quién fuese H. P. B., y me sentía transportada a un lejanísimo país, en una personalidad de todo punto diferente de la actual y sin relación alguna con mi vida presente. "A la sazón —termina Sinnett— Helena residía en Ozurgetty, acantonamiento militar de la provincia de Mingrelia, ínfima población perdida entre los bosques de una selva secular, y cuya existencia misma, por falta de toda vía de comunicación, estaba ignorada en la época de la última guerra rusoturca, fuera de la comarca del Cáucaso y donde Helena había comprado una casa."

[6] ¿Eran tales espectros los consabidos "fantasma rojo" y "fantasma azul", observados también en las experiencias hipnóticas del coronel Rochas, o bien las venerables figuras de sus maestros? A falta de detalles dados por la sirviente, nos inclinamos a pensar lo primero, dado el estado de "hipnosis por enfermedad grave" en el que se encontraba la paciente a la sazón. El lector puede ver lo relativo a aquellos dos fantasmas hipnóticos en *El Hipnotismo prodigioso,* de Aymerich.

que la curación de Tiflis —adonde fue trasladada desde Kutais, en carruaje— fue rapidísima, como si hubiese muerto la Helena anterior y hubiese ocupado su abandonado cuerpo la mujer poderosa, imponente y mágica y autoritaria que vamos a conocer después, cosa más frecuente en los casos como éste de "doble personalidad" de lo que pudiera creerse a primera vista, según empieza a entrever la moderna psiquiatría. En efecto, como dice Sinnet:

"...Cierta tarde, cuando Helena se hallaba muy débil todavía a consecuencia de su gravísima enfermedad, fue ella a casa de su tía, la señora N. A. Fadéef. Esta, al verla cansada y somnolienta, la invitó a su tía a que se acostase en el sofá, donde, en el acto, se quedó dormida. La tía reanudó entonces un escrito que había interrumpido al hablar con su sobrina, cuando oyó pasos tras sí, haciendo crujir el pavimento sin que viese a nadie, y este «nadie» parecía cuchichear con la dormida Helena. Espantada, vio además que un libro colocado sobre una mesa contigua al sofá se abría inopinadamente como si el invisible visitante le hojease. De los estantes de la librería vecina se desprendió otro libro por los aires, moviéndose en la misma dirección. La señora Fadéef, más asombrada que temerosa, pues que todos estaban allí familiarizados en semejantes cosas, se levantó de su sillón para despertar a su sobrina con la esperanza de que así cesarían los fenómenos; pero en aquel mismo instante, otra pesada poltrona, que estaba en el extremo opuesto del salón, se deslizó sola hasta ponerse junto al sofá. El ruido despertó a Helena, quien con la mirada inquirió cuál fuese la invisible entidad causante de los fenómenos, y tras unos cuantos cuchicheos entre ambos, todo volvió a caer en quietud y en silencio, sin que en el resto de la velada se reprodujesen los fenómenos [7]."

Suspenderemos aquí lo relativo a los fenómenos de Helena para ocuparnos de otros que realizó a montones en América al fundarse la S. T.; pero para que el lector sepa a qué atenerse sobre ellos y sobre su ciencia, o sea sobre la llamada Magia, terminaremos reproduciendo lo que el Maestro K. H. dice en una de sus cartas, ya célebres:

"Nos pedís que os enseñemos la verdadera ciencia", o sea el aspecto oculto de la Naturaleza, y os figuráis que ello puede hacerse con la misma facilidad que lo pedís, sin tener noción de las terribles dificultades a las que hay que dar cima para comunicar los meros rudimentos de *nuestra* ciencia a los que han seguido los habituales métodos de enseñanza. Mientras más impregnados estáis de los unos, menos aptos seréis para comprender instintivamente los otros, porque el hombre propende a seguir los caminos trillados si no tiene el ardimiento de llenar los vacíos y establecerlos de nuevo. Permitidme algunos ejemplos de ello. Con la ciencia exacta venís a afirmar que existe una sola energía cósmica y no veis diferencia entre la energía gastada por el viajero apartando la maleza que obstruye su camino y el sabio experimentador que gasta una cantidad de energía iqual poniendo un péndulo en movimiento. Nosotros, por el contrario, sabemos que hay todo un mundo de diferencias entre los dos. El

[7] Este incidente recuerda a otro análogo que me refirió respecto de sí y de la Maestra el querido hermano Sr. Xifré, y que el lector puede ver en la nota de la página 205 de nuestros comentarios a los lindos cuentecitos de aquélla, bajo el título de *Páginas ocultistas y cuentos macabros.*

uno disipa y malgasta inútilmente una fuerza; el otro la reconcentra y la guarda. Por supuesto que no me ocupo aquí de la utilidad relativa de entrambos actos, sino sólo del hecho de que uno pone en acción una fuerza ciega sin transmutarla en una forma potencial superior, de dinámica espiritual, como hace el otro. La idea que deseo, pues, inculcar es que el resultado de la intelectualidad más elevada en el cerebro científico es la evolución de una forma sublime de energía espiritual que en la acción cósmica produce consecuencias ilimitadas, mientras que el cerebro que obra automáticamente retiene y conserva sólo en sí una cierta cantidad de fuerza bruta improductiva para el individuo o para la humanidad. El cerebro humano es un inagotable generador de fuerza cósmica de la calidad más refinada, extraída de la energía bruta o básica de la Naturaleza, y el Adepto completo se constituye en centro mismo de ellas, centro de donde irradian las potencialidades que engendran correlaciones tras correlaciones a través de los eones futuros. Tal es la clave del misterio que le permite el proyectar *dentro* del mundo visible y de materializar las formas que su imaginación ha construido por medio de la materia cósmica inerte del mundo invisible. El Adepto no crea nada de nuevo, sino que utiliza y manipula los materiales que la Naturaleza tiene en reserva en torno suyo, materiales que a través de las eternidades han pasado por todas las formas. No hay más que escoger aquello de que se tiene necesidad y traerlo a la existencia objetiva, y esto, ¿no parecería a los ojos de vuestros *sabios* biólogos los ensueños de un loco?

Hay pocas ramas de la ciencia con las cuales no estéis, decís, más o menos familiarizados, y creéis que por la posición adquirida a costa de largos estudios hacéis algún bien. Sin duda alguna que le hacéis; pero permitidme que os diseñe la diferencia que existe entre los métodos de las ciencias físicas (con frecuencia llamadas exactas por puro cumplido) y el de la ciencia metafísica. Esta última, no pudiendo ser sometida a los métodos de comprobación delante de auditorios populares, es clasificada por M. Tyndall en la categoría de las ficciones poéticas. La ciencia realista *del hecho* es, por el contrario, de una índole absolutamente prosaica. En lo que atañe a nosotros, pobres filántropos desconocidos, los hechos de unas u otras ciencias no nos interesan sino en proporción de su potencialidad en resultados morales y en utilidad respecto de la humanidad. ¿Hay algo, en efecto, más completamente indiferente para todos y para todo que esa ciencia materialista del hecho, limitada, en su orgulloso aislamiento, a la mera y egoísta persecución de su propio provecho? Séame, pues, permitido preguntar lo que las leyes de Faraday, Tyndall y otros tienen que hacer con la filantropía en sus relaciones con la humanidad, vista como un conjunto inteligente, y en qué se cuidan ellas del Hombre, átomo solitario en el gran conjunto armonioso del Cosmos, aun cuando sean ellas de utilidad práctica más de una vez. La energía cósmica es eterna e incesante; la materia es indestructible: he aquí dónde se detienen los hechos científicos. Si os permitís ponerlos en duda, pasaréis por un ignorante. Si los negáis, se os mirará como un necio, un lunático peligroso, y si os permitís la pretensión de perfeccionar sus teorías, seréis tratado como un charlatán impertinente. Y, sin embargo, estos hechos científicos en sí mismos no han sugerido a esta pléyade de experimentadores que la Naturaleza actúa con propia conciencia... y que hay una evolución consciente por encima de la inerte materia. De aquí su ignorancia acerca de la dispersión o de la condensación de la energía cósmica bajo sus aspectos metafísicos. De aquí la divergencia de criterios a propósito de las teorías de Darwin; su incertidumbre acerca de los diversos grados de la vida consciente en los elementos separados, y, consecuencia lógica, su desprecio sistemático hacia los fenómenos que escapan a las condiciones propuestas por ellos, y hasta la idea de que no puede haber mundos de fuerzas semiinteligentes, sino intelectuales actuando en los ocultos senos de la Naturaleza.

He aquí otro ejemplo práctico. Nosotros podemos apreciar la gran diferencia que media entre las cualidades de dos cantidades iguales de energía gastadas por dos hombres, de los cuales el uno se va tranquilamente a su trabajo cotidiano y el otro se dirige hacia la comisaría de policía para denunciar el crimen de uno de sus conciudadanos. El hombre de ciencia no ve ninguna, pero nosotros, en cambio, apreciamos una diferencia específica entre ambos, como la apreciamos entre el movimiento del viento y el de una rueda. ¿Por qué, pues, esto? Porque cada pensamiento emitido por el hombre evoluciona en el mundo interior y acaba siendo una entidad activa, asociándose, adhiriéndose, por decirlo así, a un elemental, o sea a una de esas fuerzas semiinteligentes del mundo invisible. Dicha entidad pensante sobrevive como una inteligencia activa, una criatura engendrada por el espíritu, durante un período más o menos largo, proporcionando a la primitiva intensidad de la acción cerebral que la despertase. Así un pensamiento bueno actúa y se perpetúa como un poder bienhechor y activo, mientras que otro malo obra cual perverso demonio. De este modo el hombre puebla continuamente el espacio de un mundo propio en el que germinan y se desarrollan todos sus ensueños, deseos, impulsos y pasiones, corriente que reacciona sobre toda organización sensitiva o nerviosa que se encuentre en contacto con ella, y en proporción de su intensidad dinámica. Los buddhistas llaman a esto *skanda* y los hindúes *karma*. El Adepto crea conscientemente estas formas, mientras que los demás hombres las crean inconscientemente, y por ello el Adepto, para llegar a tal fin y conservar tal poder, vive más o menos concentrado en su propia alma. La ciencia exacta no se da cuenta aún de que la laboriosa hormiga, la activa abeja, o el pajarillo, al construir su nido, acumula cada uno por su humilde trabajo tanta energía cósmica en forma potencial como un Haydn o un Platón por el suyo. El cazador que mata un conejo por su placer o provecho, como el positivista que aplica su inteligencia a probar que más por más da más, gastan o dispersan una energía cual la del tigre para lanzarse sobre su presa. Todos estos roban a la Naturaleza en lugar de enriquecerla, y serán responsables según el grado de su inteligencia.

Capítulo XII

DOS OSCUROS PERIODOS DE HELENA (1863 A 1867 Y 1867 A 1870)

La célebre carta del Maestro K. H., extractada en el capítulo anterior, continúa así:

"La ciencia experimental exacta nada tiene que ver con la moralidad, la virtud o la filantropía, y no puede reclamar nuestra ayuda, a menos que se alíe con la metafísica. No siendo aquélla sino una fría clasificación de hechos exteriores al hombre y que existen con anterioridad o con posterioridad a él, su respectivo campo de utilidad está limitado para nosotros meramente a estos hechos, pues que suele preocuparse poco de los resultados que ha de obtener la humanidad de los materiales logrados por sus métodos. En consecuencia, como nuestra esfera se extiende más allá de ella, nosotros estamos tan alejados como lo puede estar Urano de la Tierra, y rehusamos categóricamente el dejarnos coger en sus engranajes. A sus ojos, por ejemplo, el calor no es más que un modo de movimiento, y el movimiento, a su vez, produce calor; pero dicha ciencia experimental está lejos aún de descubrir por qué razón el movimiento giratorio de una rueda ha de ser metafísicamente de un valor mayor que el calor en la que ésta se transforma por grados. Los hombres de ciencia no pueden concebir esta noción filosófica trascendente (absurda, por consecuencia) de los teósofos de la Edad Media, a saber: que el progreso final de la labor humana, gracias a los incesantes descubrimientos del hombre, será la de llegar un día a un procedimiento por el cual pueda obtener el alimento de la propia materia inorgánica. Si mañana el Sol, ese padre, ese gran nutridor de nuestro sistema planetario, hiciese brotar pollos de la propia masa rocosa *en condiciones irrefragables de observación,* los hombres de ciencia aceptarían el hecho científico sin darse la pena de lamentar que los pollos no estén vivos para alimentar a los pobres que se mueren de hambre. Pero que un *shaberon* pase del lado de acá de los Himalayas en tiempos de hambre y multiplique los sacos de arroz para saciar a las multitudes que agonizan, como podría hacerlo. Inmediatamente vuestros magistrados y acaparadores le harían prender hasta hacerle revelar dónde se halla el granero que habría «saqueado al efecto». He aquí vuestra ciencia exacta y vuestro mun-

do positivista. No obstante, estáis impresionados por «ese pequeño número de hechos palpables coleccionados y groseramente generalizados en una jerga técnica inventada para disimular la ignorancia del hombre sobre todo cuanto se encuentra detrás de estos hechos», y satisfechos de gastar vuestra vida en trabajos que sólo sirven para esta misma ciencia exacta...

"Entre las cuestiones que nos proponéis está la del pretendido fracaso de la *Fraternidad,* «que no ha dejado ninguna huella en la historia del mundo». Los Adeptos, pensáis, habrían debido, merced a sus extraordinarios privilegios, «reunir en sus escuelas un considerable número de espíritus elevados de cada raza». ¿Cómo sabéis vosotros que ellos no lo hayan hecho? ¿Conocéis acaso sus esfuerzos, sus triunfos o sus fracasos? Vuestro mundo no puede reunir las pruebas de tales trabajos porque ellos han sido puestos cuidadosamente al abrigo de la curiosidad, y la primera condición para su éxito era la de evitar toda inspección y obstrucción.

"Lo que ellos han hecho, ellos lo saben. Todo lo que pueden percibir los de fuera son los resultados de causas que están ocultas. Para explicarse tales resultados los hombres de diferentes épocas han inventado diversas teorías acerca de la intervención de los dioses, providencias especiales de protectores invisibles, destino, influencia favorable de los astros. Jamás ha habido época alguna, antes y después de lo que denomináis período histórico, en la que nuestros predecesores no se hayan ocupado en dirigir los acontecimientos, en *hacer historia,* historia cuyos hechos han sido luego invariablemente desfigurados por los historiadores para halagar los prejuicios reinantes en torno de ellos. ¿Estáis seguros de que las figuras que llamáis heroicas y que han aparecido en los dramas sucesivos, no eran casi siempre sus instrumentos? Pero no por ello nosotros pretendemos poseer el poder de impulsar a las naciones en masa en tal o cual crisis de la Historia, en contra de las leyes naturales que rigen las relaciones cósmicas del hombre con el mundo. Los ciclos deben seguir su marcha y los períodos de luz y de oscuridad mental tienen que sucederse en la Historia como se suceden las noches y los días. Los yugas o períodos históricos mayores y menores se desenvuelven según el orden establecido de las cosas, y nosotros mismos, arrastrados por la irresistible marea, podemos sólo modificar y encauzar alguna de sus pequeñas y secundarias corrientes. Si nosotros tuviésemos la potencia falsamente atribuída al Dios personal de quien las leyes naturales no vendrían a ser sino juguetes, entonces nos sería posible crear condiciones adecuadas que transformarían la Tierra en una Arcadia feliz poblada de almas sublimes. Pero, cara a cara con una inflexible ley, de la que nosotros mismos somos meras criaturas, nos contentamos con hacer lo que buenamente podemos y quedar reconocidos.

"Períodos ha habido en los cuales, espíritus excelsos, en número considerable, han sido aleccionados en nuestras escuelas. Así aconteció en la India, Persia, Egipto, Grecia y Roma. Pero, como ya hice notar en otra carta, que el Adepto es la flor y nata, la florescencia feliz de su época, y de ellos aparecen relativamente pocos en cada siglo. La Tierra es el campo de batalla de las fuerzas morales y físicas. El ruidoso tumulto de la pasión animal, estimulada por las energías más groseras del grupo más inferior de los agentes del éter, propenden constantemente a ahogar la espiritualidad.

¿Pueden los hombres, tan vecinos todavía a las bajas esferas de las que acaban de ascender evolutivamente, aspirar a otra cosa? Es cierto también que en estos momentos nuestro número disminuye, porque, como ya he dicho, somos de la humana raza, sometidos a su impulso cíclico e impotente, para hacerle volver sobre sí mismo. ¿No es dable, acaso, el forzar al Ganges o al Bramaputra a que remonte su curso? ¿Podéis vosotros mismos encauzarles lo bastante para que sus aguas no desborden? No; pero sí podéis, al menos, utilizar una parte de la corriente en los canales, cuya fuerza hidráulica será utilizada en beneficio de la Humanidad. Así, nosotros, que no podemos impedir que el mundo siga la corriente que se le ha marcado por los ciclos de la naturaleza, somos capaces, sin embargo, de dirigir algunas de sus energías por útiles cauces. Mi explicación, por supuesto, no os satisfará si nos consideráis como semidioses. Miradnos, pues, como a simples hombres, acaso un poco más sabios a causa de nuestros estudios especiales, y quedará contestada vuestra objeción.

"¿Qué bienes, diréis, nos pueden deparar a nosotros y a nuestros semejantes (las dos cosas son inseparables) de tales ciencias ocultas? Cuando los naturales del país vean que los ingleses y hasta los más altos personaje de la India, interesándose por su ciencia y su filosofía tradicionales, ellos mismos se consagrarán abiertamente a su estudio y llegarán a persuadirse de que los antiguos fenómenos *divinos* no son milagros, sino operaciones científicas, entonces la superstición disminuirá. Así el peor de los males que oprime a la civilización hindú y retarda despertar desaparecerá a la larga. La tendencia actual de la educación es el de hacer a los hindúes materialistas y extinguir en ellos la espiritualidad. Si ellos comprendiesen mejor el significado de los escritos y enseñanzas de sus antepasados, las escuelas se transformarían en un beneficio y no una maldición, como lo son con frecuencia. Hoy día, ignorantes o instruídos, los indígenas creen a los ingleses demasiado prevenidos en contra de ellos, a causa de su religión cristiana y de su ciencia moderna, para que vayan a preocuparse de investigar acerca de su carácter y de sus tradiciones. Por eso se recelan unos de otros con recíproca desconfianza. Un cambio de actitud frente a frente de la antigua filosofía influenciará a los principios hindúes y los hombres opulentos les llevaría a dotar a las escuelas normales para instruir a los pundits (doctores), y los venerables manuscritos hasta aquí ocultos, sepultados a los ojos de los europeos, reaparecerán a la luz del día y con ellos la clave de muchas cosas que están olvidadas desde hace luengas edades fuera del alcance de las gentes, cosas que vuestros *sanscritistas* desdeñan y vuestros misioneros no se atreven a comprender.

"La ciencia, sin embargo, ganaría mucho con ello, y la Humanidad todo. Bajo el impulso de la Sociedad Teosófica anglo-hindú, podríamos con el tiempo ver nacer una nueva edad de oro para la literatura sánscrita... Si la Sociedad Teosófica, *tal como está al presente constituida no tiene verdaderamente una vitalidad real* y puede, no obstante, hacer lo que hace, ¿qué resultados no podrían obtenerse con un cuerpo organizado según el plan mucho mejor que proponéis?

"Las mismas causas que hacen materialistas hoy a los hindúes, afectan igualmente al pensamiento occidental. La educación de hoy exalta al

escepticismo y aprisiona a la espiritualidad. Por eso vosotros podéis hacer un bien inmenso ayudando a dar a las naciones occidentales una base firme sobre la cual puedan ellas reconstituir su vacilante fe. Lo que les falta es la evidencia de que la psicología asiática es la única que se la puede suministrar. Dádsela, y con ello conferiréis a millares de seres la paz espiritual. La era de la fe ciega ha cesado, sustituyéndola la del libre examen. La investigación que se limita a evidenciar el error sin ofrecer nada en cambio a las almas crea iconoclastas, destructores a toda costa que nada dan y todo lo quitan. Pero el hombre no puede contentarse con meras negaciones. El agnosticismo no es más que una pisada en el camino, y ha llegado el momento de encauzar el impulso cuyo retorno no se hará esperar y que empujará a la Humanidad a un supremo ateísmo o a un clericalismo excesivo si no es dirigida hacia la primitiva filosofía de los arios, la única verdaderamente satisfactoria para el alma. Observando lo que pasa en nuestros días, nos podemos dar cuenta de las tendencias que empujan, de un lado, a los católicos a lanzar milagros y milagros como las hormigas ponen huevos; del otro, los librepensadores convirtiéndose en masa al agnosticismo. Nuestro siglo se deleita en una orgía de fenómenos y fenomenalismo. Las mismas maravillas opuestas por los espiritualistas a los dogmas de perdición eterna y de expiación sirven a los católicos como pruebas de su fe, de sus milagros. Entre tanto, los escépticos se burlan por igual de los dos bandos. Todos, pues, están ciegos y nadie los guía. En cambio, vosotros podéis ayudar a reunir los materiales de una filosofía religiosa universal bien necesaria y que no ofrezca asidero alguno a los asaltos científicos, porque ella es en sí la ciencia misma, absoluta, al par que religión verdaderamente digna de tal nombre, puesto que abarca las relaciones del hombre físico con el psíquico y de este último con cuanto está encima y debajo de él. ¿No vale, pues, esto algún sacrificio? Por tanto, si os decidís a entrar en esta nueva senda, proclamad en alta voz que vuestra Sociedad no es ya una comerciante en milagros, ni un club de banquetes, y que no se consagra tampoco servilmente al estudio del fenomenalismo, sino que su objeto principal es el de extirpar el escepticismo y las supersticiones corrientes y de extraer de las antiguas fuentes, largo tiempo selladas, la prueba de que el hombre puede labrar su propio destino futuro, y tened por muy cierto que él vivirá en el más allá con sólo que él lo quiera, y aprenderá de una vez para siempre que todos los *fenómenos* no son sino la manifestación de una ley natural que todo hombre inteligente debe tratar de comprender..."

La permanencia de H. P. B. en Tiflis —dice Mme. Besant—, se terminó por una larga y terrible enfermedad, de la cual se levantó sana después de haber sufrido el más extraordinario de los cambios. Hasta entonces los fenómenos maravillosos que doquier la avasallaban parecían verificarse *alrededor de ella,* más bien que *por ella* producidos, y más o menos independientes de su voluntad. Pero, a partir de tal momento, ella se hizo con su voluntad propia absolutamente superior a las fuerzas productoras de los mismos, dominándolas. Así pudo escribir desde allí a su familia diciendo: "Los últimos vestigios de mi debilidad psicofísica han desaparecido, para no volver más. Estoy, pues, lavada y purificada de esa antigua facultad mía de atraer sobre mí los cascarones errantes o envolturas astra-

les de los seres fallecidos y las afinidades etéreas que con los tales mantenía. Estoy, sí, libre ya de todo esto, gracias a *Aquellos* (los Maestros), a los que bendigo y bendeciré todos los días de mi vida.

En efecto, con su dicha maravillosa curación terminó para Helena su período preparatorio o iniciático, empezando otro más terrible, en el que ya fue *todo acción y todo voluntad*, esa voluntad virgen de sus heroicos antecesores y que la dan en el mundo y en la Historia aún más relieve, si cabe, que el ganado por sus viajes, sus conocimientos y su inteligencia.

Este período de acción, a partir de su curación y de su partida de Tiflis, en 1863, se puede dividir, a su vez, de esta manera:

a) 1863 a 1867. — Oscuro período más relacionado con la formación de la unidad italiana y caída del Poder temporal del Papado, de lo que se pudiera creer.

b) 1867-1870. — Estancia misteriosa de tres años en el Tíbet y de la que apenas hay noticia alguna.

c) 1870-1875. — Período de preparación y también de fracasos de lo que luego fue la Sociedad Teosófica, en esta última fecha.

d) 1875-1879. — La Sociedad en América. El coronel Olcott entra en acción también dos años antes de este período, que es el más conocido, merced a este nobilísimo y fiel colaborador.

e) 1879-1885. — Residencia en la India, con cortos intervalos de viajes por Europa, de los dos fundadores de la teosófica Sociedad.

f) 1885-1891. — H. P. B. cae bajo las calumnias de la Sociedad de Investigaciones psíquicas de Londres, el Matrimonio Coulomb y los misioneros anglicanos de Bombay y de Madrás, y muere, después de haber escrito en esta amarguísima época, que terminó con su vida de mártir, el ciclópeo monumento de *La Doctrina Secreta.*

Ciñéndonos, pues, aquí al período de 1863-67, diremos que los datos de él son escasísimos, tanto que se reducen a la indicación de Sinnett, de que "a nadie le habló Helena acerca de su viaje, en que, moribunda, fuera trasladada por río desde Ozurgetty a Kutais y de allí, en carruaje, a Tiflis, desde donde, apenas se viera restablecida, se marchó a Italia. Antes de partir, en 1863, había ya cambiado completamente la índole de sus facultades".

Y tanto cambió, añadimos nosotros, que la valerosa dama, así curada en el legendario país de "las amazonas", de los poemas griegos y cruzados, sintióse "amazona" también, y se lanzó como un guerrero más en la lucha que más conmovía a la opinión librepensadora de entonces: la abolición del Poder temporal del Papado y la unidad del Reino de Italia. ¡Un garibaldismo bien singular, entre los mil de Marsala que siguieron entusiastas las huellas de aquel héroe de la libertad!

Lo que hiciese Helena en pro de aquella empresa de titanes derrocadores de un poder secular, heredero directo quizá de la necromante magia sacerdotal atlante, no lo sabemos, pues que sólo contamos con la indicación de Olcott, transcripta al comienzo del capítulo anterior, de que "luchando en Mentana, al lado de Garibaldi, había recibido un sablazo que la rompiera el brazo izquierdo por dos partes y, además, dos balazos,

uno en el hombro izquierdo y otro en una de las piernas", si es que la herida de estilete de su costado, de la que su hermana nos habló ya en dicho capítulo, no la recibió entonces y sí antes, como dice aquélla.

Pero si no lo sabemos con certeza, no es dable, al menos, colegirlo, al tenor de su carácter librepensador y de su espíritu de rebeldía contra la tiranía religiosa, rebeldía tan repetidamente manifestada en sus obras como poco seguida por muchos de los que hoy se llaman sus teosóficos discípulos.

Sí, nosotros, a falta de datos precisos, nos hemos imaginado más de una vez a la Maestra H. P. B. empeñada como el que más en la causa antirromana. Una mujer, inciada ya, y que, como tal, sabía perfectamente a qué atenerse acerca del Papado y de su historia, pudo muy bien lanzarse resueltamente contra él en compañía de los terribles enemigos de éste, miembros todos ellos de modernas instituciones iniciáticas y de acción, tales como la Carbonaria, organización poderosa por su misma contextura, emparentada con otra Sociedad "más filosófica y menos activa" del siglo XVII, y que no tenemos para qué nombrar.

Claro es que en la primera etapa de Montebello y Solferino a Nápoles y Castelfidardo, no pudo participar, pues que no abandonase el Cáucaso hasta el año 63; pero, en cambio, pudo muy bien acompañar a los defensores del Estatuto piamontés, los Giussepe y los Menotti Garibaldi, camino del combate de Aspromonte, sangriento choque entre garibaldinos y realistas, en el que el héroe de Marsalla y su yerno cayeran heridos y prisioneros, estando a punto de ser fusilados. Entonces fue, en efecto, cuando en torno del confinado de Spezzia se agruparon las más extrañas gentes del mundo, Helena, por lo que se ve, entre ellas, puesto que detrás de la lucha patriótica y política en pro y en contra de la unidad italiana, latía otra de mayor radio, lucha entablada por las dos magias: las archiseculares de los iniciados y de los sacerdotes, como dice el tomo II de *La Doctrina Secreta,* ésta por mantener y la otra para abatir el Papado y su poder temporal en los llamados Estados Pontificios.

Y no se diga que uno y otro campo de mágicos contendientes no tenía a su frente personalidades del mayor relieve. De un lado Mazzini, los Garibaldi, Víctor Manuel, etcétera, aguerridos e incansables, con un valor sin límites, vecino a veces de la locura heroica, y del otro, hombres como Pío IX y el cardenal Antonelli, dotados de extrahumana energía, no menos que Blavatsky, gentes capaces de oponer su fatídico "non possumus" al incoercible avance de las nuevas ideas, y hasta de convocar un Concilio bajo el cañón enemigo.

De aquí lo tremendo de la lucha, que es toda una epopeya del Ocultismo. De aquí también el durísimo lenguaje que contra "el héroe negro" de Pío IX emplea H. P. B. en múltiples pasajes de su *Isis.* La "fiera del Syllabus" era digna rival de la "fiera de Ekaterinoslav", como siempre sucede en tales "choques astrales", los dos contendientes quedaron vencidos: el uno teniendo que sufrir la afrenta de la Puerta Pía y la ruina, en setiembre de 1870, de todo su imperio temporal nacido al calor de los viejos reyes francos; la otra cayendo herida de muerte en Mentana, en noviembre de 1867, como arriba dijimos, que es la ley de las dos magias opuestas la de vivir y morir siempre una de otra y una con otra.

Y no se crea que exageramos en estas nuestras apreciaciones por espíritu alguno partidista. El grito garibaldino de "a Roma con Víctor Manuel, o la muerte" estaba siempre en el corazón más que en los labios de los enemigos del Papado, y sus luchas, estridentes unas y peores aún por silenciosas otras, tenían todo el colorido de las homéricas en torno de Troya. Si a probarlo no bastasen cien párrafos rabiosamente enérgicos de H. P. B. contra el propio Pío IX y los jesuitas que le apoyaban desde su sombrío Instituto, lo acredita elocuentemente el siguiente pasaje de un seudocarbonario amigo probable de éstos, chocando con H. P. B. en plena magia, varios años después, o sea en América, en 1875, con igual contraste que el de Moisés con los magos de Faraón, o el de los "sabios de la India", de los que nos habla Arriano, con los magos de Alejandro, es decir, oponiendo fenómenos a fenómenos con el paritario y eterno combatir de la luz y las tinieblas luchando en el mundo a la continua en ese mágico contraste al que llamamos vida.

He aquí el relato del caso en cuestión, hecho con su acostumbrada ingenuidad por el coronel Olcott, en el capítulo IV de su *Historia auténtica de la S. T.*

"Uno de los contertulios de H. P. B. era un artista italiano, antiguo carbonario, el señor B . . .[1] En su primera visita recuerdo que estuvieron hablando de asuntos de Italia, cuando, de repente, B . . . pronunció el nombre de uno de los más grandes Adeptos. Ella, entonces, se estremeció cual si hubiese recibido una descarga eléctrica, le miró fijamente y le dijo en italiano: «¡Y bien, ¿qué es lo que hay?, yo estoy dispuesta!» B . . . pareció no hacer caso; pero la conversación giró desde entonces sobre la Magia, los Magos y los Adeptos. El señor B . . . se levantó, abrió una ventana, hizo como pases magnéticos hacia el exterior, y, de improviso, una blanca mariposa penetró en la estancia revoloteando hacia el techo. H. P. B. sonrió sin malicia, diciendo: «¡Ah, esto es encantador; pero yo puedo hacer otro tanto también!» En efecto, seguidamente abrió la ventana, hizo análogos signos y una segunda mariposa blanca apareció, elevándose hacia el techo como la otra, persiguiendo a ésta por toda la estancia, hasta que ambas desaparecieron repentinamente en un rincón.

"¿Qué quiere decir esto?", hube de preguntar, contestándome ella: "No, no es nada, sino que el señor B . . . puede transformar un elemental en mariposa, y yo puedo hacer otro tanto." "Estos insectos —agrega Olcott— no eran sino ilusión hipnótica."

El bueno del coronel, páginas más adelante, nos refiere otra anécdota no menos extraña del señor B . . ., en estos deliciosos términos, que le pintan como efectivo mago negro:

"Cierta noche del otoño de 1875 fui testigo de un extraordinario fenómeno realizado por el signor B . . .: una lluvia provocada a voluntad, merced, dijo, a los espíritus del aire que él tenía bajo su dominio. La luna estaba en su plenitud y no había una sola nube en todo el cielo. B . . . nos hizo llegar a H. P. B. y a mí sobre el balcón del salón posterior y, una vez allí, recomendándome me estuviese quieto y en absoluto silencio, sucediera lo que

[1] Este señor Brucessi figura también con esta inicial, parece, en la fundación de la S. T.

sucediese, sacó de su pecho un cartón como de 6 por 10 pulgadas y le tendió hacia la luna. En una de las superficies del cartón había pintados a la aguada varios cuadrados conteniendo cada uno una extraña figura geométrica. No me permitió examinar el cartón ni siquiera tocarle. Yo estaba detrás de B . . . y sentía que su cuerpo se debatía como bajo la influencia de una gran concentración de voluntad. De repente me mostró la luna, de la que vimos salir negros y densos vapores como nubes de tempestad, o mejor aún, como espesas espirales de humo que se escapasen de la chimenea de un trasatlántico, saliendo del borde oriental de nuestro brillante satélite y flotando hacia el horizonte. Entonces no pude retener una exclamación; pero el hechicero me asió del brazo como con una tenaza, diciéndome que me callase. El negro velo de nubes fue espesando más y más, extendiéndose hasta el horizonte como una monstruosa pluma de ave. Luego se abrió cual abanico, apareciendo gruesas nubes de lluvia llevadas por el viento. Cubrióse, por fin, el cielo, desapareció la luna y un fuerte chubasco nos hizo entrar en el salón. No se produjo ni relámpago ni trueno, ni viento fuerte, sino una intensa onda atraída en un cuarto de hora por este hombre misterioso. Cuando volvimos bajo la luz del gas, vi su rostro con una expresión extrañísima y con los dientes fuertemente apretados, que se advierte en sus camaradas después de un combate, y en verdad que él acababa de combatir con las invisibles hordas de los elementos, venciéndolas, cosa capaz de agotar toda la fuerza de un hombre . . . Nos retiramos luego pronto. El pavimento estaba mojado y el aire era húmedo y frío.

Mi departamento —continúa el fiel amigo de H. P. B.— estaba a algunos pasos de allí, y apenas me había instalado en él poniéndome a fumar cuando el signor B . . . llegó a la puerta, pálido y como extenuado. Presentóme sus excusas y me pidió un vaso de agua. Le hice entrar, y cuando la bebió nos pusimos a hablar largamente de asuntos de Ocultismo, aunque se mostraba muy reticente sobre el problema de las experiencias personales y el desenvolvimiento psíquico. Sin embargo, me explicó que todas las huestes de espíritus elementales pueden ser dominadas por el hombre cuando él ha desenvuelto sus divinas facultades innatas. Su voluntad se transforma así en una fuerza irresistible ante la cual debe ceder toda fuerza inferior, es decir, elemental, ya esté organizada en entidades, ya en el estado de agente cósmico bruto. Ciertamente que ninguna humareda había salido de la luna, pues que ello era una simple ilusión producida por la concentración de su voluntad sobre su superficie; pero no por eso era menos cierto que yo había visto a las nubes condensarse en el iluminado cielo y sentido caer la lluvia. Pero al llegar aquí, repentinamente se lanzó a darme un consejo que no pudo menos de maravillarme. Yo le había visto con H. P. B. en los términos más amistosos, hablando sin reservas de Italia, de Garibaldi y Mazzini, de los carbonarios, de los adeptos orientales y occidentales, etc., entablando pugilato de fenómenos como aquel de las dos mariposas blancas, por lo cual tenía más que motivo de asombro, cuando tomando un aire de gran misterio me recomendó que cesase en mi intimidad con ella, añadiendo que era una horrible y peligrosísima mujer que habría de causarme grandes males si me dejaba arrastrar por su pérfida influencia. Me dijo también que el Gran Maestro a quien había

aludido en su conversación con H. P. B. le había ordenado que así me lo advirtiese. Quedémele mirando como para tratar de adivinar la finalidad de un discurso tan extraordinario, hasta que hube de responderle así: 'Está bien, señor. Conozco la existencia del personaje que me acabáis de mencionar. Tengo además todas las razones precisas para suponer, después de cuantos fenómenos os he visto producir, que estáis en relación con él o, por lo menos, con la Fraternidad. Estoy, pues, pronto a obedecer, hasta con el sacrificio de mi vida; pero entre tanto y ante todo sólo exijo que me deis una señal cierta, por medio de la cual pueda yo saber positivamente, sin el menor resto de duda, que madame Blavatsky es ciertamente el mismo diablo tal y como me la pintáis, y que es voluntad expresa del Maestro que cese de tratarla como me decís.' El italiano bostezó, murmuró algunas frases incoherentes, y cambió de conversación. ¡Él podía muy bien extraer de la luna nubes de tinta, pero no podía introducir en mi corazón la negrura de una duda respecto de mi amiga y mi guía en las desconcertadoras complicaciones de la ciencia oculta!... Y cuando al día siguiente volví a ver a H. P. B. y le conté el caso, ella sonrió y dijo que me felicitaba por haber soportado tan bien esta pequeña prueba, después de lo cual escribió dos líneas al señor B..., rogándole 'que olvidase el camino de su puerta', como él así lo hizo [2]."

[2] Este notabilísimo pasaje es todo un capítulo de Ocultismo, pues que en él se ve en nuestros propios tiempos a un hombre, un viejo carbonario capaz de hacer taumaturgia sobre los elementos provocando una lluvia, como se refiere de los magos antiguos, por ejemplo, de los que acompañaran a Alejandro por la Cirenaica, cuando marchaba a destruir el gran Templo de Júpiter Amnón. El hecho, en efecto, de provocar la lluvia no debe ser raro a lo largo de la historia, toda vez que se ha conservado en la demopedia universal. Así, los mayas (Chavero, *México a través de los siglos)* llamaban a la Luna "el espejo negro que humea", aludiendo sin duda a los "humos negros" o masas espectrales que la necromancia del carbonario parecía hacer surgir ilusoriamente del disco del satélite, al igual de los antiguos sacerdotes de Palenque y de Akké. En nuestras costumbres populares aún se dice, de uno que canta "muy mal", que no siga porque va a hacer llover, aludiendo sin duda al canto o mantram necromante, que también puede emplearse a falta del "cartón mágico" usado por el italiano, y, en fin, se despide a todo hombre excesivamente odioso o importuno con la consabida frase de "¡vaya usted a mandar llover!", despidiéndole así cual execrable mago negro capaz de producir a voluntad aquel fenómeno meteorológico. En cuanto al dicho "cartón mágico", ¿quién sabe si los propios "códices del Anahuac" no fueron empleados antaño por el sacerdocio maya a la manera del carbonario en cuestión o de la de los egipcios cartones de Mr. Feld, armas de magia ante las que gatos y perros se asustaban, según vimos en el capítulo precedente? ¿Quién duda de que algo análogo pudo acaecer quizá con las propias "pinturas rupestres" que constituyen hoy la gran preocupación de nuestros hombres de ciencia y acerca de cuyo mágico carácter hemos hablado ya en el capítulo XXII de *El libro que mata a la Muerte?* Verdaderamente que en todas estas cosas estamos en la infancia, y vale más que así sea, ya que pocos somos capaces de una fidelidad estilo Olcott, para no dejarnos arrastrar por la perfidia de semejantes milagreros, "lobos con piel de oveja" que se deslizan siempre con torcida intención necromante en el seno de todos los grandes movimientos redentores, tales como el de la S. T., para tergiversarle y apartarle del noble fin para el que fuera creado.

En cuanto a la explicación dada por Olcott del fenómeno aquel de la lluvia provocada por la voluntad del hombre a las hordas de los espíritus aéreos, es oportuno recordar el dicho de San Pablo *(Libro que mata a la Muerte,* capítulo VII), de que todo iniciado ha de luchar y poder vencer a las "Potestades del aire", o elementales, para luchar con los cuales hemos venido al mundo, como poética y simbólicamente se describe en el poema de "Las Aves", de Aristófanes *(De Gentes,* etc., pág. 6). No hay que olvidar tampoco que, dada la íntima conexión que tales entidades atmosféricas, productoras de los fenómenos naturales, mantienen con los grandes hechos humanos, intervienen ellas más de una vez, ora decidiendo el hecho de las batallas como brutales actos que a su vez deciden los destinos del mundo, ora mostrándosenos extrañamente misteriosas, como en aquellos inesperados aguaceros que marcaran la muerte de los dos sublimes músicos Mozart y Beethoven.

Después de consideraciones tales —que muy bien se podrían ampliar—, sólo cabe el asombrarnos de nuestra ignorancia infantil de las leyes ocultas que al mundo rigen.

¿Fue larga la curación de H. P. B. después del choque de Mentana? ¿Continuó mucho después en Italia la heroína rusa hasta poder presenciar el triunfo de su ideal en 1870?

Parece que no, pues que los biógrafos convienen en decirnos que los años desde 1867 a 1870 Helena los pasó misteriosamente en el Tíbet, y no serían tres años tampoco sino dos, porque aunque se restableciera de sus heridas en noviembre y diciembre de 1867, emplearía varios meses en llegar hasta allí por un itinerario que suponía la condición previa de volver por Rusia más bien que por el Asia Menor.

Esta dificultad se obvia si, como pretende algún teósofo de la escuela de Judge y de Point Loma, toda la antedicha campaña de Mentana no existió más que en la imaginación de Olcott, quien fuera inducido a error por alguna de esas "blagues" o bromas que con él acostumbraba a usar la Maestra. Entonces, aunque en 1863 hubiese ido como simple turista a Italia, pudo regresar incontinenti a Rusia y emprender seguidamente su viaje hacia el Tíbet, donde habría estado entonces cerca de siete años en lugar de tres.

De todos modos es lo cierto que, por una vía o por otra, Helena consiguió, al fin, penetrar en el Tíbet, ese país misterioso objeto de sus anhelos durante largos años, viaje que realizó al fin, ahora, después de sus tres infructuosas tentativas anteriores. Sinnett prologa este admirable viaje diciendo: "Si se conociera al pormenor la historia de H. P. B., los años de 1867 a 1870 serían los más interesante de su accidentada vida. Por desgracia sólo me es posible indicar que los pasó en Oriente, acrecentando enormemente sus conocimientos de Ocultismo. Los dos o tres años transcurridos entre su residencia en Tiflis y el mencionado período los empleó en efectuar por Europa los últimos viajes de capricho de que tengo noticia, y nada cabe decir de ellos, pues que no la acompañaba pariente alguno que tomase notas de ellos, ni sus propios recuerdos permiten dar más que áridos bosquejos de sus aventuras."

Y Olcott, por su parte, nos habla del legítimo orgullo que sentía Helena como ocultista por haber podido estar, al fin, en el Tíbet, objeto de sus anhelos en tres intentonas sucesivas para penetrar en él. El capítulo I de su "Historia" inserta, en efecto, una carta de la doctora Ana Ballard, escrita y fechada en París poco después de la muerte de H. P. B., o sea el 17 de enero de 1892, y en la que, saliendo al paso de las calumnias levantadas contra ella por sus enemigos, dice:

"Querido coronel Olcott: Conozco a madame Blavastsky desde mucho tiempo antes de lo que os figuráis. La vi por ver primera en julio de 1873 en Nueva York, menos de una semana después de su desembarco en di-

cha ciudad. Era yo a la sazón redactora del *New York Sun* y había sido encargada por el diario de escribir un artículo sobre Rusia. En el curso de mis indagaciones sobre el particular, un amigo me participó la llegada de esta dama rusa, y corrí a visitarla, dando así comienzo a una amistad que ha durado largos años. Desde la primera entrevista ella me dijo que no había tenido intención alguna de abandonar por entonces a París para trasladarse a Norteamérica, hasta la víspera misma de su partida, sin que aclarase el porqué de ésta. Sólo sí recuerdo el énfasis y el aire de triunfo con que ella me dijo: '¡Yo he estado en el Tíbet!' Imposible me era el comprender entonces el porqué atribuía ella más importancia a este viaje que a los demás que decía haber hecho en Egipto, por las Indias, y por otros lugares remotos, ni el porqué hablaba de ello con el entusiasmo más sincero. Hoy, sin embargo, ya me lo explico bien..."

Por supuesto que durante este misterioso viaje su amante familia perdió todo rastro de ella; pero cuando más inquietos estaban por su suerte, los Maestros que la protegían cuidaron de dar de ella noticias tranquilizadoras.

Madame Fadéeff, tía de Helena Petrovna, en carta fechada en París el 26 de junio de 1884, consigna al efecto:

"Hace dos o tres años, en carta escrita a Mr. Sinnett, creo haber ya referido lo que me aconteció con cierta misiva recibida por mí fenomenalmente cuando mi sobrina se encontraba en el otro confín del mundo, o mejor dicho, cuando nadie, en verdad, sabía precisar su paradero, cosa que nos tenía profundamente disgustados. Todas nuestras pesquisas, en efecto, habían sido inútiles, y ya la considerábamos muerta, cuando en 1870, o poco después, recibí una extraña carta de ese señor a quien usted llama, según creo, el Maestro Koot-Hoomí o Kut-Humi, carta que hubo de llegar a mis manos y a mi propia casa de la manera más misteriosa e incomprensible, traída por cierto mensajero asiático, quien, así que me la hubo entregado, se esfumó ante mis propios ojos. En la carta en cuestión aquél me rogaba que no me inquietase por el paradero de Helena, pues me aseguraba bajo su palabra que mi sobrina se hallaba en lugar seguro y en buena salud. Conservo la tal carta entre mis papeles de Odesa, y cuando allí regrese tendré el gusto de remitírsela por si puede serle útil. Yo, en lo que a mí afecta, me parece increíble que pueda haber gentes tan insensatas que piensen que los hombres superiores a quienes llama usted Mahatmas sean pura invención de usted o de mi sobrina. No sé, ciertamente, si usted los conoce o no a tales seres desde hace mucho tiempo, pero os puedo asegurar que mi Helena me viene hablando detalladamente de ellos desde largos años ha, porque la última vez que me escribía me decía que había vuelto a ver a varios de estos Mahatmas, reanudando sus relaciones con ellos, todo, por supuesto, antes de que ella escribiera *Isis sin Velo*. ¿Por qué, pues, habría ella de inventar semejantes personajes, ni con qué objeto? Pienso que vuestros enemigos, ni son malos, ni obran de mala fe en sus negativas, pero si yo, que espero ser hasta mi muerte una ferviente cristiana y creo, sin embargo, en la existencia de tales seres, aunque sin admitir, no obstante, todos los milagros que se les atribuyen, ¿por qué no han de pensar lo mismo vuestros impugnadores?

Por lo menos yo puedo atestiguar la existencia de uno de tales Maestros. ¿Quien, si no él, habría podido escribir la carta arriba dicha para

tranquilizarme en los momentos en que sentía mayor angustia? Es cierto que no podía reconocer la identidad de una escritura que jamás había visto hasta entonces; pero la manera prodigiosa como me fue entregada dicha carta es tan fenomenal, que nadie habría podido realizar cosa semejante, a no ser un adepto en la ciencia oculta. Además, la carta en cuestión me prometía el pronto regreso de mi sobrina, como, en efecto, se realizó. Le repito que le enviaré la carta dentro de quince días."

"Mme. Fadéeff cumplió su palabra —sigue diciendo Sinnett, y diez días más tarde obraba en mi poder, acompañada de una esquelita de dicha señora. Estaba aquélla escrita en papel chino de arroz, esa especie de papel satinado y hecho a mano que se ve en Penjab y en Cachemira, y venía encerrada en sobre del mismo papel, con la siguiente dirección: 'A la muy honorable dama Nadejka Andriewna Fadéeff, Odesa', y en el ángulo, una nota en ruso y escrita con lápiz, de la propia mano de la señora Fadéeff, y que decía: 'Recibida en Odesa el 7 de noviembre, referente a Lelinka (nombre cariñoso que dábamos en familia a Helena) y residente, al parecer, en el Tíbet. Día 11 de noviembre de 1870', y firmado: 'Nadejka Fadéeff'."

La repetida carta dice textualmente:

"La noble familia de Mme. H. Blavatsky no tiene razón alguna para estar afligida. Su hija y sobrina respectiva no ha dejado este mundo, sino que vive, y desea hacer saber a los que ella ama que se encuentra bien y se siente muy feliz en el lejano e ignorado retiro que ella ha elegido.

...Consuélese, pues, su querida familia. Antes de que hayan pasado diez y ocho lunas ella estará a su lado de regreso."

La escritura, tanto de la carta como del sobre, se corresponde idénticamente con la que más tarde, con motivo del informe presentado ante la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, en las acusaciones contra H. P. B. (páginas 95 y 96), fue reconocida como del Mahatma K. H."

Sí, los ojos de la imaginación, a falta de datos concretos relativos a este difícil viaje, han seguido a la incansable viajera a lo largo de su itinerario, probablemente desde el kalmuko puerto de Astracán, por donde el Volga desemboca en el mar Caspio, a través del delicioso país de los Kirghises, tan elogiado en sus mesetas admirables por conspicuos naturalistas, para llegar, por cima del lago o mar de Aral, del desierto de Kysyl-Kum y del lago Baikach, a las puertas mismas de la Dzungaria, que es la vía natural y casi única de relativamente fácil penetración, razón por la cual ha sido en diferentes épocas el camino de las invasiones tártaras y de algunas otras históricas o prehistóricas. El dato de la entrada de Helena por allí es de todos modos positivo, según el dicho de varios biógrafos. No así el resto del itinerario, del que sólo hemos podido averiguar, no recordamos bien si por relato del Sr. Xifré o por otro conducto "tradicional" análogo, que fue hecho por Helena a forzadísimas marchas, asociada a cierta caravana de aquellas soledades; caravana a la que hubo de abandonar, nos cuentan, así que cierto anochecer oyera resonar en el imponente silencio de la desierta pradera las notas de una música misteriosa, especie de eco de "las arenas musicales" de que nos habla el coronel Yule, o de la "flauta del Kareol", feliz atisbo ocultista que el coloso de Biareuth ha sabido llevar al último acto de su *Tristán e Iseo*.

Helena, al conjuro de tales notas mágicas, sintiendo en su pecho el irresistible empuje y la atracción avasalladora que es clásica en los aldeanos de ciertos gárrulos poblados vecinos a los Alpes, cuando escuchan lejos de su patria las notas ancestrales del "Ranz de Vaches" con que los vaqueros de la montaña llaman y congregan a sus reses perdidas entre los ventisqueros, escapó, para no ser vista ya más por sus asombrados compañeros de viaje. Luego, como también se cuenta del joven Damodar Malavankar, corrió ya completamente a cargo de su Maestro, quien, sin duda, hubo de someterla, ora en la sagrada Urga, capitalidad de la Mogolia y metrópoli ocultista de los misterios calcidios o celtas, ora en otros lugares secretos del inmenso desierto, a los extremados rigores de la primitiva iniciación mogola-tibetana, de la que tantísimos detalles nos aporta luego en el tomo II de su obra fundamental cuando habla de los "Buddhas de la Confesión" y de sus primievales enseñanzas, anteriores a todas las de los arios, en *Vedas, Puranas* y demás libros sagrados ulteriores.

Capítulo XIII

HELENA EN EGIPTO

Tres años estuvo H. P. B. en el Tíbet completamente a cargo de sus Maestros, y allí recibió de ellos la Iniciación en las Artes Mágicas y en el Ocultismo primitivo de los que la vemos usar tan pródigamente después. La mujer apenas ilustrada al uso, recibió allí el "don de lenguas" que tanto la caracterizara, a base del "zenzar" o lenguaje sagrado universal y del sánscrito o "lenguaje de los dioses". Además, formóse allí el fondo de su mentalidad tártaro-tibetana que tanto resplandece en *La Doctrina Secreta*. Las pruebas por las que pasase al efecto, su género de vida, sus relaciones con aquellas poderosas Entidades, son y quizá sean siempre un gran misterio para nosotros. Sólo podemos colegir de ellas por sus actos posteriores y por el absoluto sacrificio que hizo de su persona en aras de la causa de la Humanidad.

No menos misterioso que su estancia lo fue su regreso, por un itinerario ignorado, aunque probablemente lo realizó por el Ladak y el Penjab, que ya le eran de antes conocidos.

"En 1870 —dice Annie Besant— volvió de Oriente H. P. B. por el Canal de Suez, recientemente inaugurado, y después de detenerse algún tiempo en el Pireo, embárcose para Spezzia, a bordo de un buque griego, cuyo cargamento de pólvora y fuegos artificiales explotó, salvándose ella milagrosamente. Marchó luego a Alejandría y de allí a El Cairo. Hasta el año 1870 su vida se había consagrado a buscar apasionadamente los conocimientos ocultos, y en dicha fecha ya los poseía; pero no habían llegado todavía los tiempos en que debían ver la luz las revelaciones parciales del gran sistema de iniciación oculta, tal como en Oriente se practica. En 1871 permanecía aún en El Cairo, viviendo en Bulak, cerca del célebre Museo. Reanudó sus relaciones con su antiguo maestro el copto, a quien había conocido en 1848 [1], marchando luego a Palestina y Siria,

[1] "En Egipto, en 1850, mientras viajaba en compañía de la condesa K..., a raíz de su fuga conyugal, ya empezó H. P. B. a adquirir algunos conocimientos ocultos, aunque de índole muy inferior y diferente a los más tarde adquiridos —dice Sinnett en su conocida obra—. En aquel entonces vivía en El Cairo un viejo copto, ventajosamente conocido y de gran reputación de mago. Las gentes contaban de él cosas admirables y emocionantes. Parece que Helena se aplicó con entusiasmo a recibir ense-

visitando a Palmira y otras ruinas, y a fines de 1872 volvió a Rusia, encontrando en Odessa a su familia."

Así sintetiza esta nueva época de H. P. B. su discípula Annie Besant. Posteriores publicaciones teosóficas, en especial *The Theosophist*, de este mismo año de 1922, han podido arrojar gran luz sobre estos tiempos que vamos a historiar ahora. El punto de partida para ello nos le dan estos curiosos pasajes de la *Historia Auténtica*, de Olcott, donde se dice:

"H. P. B. realizó un ensayo de Sociedad Espiritista, o cosa así, en El Cairo, en 1871, basándose en los fenómenos de esta índole, según refiere Sinnett. La tal Sociedad resultó un fracaso lamentable que la cubrió de ridículo, porque carecía de los colaboradores apetecidos. Sin embargo, produjo fenómenos mágicos extraordinarios con la ayuda del ya dicho maestro copto y de otro adepto que he conocido más tarde, y supongo que hubo de mediar una loca prodigalidad de poderes y de energía psíquica, indicando todo ello cualquier otra cosa menos que su infalibilidad personal o la inspiración divina. El Dr. A. L. Rawson, en artículo un tanto fantástico de cierta revista ilustrada, menciona este fracaso de El Cairo, añadiendo que Paulos Metamon, un célebre mago copto que poseía varios libros curiosísimos de fórmulas astrológicas, encantos mágicos y horóscopos que mostraba a los visitantes convenientemente recomendados, había aconsejado se esperase a mejor ocasión. Añade Rawson que H. P. B. había dicho a la condesa Kazinoff 'que ella había penetrado, al menos, en uno de los grandes misterios de Egipto, y lo había probado haciendo surgir una serpiente viva de un saco sellado y oculto en los pliegues de su vestido, y he sabido, añade, por un testigo ocular que durante su residencia en El Cairo se producían los más extraños fenómenos en las habitaciones de H. P. B.; que un quinqué se levantaba solo de la mesa caminando por el aire como si un ser invisible le condujese, y que este mismo copto misterioso desapareció repentinamente una vez del sofá en que estaba sentado, con otras muchas maravillas, no milagros, ya que la ciencia nos enseña hoy la posibilidad de la inhibición de la vista, el oído, etc., mediante la sugestión hipnótica'."

Y en otro lugar amplía Olcott así los anteriores datos acerca de la antedicha Fraternidad egipcia:

"Cuando a principios de 1875 tenía —dice Olcott— corregidas las pruebas de la circular relativa al *Spiritual Scientist*, revista espiritualista, a la que los Maestros nos habían ordenado que ayudásemos, pregunté a H. P. B., a la sazón ausente, si debiera yo firmarla o dejarla anónima. Ella me respondió, por carta, que los Maestros deseaban que se firmase por mí con la antefirma de 'Por el Comité de los Siete, de la Fraternidad de Luxor', como fue hecho. H. P. B. me explicó más tarde que nuestro trabajo y multitud de otros del mismo género estaba inspeccionado por un comité de siete adeptos del grupo egipcio de la Fraternidad Mística Universal [2]. Ella aún no había leído la circular; pero así que luego se puso

ñanzas del copto, quien desde luego miró con mucho interés a su discípula, y aunque en aquella ocasión sólo estuvo tres meses con él, volvió a encontrarle años después —los que ahora historiamos—, y pasaron juntos algún tiempo en Bulak. También por aquellos días viajaba Helena con una señora inglesa de su posición, a quien encontró en sus viajes."

Esto es lo que nos dice Sinnett a propósito del aludido Maestro Copto de Bulok. Olcott, de pasada, nos habla de él, sin nombrarle, en el siguiente párrafo del capítulo XVIII, serie 1ª, de su *Historia*:

"Cierto día, con muestras de alegría al recordarlo, me refirió H. P. B. la ilusión o "maya" de que había sido objeto por parte de uno de sus maestros. Ella, en efecto, viajaba por el desierto con un cierto copto, mago blanco que yo cuidaré de no nombrar. Encontrándose ambos una tarde en el campamento, ella hubo de manifestar ardientes deseos de poder tomar una buena taza de café con leche a la francesa. "Pues que tantas ganas tenéis de ello, podéis tomarla en este mismo momento", replicó el copto; y, yéndose en derechura hacia el camello que conducía los equipajes, tomó agua del odre y volvió al punto trayendo en sus manos una gran taza de café hirviente y perfumado mezclado con leche. Helena, que sabía bien que su acompañante y guía era un poderoso adepto poseedor de grandes facultades mágicas, comprendió al punto que se trataba de uno de sus habituales fenómenos. Dióle, pues, las gracias con calor, bebió varios sorbos del café, declarando que en su vida, ni aun en el mismo París, había tomado otro semejante. El mago se inclinó por toda respuesta, aguardando sólo a que le devolviese la taza. Helena siguió recreándose a pequeños sorbos con el brebaje, fumando y charloteando alegremente. Mas, ¿cuál no sería su sorpresa cuando, al salir de su distracción, se encontró con que la taza sólo contenía un resto de agua y no de café con leche? En realidad no había habido sino agua en vez de café desde el primer momento, aunque ella no por eso había dejado de experimentar la ilusión de que estaba gustando el moka más exquisito. Se me objetará evidentemente que todo el mundo puede ver algo semejante con cualquier vulgar hipnotizador callejero, capaz de hacernos tomar petróleo por chocolate o vinagre por miel; pero en nuestro caso hay una diferencia harto notable, dado que la ilusión magnética se hubo de operar sin palabras, por simple transmisión del pensamiento. Del experimento, pues, de cualquier magnetizador hasta este ejemplo superior de sugestión impuesta silenciosamente a una persona aislada o a una compacta multitud por un hindú prestidigitador, fakir, samniasi o adepto, no hay sino una mera diferencia de grado, porque todos estos fenómenos y otros mil se apoyan sobre un mismo principio de "maya", nacido interiormente de la engañada imaginación."

2 "Poco a poco —dice Olcott— me hizo conocer H. P. B. la existencia de los Adeptos orientales y sus poderes, dándome la prueba de los suyos por multitud de fenómenos. Al principio yo los atribuía a John King —el supuesto "espíritu" que me dictó las primeras comunicaciones espiritistas—, y por él entré en correspondencia personal con los Maestros. He guardado cuidadosamente muchas de estas cartas, anotando sobre ellas la fecha de su recepción. Durante largos años, casi hasta mi partida de Nueva York para la India, en 1878, había yo sido alumno de la Sección africana de la Fraternidad Oculta; pero más tarde fui transferido a la Sección oriental hindú bajo otro grupo distinto de Maestros, a raíz de un cambio psico-fisiológico que acaeció a H. P. B., cambio que nadie ha sospechado hasta el presente, aun aquellos que se jactan de haber vivido en la mayor intimidad con ella. Por supuesto que nunca ha existido más que una Fraternidad Altruísta en todo el planeta; pero ella está dividida en varias secciones, según las necesidades de la raza humana en sus diversos grados de evolución. El centro supremo desde donde irradia esta fuerza bienhechora se traslada de lugar según los tiempos. Invisible, insospechado como las corrientes espirituales vivificadoras del Akasha, pero igualmente indispensable para el provecho espiritual de la Humanidad, su energía combinada y divina se mantiene de edad en edad, y refresca sobre la tierra al pobre peregrino que se esfuerza hacia la Divinidad. El escéptico niega la existencia de estos adeptos, porque él no los ha visto ni ha hablado con ellos, y porque la Historia no ha registrado su intervención oficial en los acontecimientos nacionales; pero millares de místicos iluminados y filántropos de todos los tiempos, cuya pureza de alma les ha permitido desvanecer las brumas físicas, haciendo lucir el sol de la conciencia espiritual, han conocido y en múltiples ocasiones a tales Maestros, quienes mantienen relaciones personales con cuantos se desvelan por la humana fraternidad. Gentes, a veces muy humildes y en apariencia indignas, como nosotros los jefes del movimiento teosófico, han sido favorecidos con su simpatía y de ellos recibido instrucciones. Los unos, como H. P. B. y Damodar, han tenido las

a examinarla detenidamente, me dijo de repente que mirase el acróstico formado por las iniciales de los seis párrafos. Con inmenso asombro vi entonces que ellas formaban el nombre con el cual conocíamos al adepto egipcio, bajo cuya dirección trabajábamos entonces. Más tarde recibí un certificado escrito en letras de oro sobre un grueso papel verde, acreditando que estaba adscripto a dicho 'Observatorio' y que tres Maestros (con sus nombres) me vigilaban de cerca. Semejante título de Fraternidad de Luxor fue villanamente suplantado años después por el caza-tontos conocido bajo el nombre de H. B. de L... La existencia de la verdadera Logia está indicada en la *Royal Masonic Cyclopedia*, de Kenneth Mackenzie (pág. 461)[3].

primeras videncias de ellos desde su juventud; otros los han encontrado en circunstancias bien extrañas y en los lugares más imprevistos... Así he podido conocer yo personalmente a cuatro de estos Maestros, a saber: un copto, un representante de la escuela neoplatónica de Alejandría; un otro, elevadísimo, especie de Maestro de Maestros, que era veneciano, y un filósofo inglés desaparecido del mundo, pero que no ha muerto aún... El primero fue mi primer Gurú, hombre de férrea disciplina y de un viril esplendor de carácter..."

[3] "Por los días —dice Olcott— en que publicaba en el *New York Daily Graphic* mis cartas sobre los fenómenos de Chittenden, una mañana un hombre de edad vestido a la oriental se presentó en la redacción llevando bajo el brazo un extraño y antiquísimo libro. Después de haber saludado a los redactores con gran cortesía, se puso a hablar de mis cartas y de espiritualismo oriental. Todos abandonaron sus pupitres para escucharle, agrupándose en su derredor. Hablando de Magia, se volvió tranquilamente hacia Mr. Alden, célebre redactor del *New York Times*, en quien nadie sospechaba aficiones ocultistas, preguntándole: "¿Creéis vos en la realidad de la Magia?" Un poco sorprendido éste respondió: "He leído a *Zanoni*, y creo que allí hay algo dentro." A petición de Alden mostró su curioso libro a los presentes. Era un tratado de Magia escrito en árabe u otra lengua oriental, con numerosas ilustraciones en el texto. Todos mostraron el más vivo interés, en especial Alden, quien rogó al viejo señor, al partir, que le concediese una entrevista. Este consintió sonriendo y le dio una dirección donde poder encontrarle. Cuando Alden se presentó allí encontró ¡una tienda de libros e imágenes católicas! Así burlado mi amigo, continuó inquiriendo por todas partes con la esperanza de hallar al asiático asombroso, quien no reapareció, cual si se le hubiese tragado la tierra. No es raro, ciertamente, la aparición y desaparición de gentes misteriosas que aportan el libro deseado a la persona que tiene necesidad de él, o que la ponen donosamente sobre el camino recto, cuando él se debate en la selva de las dificultades opuestas al logro de la Verdad. Multitud de casos semejantes se cuentan en las historias religiosas. A veces el visitante se presenta de día, a veces en visión nocturna, y la revelación puede venir en ocasiones por iluminación repentina, cual relámpago— los relámpagos de Buddhi sobre Manas—, originando los grandes descubrimientos científicos, como por ejemplo la idea del espectroscopio surgida repentinamente en la mente de Fraunhöfer; la naturaleza de los relámpagos a Franklin, el teléfono a Edison, y mil otras grandes cosas en espíritus preparados y abiertos a la sugestión. Por supuesto que sería exagerado el pretender que todos los aspirantes a la ciencia oculta pueden contar con una suerte tal en toda su vida. Sin embargo, creo que el tanto por ciento es mayor de lo que podemos figurarnos a primera vista. Es una gran desdicha individual el que uno no sepa asir al ángel cuando se presenta o se roza con él en el camino, sin un estremecimiento premonitor, sea por ideas falsas acerca de la apariencia de un tal mensajero, sea por prejuicio acerca de cómo debería ser librado el mensaje. Hablo en todo ello con perfecto conocimiento de causa."

Nosotros podemos añadir a esto el pasaje que en el capítulo IV de esta misma obra hemos consagrado a alguno de estos raros encuentros, y a él remitimos al lector. Pero no podemos cerrar esta nota sin hacer cumplido elogio de los nuevos datos de Jinarajadasa, que han aparecido en el *Theosophist* y que daremos luego.

En esta época de mis experiencias ocultas con H. P. B., nada me hizo tanta impresión como este acróstico, que fue para mí una prueba de que el espacio no es un obstáculo para la transmisión del pensamiento del espíritu del Maestro al del alumno, cosa que viene en apoyo de la teoría de que mientras éste trabaja para el bien del mundo, el agente puede ser inducido por sus inspectores a hacer lo que ellos desean, sin que la mente del alumno tenga conciencia alguna de que su espíritu funciona bajo un impulso que no es el de su propio Ego. Si se aplica esta teoría, que nada tiene de irracional ni de anticientífica, al conjunto de la historia de la S. T., ¿cuántos de nuestros miserables errores, pasos en falso y excentricidades lamentables no han sido simplemente sino el resultado de un momentáneo abandono a nuestras malas tendencias, fruto de nuestro temperamento, de nuestra ignorancia, nuestra debilidad moral o la necedad de nuestros prejuicios? Más de una vez nos hemos preguntado el porqué de los múltiples escándalos que hemos padecido, tales como el de los Coulomb y otros, no han sido previstos, y advertida H. P. B. por los Maestros de sus intenciones traidoras, y por qué en los momentos de la crisis más peligrosa en apariencia de nuestra Sociedad no fue advertida H. P. B. de sus traidoras intenciones ni intervino ningún guía espiritual. Por supuesto semejantes objeciones suponen el absurdo de que los Mahatmas que creen en el karma y reglan sus acciones bajo la más estricta aplicación de sus leyes, se hayan servido de nosotros como de maniquíes o como compadres de escamoteos en daño de nuestro karma y de nuestros derechos personales. Lo que es preciso en ciertos momentos de la evolución social es probablemente el que una determinada persona haga, escriba o diga tal o cual cosa que haya de entrañar grandes consecuencias. Si ello puede hacerse sin perjudicar al karma del individuo, puede serle dada una impulsión mental que engendrará un encadenamiento de causas y efectos. Así los destinos de Europa están entre las manos de tres o cuatro hombres que pueden hallarse embarcados, al azar, en el mismo buque. Una bagatela podrá decidir de la destrucción de un reino, de la transformación de una raza determinada en azote del mundo, o la inauguración de una era de paz y de prosperidad. Si acaso importa al interés entero de la humanidad que una de tales cosas llegue en este momento y *ningún otro medio puede conducir a tal resultado*, podría advertirse la legitimidad de una sugestión mental exterior que precipite la crisis. Puede citarse como ejemplo un caso bien sencillo y además histórico. Había llegado el momento en que el mundo tenía necesidad de una clave adecuada para descifrar los jeroglíficos egipcios. Grandes y preciosas verdades yacían sepultadas en la literatura de aquella antiquísima civilización y habían llegado los tiempos de que ella saliese de nuevo a luz. A falta de otro medio, un labrador árabe se siente impulsado a cavar en determinado sitio o a romper cierto sarcófago, donde encuentra una piedra grabada o un papiro que vende a M. Grey, en Tebas, el año 1820, o al señor Casati, en Karnak o en Luxor, quien a su vez se los trasmite a Champollion, a Yung o a Ebers, quienes encuentran la clave que les permite el descifrar importantísimos documentos antiguos. Estos bienhechores ocultos de la humanidad nos tienden siempre una mano auxiliadora, no fratricida... Vaya también otro ejemplo personal mío. Un día tengo la corazonada, después de varios años,

de adquirir determinado periódico donde leo cierto artículo que me impulsa a hacer una investigación muy natural, la cual a su vez me pone en relación con H. P. B., determinándose más tarde, por ello, la fundación de la S. T. con todas sus consecuencias...[4]"

C. Jinarajadasa, ilustre vicepresidente actual de la S. T., amplía así este notable pasaje de Olcott en las notas que pone a la primitiva "Historia" de dicha Sociedad (capítulo V), según la bondadosa traducción que al efecto nos ha proporcionado el secretario general para España, D. Julio Garrido:

[4] "Lo siguiente es una carta escrita por H. P. B. al coronel Olcott, en 1875. El original está en Adyar. En efecto, como se sabe, H. P. B. fue a Nueva York por mandato directo de los Maestros, y durante todo el tiempo que estuvo allí, estuvo en comunicación constante con varios de Ellos. Al principio, la dirección detallada de su labor estaba bajo la Vigilancia de los Hermanos Egipcios, cuyo jefe es el Adepto que se llama, asimismo, Serapis Bey. Asociado con él había otro, Tuitit Bey, que se menciona en esta carta. El primero es el "Jefe" de que se habla. Varias cartas del Maestro Serapis Bey existen en los archivos de Adyar, y se irán publicando extractos de ellas."

La carta de H. P. B. a H. S. Olcott respecto del acróstico, dice así:

"*Acabo de recibir* mi respuesta a su carta. La tuve ahora mismo. Tuve cierto derecho y me atreví a retener algunas horas la carta que os envió Tuitit Bey, porque yo sola soy responsable de los efectos y resultados de las órdenes de mi Jefe. Soy yo uno de los que saben *cuándo y cómo*, lo cual adivino durante muchos años, y usted, usted sólo es un niño inclinado a ser caprichoso y voluntarioso. El mensaje fue ordenado en Luksor, de Egipto, un poco después de la media noche, entre el lunes y el martes. Escrito [en] Ellora, de la India, durante el alba por uno de los secretarios [o] neófitos, y escrito muy mal. Me era preciso asegurarme de que T. B. deseaba, sin embargo, que os lo enviase en tal estado de garrapateamiento *humano*, puesto que fue ejecutado por uno que recibía tal orden por vez primera. Emití la idea de que se os permitiese tener uno de nuestros pergaminos sobre los cuales lo escrito aparece [materializado] *cuando fijáis los ojos sobre ello para leerlo*, y desaparece cada vez en cuanto lo habéis hecho, porque, como yo respetuosamente deducía, habéis quedado justamente confundido por los chascos de John Ralu, y quizá vuestra mente, a pesar de vuestra sincera creencia, necesitase fortalecerse por alguna prueba más substancial. A esto, T. B. me contestó, *entre otras cosas, así*... * (lo que parece una expresión sin sentido, pues os escribo en un lenguaje que no podéis comprender). Traduzco al pie de la letra: "Aquel que trate de buscar las pruebas de la Sabiduría y del Conocimiento en la apariencia externa como prueba material, es indigno de que se le conduzca a los grandes secretos del 'Libro de la Santa Sophia'. El que niega el Espíritu y le interroga en el plano de su envuelta material, *a priori*, nunca estará capacitado. *'Probad'*.** De modo que ahí tenéis otra amonestación. Quizá el dolor físico a que me condena mi pierna me incapacita para razonar, pero tengo aún bastante seso para responder a nuestras preguntas *positivamente*. Dice usted: 'Necesito todos mis mensajes de ellos, *verbatim* y *literatim*.' Queréis demasiadas cosas a la vez, mi estimado amigo. Cuando ellos os escriban y yo tenga orden de *daros* la carta, lo haré así, pues si no, usted sería el primero en enseñarme cómo debo obedecer sus órdenes. Pero cuando *Yo* recibo órdenes escritas o verbales de 'Mensajeros', seguramente no debe usted esperar que se las envíe. Lo haré así una vez en brama, para ver qué es lo que podréis sacar de ellas sin *mi traducción* al lenguaje vulgar. Permitidme que os dé un consejo, Enrique, y uno amistoso: no *voléis demasiado alto* ni metáis las narices en los senderos prohibidos del Pórtico de Oro sin alguien que os sirva de piloto; pues John no estaría allí siempre para pescaros a tiempo y traeros sano y salvo a casa. Lo poco que ellos hacen por usted es asombroso para mí, pues nunca los vi tan *generosos* desde el principio. El mensaje sobre Child viene dirigido a mí, y yo sola

* Aquí siguen, en el original, nueve letras del alfabeto, que omito.

** Es característico de las cartas escritas al coronel Olcott por Serapis Bey, que con frecuencia le dice: *"Probad"*.

"Los Maestros que apoyaban a H. P. B. consideraban que no sólo ella y el coronel Olcott eran el eje del movimiento, sino también una tercera persona, E. Gerry Brown, el joven editor de la revista *The Spiritual Scientist*, de Boston. El Maestro Serapis Bey envió instrucciones en varias cartas para que Mr. Brown fuese ayudado, tanto financieramente como por artículos para su revista. H. P. B. y el coronel Olcott escribieron, por lo tanto, para ésta, y le buscaron suscriptores. Habiendo fracasado el ensayo del llamado 'Club del Milagro', se publicó la Circular que copiamos a continuación. La circular se imprimió con letras negras, excepto las iniciales de los párrafos y todas las palabras del encabezamiento y de la firma, que están en rojo. Este comunicado importantísimo fue como la colocación de una red para en ella reunir a los que pudiesen ser cogidos por sus

puedo traducirlo; si no me creéis que *ellos* necesitan que hagáis lo que digo, como queráis. Si no me creéis, no creeréis en ellos, y no me parece que sea un principio de T. B. el ser demasiado explícito. Yo soy una infeliz *iniciada*, y sé qué frecuentemente temblaba y temía interpretar mal sus órdenes, atrayéndome un castigo por llevarlas *demasiado lejos* o no lo bastante lejos. Parecéis considerar la cuestión, en su totalidad, como un juego de niños. Cuidado, Enrique, antes de que os lancéis temerariamente. Recordad que escribisteis *por inspiración* en mi favor a *Alden*. Probablemente W. L. Alden, entonces escritor editorial del *N. Y. Times* (O. D. L., página 123), uno de los diez y seis que formaron la Sociedad. En un artículo firmado por H. P. B. vemos su dirección en Girard Street, núm. 1.111. Aún hay tiempo, y aún podéis rehusar toda conexión. Pero si os atenéis a la carta que os envié y *aceptáis* el calificativo de *Neófito*, ya estáis arreglado, hijo mío, y no os podéis volver atrás. Pruebas y tentaciones de toda clase a vuestra fe, lloverán sobre vos al empezar, ante todo. (Recordad mis siete años de iniciación preliminar, pruebas, peligros y luchas con todos los diablos vivientes y las legiones de demonios, y reflexionad antes de aceptar.) Hay misteriosas invocaciones terribles en la carta que se os envía, por *humanas* y *vulgares* que quizá os parezcan. Por otra parte, si estáis *decidido*, recordad mi consejo si queréis salir victorioso de la pelea: *Paciencia, fe, no preguntar*, franca *obediencia* y *Silencio.—H. P. B.*"

Finalmente, la notable carta a la que alude Olcott en el párrafo de donde la presente nota deriva dice así:

(El sobre tiene la dirección siguiente, en francés): "Al Coronel H. S. Olcott, au Nº 7, Beckman Street, New-York, Etats Unis d'Amérique (aux bons soins de Madame H. Blavatsky, F. T. S.)" El sobre es de papel negro lustroso y la inscripción en tinta dorada, ahora algo marchita. Lleva un sello rojo, pero la inscripción del sello no se puede descifrar. La carta está escrita con tinta de oro sobre papel verde grueso. Esta carta está ahora rota en cuatro pedazos, y es evidente que han desaparecido algunos pedazos de papel del sitio en que la carta está doblada y arrugada. De ahí la dificultad de descifrar dos palabras que se ponen entre corchetes. Y la carta dice así: "De la *Fraternidad de Luxor*, sección 5ª, a Henry S. Olcott. Hermano Neófito: Te saludamos. El que Nos busca Nos encuentra. *Prueba*. Reposa tu mente, despierta toda f [.....] duda. Nosotros velamos sobre nuestros fieles soldados. La hermana Elena es una servidora valiente y digna de confianza. Abre tu espíritu a la convicción, ten fe y ella te conducirá al Pórtico de Oro de la Verdad. Ella no teme ni a la espada ni al fuego; pero su alma es sensible al deshonor y tiene razón para desconfiar del futuro. Nuestro buen hermano 'John' ha obrado temerariamente en verdad, pero piensa bien. Hijo del Mundo, si quieres escucharlos a los dos, entonces *Prueba*.

"Tienes tú muchos buenos médiums a tu alrededor, un [....] no abandona tu sociedad. *Prueba*. El *hermano* 'John' ha conducido a tres de nuestros Maestros para atenderte después de las sesiones, y tus nobles esfuerzos en pro de nuestra causa nos dan el deercho de permitirte conocer quiénes eran ellos: — *Serapis Bey* (sección de Ellora). — *Polydorus Isurenus* (sección de Salomón). — *Robert More* (sección de Zoroastro).

"La hermana Elena te explicará el significado de la Estrella y colores. Actividad

mallas. En el ejemplar, pegado en el libro de recortes, en cabeza de la circular, está escrito de puño y letra de H. P. B.:

"Enviada a E. Gerry Brown por orden de S∴ y T. S∴, de Lukshoor. (Publicada y editada por el coronel Olcott por orden de M∴)"

Al fin de esta nota, el coronel Olcott escribió, evidentemente mucho después, en lápiz azul, lo que sigue:

"(pero lo escribí inconsciente de ninguna influencia exterior. H. S. O.)"

La circular, en la que anteponemos la palabra inglesa correspondiente a cada párrafo para formar entre todos el acróstico consabido del Maestro, dice así:

"*Importante a los espiritistas.*

El (*The*) movimiento espírita se parece a todos los demás en el sentido de que su desenvolvimiento es obra del tiempo, y su refinamiento y consolidación es el resultado de causas que operan de dentro afuera. Los veintisiete años transcurridos desde que se oyeron los primeros golpeteos al Poniente de Nueva York no han creado meramente un enorme grupo de espiritistas, sino que además han estimulado en un número siempre creciente de mentes superiores el deseo y la habilidad de darse cuenta de las leyes subyacentes en los fenómenos.

Hasta (*Until*) el momento actual, estos pensadores avanzados no habían tenido un órgano especial para el intercambio de opiniones. Los principales periódicos espiritualistas se ven obligados a dedicar la mayor parte de su espacio a comunicaciones de un carácter trivial y puramente personal, que sólo interesan a los amigos de los espíritus que las envían y a las personas que comienzan a prestar alguna atención al asunto. En Inglaterra el *Spiritualist*, de Londres, y en Francia *La Revue Spirite*, nos presentan ejemplos de la clase de publicación que debiera haberse fundado en este país hace ya mucho tiempo. Son revistas que dedican más espacio a la discusión de principios, a las enseñanzas de la filosofía y a la demostración de la facultad crítica conservadora, que a la mera publicación de las mil y una ocurrencias de poca importancia, de los círculos privados y públicos.

El (*It is the*) principal reproche que se hace al Espiritismo americano, es que enseña tan pocas cosas dignas de la atención de un hombre pensador; que muy pocos de sus fenómenos ocurren en condiciones satisfactorias para los hombres que han seguido una disciplina científica; que la propagación de sus doctrinas esté en manos de tantos ignorantes o a veces positivamente viciosos; y que no ofrece, a cambio de los ordenados sistemas de los credos predominantes, nada más que un sistema indigesto de moral presente y futura o de relaciones y responsabilidad sociales.

Los (*The*) mejores pensamientos de nuestras mejores mentalidades se han confinado, por lo tanto, a volúmenes cuyo precio los coloca, en la mayor parte de los casos, fuera del alcance de las masas, que más necesitan familiarizarse con ellos. Para remediar este mal, para traer a nuestros autores a una relación familiar con la gran corporación de los espiritistas, para crear un órgano con el que podamos contar seguramente para guiarnos en nuestra lucha con las supersticiones viejas y los credos cristalizados, se han unido unos cuantos entusiastas espiritualistas.

En vez (*Instead*) de emprender la experiencia dudosa y cara de editar una nueva revista, ellos han escogido *The Spiritual Scientist*, de Boston, como órgano de este nuevo movimiento. Su inteligente dirección hasta hoy por Mr. E. Gerry Brown, y el recomendable tono que ha dado a sus columnas, hacen relativamente fácil la tarea de procurarse la colaboración de los escritores cuyos nombres serán una garantía de brillante éxito. Aunque este asunto sólo hace unas tres semanas que se ha tratado, el Comité ha recibido ya las promesas de varios de nuestros más conocidos autores que escribirán en la revista, y teniendo en cuenta estas seguridades han llegado ya muchas suscripciones de diferentes ciudades. El movimiento no tiene por objeto echar por tierra o destruir ninguno de los periódicos espiritistas existentes: hay sitio para todos y protección para todos.

El (*The*) precio de *The Spiritual Scientist* es de dos dólares y medio por año, incluyendo el correo. La persona que envíe la suscripción por cinco años recibirá un ejemplar de regalo. Se pueden hacer las suscripciones en todas las agencias importantes, o dirigiéndose directamente al editor, E. Gerry Brown, núm. 18, Exchange Street, Boston, Mass."

Por el Comité de Siete,
LA FRATERNIDAD DE LUXOR ∴

El coronel Olcott escribe sobre la publicación de esta circular en *Old Diary Leaves*:

"Escribí yo mismo todas las palabras de esta circular, corregí yo solo las pruebas de imprenta, y pagué la impresión. Es decir, nadie dictó una palabra que haya escrito, ni interpoló ninguna palabra o frase, ni dirigió mis actos de modo alguno visible. La escribí para cumplimentar los deseos

---

y Silencio en cuanto al presente. Por orden del Gran ∴ Tuitit Bey. Observatorio de Luxor. Mañana del Martes. Día de Marte."

Dos observaciones nuestras para terminar esta extensísima nota:

La una para que el lector nos dispense el aparente anacronismo de transcribir documentos de fecha posterior al período de 1870-72 que nos ocupa, y que corresponden a la de 1875 cuando se fundó en Nueva York la S. T. Nos ha sido preciso el hacerlo así para poder hablar de los Maestros egipcios del Comité de Luxor, que inspiraron la fracasada intentona ocultista de H. P. B. en El Cairo, sin que del tal fracaso, naturalmente, fueran responsables ellos.

Es la otra observación la relativa a ciertas palabras y signos que el lector poco informado podría creer masónicos, es decir, correspondientes a la conocida Sociedad que naciera en Londres en el siglo XVII. No. Tales palabras y signos de abreviatura son de antiquísimo y universal uso ocultista, de donde la Francmasonería los hubo de tomar más bien, igualmente que la palabra "Logia", del "Logos" griego, y que como tal la vemos hasta en el Vaticano, en las maravillosas salas de pinturas denominadas "Logias", como la de la Capilla Sixtina, inmortalizadas por Miguel Angel. Porque no hay que olvidar esta solemne frase que se lee en las "Transations" de la Logia Masónica llamada de los *Quator Coronati*, nº 2076 —la más filosófica de todas las del poderoso Instituto—. "Es indudable que la interpretación correcta y completa de nuestros símbolos sólo puede ser conseguida mediante el estudio del Misticismo Oriental, cabalístico, hermético, pitagórico y gnóstico."

expresos de los Maestros, de que nosotros (H. P. B. y yo) debíamos ayudar al editor de *The S. Scientist* en lo que era para él una crisis difícil; y utilicé toda mi habilidad en cuanto al lenguaje más adecuado para mi propósito. Cuando la circular estaba ya en la imprenta, compuesta, y había corregido las pruebas y cambiado algunas cosas en los párrafos finales, me hizo observar H. P. B. lo que anteriormente va dicho."

Al pie de la circular, pegada por H. P. B. en su libro de recortes, escribe ella con su habitual donaire:

Gastamos de nuestros bolsillos varios cientos de dólares en favor del editor, y se le hizo pasar por una *diksha* (preparación o iniciación) menor. Habiendo fracasado en esto, se fundó la Sociedad Teosófica. Aquel hombre podía haber sido una *potencia* y prefirió ser un *asno. De gustibus non disputandum est.*" Y más adelante, en el libro de recortes, escribe ella:

"El editor y médium, que es Brown en una pieza, nos ha dado las gracias por nuestra ayuda. Entre el coronel Olcott y yo, H. P. B., hemos gastado unos 1000 dólares, que le hemos dado para pagar sus deudas y para sostener su revista. Seis meses más tarde se convirtió en nuestro enemigo *mortal*, sólo porque nosotros declaramos nuestra incredulidad en los *Espíritus*. ¡Oh, agradecida humanidad! —*H. P. B.*"

Habiendo fracasado la tentativa de colaboración con E. Gerry Brown, se recibieron entonces órdenes para otra tentativa, y en el libro de recortes H. P. B. escribe:

"*Órdenes* recibidas directamente de la India para fundar una Sociedad filosófico religiosa y elegir un nombre apropiado, eligiendo también a Olcott. Julio, 1875."

(Traducido de *The Theosophist*, de julio de 1922, por J. G.)

Lo que antecede no puede pasar sin un extenso comentario por nuestra parte.

No sabemos qué pudo saber o pensar acerca del misterioso Nombre "Tuitit" del anagrama en cuestión el bondadoso Olcott, ni lo que sobre el mismo opine el culto comentarista Jinarajadasa. Lo que sí podemos asegurar invocando lo más sagrado es que semejante inefable Nombre es para nosotros algo así como una revelación ocultista que nos ciega con su viva Luz.

Empezaremos diciendo que en circunstancias las más extrañas escribimos cierta madrugada, bajo rara inspiración, los pasajes que, relativos a la palabra *It*, aparecen en la página 320 y siguientes de nuestro libro *De gentes del otro mundo*, pasajes que nos creemos obligados aquí a glosar de esta manera:

1º It, Ith e Id son, según Rolt Brash ("The ogams inscribed monuments in the British Island"), tres palabras perfectamente intercambiables en lenguas rúmicas y gadhélicas, etc., es decir, en lenguas primievales europeas, alusivas siempre al "Héroe", al "Elegido", al "Esperado de las Edades", en fin, al "Sigfredo-Prometeo-Epimeteo" del mito universal greco-nórtico, sobre el que están fundados en lo antiguo la "Trilogía" de Esquilo, y en lo moderno la "Tetralogía" de Wágner.

2º Este It está siempre representado en la vieja simbología europea y caballeresca, desde el mito de la "Espada de Don Galván y su Santo Grial (véanse los capítulos "Parsifal", "Walkyria" y "Sigfrido" en nuestro *Wágner, mitólogo*), hasta la "Espada quebrada" de cierto elevadísimo Grado Escocés, por una espada virilmente clavada en la masa de durísima roca —la Piedra Cúbica o Iniciática—, con arreglo al célebre canto de los bardos que dice: "Un It en una Piedra, ¿qué es lo que tamaño misterio significa, ¡oh casto clérigo!? — Su significado sublime, ¿quién lo desentrañará y revelará? —¡Nadie, sino Él, el Elegido, podrá descifrar el Misterio de la Piedra y de su It!...

3º It, según H. P. B., es un término mágico que Wilford no entendió, y luego el nombre de un Rey a la manera de Hércules, Prometeo y tantos otros Personajes Divinos. Cuando la Humanidad con las guerras espantosas que precedieron al hundimiento de la Atlántida, no pudiendo resistir más, entonó lo que Wágner ha llamado en su *Lohengrin* "el Tema de la Justificación", dijo simplemente "¡IT!", y entonces del seno de los mares el Elegido, el Oanes o Dragón persa, surgió dando al desvalido linaje adámico la tan anhelada Paz...

4º It es, en efecto, término mágico, porque es el prototipo del "Dios-Término" romano que en los textos bárdicos viene casi siempre escrito con I larga, letra a su vez sustituída en latín y en otras lenguas por la J, la F, y sobre todo la H, para producir así la palabra "Hito", origen de infinitas derivaciones fonéticas y jinas, que detallamos en el pasaje dicho, todas relacionadas con el culto de Io o de la sagrada Vaca, es decir, con los grandes misterios luni-solares que están detrás.

5º It, asimismo es radical de excelsos Nombres mágicos derivados de la Cruz Jaína, Svástica o "Molinete Eléctrico", símbolo de la Vida Universal, tales como el "Iter, itineris" latino, equivalente a Sendero. —"Yo soy el Sendero y la Vida", que dijo Jesús—, el imperativo "¡ite!" o "¡id!"; el "Italus", sublime y divino Patriarca del pueblo romano, antecesor de todo el pueblo-rey (Plutarco, in Rómulo, in principius), "Itargus", el verdadero nombre germánico de It y de "la Luna", según Calepinus; Itaca, la patria simbólica de ese astuto jina de la *Ilíada* que se llamó Ulises; "el hombre Elíseo", "de Helios" o "solar", único capaz de realizar la conquista de Troya.

6º It, además, con I larga pasa a UT, y con el bustrófedo o lectura a la inversa propio del tránsito de la manera de leer aria a la manera semita, o viceversa, es Tu, abriendo así nuevo campo a otras tantas mágicas etimologías, a cuya cabeza va la típica de "Tu-baal" o "el Dios-Tú", el "Tu-pan" americano, y que aún recuerda la epigrafía ibérica en la Peña asturiana de este nombre, que hemos descrito en el número III de nuestra revista HESPERIA, otro tanto que en la tradición nórtico-semita reflejada en la Biblia al hacer de Tu-baal, o más bien de "Tu-it-it" el hijo de Jafet y nieto de Noé, a cuyo cargo corriera, se añade, toda la repoblación de España después del Diluvio, o sea del hundimiento de la Atlántida.

7º It, en todas sus variantes y reduplicaciones, tales como la transcripta del "firmante" en nombre de la Fraternidad de Luxor, sometido a la primitiva forma escrituraria que aún se ve en lenguas como el chino,

japonés, mogol y otras monosilábicas o aglutinantes, nos da el jeroglífico de las tres I, o sea la cruz, sencilla o doble, en estas dos formas:



signo al que, para privarle de todo carácter fálico, debe ser inscrito siempre así en la circunferencia



a fin de que, descompuesto luego echando fuera el palo vertical o "masculino", nos de este otro de

Iθ

que es el Iθ griego y el "Ith" o Hito castellano; el Monumento, en suma, de todo cuanto pueda haber de más augusto en la Arcaica Simbología.

8º "Tu-it-it", en fin, para todo buen latino, es el "Tuitor-tuitoris", al que veladamente alude quizá el jurisconsulto Paulo (Digesto, 26, I. I.), en el párrafo en que dice: "Tutores, quasi tuitores..."; porque, en efecto, aquel Maestro de la Compasión es un verdadero e invisible Tutor o Protector para el ciego mundo de Occidente.

9º De este Tu-it-it o "el Enviado", "el Elegido", se ha hablado, en fin, diferentes veces como de un esperado y sublime Instructor, sobre todo respecto del ciclo de 622 años que parecen separar entre sí a los fundadores de religiones, ya que esa es la cantidad de años que separan entre sí al Sanchoniaton fenicio y al Koot-humi caldeo (siglo XIII antes de nuestra Era), del Budha de Kapilavastu (siglo VI antes de J. C.), del Cristo de Galileo (año cero) de la misma, de Mahoma (año 1622 después de J. C.), de la Religión Caballeresca (1244 próximamente) y de la fundación de la S. T. (1875) [5].

Muchas más consideraciones nos sugiere la palabra-anagrama de "Tu-it-it", nombre tras el que se oculta, a nuestro juicio, la eminente personalidad de uno de esos venerabilísimos maestros de la Fraternidad de Luxor que, sin duda, datan de la remota época de la Atlántida. Dejémoslo hoy aquí, ya que sobre estos extremos podría escribirse un libro.

[5] "En el primer año del reinado de Fernando IV el Emplazado —dice la lección 26 de la *Historia de España*, por Moreno Espinosa— los rabinos más sabios tenían anunciada la venida de su Mesías o Instructor para el 30 de abril de 1295, acaeciendo entonces el milagro de la cruz —o del It, que decimos nosotros— y las consiguientes conversaciones que refieren los célebres conversos Fray Alonso de Espina y Pablo de Santa María."

Capítulo XIV [1]

LLEGADA DE HELENA A NORTEAMERICA

En la época de la vida de H. P. B. que vamos historiando, como la más crítica espiritualmente quizá de la frágil barquilla de su combatida persona, abundan de un modo lamentabilísimo los naufragios. Primero es el naufragio físico que antes dijimos, cuando desde el Canal de Suez se había dirigido a Atenas, y desde el Pireo ateniense a Spezzia, en Italia, a bordo de un buque griego cargado de explosivos físicos, otro tanto que ella lo estaba ya de los explosivos morales que la difusión que preparaba de sus orientales doctrinas suponían para el mundo dormido o perverso. Y si ella fue la única de toda la tripulación que se salvó en una tabla, cuando "los elementales" prendieran fuego a la santabárbara, fue para arros-

[1] Entre las inevitables erratas que habrá notado el lector en los capítulos anteriores, conviene que salve la de la página 184, que da el año 1622 en lugar del 622 después de Jesucristo, como fecha de la Egira.

Por cierto también que, a propósito del fenómeno de la mariposa relatado en el capítulo XXIII, un culto y respetable lector nos dice, en carta, lo que sigue:

"Leo con verdadero interés en su publicación el contenido de las páginas 166 y siguientes, en las cuales admiro los fenómenos provocados por el italiano y Madame Blavatsky, así como la veracidad con que nos habla el muy noble y simpático Olcott, al decirnos que aquellas mariposas no eran sino ilusión hipnótica. Todo ello coincide exactamente con otros fenómenos tan maravillosos o más que por referencias fidedignas tengo noticia hace más de cincuenta y cinco años, y que tal vez conozca usted.

"Cuento ya sesenta y tres años, y cuando tenía ocho, hice presente a mi padre (q. e. p. d.) todo cuanto había visto hacer a unos titiriteros en la plaza Mayor de Burgo de Osma. Escuchábame mi padre con verdadero deleite, y cuando terminé, me dijo: Cuanto has presenciado no vale nada comparado con lo que hacía "Don Juan es lo que hacía? Me contestó diciendo que fue un señor que pertenecía al estado de La Torre". Excitada mi curiosidad, le pregunté: Quién era ese caballero y qué noble, inmensamente rico por poseer los mejores mayorazgos de Burgo de Osma y su distrito, y un hombre de vasta cultura, que se dedicaba con preferencia al estudio de ciencias experimentales.

"Respecto a lo que hacía voy a exponerte tres fenómenos, de los cuales tengo conocimiento, así como también la mayor parte de los habitantes de esta villa.

"1º Sabes muy bien que todos los sábados es el mercado en Burgo de Osma, al que acuden numerosos pueblos de la provincia con una verdadera riqueza de cereales, leguminosas hortalizas, etc. No ignoras tampoco que vienen también varios alfareros con tres o cuatro cargas de cacharros cada uno y tienden su mercancía sobre el

trar, ya en Egipto, otro naufragio aun más peligroso que, si no de momento, año más tarde acabó por sumergirla en el abismo de la desesperación y del descrédito, como veremos a su tiempo. Nos referimos al conocimiento que trabó en Bulak, de El Cairo, con el matrimonio Coulomb, recibiendo hospitalidad y aun favores pecuniarios de él, matrimonio que, dirigido por clérigos perversos y científicos torpes y nada bien intencionados, se había de encargar un día de calumniarla, haciendo de ella una mártir más de la emancipación del pensamiento. Con los Coulomb y otros

---

pavimento de la plaza del Rastro. Pues bien: en una de las tardes de un sábado aconteció que en la mencionada plaza aparecieron grandes bandos de palomas, las que en sus revuelos se iban posando sobre las vasijas hasta cubrirlas por completo. Maravilló todo esto a los de Burgo y forasteros que estaban haciendo sus compras. Los alfareros, sus mujeres e hijos, partiendo del principio que valía mucho más una paloma que un puchero, se armaron de sus varas de arriero y comenzaron a bregar con las palomas a palo limpio, las cuales revoloteaban y con más ahinco volvían a ocupar sus puestos. Sucedió lo que no podía menos de suceder, que al cabo de cierto tiempo y cuando ya quedaron rendidos de dar tantos palos, las palomas desaparecieron como por encanto, sin dejar una tan sola de sus plumas, pero en cambio todos los recipientes quedaron hechos añicos. Las mujeres, más sentimentales que los hombres, al darse cuenta de tanto destrozo y de tan grandes pérdidas, prorrumpieron en amargos llantos, diciendo que había sido obra del demonio, por quien quedaban sumidas en la miseria. Intervinieron las autoridades y, sin poder contener la risa, les dijeron que todos en general habían tomado la tarde muy en firme, que procuraran serenarse y se marcharan a sus pueblos, sin llamar más la atención de los vecinos. Apercibióse don Juan de esta orden y, con el mayor secreto y sigilo, ordenó a uno de sus camareros dijera a uno de los matrimonios de alfareros que subiera a su despacho. Así lo hicieron, refiriéndole todo cuanto había sucedido. Les preguntó cuánto valían las cargas de cerámica que habían traído al mercado, y se las pagó con creces, haciendo lo propio con los demás cacharreros; pero a condición de que nunca jamás había de saberse el favor y bien que les dispensaba, pues de no hacerlo así, les quitaría las tierras que labraban, de su propiedad, y les dejaría a pan pedir."

2º Cierta mañana, el señor de La Torre, al observar desde sus balcones un movimiento inusitado por las calles de la villa, preguntó a su secretario a qué obedecía tanta actividad. Le contestó diciendo era debido a que todos los aristócratas estaban disponiendo una jira al Montecillo del Caño —distante dos kilómetros escasos—, en cuyas praderas se celebraría un banquete compuesto de opípara merienda. Le extrañó muchísimo no hubieran contado con él, ni se hubieran dignado invitarle; por cuya incorrección se dejó escapar la frase de: "¡Dios sabe quién se comerá la merienda!"

Poseídos de un gran entusiasmo llegaron los excursionistas a las praderas del precitado monte, pensando en solazarse a lo grande en aquella espléndida tarde. Don Juan, por caminos extraviados y dando rodeos, para que nadie pudiera verle, llegó también, y, desde lejos, observó de dónde partía la algarabía y ditirambos. Dio tiempo a que les sirvieran el primer plato, y cuando se disponían a saborear el segundo, apareció súbitamente un toro que, a toda carrera y de bravura lleno, se dirigía a la pradera donde estaban los comensales. Verle éstos y el guarda del monte y salir en precipitada huida, todo fue uno. Presas de terrible pavor y espanto, ni se detuvieron a recoger las americanas, chalecos y sombreros, de que muchos se habían desalojado, ni tuvieron valor para volver la vista atrás. Continuaron corriendo hasta llegar a las huertas próximas al pueblo, donde los hortelanos, al verles tan amedrentados, jadeantes y sudorosos, les preguntaron qué ocurría y por qué corrían tanto; contestáronles que un toro les perseguía a todo galope y que venía ya por detrás de las cuestas. Los de las huertas adoptaron medidas por lo que pudiera ocurrir, y los fugitivos entraron en el pueblo, sufriendo una gran mofa, pues les decían que se habían puesto mucho más célebres que los alfareros. Mientras tanto, el señor de La Torre gustó de la merienda lo que más le apetecía y regresó de noche a su casa.

3º Acostumbraba lo más selecto de la sociedad de la villa de que venimos ocupándonos a tener sus veladas y tertulias, una vez en semana, en un magnífico y

tales, en efecto, trató allí de fundar una como Sociedad espiritista, seguida al punto de lamentable naufragio.

El detalle oscuro que resulta para la crítica el ver a Helena apoyando entonces al Espiritismo, y aun practicándole, siendo así que, como iniciada ya, harto a qué atenerse acerca de los médiums, tales como la madame Coulomb y de sus fenómenos, aparece bien aclarado por Olcott cuando nos dice en su *Historia de la S. T.*:

"En nuestro viejo libro de recortes y apuntes y de letra de H. P. B. encuentro esta nota que ella destinaba, sin duda, a ser publicada después de su muerte: *'Nota importante*: Si, con dolor lo confieso. He tenido que

---

espacioso salón, probablemente el que hoy sirve de teatro en el edificio que fue Universidad de Santa Catalina, situado en la planta baja.

Cuando más entusiasmados estaban los contertulios en sus diversiones y charlas, oyeron el ruido de un fuerte chubasco que les obligó a asomarse a las puertas, viendo con gran sorpresa que todos aquellos alrededores estaban completamente encharcados y que las aguas comenzaban a inundar rápidamente el salón. Las señoras, asustadas y dando voces, se subieron a los bancos y mesas hasta que desapareció la inundación. Sobrevino la calma y los comentarios fueron muy acalorados y apasionados. Llamó la atención de todos que el señor de La Torre, contra costumbre, no hubiera asistido aquella noche a la velada, por cuyo motivo quedó en entredicho y convinieron en declararle autor del fenómeno, asegurando que era un brujo que tenía pacto con el demonio. Pasado el tiempo, le asaltó una enfermedad gravísima y pidió los auxilios espirituales. Los canónigos le visitaron e invitaron a que les hiciera entrega de todos los libros de magia que poseía. El defendió sus obras, manifestándoles que ya sabían era tan creyente, religioso, cristiano y católico como todo el clero catedral; que sus libros no tenían nada de antirreligioso ni mucho menos pacto con el demonio; que todos cuantos fenómenos había provocado, y otros mucho más importantes que se había abstenido de llevarlos a cabo por su trascendencia, estaban al alcance de todo el que los consultara, no siendo en último término más que un *símil*, una *ilusión*, una *sombra* de la realidad positiva.

Le convencieron y no tuvo otro remedio que entregárselos.

Se congregó todo el cabildo para tomar acuerdo, y dispuso que sin leerlos y a presencia de todos fueran quemados hasta quedar reducidos a cenizas."

Todo cuanto dejo expuesto, supongo yo tuvo lugar hacia el 1840. Hace diez años fui destinado a la mencionada villa, donde he permanecido hasta va a hacer tres que vine a ésta. En dicho tiempo he procurado adquirir datos, no porque nunca jamás dudara de la seriedad, formalidad y veracidad de mis queridos padres, pues el mismo aserto les oí cuando tenía ocho años que cuando llegué a los veintitrés, y lo mismo mis hermanas, sino por venir en conocimiento de alguna de sus fincas, especialmente de su casa. Para ello consulté a las personas más cultas, y que cuentan hoy con más de ochenta años. Entre ellos a un abogado y ex diputado a Cortes y a un rico propietario, ex diputado provincial. El primero me hizo presente era exacto todo cuanto le manifestaba y que lo había oído referir varias veces. El segundo corroboró lo mismo, agregando que acerca de sus fincas bien conocía yo las tierras que hacía quince días había comprado don Alejandro Sanz, a unos 200 metros de la villa y próximas al lavadero, que pertenecían a un joven residente y muy conocido en todo Burgos, "don Miguelito" de la Torre, heredero de don Juan, aunque no podía asegurarme si se trataba de un nieto o bisnieto, o de un sobrino o resobrino, y que éste tenía una hermana que era inmensamente rica, casada con uno del estado noble. Respecto a su casa, cuando eras chico la has conocido lo mismo que yo; hoy es, como sabes, propiedad de don Lucas Cabrerizo, de oficio relojero, y, como no ignoras, está transformada por completo. En efecto, cuando tenía trece años conocí dicha casa, sita en la calle Mayor, con vistas a la misma y a la calle que conduce a la plaza del Rastro; por esta fachada aparecía una gran puerta de arco de medio punto, que daba acceso a un gran portalón o zaguán, propio para carros, coches, etc., y supongo que en el fondo, dirección a dicha plaza, habría grandes cuadras y un

identificarme con los espiritualistas —nombre de los espiritistas americanos de entonces—, en el momento en que los Holmes fueron vergonzosamente desenmascarados en sus fraudes medianímicos. Me era preciso, en efecto, salvar la situación. *Yo había sido enviada desde Francia para Norteamérica a fin de probar la realidad de los fenómenos del espiritismo, a la vez que la falsedad de la teoría espiritualista de los espíritus*, pero, ¿cómo lograrlo? Yo no quería que todo el mundo supiese que podía producir *a voluntad* todos aquellos fenómenos. Había recibido órdenes contrarias y, sin embargo, me era preciso mantener viva la fe en la realidad, la autenticidad y la posibilidad de los fenómenos en el corazón de aquellos que se habían convertido del materialismo al espiritualismo, pero que iban a volver a su escepticismo anterior después del descubrimiento de tantos fraudes. Por eso, reuniendo algunos hombres fieles, he ido al lado de los Holmes, y ayudado por M.... (nombre de un conocido Maestro) y por sus poderes, he evocado de la luz astral las figuras de John King y de Katie King y producido fenómenos de materialización dejando creer a la masa de los espiritualistas que Mrs. Holmes era la efectiva médium. Ella entonces vióse asaltada por un horrible temor al advertir que esta vez la aparición era verdadera. ¿He errado al obrar así? El mundo actual no está capacitado todavía para comprender la filosofía de la Ciencia Oculta. Que sepa, pues, por lo menos que existen seres de un mundo invisible, "espíritus" de muertos, o elementales, y que el hombre posee poderes ocultos que pueden hacer de él un dios sobre la Tierra. Cuando yo haya muerto, acaso podrá apreciarse mejor el desinterés de estas mis intenciones. Yo he dado mi palabra de conducir a los hombres hacia la *Verdad* durante toda mi vida y mantendré mi compromiso. Que me insulten o que me desprecien, y que los unos me traten de médium y de espiritista y los otros de impostora, me importa poco, porque llegará un día en que la posteridad habrá de conocerme mejor. ¡Oh, pobre mundo, tan ignorante, tan perverso y tan crédulo!" Y Olcott, por su parte, agrega este sensato comentario, diciendo: "Todo queda explicado así. Ella había sido enviada a América —y antes también a Egipto— para allí profesar el espiritualismo oriental

solar o jardín, desde donde pudo muy bien provocar el fenómeno de las palomas. En fin, se trataba de un gran caserón antiguo con planta baja y principal, ostentando en la puerta mencionada un escudo, que aún existe trasladado un poco más allá, pero no así la primitiva puerta, sino otra más moderna.

Comunico todos estos detalles a usted para que no se dude de su veracidad, y sin más objeto que saber la opinión que le merecen, si el tal don Juan de la Torre fue el número uno en aquella época de las ciencias ocultas; el primer taumaturgo, hipnotizador, ilusionista, fascinador, etc., y si hemos perdido o ganado con la desaparición de aquellos meritísimos libros, aun cuando no dejo de comprender que si aquellos secretos estuvieran hoy al alcance de media docena de hombres en Europa la vida se haría imposible.

Aun he sabido después algunos casos de hipnotismo de aquel célebre señor, pero como no me los comunicó mi padre, no los reproduzco y comprendo, además, que hoy podría provocarlos Onnofroff o cualquier otro.

Tal vez sean reminiscencias debidas al señor de la Torre ciertas pruebas de hipnotismo animal que vi hacer hace cincuenta años con un gallo a un muchacho de mi tiempo, en un pueblo próximo al Burgo. Las que no supo explicarme. Posteriormente las hice yo también, y al comprender que tenía que sufrir mucho el animal, no volví a hacerlas."

o Brahma Vidya, e implantarle en sustitución del espiritismo oriental, más grosero. No estando el Occidente, sin embargo, dispuesto todavía para recibirle, su primer deber fue el de defender los fenómenos reales del círculo espiritista contra el enemigo jurado y activo de las creencias espirituales: la ciencia física materialista, intolerante con sus jefes y todos sus adherentes. Lo esencial, por tanto, era contrarrestar el escepticismo materialista, y de fortalecer las bases espirituales de las aspiraciones religiosas, y por ello, en el momento de la lucha, H. P. B. tomó posiciones al lado de los espiritualistas americanos, haciendo, durante un período, causa común con éstos. ¡Sí, la posteridad la hará *justicia*, algún día, por ello!". [2]

Esa lucha terrible que Michelet, siguiendo a Schelling, halla siempre entre la libertad y la fatalidad, nunca se vio tan clara como entonces sobre la cabeza de Helena: un simple retraso en el envío del dinero que ésta había de recibir de Rusia la hace aceptar de los Coulomb una hospitalidad que luego, estando ya en la India, hubo de devolverlos en 1880.[3]

Y esta hospitalidad, como la que a la sierpe venenosa diese en su pecho al labrador de la fábula, fue la causa de la mordedura cruel que en su pecho y en su honra la infiriese después la egipcia fondista madame Coulomb, modelo de todas las hipocresías, como veremos a su tiempo.

Mas la permanencia de Helena junto al célebre museo de Bulak, en El Cairo, gracias a la hospitalidad de los Coulomb, no debió ser estéril, sino que contribuiría a enriquecer su ya cuantioso caudal de conocimientos ocultos. Con aquellos venerados manuscritos a la vista enlazaría los orígenes de la civilización del Nilo con los esplendores de la Atlántida, hallaría su intuición poderosa las claves del misterio iniciático de las Pirámides y de la Esfinge; adquiriría más de un dato valioso acerca de esos opulentos hipogeos saqueados por los impíos occidentales siempre que han podido aunque a cambio de kármicos castigos,[4] comprobaría una

[2] En la cita que precede, así como en gran parte del capítulo anterior, hemos cometido, a sabiendas, un verdadero anacronismo, como es el de hablar, con cargo al período de la residencia de Helena en Egipto, de cosas que acaecieran cuatro años después y ya en América; pero, en pura doctrina ocultista, no existe tal anacronismo, porque la acción del Centro de Luxor, del que ya se ha hablado, se extiende a todos los pueblos que llamamos "occidentales o de cultura europea", y lo que fue fracaso de la S. T. en Egipto fue luego éxito en América, gracias, sin duda, a las indiscutibles cualidades organizadoras de Olcott. Cosas inexplicables de esta época resultan explicables en la siguiente o americana.

[3] "Madame Coulomb, en efecto —dice *The Theosophist*—, parece una médium vulgar que inspiró cierto interés a H. P. B., aunque sus relaciones duraron poco entonces, pues que Helena partió muy pronto para Rusia, Francia y América. Más tarde, en Bombay, H. P. B. recibió una carta de Mr. Coulomb, fechada en junio de 1879, contándole sus miserias y pidiéndole prestadas 200 rupias. A fines de la primavera de 1880, él y su mujer llegaron a Bombay en la más lastimosa pobreza. H. P. B. se apiadó de ellos; los socorrió e instaló en Adyar, en el Cuartel General de la S. T. Al marido como criado más que como bibliotecario (porque esto de la biblioteca era entonces nada más que un proyecto) y a ella como ama de llaves."

[4] La reciente muerte de lord Carnarvon, el profanador del hipogeo de Tutankamon, bajo la picadura venenosa de un "mosquito" o de un áspid, con arreglo a vieja profecía, da actualidad a esta cuestión de los "kármicos castigos". Por supuesto, el frívolo escepticismo europeo, que aun no se ha curado de su necedad con el escarmiento de la Gran Guerra, ha estrujado su mollera para atribuir a aquella sanción ora a la "socorrida diosa Casualidad" —como si todo efecto no tuviese una

y cien veces el aserto de Eliphas Leví de que "los primitivos sacerdotes de Egipto conocían mucho mejor que nosotros las leyes de la ciencia y de la vida", se empaparía más y más en su compleja simbología, de la que muchos años después había de hacer gala en su *Doctrina Secreta*, y como Thales, Pitágoras, Platón, Diodoro y tantos otros visitadores de la tierra de Kemi, de Aiguptos, de Matsor, de Mis-raim, de Masz, de Mesur, de Muzuri —que todos estos nombres y algunos más ha recibido el Egipto entre los diversos pueblos—, se convencería de que la doctrina de aquellos "etíopes occidentales", antes de ser desfigurada por los sacerdotes de las últimas dinastías, no era sino una variante de la de los "etíopes orientales" o indostanos, en cuya península se hallan aún hoy tantas toponimias que coinciden con las de dicho país, como ella misma hace notar en el epígrafe (pág. 197) de *Por las grutas y selvas del Indostán*, por nosotros comentadas.[5]

causa—, ora "al nacionalismo egipcio", ora a otras infantilidades semejantes, olvidando que el hecho no es nuevo en la historia de los despojos egipcios, pues bien reciente está el caso del traslado de la momia de Katebet al Museo británico, que costó igualmente la vida, no sólo al profanador, sino a otros muchos que la tocaron y hasta naufragar al barco que la trajo, produciendo tal espanto en Inglaterra que seriamente se ha pensado en restituir aquélla a su viejo país.

Otro hecho vino a aumentar el número de avisos que según los colaboradores indígenas de lord Carnarvon éste venía recibiendo, dice un periódico. El lord llevaba siempre consigo un canario y el canario se hallaba con su dueño el día en que éste penetró por primera vez en la misteriosa tumba del Faraón. Pocos días después, a consecuencia de haber sido dejada la jaula del canario en un lugar un poco abandonado, un criado de lord Carnarvon sorprendió a una serpiente en el momento de devorar al pobre animal. Se hizo notar que jamás nadie había visto reptiles de esta clase en aquel lugar y los fellahs manifestaron con este motivo una viva aprensión. Algunos días después lord Carnavon cayó enfermo. La coincidencia era singular. ¿El egiptólogo había sido víctima de las divinidades subterráneas? ¿Las fuerzas ocultas de que, según se dice, disponían los sacerdotes del antiguo Egipto pueden obrar al través de los siglos? El doctor Mardrus, Lancellin y otros que creen conocer los secretos del viejo Egipto no dudan de que se trata de una venganza del Faraón. "Los antiguos egipcios, se dice, escondían celosamente las tumbas de sus faraones, colocaban los cadáveres en complicadísimos laberintos subterráneos, y, como última defensa, colocaban sobre el pecho de la momia la "maldición" contra los profanadores; maldiciones que eran elaboradas por los sacerdotes consagrados a los misterios de Osiris y de Isis. Sobre la eficacia de tales maldiciones, V. Seebedew escribe en *Le Temps* un artículo en que recuerda el caso de un "dilettanti" arqueólogo de Londres que murió bajo el peso de la maldición de un modo impresionante. Dicho arqueólogo logró descubrir una momia imperial y la mandó a Londres a escondidas, pues las momias son monopolio del Estado. Al poco tiempo, el descubridor partió para Abisinia, en donde, en un accidente de caza, fue muerto por un elefante y enterrado a la orilla de un río. Sus parientes, salidos de Londres para transportar el cadáver a la tumba de familia, no pudieron encontrarle porque una inundación imprevista había arrastrado la orilla y con ella el cadáver del infortunado cazador. Pasados dos meses, los hombres de ciencia ingleses, examinando la momia, encontraron sobre su pecho esta maldición: "El que violara mi cuerpo será muerto por un animal, y el río vengador arrastrará su cadáver." Durante las excavaciones de Sidón, por orden de Napoleón II, fue llevada al Museo del Louvre una momia, a la que encontraron la siguiente maldición: "El emperador que intentara violar mi tumba, morirá sin gloria, sus acciones no tendrán éxito, las plantas por él plantadas no darán fruto."

[5] En la *Ilíada* (I, 423), Homero habla del viaje anual de los dioses —los dioses de Oriente— a Etiopía, porque, a decir verdad, la Etiopía del Indostán, la de Africa y la de Siria, no son, según Homero y Vega, sino sucesoras de la Etiopía Euxina en el Cáucaso, de la que habla el doctor Huerta y Vega tantas veces citado en nuestra

Y hasta es posible que Helena, por su carácter de ya iniciada, viese escritos análogos a los de Cadmo, Hellánico, Hecateo y Maneton, perdidos hoy, como los viese Diodoro de Sicilia, comprobando, cual también lo hicieron Jones, Langlés y Blumenbach, concomitancias entre los hipogeos, identidades craneoscópicas entre los etíopes egipcios y los indostanos e inmensas semejanzas entre muchas voces sánscritas y egipcias, cosa sabida por la filosofía hermética, conservada en los templos de entrambos países, y no ignorada tampoco de los "Fratres lucis".[6]

Entonces Helena, abandonando el Egipto, pasó a Siria y de allí a la Frigia, no tanto para admirar las ruinas de Baalbek, de Damasco o de Palmira cuanto para ratificarse quizá en las verdades ocultas antes indicadas, comprobando que el Baco o Iacco sirio, por otro nombre Hércules o Hari-culas, el ario, es el Sesostrís o Set-Osiris, nombre conservado precisamente, según Huerta y Vega, entre los recuerdos demopédicos del Cáucaso, aclarando el error del historiador Arriano cuando dice en el libro II, capítulo XVI de sus "Expediciones de Alejandro":

"Existe en Tiro el templo más antiguo de Hércules de que haya memoria entre los hombres. Este Hércules, a quien está consagrado, no es el Hércules argivo, hijo de Alcmena, pues los tirios le adoraban ya muchos siglos antes de que Cadmo saliese de Fenicia para establecerse en Tebas y de que hubiese nacido su hija Semele, de quien tuvo Júpiter a Baco. Este último fue contemporáneo de Labdaco, hijo de Polidoro, y ambos nietos de Cadmo, mientras que el Hércules argivo vivió en los tiempos de Edipo, hijo de Lazo. Los egipcios adoran un Hércules distinto del de los tirios y los griegos, pues, según Herodoto, le incluyen entre los doce dioses mayores, así como los atenienses adoran a un Baco, hijo de Júpiter y Proserpina, diferente del Baco tebano, y al cual, y no al de Tebas, celebraban en los misterios bajo el sobrenombre de Iacco. A mí me parece también —añade dicho autor— que el Hércules venerado por los iberos en Tarteso, donde existen las columnas de su nombre, es el tirio y no el argivo, pues dicha ciudad fue fundada por los fenicios, y revelan igual origen la arquitectura del templo y la ritualidad de sus sacrificios. Por su parte, el historiador Hecateo refiere que el Gerión contra quien envió Euristeo

obra *De Sevilla al Yucatán*. "Aetiopes ab Indo flumine consurgentes, juxta Aegyptum consederunt", dice el propio Eusebio, el continuador de Herodoto en la triste tarea de falsificar cronologías. Ab-is-inia, etimológicamente, "la primera tierra de Isis", recibió la primera oleada prehistórica de los etiopes occidentales, que luego bajaron al desierto de la Nubia y al Alto Egipto de entre Siena y Quemmis, adonde no llegaron las invasiones de los hicksos o "pastores". Por eso los etíopes se consideraban tan anteriores a los egipcios como posteriores a los hindúes. *Ar-ab-ia* era el hombre común a las dos orillas del mar Erithreo, y en los templos isíacos de Ibsambul y de Soleb de Allor, en la Nubia, se alzaron colosos como los indostanos de Bamián, de sesenta pies de altura, y en los zodíacos más primitivos, amén de varias leyendas astronómicas, como la relativa a la brillantísima Sothis o Sirio, "la estrella Isis", que marcaba quizá la vida del Fénix, porque aún se recordaba haberla conocido pasar de estrella roja a estrella blanco-azulada que es hoy, atravesando por su movimiento propio, o bien por el heliacal del sol, aquella región de la Vía-Láctea, dirigiéndose hacia el Sur...

[6] Un manuscrito relativo a la Institución ocultista de "Los Hermanos de la Luz" ("Fratres lucis") existió en la biblioteca Wilkosky, en Varsovia, y sobre ello puede verse una interesante información en la revista *Rayos de Luz*, de La Habana, año de 1907.

a Hércules para que le robase las vacas y se las trajese a Micenas, nada tiene que ver con los iberos, ni menos el que para llevar a cabo su trabajo, bien penoso por cierto, tuviese que ir el héroe a Tebas a ninguna isla Oritia —Ossiris-ictia— del Océano, sino a los Estados continentales del mencionado rey, cerca de Ambracia y de Anfilocos, pues me consta que, aun hoy día, son excelentes los pastos de aquella tierra, donde se crían hermosísimos ganados." [7]

Tras esta penosa expedición, Helena volvió a unirse en Odessa con su familia, a fines del 1872, bien ajena a pensar que aquella era la última vez que iba a hollar su planta el suelo de su amada patria rusa, y en los primeros meses de 1873 la vemos ya en la capital de Francia, dispuesta a una larga residencia, pero recibiendo de sus Maestros de allí a poco la terminante orden de embarcar para América, como lo hizo a fines de junio, llegando a Nueva York el 7 de julio, vigésimo aniversario de su matrimonio.

"El biógrafo de Helena, Mr. Sinnett, dice Vera Jehowsky, afirma que sólo por cumplir las órdenes de sus Maestros del Tíbet viajaba de un país a otro. No sé, en efecto, la razón de tantos y tan tremebundos viajes. Nosotros, sus parientes más cercanos, la oímos por primera vez mencionar a estos seres enigmáticos en 1873 y 74, cuando se hallaba en Nueva York. Y el hecho es que su partida de París a América fue tan repentina como inexplicable, y hasta muchos años después nunca quiso decirnos la causa que la indujo a ello. La explicación que nos dio de no habernos dicho nada entonces fue que no la habíamos comprendido y no hubiéramos querido creerla, lo cual era muy natural. Desde aquel momento abandonó todo lo demás, y su pensamiento jamás volvió ni por un momento a desviarse de la meta que repentinamente le había sido revelada, a saber: la divulgación en el mundo de la más antigua filosofía que atestigua la importancia suprema de las cosas espirituales comparadas con las materiales, de las fuerzas psíquicas, tanto de la Naturaleza como del hombre, y de la inmortalidad del alma humana y del espíritu. He aquí lo que me escribía: 'La humanidad ha perdido sus creencias y sus elevados ideales; el materialismo y la pseudociencia, los han matado. Los hijos de esta época no tienen ya fe alguna: piden pruebas, pruebas fundadas en bases científicas, y las tendrán. La Teosofia, origen de todas las religiones humanas, se las proporcionará.'"

[7] Sin perjuicio del relato de Arriano, nosotros hemos sospechado siempre que lo que se guardaba en el santuario secreto del célebre templo frigio-troyano eran ciertos *quipos* o secretas cronologías sagradas "por nudos", a la manera de los que se encontraron por los españoles en Perú, y que se han visto también en Canarias y en algún otro país. Estos "nudos", además, estarían echados, suponemos, por gentes conocedoras de lo que hoy llamaríamos "la cuarta dimensión en el espacio", o sea sin tocar a los cabos, a la manera como lo realizase el médium Holmes con el sabio director del Observatorio de Postdam, Mr. Zölner, y por ello, cualquier profano como Alejandro podría "cortarlos, sí, pero no desatarlos". Vese, pues, que el triste destino del héroe era, doquier él fuese, la destrucción de unos Misterios, degenerados ya en hechicería en no pocas partes y que los vientos renovadores de la Historia iban, por su mano, a barrer.

Y Olcott, en su "Historia", nos amplía lo relativo a este inopinado viaje diciendo:

"Cuando ya me encontré en disposición de conocer la existencia de la gran Fraternidad Blanco o del Tíbet y de las relaciones de H. P. B. con ella, oí de labios de mi amiga y maestra que había llegado a París el año anterior de 1873 con propósito de residir allí algún tiempo bajo la protección de uno de sus parientes que vivía en la calle de la Universidad; pero que súbito recibió un día de uno de los 'Hermanos' la orden terminante y perentoria de ir a Nueva York, para allí esperar nuevas instrucciones, Helena, obediente, partió al siguiente día sin casi más dinero que el necesario para pagar el pasaje.[8] Al par escribió a su padre pidiéndole le enviase fondos por mediación del cónsul ruso de Nueva York; pero como la llegada de la carta a Rusia y del giro a América no podía menos de precisar cierto tiempo y el cónsul se negase a prestarla nada adelantado, se vio en la dura precisión de trabajar para vivir. En efecto, según me dijo, se había alojado en uno de los barrios más pobres de la gran ciudad —Madison Street—, y ganando su pan con la fabricación, no sé bien si de corbatas o de flores artificiales para un bravo mercachifle judío. Ella habló siempre de este desdichado con acentos de gratitud. Pero las instrucciones no llegaban, y el porvenir era un libro cerrado para ella, cuando en

[8] Y aun así pudo realizar el siguiente acto de generosidad que nos cuenta Olcott:

"Recuerdo una anécdota que pone de relieve uno de los rasgos más salientes del complejísimo carácter de H. P. B.: la generosidad impulsiva de su naturaleza. Contaba ella ya con su billete de primera clase para Nueva York y se paseaba por el muelle del Havre, cuando advirtió a una pobre aldeana sentada en tierra con uno o dos pequeñuelos y que lloraba amargamente. La infeliz venía de Alemania para unirse con su marido que le aguardaba en América; pero un malvado, fingiéndose agente de emigración, le había vendido en Hamburgo falsos pasajes para el barco, dejándola sin un céntimo. La Compañía nada podía hacer, y carecía la desgraciada de todo conocimiento en El Havre. El corazón nobilísimo de H. P. B. conmovióse, y la dijo: 'Eso no es nada, buena mujer; voy a ver qué puede hacerse.' Ensayó entonces, cerca del agente de la Compañía, su poder de persuasión —y si era preciso de blasfemia—, pero todo inútil. Viendo la imposibilidad H. P. B., no contando con más dinero, consiguió que le fuese cambiado su billete de primera por otros de emigrantes para ella misma, la mujer y los niños. Muchas gentes 'bien' y 'respetables' han expresado muchas veces su horror hacia las excentricidades de H. P. B., incluso su costumbre de jurar; pero yo me figuro que una sola acción generosa como la que acabamos de narrar es bastante, por sí sola, para borrar del gran libro de la Humanidad páginas enteras de solecismos mundanos. ¡Quienes lo duden, que intenten realizar otro tanto!

Y así, en plena pobreza, tenía que comenzar el abnegado heroísmo que suponía el fundar en un mundo tan impío la altruística Sociedad Teosófica, añadimos nosotros. Diríase, en efecto, que las manos de la sacerdotisa Helena precisaron el ser previamente purificadas de anteriores despilfarros, que llegaron a los 80.000 rublos en dos años, de la herencia de su tía, según su confesión propia. De aquí sus penurias desde 1873, o más bien desde 1871, hasta 1875. Además, como a tantos otros, se trataba de probarla precisamente en la miseria, que tantas indignidades nos hace cometer a los hombres, porque bien el exceso de dinero, bien la carencia de él, son causa del 90 por 100 de nuestras malas acciones. Por eso H. P. B. contó siempre las excelencias de esa clase media contra la que se dirige hoy toda la persecución de la postguerra como "la depositaria de mayor número de virtudes, por no tener ni el exceso de corrupción y molicie que la abundancia engendra, ni tampoco la esclavitud que supone para el espíritu como para el cuerpo el tener que estar amarrado a la cadena de un trabajo material continuo y embrutecedor".

octubre de 1874 recibió orden de 'ir a Chittenden para allí encontrar al hombre que debía ser su colega en una excelsa obra', hombre que no era otro sino yo mismo... Estos datos, que también figuran en los Incidentes de la vida de Mme. Blavatsky de Sinnett, me fueron confirmados años más tarde por la escritora y periodista miss Ana Ballard, miembro vitalicio de la Asociación de la Prensa de Nueva York, y que tuvo que visitar profesionalmente a H. P. B. en la primera semana de su residencia en esta ciudad, para encargarla en nombre del *New-York-Sun* un artículo sobre Rusia, siguiendo luego con ella amistosas relaciones durante muchos años." [9]

Y en otro lugar el fiel historiador añade:

"Encontróse así H. P. B. en verdadera miseria; pero reducida y todo a semejante trance, ella guardaba en su equipaje una fortísima suma, creo que de 23.000 francos, que su Maestro le había confiado en depósito hasta que le designase el empleo que había de dar a aquélla. En efecto, meses después recibió la orden de que fuese a Búfalo, llevando consigo el dinero aquél. Ella obedece sin replicar, aunque ignorando el por qué ni a qué iba. Ya en Búfalo se la indica que vaya sin pérdida de momento a unas señas que la dan y en las que se ve sorprendida al encontrar a un honrado señor escribiendo la carta de despedida a su familia, con una pistola cargada sobre la mesa, para con ella suicidarse. Los 23.000 francos le habían sido robados." [10]

La prueba pecuniaria de Helena duró hasta el octubre siguiente. El amante padre de ésta —dice Olcott— murió, dejándola una aceptable herencia, que la permitió ocupar mejores alojamientos. Pero tal dinero calentó poco el sitio, pues, según refiere Sinnett, aunque H. P. B. era capaz de soportar con la mayor paciencia, cuando era preciso, las privaciones todas que entraña la miseria, no bien la caía como llovido del cielo el dinero, lo

[9] La doctora Mme. Marquette —dice también Olcott— conoció a H. P. B. en París, antes de que ésta comenzase la larga y brillante carrera que debía seguir *per aspera ad astra* y terminar en apariencia en el horno crematorio de Woking en 1891, aunque continuando en realidad. Las insinuaciones de ciertas gentes que pretenden que H. P. B. llevó una vida alocada en París hacia 1873 caen por su base frente a la declaración espontánea de esta mujer-médico, a quien he conocido personalmente en Nueva York. He aquí lo que la doctora me escribía:

"Nueva York, 26 de diciembre de 1875.

Querido señor: En contestación a vuestras preguntas, debo decirle que hice amis-M. Halm y un amigo íntimo de este último, M. Lequeux, en un piso de la Rue du tad con Mme. Blavatsky en París en 1873. Ella vivía entonces allí con su hermano Palais. Veíala yo casi todos los días y de hecho pasaba con ella la mayor parte de las horas en que no tenía que estar en mis clases o en el Hospital. Estoy, pues, autorizada para testificarle por mí misma acerca de su conducta, y me siento dichosa con poderle decir que su conducta era PERFECTA y digna de todo respeto. Consagraba H. P. B. su tiempo a pintar o a escribir, casi sin salir nunca de casa. Frecuentaba pocas relaciones, entre ellas la de M. y Mme. Leymerie, y considero a Mme. Blavatsky como una de las mujeres más interesantes y estimables que he conocido, y a mi vuelta a Francia he reanudado con ella mis relaciones de amistad." Firmado L. M. Marquette M. D.

[10] Este pasaje guarda inmensa analogía con aquel de *El Conde de Montecristo* en que el bueno de Edmundo Dantés salva de la muerte y la deshonra al comerciante Morrel, generoso armador de Marsella. Ello prueba una vez más, que la historia es siempre la mejor y más emocionante de las novelas.

dilapidaba a manos llenas con la mayor imprudencia. Poseo un documento que demuestra bien lo que acabo de afirmar: un "contrato de sociedad firmado el 22 de junio de 1874 entre C. Q., de una parte, y Helena Blavatsky, de la otra", para explotar un negocio agrícola en Long Island. Helena se trasladó a la granja aquélla, fracasó en el negocio, se acarreó deudas y acabó entablando un pleito que sus amigos nos apresuramos a cortar de cualquier modo, y en noviembre de aquel año me escribía ya rogándome la buscase algún encargo editorial de cuentos fantásticos, porque "se había quedado sin una blanca".[11]

Olcott juzga aquí a Helena con excesiva ligereza. No es, en efecto, que la faltasen dotes para los negocios, sino tiempo que consagrar a sus minucias despreciables. Luis Fiquier, en *La ciencia y sus hombres*, al historiar la vida de Thales de Mileto, nos habla de que los frívolos de entonces acusaron de igual incapacidad para los negocios al sabio, hasta que éste, indignado, compró todas las prensas de aceite del país, haciendo subir el género en proporciones alarmantes, o sea realizando un *trust* que hoy se diría, y logrando, naturalmente, un magnífico negocio, al que renunció al punto, tornando a sus estudios. ¡Es tan frecuente en los vulgares juzgar como incapacidad para los negocios lo que es desprecio tan sólo hacia

[11] Creemos que el buen Olcott exagera acerca del particular de la prodigalidad de H. P. B. Cierto que en ella se cumplía, como en toda persona nacida en alta cuna, el dicho tenoriesco de "siempre vive con grandeza quien hecho a grandeza está", pero en realidad lo que había con Helena es la eterna lucha de las dos magias que se entabla astralmente sobre las cabezas de quienes están llamados a realizar en el mundo una oculta y noble misión. En ello podríamos nosotros hablar con documentadas experiencias, porque es indudable que la fábula griega del rey Midas, "el de las orejas de pollino, que transformaba en oro cuando tocaba", tiene su reverso en las tristes realidades de aquellos luchadores de buena fe por un ideal que, para ser probados, o bien para hacerlos una contra digna de sus esfuerzos, parecen tener siempre al lado un ente astral encargado de derribar de un papirotazo lo que el pobre héroe edificó tras largos esfuerzos.

Este "personaje" odioso, verdadera contraparte del héroe ocultista, es el aludido en la Biblia cuando se dice que Moisés, antes de empezar a cumplir su misión para con su pueblo, hubo de luchar a brazo partido con un ángel y vencerle, acaeciéndole otro tanto a Jesús con otro en su tentación del desierto. El tal "ángel negro", real y efectivamente existe: es "la Bestia Bramadora del Cameloc o Kama-loca" de los libros de Caballería, o bien uno de esos "Príncipes y negras Potestades del aire" contra las que tienen que luchar "los elegidos que no luchan ya con la carne ni la sangre", es decir, que se salen de la vulgaridad. La acción de semejante enemigo va siempre asestada de preferencia contra el dinero del héroe, que en el lamentable estado social actual acaso es la más temible arma y la que aquél trabaja por embotar para dificultarle los movimientos. Lo que a Olcott le parecía defecto de prodigalidad no es sino la consecuencia de este triste destino de los héroes, de esos mismos héroes que si quisieran, podrían disponer del oro a montones con sólo pactar con la negra magia que del oro dispone a su arbitrio en estos tristes tiempos, mientras que la Buena Magia reserva para mejores días, como dice la Introducción de *La Doctrina Secreta*, los infinitos tesoros guardados desde tiempo inmemorial entre las ruinas de cien ciudades muertas, en espera del día en que, agotado el mal karma que aún les mancha, puedan ser empleados en beneficio de la Humanidad.

En ciertos momentos, dice Hartmann, se sentía Helena extremadamente generosa, hasta la prodigalidad, pero en otros acaecía todo lo contrario. Ella me dijo un día que en el intervalo de dos años y corriendo el mundo, había gastado ochenta mil rublos que su abuela la legó y durante mucho tiempo se hacía acompañar de un enorme perro de Terranova sujeto por pesada cadena de oro."

ellos! Precisamente, además, la misma Vera Jelihwsky dice que cuando estuvo Helena en Transcaucasia montó un establecimiento agrícola, del que obtuvo al punto pingües ganancias.

Cerraremos este capítulo con este precioso pasaje de Olcott, en el que puntualiza aun más la actitud de Helena respecto del espiritismo:

"Inútil sería —dice— el negar que H. P. B., durante los primeros tiempos de su estancia en América, se había declarado franca espiritualista y que había defendido con calor al espiritualismo y a sus médiums contra los ataques de sus enemigos. Lo demuestran sus cartas y artículos en diversos diarios ingleses y norteamericanos. Citaré, entre otros numerosos, el siguiente empleo:

"En resumen, yo no he hecho otra cosa que cumplir mi deber, primero hacia el Espiritualismo, al que he defendido lo mejor que he podido contra los ataques de la impostura encubierta bajo máscara demasiado transparente de ciencia; en seguida hacia dos pobres médiums calumniados y sin defensa... Pero al propio tiempo me veo obligado a añadir que no creo realmente haber hecho un gran bien al espiritualismo mismo... Lo confieso con gran dolor de corazón, porque comienzo a sospechar que la cosa no tiene ya remedio. Tras más de quince años que hace que yo combato por la sana verdad, he viajado y la he predicado (aunque no me sienta nacida para hablar en público), desde las nevadas cimas del Cáucaso hasta las arenosas márgenes del Nilo. La realidad de todo ello la he probado por persuasión y experiencia. Por causa del espiritualismo yo he dejado mi hogar y mi vida fácil y cómoda en una sociedad educada, y he venido a vagar errante por la Tierra. Mis esperanzas y mis anhelos los había visto realizarse más allá de cuanto podía soñarse cuando mi funesta estrella me condujo hasta América, y sabiendo que este país era la cuna del espiritualismo moderno, he corrido hacia él desde Francia, con algo de ese entusiasmo que lleva al musulmán hacia el lugar del nacimiento de su profeta." (Carta de H. P. B. al *Spiritualist,* de 13 de diciembre de 1874.)

Capítulo XV

EN PLENA FENOMENOLOGIA ESPIRITISTA

En este capítulo, y en los inmediatos, no vamos a "descubrir el Mediterráneo", quiero decir no vamos a pretender el mejorar a Olcott, el discípulo, el colaborador de H. P. B., en cuanto ingenuamente nos narra en su *Historia de la Sociedad Teosófica.* Oigamos, pues, al nobilísimo coronel cuando refiere ingenuo respecto de los primeros días de su amistad con aquélla [1]:

[1] No vamos a repetir aquí tampoco la conocida biografía del colaborador de H. P. B.:

"Muy pocos hombres —dice Juan E. Viera en artículo necrológico— han ilustrado una vida con una misión tan bien cumplida como Olcott.

"Salió de las filas de la mediocridad humana adscripto a la milicia de los norteños en la guerra de Secesión norteamericana, y la experiencia desarrolló en él generosa conmiseración hacia sus semejantes. Con la misma decisión con que puso su brazo al servicio de su patria, puso su inteligencia y su corazón al servicio de la Humanidad, que empezaba a maldecir la vida sobre la Tierra. El alma radiante de H. P. B. iluminó hacia el sendero de la salvación a aquel soldado-filósofo, y aunque la misión generosa que se impuso aquél la comenzó en edad madura, hubo de cumplirla en treinta años, haciéndose cargo de las iniciativas teosóficas de todo el mundo, mundo que recorrió hasta agotar su vigorosa organización en aras de la causa teosófica, fraternidad universal y espiritualización del hombre. El anciano vigoroso fundió en un sólo anhelo a 893 agrupaciones de teósofos en 43 naciones, prefiriendo la desmembración de algunos antes que permitir que la S. T. se apartase de sus fines. Su acentuado respeto por los derechos del hombre y por las libertades de los pueblos le hizo abogar ante el Gobierno inglés por los oprimidos ceilaneses buddhistas, y después de obtener un bill de protección para ellos fundó una Escuela Normal en Ceilán, base de 200 otras que dieron enseñanza tradicional a medio millón de niños. Redactó el Catecismo buddhista, obra que hoy se admira y mediante la que unió en una grandiosa proclamación de principios a las dos grandes Iglesias buddhistas del Norte y del Sur, obra equivalente en la importancia a la de aquel que lograse unir en Occidente a las Iglesias católica, evangélica, anglicana y ortodoxa rusa, cosa en la que tantos cristianos de buena fe han fracasado.

"Ante el féretro de Olcott, el 18 de febrero de 1907 se reunieron en homenaje y con el más amistoso consorcio representaciones valiosas de buddhismo, hinduísmo, zoroastrismo, cristianismo e islamismo, hecho que resulta una pasmosa afirmación del espíritu de Paz, de Amor y de Libertad que animó a tan gran hombre, quien, por tanto, fue el único al que se le hiciesen fúnebres honores en versos palí, en cánticos buddhistas, en ghatas parsis, en slokas brahmánicas y en threnos cristianos. Por eso,

"El primer encuentro mío con H. P. B. —escribe Olcott—, fue un incidente por demás prosaico. Yo la dije: 'Permitidme, señora', ofreciéndola lumbre para su cigarro. Nuestro conocimiento comenzó así, por el fumar, pero de ello salió un gran fuego que aún no se ha extinguido. Las circunstancias que nos hicieron encontrarnos son asaz curiosas, a saber: 'Cierto día de julio de 1874 leí en *The Banner of Light* el relato de ciertos fenómenos increíbles, tales como la manifestación palpable de fantasmas que decían producirse en una granja de la villa de Chittenden Vermont, a varios cientos de millas de Nueva York. Asegurábase que los asistentes a aquellas sesiones habían podido ver y tocar a difuntos parientes suyos, quieens así encontraban medios para reconstituir sus cuerpos y sus vestidos y hacerse momentáneamente sólidos, visibles, tangibles y parlantes, cosa que, de ser cierta, constituiría el hecho más asombroso de la ciencia moderna... El editor del *New York Graphic* me envió a sus expensas a Chittenden, acompañado de un dibujante. Si mi memoria no me es infiel, yo pasé una docena de semanas en el 'Eddy Homestead', así denominada por la familia que la ocupaba, mansión misteriosa en la que me vi rodeado de fantasmas y de experiencias de la más extraordinaria índole. Durante todo este tiempo se publicaron dos veces por semana en el *Daily Graphic* mis cartas sobre 'los Espíritus de los Eddy', ilustrados por míster Kappes, con los croquis de espectros vistos por él, por mí y por todos los circunstantes, cuarenta a veces, presentes en la sala de sesiones. La publicación de semejantes cartas fue la que atrajo H. P. B. a Chittenden, donde nos conocimos.

"Recuerdo tal entrevista como si fuese ayer. Era un día de sol que daba un aire alegre hasta aquella vieja mansión sombría, situada en un país delicioso: un valle bordeado de verdes colinas que se enlazaban con montañas más lejanas coronadas de bosques hasta la cumbre. Era esa época del estío indiano durante el cual se envuelve el paisaje en una gasa azulada como aquella que ha dado su nombre a las Montañas Nilgiri, y el follaje de los abedules, los olmos y los sauces heridos ya por las heladas primeras, había pasado del verde puro a una fantástica gama de oro y de púrpura que exornaba al paisaje todo con un principesco tapiz. Es preciso ir a América para ver el esplendor otoñal en toda su grandiosidad.

---

y por otras cosas más, la obra de Olcott será imperecedera y su memoria lo será también entre los buenos. Olcott, añadimos nosotros, estuvo en la Argentina, dejando en ella santos recuerdos por sus conferencias. El 'patriarca-teósofo', comandante Federico W. Fernández —recientemente fallecido—, nos mostraba un día entre exclamaciones del más acendrado cariño los sitios que visitó, sus genialidades, sus costumbres favoritas y la dulce cordialidad con que acogía a todos."

Olcott también estuvo en España del 1 al 4 de junio de 1895, según el pormenor que puede verse en la extinguida revista *Sophia* de siguiente mes. Por un imprevisto retraso en su regreso hacia Francia, hubo de detenerse en Zumárraga (Vascongadas), desde donde lanzó al mundo el famoso Decreto contra Mr. William Q. Judje, colaborador inteligentísimo y abnegado también de H. P. B., como secretario que fue de ella y de la S. T. en América, Decreto que dio lugar a la secesión de esta Sociedad, especie de cisma cuando el de las Iglesias griega y latina que hoy lamentamos todos los teósofos. Este detalle ocultista del Decreto de Zumárraga tiene cierta importancia para nosotros los españoles, como demostraremos algún día al hacer el estudio ocultista de dicho extraño país.

"En la granja de los Eddy se comía al mediodía, y en la puerta misma de aquel comedor inconfortable y desnudo fue donde Kapper y yo vimos a H. P. B., quien había llegado poco antes con una canadiense francesa y que estaba ya sentada a la mesa al nosotros entrar. Mi mirada se vio traída primero por una garibaldina roja que ella llevaba a guisa de camisa y que contrastaba vivamente con los sombríos colores de su alrededor. Entonces H. P. B. llevaba melena que no le alcanzaba a los hombros. Sus cabellos eran rubios, finos como la seda y rizados desde su nacimiento como el vellón de un cordero de Cotswold. Tales cabellos y tal camisa atrajeron mi atención antes que su figura de cara calmuca, pesadota, que pregonaba fuerza, cultura y autoridad en notorio contraste con las caras vulgares de los circunstantes, otro tanto que el que su garibaldina roja ofrecía con los grises y los blancos de los muros y los vestidos incoloros de otras personas. Todo género de chiflados entraban y salían continuamente en la casa de los Eddy ansiosos de ver fenómenos, y yo mismo pensé, por el momento, que aquella mujer excéntrica estaba loca de remate. Al entrar, me detuve para decir a Kappes: '¡Míreme ese chocante tipo!', y fuíme a sentar frente por frente de ella para consagrarme a mi estudio favorito de caracteres [2]. Las dos damas conversaban en francés sin decir nada de particular, pero comprendía bien por su acento y por la rapidez de su palabra que si no se trataba de una parisiense, ella, al menos, hablaba a la perfección semejante lengua. Después de comer entrambas, salieron de la casa. H. P. B. se lió un pitillo y yo la ofrecí fuego para entrar en relación. Como mi frase había sido dicha en francés, la conversación continuó en esta lengua, preguntándome ella desde cuándo estaba

[2] Al darnos esta chispeante pintura Olcott, pone la siguiente nota: "H. P. B. se retrata a sí propia en una polémica: 'Una vieja de cuarenta, cincuenta... noventa años, poco importa. Una vieja cuyos rasgos calmuco-búddhico-tártaros no han sido jamás hermosos, ni aun en la juventud. Una mujer, en fin, cuyo feo rostro, modales de oso y hábitos completamente masculinos, sólo parecían hechos para espantar a las damiselas, bien encorsetadas y relamidas." (Carta de H. P. B. a "Le Knout" en el *R. P. Journal* del 6 de marzo de 1878.)

"Uno de los rasgos característicos de H. P. B. —sigue diciendo Olcott—, era su valentía, con la que se lanzaba siempre en lo más recio de la batalla, cualquiera que fuera la causa que ella adoptase. Su amor a la libertad y su espíritu librepensador la llevó a filiarse bajo las banderas de Garibaldi, el libertador de Italia, y lanzarse en lo más peligroso de la carnicería de la batalla de Mentana. Seguidamente, viendo a las ideas espiritualistas en lucha contra la ciencia materialista, no vaciló en tomar partido por aquéllas, sin que la detuviese el temor de contagiarse con los falsos médiums, los espíritus perversos y los antros espiritualistas que predicaban y practicaban el amor libre y la ruptura de todas las sanas leyes sociales. Puede, sí, criticársela su política y se puede considerar su lenguaje como una adhesión formal a ese espiritualismo que debiera condenar implacablemente más tarde. Pero para juzgarla equitativamente es preciso tratar de ponerse en su lugar y condiciones; de comprender cuanto ella sabía teórica y prácticamente respecto de los fenómenos psíquicos, los cuales eran necesarios al mundo para evitar que él se lanzase en el Leteo del materialismo. Ciertamente que cualesquiera otras personas habrían hablado con más reserva, evitando así el dejar tras sí un tal enredo de contradicciones. Pero ella era excepcional en todo, en poder mental y psíquico, igual que en temperamento y en método de controversia. Uno de los objetos de este mi libro es precisamente el de demostrar que con toda su humana fragilidad y sus excentricidades, era una nobilísima y relevante personalidad que hizo por el mundo una magna obra altruista, recompensada por un ciego desprecio y una negra ingratitud."

allí y qué opinión tenía de los fenómenos, diciendo que ella había venido atraída por las cartas publicadas en el *Daily Graphic*, cartas tan apasionadamente seguidas por el público, que solía no encontrarse ni un ejemplar en los puestos una hora después de su publicación, y que ella había pagado un dólar por el último. 'Temía, sin embargo, el venir aquí, añadió, por no encontrarme, quizá, con el coronel Olcott.' '¿Por qué tal temor, señora?', repuse; y ella contestó: '¡Es que tenía miedo de que hablase de mí en sus artículos!' Entonces la aseguré que podía estar perfectamente tranquila respecto de tal extremo, si ella no lo deseaba, porque yo era el mismo Olcott a quien temía encontrar. Y me presenté así, llegando a ser pronto entrambos los mejores amigos del mundo, porque los dos nos encontramos perteneciendo al mismo medio, como cosmopolitas y librepensadores que éramos, y en comunión recíproca más estrecha que con el resto de las gentes que pululaban allí, no obstante haber alguna que otra persona muy correcta e inteligente. Semejante simpatía, por supuesto, venía del lado superior y oculto del hombre y de la naturaleza; era la atracción de las almas, no la de los sexos. En efecto, jamás ni ella ni yo, ni entonces ni luego, tuvimos la impresión de que el otro era de sexo diferente, sino que nos sentíamos camaradas, y como tales nos mirábamos y tratábamos. Gentes perversas, que nunca faltan, trataron de insinuar de vez en cuando que los dos estábamos ligados por un lazo más íntimo, de igual manera que acusaron a esta infeliz H. P. B., siempre perseguida y desgraciada, de haber sido la amante de otros varios personajes; pero ningún espíritu sano puede conservar tal opinión después de haber pasado un momento no más en su compañía, pues sus miradas, palabras y acciones pregonaban a la continua su asexualidad, y mantengo semejante opinión a pesar de la pretendida confesión de extravíos en su juventud, sacadas de algunas cartas de ella a cierto ruso y publicadas recientemente por él en su libro *Una moderna sacerdotisa de Isis*, y creo falsas y pura charlatanería por parte del ruso sus pretendidas revelaciones.

"Durante nuestro paseo hablamos de los fenómenos de Eddy y de los de otros países. Yo vi que tenía a mi lado a una gran viajera, que había visto multitud de cosas ocultas y a adeptos de las ciencias secretas, aunque ella, por el momento, no hiciese alusión alguna a los Maestros del Himalaya ni a sus propios y personales poderes, sino que se limitaba a lamentar las tendencias materialistas del espiritismo o 'espiritualismo' norteamericano, que no era sino una loca ansia por fenómenos acompañada de perfecta indiferencia filosófica. Sus modales eran atrayentes y amables, y mordaces cuanto originalísimas sus críticas. Parecía mostrar un especial interés en hacerme manifestar mis propias ideas sobre las cosas espirituales, advirtiendo con placer que había yo seguido inconscientemente el mismo género de ideas ocultas que ella misma, quien se expresaba no tanto en mística oriental cuanto en refinadísima espiritualista. Por mi parte yo no sabía nada o casi nada a la sazón sobre la filosofía de Oriente, y ella guardó por el momento silencio acerca de este último extremo.

"Las sesiones de William Eddy, el médium principal de la familia, se verificaban todas las noches en el gran salón del piso de arriba por encima del salón comedor y de la cocina, en una de las alas del edificio. El y

su hermano Horacio eran granjeros activos. Este último se ocupaba de los trabajos del exterior mientras que William, después de tantos y tantos curiosos como afluían de todas partes, hacía de cocinero. Entrambos eran pobres, sin instrucción y llenos de prejuicios; a veces nada bien educados hacia sus inesperados huéspedes. La gruesa chimenea de la cocina de abajo subía hacia el techo en la extremidad de la sala de sesiones. Entre aquélla y el muro del norte se veía un cuchitril del hondo mismo de la chimenea (dos pies y medio), en el cual William Eddy se sentaba en espera de los fenómenos sobre los que no parecía ejercer ningún dominio, limitándose como lo hacía a permanecer sentado aguardando a que ellos se produjesen a intervalos regulares. Una manta a guisa de cortina delante del hueco aquél sumía al cuchitril en una oscuridad profunda. Pocos momentos después de la entrada allí de William, la cortina se movía o corría, viéndose salir hacia nosotros la apariencia fantástica de un muerto, hombre, mujer o niño; algo así como una estatua animada momentáneamente, condensada pero desvanecida un momento después, ya porque se destruyese, ya porque se hiciese simplemente invisible. Los espectros en cuestión solían disiparse así bajo los mismos ojos de los espectadores.

"Hasta el día de la llegada de H. P. B. las tales apariciones habían sido siempre de indios pieles rojas, o de europeos y americanos, más o menos semejantes a los concurrentes, pero desde la primera noche de la llegada de aquélla nosotros vimos claramente numerosos espectros de otras nacionalidades: un criado georgiano, un comerciante musulmán de Tiflis, un aldeano ruso, etc., etc. Otra noche mostrósenos un caballero curdo blandiendo su cimitarra, sus pistolas y su lanza; después cierto hechicero negro africano, horriblemente repulsivo, con todo el aire del diablo en persona, que llevaba una corona de cuatro cuernos de ónix, de los que pendían cascabeles, y un turbante de chillones colores liado a la cabeza. Por último se nos presentó también un venerable europeo revestido de la cruz y el collar de Santa Ana, a quien H. P. B. reconoció por tío suyo. Semejantes apariciones fueron a los ojos de todos los asistentes una prueba cierta de la realidad de tales fenómenos, porque era imposible pensar que aquellos pobres estancieros, casi analfabetos, de Vermont, quienes carecían de la experiencia y hasta del dinero necesario para adquirir accesorios de teatro con los que fingir una tramoya. El hecho mostraba además cuán enorme atracción ejercía H. P. B. sobre las sombras de lo que los asiáticos denominan 'el kama-loka'. Sólo muchos años después fue cuando pude saber, por confesión de H. P. B. misma, que era ella quien los había evocado por sus propios e irresistibles poderes, como también lo estampa de su puño y letra en una nota del volumen I de nuestro libro de apuntes, por bajo de un recorte de *Spiritualist*, de Londres, fecha de enero de 1875 [3].

[3] Por supuesto, en todos estos actos verdaderamente taumatúrgicos más que genuina y corrientemente espiritistas, H. P. B. no hacía sino obedecer las órdenes de sus Maestros. Las notas que C. Jinarajadasa está publicando ahora en "The Theosophist" (octubre de 1922) nos dan cierta luz sobre el particular, pues que en ellas nos dice según su traductor señor Garrido:

"En el primer cuaderno o libro de recortes de H. P. B. había ella pegado un recorte significativo que va a continuación. En contra de su costumbre metódica no menciona el periódico de donde lo ha cortado, aunque es muy probablemente de *The Spiritual Scientist*. El recorte lleva fecha de 27 de mayo de 1875, y es como sigue:

"H. P. B. se esforzó cuanto pudo en hacerme dudar del valor de los fenómenos de William Eddy como una prueba de la posesión del médium por espíritus inteligentes, diciéndome que en los casos de autenticidad ello no podía ser sino una prueba de que el doble astral del médium se separaba de su cuerpo físico, revistiendo diversas apariencias, cosa que me resistía a creer, pretendiendo que las apariciones en cuestión eran efectivas y de especies demasiado variadas para no ser sino mero desdoblamiento de aquél, sino que se debían efectivamente a espíritus de personas fallecidas. Nuestras discusiones sobre el particular no estaban exentas de calor a veces, porque yo no había estudiado a fondo el problema de la plasticidad del Doble Humano para poder aquilatar la fuerza de sus sugestiones. En cuanto a la teoría oriental de la Maya, yo lo ignoraba todo, mas, como aquélla me decía, no podía aceptar nada a cierraojos, ni me prestaba fácilmente a renunciar a los hechos presenciados o a los que yo consideraba tales.

"De día en día iba creciendo nuestra intimidad, y cuando ella abandonó a Chittenden, adoptó el sobrenombre de Jack, que yo le había asignado, para firmar las cartas que me escribía desde Nueva York. Nos separamos, pues, como los mejores amigos, no deseando otra cosa que continuar unas relaciones tan afectuosamente nacidas.

"Acabadas mis investigaciones, regresé a Nueva York en noviembre de 1874 y la fui a visitar a su casa, Irving Place, núm. 16, donde me dio múltiples sesiones de espiritismo por medio de veladores y de golpes resonando misteriosos, transmitiendo toda clase de mensajes, provenientes, en especial, de una inteligencia invisible que decía llamarse 'John King', seudónimo muy familiar a cuantos frecuentaban las sesiones espiritistas hace cuarenta años. Este personaje apareció por vez primera en 1850 en la 'cámara de los espíritus' de Jonathan Koons, de Ohio, dándoselas de jefe de varias legiones de espíritus. Más tarde, él dijo ser el alma de Sir Henry Morgan, célebre corsario, y como tal se me presentó en Filadelfia con su rostro rodeado de un turbante, en el curso de mi investigación emprendida con los médiums Holmes, en unión del respetable mayor Robert Dale Owen, el general F. J. Lippitt, y H. P. B., y me habló y escribió y aún me escribe con frecuencia. Tenía él una escritura de muy arcaico carácter, empleaba viejos giros de rancio y curioso sabor, y no hay que decir cuán firmemente creía yo entonces en la existencia efectiva de John King, porque me parecía probada hasta la plenitud. Pero hoy que he

'27 de mayo de 1875. Corre el rumor de que uno o varios espiritistas orientales de alto grado acaban de llegar a este país. Se dice que poseen un profundo conocimiento de los misterios de la iluminación, y no es imposible que quieran establecer relaciones con aquellos a quienes estamos habituados a considerar como directores en cuestiones espiritualistas. Si los informes son exactos, su llegada puede ser considerada como una gran bendición; porque, tras un cuarto de siglo de fenómenos, estamos casi sin una filosofía que los explique o que dirija sus manifestaciones. Bienvenidos sean los Sabios de Oriente, si vienen realmente a adorar la cuna de nuestra nueva verdad.'"

Muy significativo es también el comentario de H. P. B. Ella ha subrayado con lápiz rojo la palabra "espiritistas", y ha escrito al margen a todo lo largo de la página, también en rojo, lo que sigue: "*At* . . . —Atriya de cierta carta del Maestro K. H.— *y Ill* . . . *pasaron por Nueva York y Boston; luego, por California y el Japón, volvieron* (a la India). *M. aparece* en Kama-Rupa *diariamente*."

visto todo lo que H. P. B. era capaz de producir en punto a la Maya oriental o ilusión hipnótica y a dominio sobre los elementales, estoy convencido en absoluto de que el tal 'John King' era un elemental embustero que ella manejaba como un maniquí con objeto de llevar a cabo mi educación ocultista, esto es, que los fenómenos en cuestión eran harto reales, pero en manera alguna eran obra de ningún espíritu humano desencarnado, tanto que después que he escrito esto, yo mismo he encontrado la prueba de su propia escritura en el volumen primero de nuestro *Libro de recortes y apuntes*. H. P. B., por su parte prolongó semejantes ilusionismos durante no sabré decir cuánto tiempo, y pude ver gran número de los fenómenos atribuidos a John King, por ejemplo, toda la notabilísima serie de ellos ejecutada en casa de los Holmes de Filadelfia y cuantos tuvieron lugar en la misma mansión de H. P. B., como arriba he dicho. John King, pues, se me presentó primero como una personalidad independiente, después como el mensajero y servidor, jamás al igual de ciertos adeptos vivientes, y, en fin, como un elemental pura y simplemente, del que H. P. B. y otro cierto experto en la materia se servían para hacer sus milagros [4].

[4] Bajo ese nombre de "John King", varias entidades han representado papel en los primeros días del Espiritismo —dice Jinarajadasa—. Aparece también que en una sesión lo encontró Mr. Besant. Aún, se materializan espíritus que se llaman "John King" con rasgos ortodoxos, pero son fraudes palpables, a mi entender, a los que falta la distinción característica del John King genuino y original. El coronel Olcott menciona que se oyó hablar de John King por vez primera en 1850. Según el coronel Olcott hubo tres John Kings: 1º, "un elemental puro y simple, empleado por H. P. B., y otro perito en lo maravilloso"; 2º, "el alma en pena de Sir Henry Morgan, el famoso filibustero"; 3º, "un mensajero y servidor —nunca igual— de los adeptos vivientes". El tercero de éstos es el de que se habla en las cartas del Maestro.

"En mayo de 1875 —dice Olcott— intenté organizar con el concurso de Helena P. B. (que ya antes había frecuentado sesiones espiritistas sin darse al público), un comité privado de investigaciones bajo el nombre de Club de los Milagros. Ella consigna así en una nota de nuestro *Scrap Book*: 'Esto es una tentativa, merced a la orden recibida de T. B. (un Maestro) por mediación de P. (el famoso elemental que se me presentaba haciendo el papel de John King). Orden de comenzar a decir la verdad al público acerca de los fenómenos y los médiums. Mi martirio va a comenzar, pues. ¡Hágase tu voluntad, oh M. (Firmado: H. P. B.)'

"En casa de los Eddy —dice Vera Jelihovsky— fue donde conoció Mad. Blavatsky al coronel Henry S. Olcott, su primer discípulo, su amigo fiel y futuro presidente de la Sociedad Teosófica, que fue producto de la creación de ambos, y en la cual todos sus pensamientos se encontraron desde entonces. Este señor había ido allí, como hábil observador de los fenómenos espiritualistas, para investigar y escribir acerca de las materializaciones causadas por la intervención de los dos hermanos, de quienes toda la América se ocupaba, y escribió un libro sobre este asunto, un estudio titulado *People from the other world* (Gente del otro mundo), que fue el último servicio que hizo a la causa de la propaganda del espiritismo moderno. Aceptó las opiniones de Helena Petrovna Blavatsky, que los periódicos americanos se apresuraron a publicar. Siendo ambos enemigos mortales del materialismo, consideraban que el espiritismo había hecho un gran servicio a la Humanidad, poniendo de manifiesto los errores de las creencias materialistas; pero que una vez que el espiritismo había probado la existencia de fuerzas invisibles e inmateriales en la Naturaleza, su misión había terminado, y no debía permitirse que arrastrase a la sociedad al otro error, a saber: a la superstición y a la magia negra. Como nosotros no podíamos comprender este repentino cambio de frente en quien sabíamos era un médium poderoso, y que recientemente había sido vicepresidente de la Sociedad Espiritista de El Cairo, nos escribió que olvidásemos el pasado y su desgraciada mediumnidad, a la cual se había prestado, según explicaba, por ignorancia de la verdad. 'Si me he unido a cierto grupo

"Un médico muy conocido en Nueva York, el doctor Beard, atraído a Chittenden por mis cartas al *Gráfico,* dice Olcott, había publicado una explicación necia y presuntuosa acerca de los fraudes de los espíritus de los Eddy. H. P. B. le había aplastado con una réplica salada y vibrante, testificando acerca de los siete fantasmas que ella misma había reconocido, que entró de repente en aquella popularidad que ya no debía nunca abandonarla. Todo el mundo quedó fascinado por la habilidad y la vivacidad de los ataques; el tono de camaradería de su conversación y de los artículos de aquella época, no menos que por su espíritu brillante, aunado al más perfecto desprecio hacia todas las hipocresías sociales y hacia sus propios poderes psíquicos. La erudición de *Isis sin Velo* no había nimbado su frente todavía, pero ella gozaba de una memoria maravillosa cuajada de recuerdos personales, de peligros y de aventuras de todo género, amén de una cultura en ciencias ocultas jamás igualada en Norteamérica por persona alguna. ¡Cuán diferente su personalidad de entonces de aquella otra que hemos conocido después, consagrada a la obra vital para la que no era sino una preparación toda su pasada vida! Sí; la H. P. B. de la que hablo y en cuya intimidad he vivido bajo el pie de la igualdad más perfecta que desbordaba vitalidad y nada deseaba mejor que una canción cómica o una historieta fuerte, no era la H. P. B. de la India o de Londres, y nadie habría presentido en ella al coloso mental de los últimos tiempos. Ella cambió, sí, bastante; pero no ganó jamás nada en un sentido: en el discernimiento para elegir sus amigos y sus confidentes. Diríase que sólo veía el ego interior de las personas, sin reparar en las debilidades y vicios de sus envolturas corpóreas visibles. Igual que ella confiaba su dinero al primer miserable advenedizo que le contaba cuatro patrañas, contraía fuertes lazos de amistad con gentes cualesquiera harto indignas de un honor semejante. Su confianza iba pasando de unos en otros, y de momento, prefería siempre al último llegado, aunque prontamente sobreviniesen desilusiones y disgustos, que no por eso le hacían más prudente para lo porvenir. En nuestro *Miracle Club* ya hubo de estafarla cierto médium, calumniándola además. La ulterior ingratitud y tremenda maldad de los Coulomb no fue sino una de tantas amarguras de una larga serie [5].

de teosofistas, a una Logia de la fraternidad ario-hindú que se ha formado aquí —nos escribía ella desde Nueva York— es precisamente porque hacen la guerra a todos los excesos, a las supersticiones, a los abusos de los falsos profetas de la letra muerta, a los innumerables falsificadores de todas las religiones exotéricas, así como también a los abusos en el espiritismo. Nosotros somos espiritualistas, si queréis llamarnos así; pero no al modo americano, sino según los antiguos ritos de Alejandría.' Al mismo tiempo nos enviaba recortes de los periódicos americanos que publicaban sus artículos, así como el comentario de lo que escribía, por lo que era evidente que sus opiniones tenían gran aprobación. Sus brillantes facultades críticas se revelaban sobre todo en una serie de artículos relativos al profesor Huxley, asombrándonos extraordinariamente su profunda erudición. '¿Dónde ha adquirido tan variados y abstrusos conocimientos?', nos preguntábamos asombrados . . . "

[5] Este defecto de H. P. B., más bien que a ella, es imputable a los que a ella se acercaban. Una extraña ley oculta hace que toda persona tenga un polo positivo de espiritualidad y otro negativo de bestialidad o de egoísmo. Cuando dos personas se conocen por primera vez suelen presentarse recíprocamente los polos positivos, sintiéndose atraídas una a otra, hasta que el trato y la eterna discrepancia de ideas les hace presentarse el polo negativo, sobreviniendo a veces la ruptura. Esto fue

"Poco a poco —continúa Olcott— me fue dando a conocer H. P. B. la existencia de los Adeptos orientales y de sus poderes, y me suministró la prueba de los suyos por multitud de fenómenos. Al principio los atribuía ella a John King y a éste debí, por decirlo así, la complacencia de poder entrar en correspondencia personal con los Maestros, y he guardado muchas de sus cartas, sobre las que he ido consignando las fechas de su recibo. Durante bastantes años, casi hasta el momento de mi partida de Nueva York para la India, he sido discípulo o alumno de la sección africana de la Fraternidad Oculta, pero más tarde fui transferido a la sección hindú bajo otro distinto grupo de Maestros, y ello después de un maravilloso cambio psicofisiológico que sobrevino a H. P. B., cambio del que no tengo el derecho de hablar y que nadie ha sospechado hasta el presente, ni siquiera alguno de los que se figuran haber vivido en su intimidad y merecido sus confidencias.

"Porque hora es ya de decir no ha habido nunca más que una Alianza o Fraternidad altruista en el mundo entero, pero ella está dividida en secciones al tenor de las necesidades de la raza humana en sus diversos

simbolizado por Napoleón con aquello de "ningún hombre es grande para su ayuda de cámara", o lo del adagio castellano de que "el mucho trato engendra menosprecio". Además no hay que olvidar que las ideas teosóficas y ocultistas, con su indiscutible grandeza, despiertan en el acto excepcional interés a todo el mundo, como muestra ya larga experiencia de escritores nos enseña; pero no todos pueden luego digerirlas ni triunfar en las pruebas que el mal karma de cada cual desata inmediatamente sobre la cabeza del que da el paso más pequeño en el áspero sendero del Ocultismo. ¡Cuántos hombres, buenos casi todos, no los hemos visto acercarse a nosotros con avasallador entusiasmo de neófitos después de la lectura de tal o cual libro nuestro y alejarse después con igual rapidez, así que las familias, los malos amigos, las amenazas del clero, o el temor al ridículo les han puesto a prueba con su injustificado odio a estas cosas que, o no comprenden o que rehuyen bajo intereses bastardos. Pero al buen ocultista —y H. P. B. lo era en grado máximo— no le es permitido el juzgar de antemano a quieens se le acercan como niños, pues no siempre los más entusiastas son los más constantes. "El que esté en pie, mire no caiga", que dice el Apocalipsis.

"La espiritualidad, además, es el objetivo hacia el que debe tender todo ser humano que desee libertarse de los lazos de Samsara o Maya, 'la gran Ilusión', y para lo que no bastan los llamados 'poderes psíquicos', dice también Olcott. Cuéntase, al efecto, que preguntado cierto día el jivamukta o 'libertado' Vitahanya por qué ciertos 'libertados' no poseían todos los 'siddhis' o 'poderes psíquicos', el sabio respondió: "No es difícil el poseer los 'siddhis', los cuales pueden lograrse por medio de drogas, de piedras preciosas, o bien practicando la yoga. Poderes tales, en efecto, forman parte de la naturaleza de los devas o 'resplandecientes'; pero aquellos cuyo único objetivo es el conocimiento de 'atma' (el Espíritu o Séptimo Principio), se preocupan muy poco de ello, pues que tales poderes se parecen a las alas de las hormigas que crecen durante la estación de las lluvias para caer inmediatamente después y que jamás las permitirán el igualarse con las alas de las aves . . . " Pero, ¿cuántos entre los hombres ciegos, ignorantes y codiciosos de hoy, pueden llegar a aquellas espirituales alturas? ¿Cuántos los hombres constantes en sus admiraciones y afectos?

Olcott, en fin, en un artículo titulado "Ascetismo", nos narra la merecida lección que, respecto a estos asuntos, recibiera de un Maestro. Cuando, después de haberme pedido que le diese el nombre de uno entre nuestros miembros de la India, el más calificado a mi juicio desde el punto de vista espiritual, yo hube de darle el nombre de uno de aquellos cuya abnegación por nuestra Sociedad era grande, e irreprochable su conducta; pero el Maestro me objetó que creía preferible aun cierta otra persona que, aunque entregada a la bebida, era mucho más adelantada espiritualmente.

grados evolutivos. El centro de donde irradia esta fuerza bienhechora se va trasladando de lugar según los tiempos. Invisible y jamás sospechada, cual las vivificadoras corrientes del Akasha, pero igualmente indispensable para el bien espiritual de la Humanidad, su energía combinada y divina se mantiene de edad en edad y refresca sobre la tierra al pobre peregrino que se esfuerza en caminar hacia la Realidad Divina. El escéptico niega la existencia de tales Adeptos porque él no ha logrado hablarlos ni verlos y porque la Historia no ha registrado su intervención oficial en los acontecimientos nacionales, pero millares de místicos, iluminados y filántropos de todos los tiempos, en quienes la pureza de sus almas ha levantado ya las nieblas psíquicas bajo los rayos de sol de su ciencia espiritual, les han conocido, y en múltiples ocasiones Ellos han entrado en relaciones personales con las gentes que se esfuerzan en servicio de la fraternidad humana. Algunas de éstas, a veces harto humildes y en apariencia indignos como nosotros, los jefes del movimiento de la S. T. han sido favorecidos por su simpatía y de ellos recibido instrucciones. Los unos, como H. P. B. y Damodar, han tenido sus primeras videncias desde su juventud; otros han tropezado con ellos en las circunstancias más extrañas y lugares más imprevistos. En cuanto a mí, yo he sido presentado a ellos por intermediario de H. P. B. el John King, tantas veces citado: un pretendido espíritu director de un medio y que me hacían más comprensible mis anteriores experiencias. John me hizo conocer así a cuatro Maestros: un Copto, un representante de la escuela neoplatónica de Alejandría y otro muy elevado, especie de Maestro de Maestros, que era veneciano, y un filósofo inglés desaparecido del mundo, pero no fallecido todavía... El primero fue mi primer Gurú, hombre de rigurosa disciplina y de un viril esplendor de carácter. Por ellos aprendí, andando el tiempo, que H. P. B. era su fiel servidora, aunque su temperamento particular y sus idiosincrasias la hiciesen harto antipática para algunos impidiéndoles el trabajar con ella, cosa que parecerá menos extraña si se tiene en cuenta que cada individuo, adepto o laico, evoluciona según un rayo determinado del Logos, encontrándose en simpatía con cuantas almas dependan de este rayo y acaso en antagonismo sobre el plano físico con las entidades adscriptas a rayo diferente. He aquí probablemente la razón suprema de lo que suele llamarse antipatía o simpatía magnética, áurica o psíquica. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que había Maestros que no podían trabajar con H. P. B. Otros, por el contrario, la utilizaban, y entre éstos hubo algunos cuyos nombres no son conocidos pero con los cuales hemos tenido mucha relación en los comienzos del movimiento teosófico."

"Por esta época —dice Tecla Mommerot— los diarios y las revistas espiritualistas yanquis ensordecían al mundo con el ruido de sus polémicas. Ella se lanzó con pasión en ese movimiento extraordinario provocado por la aparición de los 'médiums', iluminados sinceros o charlatanes que, desde hacía una veintena de años, agitaban los espíritus de los vivos, pretendiendo ser intermediarios de los de los muertos. A esas nuevas y sorprendentes tentativas de excursión hacia el misterio H. P. B. aportaba las más extrañas contribuciones... Como los hierofantes antiguos, hacía, a voluntad, aparecer a los difuntos y, al igual de las sibilas sagradas, se estremecía bajo la influencia de invisibles revelaciones, levantando para

algunos el velo del porvenir [6]. Ella, como los faquires hindúes, rodeábase súbitamente de prestigiosas apariencias, y alguna vez hasta ocurrió que su cabellera, de ordinario de un castaño claro, apareció de pronto negra como el jaspe, para volver a tomar, un momento después, su habitual matiz... Toda su persona parecía sufrir algunas veces las más inesperadas modificaciones. 'Tenía sucesivamente todas las edades de un sólo día', dice uno de aquellos que la conocieron. Uno en cierta ocasión vio en ella a 'una joven de diez y seis años, otra vez a una vieja de cien y luego a un hombre con barba...' Vivir a su alrededor era vivir en presencia de continuos prodigios, y el coronel Olcott, que fue su compañero en todos los instantes, durante los últimos años de su vida, declara que H. P. B. ha sido para él, 'desde el principio, un viviente enigma'."

"Es imposible conocer a H. P. B., dice uno de sus biógrafos, si no se la estudia a la claridad de esta hipótesis —suponiendo que ello no sea más que una hipótesis—: que ella era el agente visible de seres superiores desconocidos y ocultos..."

Ella fue, para todos cuantos se le aproximaron, fascinante y dominadora. A su lado se llegaba a dudar de todo lo que se veía; encerraba al espíritu en un círculo de ilusiones engañosas, a través de las cuales se hacían fantásticas y ridículas las realidades más palmarias. Poseía, en efecto, hasta un grado inconcebible, el poder de sugestión mental y se movía con facilidad y pleno dominio sobre ese terreno en el que no han adelantado un paso nuestros psicólogos. Diríase que había extraído de las fuentes misteriosas del Oriente místico los conocimientos que permiten producir sobre casi todos los hombres y en pleno estado de vigilia lo que nuestros experimentadores no obtienen sino sobre algunos sujetos y durante el sueño hipnótico. Toda clase de sonidos, perfumes y formas surgían a su simple mandato, cual castillos encantados y paisajes ideales creados en el espacio por el poder de las hadas, porque esta gran sacerdotisa de

[6] "H. P. B. —dice en otro lugar esta biógrafa— se reveló desde los primeros tiempos de sus investigaciones en el terreno de las ciencias ocultas, como un sujeto magnético maravilloso. Dormida, se desdoblaba y, sumergida en catalepsia, pronunciaba oráculos tan inesperados como prodigiosos, porque la inteligencia que así se manifestaba revelaba sorprendentes conocimientos... Como en el tiempo en que se entretenía con los animales embalsamados en el museo del castillo solariego y en que los muebles crujían por todas partes a su alrededor, la sensibilidad maravillosamente extraordinaria de este ser enigmático la persiguió a través del mundo, rodeándola de incomprensibles actividades, sumergiéndola en una vida doble y alucinante. Desde que penetraba en una morada deshabitada, la casa se animaba; silenciosos e indiferentes fntasmas pasaban a lo lrgo de los corredores vacíos, yendo a desempeñar las que fueron sus habituales ocupaciones, y Helena los describe, los cuenta, los sigue con la mirada. Si alguien se informa sobre el particular, no tarda en adquirir conocimiento de que tales apariciones se correspondían con seres que habitaron allí, en efecto, y que allí vivieron y murieron. Así una parte de su vida pasó entre sombras. En su presencia parecía reflejarse en la luz la imagen de gestos para siempre desaparecidos, de formas arrastradas desde largo tiempo atrás en el vertiginoso torbellino de las transformaciones... ¿Qué clase de actividades tenebrosos eran esas cuya manifestación la perseguía a la continua con su ofuscador realismo? ¿Qué fuerzas sutiles eran las que su espíritu, esclavo complaciente, debía constantemente registrar? ¡Misterio alucinante para aquella que más tarde debía negar los fantasmas y enseñar que las pretendidas 'comunicaciones' de los *médiums*, por admirables que apareciesen, no son otra cosa que la proyección y exteriorización del pensamiento de los asistentes!"

la ilusión hacía surgir bajo su penetrante e insondable mirada de acero los más inauditos prodigios: las flores en botón se abrían por sí mismas bajo su conjuro, y los objetos más lejanos venían a sus manos a su simple evocación... En París, donde recibiera hospitalidad de la condesa de Adhemar y de la duquesa de Pomar, adictas a las ideas teosóficas, los cuartos que habitaba resonaban con el tintineo de invisibles campanillas, mientras que el aire se saturaba de perfumes deliciosos y desconocidos. Algunas veces ella misma desaparecía súbitamente sin que hubiese podido ser advertida en su desaparición, y, nuevo Giges, permanecía largos instantes en medio de aquellos que ignoraban su presencia. Cuando aparecía de nuevo, en vano era preguntada por los absortos testigos del fenómeno. Sonriente y tranquila respondía que había sido llamada para un asunto oculto por su "Maestro".

¿Sugestión? ¿Alucinación? ¿Qué término sabio, qué expresión maravillosa habríamos de emplear para explicarnos tan extraordinarias narraciones? ¿Debemos aún ser tan atrevidos que pretendamos explicarlas? ¿No nos resultaría más agradablemente tranquilizador pensar que todas estas cosas milagrosas e interesantes han podido suceder un día y han de reproducirse cuando lleguemos a creer en el "Maestro"?

De semejantes "maravillas" y de otras mil que vendrán después, no hay más "milagro", añadimos nosotros, que el que supone un conocimiento más profundo de las leyes naturales, que es a lo que en realidad se reduce la Magia, pues, como sabiamente indica la introducción de *Isis sin Velo*, ella no creía en Magia alguna "que exceda del poder ni de la comprensión del hombre", ni en "milagro" alguno, divino o diabólico, que esté en contradicción con las leyes naturales establecidas desde la eternidad. No obstante —añadía— si remontando la escala de la evolución desde la ascidia o la mónera hasta el hombre vemos que la evolución ha desenvuelto facultades sinnúmero en nosotros, lógico es pensar, ya que el hombre dista aún mucho de ser perfecto, que en lo futuro había de desarrollar nuevos y más admirables poderes, razón por la cual se ha dicho, muy acertadamente, que allí donde termina la Ciencia del hoy empieza la Magia, que es la Ciencia del mañana, y que en el último día de los tiempos, al coronar el hombre su evolución sobre el planeta Tierra la progresiva Ciencia habrá coincidido con la eterna Magia de las Edades, por otro nombre Teosofía y Ocultismo, no en el sentido de confundir este último con las peligrosísimas y no recomendables "Ciencias Ocultas", sino en el de reforma de uno mismo por la meditación y el conocimiento.

Además —y esto es doblemente importante puesto que empiezan a olvidarlo los teósofos —no hay que creer tanto en el Maestro que haya de poder venir más o menos pronto, como en el Maestro de maestros de nuestro Ego Inmortal ("Cristo en el Hombre", que diría San Pablo), encargado de la evolución del hombre inferior a través de las reencarnaciones, divina Tríada que es un Dios Encarnado sobre la Tierra, para cada uno de nosotros, que es por lo que Pitágoras dijo en sus *Versos Dorados* que "el Hombre es de estirpe divina", y Jesús añadió, de acuerdo con el salmista: "Dioses sois, y lo habéis olvidado", cosa comentada por el propio San Agustín cuando panteísticamente consignó el origen divino de cada ser diciendo: "Creasti nos, Domine, ad te, et inquietum, est cor nostrum donec

requiescat in te"; por supuesto, no en el sentido de ningún Dios personal como el de las religiones vulgares positivas, sino en el del Dios Interior indicado al principio.

Todas estas cosas y otras tales, con las que H. P. B. asombró inútilmente a sus contemporáneos, labrando su propia ruina, son merecedoras de capítulo aparte, capítulo cuyo desarrollo no deja de ofrecer grandes dificultades, como vamos a ver.

Capítulo XVI

DEL ESPIRITISMO A LA TEOSOFIA

El dilema que plantea la notabilísima obra de Olcott es decisivo: o este noble y honrado pensador vivió eternamente embaucado por su colega Helena, o bien los extraordinarios, los asombrosos fenómenos que él da como operados por esta última se salen de todo lo conocido para entrar en el campo de la más maravillosa taumaturgia, a la manera de la taumaturgia que vemos realizada por los grandes iniciados como Apolonio y Jesús.

Lo primero es insostenible, aunque los calumniadores de la mártir rusa hayan hecho inútil hincapié sobre ello. Además los fenómenos en cuestión u otros análogos están corroborados por muchas personas de las que trataron de cerca a H. P. B., tales como Sinnett, Hartmann, Xifré y su propia familia, como vamos viendo. Lo segundo plantea una vez más el inquietante problema de la Magia.

"Pero, ¿qué es la Magia?", se nos preguntará una vez más; a lo que nosotros, faltos aquí de espacio para semejante disquisición, remitiremos al lector al epígrafe final de la colección de cuentecitos y otros trabajos de H. P. B. que titulamos *Páginas ocultistas,* o mejor al arsenal inagotable que para estos asuntos se encierra en *Isis sin Velo,* empezando por aquel párrafo de la Introducción que dice: "No creemos en Magia alguna que exceda del alcance ni de la comprensión del Hombre, ni en 'milagro' alguno que vaya en contra de las leyes naturales existentes desde la eternidad...[1]; lo que hay, sin embargo, es que el Hombre aún no se ha revelado a sí propio en el alcance de todos sus Poderes, que pueden volver a hacer de él algún día un efectivo dios sobre la Tierra."

"Magia", según la etimología que allí se asigna a la vieja palabra, equivale a Ciencia Superior y Poderes Superiores; en este sentido, todo hombre es mago respecto de otro en proporción a su superioridad física, intelectual o moral, porque puede hacer fácilmente lo que le es imposible a otro. En tal concepto, ¿quién no tiene algo de mago respecto de los demás en aquello que es objeto de sus peculiares aptitudes? El mismo actor o cantantes que nos seduce "mágicamente" en el Sigfrido o en el Hamlet, se ve luego seducido por la "magia" de una mujer, o por la de un sabio expositor científico, como éste lo es por el artista[2].

Lo que hay es que en una pequeñísima parte del inmenso campo de la Verdad y de la Acción podemos actuar de "magos" más o menos discutibles, siendo "vulgo" en todo lo demás, por ser harto escasos los verdaderos polígrafos investigadores de la Verdad y más escasos aún los efectivos héroes de la Acción inteligente. Cuando el esfuerzo hacia la Verdad y la consiguiente heroica Acción en pro de ella —con fin, ora altruista, ora egoísta— llegan a cierta altura (como en H. P. B. después de aleccionada por sus Maestros), el mago surge.

Catalogar los hechos mágicos o "fenómenos" de H. P. B., y profundizar en ellos, es punto menos que imposible en el estado actual de nuestros conocimientos. Hablemos de ellos, pues, de la mejor manera que podamos.

Desde luego, según ya vimos antes, especialmente en el capítulo último, Helena podía producir a voluntad todos cuantos fenómenos maravillosos cataloga el moderno espiritismo, desde los simples golpes de veladores respondiendo inteligentemente a preguntas que le dieran nacimiento, hasta los más increíbles de levitación de objetos pesados, adivinación y lectura de pensamiento. Pero hay otros muchos que se salen de dichos moldes, como vamos a ver, por estar inspirados en conocimientos superiores de esta Alta Psicología que ella, como tantos otros personajes históricos, adquiriese en Oriente[3].

---

[1] De lo "sobrenatural" a lo antinatural, dice sabiamente el doctor Franz Hartmann, no hay más que un paso. El que abandona la roca firme de la espiritualidad no halla descanso en parte alguna. El que se hace infiel hacia su naturaleza superior, cae fácilmente en lo antinatural. Busca consuelo en las cosas exteriores; se dirige a 'los espíritus" y éstos se burlan de él. Todos los consuelos exteriores no son sino narcóticos que quitan el dolor de momento. No curan, sino que debilitan. Muchos de los tales se ven impelidos a entrar en el tenebroso laberinto del espiritismo y del ocultismo por el anhelo de satisfacer su curiosidad, sin hallar salida porque en semejante mundo de los sueños e ilusiones no alumbra la estrella de la Verdad. Procuran iluminar los misterios divinos con la mente terrena y oscura, única que poseen, y olvidan que sólo el espíritu divino que posee el hombre puede escudriñar los abismos de la Deidad. No hay conocimiento alguno de la Verdad sin el Espíritu de Verdad o de Autoconocimiento que en nosotros mora.

[2] Sin embargo, como dice un Maestro, la obra propia de la buena Magia es la de humanizar nuestras naturalezas por la compasión. Un inmenso amor por la Humanidad entera —como aquel cantado por Schiller y por Beethoven en la Novena Sinfonía— porque la Humanidad es el gran huérfano, el único ser verdaderamente desheredado en esta tierra, y todo hombre capaz de una impulsión generosa está obligado a hacer algo, por poco que sea, para contribuir a su bienestar.

[3] Larga es la lista de estos personajes, tales como Pitágoras en los tiempos antiguos, el cual se dice fuera discípulo personal del Buddha en su discutido viaje a la India; Marco Polo en la Edad Media; Luis Jacolliot y H. P. B. en nuestros tiempos. Ellos todos están contestes en afirmar haber presenciado fenómenos tan asombrosos que no se atreven a relatarlos, a pesar de ser ciertos, por temor a no ser creídos. (Véase sobre esto la preciosa Introducción de "La Doctrina Secreta".) El escepticismo más imbécil es la eterna característica de la Humanidad, porque huyendo del fiel de la balanza que simboliza la justicia entre ese par de opuestos que se llaman credulidad e incredulidad, desconfía por sistema de cuanto no puede realizar o comprender. Cuando se inventó el fonógrafo, docenas de sabios académicos se burlaron de él,

Los más salientes de dichos fenómenos son, sin duda, los que se refieren a esos seres invisibles del mundo astral llamados "elementales" o "espíritus de los elementos" por los ocultistas y cabalistas.

"He aquí —dice Olcott—, una nueva prueba del imperio que H. P. B. ejercía sobre los elementales, dominio que los hindúes denominaban Yakshini Vidya. Una fría noche de invierno, en que varios pies de nieve cubrían el suelo, habíamos trabajado los dos en su libro hasta hora muy avanzada. Como había yo comido cosas saladas sentí sed y, hacia la una de la madrugada, hube de decir: '¡Cuán delicioso me resultaría ahora el poder comer un racimo de uva!' 'No lo dudo —respondió ella—, es preciso tenerlos.' '¿Pero ¿cómo? —repliqué yo—; hace ya rato que están cerradas las tiendas.' 'No importa —insistió—, vamos a tenerlos ahora mismo. Tomaos la molestia de acortar la luz del gas.' Yo di vuelta a la llave del gas hasta casi apagarle, y ella me dijo: 'No; no hay necesidad de tanto, no tenéis más que atenuar la luz. En fin, ¡encended en seguida!' Volví a encender rápidamente el mechero del gas: '¡Ved!' —exclamó ella indicándome la librería que se hallaba frente de nosotros. Con grandísimo asombro advertí, en efecto, que de sus tiradores pendían dos espléndidos racimos de negra uva de Hamburgo, que nos apresuramos a comer con verdadero deleite. Cuando luego la interrogué acerca de tan notable fenómeno, ella se limitó a responder que era obra de ciertos elementales sometidos a su poder, y otras dos veces más durante el resto de nuestra residencia en aquella morada, que nosotros designábamos con el pintoresco nombre de 'Lamasería', reprodujo el fenómeno, procurándonos frutos con los que refrescarnos mientras trabajábamos en *Isis sin Velo* [4]."

Otro no menos sugestivo fenómeno es el siguiente, narrado por el mismo historiador:

"Cierto día en que notamos que las servilletas brillaban por su ausencia en nuestra casa, adquirí un paquete de ellas. Las cortamos, y H. P. B.

---

demostrando que el aparato era científicamente imposible, y cuando ya no pudo ser negado aquél, se habló hasta "¡del hombre que el aparato tenía dentro!"

Hace mucho tiempo que se viene afirmando por los teósofos que ulteriores descubrimientos de los científicos occidentales justificarían más y más los asertos de la Filosofía Esotérica, probando que los poderes demostrados por H. P. B. eran meras exhibiciones de fuerzas siglos ha familiares en Oriente, pero ignoradas en Occidente. Los discípulos de ésta siempre han sostenido que los "fenómenos" producidos por ella eran meras aplicaciones de leyes que ella les explicaba, fenómenos triviales en sí, como lo son casi siempre los experimentos demostrativos, pero profundamente interesantes merced a las pruebas que los mismos suministran acerca de la realidad de lo oculto, si bien se trataba sólo de fuerzas puramente naturales, cuya existencia ella se proponía demostrar. Las contrariedades y obstáculos y hasta imputaciones calumniosas que le salieron al encuentro, la obligaron a retraerse de la publicidad, pero no por eso cesaron los fenómenos que ejecutó duranta la primera parte de su carrera pública, si bien en sus últimos años los hizo con mucha menos frecuencia. Antes de que esto sucediese, ya habían empezado a dar resultado las investigaciones emprendidas por Mr. Crookes, miembro de la Real Sociedad de Londres, las cuales justificaban muchas de las declaraciones hechas en el pasado por los Maestros de las ciencias ocultas y su conferencia en Birmingham ante la Sección Química de la Asociación británica en 1886 fue el primer síntoma de importancia en pro de tales teorías.

[4] Recuérdese "el milagro de los panes y los peces", de Jesús, el del "cuervo", de San Pablo, primer ermitaño, y tantos otros de las hagiologías.

pretendía las pusiésemos en uso sin pespuntearlas, pero ante mis protestas, tomó alegremente su aguja. Apenas había comenzado, sin embargo, su labor, cuando golpeó con el pie la mesa, exclamando: '¡Quítate, mamarracho!' '¿Qué es ello?', exclamé, a lo que H. P. B. me respondió: '¡Oh, no es nada, sino que esta gentil bestezuela de elemental me tira de la falda pidiéndome algo que hacer.' A lo que yo añadí festivo: '¡Qué hermosa ocasión de darle las servilletas para que las ribetee, dado que vos lo hacéis tan mal!' Ella sonrió; me dijo una tontería para castigar mi necedad, pero se resistía a complacer a tan pequeño esclavo invisible, bestezuela que sólo quería mostrar su buena voluntad. Por fin la persuadí y me dijo que encerrase las servilletas, las agujas y el hilo en una librería con cristales y visillos verdes que estaba al otro lado de la estancia. Sentéme seguidamente junto a H. P. B. y la conversación tornó al objeto único e inagotable que llenaba nuestro pensamiento: la ciencia oculta. Al cabo como de un cuarto de hora escuché un ligero ruido, como el chillido de una rata bajo la mesa, y H. P. B. me dijo que 'este pequeño horror' había acabado sus servilletas. Entonces abrí la biblioteca y encontré ribeteadas doce de ellas, pero tan mal, que no lo hubiese hecho peor una inexperta colegiala. Mas ellas estaban pespunteadas, no cabía duda, y la labor se había operado en el interior de una librería cerrada con llave, y la que durante todo el tiempo no se había ni acercado H. P. B. Eran las cuatro de la tarde; estábamos sólos los dos y nadie penetró en la estancia desde el comienzo hasta el fin."

A la lectura de los hechos narrados sentimos brotar una despectiva sonrisa en labios del escéptico lector. ¿Cómo pueden ser creíbles semejantes absurdos?, nos dirá, y nosotros le responderemos que no conviene precipitarse en juzgar cosas como éstas sin madura reflexión.

El problema que plantea el hecho primero es, sencillamente, el consabido de los llamados "aportes espiritistas", o sea el transporte astral de objetos a más o menos distancia. Como tal es conocidísimo de cuantos han estudiado estas cuestiones. Desde el punto de vista religioso, es indudable, pues que en las hagiologías o vidas de los santos se registran infinitos hechos de esta índole, v. gr.: cuando San Antonio, mientras predicaba en Lisboa se sintió transportado en su doble astral a Padua en socorro de su padre, o cuando San Pablo, primer ermitaño, recibía diariamente el pan de su sustento aportado por "un cuervo", es decir, por uno de los consabidos "elementales" revistiendo semejante forma.

Cierto que el mecanismo del aporte nos es aún desconocido, pero no es por eso inconcebible al tenor de la ciencia positiva. La materia, según las últimas conclusiones de ésta, es una mera ilusión de nuestros sentidos, dado que está compuesta de átomos y éstos, a su vez, de iones y electrones, o sea de "cargas eléctricas". Quien dominase, pues, el mecanismo de las construcciones interatómicas, podría, en el momento asignado, dar nueva disposición a tales iones y electrones, a la manera de como nosotros preparamos para el transporte a distancia los más variados objetos, desempaquetándolos luego así que ellos han llegado al punto de destino. ¿No vemos algo así, aunque más grosero, en el llamado "coupage" de los vinos, operación merced a la cual éstos pueden ser transportados, reducidos a su expresión más simple y reconstituidos en otro lugar después?

Se nos dirá que aquí hay operador, y en el otro fenómeno no sabemos aún que el operador que transporta exista, con lo cual el problema cambia de carácter haciéndose más comprensible, dado que se reduce al problema de si existen inteligencias invisibles capaces de aquel "aporte".

La cuestión así planteada resulta de una lógica abrumadora, porque, en efecto, semejantes seres son reales, aunque no alcancen normalmente a impresionar nuestras retinas. Este es, en esencia, el problema clásico de los "elementos naturales", que nosotros concretamos así:

La química de hace algunos años se ufanaba de conocer los 60 ó 70 cuerpos simples que, por sus combinaciones variadísimas, constituyen todos los cuerpos de la Naturaleza, pero hoy, rectificando una vez más sus rumbos, se acerca al que llamó "ensueño de los alquimistas", o sea a considerar, como decía Stuard-Mill hablando de "los primeros principios", que aquellos cuerpos son simples solamente porque nuestros medios de análisis se detienen hoy en ellos. En cambio, concede ya la mayor importancia a los estados físicos de los cuerpos: al sólido o "tierra" de los antiguos; al líquido o "agua"; al gaseoso o "aire" y al etéreo-radiante o "fuego".

Presupuesto todo ello, la pregunta se reduce a saber si con tales "cuatro estados físicos de los cuerpos" concuerdan otras tantas clases de seres visibles o no visibles que en ellos tengan su "medio" o habitación. Hombres, animales, plantas y piedras, o sean los conocidos seres de nuestra escala evolutiva, están caracterizados precisamente por hallarse integrados por dichos "cuatro elementos". Los cuerpos de todos aquellos seres son visibles recíprocamente por estar compuestos de esos "elementos", y así el hombre es visible en el agua porque sus elementos sólidos tienen distinto índice de refracción que el agua, y en el aire por idéntica causa, etcétera.

El caso de los hipotéticos "elementales" o "espíritus de los elementos" es precisamente el contrario. Una "ondina", por ejemplo, como "hija de las aguas", al tener su "cuerpo" idéntico índice de refracción que el agua misma, es invisible para nosotros dentro de su elemento; una sílfide aérea, se hallaría en el aire en idénticas condiciones de invisibilidad, y así sucesivamente.

Además, el éter cósmico, depósito de todas las grandes energías matrices de la Naturaleza, es, sin duda, el "medio" natural más propicio para "las vidas", dentro del paralelismo fundamental de esos tres conceptos científicos de materia, vida y energía, sn que su pretendida invisibilidad sea otra cosa que una consecuencia de nuestra deficientísima retina, apta sólo para percibir las vibraciones del éter entre los estrechos límites de lo que llamamos "espectro de la luz", espectro rodeado a uno y otro lado de los espectros eléctrico, calorífico, de los rayos X, químico, ultravioleta, etcétera, que son otros tantos espectros de "luz negra", es decir, de luz invisible para nosotros, pero visible para otras retinas y aun para la misma retina nuestra cuando se anormaliza por las crisis nerviosas, por ejemplo. Tan es así que las líneas y zonas negras que en el espectro luminoso llamamos "rayas de Franhoffer", base del análisis espectral, es sabido continúan en los otros espectros oscuros en espera de darnos para el mañana las más estupendas revelaciones [5].

[5] Esta "luz negra" es precisamente la "luz astral" de los cabalistas, es decir,

La mera supresión, por ejemplo, de la zona roja o de la violeta de nuestro espectro visible, ¿a qué consecuencias no nos conduciría? Por de pronto para el maquinista daltoniano, o sea inepto para ver el color rojo, los discos rojos de alarma de una estación le resultan invisibles con todas las trágicas consecuencias de choques y demás catástrofes..., otro tanto que lo son para ciertos hombres astralmente "daltonianos" el no ver ni presentir siquiera los terribles "elementarios" de la taberna, la casa de juego y demás lugares del vicio o del crimen.

Porque conviene no olvidar que aquellos tiempos de la mitad del siglo XIX, a punto de anegarse la Humanidad en el pantano del materialismo, los Poderes Superiores encargados de dirigir la evolución del mundo permitían, digámoslo así, mayor libertad en la producción de fenómenos extraordinarios o "milagros" para abrir los ojos a la Humanidad, demostrándola "experimentalmente" la existencia incuestionable de mundos por encima del físico.

Olcott, en su *Historia*, se hace cargo de semejantes momentos cuando dice:

"Entonces verdaderos adeptos daban sus enseñanzas a discípulos aplicados y solían verse fenómenos curiosos [6]. Era también el tiempo en que

la "luz trascendente" a la que se refiere la carta del Maestro que insertamos en las páginas 85-87 de la presente obra.

Si nuestra retina tuviese para dicha luz la tonalidad perceptiva consiguiente —como la tiene para cuantos han logrado "ver en lo astral" —la percepción de los "elementales" y "elementarios" (o formas de pensamiento) nos serían tan familiar como hoy nos pueda ser la de los animales o las plantas. Interín ello no suceda, se nos impone una respetuosa reserva respecto de ellos y de sus posibles fenómenos, en lugar de las desdichadas negativas de los que hoy presumen de doctos y del vulgo que los sigue con ciega credulidad.

De aquí, en resumen, que resulte aun hoy más científico el suspender el juicio acerca de fenómenos como los dos transcriptos que no el rechazarlos de antemano saltando por encima de la respetabilidad de quienes, como Olcott, afirman haberlos visto realizar repetidísimas veces.

[6] Respecto de tales adeptos de la Ciencia Sagrada, dice Olcott: "La importancia histórica de la respuesta al artículo de 'Hiraf', acerca de Magia y Espiritismo, acrece cuando se advierte que en ella se proclama sin ambages por H. P. B., 'la existencia, según su conocimiento personal, de escuelas de ocultismo en las Indias, Asia Menor y *en otros países*', por lo cual 'igual hoy que en los tiempos de Sócrates y de otros sabios de la antigüedad, todos cuantos quieran conocer la Gran Verdad siempre encuentran la ocasión, si ellos buscan sólo quien les conduzca hasta la puerta de aquellos que saben el cuándo y el cómo. Ella rechazaba la generalización excesiva de 'Hiraf', que llama rosacruces a todos los ocultistas, enseñándole que esta última fraternidad no es más que una unidad en medio de otras muchas sectas o grupos ocultos. Proclamábase al par 'discípulo del espiritualismo oriental' y previa el tiempo en que el espiritualismo americano 'llegase a ser una ciencia de matemática exactitud'. Volviendo a la cuestión de los adeptos, añadía que la verdadera Kábala, de la que la judía no era sino un fragmento, está en manos de 'algunos filósofos orientales, pero quiénes son ni dónde residan, decía, no me está permitido el revelarlo, y aun puede que haya soñado y no lo sepa ni yo misma. Millares de personas creerán que todo esto son imaginaciones. Perfectamente. El tiempo lo dirá. Todo cuanto puedo añadir es que este Cuerpo existe realmente y que el asiento de las Fraternidades no será revelado al mundo más que al despertar de la Humanidad... Hasta entonces no se verá ninguna otra prueba más de la teoría especulativa de su existencia que aquello que el vulgar denomina *hechos sobrenaturales*."

Asimismo advertía H. P. B. en su artículo que es perder el tiempo el intentar

conocí a mi colega como una persona muy humana, antes de que ella fuese casi divinizada por gentes que no habiendo conocido sus debilidades ignoraban su humanidad. Yo mostraré la imagen ideal y borrada de la autora de *Isis* y de *La Doctrina Secreta* en carne y hueso; una verdadera mujer, muy masculina, viviendo como todo el mundo cuando estaba despierta, pero pasando en su sueño de uno a otro mundo, y viviendo adormecida en el estado de trance clarividente con seres superiores; en un cuerpo debilitado de mujer, una personalidad "en la que la mayor parte del tiempo se desarrollaba un verdadero ciclón vital" para citar las palabras de un Maestro. Tan desigual, caprichosa y cambiante, y tan violenta que era preciso cierto heroísmo, paciencia y dominio de uno mismo, a aquel que quería vivir con ella y trabajar en común con un objeto humanitario. Los fenómenos de los que he sido testigo, las pruebas numerosas y variadas que ella me ha dado de la existencia detrás de ella de los Maestros, de los que ella no se sentía digna de besar sus zapatos, y su última *epistasis*, en la que la mujer agitada y exasperada se transformó en una escritora y un maestro lleno de sabiduría, y una bienhechora de todos los investigadores del alma humana, todo ello se auna con sus libros para probar su excepcional grandeza y hacer olvidar sus excentricidades, aun para ellos que la han soportado moralmente. Al mostrarnos la vía, ella nos ha prestado un servicio tal, que es imposible el experimentar por ella otra cosa que la más profunda gratitud"[7].

ser un kabalista o un rosacruz práctico estudiando los libros de la literatura ocultista: "Ello es tan imbécil como pretender entrar sin hilo guiador en el laberinto o de querer abrir sin llave adecuada las complicadas cerraduras de la Edad Media." Ella definía la magia blanca y la magia negra, mostrando los peligros de esta última. En fin, terminaba diciendo: "Digáis lo que queráis, oh vosotros, los sacerdotes de todas las Iglesias, tan severos contra el espiritismo en su verdadero sentido del más puro descendiente de la magia antigua, no podréis impedir lo que siempre ha existido, a saber, el comercio entre los dos mundos. Nosotros llamamos a semejante comercio "espiritismo moderno", con tanta justeza y lógica como decimos "el nuevo mundo" hablando de América. Estoy seguro, continúa diciendo Olcott, de que todos los miembros serios de la S. T. se alegrarán de saber que desde julio de 1875 H. P. B. proclamaba la existencia de los Adeptos orientales de la Fraternidad mística, de sus reservas de ciencia divina y sus relaciones personales con ellos.

Ella afirma de nuevo todo esto en una carta al *Spiritist Scientific*, añadiendo que entre las manos de un Adepto el Espiritismo se transforma en Magia, por cuanto él está experto en el arte de fundir en un conjunto las leyes del universo sin violarlas y, por consecuencia, sin violentar a la naturaleza. Entre las manos de un médium sin experiencia, el Espiritismo degenera en *hechicería inconsciente*, porque abre sin saberlo una puerta de comunicación entre los dos mundos, a través de la cual se deslizan las fuerzas ciegas de la naturaleza que flotan en la Luz Astral, con espíritus igualmente buenos que perversos."

[7] Mrs. Alice Leighton Cleather, en su interesantísima cuanto reciente obra *H. P. B., her life and work for humanity* (Thacker, Calcuta, 1922), protesta varias veces, como discípula personal que fue de H. P. B. en los últimos años de ésta, contra los juicios de Olcott, que considera harto irrespetuosos. Nosotros pensamos poco más o menos lo mismo, pero siempre consideraremos que el fiel compañero de la Maestra es librepensador sincero al exponer aquéllos, como lo corrobora el párrafo de su obra donde dice, hablando de "los elogios excesivos" de Sullivan:

"H. P. B. era demasiado notable por sí misma, sin que se la colme de elogios tan desproporcionados. La idea fija de buscar un sentido oculto a cada una de sus palabras o actos no puede menos de volverse contra los que tal realizan, al tenor de

Y después de estas palabras, el fiel compañero de H. P. B. añade:

"En el volumen XII, 259 del *Theosophist*, puede verse el artículo sobre los elementales del fuego, en el que se habla de cierta rosa que la gentil Pushpa Yakshni, espíritu director de la médium de aportes Mrs. Thayer, suministró fenomenalmente a ésta y que sirvió de base a otro notabilísimo fenómeno de H. P. B., que excede a todos cuantos yo he visto producir a los numerosos médiums que llevo conocidos.

Nuestra amable huésped Mrs. Charles Houghton, señora de un notario bien conocido de Boston, me llevó a una de las sesiones públicas de Mrs. Thayer. H. P. B. rehusó acompañarnos, y la dejamos en el salón charlando con Mrs. Houghton. Cuando llegamos la sesión había terminado y todos habían partido, salvo Mr. Houghton y otra señora. Mrs. Thayer consintió en darnos una sesión particular... Después de haber esperado algún tiempo, sentimos descender cierto objeto húmedo como un copo de nieve cayendo bruscamente sobre el dorso de mi mano. Nada dije hasta que se volviera a dar luz... La flor caída sobre mi mano mientras sujetaba las de Mrs. Thayer era un maravilloso capullo de rosa de cien hojas, medio abierto y cubierto de rocío. La médium, estremeciéndose como si alguien hubiese hablado detrás de ella, exclamó: "Los espíritus dicen, coronel, que éste es un obsequio para Mme. Blavatsky." Di entonces la rosa a Mrs. Houghton, quien al regresar se la entregó a H. P. B., a quien encontramos fumando cigarrillos y charlando con nuestro huésped. H. P. B. tenía en su mano la rosa y la olía con aquel aire distraído y lejano que sus íntimos ya conocían como precursor de la producción de fenómenos. El señor Houghton interrumpióla en sus ensueños diciéndola: "¡Señora, cuán hermosa flor! ¿Me permitís que la vea?" Ella se la tendió entonces con el mismo aire soñador, y casi maquinalmente. El señor Houghton la olió y dijo: "¡Pero, cómo pesa! Yo jamás he visto una rosa semejante. Mirad, el peso la hace inclinarse sobre su tallo." "¿Qué decís, exclamé yo, ella nada tiene de extraordinario, o al menos nada tenía cuando cayó hace un momento sobre mi mano. Permitidme que vuelva a examinarla." Tomé entonces la flor con la mano izquierda, advirtiendo, en efecto, que su peso de ahora era excesivo. "¡Tened cuidado y no la estropeéis", gritó H. P. B. Tomé con toda delicadeza el botón entre el pulgar y el índice de mi mano derecha y continué mi examen. Nada visible explicaba lo anormal de su peso; pero de repente apercibí en el interior del capullo un delicado brillo de oro, y al momento, como empujada por un resorte, un pesado arete de oro saltó de la flor y cayó por tierra a mis pies. El capullo se irguió de nuevo, recobrando su peso normal. El señor Houghton y yo, hombres de ley los dos y duchos ya en el juzgar por nuestra experiencia personal,

la ley eterna de acción y de reacción. Los devotos olvidan que mientras mayor clarividencia e infabilidad la atribuyen, mayor y más inexorable será la crítica que el mundo realice de sus actos todos, de sus errores de apreciación, sus inexactitudes y otras debilidades, contra las que sólo se clama moderadamente respecto de una persona ordinaria o no inspirada, pues que se les considera como el eterno lastre de la debilidad humana. Al querer, pues, ponerla por encima de la Humanidad, sin debilidades, manchas y defectos, se la presta un pésimo servicio, máxime cuando sus obras publicadas, sin hablar de su correspondencia privada, muestran bastante lo contrario."

examinamos cuidadosamente la flor, sin poder descubrir la menor huella de que los pétalos hubiesen sido separados, sino que estaban tan apretados e intactos como si no hubiese sido separados para dar salida a la sortija, la cual tampoco habría podido antes ser introducida sin dejarlos. ¿Cómo, pues, habría podido H. P. B. hacer este juego ante nuestros ojos mismos, bajo la plena luz de tres mecheros de gas y no habiendo tenido la rosa en su mano derecha arriba de dos minutos, antes de dársela al señor Houghton? Sólo hay una explicación posible para la ciencia oculta. La materia de la rosa y la del anillo podrían haber sido llevadas a la cuarta dimensión y después retornadas a la tercera en el momento en que el anillo saltó de la flor. Esto es, ciertamente, lo que acaeció, y los físicos de espíritu amplio pueden advertir además que la materia puede conservar su peso perdiendo su dimensión ordinaria, como lo prueba esta deliciosa experiencia. El anillo se vio que pesaba media onza, y yo le llevo aún a la hora presente. Ello no fue una creación, sino un aporte, y aquél pertenecía, me figuro, a H. P. B. y llevaba el sello del fiel contraste. Era, por lo que se ve, una sortija de fenómenos por lo que aconteció año y medio después. La S. T. existía hacía ya un año y H. P. B. y yo ocupábamos habitaciones distintas en la misma mansión. Cierta tarde la Sra. W. H. Mitchell, mi hermana, vino con su marido a hacernos una visita, y en el curso de la conversación me pidió le mostrase la alhaja y le contase su historia. Ella la examinó y se la puso en un dedo mientras yo hablaba, después se la pasó a H. P. B., depositándosela en la palma de la mano izquierda, pero H. P. B., sin tomarla, cerró encima de su mano los dedos de mi hermana, reteniéndola así un momento, y luego, dejándosela retirar, le dijo que mirase la sortija, la cual, con gran sorpresa nuestra, ya no era un simple anillo o sujetador de oro, sino que ostentaba incrustados tres diamantitos en forma de triángulo equilátero. ¿Cómo pudo realizarse esto?... La teoría "menos milagrosa" es que H. P. B. había hecho fijar los tales diamantes por un joyero y nos había impedido por sugestión a mi hermana y a mí el verlos hasta el momento preciso. A guisa de experiencia hipnótica, ello resulta hasta comprensible. He visto y hecho cosas de igual índole. Se puede hacer invisible, en efecto, no a un diamantito, sino a un hombre, a un recinto lleno de gente, una casa, árbol, roca, montaña o camino, dado que la sugestión hipnótica parece ofrecer posibilidades infinitas y hay que convenir, en fin, que sea como fuere, la explicación del fenómeno resultó admirable en sí [8]."

Para terminar, vayan otros dos fenómenos relatados igualmente por el verídico coronel:

"H. P. B., dice éste, llevaba por entonces sus cabellos cortos, sin peines ni trenzas, y la longitud de ellos alcanzaba apenas al lóbulo de la oreja. Cierto día se hallaba junto a la ventana y su cabeza se destacaba en plena luz... Después de cambiar con ella algunas palabras, subí al otro piso, pero no llevaba arriba un minuto cuando me gritó que bajase. Obedecí, encontrándola en el mismo lugar, pero sus cabellos se habían prolongado hasta llegarla a las espaldas. Nada me dijo de esto, pero mostrándome el techo de la estancia, exclamó: 'He ahí algo que John King ha dibujado para vos.' No recuerdo bien qué es lo que representaba el dibujo en cuestión, quizá una enorme cabeza de hombre y algunas palabras o símbolos en su derredor, todo hecho con lápiz y en el sitio mismo que había visto vacío al subir. Cogí entonces sus largos cabellos, preguntándola irónicamente dónde adquiría su pomada, que era un notable producto, sin duda, para hacer crecer los cabellos dos pulgadas en tres minutos. Ella me contestó con una gansada, añadiendo que no me ocupase de cosas sin importancia, ya que la naturaleza solía gastarle con frecuencia tales bromas y que no había sido para ello para lo que me había llamado, sino para mostrarme la obra de John sobre el cielorraso. Dado el tiempo transcurrido entre mi subida y mi descenso y la altura del techo, al que ella no habría podido alcanzar ni aun subiéndose en una silla o una mesa, pienso hoy que aquéllo no pudo hacerse sino de dos maneras: o bien subir tranquilamente sobre una escalera, hacer el dibujo e impedirme hipnóticamente verle al entrar, o hacer uso de un procedimiento instantáneo de precipitación mientras que subía y volvía a bajar. Sólo puedo certificar que el dibujo era invisible a mi llegada, y si el lector quiere calentarse la cabeza acerca del cómo y por qué de todo ello, le es preciso el tomar mi testimonio por lo que él valga. Lo que me obliga a suponer que el alargamiento de los cabellos de H. P. B. era puramente ilusorio es el que no puedo recordar si él fue duradero o si aquéllos recobraron su apariencia

[8] Nuestra experiencia personal atesora un hecho ocultista relacionado con dicho anillo de H. P. B., y es el siguiente: mis amigos los señores de L., de Madrid, me habían regalado, en 1909, un anillo de oro con una preciosa amatista en la que hicieran grabar el sello mismo con las iniciales sánscritas *S. T.*, que parece ostenta aquel de la Maestra, poseído hoy por la presidenta Mrs. Besant. Aprovechando el paso de esta última por París, en octubre de dicho año, y antes de yo partir para mi gira de conferencias teosóficas por América del Sur, visité a dicha señora, y al despedirme de ella, quise tocar la piedra de mi anillo con la del anillo consabido de la Maestra. Al hacerlo, no sin la consiguiente extrañeza y aun protesta de la señora Besant, quien sin duda interpretó equivocadamente mi inocente acción, sentí un como chirrido astral, que me dejó frío y que impresionó mucho, creo, a esta última y a los circunstantes. Momentos después, Annie Besant salía para la India por la gare de Lyon y yo para sus antípodas de América, por la de Orleans.

No pasó más por el momento, y el anillo me acompañó durante todo mi viaje por aquel continente. Pero es el caso que, de regreso ya en España, queriendo obsequiar con otro anillo igual a un gran amigo ocultista de Chile, mi primer cuidado fue recurrir al joyero, quien, al sacar la impronta de la piedra vio con efectivo espanto que ésta resultó, más que rota, triturada y como deshecha contra todas las reglas, decía, del arte lapidario, jurando atribulado que jamás le aconteciese otro tanto en su larga experiencia de joyero. No hubo más remedio, pues, que hacer saltar la piedra, colocar otra igual en su lugar y una tercera en el nuevo anillo que deseaba. En resumen, que me vi de allí a poco con dos anillos idénticos y un arete de oro demarcando la piedra tan inopinadamente rota, sin poder discernir —por haber sido raspado el anillo viejo a fin de sacar el oro para el arete— cuál era el viejo ni cuál el nuevo, y mi asombro no tuvo límites cuando remitido uno de ellos, con el relicario, convenientemente certificado y asegurado, al amigo de Chile, aguardé en vano meses y meses el acuse de su recibo. Ni en Correos ni en parte alguna dieron razón de él. Sólo se averiguó, al fin, que uno de los correos había sido incendiado al paso de los Andes. ¿Sería el que conducía mi envío? Jamás se ha sabido, por lo que el asegurador de la alhaja se resignó a abonarme el importe del seguro...

¿Comentarios? Hágalos el lector a su gusto, que mi deber es sólo el de relatar llana y fielmente el extraño sucedido, consignando el hecho de que uno de los anillos, acaso el viejo, ande por esos mundos en espera de ceñir el dedo de otro ocultista de mayores méritos que el que tuvo la honra de poseerle primeramente.

ordinaria el mismo día o el siguiente. En la India y más tarde en Europa hemos conocido sus cabellos trenzados y sujetos con peines, pero ello no acaeció sino muchos años después de nuestro encuentro cuando los dejó crecer lo suficiente para el caso . . . , de suerte que estoy en lo cierto al con-considerar semejante alargamiento como una Maya por puro capricho. Cosas bien extrañas acontecieron más tarde con sus cabellos, y lo más extraordinario, por otra parte, es lo que aconteció una noche a mi barba, como se verá a su tiempo. A propósito de semejantes extravagancias puede decirse que ella derrochó durante los años de nuestra intimidad más fuerza psíquica que la que hubiera sido preciso para convencer a todas las Academias de Ciencias mediante un empleo juicioso. Yo la he oído hacer sonar las campanas astrales, cuyo sonido se perdía con el ruido de la conversación; producir golpes sólo oídos por mí, y otros fenómenos que pasaban inadvertidos pero que habrían aumentado considerablemente su reputación de taumaturga si hubiese escogido el momento favorable y mejores condiciones de observación . . . "

El otro caso es como sigue:

"Cierto día en que estaba H. P. B. conmigo en el salón la vi levantarse, subir e ir a buscar algo en su alcoba, dejando abierta la puerta. Como el tiempo pasaba y no volvía, temiendo que le hubiese ocurrido algo, llamé sin obtener respuesta. Miré entonces dentro, pero había desaparecido, sin que fuese posible hacerlo por los medios ordinarios, pues no había otra salida que la puerta de la escalera aquella. Como a fuerza de fenómenos comenzaba ya a no asombrarme de nada, volví al salón y encendí mi pipa, tratando de resolver el problema. Esto acaecía en 1875, es decir, años antes de que la escuela de la Salpetrière vulgarizase sus experimentos sobre el hipnotismo, de suerte que yo no podía imaginarme que estaba siendo objeto de un lindo ensayo de sugestión mental, y que H. P. B. había prohibido simplemente a mi órgano visual el que percibiese su presencia en la estancia, acaso a dos pasos de mí. Al cabo de cierto tiempo, ella salió tranquilamente de aquella, atravesó el corredor y volvió a mi lado en el salón. Cuando la pregunté de dónde venía, me respondió que, teniendo que evacuar cierto asunto oculto, se había tornado invisible, pero se negó a explicarme cómo. Semejante truco le realizó otras veces más conmigo y con otros antes y después de nuestra salida para la India; pero la última, antes de que tuviese conocimiento de lo fácil que el fenómeno resulta con el hipnotismo. La superioridad de la sugestión hipnótica oriental sobre la occidental es que la inhibición de los órganos del sujeto se opera bajo un mandato mental, no expresado. La víctima, no estando sobre sí y atenta, no llega a presentar la menor resistencia, y la ilusión se produce sin que tenga la menor sospecha de la experiencia intentada a su costa."

Aquí nos vemos una vez más frente al fenómeno por el cual el maestro se hace invisible, cuando quiere, a los ojos del discípulo, como Zanoni a los ojos de los convidados, o como Jesús a los de sus perseguidores en Nazareth; pero el razonar críticamente sobre todas estas cosas es entrar de lleno en el eterno pleito de la Magia, para lo cual no está preparada la escéptica generación moderna, la cual hace muy merecidas las siguientes palabras de Vera Jelihovsky:

"Harto mejor hubiera sido —dice— el que se hubiese hablado poco o nada absolutamente respecto de los fenómenos de Helena, fenómenos que ella misma calificaba de 'meras tretas psicológicas naturales', tratándolos más con desdén que con indiferencia. Sus amigos, demasiado celosos al publicar libros tales como *El Mundo Oculto*, de Sinnett, le hicieron a Helena un flaquísimo servicio. En lugar de aumentar efectivamente su celebridad como se figuraban, la historia de los hechos maravillosos llevados a cabo por los fundadores de la S. T. la perjudicaron mucho, haciendo que, no tan sólo los escépticos, sino también las gentes de buen sentido lo creyesen falso todo, acusando a aquélla de charlatanismo."

Todas las historias de Olcott, Judge, Sinnett y de muchos otros, referentes a objetos sacados de la nada, y dibujos que ella grababa en el papel con sólo colocar sus manos en una hoja, a apariciones de personas muertas o ausentes, a numerosos objetos, que, perdidos hacía muchos años, se encontraban en lechos de flores o bien en cojines, nada añadieron a la reputación de mi hermana y de su Sociedad; por el contrario, fueron convertidas por sus enemigos en otras tantas pruebas de mala fe y de error. El mundo, en general, está lleno de fenómenos más o menos convincentes; pero siempre habrá más incrédulos que creyentes, y más traidores que leales.

El número de miembros entusiastas de la Sociedad Teosófica y de amigos celosos de Mad. Blavatsky que se convirtieron en encarnizados enemigos suyos, por la decepción de sus esperanzas de granjería, es una nueva prueba de ello...

Aunque siempre indiferente a la incredulidad de los fenómenos asombrosos, fenómenos materiales, ella, sin embargo, se resentía profundamente de la falta de confianza en sus facultades psíquicas, en sus poderes de clarividencia, y en la intuición que ostentaba cuando escribía o disentía sobre asuntos trascendentales. En 1875 nos escribió lo siguiente, hablándonos a la invasión de su ser moral por una fuerza exterior:

"Evidentemente os será difícil comprender este fenómeno psíquico, a pesar de los precedentes que la historia consigna. Si admitís que el alma humana, el alma vital, el espíritu puro, está compuesta de una sustancia independiente del organismo, y que no se halla inseparablemente unida a nuestros órganos interiores; que esta alma, que poseen todos los seres, el infusorio lo mismo que el elefante y que cada uno de nosotros, no puede distinguirse (de nuestra sombra, que forma la base casi siempre invisible de su envoltura carnal), sino en tanto cuanto esté más o menos iluminada por la esencia divina de nuestro espíritu inmortal, admitiréis también entonces que es capaz de obrar independientemente de nuestro cuerpo. Procurad comprender bien esto, y muchas cosas hasta ahora incomprensibles se os aclararán. Esto ha sido reconocido en la antigüedad como un hecho. El alma humana, el quinto principio del ser, recobra parte de su independencia en el cuerpo del profano durante su sueño; un Adepto iniciado goza constantemente de ese estado. San Pablo, el único de los Apóstoles iniciado en los misterios esotéricos de Grecia, se expresa, hablando de su ascensión al tercer cielo: 'en el cuerpo o fuera del cuerpo', no puedo decirlo; 'Dios lo sabe'. En el mismo sentido la criada Rhoda dice cuando ve a San Pablo: 'No es él, es su Ángel; esto es, su doble, su

sombra.' También en los *Hechos de los Apóstoles (VIII, 39)*, cuando el espíritu, la fuerza divina, coge a San Felipe y se lo lleva, ¿es verdaderamente él mismo, en cuerpo y en vida, el trasportado a distancia? Fue su alma y su doble, su verdadero 'Ego'. Leed a Plutarco, a Apuleyo, a Jámbrico. Encontráis en ellos muchas alusiones a estos hechos, ya que no afirmaciones, que los iniciados no tienen el derecho de hacer... Lo que los médiums producen inconscientemente, bajo la influencia de fuerzas extrañas, evocadas durante su sueño, lo verifican conscientemente los Adeptos obrando por métodos que conocen... *Voila tout.*"

Capítulo XVII

HELENA, MAGA ORIENTAL

La explicación racional dada por Helena acerca de sus propios fenómenos coincide en lo esencial con la que sobre ellos diera más tarde el Dr. Franz Hartmann después de tratarla con gran intimidad en la India.

"Acerca de los 'fenómenos ocultos' producidos por H. P. B. —dice este último— se han escrito infinidad de tonterías y desatinos, tanto por sus enemigos como por los que les dieron una importancia excesiva. Ella no fue lo que se llama 'una médium espiritual' produciendo fenómenos experimentales con el fin de comprobar su realidad, ni jamás recibió dinero alguno por ello. Todos cuantos fenómenos de estos he presenciado a su lado fueron, sin duda, genuinos; pero no es menos verdad que ella, en ocasiones, 'ayudó a los *espíritus*', o sea que hacía una especie como de juego de manos que jamás me atrevería a criticar, ya que su propósito único con todo esto era el de inducir a las gentes a estudiar las grandiosas leyes ocultas de la vida para elevar a aquéllas hacia más altas concepciones de la verdad eterna, enseñándoles a pensar por sí mismos. Es indudable, en efecto, que ella necesitaba llamar en todos sentidos la atención del mundo hacia las elevadísimas enseñanzas que provenían de los Adeptos, y en sus manos los referidos fenómenos no eran otra cosa que lo que son los dulces para hacer ir a la escuela a los niños. Otras veces seguía tal proceder a reiteradas solicitaciones de gentes ignorantes e inespirituales, con demandas relativas a los egoísmos más extremados o a los más increíbles absurdos. Gentes hubo, verbigracia, que insistían en que rogase a los Santos seres del Himalaya que su esposa les diese un hijo, o bien un empleo lucrativo, o un buen comprador para sus mercancías, o cuál era el mejor paraje para abrir una tienda de quesos, etc. Por supuesto, que cuando tales 'investigadores de la verdad' no recibían una contestación favorable y práctica, al punto se convertían en enemigos. No debe sorprendernos, por tanto, que H. P. B. algunas veces se divirtiese con tales mentecatos, haciéndoles perrerías, pues no hay que olvidar su afición a las bromas, a veces pesadas, de las que hacía víctimas hasta a sus mejores amigos. Por ejemplo, aunque ella jamás había tomado, según parece, lecciones de dibujo, en ocasiones hacía caricaturas de cierto valor artístico y retratos de personas que resultaban fácilmente reconoci-

bles. Una de dichas caricaturas representaba el examen sufrido por cierto eminente miembro de la S. T., antes de recibir la iniciación, pintándole allí todo conturbado al sentirse incapaz de contestar a las preguntas que le dirigía el Maestro K. H., y mirando con ávidos ojos a una botella de champaña y a una pícara bailarina, en prueba de lo poco dispuesto que él estaba a dejar los placeres del mundo. En la escena en cuestión, un elemental sostiene en sus manos una vela, y a distancia se ve primero al Maestro M., y aun más lejos a la propia H. P. B. montada en un elefante [1]."

"Por supuesto, aquellos que desean obtener los poderes divinos a fin de emplearlos en propósitos materiales y egoístas, sea de dinero, ambición o anhelos personales, o aun por simple curiosidad científica —termina diciendo Hartmann—, se colocan en el mismo plano intelectual que aquellos religiosos hipócritas que pretenden poner a la Divinidad a su servicio mediante exhortaciones, sacrificios y súplicas. Los Poderes Divinos corresponden al Hombre Espiritual que reside en el interior de nosotros mismos como en un santuario y no deben jamás ser empleados mal o indebidamente. Quien prostituya estos excelsos poderes, se degrada a sí mismo, y a ello hace referencia la propia Biblia en la Epístola I de San Pablo a los Corintios.

Si nos diésemos cuenta, en efecto, de lo que es en realidad la vida y cuál es el más alto objetivo de nuestra existencia en este mundo, cumpliríamos las leyes de la Naturaleza y viviríamos en la tierra como en un cielo. Todas las fuerzas de la Naturaleza están aptas para obedecernos si nosotros supiésemos mandarlas. Lo que nos hace falta tan sólo es descubrirlas, pues una vez descubiertas, la Humanidad se elevaría por sí a una altura inconcebible. No olvidemos que jamás puede ser calificado de soñador un verdadero ocultista; sus realidades son superiores a cuantos ensueños podemos concebir" (Hartmann, *Autobiografía*) [2].

[1] "De todos aquellos fenómenos recibí el primer día mismo de mi llegada a Adyar —sigue diciendo el gran ocultista— un inesperado testimonio por mediación de H. P. B. Al penetrar en su habitación, la encontré escribiendo. No queriendo perturbarla, me senté cerca de la ventana, y pensé en cierta señora, amiga mía, que había muerto en Galveston hacía ya algunos años, preguntándome mentalmente a mí mismo qué habría sido de 'sus principios constitutivos'. Noté entonces que H. P. B. dobló el papel que tenía delante, pareciéndome que jugaba sobre él con el lápiz como distraídamente, con mirada lejana y vaga. Después de un momento ella me entregó dicho papel, donde con sorpresa vi la respuesta a mi pensamiento, por cuanto el dibujo del mismo representaba el cadáver de mi amiga, de cuerpo presente sobre el piso, con un elemental estacionado a su lado observando el momento de salir el alma astral del cuerpo físico, mientras que el pasaje de su espíritu a las altas esferas estaba representado por un arco iris. A menudo recibí evidencias similares de poder oculto por medio de H. P. B., o escritos producidos por entidades de lo invisible, y todas las cartas de esta clase eran halladas por mí dentro de un escritorio; pero tales fenómenos carecían de novedad para mí porque los tenía muy vistos también en Norteamérica. Con trampas o sin ellas, el asunto era para mí igual, porque lo único que me interesaba era el contenido de las cartas y no en la vía por la que hubieran venido."

[2] Muchas enseñanzas ocultistas del Hartmann se hallan contenidas en sus sabios relatos acerca de los espíritus de la Naturaleza en el Unterberg y en las montañas de Hallein.

Acerca de tales realidades superiores, véanse las siguientes cartas originales de

Algo de tales ensueños, aunque poco sea, lo presiente la misma ciencia positiva, porque, como dijo el sabio W. Crookes en la conferencia dada en Birminghan en la Sección de química de la Asociación británica para el progreso de las ciencias (1886), en alguna parte del cerebro humano puede haber un órgano capaz de trasmitir y recibir otros rayos eléctricos de amplitud vibratoria, aún no percibida por medio de instrumentos, y de aquí los casos tan conocidos ya de trasmisión de pensamiento y los muchos ejemplos de "coincidencias" que serían inexplicables de otro modo. Además, como dijo Roger Bacón, el perseguido ocultista, hace seis siglos, todos los elementos químicos se reducen a uno

la Fraternidad de los Adeptos tibetanos, conocidos como Maestros e Instructores de H. P. B., nos dice el doctor Franz Hartmann en la revista alemana *Neve Lotusblueten* de 1909. La traducción española de este trabajo ha sido publicada en *La Verdad*, de Buenos Aires, por Emilio Wendt, setiembre de 1910. Ellas fueron recibidas por "vía oculta" durante mi permanencia en Adyar en los años 1883-1884, aunque, por causas fáciles de explicar, hayan permanecido hasta hoy en secreto, ya que, como la misma H. P. B. dijo, "nosotros no tenemos el derecho de entregar a las ignorantes muchedumbres los secretos de la ciencia oculta cuyas leyes desconoce, porque ello sólo contribuiría a que se hubiese más y más en la "superstición". Cuán justas fueran estas prevenciones lo demuestra el sinnúmero de supersticiosas sectas que se han originado a consecuencia de la excesiva y desconsiderada propaganda de las enseñanzas ocultas; de su mala comprensión y luego del abuso consiguiente. Sólo hay una *Sabiduría Unica*, y su empleo es la MAGIA, pero, según ésta se emplee para fines nobles y elevados, o para fines bastardos y egoístas, ella se divide en "Magia blanca", o sea divina, y en "Magia negra", o sea Goecia, arte demoníaco que conduce al desdichado operador a su definitiva perdición. Era, pues, aquel mandamiento un precepto humanitario el evitar que la muchedumbre, falta de la necesaria madurez de juicio para semejantes cosas, se precipitara de cabeza en el abismo de su ruina moral y física, y por eso los sagrados secretos fueron diligentemente custodiados por los sabios antiguos, y deberían acaso ser guardados en silencio para lo sucesivo, si no fuese porque las actuales condiciones de vida han cambiado. Tales cartas formaron, por decirlo así, el cimiento sobre el que se escribió la primera obra teosófica de nuestros días: "El Buddhismo esotérico", de Monsieur Sinnett. Luego se han sucedido unas tras otras multitud de obras a base de aquellas enseñanzas, transmitidas con no pocos agregados fantásticos, debidos a los respectivos autores. No existe hoy, por tanto, razón alguna para no publicarlas. El texto de ellas ha sido tomado por mí de sus originales mismos, y ampliado con algunas anotaciones.

La primera de ellas es relativa a "La aspiración a ser iniciado", y dice:

"No te apures ni impacientes, ansioso por penetrar en nuestro círculo. Prepárate, sí cuanto puedas para ello, pero no solicites el ser admitido como discípulo o 'chela', de los Maestros, esperando pacientemente más bien que el discipulado descienda sobre ti. No anheles, imprudente, el poseer aquello que sólo acarrea fatigas y peligros que estás muy lejos de conocer. Muchos, en este año mismo, se nos han ofrecido como tales discípulos; todos ellos han sido probados, pero ninguno ha salido victorioso de la prueba, porque la luz espiritual que en la iniciación se recibe descubre al 'hombre interno' tal y conforme él es, y trae, por consiguiente, a la vida los gérmenes latentes o dormidos, igual que la virtud que del vicio... Cuando el sol calienta a la tierra laboreada y humedecida por la lluvia, es cuando se desarrollan pujantes todos los gérmenes vegetales, así los venenosos como los útiles. Tal es, pues, el caso del alma humana cuando la luz del espíritu penetra en su interior. La apariencia y la hipocresía desaparecen, y queda al descubierto lo antes oculto, pudiendo aparecer tanto un diablo como un dios, razón por la cual la obtención de las fuerzas ocultas, para aquel que no se puede aún dominar a sí mismo, es una cosa tanto más peligrosa cuanto más se asciende en el Sendero.

Las inclinaciones latentes y viciosas en los candidatos conducen a sus hechos correspondientes y el fin de ellos es a menudo la demencia y el suicidio. De cinco "chelas" que a todo trance quisieron ser admitidos, tres llegaron a constituirse en

solo, primitivo u originario, el *koilon* o el *hylus*, haciendo posibles, por su reversión a él, todas las tan despreciadas transmutaciones de la Alquimia o las incipientes del radio en helio, etc., de nuestra Química novísima. "En Samarcanda y en algunos otros monasterios del Tíbet, dice Annie Besant en sus 'Cartas sobre Ocultismo', es conocido ese *alkaest* o disolvente universal que los tártaros iniciados enseñaron a Paracelso, elemento capaz de reducir todos los cuerpos a la materia originaria de la que están formados, con la producción de cuantos fenómenos son consiguientes."

Y lo mismo que un cuerpo puede transformarse alquímicamente en otro, una idea puede ser trasmitada de cerebro a cerebro y encarnarse en él,

---

desdichados delincuentes, y los otros dos enloquecieron. Uno de los dos últimos fue salvado por el suicidio de un destino más horrible aún: el de caer en la Magia negra.

Conténtase, pues, con aspirar a la pureza y a la virtud. Trata de llevar una santa vida. Lo que por tu simple y prematuro anhelo jamás podrás alcanzar, eso mismo te será dado cuando estés maduro para recibirlo, por la sola virtud de tu "Ego" inmortal, del que proviene la Luz del Conocimiento...

La segunda carta se refiere a "El progreso en lo espiritual", y consigna:

"El hombre es la cristalización de una idea y por ideas ha de ser siempre guiado. Hasta en su misma existencia física el mundo subjetivo es ya su única realidad, por cuanto del mundo externo que le rodea él no puede saber más que lo que le llega por la conciencia. Semejante mundo subjetivo se le hace más y más real al ocultista que va considerando al mundo externo u objetivo como mera ilusión, y cuando finalmente reconoce a lo Absoluto (Parabrahm) como lo único verdadero, esencial y permanente del GRAN TODO. Por eso, quien pretenda investigar acerca de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, debería antes dirigir todas sus energías hacia la realización del más elevado ideal; por medio del sacrificio de sí mismo, por el amor a la Humanidad y el sentimiento de divina compasión, como las más altas virtudes que es dable alcanzar en este mundo y tratar de llevarlas a cabo. Cuanto más uno se esfuerza por elevarse a esta excelsa posición, tanto más se fortificará su voluntad, y cuando de este modo ha llegado a ser maestro en el dominio de sí mismo y ha aprendido a pararse sobre sus propios pies, entonces se producirá también en su cuerpo material la tendencia de hacer instintivamente tan sólo aquello que responde al más alto ideal, mientras ahora por otra parte, por sus actos, será fortalecida simultáneamente su fuerza de voluntad doblemente según la ley de acción y reacción, ley que impera en todos los reinos de la Naturaleza. En Ocultismo no se trata ya de vanas teorías, sino de prácticos resultados. La gran masa de la Humanidad se halla todavía en un nivel muy inferior del desarrollo interno, y adelanta paso a paso en el camino de la perfección, a cuya meta se acercará cuando alcance aptitudes de más fina percepción y entre por este medio en relación más íntima con la Naturaleza. Cuando el hombre llegue a obrar en su energía interior en armonía con la Vida Una que anima al Cosmos entonces alcanzará su perfección, porque el objeto de la evolución es la transmutación del espíritu humano y su unión con LO ETERNO.

Debería formarse una vasta Fraternidad intelectual, que tenga siempre esta meta ante su vista, y en la cual cada uno en particular sostenga el ideal que constituye el verdadero ser del hombre, porque el buen ejemplo es más poderoso que la mera enseñanza para conducir al hombre al camino de la sabiduría. La acción conjunta de la obra unida puede alcanzar los mejores resultados en el plano espiritual, resultados que luego habrán de reflejarse en lo externo, porque el primer paso en el sendero hacia la perfección es la purificación interior. Ello no es obra de un momento, ni de un día o un año, sino de múltiples encarnaciones sucesivas, necesarias para apartar los efectos de múltiples causas anteriores que produjeron efectos contrarios a la espiritualidad. Empero si el anhelo del aspirante a la vida superior no es mero emocionalismo o ansia de curiosidad científica, sino una firme resolución de subyugar a la naturaleza inferior, la energía desarrollada se transmutará de un cuerpo en otro hasta llegar a la meta."

dejando en el cerebro receptor conocimientos muy por encima de los que constituir puedan su acervo habitual.

Respecto de esto último, dice Vera Jelihovsky:

Helena, mi hermana, escribía a nuestra tía N. A. Fadéeff:

"Decidme, queridísima, ¿tenéis algún interés en los secretos de la fisiología psíquica?... Lo que voy a relataros presenta un problema muy interesante para los que se dedican al estudio de la fisiología. Entre los miembros de nuestra floreciente Sociedad, recientemente fundada con personas que desean estudiar las lenguas del Oriente, la naturaleza abstracta de las cosas y los poderes espirituales del hombre, tenemos algunos que poseen bastantes conocimientos, como, por ejemplo, el profesor Wilder, orientalista y arqueólogo, y muchos otros que se han acercado a mí para hacerme preguntas científicas, los cuales me aseguran que estoy más versada que ellos en las ciencias abstractas y positivas y que conozco mejor las lenguas antiguas. ¡Es un hecho inexplicable, pero no por eso menos verdadero!... Y bien: ¿qué pensáis de esto? Explicadme, si podéis, antigua compañera mía de estudios, diciéndome cómo puede ser que yo, que, como sabéis muy bien, me hallaba hasta la edad de cuarenta años en un estado de crasa ignorancia, me haya convertido repentinamente en un sabio, en un modelo de conocimientos, según la opinión de sabios verdaderos. Es un misterio irresoluble. A la verdad, soy un enigma fisiológico, una esfinge y un problema para las generaciones futuras, tanto como lo soy para mí misma." Y añadía: "Imaginaos, queridos míos, que yo, pobre de mí, que nunca quise aprender nada, que no he poseído conocimientos ningunos de química ni de zoología, ni de física, y que sabía muy poco de historia y geografía, imaginaos a este mismo 'yo' haciendo frente en discusiones sobre asuntos científicos a profesores y doctores en ciencias de primer orden, y no sólo criticándolos sino convenciéndolos. Os doy mi palabra de que no me chanceo al deciros que estoy espantada. ¡Sí, espantada, pues no lo comprendo!... ¿Cómo comprender que todo lo que ahora leo me parece que lo he leído y sabido hace largo tiempo? Percibo errores en los artículos de maestros en las ciencias, tales como Tyndall, Herbert Spencer, Huxley y otros. Hablo con convicción respecto de las opiniones sostenidas por sabios teólogos, y se ve que tengo razón... ¿De dónde vienen estos conocimientos? No lo sé, y algunas veces estoy tentada de creer que mi espíritu, mi propia alma, no es la misma mía..."

En una célebre carta de H. P. B., publicada en el volumen VII de *The Path*, se dice lo siguiente:

"Un hombre, hoy fallecido, me pidió con insistencia que solicitase del Maestro un consejo porque estaba a punto de caer en la bancarrota, ocasionando el deshonor de su familia. Dióme también una carta 'para enviársela a aquél'. Para mi correspondencia con el Maestro empleo uno de estos procedimientos: 1º) Poner el sobre cerrado sobre mi frente, caso de que el idioma en que está escrito el pliego me es conocido. Así el contenido de éste, reflejado por mi cerebro, es llevado hasta Él por la corriente misma que de Él emana. 2º) En el caso de estar el pliego redactado en lengua para mí desconocida, tengo que abrir el sobre y leer *físicamente* el pliego con mis ojos, aunque ignore el significado de las palabras, y 'aquello que mis ojos ven' es llevado a la percepción del Maestro, refle-

jándose en su propia lengua, después de lo cual, para prevenirse contra cualquier error, debo quemar la carta usando de una piedra de encender que poseo (pues el fuego común no debe emplearse). Las cenizas en cuestión, arrebatadas en átomos más que impalpables por aquella corriente, son luego materializadas de nuevo por el Maestro, sea cual fuere la distancia a que se encuentre. En el caso en cuestión puse la carta sobre mi frente, después de abierta, por estar en idioma para mí desconocido. Una vez que el Maestro hubo considerado su contenido me ordenó que la quemase y enviase sus cenizas del modo dicho. Al efecto salí a buscar mi piedra, que conservo bajo llave siempre. Mientras tanto, el remitente, impaciente y ansioso, se aproximó silenciosamente a la puerta, entró en la sala, y no viéndome allí y sí a su carta abierta sobre la mesa, fue presa de extraordinario horror, pues que en verdad el quebranto no era solamente en su fortuna, sino también en sus esperanzas y en su fe, por lo que su corazón destrozado no le impulsaba mas que al suicidio. Volví al punto; quemé la carta, y una hora después le entregué la consideración al interesado, escrita en su propio idioma. Él la leyó con ojos fijos y lleno de asombro; pero dudando en su fuero interno que no había tales Maestros. Luego puso en práctica lo que en la carta se le decía, y su fortuna y honor quedaron, en efecto, a salvo. Tres días después de su éxito vino a verme, y francamente me dijo que conservaba sus dudas, pero que no por ello dejaba de estar agradecidísimo...[3]"

"En la mañana del 5 de junio de 1922 perdí mi prendedor en la calle. El mismo día, por la tarde, estuve en casa de la señora Krieger, madre

[3] Estas cosas son frecuentísimas, contra lo que pudiera creerse.

Mazzocco relata así el siguiente sueño que cierto día tuvo Juan Sebastián Bach, el padre de la música moderna:

"El célebre autor de las *Fugas* musicales había comprado un clavicordio antiquísimo sobre el cual no había podido fecha ni fábrica constructora, ni siquiera quién fuese su último poseedor; pero una noche soñó que veía a un anciano de luenga barba blanca vestido a usanza de la época de Enrique III, y el cual le habló así: 'Ese clavicordio que ha venido a tus manos fue mío. Yo me llamo Baltazarini, el músico italiano gran amigo de Enrique III. Con aquél distraía en sus melancolías a mi señor, acompañándole a éste cuando cantaba una de las zarabandas compuesta por el.' Seguidamente la aparición cantó la tal melodía, indicando luego a Bach el modo de encontrar dentro del instrumento el pergamino que contenía la marca de fábrica y su fecha. Una vez despierto, Bach halló, en efecto, el pergamino en el lugar indicado, impresionándose grandemente con ello, y lo más curioso del caso es que las modernas investigaciones del musicógrafo Pougin han venido a comprobar la existencia histórica del tal Baltazarini, que fue un notable músico italiano nacido a mediados del siglo XVI, el violinista más hábil de su tiempo que fue llevado por el mariscal de Brissac desde el Piamonte y presentado en 1577 a la reina Catalina de Médicis, quien le nombró intendente y primer servidor de su cámara musical, obteniendo después de Enrique III la ordenación de las fiestas reales. Baltazarini, en agradecimiento a ello, cambió su nombre por el de Baltazar de Beauhoyeux.

Se ve, pues, que el sueño de Bach dio margen al descubrimiento de aquel músico italiano a quien tenía olvidado el mundo. (De *La Verdad*, revista teosófica de Buenos Aires.)

Otro caso bien notorio de reciente psicometría nos lo da Alnie De Glasse, esposa del Juez de la Corte Suprema de Polonia, en la *Revista de Metapíquica*, caso declarado "decisivo" por el propio Richet, "así por su multiplicidad como por su precisión y por la posibilidad de renovarlos cuantas veces se quiera, los fenómenos clarividentes y psicométricos que se están obteniendo con aquél en la capital de Polonia".

del señor Ossowiecki, acompañada de mi hermano señor de Bondy, ingeniero, testigo de cuanto ha sucedido. Entra Ossowiecki: mi hermano, amigo de él, me lo presenta: yo le digo que me reputo afortunadísima de conocer a una persona dotada de tan notables facultades ocultas. En toda Varsovia no se habla mas que de él. Ossowiecki me cuenta muchas cosas por demás interesantes. Él se entusiasma contando, y yo escuchándole. Después de unos momentos de silencio, le digo: 'Señor, hoy he perdido mi prendedor': ¿me podría usted informar de algo al respecto? —'Señora, trataré en seguida de complacerla. Su prendedor se halla en su casa, en un estuche de metal, redondo, con una piedra en el centro. Usted lo ha puesto allí hace tres días: es una joya muy apreciada por usted.' —No —le contesté—, no se trata de eso. (Es de advertir que Ossowiecki había hecho, efectivamente, una exactísima descripción de un prendedor que estaba en el mismo estuche, junto con el que yo acababa de extraviar.) —'Entonces —repuso él— siento mucho no haber acertado: estoy algo cansado.' —Bueno, señor, no hablemos más de ello. —'Muy al revés, señora. Trataré de reconcentrarme; pero quisiera tener a mano alguna cosa material que se relacione con ese prendedor.' —Señor, estaba prendido aquí, sobre mi saco. —Ossowiecki pone los dedos en el sitio por mi señalado, y a los pocos segundos, exclama: 'Sí, ahora lo veo bien: es de forma ovalada, de oro, muy liviano; es un prendedor antiguo, con el que está usted muy encariñada, por ser recuerdo de familia; yo podría dibujarlo: tan claro lo estoy viendo. Tiene como dos asas, y se compone de dos partes, una embutida en otra, como si fuesen dedos entrelazados.' —Esto es maravilloso, señor. No se podría describirle mejor. Efectivamente tiene como dos dedos entrelazados: ¡esto es asombroso! —Luego Ossowiecki me dice: 'Estoy viendo; usted lo perdió bastante lejos de aquí (habría, en verdad, una distancia de unos cuatro kilómetros). Sí, fue en la calle de Mokolowska, esquina a Koszikowa.' —Exactamente —le digo—; estuve por ahí esta mañana. —'Y después —prosigue él— un hombre de bigote negro, modestamente vestido, se agacha y lo recoge; es muy difícil recuperarlo. Pruebe con poner anuncios en los diarios.' Quedé estupefacta por tan minuciosa descripción, que no dejaba lugar a duda de que aquel hombre tenía mi prendedor a la vista. Le agradecí efusivamente esa rara satisfacción que me proporcionaba de conocer a un verdadero clarividente, y me despedí. A la noche del día siguiente mi hermano vino a casa, exclamando: '¡Milagro! ¡Milagro! Ha sido hallado tu prendedor; acaba de telefonearme Ossowiecki, quien te lo entregará mañana, a las cinco de la tarde, en casa de la señora Jacyna, hermana de Ossowiecki.'

El día después, 7 de junio, voy, con mi hermana, a casa de dicha señora Jacyna, donde hallamos de visita a mucha gente. Le pregunto en seguida a Ossowiecki: 'Y bien, ¿tiene usted mi prendedor?' Yo estaba por demás nerviosa. —'Tranquilícese, señora; aquí lo tiene usted.' Y me entregó la joya. Era un verdadero milagro. Y palidecí y quedé sin poder hablar durante unos minutos. —Pero, señor, ¿cómo ha hecho usted para hallarlo?, inquirí, presa de emoción. Todos los presentes estaban muy impresionados. Entonces, Ossowiecki refirió muy sencillamente cuanto sigue: —'El día después de nuestro encuentro, yo me dirigía a mi oficina. En el vestíbulo vi a un hombre, y recordé en seguida haberlo ya visto en

otra parte; me dí cuenta de que era el mismo a quien, en mi pensamiento, vi agacharse y recoger del suelo el prendedor de usted. Sin inquietarme, le tomé la mano y le dije: 'Señor, usted encontró ayer un prendedor en la esquina de la calle Mokolowska y Koszikowa.' —'¡Sí!', me respondió muy asombrado. —'¿Y dónde lo tiene usted?' —'En mi casa; pero, ¿cómo sabe usted eso?' —Le hice una descripción minuciosa del prendedor, contándole todo lo sucedido. Él palidece y se emociona, igual que usted, señora. Y me ha traído la joya, cuyo hallazgo pensaba anunciar en los diarios. Esto es todo, señora.' Yo estaba emocionadísima. Agradecí vivamente a Ossowiecki, no ya por haber recuperado mi prendedor, sino por haberme brindado la oportunidad de conocer a un clarividente, y haber tomado una pequeña parte en un fenómeno tan extraordinario. Ahora, este hermoso prendedor antiguo se halla otra vez en mi poder, y lo conservaré como si fuera un talismán. Este incidente se ha divulgado por toda Polonia, acrecentando la fama de Ossowiecki, quien se ve literalmente asediado por un número incalculable de personas, que acuden a él para consultarle y pedirle su parecer con respecto a objetos extraviados y personas desaparecidas durante la guerra. Y este hombre, tan modesto y tan extraordinario, pierde su tiempo y se proporciona tantas molestias con verdadero placer y sin ningún interés personal. Se trata de un verdadero adivino, que hace mucho bien por su talento, sin ningún provecho material para sí."

"La historia de la literatura, dice Olcott, no presenta un caso más admirable que el de esta noble dama rusa dotada de una tintura de educación al uso, escribiendo a veces el inglés, como un inglés; el francés, con tanta pureza que varios autores me han dicho que sus artículos podrían servir de modelos de estilo en las escuelas francesas, y el ruso de manera tan brillante y atractiva, que el director de la revista la suplicaba escribiese regularmente para su público en las mismas condiciones que Tourguenief. Ciertamente que no siempre alcanzaba ella tales alturas, y en inglés sus manuscritos eran a veces tan detestables que había que refundirlos completamente. Nunca fue, repito, una escritora correcta: su espíritu era vivacísimo, y torrentes de ideas se precipitaban de todos lados con una fuerza tal que sus escritos estaban faltos de método casi siempre. Ella reía, sin dejar de admitir la exactitud de la comparación, que su espíritu recordaba la descripción que hace Dickens del entroncamento de Mugby, donde los trenes se cruzan locamente en todas direcciones. Mas, para ser sinceros, es preciso añadir que sus obras siempre fueron extremadamente sugestivas, de un estilo viril y brillante, al par que la ironía de su espíritu sazonaba siempre sus trabajos más graves con imágenes las más graciosas. Ella exasperaba a los sabios metódicos, pero jamás fue sosa ni enojosa. A lo largo de su vida hubieron de producirse fenomenales cambios en su estilo y conversación... Pero su grandeza psíquica sobrepujaba de tal modo a su educación primitiva y a su disciplina mental, que los críticos que sólo la conocen como autora la han tratado con una amarga y salvaje injusticia. X. B. Saintine dice en *Picciola* que la grandeza se paga con el aislamiento, y el caso de H. P. B. prueba acabadamente la exactitud de este aforismo. Ella remontaba a alturas espirituales donde se elevan sólo las águilas de la Humanidad. La mayor parte

de sus adversarios no han visto más que el barro de sus sandalias, y verdaderamente que ella las sacudía hasta sobre sus propios amigos cuando las alas de éstos no podían volar a la altura de las de ella."

La detenida meditación acerca de los fenómenos de H. P. B., que nos relata Olcott, plantea uno por uno todos los complejísimos problemas de la Magia y del Espiritismo, y el intentar una síntesis explicativa de ellos es punto menos que imposible, porque no conocemos la verdadera naturaleza del "mundo astral", en el que aquéllos tienen sus raíces.

Para los ocultistas el mundo astral es lo que para el matemático el mundo de la "cuarta dimensión" del espacio, pero mundo lleno de vida y de seres que nos son físicamente inaccesibles [4]. Por encima de seme-

[4] Al pasar psíquicamente de la tercera a la cuarta "dimensión", una de las nociones que desaparecen es la de nuestro tiempo.

"Parece insignificante —dice el sabio ocultista doctor Franz Hartmann, en su notable trabajo 'Experiencias psíquicas, sucesos notables y su explicación presumible', publicado en *La Verdad*, de Buenos Aires (1907)— la siguiente experiencia, que yo, sin embargo, considero altamente instructiva. Hace algunos años que mi amigo Hugo Wolf, de Viena, conocidísimo compositor musical, me pidió le escribiese el libreto de una ópera cómica. Comencé el trabajo, y antes de haber terminado el acto primero se lo leí a un caballero amigo, el doctor K., quien casualmente había venido a verme. Unos cuantos días después éste me dijo: 'Desearía que esta noche fuese al teatro Leopoldstadt, donde se está representando su ópera.' Hícelo así, y, con gran sorpresa por mi parte, me hallé en escena una ópera cómica titulada 'Madame Venus', donde, con gran sorpresa mía, vi que se representaba el mismo fragmento que yo estaba escribiendo. Las palabras, claro que no eran exactamente las mismas, pero la acción desarrollada era idéntica. No hay que decir que mi manuscrito fue echado al fuego. Para mí semejante caso no es sino una lectura inconsciente en la luz astral y demuestra que una persona puede ser acusada de plagio aun siendo absolutamente inocente de él. Tales incidencias ocurren con mucha más frecuencia de lo que se pudiera creer. Sabido es que entre los poemas de Goethe hay uno que fue simultáneamente escrito por otro poeta del que Goethe no tenía la menor noticia. Hay también muchas invenciones y descubrimientos que han sido hechos casi a la vez por diferentes personas desconocidas entre sí y alejadas unas de otras, tales como la invención de las máquinas de coser, el teléfono, el descubrimiento de ciertos astros, etcétera.

"La ciencia tiene sus raíces en la tierra y de ésta saca sus fuerzas para elevarse al cielo y en él extender su ramaje. Pero el visionario que busca su salvación por encima de las nubes o en el más allá, lleva una vida de desvaríos; él abandona el terreno firme debajo de sus plantas y su fuerza le abandona también. Estas gentes son legión entre ciertos espiritistas que viven y mueren en el absurdo paraíso de su fantasía, cayendo víctimas de algún travieso duende de lo astral. El progreso ocultista no consiste en dejar lo material y vagar por lo ideal, sino en hallarse a sí mismo en el mundo material y desarrollarse espiritualmente en él, realizando en sí propio el ideal. El primer medio para esto es la recta doctrina, pero ella no tiene ningún valor práctico sin el ejercicio, sino que puede aun acarrear grandes peligros, pues, juntamente con el saber crece la responsabilidad. El que conoce lo bueno y, sin embargo, no quiere dejar el mal, toma el camino de su perdición. Ya no se puede decir de ellos '¡Dejadlos, Señor, porque no saben lo que se hacen!', sino que el mal que el hombre ha sembrado debe ser cosechado por él mismo. De poco sirve el mero saber, pues el saber sin el amor es vano e inútil. El entendimiento sin amor nace de lo material, gravita hacia ello, arrastrando consigo al alma. Pero el verdadero conocimiento de la Divinidad procede de la Divinidad y a la Divinidad vuelve."

"Zollner —dice nuestro amigo D. César Camargo en su notable artículo *Psicofilosofía de Don Juan Tenorio* ('El Foro Español', enero de 1920)— se equivoca al apreciar la visión estereoscópica, puesto que ella no es producida por la impresión simultánea de dos cuadros planos iguales, sino *desiguales*. La sensación del relieve, en efecto, requiere dos imágenes de aspectos diferentes del objeto con un ángulo de giro análogo al de nuestros ojos, que por eso también perciben el relieve. Cual-

jante mundo hay otros, tales como el mundo mental o de la Idea, y el mundo espiritual o del Amor. Por eso tiene razón Hartmann cuando nos dice en el trabajo antes citado:

"Las doctrinas que por medio de H. P. B. nos han sido trasmitidas —dice Franz Hartmann— han aclarado muchas dudas y han acercado más a la mente puramente intelectual muchas verdades espirituales. Merced a ellas hemos podido echar una mirada a las diversas regiones del mundo espiritual con sus habitantes. Estas enseñanzas contienen la filosofía más notable que ha podido venir al mundo, y la más propia para ennoblecer e ilustrar al hombre. Pero el dar prematuramente y a discreción principios que pertenecen a la Secreta Doctrina Tradicional y que estaban destinados sólo para los iniciados, esto es, para los que poseen la pureza y la madurez espiritual necesarias para comprenderlos, ha causado muchos errores y ha abierto la puerta no sólo a la superstición, sino también a la magia negra. Cuando la lluvia cae en un terreno inculto, no brotan sino malas yerbas. La Luz de la Verdad no hace daño a nadie, pero sí lo hace a la mala comprensión de la misma. Así como un espejo curvo presenta una imagen torcida, así también aparece la Verdad en una mente torcida. Una medicina puede obrar como veneno cuando se emplea imprudentemente. Hay muchos hombres que se esfuerzan en alcanzar los poderes divinos, a fin de servirse de ellos para viles propósitos. Semejante empresa oculta el mayor peligro, porque aquel que, incapaz de elevarse a lo divino, lo arrastra hacia sí, profana lo santo y con ello se envilece a sí mismo. El que consigue obtener poderes mágicos y abusa de ellos, corre a su perdición. Ya que no se puede tratar con los espíritus sino espiritualmente, es menester espiritualizarse, y el primer paso para ello es la purificación, esto es, la sujeción de las malas inclinaciones y pasiones. ¿Cómo podría un hombre dominar los espíritus que se hallan fuera de su esfera, si no puede siquiera dominar los que moran dentro de él? El verdadero espiritista es tan sólo el que se domina a sí mismo, y a los espíritus, mas no aquel que sirve a éstos de mero juguete. Es ley en la naturaleza entera la de que no se domine uno a sí propio y a los espíritus, sino dominando a lo inferior. El que quiere respirar el éter del cielo, debe salir del pantano de lo vulgar. Para aquel que se reconoce en sí mismo al ciudadano del cielo, la comunicación con los espíritus superiores no es tan sólo una posibilidad imaginable, sino también un hecho que a diario acaece."

quiera puede convencerse por sí mismo de ello mirando alternativamente un objeto con uno y con otro ojo, o bien observando atentamente las dos fotografías de una *vista de estereóscopo,* y se convencerá de que no son iguales. Es interesante además el observar que si esta sensación visual de cuerpo o volumen puede producirse artificialmente por el *estereóscopo,* por el *cinematógrafo* la del movimiento y por el *gramófono* la del sonido, si se llegase a descubrir un aparato que reprodujese las vibraciones correspondientes al órgano del tacto como aquél reproduce las vibraciones sonoras, la combinación de todos ellos no produciría la sensación real de la presencia de un ser humano *corpóreo* o *de bulto,* que se movería y hablaría, y cuyo contacto sería exactamente igual al de un ser vivo. Con sólo concebir que este conjunto de sensaciones pueda producirse naturalmente no habría que recurrir a la desintegración de la materia ni a la cuarta dimensión para explicar muchos de estos fenómenos, entre ellos la materialización de los fantasmas."

Pero, llegados aquí, cabe preguntar: ¿no puede realizar con nosotros el verdadero *Mago* u hombre superior esa acción conjunta de *estereóscopo, cinematógrafo, gramófono* y "*esterióscopos*" —¡perdón por este neologismo *táctil*!— de que nos habla el docto amigo? Nosotros mismos, en efecto, podemos realizar algo semejante con las mentes, inferiores hoy, de nuestros niños, mentes a las que con tanta frecuencia sugestionamos con propósito más o menos educativo, proyectando y exteriorizando imágenes mentales, por ejemplo, de terror mediante la sugestión combinada de la palabra, el ademán, el gesto, etc., en relación con los tiernos sentidos respectivos al niño.

El fantasma del temido "coco" no se llega, sin embargo, a objetivar, como podría seguramente objetivarle un Adepto, porque al sugestionador referido le falta un *dominio* por lo menos: el dominio del sentido táctil, en el que poco o nada es lo que hoy puede hacer todavía. Mas cabe preguntar el por qué no puede aún esto último el hombre ordinario: ¿Será acaso porque su sentido *táctil* está modificado *en una dirección absoluta y fisiológicamente humana,* por la actividad del sexo mismo, que es 'tacto de tactos", como es sabido?

Esto explica lo que acaeciera a la Maestra con el espiritismo norteamericano y con sus *médiums* más famosos. Ella misma lo dice en su *Libro de recortes, número 1,* hablando de los *médiums* de mala fe [5].

"Sí, siento decir que tuve que identificarme, durante aquella denuncia vergonzosa de los *médiums* Holmes, con los espiritistas. Tenía que salvar, en efecto, la situación, puesto que yo había sido enviada de intento, desde París a América, para *probar* los fenómenos y su realidad, y para mostrar al mismo tiempo la falacia de las teorías espiritistas de los 'espíritus'. Pero, ¿cómo hacerlo mejor? Yo no quería que el público en general supiese que yo podía *producir lo mismo a voluntad.* Había recibido *órdenes* en contrario, y, sin embargo, tenía yo que mantener viva la realidad, la verdad y la *posibilidad* de tales fenómenos en los corazones de aquellos que, de *materialistas* que eran, se habían vuelto *espiritualistas,* y ahora, debido al descubrimiento de la mala fe de varios *médiums,* retrocediendo de nuevo, se vuelven a su escepticismo. Por esta razón es por lo que, seleccionando unos cuantos de los fieles, fui a los Holmes y, ayudada por M∴ y *sus poderes,* puse de manifiesto la forma de John King y de Katie King en la luz astral, produje los fenómenos de materialización y permití, a los espiritistas en general, que creyesen que esto se había conseguido por medio del mediumnismo de M. Holmes. Ella misma se atemorizó terriblemente de que *esta vez* la aparición fuera real. ¿Hice mal? El mundo no está preparado para comprender la filosofía de las Ciencias

[5] "Los dos infortunados *médiums* en cuestión —dice Olcott— eran los Holmes, pareja de cuyo valor moral jamás he tenido alto concepto. Sin embargo, ellos, *en presencia de H. P. B.,* en condiciones previas por mí impuestas y en compañía del mayor Robert Dale Owen y del general Lippit, me han hecho testigo de una serie de fenómenos mediumnísticos absolutamente satisfactorios y concluyentes. Sospecho, sí, que H. P. B. suministraba, por su parte, el poder necesario para la ejecución real de semejantes fenómenos, poder sin el cual ellos no habrían podido mostrar otra cosa que fraudes, o bien nada absolutamente. Hoy, hojeando en nuestro viejo *Scrap-books,* me encuentro con el apunte arriba citado, que ella destinaba, sin duda, a ser publicado después de su muerte." Por supuesto, según se indica en los recientes trabajos de M. Jinarajadasa en *The Theosophist,* H. P. B. no se prestó a salvar a los Holmes en su impostura sino previo juramento que les exigió y que ellos no la cumplieron de que "nunca volverían a recurrir en sus experiencias a sus habituales trampas, ni producirían por dinero semejantes experiencias". Respecto al doctor Henry T. Child, protector de aquéllos primero, y luego su denunciador, parece demostrado por las notas de Helena y de Olcott que no era sino un compadre de los médiums mismos, a quienes explotaba. (*The Theosophist,* pág. 611, marzo de 1922.)

Ocultas. Asegúrese, ante todo, de que hay seres en un mundo invisible, sean ellos 'espíritus' de los muertos o *elementales*; y que hay poderes ocultos en el hombre, que son capaces de hacer de él un Dios sobre la tierra. Cuando yo haya muerto y desaparecido, quizá las gentes aprecien mis motivos desinteresados. He dado mi palabra de que ayudaré a los que buscan la *Verdad*, mientras viva, y... cumpliré mi palabra. Que me injurien y me ultrajen. Que algunos me llamen *médium* y espiritista, y otros *impostora*. Día llegará en que la posteridad aprenderá a conocerme mejor. ...¡Oh, pobre *mundo* necio, crédulo y malvado!"

La citada *Historia de los primeros tiempos de la S. T.*, con notas de C. Jinarajadasa, dice a este propósito (traducción de D. Julio Garrido):

"Muchos años antes de que la S. T. fuese finalmente organizada, H. P. B. sabía cuál era la obra que tenía que realizar, en líneas generales. En El Cairo, antes de marchar a París en 1873, intentó formar una Sociedad. No tengo documentos especiales sobre esto, aunque espero encontrar referencias en un manuscrito referente a la vida de H. P. B. que miss Arundale me entregó precisamente cuando me marchaba a Australia, y que no tuve tiempo de examinar. Cuando H. P. B. llegó a América, estaba naturalmente esperando el momento propicio para hacer otra tentativa. Había entonces, en Boston, una revista espiritista llamada *The Spiritual Scientist*, cuyo editor era E. Gerry Brown. El editor estaba, sin duda, muy por encima de la generalidad de los espiritistas, y tenía una mentalidad científica y filosófica que atrajo la atención de la Fraternidad Egipcia."

Monsieur Gerry Brown entró en contacto con H. P. B. y con el coronel Olcott, en 1875, y da la siguiente noticia en el número de 27 de mayo de 1875 del *Spiritual Scientist*:

"*Ramillete de Buenas Noticias.* — La organización del 'Club de Milagros' del coronel Olcott progresa satisfactoriamente. Se reciben a diario solicitudes de los que quieren ingresar, pero se han elegido muy pocos. Se desea que el Club esté formado por personas de tal respetabilidad, competencia científica y otras cualidades, que ofrezca al público plena garantía y confianza en cuantos resultados pudiera obtener. El médium que ha de actuar con los investigadores está activamente interesado en ciertas operaciones de negocios, y ha tenido que ausentarse temporalmente de Nueva York. En el intermedio y antes de que empiece su revista de las sesiones del 'Club de Milagros', el coronel Olcott autoriza se anuncie que publicará en el *Scientist* algunos de los resultados de sus lecturas de invierno, en forma de una serie de artículos titulada 'Qué es lo que sabían los antiguos, y qué es lo que los modernos creen que sabían'."

Al final de este fragmento, que H. P. B. pegó en su *Libro de recortes*, escribe ella lo que sigue:

"Esta es una tentativa, a causa de *órdenes* recibidas de T. B.·. por medio de P.·. representando a G. K. △ ordenado empezar a decir al público la *verdad* sobre los fenómenos y sus médiums. ¡Y *ahora* empezará mi martirio! Tendré contra mí a todos los *espiritistas*, además de los cristianos y de los escépticos. ¡Hágase tu voluntad, oh, M.! —*H. P. B.*"

Capítulo XVIII

H. P. B. FUNDA LA SOCIEDAD TEOSOFICA CON SUS DISCIPULOS DE PRIMERA HORA

El escritor jesuíta que bajo las consabidas iniciales de S. J. (pretendiendo pasar por un "Superior Incognitus") ha lanzado al mundo en varias lenguas un pérfido libelo contra la admirable H. P. B. no puede menos de consignar al principio de su falsísimo trabajo estos curiosos conceptos [1]:

"En la segunda mitad del siglo pasado, bajo la impulsión de Martinistas y Rosacruces —no los Rosacruces de la institución fundada por Christian Rosenkrentz, por supuesto—, el movimiento psíquico y ocultista había tomado un fomento considerable. Viendo que el materialismo amenazaba sumir al mundo occidental en la más completa degradación, estos iniciados resolvieron basar su propaganda en la ciencia, demostrando experimentalmente que existe alguna cosa superior a la materia, y una importante misión fue enviada al efecto a los Estados Unidos con el encargo de crear una gran corriente de espiritualismo mediante la producción de los llamados fenómenos espiritistas. Esta adaptación vulgar de los Rosacruces se propagó rápidamente por todas partes, llegando a formar cuerpo de doctrina en obras espiritistas como las de Allan Kardec y otros, y los magnetizadores, aún en boga, concurrían a la propagación de tal doctrina, pues que el mismo Deleuze escribía en 1818:

Reconocida la inmortalidad del alma, la posibilidad de las relaciones de las almas separadas de los cuerpos con las almas que aún están con ellos unidas resultaba una lógica consecuencia. La corriente se acentuó con la publicación de las obras de Du Potet, Cahagnet, Eliphas Levi, etc.;

[1] H. P. B. detestaba cordialmente al Jesuitismo, considerándole como la más genuina y poderosa de las instituciones necromantes que han conducido al mundo a su tristísimo estado actual. Contra él truena en múltiples pasajes del tomo II de *Isis*, llegando a decir que "Teosofía y Jesuitismo son los dos polos opuestos de la espiritualidad", y añadiendo que el odio eterno de dicha institución contra la Francmasonería —a pesar del estado en que esta última se encuentra por haber perdido sus claves iniciáticas recibidas de grandes maestros en el siglo XVII— se debía a que "del seno de la Francmasonería saldrá en lo futuro la destrucción de aquel organismo, según está profetizado".

de modo que en todas partes el estudio de los fenómenos psíquicos cautivaba por igual al público iletrado que al docto. Aparecieron entonces gran número de personas cuyas organizaciones psíquicas, más sensibles que las ordinarias, los hacía aptos para servir de *intermediarios* (médiums) entre el mundo físico y el hiperfísico. Los descubrimientos e investigaciones hechos por el célebre sabio William Crookes en el campo del psiquismo vinieron a asombrar más aún al mundo de Occidente... Así las cosas, surgió a fines de 1875, cual del cubilete de un prestidigitador, H. P. Blavatsky, pretendiendo haber recibido de una Agencia Astral de Oriente [2] la misión de derribar al Espiritualismo —nombre del espiritismo en Norteamérica—, convertir a los materialistas y probar al mundo la existencia de los Hermanos del Tíbet actuando en el plano físico, según dice el *Theosophist* de octubre y noviembre de 1881 y la *Pall Mall Gazette* de 26 de abril de 1884, por los fenómenos mediumnísticos."

Annie Besant, C. W. Leadbeater y otros conspicuos teósofos confirman en sus diversos escritos la realidad de semejante impulso salvador del materialismo, impulso iniciado por la llamada *Fraternidad del Yucatán*, rama atlante en directa dependencia con la Gran Logia Blanca del Tíbet.

"En la época en que H. P. B. vino a América con el propósito de formar la Sociedad Teosófica —dice por su parte Joseph H. Fusell en su conferencia 'Incidentes en la historia del movimiento teosófico'— el materialismo estaba en su apogeo y ella vio en sus filas un poder tremendo. Muchos de los que seguían dicha escuela positivista mostraban una honradez y sinceridad de propósito que no se veía en la generalidad de los creyentes espiritualistas religiosos. La mayor parte de los que militaban en las filas materialistas eran procedentes de las diversas Iglesias, no siéndo-

[2] Con tan despectivo título, este anónimo maestro de la insidia quiere indicar a los Adeptos de la Gran Fraternidad Blanca del Tíbet, cuya existencia está probada por tantos pensadores y viajeros, aparte de figurar de un modo u otro en las buenas Enciclopedias, como la *Royal Maganique Cyclopedia*, de Kennett Mackenzie.

"Antiguas y ocultas tradiciones, dice a su vez Tecla Mommerot, colocan en las montañas del Tíbet las moradas de los venerables solitarios guardianes de la sabiduría antigua. Los misteriosos y poderosos taumaturgos desparraman de tiempo en tiempo entre los hombres a quienes tienen por misión dirigir partículas de la eterna verdad de las que son depositarios sobre la tierra. Algunas veces escogen mensajeros para transmitir las divinas impulsiones de la Sabiduría, y entonces vese aparecer a los profetas. Aquellos guían a los espíritus por medio de las fuerzas naturales que han penetrado y dominan; son, sobre nuestro pequeño globo, los representantes del divino poder; presiden los destinos humanos y su acción queda ignorada de todos. El simbolismo oriental los designa con el nombre de "Mahatmas", lo que significa "grandes almas". Son estos seres incógnitos los que Wronski, desde 1820, señalaba a nuestra occidental indiferencia y a los que llamaba "los hermanos iniciados de Asia". Su influencia parece estar indicada en la mayor parte de los poemas religiosos y de las enseñanzas ocultas de la India; pero el misterio profundo que rodea su existencia y que preside su pretendida acción entre nosotros extiende su velo de duda alrededor de estos seres que algunos deputan imaginarios y fabulosos..."

Helena, sin disputa, era una de estos 'mensajeros", transmisores o αγγελος de los griegos, de los que las religiones exotéricas han formado sus tipos "protectores" o "guías" de la Humanidad. Ellos aparecen siempre en el lugar y época en que son precisos, y, una vez cumplida su misión, se alejan más o menos como el Lohengrín de la leyenda bávaro-wagneriana.

les posible las enseñanzas de éstas como asunto de fe, y hallando poco o nada en las prácticas del cristianismo actual que estimule a aceptar las vidas de sus partidarios como una prueba de la verdad de sus creencias. Como ejemplo de estos honrados descreídos puede citarse a Robert Ingersoll, un hombre que, según su modo de entender, procuraba elevar a sus semejantes, y si bien no podemos estar de acuerdo con él en cada detalle de sus doctrinas, hay que reconocer que tuvo el valor de sus convicciones, aunque, por seguirlas, se destituyera de toda esperanza acerca de una vida futura. Muchos habían perdido como él sus esperanzas y se habían sumergido en el escepticismo, porque no hallasen nada en sus relaciones con las Iglesias que pudiese satisfacer los anhelos espirituales de sus naturalezas, y, no sabiendo a qué lado volverse, se fueron al otro extremo, negando la existencia del alma, que es la que dirige la vida del hombre, y buscando el depender por entero de la razón, de la mente cerebral, como el único camino por el que el hombre pudiese aprender la verdad. Los que han estudiado la Teosofía, por su parte, saben que H. P. B. vino con un gran mensaje para todos estos, y a pesar de sus censuras contra el materialismo, ella reconoció en los seguidores sinceros de dicho sistema una seriedad y deseo de cosas mejores que le hizo sentir hacia ellas la más afectuosa simpatía, poniendo en juego respecto de ellos todos sus esfuerzos para abrirles los ojos a verdades más profundas del mundo interior, más escondido que el material.

...Respecto a la parte opuesta del materialismo, había y hay en las filas espiritistas centenares de hombres honrados, salidos muchos de ellos de las Iglesias, quienes, al no quedar satisfechos con las enseñanzas de éstas, escogían otro sendero, H. P. B. tenía un mensaje para ellos también, e igual que respecto de los materialistas, los estimuló para que reconocieran las verdades del mundo interior espiritual, llamándoles la atención sobre él y advirtiéndoles que aquello sobre lo que estaban investigando era solamente otro mundo de materia más fina en los límites de este mundo, y que el alma, cuando deja al cuerpo, no vuelve a nosotros hasta la hora de un subsiguiente renacimiento en la vida terrestre al revestirse de otro nuevo cuerpo. Se ha sostenido por algunos que puesto que H. P. B. investigó acerca del Espiritismo es prueba de que le sancionaba; pero tal cosa está harto lejos de la verdad, como saben cuantos han estudiado sus escritos..., donde se enseña que el verdadero conocimiento espiritual no está situado en esta dirección, y se señalan los peligros que hay en seguir semejante línea de investigaciones...[3] H. P. B. traía también un mensaje, una mi-

[3] "Mi primer ensayo sobre el ocultismo, dice Olcott, fue el trabajo titulado "La Vida inmortal" (*New-York Tribune*, 30, VIII, 1875), donde declaro que durante un cuarto de siglo he creído en los fenómenos mediumnísticos, pero sin aceptar la identificación de las inteligencias que los producen con los espíritus de los muertos. Afirmaba también mi convicción en la realidad de la antigua ciencia oculta y el hecho de haber estado con frecuencia en relaciones con personas vivas que han realizado a presencia mía las mismas maravillas que se atribuyen a Apolonio, Paracelso y Alberto el Grande. Al escribir así no sólo pensaba en los fenómenos de H. P. B. ni en mis primeros encuentros con los Mahatmas, sino también a lo que me hizo ver en mi propia habitación, donde no se encontraba H. P. B., un extranjero que encontré casualmente en New York poco antes y que me hizo ver a los espíritus de los elementos.

"Este extranjero vino a mi casa por virtud de una cita. Abrimos las vidrieras

sión cerca del gran cuerpo de devotos, asiduos concurrentes a los templos, quienes, en un sentido se hallan entre los dos extremos del materialismo y el espiritismo, manteniéndose en perfecta abulia, persuadidos del absur-

que separaban el salón de mi dormitorio, sentándonos junto a ellas. Por una maya, creo hoy, bien singular, vi al punto un gran cubo vacío en lugar de mi estancia. Los muebles habían desaparecido y veía alternativamente imágenes admirables de aguas, nubes, cavernas y volcanes en actividad, cuajados todos de seres, formas, figuras que surgían y desaparecían rápidamente. Las unas eran encantadoras, las otras severas, las más perversas y terribles, flotando dulcemente cual pompas de jabón sobre una apacible corriente de agua o de fuego. Súbito un monstruo horroroso, tan odioso a la vista como las imágenes del *Magus* de Barrett, se me quedaba mirando, dispuesto a lanzarse sobre mí, cual tigre herido, pero que desaparecía en el instante en que alcanzaba a la superficie de separación del cubo de Akasha, hecho visible en la separación de las dos estancias. La cosa era un tanto fuerte para los nervios de cualquiera. Sin embargo, después de cuanto llevara visto en la granja de los Eddy, logré no intimidarme. El extranjero se declaró satisfecho del resultado de su prueba psíquica, y al abandonarme, me dijo que acaso nos volveríamos a ver, cosa que no ha acaecido aún. Tenía todas las trazas de ser un asiático, de tez clara, pero no pude descubrir su nacionalidad, creyéndole un hindú. Hablaba el inglés como yo mismo."

Este pasaje del Coronel y otros varios análogos que en anteriores capítulos llevamos reproducidos nos muestran las líneas generales de los procedimientos educativos que solía emplear H. P. B. con sus discípulos valiéndose del espiritismo. Buscando, en efecto, el polo opuesto del odiado materialismo, sometía a éstos a la habitual fenomenología espiritista, en los que, como ya dijimos al hablar de los fenómenos de Rusia, ella era, no "médium", sino "mediadora" entre aquéllos y los Maestros que la inspiraran. En seguida salía a relucir ese personaje misterioso de John *King*, tan célebre en las sesiones espiritistas, tales como las de los hermanos Davemport en 1864 y del *Times* en 1869, sin olvidar tampoco a la Katie King de las memorables experiencias del físico W. Crookes; pero a la larga de semejantes sesiones, los tales *King* acababan confesando que ellos "no eran los iguales, sino los servidores de los Maestros de Oriente, quienes los manejaban como a maniquíes con el fin de iniciarles en los primeros pasos del Ocultismo oriental. (Olcott, *Historia.*)

Véase a este tenor una de las escenas más curiosas con el tal John King, relatada también por Olcott:

"Para consignar los mensajes de John King, que se producían por mediación de H. P. B., a veces sin tocar el velador con las manos, dice Olcott, adquirí un cuaderno y se le mostré a ésta, diciéndola mi intención. Ella, sentada frente a mí y sin tocar el cuaderno ni hacer signo místico alguno, me dijo le guardase en mi pecho, como lo verifiqué, y que le sacase al cabo de un instante. He aquí que encontré entonces sobre su cubierta, escrito y dibujado con lápiz: 'John King-Henry Morgan. —Su libro— cuarto día del cuarto mes, año de Cristo 1875. Debajo aparecía el dibujo de una insignia rosa-cruz, y encima de la corona la palabra 'Destino' con el nombre de 'Helena' por bajo, con algo más medio borrado, y en el punto más estrecho, donde la cabeza del compás penetra en la corona, las iniciales I. S.F., y por bajo un monograma con las letras A. T. D. y R. En una punta del compás, mi nombre, y en la otra el de cierto señor de Filadelfia, y a lo largo del arco que enlazaba las puntas del compás la frase: 'Vías de la Providencia'. Tengo el libro a la vista y le describo al detalle. Es éste, pues, uno de los ejemplos más asombrosos de precipitación de escritura psíquica, dado que nadie más que yo había tocado el cuaderno, que había permanecido en mi bolsillo hasta el momento de mostrársele a H. P. B. a una distancia de tres pies, introduciéndole por mandato de ésta en mi pecho y sacándole a los pocos instantes, como va dicho. Además, la escritura era muy extraña: las *es* parecen *épsilon* griegas y las *enes, pis*, curiosa escritura personal que en nada se parece a la de H. P. B., pero que resultaba idéntica a la de todas las comunicaciones de John King. Era preciso, por tanto, que H. P. B., poseyendo tamaño poder de precipitación, hubiese trasladado sobre el papel y en semejante grafismo especial las palabras escritas en su imaginación... Al cabo de diez y siete años este psicograma es aún legible. Llevo tomando notas de otras precipitaciones al lápiz ordinario, a la

do de que por sus meras creencias y por seguir determinadas formas de culto se han de salvar sus almas..., si bien muchos de estos, al buscar ansiosamente la verdad, recibían con gusto a la Teosofía que venía a enseñarles el verdadero significado de la naturaleza y misión de Jesús sobre la tierra... Había, en fin, un poderoso cuerpo formado por los hombres de ciencia; dispuestos a todo sacrificio por la investigación y, sin embargo, dogmatizadores y celosos de cualquiera cosa que salga fuera de sus filas o amenace echar abajo cualquiera de sus teorías predilectas, no obstante lo cual cada año se revela más la luz que la Teosofía ha derramado sobre el mundo de la ciencia y surgen nuevas corroboraciones acerca de lo que H. P. B. enseñó... Tal era el estado de cosas que rodeaban a esta última al fundar la Sociedad Teosófica." Eliphas Levi, en la página 353 de la quinta edición de su *Dogma y ritual de la alta Magia* (1861) [4], acababa de profetizar —añadimos nosotros— la fundación misma de dicha Sociedad, al anunciar que "el restablecimiento del nuevo Reino Universal se operaría hacia 1879 por mano de quien tuviese las llaves del Oriente, y que ello acontecería en la nación actual de más vida y más inteligente actividad". (Superior Incógnito, *A Sociedade Theosophica*, página 12.)

En cuanto a los detalles de la fundación de dicha Sociedad Teosófica, tenemos fuentes abundantes, empezando por la tantas veces citada *Historia Auténtica de la S. T.*, de Olcott.

"Esta asombrosa organización prosaicamente nacida en un salón de Nueva York en 1875, dice Olcott, ha tomado tal vuelo que tiene derecho a figurar en nuestra historia contemporánea, y su desarrollo se ha debido más bien que a una fuerza inherente a ella, a las más esmeradas previsiones o a una ponderada dirección, ligada como estuvo durante varios años, casi exclusivamente al principio, a los esfuerzos personales de sus dos fundadores: H. P. B. y yo [5]."

aguada, al lápiz azul, rojo y verde, a la tinta y al oro, etc.; pero el principio científico parece ser común a todos, a saber: la objetivación por el empleo de la fuerza cósmica y la materia difusa del espacio, de imágenes previamente formadas en la mente del operador. La imaginación es aquí la divinidad creadora oculta, y la fuerza y la materia sus instrumentos."

[4] * (Publicado por Editorial KIER.)

[5] La señora Alice Leighton Clealtier, discípula de primera hora de H. P. B. en su obra sobre la Maestra, truena contra esta ingenuidad de Olcott diciendo que el egoísmo de éste al expresarse así "pasa el límite de lo normal, incapaz como era de comprender a la verdadera H. P. B." Mr. Joseph H. Fussell, en el trabajo antes citado, añade: "El plan de la S. T. era enteramente de H. P. B., pero, desconociendo las condiciones de los países occidentales, comisionó al coronel H. S. Olcott y a William Q. Judge —no a Olcott sólo— para que se cuidasen de los detalles de organización, pero sólo ella tenía el conocimiento de que iba a ser la base y guía de este Movimiento y esto lo sabía ella, no solamente por sus estudios y viajes, sino también por su Maestro, uno de los pocos hombres que viven ahora y que conocen la Antigua Sabiduría no consignada en libros ni conservada en archivos, sino transmitida oralmente a través de todas las épocas." A este Maestro se refiere quizá la siguiente noticia del *Theosophist*: "Bombay 19, 5, 1923: El *Times of India* de hoy publica unas declaraciones del Comandante Cros hechas en Parajim, Goa, refiriendo haber conocido en una de sus expediciones al Tíbet a un iniciado de doscientos cuarenta años de edad, poseedor de grandes poderes psíquicos y que parece fue uno de los muchos maestros de H. P. B. Se trata, dice, de un verdadero genio que conoce perfectamente el Cálculo

"Fracasado en mayo de 1875 el intento de fundación del 'Club de Milagros' —sigue diciendo Olcott— se nos presentó una nueva ocasión de intentar algo nuevo con motivo de una conferencia privada que Mr. Feld —un egiptólogo del que ya hemos hablado nosotros en capítulos anteriores— dio en casa de H. P. B. en Nueva York (46, Irving Place) el 7 de setiembre siguiente. Esta vez el éxito coronó nuestros esfuerzos. La pequeña semilla de la cual iba a germinar el gran árbol que cobijaría al mundo fue sembrada en buena tierra... He aquí los términos en que un diario de Nueva York daba cuenta del hecho, omitiendo, por cierto, entre los nombre de los concurrentes, el de un español: D. F. de Lara, de quien nada sabemos:

"Un movimiento de grandísima importancia se acaba de iniciar bajo la dirección del coronel H. S. Olcott, y es la organización de una Sociedad que se llamará Sociedad Teosófica [6]. La propuesta se realizó inopi-

infinitesimal, que puede aparecer o desaparecer a voluntad y realizar 'mayas' semejantes y está considerado como uno de los grandes místicos del Himalaya."

Por cierto que uno de estos Maestros, conocido por "Upasika", nombre que usó mucho como pseudónimo familiar de H. P. B., era mujer. En efecto, en un artículo de la revista inglesa *The Word* (agosto de 1907), leemos: "Yo nunca conocí a H. P. B., ni pertenezco a la S. T., pero sí he conocido y trato a cierto adepto femenino llamado 'Upasika'. Del otro lado del plano físico 'Upasika' es la gran alma (o *Mahatma*) que posee más cualidades típicas femeninas, siendo hermosísima; de tez morena y de una apariencia llena de juventud, llamada por muchos 'la Gran Madre'. Dicha poderosa entidad usó durante muchos años para difundir sus enseñanzas la investidura carnal de H. P. B."

[6] "La elección del nombre que había de llevar nuestra naciente Sociedad, dice Olcott, fue objeto de gran discusión. Se indicaron múltiples nombres, entre los que recuerdo los de Sociedad egiptológica, hermética, rosa-cruz, etcétera, sin que ninguno pareciese lo bastante expresivo. Por fin, hojeando un Diccionario uno de nosotros se detuvo en la palabra 'Teosofía', que fue el que unánimemente adoptamos como el mejor, pues que representaba la verdad esotérica que perseguíamos y comprendía también el campo de las investigaciones en el seno de lo oculto."

A propósito de la fecha dicha del 7 de setiembre, de los 17 concurrentes y de otras fechas tales, él mismo escribe: "H. P. B. llegó a Nueva York el 7 de julio de 1873, es decir, el 7º día del 7º mes, del 6 × 7 ó sea el 42º año de su vida. Yo la encontré al cumplir 42 años. Ella murió el 7º mes del año 17º de nuestro parentesco teosófico. A. Besant pidió ser admitida en la S. T. el 7º mes del 17º año de su ruptura con las Iglesias cristianas." Esto decía el Coronel, y hoy podemos añadir que su muerte, anunciada por un astrólogo, acaeció el 17 de febrero de 1907.

"En cuanto a la S. T., dice el mismo, todo en ella demuestra que su evolución ha sido gradual, dirigida por las circunstancias como la resultante de fuerzas opuestas; que ha recorrido ella, tan pronto senderos floridos como erizados de espinas, y que su prosperidad ha dependido de la sabiduría o el desacierto de su dirección. Su orientación general y sus ideas motrices han permanecido idénticas, pero su programa se ha modificado, ampliado y extendido a medida que se acrecentaban nuestros conocimientos y experiencias. El movimiento teosófico es, sin duda, el mismo decretado de antemano, pero los detalles se han dejado siempre a nuestros esfuerzos personales. En caso de fracaso por nuestra parte, otros habrían heredado nuestra fallida oportunidad, de igual modo que nosotros sucedíamos a los fracasados del Cairo en 1871."

Es frecuente achaque de los astrólogos cabalistas más o menos dependientes de Roma y enemigos, por tanto, de la S. T., el darnos pomposamente el "horóscopo de la S. T.", marcando en él las más funestas "cuadraturas" y "oposiciones". Claro es que no nos vamos a detener aquí a refutar tales deducciones contra la dicha Sociedad. Aun admitiéndolas, diremos tan sólo que "los astros, según el eterno lema astrológico, inclinan, pero no obligan", y nada más hermoso que el que una persona o institución nacida bajo nefastos influjos estelares y planetarios se sobreponga con su esfuerzo a

nadamente en la tarde del 7 de los corrientes, donde un grupo de 17 señoras y caballeros se habían reunido para escuchar a Mr. George Feld, cuyos descubrimientos relativos a ciertas figuras geométricas de la cabala egipcia pueden ser considerados como una de las conquistas más prodigiosas del espíritu humano. Diversas personas eruditas y otras de elevada posición formaron parte de la Sociedad. Los propietarios de dos diarios religiosos; los coeditores de dos revistas literarias; un doctor en Letras, de Oxford; un venerable rabino, viajero de renombre; el redactor-jefe de uno de los diarios de Nueva York, Mr. C. C. Massey, abogado inglés; el doctor Hardinge Britten y su señora; dos notarios de Nueva York; un socio de cierta clase de publicaciones de Filadelfia; un conocido médico; el coronel Olcott y, la más célebre de todos ellos, H. P. B. En cierto momento de la conversación, el coronel Olcott se levantó, y después de haber descrito brevemente el estado del espiritualismo —léase siempre 'espiritismo'— en Norteamérica; la actitud de sus irreconciliables enemigos, los materialistas; el conflicto insoluble entre la ciencia y las sectas religiosas; el carácter filosófico de las viejas teosofías; su inmenso valor como reconciliadoras de todos los antagonismos, el éxito de Mr. Felt arrancando la clave de la arquitectura natural a míseros fragmentos de antiguas leyendas profanadas por fanáticos musulmanes o cristianos de los primeros siglos, propuso el formar un núcleo en torno del cual pudieran reunirse todas las almas esclarecidas y viriles que se hallen dispuestas a trabajar por la adquisición y difusión del verdadero conocimiento. Su plan era, por tanto, el de organizar una Sociedad de ocultistas, de crear inmediatamente una biblioteca y divulgar el conocimiento de esas leyes secretas de la Naturaleza tan familiares a caldeos y egipcios como totalmente ignoradas por nuestros sabios modernos."

"Esto, sigue diciendo Olcott, que apareció en diversos periódicos, vale más que un acta oficial y muestra el espíritu que latía en los comienzos de nuestra Sociedad. Ella debía ser, en efecto, una institución encargada de recoger y publicar los conocimientos e impulsar las investigaciones relativas a cosas ocultas: el estudio y divulgación de las antiguas ideas filosóficas y teosóficas. Uno de los primeros propósitos fue la constitución de una biblioteca, y para nada se habló entonces de Fraternidad Universal, sino que era un propósito prosaico, sencillo, sin acompañamiento de fenómenos o incidentes extraordinarios, ni trazas de espíritu sectario, sino con una tendencia francamente antimaterialista. El grupo de sus fundadores era de raza europea, sin antagonismo alguno hacia las religiones e ignorante de las distinciones de castas; el elemento de Fraternidad que debía venir más tarde a informar a nuestra Sociedad no había sido previsto; pero cuando nuestra influencia hubo de extenderse poniéndonos en relación con los asiáticos, sus religiones y sistemas sociales, la Fraternidad Universal apareció como indispensable y hasta como la piedra angular de nuestro edificio. La S. T., pues, ha sido una evolución, no una creación deliberada, sobre el plano físico al menos."

ellos, a la manera de Escipión el africano cuando al desembarcar para destruir a Cartago y caer en tierra, hizo del mal presagio éste los augurios más felices diciendo: "¡Cogida te tengo, tierra, y no te soltaré!"

En el primer número del *The Theosophist*, que los fundadores comenzaron a publicar cinco años después, ya en la India, se añade y puntualiza que los objetos de la Teosofía y por tanto de la S. T. son: *a*) impulsar al hombre hacia las intuiciones espirituales y guiarlos hacia la doctrina de la arcaica Sabiduría-Religión, enseñada por los antiguos Rishis (Kabires, Maha-Chohams, Dioscuros, etc.); *b*) oponerse a todo sectarismo e intolerancia religiosa de las que hacen a cada "milagro" como una transgresión de las leyes de la Naturaleza; *c*) trabajar por la fraternidad de las naciones y de los hombres; *d*) investigar las leyes desconocidas de la Naturaleza y las ciencias ocultas; *e*) propagar mediante libros y correctas informaciones las antiguas tradiciones, leyendas y filosofías; *f*) dar educación no sectaria a la juventud; *g*) dar impulso y asistencia, en suma, para el propio progreso intelectual, moral y espiritual de cada uno. La Sociedad contaba además con tres secciones o grados, compuesta la primera por Iniciados en la filosofía esotérica y por sus discípulos; la segunda la de Fraternidad Universal propiamente dicha, y la tercera constituida por los aspirantes o "candidatos al *chelado*" (discípulos) en sus tres calificaciones de activos, correspondientes y honorarios. La segunda sección, hoy sección esotérica, suponía para el miembro de ella el haber sido aceptado como tal "chela" por un Maestro, y parece ser que el propio Olcott no alcanzó a pertenecer a ella, siendo llevados sus asuntos por W. Q. Judge, como secretario de H. P. B. Después del fracaso de los Coulomb, esta última reconstituyó la dicha sección esotérica en Londres, el año de 1888. (Véase la obra de Alice L. Cleather citada anteriormente.)

Al siguiente día, 8 de setiembre, se afirmaron las bases de la naciente institución, que ya en la reunión del 13, al hojearse al efecto por los asistentes un Diccionario, adoptó el nombre de Sociedad Teosófica, en lugar de los de Sociedad egiptológica, hermética, kabalista, rosa-cruz, etc., que también fueron propuestos, y la Asamblea general, reunida el 17 de noviembre del mismo año 1875, aprobó, en fin, los últimos detalles; constituyéndose en ese día como tal Sociedad, según los interesantes pormenores que al detalle pueden verse en la obra de Olcott.

Esta es, pues, la pura y simple verdad histórica, bien diferente, por cierto, de las calumnias despreciables del citado S. J. y de otros tales como cierto escritor de *Le Journal*, relativas al magnetizador francés V. Michal; a los "fraudes psíquicos" de 1871 en El Cairo; a las "amistades con Leymarie y fotografías espiritistas de Buguet", y a "loggias ocultas" que se dice rechazasen a H. P. B. y a Olcott, siendo así que, como pronto veremos, uno y otro merecieron de diversos Centros de esta índole los más preciados homenajes.

Es más, la mayor desgracia que pesó bien pronto sobre la S. T. desde su nacimiento acaso hasta nuestros propios días fue el no haberla organizado, digámoslo así, masónicamente, al tenor de las sabias y constantes tradiciones del pasado.

Véanse, si no, estas paladinas confesiones del propio coronel Olcott:

"La S. T. partió de la falsa idea de que la confraternidad que establecía podría sostenerse por la admiración mutua en provecho de los periódicos; pero pronto hubo de caer en el desorden. No había en ella grados ni categorías, sino que todos eran iguales: La mayor parte de los miembros parecían venidos más para enseñar que para aprender, y no se recataban en lanzar a los cuatro vientos sus opiniones. Por ello los verdaderos teósofos hubieron de ver bien pronto que convenía establecer diferentes grados y constituir la institución en Sociedad secreta... En las actas de los primeros tiempos de la S. T. se encuentran cosas harto interesantes para los teósofos. En 12 de enero de 1876, por ejemplo, se encuentra la resolución de que 'la S. T. adoptará en principio y para el porvenir el principio del secreto en todos sus actos, y al efecto se nombrará una ponencia que prepare los medios para proceder a semejante cambio'. De modo que al cabo de menos de tres meses nos vimos obligados para nuestra defensa a constituirnos en Sociedad secreta, y a propuesta de H. P. B., en la sesión del 8 de marzo de 1876 se acordó que la Sociedad adoptaría uno o varios 'signos de paso' que servirían para reconocerse entre sí los miembros y ser admitidos a las sesiones. Un Comité de tres miembros, incluyendo a H. P. B., fue encargado de proponer los signos y se adoptó el típico sello de la S. T. Judge y yo preparamos una insignia de miembro, formada por una serpiente enrollada sobre una *tau* egipcia... Mas lo poco que entre nosotros ha habido realmente de secreto, tan poco secreto o aun menos del que guarda un francmasón, desapareció tras aquel corto período de nuestra infancia, y en 1889 se hizo el elemento principal de la Sección Esotérica que instituyó H. P. B., con pesar lo digo. para obtener resultados más malos que buenos."

Lamentándose Olcott en otro lugar de la inactividad que caracterizó a la S. T. en América los tres años siguientes a la ida suya y de H. P. B. a la India, dice: "Esta inactividad fue más bien falta mía. Habíase proyectado, en efecto, transformar la Sociedad en una especie de alta francmasonería, y semejante proyecto había sido bien recibido por ciertos francmasones influyentes. He de insistir más adelante sobre esto, y bastará por hoy que diga que se me exigió preparase un ritual apropiado, ocupación que había de ser de las primeras así que llegase a la India. Pero en lugar de encontrar allí la calma y el descanso apetecido, nos hubimos de ver envueltos pronto en un torbellino de nuevos intereses y tareas diarias [7]."

[7] Acerca de la personalidad de Helena y de Olcott como fracmasones, véase los siguientes datos que, con cargo a *La primitiva historia de la S. T.* que está publicándose con notas de C. Jinarajadasa, nos traduce nuestro amigo y hermano D. Julio Garrido. Por razones especiales la damos sin comentarios:

"En las paredes del Templo Comasónico —Masonería que admite indistintamente a hombres y a mujeres— de Adyar —dice— están colgados tres documentos interesantes, procedentes de los archivos de la S. T. El primero es el diploma del coronel Olcott, como miembro del Capítulo Corintio, Real Arco, número 159, de fecha 12 de enero de 1860. El segundo es su diploma de Maestro Masón, expedido en la Logia Hugonote, número 448, de fecha 20 de diciembre de 1861, en el cual, además de las otras firmas usuales, el coronel Olcott firma su propio diploma como Primer Vigilante.

Pero el documento más interesante es el tercero, que es el diploma *ne varietur* de H. P. Blavatsky en el "Antiguo y Primitivo Rito de la Masonería" o "Rito Escocés". Naturalmente, produjo gran impresión entre los masones americanos la noticia dada por la Prensa en 1878, de que madame Blavatsky era francmasona. Lo que sigue es un recorte del periódico *Franklin Register* (Massachussets). El artículo, pegado en el libro de recortes de H. P. B., lleva la fecha de "Jueves, 8 de febrero de 1878", y dice así:

"La autora de *Isis sin Velo* defiende la validez de su título masónico. — Tenemos el honor de presentar a los lectores del *Register* de esta semana la siguiente apreciada

"La vida de la Sociedad por aquel tiempo (1878) dependía, dice Olcott en otro lugar, directamente de nosotros, sus dos fundadores, pero ella reposaba en último extremo en su principio fundamental y en los Augustos Intermediarios que nos lo habían enseñado y habían inflamado

---

carta original, preparada para nuestro periódico por madame Helena Blavatsky, la autora de *Isis sin Velo*. En esta carta, dicha señora defiende la validez de su Diploma de Masón, al que hicimos referencia en nuestro número de 18 de enero. La causa inmediata de la carta de madame Blavatsky fue la multiplicación de ataques a su pretensión de poseer tan distinguido honor, tanto antes como después de la publicación referida. El campo queda abierto para una contrarréplica, y confiamos en que aparezca un campeón que defienda lo que ella ataca de modo tan vigoroso y valiente. Para que el asunto que se debate pueda ser apreciado de una hojeada por los que no son lectores habituales de nuestro periódico, damos aquí de nuevo el texto del diploma de esta señora:

A la Gloria del Sublime Arquitecto del Universo

Antiguo y primitivo Rito de Masonería, derivado de la Carta del Soberano Santuario de América, procedente del Gran Consejo de la Gran Logia de Francia. Saludo a todos los puntos del Triángulo. Respeto a la Orden. Paz, Tolerancia, Verdad. A todos los Ilustres e Instruidos Masones del Mundo, unión, prosperidad, amistad, fraternidad.

Nos, el Tres veces Ilustre Soberano Gran Maestre General, y nosotros los Soberanos Grandes Conservadores, del 33º y último grado del Soberano Santuario en Inglaterra, Gales, etc., etc., grandes Comendadores de las Tres Legiones de Caballeros de la Masonería, en virtud de la elevada autoridad de que estamos investidos, hemos declarado y proclamado, y por la presente declaramos y proclamamos que nuestro ilustre e instruido hermano H. P. Blavatsky es Aprendiz, Compañera, Maestra perfecta, Sublime Señora Elegida Escocesa, Gran Elegida, Dama de la Rosa Cruz, Maestra Adoraita, Perfecta Venerable Maestra y Princesa Coronada del Rito de Adopción. Dado por nuestras manos y sellos del Soberano Santuario en Inglaterra y Gales, sito en el Valle de Londres, el 24 de noviembre de 1877, año de la verdadera luz.......—*John Yarker*, Grado 33, Soberano Gran Maestre. — *M. Caspari*, Grado 33, Gran Canciller.— *A. D. Loewenstark*, Grado 33, Gran Secretario."

A este artículo consagró H. P. B. la siguiente carta:

"Al editor de *The Franklin Register*. — Querido señor: Me veo obligada a corregir algunos errores de vuestro muy favorable escrito aparecido en el *Register* del 18 de enero. Dice usted que he obtenido 'los grados regulares en las Logias masónicas' y que he 'alcanzado elevada dignidad en la Orden', y añadís después: 'A madame Blavatsky se le ha conferido recientemente el diploma del grado 33 de la corporación masónica más antigua del mundo.'

"Si tiene usted la bondad de consultar mi *Isis sin Velo* (volumen II, página 324), encontrará que declaro lo siguiente: 'No estamos bajo promesa, obligación ni juramento, y por lo tanto no violamos la confianza', con referencia a la Masonería *Occidental*, a cuya crítica está dedicado el capítulo; y se asegura muy formalmente que nunca he obtenido 'los grados regulares' en ninguna Logia masónica *Occidental*. Por lo tanto, desde luego, no habiendo pasado por tales grados, yo no soy masona del grado 33. En una nota particular, también de vuestro último artículo de fondo, afirma usted que le han llamado a capítulo varios masones, entre ellos uno que ha 'pasado por 32 grados, lo cual incluye lo Inefable', por lo que usted dice sobre mí. Mi experiencia masónica (si quiere usted designar así el pertenecer yo a varias fraternidades masónicas orientales y a hermandades esotéricas), se confina al Oriente. Pero, sin embargo, esto no me impide conocer, en común con todos los 'masones' orientales, todo lo que se relaciona con la masonería occidental (incluso las innumerables patrañas que se han introducido en el Arte durante los últimos cincuenta años); ni me impide que, desde que he recibido el diploma del 'Soberano Gran Maestre', cuyo texto publica usted, tenga derecho a llamarme Masona. No pretendiendo nada, por lo tanto, en

nuestros corazones con el fuego de su benevolencia. Conscientes de todo esto y autorizados entrambos para trabajar con ellos en dicha dirección, un lazo más fuerte que cualquier parentesco humano nos unió estrechamente, haciéndonos tolerar nuestras recíprocas debilidades y soportar los

---

Masonería Occidental mas que lo que se indica en el diploma citado, se dará usted cuenta de que vuestros masónicos mentores deben endosar su querella a *John Yarker*, Jun., P. M. P. Mk. M., P. Z., K. T. P., K. H. y K. A. R. S., P. G. C. y M. W. S., K. T. y R. C., P. M. W., P. S. G. C., y P. S. Dai. y P. Rito ;¡al hombre, en una palabra, reconocido en Inglaterra y Gales, y en todo el Mundo como Miembro del Instituto Arqueológico Masónico; como Miembro de la Unión Literaria de Londres; de la Logia núm. 227 de Dublín; del Colegio de Rosacruces de Bristol; que es Past Gran Mariscal del Templo; miembro del Gran Consejo Real de los Ritos Antiguos de tiempo inmemorial; Conservador de los Antiguos Secretos Reales; Gran Comendador de Mizraim, Marinero del Arca, Cruz Roja de Constantino, Babilonia y Palestina; R. Gran Superintntendente del Lankashire; Soberano Gran Conservador del Antiguo y Primitivo Rito de la Masonería 33 *** y último Grado, etc., etc. Pídanle a él cuenta del Diploma expedido.

"El 'Inefable' amigo de usted debe haber cultivado sus percepciones espirituales con poco cuidado al investigar y contemplar el 'Inefable Nombre'. Desde el grado 4º al 14º de esa dorada patraña, el A. y Rito A., se dice que "no existe autoridad de delegación, por medio de la Carta del Soberano Santuario de América, para expedir este diploma". Vive él en un verdadero palacio de cristal de vidrio masónico, y debe cuidar de las piedras que caigan sobre él. El hermano Yarker dice, en sus *Notas sobre el... Moderno Rosacrucianismo y los varios Ritos y Grados* (pág. 149), que el "Gran Oriente, derivado de la Gran Logia del Arte en Inglaterra, en 1725, opera y reconoce los siguientes Ritos, nombrando representantes con capítulos *en América* y en otras partes: 1º, Rito Francés; 2º, Rito de Heredom; 3º, A. y Rito A.; 4º, Rito de Kilwinning; 5º, Rito Filosófico; 6º, Rito del Régimen Recto; 7º, *Rito de Memphis*; 8º, Rito de Mizraim. Todos bajo el Gran Colegio de Ritos". El Rito A. y A. fue legalizado originalmente en América el 9 de noviembre de 1856, con David McClellan como G. M. (véase la Real Enciclopedia Masónica de Kenneth Mackenzie, pág. 43); y en 1862 se sometió por completo al Gran Oriente de Francia. En 1862, el Gran Oriente *visó* y selló la Patente americana de Seymour como G. M.; y fueron nombrados representantes mutuos, hasta 1866, en que se rompieron las relaciones del G. O. con América, y el Santuario Soberano Americano se situó "en el seno" del Antiguo Consejo Cernear del "Rito Escocés" de 33 grados, como dice John Yarker en la obra citada. En 1872 se estableció en Inglaterra un Soberano Santuario del Rito, por la Gran Corporación Americana, con John Yarker, como Gran Maestre. En lo sucesivo, hasta hoy, nunca se ha discutido la legalidad del Santuario de Seymour por el Gran Oriente de Francia; y se encuentra una referencia de él en los libros de Marconise de Negre.

"Parece una gran cosa, sin duda, ser un grado 32, y además un 'Inefable'; pero lea usted lo que dice Robert B. Folger, M. D., Past Master 33º, en su "Rito Escocés Antiguo y Aceptado en 33 Grados": "Con referencia a los otros grados... (con excepción del 33º, que fue fabricado en Charleston), todos estaban en posesión del G. O. antes, pero eran denominados... en desuso." Y más adelante: "¿Quiénes, pregunta, fueron las personas que formaban este Supremo Consejo del grado 33? ¿Y dónde obtuvieron ese grado o el poder de concederlo?... Nunca han presentado sus credenciales, ni existe prueba alguna de que entrasen en posesión del grado 33 de un modo regular y legal" (páginas 92, 95, 96).

"Que un Rito Americano tan espúriamente organizado rehuse reconocer la patente de un Santuario Soberano Inglés, debidamente reconocido por el Gran Oriente de Francia, no invalida en modo alguno mi pretensión a honores masónicos. De igual modo podrían los protestantes negarse a llamar cristianos a los dominicos, porque los primeros se hayan apartado de la Iglesia Católica y se hayan organizado aparte; es el mismo caso de los masones A. y A. que niegan la validez de una patente que dé una corporación inglesa del Rito A. y A. Aunque yo nada tengo que ver con la masonería *moderna* americana, ni espero tener que ver con ella, sin embargo, sintiéndome muy honrada con la distinción que me ha conferido el hermano Yarker, entiendo

choques inevitables entre dos colaboradores como nosotros de personalidades tan antagónicas. En cuanto a mí ella me hizo considerar como desprovistos de valor todos los lazos sociales, todas las ambiciones y deseos, porque sentía y siento aún en el fondo de mi corazón que vale más ser portero, o menos todavía, del Altísimo que el continuar bajo los doseles de seda que el mundo egoísta me habría otorgado con sólo pedirlo, e igual pensaba de H. P. B., cuyo entusiasmo infatigable era un inagotable manantial de estímulos para cuantos a ella se acercaban. Así era absolutamente imposible que la S. T. pereciese, mientras que entrambos estuviésemos dispuestos al sacrificio por su causa.

---

sostener mis derechos patentados, y no reconozco otra autoridad que la de los masones elevados de Inglaterra, que han tenido a bien enviarme este testimonio, no solicitado ni esperado, de su aprobación de mis humildes trabajos.

"De la misma marca que lo anterior es la ignorante grosería de ciertos críticos que declaran a Cagliostro un "impostor", y denominan "charlatanismo" a su deseo de injertar la filosofía oriental en la masonería occidental. Sin tal unión, la masonería occidental es un cadáver sin alma. Como Yarker observa en sus *Notas sobre los Misterios de la Antigüedad*, "Tal como la fraternidad masónica es ahora regida", el arte se está convirtiendo en un depósito de "mezquinos oropeles masónicos", "mercantiles encanallados" y "emperadores y charlatanes masónicos", que estafan a sus hermanos, empluman sus nidos "con las aristocráticas pretensiones que han uncido a nuestras instituciones, *ad captandum vulgus*".

Soy de usted respetuosamene afectísima,

H. P. Blavatsky."

En relación con la pretensión de H. P. B. de pertenecer a "Fraternidades masónicas orientales", se encuentran en su Diario, de su puño y letra, las siguientes notas, de fechas domingo y lunes, 8 y 9 de diciembre de 1878, que son interesantes: "*Diciembre 8.* Luego (vino) Carter-Maynard, con un cierto capitán Hommons (un místico, vidente y Rosacruz). — *Diciembre 9.* El capitán Hommons vino con Maynard —dio a N. ("N." era uno de los Instructores orientales que trabajaban en aquel tiempo por medio de H. P. B. Se refiere a él varias veces en su *Diario*, como ocupando su cuerpo en muchas ocasiones) la presión y palabra de paso de la Madagascar... (después de la palabra "Madagascar" vienen dos signos, que probablemente equivalen a la palabra "Logia" o "Capítulo"), y, por consiguiente, fue aceptado como miembro de la S. T.'

Capítulo XIX

H. P. B. ESCRIBE "ISIS SIN VELO"

La misión de Helena en Norteamérica tuvo tres principales aspectos: el de estimular y defender el espiritualismo en aquel joven país, dando el verdadero sentido de las ideas espiritistas que allí nacieran, como es sabido; el de fundar la Sociedad Teosófica, y, por último, el de escribir ese monumento de la época que se llama *Isis sin Velo.* Habiendo hablado ya en capítulos anteriores de los dos primeros asuntos, nos resta ocuparnos ahora del tercero.

Vera P. Yeliowshky, en su citada Memoria, nos dice respecto de esta admirable obra enciclopédica:

"Me he lanzado a escribir una gran obra sobre teología, creencias antiguas y secretos de las ciencias ocultas —nos escribía Helena a nuestra tía N. A. Fadéef y a mí el año 1875—, pero no temáis nada por mí. Estoy segura de lo que hago. Yo no sabría, quizá, hablar debidamente de estas cosas abstractas, pero las materias esenciales de aquéllas me son dictadas... Lo que así escriba no será mío sólo, por tanto, pues que no oficiaré sino de amanuense. La cabeza que pensará por mí será de uno que lo sabe todo...[1]"

[1] "Ella —indica Olcott— dice también a su tía: Mientras mi maestro está ausente y ocupado en otra cosa, Él despierta en mí su sustituto de ciencia... Entonces no soy *yo* quien escribe, sino mi *Ego* interior, mi *Yo luminoso* el que piensa y escribe por mí. Reflexionad un poco... Vos, que me conocéis, ¿cuándo he sabido semejantes cosas? ¿De dónde me viene toda esta ciencia?" Los lectores que quieran estudiar a fondo tal fenómeno psíquico, único en la Historia, no deberán dejar de comparar las explicaciones antedichas acerca de los estados de conciencia de H. P. B. con una serie de cartas por ella escritas a su familia, y cuya publicación se comenzó en *The Path* de diciembre de 1894. Ella reconoce allí muy formalmente que en dichos momentos su cuerpo estaba ocupado por entidades extrañas que hacían su labor y me enseñaban por su boca cosas de las cuales ella no tenía el menor conocimiento en su estado normal.

"Esta explicación no es del todo satisfactoria si se la toma al pie de la letra, porque si todos los fragmentos separados de su rompecabezas psicológico se hubiesen unido siempre bien para formar un dibujo geométrico, sus obras literarias estarían exentas de error y los asuntos se sucederían según un plan lógico y regular. Inútil es decir que acaeció de bien diferente manera y que en el momento mismo en que *Isis* salía de las prensas de Trow después que Bouton hubo gastado cerca de 600

"Si algún libro —dice, por su parte, Olcott historiando tal momento— ha hecho época, es éste de *Isis sin Velo.* Sus resultados han sido tan importantes en un sentido, como los de la primera gran obra de Darwin en otro. Son ellas dos grandes mareas del pensamiento moderno, tendiendo ambas a barrer con las necedades teológicas, reemplazando la creencia en el milagro por la creencia en las leyes naturales. Sin embargo, nada menos brillante que el comienzo de *Isis.* Un día del verano de 1875, H. P. B. me

dólares en correcciones y cambios de forma en páginas y pruebas, ella carecía de todo plan. El primer volumen se pensó que tratase de cuestiones científicas y el segundo de las religiosas, pero entrambas se mezclan en los dos volúmenes... y cuando el editor se negó a arriesgar más dinero en la empresa, teníamos materiales para un tercer volumen, los cuales fueron inexorablemente destruidos por H. P. B. antes de que saliésemos para la India, no pensando que algún día pudiesen ser utilizados, pues no había jamás soñado en *The Theosophist,* en *La Doctrina Secreta* ni en otras obras futuras. ¡Cuántas veces no nos lamentamos los dos de haber destruido así tan desconsideradamente elementos tan preciosos!"

"H. P. B., en efecto, quedará siempre como un prodigio mental, pero deja de pertenecer a la clase de esos literatos entre quienes se cuentan como gigantes de erudición Aristóteles, Longinos, Buddhagosha, Hiuen Tsang, Alberoni, Madhavacharya y Nasreddin (el filósofo persa), y en los tiempos modernos Leibnitz, Voltaire, Spencer, etc. También se ve cuán justamente se estimaba ella, y sin perder puesto entre los eruditos, ella permanecerá siempre como un problema único en el mundo occidental. Si se rechaza la hipótesis de que las obras de Shakespeare hayan sido escritas por Bacon, la consideración de su naturaleza vagabunda y vulgar viene a confirmar, más bien que a destruir, la teoría de que, al modo de H. P. B., haya pedido ser el agente de grandes inteligencias vivientes que comandaban en su cuerpo y le hacían escribir cosas que sobrepujaban grandemente a sus facultades normales. La comparación, por supuesto, resulta en favor de Shakespeare, porque sus obras revelan un conocimiento mucho más profundo de la naturaleza humana, y mayor ciencia intuitiva que la de H. P. B. El espíritu normal del primero (o el que le hacía pensar) pareció contener desde luego todo cuanto debía más tarde utilizar, mientras que la segunda parecía haber seguido distinto procedimiento de evolución mental."

"Si se quiere tributar a H. P. B. la más elemental justicia, es preciso no perder de vista un hecho importante, y es que no era ella una mujer culta o sabia, en el sentido literal de la palabra, cuando llegó a América. Largo tiempo después, cuando se comenzó *Isis sin Velo,* yo pregunté a su tía, la señora N. A. Fadéef, dónde habóa adquirido su sobrina toda esta erudición variada de rara filosofía, metafísica y ciencias; esa comprensión intuitiva prodigiosa de la evolución étnica, de la emigración de las ideas, de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, etc. Su tía me respondió francamente que hasta la última entrevista con ella, cinco o seis años hacía (1870), Helena 'jamás había ni soñado en tales cosas'; que su educación había sido simplemente la de una señorita de buena familia; que había aprendido, a más del ruso, el francés, un poco de inglés, una tintura de italiano y la música. Ella misma se admiraba de cuanto decía acerca de su erudición, y no podía atribuirla más que en ese mismo género de inspiración de los apóstoles, hablando lenguas por ellos ignoradas hasta entonces en el día a la Pentecostés, añadiendo que desde su infancia había sido una médium de lo más notable por sus poderes psíquicos y la variedad de sus fenómenos; que ninguno de éstos de los que ella había oído hablar durante el curso de una vida dedicada al estudio de estos asuntos. (Carta fechada en Odessa en mayo de 1877.)

"De todos los amigos que tuvo H. P. B., yo fui el mejor situado para poder juzgar sus conocimientos literarios, habiéndola ayudado en su correspondencia y demás escritos, y habiendo corregido casi todas las páginas de sus manuscritos durante largos años. Además, gocé de su confianza desde 1875 a 1885 en un grado superior a cualquiera otra persona, y estoy capacitado, pues, para afirmar que en estos primeros tiempos no era ella, en su estado normal, al menos, la mujer sabia, ni jamás una escritora correcta."

mostró un puñado de cuartillas que acababa de escribir, diciendo: 'He escrito esto anoche, *por orden* del Maestro; pero lléveme el diablo si alcanzo a saber en qué parará ello. Acaso en un artículo de periódico, quizá un libro, y quizá nada. En todo caso he obedecido.' Y diciendo esto, las metió en un cajón de la mesa y no se volvió a ocupar del asunto; pero ya en setiembre de aquel año fue ella a Siracusa (New York) a hacer una visita a su nuevo amigo el Profesor Corson, de la Universidad de Cornell, y su señora, y allí continuó su trabajo, escribiéndome que el trabajo en cuestión sería un libro sobre la historia y la filosofía de las escuelas orientales en relación con nuestra época. Añadía que estaba escribiendo sobre asuntos que ella no había jamás estudiado y citaba libros que no había leído en su vida, y que el profesor Corson, para comprobar su exactitud, había evacuado las citas en la biblioteca clásica de la Universidad, encontrándolas exactas. No obstante trabajó poco durante su estancia allí, escribiendo sólo al acaso, e igual aconteció todo el tiempo que permaneció en Filadelfia, pero un mes o dos después de la fundación de la S. T. (noviembre de 1875), tomamos dos departamentos en la misma casa, y desde entonces *Isis* se continuó sin interrupción hasta ser terminada en 1877. H. P. B. no había hecho en toda su vida la décima parte de un trabajo literario como aquél, ni yo, por mi parte, tampoco he conocido a un redactor-jefe de periódico que pudiera parangonársele en punto a trabajo incesante. Desde por la mañana hasta por la noche permanecía en la mesa de trabajo, y era muy raro el día en que nos acostábamos antes de las dos de la madrugada. Durante el día yo me ocupaba de mi profesión, pero después de cenar temprano nos instalábamos juntos en una gran mesa, trabajando como dos fieras hasta que nos rendía la fatiga física. ¡Qué asombrosa experiencia! Durante aquel lapso de casi dos años yo concentré todos mis conocimientos de lecturas y meditaciones, y no sólo le servía de secretario y de corrector de pruebas, sino que a veces me hacía colaborar también en cosas que jamás había pensado ni leído, y estimulaba mi espíritu con nuevos problemas ocultos o metafísicos para los que carecía de preparación y que no concebía sino a medida que se iba desarrollando mi intuición en esta violenta senda. Ella no trabajaba tampoco según un programa previo, sino que las ideas saltaban de su cerebro como borbotones de un poderoso manantial que se desbordaba por doquier. Tan pronto hablaba ella de Brahma como del gato-meteoro eléctrico, de Babinet; tan pronto citaba respetuosamente a Porfirio, como al diario de aquella mañana o el libro reciente que la acababa de traer, y salía de los abismos de la adoración del Adepto ideal para tomar violentamente partido contra el profesor Tyndall o cualquier otra 'bestia negra', todo ello a trancos y a saltos, de tal modo que cada párrafo formaba un todo susceptible de ser separado sin dañar al que le antecedía o al que él seguía, cosa que se percibirá si se examina este libro extraordinario, a pesar de las múltiples reformas que ha sufrido [2]."

[2] "Por eso —añade el mismo biógrafo— los originales de H. P. B. presentaban, según las circunstancias, aspectos muy diferentes. No obstante que su escritura conserve siempre su carácter propio, de manera que cualquiera que la conozca bien puede comprobar que es suya, un examen más atento descubre en ella dos o tres variaciones por lo menos, y que se continúan durante muchas cuartillas sucesivas, hasta

Y luego, continúa:

"Si, a pesar de toda su ciencia, trabajaba H. P. B. sin plan preconcebido, ¿no quiere ello decir que no escribía por sí misma y que no era el canal a través del cual esa ola de esencia vital poderosa se derramaba en el proceloso mar del espiritualismo moderno? En ocasiones, con objeto de educarme y ejercitarme, ella me exigía que escribiese sobre un asunto dado, unas veces indicándome los puntos principales, otras abandonándome a mi propia intuición. Una vez hecho mi trabajo, si no quedaba satisfecha de él se irritaba hasta lo imposible, tratándome de cuantas maneras más podían exasperarme; pero si entonces hacía ademán de romper las desdichadas cuartillas, ella me las arrancaba de las manos y las ponía aparte para utilizarlas después de una mano de arreglo. Y eran cosa de ver sus propios manuscritos: recortados, pegados, vueltos a recortar y a pegar de tal modo que mirando algunas cuartillas al trasluz se las veía compuestas de seis y hasta diez recortes, con ligeras líneas de texto para empalmarlas, adquiriendo tal habilidad en semejante ejercicio que solía envanecerse de ello con los amigos...[3].

Desde la publicación de su primer artículo en el *Daily Graphic* en

---

dejar su puesto a la otra. Es decir, que no se encuentra casi nunca más de una variación en la misma cuartilla, cuando aquel que había "dictado" durante la misma sesión cedía el puesto a "otro", que continuaba a su vez durante el resto de la noche o de la siguiente, o bien de la mañana. Una da estas escrituras de H. P. B. era muy pequeña y sencilla, otra rasgueada y atrevida, otra sencilla también, mediana y muy bien legible, otra, en fin, garrapateada y difícil de descifrar, con unas *aes, es* y *equis* las más extrañas y singulares. El inglés de dichas escrituras variaba también por completo. Tan pronto tenía que hacer numerosas correcciones por línea, tan pronto podía dejar pasar cuartillas y cuartillas sin casi la menor falta de gramática o de ortografía. Los más perfectos de estos manuscritos eran los que se escribían para ella durante su sueño. Tal fue el comienzo del capítulo XIV del tomo I, acerca de la civilización del Egipto. Habíamos cesado de trabajar como de costumbre, hacia las dos de la madrugada, y fatigadísimos entrambos nos pusimos a fumar un cigarro, charlando como de costumbre antes de separarnos. Ella se quedó dormida sobre su silla, diciéndome "buenas noches", de manera que me fui rápidamente a mi alcoba. A la mañana siguiente, cuando volví al desayuno, me mostró un montón de unas 30 ó 40 cuartillas de un hermoso manuscrito de su mejor escritura, y me dijo que un Maestro, cuyo nombre no ha sido tan sonado como el de otros, lo había escrito para ella. La redacción era perfecta en todos sus aspectos y fue a la imprenta sin retoques.

Lo más curioso de estos cambios de estilo y de escritura en H. P. B. era que ésta salía un momento de la estancia o pasaba por un estado de trance o de abstracción, durante el cual sus ojos miraban al espacio, a mi espalda, y volvían casi inmediatamente al estado normal. Al mismo tiempo se producía un cambio bien visible en su personalidad, o mejor dicho, en sus idiosincrasias, en sus ademanes, en su timbre de voz, en la vivacidad de sus modales, y, sobre todo, en su carácter. Aquellos que hayan leído sus *Grutas y selvas del Indostán* podrán recordar a aquella pitonisa que desaparecerá como un torbellino para volver cual si estuviese poseída por un dios nuevo. Así le acontecía, en efecto, a H. P. B. —hechicería y danza vertiginosa aparte—. Ella, al abandonar la estancia, era otra persona que cuando volvía, no respecto a su propio cuerpo físico, sino en otros movimientos, otras maneras y otro lenguaje. Su mentalidad también era diferente y tenía otra manera de ver las cosas, otro vocabulario y gramática y distinta ortografía; pero sobre todo, ¡*oh, sobre todo*! un humor incierto, que variaba desde la dulzura más angelical hasta el extremo más opuesto. A veces ella soportaba con la máxima benevolencia mi estúpida incapacidad para poner sus ideas por escrito, mientras que en otras ocasiones el más ligero error la ponía furiosa y diríase que me iba a despedazar. Sin duda que tales excesos de violencia dependían de su estado de salud, sin tener nada de anormal, por tanto; pero semejante teoría no basta para explicar todas sus rarezas. Sinnett la ha descripto admirablemente en una carta particular como una mezcla mística de diosa y de energúmena, añadiendo:

"Seguramente que en ella no se advertían los atributos superficiales que se esperarían ver en un maestro espiritual, y largo tiempo fue para nosotros un misterio que ella hubiese sido capaz a la vez de renunciar al mundo para buscar su progreso espiritual y de entregarse a la mayor cólera con ocasión del más nimio motivo, etc." Sin embargo, si se admite que cuando su cuerpo estaba ocupado por un sabio ella actuaba sabiamente y al contrario en su ausencia, el problema queda resuelto. Su querida tía, madame N. A. F., que le amaba tan apasionadamente y siguió amándola hasta el último momento, escribía a M. Sinnett que ella había mostrado desde su más tierna juventud este temperamento excitable, que quedó como una de sus mayores características, y que llegaba a la violencia más indomable y rebelde a toda autoridad o vigilancia. La menor contradicción producía crisis de cólera y hasta convulsiones. Ella misma ha contado en una carta de familia sus experiencias psicológicas cuando escribía su libro.

"Cuando escribía *Isis*, decía, escribía tan fácilmente que para mí no era un trabajo, sino un placer. ¿Por qué me alaban, pues? Cuando *se me decía* que escribiese, me sentaba, obedecía, y en situación semejante yo podía escribir con idéntica facilidad sobre cualquier materia: metafísica, psicología, filosofía, religiones antiguas, zoología y otras ciencias naturales, en fin, de todo. Jamás me pregunté: '*¿puedo yo escribir sobre esto?*' Yo me ponía simplemente en mi pupitre y escribía. ¿Por qué? Porque me dicta alguien *que lo sabe todo*, mi *Maestro*, y otras veces por lo que he podido conocer en mis viajes. Os ruego que no por eso me creáis loca. Ya os lo he dado a entender diferentes veces, y os lo repito francamente: cuando escribo sobre un asunto que conozco mal o que ignoro por completo, me dirijo a ellos, y uno de ellos entonces me inspira, es decir, que me deja copiar simplemente manuscritos o impresos que veo pasar en el aire delante de mis ojos, sin que por eso pierda ni un instante la conciencia de la realidad."

Ella escribía otra vez a su hermana Vera: "Tú puedes no creerme; pero te afirmo que no digo sino la verdad..."

[3] Este detalle de Olcott a propósito de la relación de *Isis* es por demás singular:

"Habíamos trabajado en *Isis* —dice— muchos meses y teníamos ya unas 870 páginas de manuscrito, cuando una bella noche me preguntó si para complacer a nuestro *Gurú* consentiría en volver sencillamente a empezar. Recuerdo como si fuese hoy el golpe que aquello fue para mí ante la idea de que iban así a perderse tantas semanas de trabajo forzado, de tempestades psicológicas y de enigmas arqueológicos que levantaban dolores de cabeza, o al menos tal me figuraba en mi ignorancia infantil. Sin embargo, como mi amor, respeto y gratitud por aquel Maestro y por todos cuantos me habían otorgado semejante privilegio de participar en sus trabajos era sin límites, consentí en que volviésemos a empezar. Felizmente para mí aquéllo no era sino una habilidad de H. P. B. para probar mi fidelidad y la firmeza de mi resolución, recibiendo en cambio rico desquite espiritual. Se me explicaron principios, se me dieron numerosos ejemplos con fenómenos psíquicos, y se me ayudó a hacer experimentos, haciéndome conocer a Adeptos diversos, y de una manera general, fui puesto al corriente —al menos en lo que permitía mi limitación nativa y mi suficiencia de hombre práctico y de mundo —para la obra pública, todavía insospechada, que me preparaba el porvenir y que debería llegar a ser histórica. Muchas gentes han hallado extraño y hasta incomprensible el que de cuantos han ayudado al movimiento teosófico, con frecuencia a costa de los más duros sacrificios, yo hubiese sido el único en recibir el favor de una tal intimidad personal con los Mahatmas, y que su existencia me haya sido evidenciada como la de mis parientes o amigos más íntimos. No puedo explicarme esto; sé lo que sé, pero ignoro el por qué algunos de mis colegas no saben otro tanto. Sea de ello lo que fuere, muchas personas me han dicho que ellas basan su fe en los Mahatmas sobre el testimonio invariable e inatacable mío, que así venía a corroborar las aserciones de H. P. B. Yo fui así favorecido probablemente porque lancé la *Teosofía* con H. P. B. y por sus maestros, y me dispuse a gobernarle entre tantos ciclones y *maelstrom*, sin desertar de mi puesto."

1874 y durante toda su residencia en América, veíase H. P. B. asaltada por numerosos visitantes, y si entre ellos encontraba alguno que poseyese cualquier conocimiento especial referente a su obra, le impulsaba a que manifestase y mejor a que escribiese sus opiniones o sus recuerdos, según los casos, para insertarlos, comentados, en su libro. Puedo citar, entre otros ejemplos, el relato hecho por M. O'Sullivan de una escena de magia en París, el interesante ensayo de M. Rawson acerca de las iniciaciones secretas entre los drusos del Líbano, las numerosos notas y hasta los párrafos enteros del doctor Alejandro Wilder en la introducción y en otros pasajes. Vi también a un rabino hebreo pasar noches enteras discutiendo con ella acerca de la Cábala, y le oí decir que aunque llevaba él estudiando treinta años las ciencias secretas de su religión, había aprendido de H. P. B. cosas en las que él no había soñado siquiera, aclarándole pasajes que sus maestros más doctos jamás alcanzaron a esclarecerle. ¿De dónde sacaba tanta ciencia? Es indudable que la poseía; pero ¿cómo la había adquirido? Ni de sus institutrices de Rusia, ni de ninguna otra fuente conocida para su familia o sus amigos más íntimos. Tampoco podía haberla adquirido ni en los ferrocarriles y buques donde había pasado su juventud, recorriendo el mundo, ni en las Universidades, donde no había pisado, ni, en fin, en las grandes bibliotecas públicas. Juzgando sólo por sus conversaciones y sus hábitos, jamás había hecho los estudios necesarios para adquirirla antes de comenzar su gigantesca empresa, pero en el momento preciso, veíase, sin embargo, en posesión de los conocimientos necesarios, y en sus momentos más inspirados, si cabe hablar así, ella asombraba a los eruditos, tanto por la ciencia, de la que rebosaba, como por su elocuencia, la brillantez de su espíritu y la ironía de sus críticas. Diríase al ver la multitud de citas de su *Isis sin Velo*, que ella la había escrito desde un rincón del British Museum o de la Astor Library de Nueva York, siendo así que de hecho nuestra biblioteca apenas si tenía un centenar de adecuados volúmenes. De cuando en cuando M. Sotheran, M. Marble y algún otro amigo, solían traerla algún libro, y últimamente M. Bouton. Ella hizo gran uso de algunas obras, tales como *The Gnostics*, de King; *The Rosicrucians*, de Jennings; *The Soul* y *The Spirit history of man*, de Dunlop; *The Hindu Pantheon*, de Moor; los furiosos ataques de Des Mousseaux contra la magia, el magnetismo, el ocultismo, etc., que consideraba como diabólicos; las diversas obras de Eliphas Levi; los veintisiete volúmenes de Jacolliot; las obras de Max Müller, Huxley, Tyndall, Herbert Spencer y demás autores más o menos célebres, no más de cien volúmenes, en suma. Así, pues, ¿qué biblioteca, repito, había frecuentado ni qué libros había podido consultar? [4].

[4] "H. P. B., añade Olcott, ha sido acusada de plagio por algunos. Sin embargo, estoy seguro de que ella nunca tuvo en sus manos los libros que se dice plagió. Lo que hay es que tenía el poder de leer conscientemente los acontecimientos y datos registrados en la luz astral, y de ello he tenido abundantes pruebas durante los dos años que estuve en relación y correspondencia con ella. Semejantes casos nos dan la clave para explicarnos más de un misterio de nuestra ciencia psicológica. Dondequiera que una persona caída en trance hable una lengua desconocida para ella misma en su condición normal o discurra doctamente sobre asuntos de los que no sabe nada, se suele creer por los científicos que tales personas han adquirido de alguna manera semejantes conocimientos, teniéndolos impresos en su memoria. Si, por ejemplo, una

"H. P. B. tenía una teoría admirable, con la que explicaba su manera de escribir sus obras, particularmente *La Doctrina Secreta*, que vino después, a saber, la de la visión astral. Esta teoría ocultista, que no vamos a desenvolver aquí, pretende ser la clave de todos aquellos fenómenos que

persona inculta, estando en trance medianímico, pronuncia un discurso en latín y se llega a saber después que ella ha oído aquí o allá algunas palabras sueltas de esa lengua, ya se cree que se tiene explicado el secreto, no obstante que una tal explicación resultaría aún más inexplicable. Más razonable, por el contrario, sería el buscar la solución en el hecho de que toda cosa ocupa un sitio en el plano físico y produce una impresión que es registrada y conservada en la 'luz astral' o 'sensorio del mundo', pudiendo las cosas existentes allí ser reflejadas, y producir sus imágenes un enérgico espejismo en las mentes sensitivas capaces de recibir las correspondientes vibraciones."

"M. W. H. Burr preguntó, en carta publicada por el *Truth-Seeker*, al doctor Wilder si era cierto el rumor que corría de que había él escrito *Isis* para H. P. B., y nuestro viejo amigo respondió sinceramente que era una versión falsa, puesto que sólo había hecho para ella lo que antes va dicho, que le había dado excelentes consejos y que, previo pago, le había preparado el programa de una cincuentena de páginas al tenor de los apuntes que recibiese de ella para tal objeto. He aquí todo. También se dijo que yo había escrito el libro y que ella le había retocado, cosa igualmente sin fundamento y por completo contraria a la verdad, puesto que yo he corregido varias veces las páginas de su manuscrito y todas las pruebas, y escrito algunos párrafos al tenor de sus ideas, cuando ella, que jamás había escrito nada en inglés, encontraba alguna dificultad en expresarlas en dicha lengua. La ayudé también a evacuar las citas y a otros trabajos supletorios del mismo género. Pero su libro la pertenece por entero, al menos por lo que atañe a sus colaboradores del plano físico, y a ella es a quien deben ser dirigidos los elogios y las críticas. Su libro hizo época y cuando se escribió equivalía al trabajo teosófico de veinte años. En suma, ¿de dónde sacó H. P. B. los materiales de *Isis*, que no provienen de ninguna fuente literaria conocida? De la *luz astral*, y mediante sus sentidos espirituales, de sus Maestros —los 'Hermanos', los 'Adeptos', los 'Sabios', los 'Maestros'—, según los diversos nombres que se les ha dado. ¿Cómo puedo yo saberlo? Por lo mismo que yo he trabajado en *Isis* durante dos años con ella y mucho tiempo después en otras publicaciones."

Olcott, a este propósito, añade sabiamente:

"Con motivo de su respuesta a 'Hiraf', en la que H. P. B. entró por vez primera en detalles acerca del ocultismo, explicando la verdadera naturaleza de los espíritus elementarios, cierto crítico instruido, pero ciegamente hostil, trató su artículo —y lo mismo se ha hecho después por otros tales con los libros de la Maestra— de simple arreglo de los escritos mágicos de Eliphas Levi, de Des Mousseaux y de Hargrave Jennings sobre los Rosacruces." En dicho artículo aquel doctor decía: "La señora que tal ha escrito no pretende ninguna autoridad personal; se llama a sí misma "mi pobre ego ignorante", y declara que ella solamente quiere decir un poco de lo que ha recogido en sus largos viajes por Oriente, es falso: todo el artículo proviene de libros europeos." Pero, ¿de dónde dichos autores —replica Olcott— han sacado su ciencia sino de otro? ¿Y éstos, de dónde? De Oriente y siempre de Oriente. Ninguno de cuantos el impugnador cita fue personalmente un ocultista, un adepto de la psicología práctica, ni el mismo Eliphas Levi, salvo el débil grado de poder, según su propia confesión, de evocar los espíritus por medio del ceremonial de la magia, y era hombre que gustaba demasiado de los placeres de la mesa para alcanzar a más alto grado de magia. Des Mousseaux no es sino un compilador paciente y dócil por cuenta de los jesuitas y teatinos, de los que publica certificados laudatorios, y en cuanto a Hargrave Jennings, le hemos conocido todos como un estimable hombrecillo, un literato de Londres que sabía de ocultismo lo que se leen en los libros ,y con deducciones no siempre exactas. Hubiese o no adquirido además H. P. B. en Oriente sus conocimientos, sus poderes y sus facultades en psicología práctica, es innegable que ella los poseía; que de ellos se servía cuando le venía en gana, y que las explicaciones que de los mismos daba son idénticos a cuantos suministran las enseñanzas en todas las escuelas orientales de ciencias ocultas. Personalmente puedo certificar también que estaba en relación con adeptos orientales, así como sus instrucciones,

en todo tiempo han apasionado a los espíritus: previsión del porvenir, visión a distancia, escenas pasadas momentáneamente arrancadas a lo que creemos 'ser la nada' por la potencia evocadora del mago... El 'cliché astral' sería, en cierta manera, la manifestación en el éter de las sombras invisibles proyectadas indistintamente por todo cuanto constituye la materia del mundo visible y tangible en que nos movemos. Los sujetos hipnóticos y las naturalezas particularmente dispuestas poseedoras del don de 'la visión astral' podrían percibirlos...

H. P. B., se dice, poseía dicha facultad oculta hasta el más perfecto grado de desarrollo, y aun parece que usó de ella en los casos en que el empleo de la magia no era absolutamente necesario, como, por ejemplo, en numerosos pasajes y citas de sus libros, los que podía muy bien y de un modo natural traer al alcance de su pensamiento... La memoria también es una verdadera maga, y sabemos que ella suele registrar, sin que lo sospechemos, tesoros que pueden llegar a ser en un momento dado extremadamente preciosos. Las naturalezas sensitivas y nerviosas están mejor dispuestas que las demás para esos registros inconscientes, y H. P. B., por su vibrante constitución, fue, según hemos visto, un maravilloso sujeto magnético. Es interesante consignar lo que ella pensaba de esa 'visión astral' y de la ayuda poderosa que allí encontró para su obra: 'En el ámbito que me rodea hago una especie de vacío y sobre él mis ojos y mi espíritu; entonces pasan ante mí como cuadros las sucesivas escenas. Si tengo necesidad de tomar citas de algún libro, dirijo con intensidad mi espíritu hacia él. El doble astral del libro se me muestra en seguida y tomo de él lo que deseo.' Cuanto más desprendido, en efecto, se encuentra el espíritu de preocupaciones y contrariedades más poder posee para realizar el esfuerzo."

"Era, en efecto, cosa curiosa e inolvidable el ver trabajar a H. P. B. De ordinario nos poníamos cada uno a un lado de una gran mesa y podía seguirla en todos sus movimientos. Su pluma volaba sobre la cuartilla, mas de repente se detenía al par que aquella mirada en el espacio con esa vaga fijeza de los clarividentes, pareciendo como que leía alguna cosa invisible en el aire y poniéndose a copiarla. Acabada la cita, sus ojos recobraban su disposición habitual y se ponía a escribir normalmente hasta que, de allí a poco, el fenómeno se reproducía. Recuerdo perfectamente que en dos ocasiones he podido ver y tocar libros en sus dobles astrales, en los que he podido tomar y copiar citas adecuadas, que ella tuvo que

hablando con ellos antes de abandonar a América y después de nuestra llegada a la India. Los libros de Levi, de Des Mousseaux y demás escritores antiguos y modernos eran como el arsenal de donde ella tomaba lo necesario para dar carácter occidental a las ideas asiáticas; de aquí tomaba un hecho y de allí otro, aunque en ellos no tuviese sino instrumentos harto imperfectos, con informes falseados, deformados o mutilados casi siempre. Los rosacruces, hermetistas y teósofos de Occidente, al publicar sus libros en épocas de profunda ignorancia y de intolerancia religiosa, escribían en cierto modo bajo la amenaza del hacha del verdugo, o sobre los leños de la hoguera, y tenían que ocultar la ciencia divina bajo símbolos raros y metáforas engañosas. El mundo tenía, pues, necesidad de un intérprete, y le fue dada la persona de H. P. B., y ésta, encontrando en su experiencia práctica y sus desarrolladas facultades la clave del laberinto, ella tomó la jefatura hasta un grado de independencia que yo no sabría precisar, antorcha en mano, invitando a los bravos a que la siguiesen.

materializar para probarme su exactitud, dado que yo rehusaba dejar pasar pruebas sin comprobación. Uno de estos libros era una obra francesa de fisiología y psicología; la otra, francesa también, sobre una rama de la neurología. El primero en dos tomos, encuadernados en pergamino; el otro en tela. Esto acaecía cuando habitábamos en la famosa 'Lamasería', 302 West 47 Street, Cuartel general ejecutivo de la S. T. Yo le había dicho: 'No puedo dejar pasar esta cita, porque estoy seguro de que no es exacta.' 'Oh —replicó ella—, está bien, seguid adelante.' Y como insistiese yo, acabó por decir. 'Pues bien, estaos quieto un momento, que lo vamos a ver.' Sus ojos tomaron seguidamente su expresión de un mirar lejano y, al cabo de un instante, ella me mostró en el fondo de la estancia un estantito donde metíamos mil chucherías, diciendo con cavernosa voz: '¡Allí!' Y, al momento, con su voz natural: '¡Allí, mirad allí!' Fui en el acto y encontré, en efecto, los dos volúmenes deseados y que, según mis conocimientos, jamás habían estado en la casa hasta aquel momento. Comparé entonces el texto original con la cita de H. P. B., la hice ver su error, realizando la corrección sobre la prueba y, a petición suya, volví a colocar los dos tomos sobre el estantito de donde los había tomado. Volví a ponerme a trabajar, y cuando, al cabo de cierto tiempo, volví a mirar en aquella dirección, los dos volúmenes habían desaparecido. Ahora bien, ante semejante fenómeno, autorizo a los escépticos a que duden de mi razón y que les haga buen provecho. Igual aconteció con el *aporte* de un segundo libro; pero este último ha permanecido en nuestro poder desde entonces hasta ahora.

"Cuando el libro apareció, causó tal impresión que la primera edición se vio agotada al punto. Se lee en *El librero americano* de octubre de 1877: 'Ua venta es una cosa sin precedentes para una obra de su índole, habiéndose agotado la edición en diez días. Godofredo Higgins publicó una obra del mismo género en 1873; su *Anacalypsis*, y, aunque sólo tiró doscientos ejemplares, muchos de ellos quedaban sin vender años después de la muerte de su autor y fueron cedidos en bloque por sus herederos a un librero de Londres. Este libro es hoy extremadamente raro, pagándose por él hasta cien libras. El mundo ha envejecido desde los tiempos de Higgins, y el libro de madame Blavatsky es más interesante que el suyo. El éxito es, pues, notable, sobrepujando enormemente las esperanzas del editor.' ¡Cuán verdadero es todo esto! Y llegó a tanto el asombro y la satisfacción de M. Bouton que el domingo 10 de febrero siguiente, y en mi presencia, ofreció a H. P. B. 5000 dólares por la primera edición de un libro en un volumen, que levantase un poco más el velo de *Isis*, si quería ella escribirle para él. Se proponía tirar sólo 100 ejemplares y venderlos a 100 dólares el tomo. Aunque H. P. B. tenía a la sazón gran necesidad de dinero, rechazó la oferta diciendo que, por el momento, no la estaba permitido divulgar nuevos secretos. M. Bouton vive aún y puede certificar sobre la verdad de mi aserto.

"En general la crítica se mostró benevolente. Uno de los más notables entre los críticos, el Dr. Sheldon Mackenzie, dijo que 'es una de las obras más notables que han aparecido hace años por la originalidad de sus pensamientos, la profundidad de sus investigaciones, su filosofía y la extensión y variedad de sus conocimientos'. (*Philadelphia Press*, 9 octubre 1877.)

El crítico literario del *New York Herald* (30 setiembre 1879) añadía: 'Los espíritus independientes acogerán este nuevo libro como una contribución preciosa a la literatura filosófica.' 'Es un suplemento de Godofredo Higgins, *Anacalypsis*. Las dos obras se parecen bastante... Sus originalidades chocantes, su audacia, su versatilidad y la prodigiosa variedad de los temas tratados, hacen de ella una de las producciones más notables de este siglo.' El Dr. Bloede, erudito alemán, dijo: 'Bajo todos conceptos, el libro ha conquistado un puesto de los más importantes entre las aportaciones contemporáneas a la ciencia del espíritu y es harto digno de atención para todos los estudiosos'. Algunas apreciaciones mostraban por su ligereza y sus ideas preconcebidas que el autor no había ni leído el libro. Por ejemplo, el *Springfield Republican* dijo que 'era un gran plato de refritos'; el *N. J. Sun* le clasifica como 'similar de otras obras antiguas, restos de las viejas fantasmagorías'; el director del *N. J. Times* escribió a M. Bouton que lamentaba no poder ocuparse de *Isis* porque él tenía 'un santo horror a Mme. Blavatsky y a sus cartas'; el *N. J. Tribune* dice que 'la erudición del libro es superficial y mal digerida e incoherentes sus descripciones del brahmanismo y del buddhismo, las cuales muestran más presunción que ciencia', y así sucesivamente, no obstante lo cual el libro ha llegado a ser clásico, como M. Quaritch había pronosticado a M. Bouton, quien después ha hecho gran número de ediciones y que al cabo de diecisiete años aún se pide en el mundo entero.

"En el momento de la publicación del libro hice cuanto pude para darle a conocer en el círculo de mis relaciones, y recuerdo haberme encontrado en la calle poco después a uno de mis amigos, alto funcionario judicial, y que mostrándome amistosamente sus puños me dijo: '¿Queréis que cante mi palinodia? Pues bien, os digo que me hicísteis adquirir *Isis* y que la encuentro tan apasionadora, que tengo abandonados todos mis expedientes y que he empleado las tres cuartas partes de la noche última leyéndola; es más, el libro nos hace comprender cuán pobres seres somos en comparación de esos místicos y esos filósofos orientales que ella nos describe con mano tan experta.' El primer dinero recibido para un ejemplar de *Isis* me fue enviado por giro por una señora de Styria y le guardamos como talismán, estando aun hoy en su cuadro en las oficinas del *Theosophist*, en Adyar. En fin, la frase definitiva que se ha dicho sobre aquél es ésta de un autor americano: '¡Hay toda una revolución en este libro!'

Cuando apareció *Isis sin Velo* —dice Vera Jelihovsky—, el libro fue leído y comentado por los periódicos. Helena nos envió los juicios críticos que la Prensa hizo, que eran muy lisonjeros, tranquilizándonos respecto a su reputación literaria. Sin embargo, contenían ellos indicaciones tan extrañas que continuamos llenos de inquietud. Las declaraciones de Olcott, de Judge, presidente de la sección americana de la S. T., de numerosos redactores del *Herald* y del *Times*, de Nueva York, y de otros periódicos, hablaban de fenómenos notables acaecidos durante su redacción. Para abreviar diré que, a pesar de la pobre opinión que la misma madame Blavatsky tenía de su primera gran obra, la cual consideraba mal escrita, oscura y sin una definida relación de asuntos, estimaba en mucho los triunfos y honores verdaderamente excepcionales que le proporcionó. Dejando a un lado los innumerables artículos que aparecieron hablando de este libro, tuvo seguidamente el honor de recibir dos diplomas y muchas cartas de hombres científicos tan eminentes como Layman, John Draper y Alfred Russell Wallace. Este último, entre otros, le escribió lo que sigue: 'Estoy verdaderamente sorprendido, señora, de vuestra profunda erudición. Tengo que daros las gracias por haber abierto mis ojos a un mundo de cosas, de las cuales no tenía anteriormente la menor idea, desde el punto de vista que indicáis a la ciencia, y que explica problemas que parecían insolubles...' Los diplomas le fueron enviados por Talleres simbólicos de Inglaterra y de Benarés (Sociedad de Svat-Bai), las cuales reconocían su derecho a los grados superiores de sus fraternidades. El primero iba acompañado por una rosacruz de rubíes, y el segundo, por un ejemplar antiguo y del mayor valor del *Bhagavad-Gita*, la biblia de la India. Pero lo es aun más notable, el hecho de que el Reverendo Doctor de la Iglesia Episcopal de la Universidad de Nueva York tomó el libro de *Isis sin Velo* como texto para sus sermones. Durante una serie de domingos ocupó el púlpito con sus temas; y el Reverendo Mac Kerky, tomando sus asuntos del tercer capítulo del volumen I, edificó a sus feligreses, lanzando rayos sobre los discípulos materialistas de Augusto Comte y otros pensadores semejantes. Mi hermana, hasta el día de su muerte siguió siendo rusa y buena patriota: la buena voluntad y aprobación de sus compatriotas eran los laureles que más deseaba y estimaba. Sus obras, prohibidas en Rusia por la censura (a pesar de ser incomprensibles para la mayoría de las gentes por estas escritas en inglés, idioma muy poco conocido en Rusia), tenían pocos lectores. Por consiguiente, el honor era mayor cuando los que las leían usaban al hablar de ellas de un medio independiente, término semejante a los del Reverendo Arzobispo Aivasovsky (hermano de nuestro bien conocido pintor), y a los del hijo de nuestro célebre historiador Serger Solovioff, de muy conocido novelista Vsevolod Solovioff. Aivasovsky me pidió que le prestara *Isis sin Velo*, así como también *El Mundo Oculto*, de Olcott. Después que leyó dichas dos obras, me escribió que en su opinión 'no había habido nunca, ni podía haber, un fenómeno más maravilloso que la producción de un libro como *Isis* por una mujer, en el espacio de unos pocos meses, cuando en el curso ordinario de las cosas apenas bastarían diez años a un hombre científico para llevar a cabo semejante obra'. He aquí, en fin, la opinión de M. Vs. Solovioff, inserta en una carta de 7 de julio de 1884, después de leer la traducción francesa manuscrita de la referida obra: 'He leído la segunda parte de *Isis*, y ahora estoy completamente convencido de que es un verdadero prodigio.' De este modo concordaban las opiniones de M. Solovioff y el Arzobispo Aivasovsky. Ambos añadieron que les parecía infantil el hablar de otros milagros de Helena, después del que suponía el haber escrito semejante libro."

En cuanto a lo que *Isis* ha seguido siendo en nuestros días, no hay que decir sino que en lengua inglesa (Inglaterra y Norteamérica) se acerca su tirada ya a un centenar de ediciones, habiendo sido traducida a los principales idiomas, y resultando hoy, más quizá que el primer día, un insustituible libro de texto para los estudios de ocultismo, cábala, espiritismo, y sobre todo religiones comparadas. El estudio, por ejemplo, que de los orígenes del Cristianismo se hace en el segundo tomo es más profundo y

de más alcance que el de otros muchos autores que son clásicos en la materia, y los rasgos verdaderamente geniales que la caracterizan, hacen de la obra una efectiva enciclopedia cuyo complemento vino después a ser *La Doctrina Secreta,* pese al desvío de los propios y a las críticas de los extraños.

Invulnerable al ataque de sus enemigos, cuanto afectuosa y condescendiente con sus numerosos amigos, Helena —dice Tecla Mommerot en su clásico trabajo *Una maga moderna*— pasó insensible ante los juicios del mundo, a los que despreciaba. Desdeñando las bajas calumnias o las mil insidiosas maldades de que fue objeto, siguió tempestuosa, pero altiva, un camino de espinas cuyo término le pareciese más de una vez nebuloso e inaccesible, sin que lograran desviarla en su heroica marcha los choques y decepciones que a la continua tuvo que soportar. Por eso, por poseer un corazón firmísimo y un alma generosa, por todo, en fin, cuanto constituye su vida, está nimbada de una bruma atrayente y extraordinaria, apareciendo como una de las figuras de mayor relieve del siglo que acaba de expirar. Cuando murió, a la edad de sesenta años, dejó dos obras de un género diferente y que en su pensamiento están llamadas a la inmortalidad: la una destinada a prolongar en la vida práctica el impulso que ella diera a ciertas ideas filosóficas y religiosas; la otra, llamada, por su parte, a revelar a los investigadores pacientes la génesis y la naturaleza misma de dichas ideas. Estas obras son, por un lado, la Sociedad Teosófica, fundada por ella en 1875, y por otro, sus libros, de los que son los principales *Isis sin Velo* y *La Doctrina Secreta.* Para cuantos traten de estudiar ese doble resultado de la actividad de Helena, surge un obstáculo que vela, por decirlo así, todo el intenso atractivo de semejante estudio. Este obstáculo que así se levanta entre el observador y la obra de ella, es la naturaleza misma de esta extraordinaria mujer, de sorprendentes contrastes en su ser intelectual y moral, de exasperadoras contradicciones que parecen desafiar el análisis del psicólogo más hábil y prevenido, pues que en vano nos atrevemos a esclarecerlo a través de las vicisitudes de su existencia entre las teorías atrevidas, algunas veces discordantes, dispersas en sus libros. Uno se confunde de asombro en presencia de los enigmas que encierran sus obras, y no falta quien clama contra el despropósito, la mistificación, el plagio inhábil, la ignorancia y hasta la necedad que cree encontrar en ellos. El juicio podría pasar si el autor de esos inquietantes volúmenes no apareciese como el más curioso, el más incomprensible de los pensadores y de los publicistas... Realmente, la individualidad oculta tras el ser que se llamó H. P. B. es seguramente el enigma más insoluble de cuantos ella, consciente o inconscientemente, hizo nacer en su camino... Su influencia sobre cuantos a ella se llegaban era tan honda, que muchos dijeron parecerse encontrar 'en presencia de una fuerza primitiva de la Naturaleza'."

Esto es lo que se ha dicho de *Isis*, pero ¡cuánto más no se puede decir y se dirá cuando sea ella examinada y estudiada por las generaciones futuras, libres ya de prejuicios religiosos y científicos!...

Capítulo XX

HELENA EN LA INDIA

Constituida la Sociedad Teosófica en 1875 y publicada *Isis sin Velo* en 1877, la misión de Helena en Norteamérica tocaba a su fin, o al menos así lo creyeron ella y Olcott, cuando, según este último dice, empezaron a ser solicitados y apremiados por los Maestros para que se trasladasen a la India, como, en efecto, se trasladaron a fines de diciembre de 1878, tomando la vía de Nueva York, Londres, Suez, y llegando a Bombay el 17 de febrero de 1879, o sean dieciocho años exactos antes del día en que, con un error de siete años de lo anunciado por cierta profecía, moría este campeón de la causa de la Humanidad el noble coronel [1].

[1] "Decidido ya nuestro traslado a la India —dice Olcott— comencé en el otoño de 1878 a poner en orden, al efecto, mis negocios. Teníamos a la sazón una correspondencia muy activa con amigos de Bombay y de Ceilán, buddhistas e hindúes que, por cartas, se habían hecho miembros de la S. T. Nuestra modesta biblioteca fue expedida para la India y todos nuestros enseres donados o vendidos. Nuestro salón se vio invadido como nunca de amigos y conocidos. Los apuntes de H. P. B. en mi diario durante mis frecuentes ausencias de Nueva York en las últimas semanas acreditan el apresuramiento nervioso que tenía ella por partir y sus temores de que todo fracasase. El 22 de octubre escribía respecto de los apremios con que la excitaban a que partiese: "N., decía uno de estos apuntes, dejó su guardia (quiere decir su influenciado sobre ella), y le sustituyó S., con orden de que todo estuviese listo para principios de diciembre. ¡Olcott juega con ello su jugada definitiva!" Esto se refiere, por supuesto, al cambio de personalidad de las inteligencias que actuaban tomando por instrumento el cuerpo de H. P. B., y los cambios de escritura de ésta lo corroboran. El 14 de noviembre idéntica llamada, diciéndosenos que hiciésemos cuanto fuera posible por partir el 20 de diciembre lo más tarde, terminando el mensaje en cuestión con estas frases: "¡Oh, dioses; oh India de brillantes atractivos! Este es verdaderamente el principio del fin!" El 21 de noviembre nuevas órdenes apremiadoras recibidas por el mismo conducto.

"Por una coincidencia harto notable, diversos astrólogos, clarividentes y ascetas hindúes anunciaron todos por entonces que H. P. B. moriría en el mar. Una de estas predicciones aparece registrada en mi diario con la fecha 2 de noviembre de 1878 (día de los difuntos). Un amigo de Wimbridge, que era muy psíquico, también predijo "la muerte súbita de H. P. B. en el mar", por lo que jamás llegaría a Bombay. "Majji, la yoguina de Benarés, profetizó el mismo género de muerte y por los mismos días, sin que ninguno de ellos acertase, por lo que después se vio. Un echador de cartas de Nueva York, quien anunció también que H. P. B. sería asesinada en 1886, no tuvo

La decisión de los dos fundadores de la S. T. de dejar para siempre el suelo americano era, en efecto, como se vio después, de enorme trascendencia, porque si de un lado iba a recibir así la naciente Sociedad toda la influencia ancestral de la Ariavartha o primitiva India, colocándose, física ya que no moralmente, más cerca de la gran Logia Blanca y de sus Maes-

mejor suerte. Helena, anotando la predicción, la comentó diciendo cínicamente por nota: "¡Oh, nada como la clarividencia!"

"El 17 de diciembre fue nuestro último día sobre el suelo americano. H. P. B. escribió en el diario: '¡Gran día! Olcott enjaulado ya... ¿y después? Todo está oscuro, pero tranquilo.' Luego, en gruesos caracteres, el grito de gozo: '¡Consummatum est!', y, en fin, este párrafo: 'Olcott vuelve a las siete con los pasajes para el vapor *Canadá*... ¡*Charles*, perdido! (éste era el nombre de nuestro gato)... Hacia la media noche H. S.O. y H.P.B., despidiéndose de la lámpara del comedor, toman un coche y parten para embarcarse...' El teósofo que medite acerca de los movidos párrafos anteriores podrá deducir de ellos una altísima enseñanza ocultista acerca de los presagios, profecías, premoniciones, terrores psíquicos, etc., de los que todos, más o menos, hemos tenido alguno en nuestra vida. En semejantes conclusiones deducidas ora de la astrología, ora de la quiromancia, la cartomancia, o cualquiera de las llamadas 'ciencias ocultas', hay siempre una parte, chica o grande, de verdad y un hecho efectivo. Pero la sapientísima ley natural no ve con gusto que nadie se embarque *únicamente* en semejantes naves, ni con tales oscuros derroteros —ya que las ciencias ocultas o 'ciencias malditas' son el verdadero Ocultismo o 'reforma de uno mismo' por la meditación y el conocimiento, lo que la luz de un candil a la del sol esplendoroso—. Por eso existen siempre en la predicción más perfecta que dar puedan aquellas 'ciencias' una serie de hechos 'de cuarta dimensión', valga la frase, capaces por sí propios de modificar, ampliando o restringiendo, y hasta volver del revés la predicción misma. Es como si en lenguaje geométrico dijésemos que la correspondiente ciencia oculta puede determinar, sí, la curva gráfica del suceso en cuestión con todos sus máximos y sus mínimos, pero ella es siempre incapaz para precisar el valor de la ordenada, valor sin el cual no se puede saber si alguno de estos mínimos alcanzará a cortar la línea de la abscisa (línea que aquí tomamos como símil de la realización efectiva del hecho pronosticado) o, por el contrario, dejará de cortarla, es decir, quedará el hecho en cuestión meramente en el plano astral, donde quedan tantas cosas que no alcanzan a verse realizadas en el plano físico. Además hay en muchas de estas 'videncias' un completo 'cambio de signo', que hace tomar equivocadamente cosas pasadas por cosas futuras.

Por ejemplo, en los casos por Olcott citados, las profecías relativas a que Helena moriría en el mar en 1878 y que no llegaría a Bombay, "lo que vieron no fue el *porvenir*, sino *el pasado* de Helena, cuando ésta, en 1871, naufragaba frente Spezzia y era ella la única que se salvaba, como ya hemos visto. Aquellas profecías mezclaban así "con un cambio o error de signo" el hecho pasado del naufragio con el hecho futuro, merced a las circunstancias, tristes siempre, de toda partida de la trascendencia de la que realizaban los dos abnegados fundadores de la S. T.

"Los astros inclinan, pero no obligan", se ha dicho siempre, y aquel sabio citado por A. Besant en uno de sus luminosos trabajos, el cual fue interrogado acerca de quién era superior si el Destino o el Hombre, contestó, tras una larga pausa meditativa, que "era superior éste a aquél, pues que cualquiera de nosotros puede hacerse superior al Destino 'por sus obras y por sus anhelos'". La profecía, en fin, a que se refiere el texto se halla puntualizada en el epígrafe *Uno en dos y dos en uno*, página 31, de *Por las grutas y selvas del Indostán*, donde hacemos notar el hecho de que, por donosa coincidencia ocultista, Olcott vivió siete años menos de lo que le profetizase cierto yogui de Benarés, y Helena siete años más de lo que también pronosticasen de ella los médicos que la dieron por muerta ya en 1884.

Véase otro caso notable de "predicciones incumplidas", caso relacionado también con H. P. B.: "El príncipe Emilio Wittgenstein, militar ruso y amigo de Helena desde la infancia, se carteaba con ella en la época de la formación de la S. T. A consecuencia de ciertos avisos que él recibiera en sesiones espiritistas respecto a las desgracias que

tros, de otro lado se apartaba de la S. T., valga la frase, de su genuino carácter ecléctico y europeo, echando así, inconscientemente, la semilla del gran cisma que destrozara después a la Sociedad, hoy dividida, como es sabido, en los dos grandes centros de Adyar y de Point-Loma, amén de otros varios de tinte más o menos cabalista y cristiano, tal como la Antroposofía de Mr. Steiner, la Teosofía neocatólica de no pocos, etcétera.

le amenazaban si tomaba parte en la guerra del Danubio, a la sazón inminente, el Maestro de H. P. B. le ordenó le dijese al príncipe que, por el contrario, se tendría cuidado de él durante la campaña y quedarían refutados los tales avisos. Lo ocurrido después, en efecto, está descrito en la siguiente carta, dirigida por el príncipe al director de un periódico inglés, *El espiritista*, y en la que dice así: "Permítame usted, en beneficio de quienes creen en las predicciones espiritistas, que le relate los incidentes que me sucedieron el año pasado. El relato podrá servir de advertencia a las personas excesivamente crédulas para quienes toda comunicación mediumnística es el Evangelio, y no los embustes de algún espíritu o el reflejo de sus propios pensamientos y deseos. Yo creo que el cumplimiento de una predicción es algo tan excepcional, que generalmente no debemos fiarnos de tales profecías, sino evitarlas en lo posible, so pena de que influyan nocivamente en nuestro ánimo, en nuestra fe y albedrío.

"Hace más de un año, mientras me disponía a incorporarme al ejército del Danubio, recibí varias cartas de un buen amigo mío y excelente médium de los Estados Unidos, exhortándome anhelosamente a que no fuera a la guerra, pues un espíritu había vaticinado que me sería fatal la campaña, ordenando a mi amigo que me escribiese estas palabras: '¡Guárdate del arzón de guerra! ¡Será tu muerte o todavía peor!'

"Confieso que tan reiteradas advertencias no me resultaban nada agradables en vísperas de marcha, pero me esforcé en no creerlas. Mi prima la baronesa Adelina de Vay, a quien le consulté el asunto, alentóme para que no hiciese caso, y fui a la guerra. Parece que también conocían esta predicción algunos de mis amigos teósofos de Nueva York, quienes se indignaron contra ella y resolvieron hacer cuanto en su mano estuviese para invalidarla; especialmente uno de los más conspicuos, residente en aquella ciudad, prometió escudarme contra todo peligro con la fuerza de su voluntad. Lo cierto es que durante la campaña no oí disparar un tiro a mi alrededor, y que en cuanto al riesgo de muerte lo corrí igual que si no me hubiese movido de Vavesey. Avergonzado de mí mismo, buscaba, por lo menos, de percibir el fragor del combate, que tan familiar me había sido en mi juventud. ¡Todo en vano! Siempre que me acercaba al escenario de una acción de guerra, cesaba el fuego. Recuerdo que una vez, durante el sangriento ataque tercero contra Plewna, mi amigo el coronel Welesley y yo nos apartamos del Estado Mayor del Zar para ir a una de nuestras baterías que cruzaba un fuego horroroso contra el reducto de Grivitsa. Tan luego como, dejando a los caballos entre la maleza, nos acercamos a la batería, cesó como por encanto el fuego enemigo turco y no volvió a ser reanudado hasta que, pasada media hora, nos marchamos de la batería, aunque entre tanto la nuestra había continuado disparando sin interrupción. También traté por dos veces de presenciar el bombardeo de Guirgiewo, cuya estación había quedado maltrecha por el diario disparar enemigo. Me detuve una vez allí toda una noche y otra vez medio día con la esperanza de presenciar el bombardeo, pero durante toda mi estancia parecía como si estuviésemos en tiempo de paz, y, sin embargo, se reanudaba el bombardeo tan luego como yo salía de la ciudad. Algunos días después de mi última visita fue allí el coronel Welesley, y una granada penetró por el techo estropeando su equipaje y matando a dos soldados.

"Me resisto a creer que todo esto sea consecuencia de la casualidad, porque los sucesos fueron demasiado regulares y positivos para ser casuales. Tengo la seguridad de que fueron obra de la magia, pues quien tan eficazmente me protegió es uno de los más poderosos maestros de la ciencia oculta profesada por los teósofos. En contraste diré que a un general muy conocido que en 1854, en el sitio de Silistría dirigía la aproximación al enemigo, los espíritus le habían predicho que volvería ileso y cubierto de gloria, por lo que, confiado, se exponía imprudentemente, hasta que una bala de cañón le llevó una pierna, muriendo semanas después." Firmado: *Príncipe E. Wittgenstein*.

Nuestro carácter de historiadores imparciales entre las opuestas tendencias de hermanos teósofos que invocan todos como a su tronco común a la excelsa H. P. B., nos impiden entrar aquí en consideraciones relativas a cosas que felizmente en nada afectan ni a la memoria de ésta ni a sus biografías. Pero no podemos menos de anotar, como una de las causas quizá del traslado a la India, el hecho de las relaciones entabladas por entonces entre la S. T. y la *Arya Samaj*, Sociedad fundada por el swami Dayanand Sarasvati, hombre a quien H. P. B. en *La Doctrina Secreta* le llama "el sanscritista más grande de la India en nuestra época", y del que Olcott, en su *Historia*, se muestra harto desencantado. En efecto, el Consejo de la S. T. había votado en mayo de aquel mismo año la unión de entrambas Sociedades bajo el título de *Sociedad Teosófica de la Arya Samaj*, merced a la coincidencia de los puntos de mira de la S. T. con el texto de la primera circular, lanzada poco antes, por la primera rama nuestra en Londres, y en la que se establecían como puntos básicos para esta última los siguientes: 1º Descubrir la naturaleza y los poderes del espíritu y del alma humana mediante investigaciones y experimentaciones. 2º Impulsar a la Humanidad por la senda de la salud, la virtud, la ciencia, la sabiduría y la felicidad. 3º Esforzarse sus miembros en llevar una vida de pureza y de templanza llena de amor fraternal. 4º Mantener relaciones y simpatías con la Arya Samaj de Aryavartha, por ser uno de los objetos de ésta el 'lograr una verdadera educación espiritual por encima de todas las formas impuras, degeneradas o idolátricas religiosas, cualquiera que sea el culto a que pertenezcan'. Hurrychund Chintandon, uno de los más activos corresponsales de la Arya Samaj, lamentable "bon vivant" que resultó luego, dándoles a los pobres viajeros el primero de los grandes disgustos que padecieron en la India, acaso fue, en lo físico, con sus ilusionismos de alianza entre las dos Sociedades, una de las causas principales del traslado que se operó, como va dicho, quedando al frente de la S. T. en Norteamérica, como presidente temporal, el General Absar Doubleday, y William Q. Judge como secretario-cronista, núcleo que más tarde, a la muerte de H. P. B., llegó a constituir la "Sociedad Teosófica de Nueva York", bajo la dirección de este último, el más allegado, con Olcott, a la intimidad de H. P. B., por haberla defendido como abogado en varios lamentables litigios preconizadores de la inexperiencia social de Helena, antes de naturalizarse ésta ciudadana americana en el propio año 1878.

El lamentable estado moral de Helena al abandonar para siempre ya el suelo americano está pintado en este párrafo que escribió en su *Diario*: "Tiempo soberbio, mas terriblemente frío. Cielo azul y sin nubes. ¡El cuerpo es tan difícil de ser gobernado!... Comiendo a todas horas a bordo: a las ocho, a las doce, a las cuatro y a las siete. H. P. B. devora como tres cerdos"... Igualmente revela semejante "noche espiritual" de Helena esta carta de despedida que puso a su hermana Jelihovsky, ya desde Londres: "Parto para la India. Sólo la Providencia puede saber lo que nos aguarda allí. Los retratos que te envío acaso sean los postreros. No olvides, pues, a tu huérfana hermana, nunca tan sola y tan abandonada como en la presente ocasión. Adios... Salimos para Liverpool el 18 de

enero. ¡Que los Poderes Invisibles nos protejan a todos! ¡Escribiré desde Bombay si es *que llego allí*!"

¿Influirían en la viva imaginación de Helena las predicciones fatídicas de que ya se deja hecha mención por nota? Nosotros creemos que no y que más bien su intuición poderosísima le hacía prever a la larga lo que de allí a cinco años le aguardaba en aquella Europa junto a la cual cruzaba a la sazón. ¡Es tan frecuente en las premoniciones dolorosas el transparentarse, digámoslo así, a través de períodos enteros intermediarios! Los tratados de psicología espiritualista están llenos de casos semejantes.

La señora Jelihovsky dice respecto de estos tiempos: "El 17 de febrero de 1879, después de una larga estancia en Londres, en donde formaron el primer núcleo de su fraternidad, que por entonces prosperó, madame Blavatsky y Olcott llegaron a Bombay. A su llegada a la India, la Sociedad *Arya Samaj*, cuyo jefe espiritual era Sawami Dyanand, organizó en honor de madame Blavatsky un magnífico descubrimiento que fue descripto por toda la Prensa del país, y del que ella misma se ocupa en su libro 'In the Caves and Jungles of Hindustand'."

A pesar de este gran recibimiento, la vida que hizo ella y sus acompañantes fue dura en principio. Trabajaban más de dieciocho horas al día; Mr. Olcott viajaba la mayor parte del año fundando Logias de la Sociedad Teosófica, las que arraigaban pronto en aquel suelo congénito de las creencias orientales; y madame Blavatsky apenas abandonaba la mesa de trabajo, escribiendo noche y día, preparando material para su proyectado periódico *The Theosophist*, que salió a luz aquel mismo año, y escribiendo también artículos para periódicos y revistas inglesas, americanas y rusas a fin de proporcionarse recursos pecuniarios. Desde el principio fueron muy molestados de continuo por la administración angloindia, a quien no gustaban los teosofistas, siendo inscriptos en los libros negros y tratados como espías y propagandistas del Gobierno ruso. Hay que tener en cuenta que, precisamente por aquel tiempo, existía gran excitación en toda Inglaterra respecto a la suerte del Afghanistán, a causa del éxito alcanzado por las armas rusas en las regiones transcarpianas. Los ingleses se habían hecho más desconfiados y estaban más llenos de rusofobia que nunca. En vano protestaban los pobres teosofistas, y hacían presente a las autoridades que su misión sólo tenía que ver con la filosofía y absolutamente nada con la política. Fueron puestos bajo la vigilancia de la policía, la cual no perdía de vista sus movimientos y abría su correspondencia... ¡Tanto peor para el Gobierno de la reina Victoria, pues que por parte de aquélla no se puso freno alguno a sus sentimientos en sus cartas, e indudablemente los funcionarios tuvieron el gusto de ver y leer en ellas muchas verdades que debieron mortificar su vanidad!

Por último, los periódicos y los amigos de Londres tomaron a su cargo el asunto, hasta lograr la suspensión de la vigilancia policíaca, sobre todo merced a una carta que lord Lindray, miembro de la Sociedad Real y Presidente de la Sociedad Astronómica de Londres, escribió en igual sentido a su amigo lord Litton, hijo del gran ocultista de este nombre y

virrey de la India a la sazón, lo cual les hizo avergonzarse a los perseguidores.[2]

A pesar, pues, de los prejuicios que contra Helena existían entre los de la Sociedad anglohindú, ésta hizo amistades con aquélla, especialmente los hombres y mujeres estudiosos, capaces de interesarse por tan atrayentes problemas, así que pronto se vio ella solicitada por los círculos más elevados, sobre todo después que el "Pioneer" y el "Indian Mirror", órgano el primero del Gobierno, publicaron las palabras pronunciadas por el virrey lord Litton en un banquete oficial, después de haber leído sus obras: "Sólo conozco una persona en el mundo que en ciencias abstractas pueda parangonarse con mi padre, el autor de 'Zanoni', y esta persona es madame Blavatsky." Pero las visitas, banquetes, bailes y demás exigencias de la buena sociedad le eran insoportables a mi buena hermana, si bien se esbozó cuanto pudo por corresponder a ellas en beneficio de la S.T."[3]

Los gitanos, esas gentes de remota procedencia asiática que no quieren ver a sus hijos con buenos comienzos sabiendo que el mal ha de sobrevenir en todas las cosas sea al principio o al fin, hubieran podido deducir de los primeros días de estancia de Helena y Olcott en la clásica Bombay los mejores augurios para el porvenir. En efecto, a la oposición de la sociedad inglesa, a los ataques de los misioneros, que se insinuaron arteramente desde los primeros días para florecer en una gran traición años después, y a la negra sospecha de espías rusos que les persiguiera desde su desembarco mismo, se juntó al verse estafados o poco menos, dentro de su pobreza, por su propio casero de Girgaum, el pícaro y sórdido Hurruchund Chintamon, uno de sus más entusiastas, *por cartas*, de la Sociedad del Arya Samaj, con la que se había identificado la S. T. ya desde sus comienzos. Muy dignas de ser leídas son las lamentaciones de Olcott en su libro acerca de todo esto, como escuela de hombres y de voluntad y de acción que solos y sin dinero casi se lanzaran a la gigante empresa.

Los fenómenos mágicos de H. P. B. menudeaban intensos y admirables en aquella tan adecuada atmósfera de la India eterna; los visitantes más abigarrados, atraídos por ellos como las moscas por la miel, sin perjuicio de cansarse de ellos tornándose en crueles enemigos, aumentaron cada día haciéndoles imposible casi la vida, mientras que los ausentes les asaetaban a cartas para las que no bastaba el tiempo. Esta fue una de las

[2] ¿Quién había de pensar que sobre este tan claro asunto la injusticia del doctor Hogdson había de resucitar esta tan clara cuestión en daño de H. P. B. como veremos después?

[3] Mister Sinnett, con el profundo conocimiento que tenía de la vida anglo-hindú, fue el primero en lamentarse de esta aspereza casi selvática sentida por Helena hacia los convencionalismos sociales, a los que tan aficionados son ciertas gentes *bien* de Inglaterra: "Los errores prácticos de la S. T., dice, vinieron precisamente de la ida a la India, cuya vida ordinaria ignoraba aquélla. El proceder los fundadores de la S. T. de países tan diferentes como son los Estados Unidos; el ser Helena rusa de nacimiento y de afectos; el no haberse presentado debidamente como europea y haberse entusiasmado, en cambio, con exceso con los naturales, la perjudicó. Los cerebros mediocres, además, no soportan bien la revelación repentina de un nuevo orden de ideas por buenas que sean ellas. La tensión es demasiado fuerte y las multitudes prefieren las más ilógicas hipótesis para juzgar aquello mismo que no alcanzan a comprender.

razones que les movieron pronto a crear en julio de aquel año la admirable revista *The Theosophist*, en cuyas páginas aún puede beber el teósofo las ideas más puras que mecieron su cuna, tanto de H. P. B. y de Olcott como de mil otros colaboradores, algunos de ellos sapientísimos sanscritistas. La publicación comenzó con el préstamo o anticipo de unos cientos de rupias y míseros doscientos suscriptores, que luego pasaron a ser millares, constituyendo juntamente con el importe íntegro de los trabajos de Olcott, venta de *Isis*, y, sobre todo, los siempre palpitantes artículos de Helena para la *Russie Vietnysk* y otras publicaciones rusas e inglesas, el fondo principal de resistencia de aquellos dos héroes del ideal, para quienes parece escrita aquella sentencia del Corán de que "es más preciosa a los ojos de Alah la tinta del sabio que la sangre del mártir", porque, en efecto, supone un mucho mayor heroísmo la lucha lenta, silenciosa y continua del que defiende una idea con la pluma, que la pasión de un momento que ha hecho, sin ellos darse cuenta a veces, tantos héroes de la Historia.

La "casa de los cocoteros", en el barrio completamente hindú de Girgaum, era un ateneo a la griega donde siempre se hablaba de cosas trascendentes: problemas religiosos, aspiraciones filosóficas, historia, ciencia, arte y poesía, todo, en fin, cuanto puede apartarnos de la vulgaridad ambiente, haciéndonos verdaderamente dignos del nombre de "hombres", por encima de esa terrible cruz que a todos nos tiene encadenados en las miserias de la Tierra...

Fue, pues, aquel primer año de residencia en la India de los dos fundadores pródigo en gratos sucesos y risueñas esperanzas para lo porvenir. Trabajadores entusiastas e infatigables, no se dieron punto de reposo entrambos, y los fenómenos más notables se sucedieron sin interrupción en torno suyo, constituyendo ellos por sí sólos en el extenso *Diario* de Olcott todo un profundo tratado de Ocultismo, que harán bien los teósofos en estudiar, siéndonos imposible el consignarlos al detalle en los límites de esta biografía, tanto más cuanto que los más salientes están dados por nosotros ya en el tomo de comentarios a *Por las grutas y selvas del Indostán*, adonde remitimos al lector curioso. Allí, en efecto, se consignan los de la Quinta de las Rosas de Bombay, invisible residencia de cierto Maestro, los de la visita a las cuevas de Karli, la "multiplicación de los panes y los peces", evangélica bajo las hábiles manos de cierto santo sannyasi, y otras tales, con razón considerados todos ellos como débil muestra, sin embargo, de los poderes más inferiores de entre los sublimes que puede alcanzar a desarrollar el Hombre evolucionado y dominador de la materia cuando alcanza al Adeptado.

Como en aquellos patriarcales tiempos relatados en el *Génesis*, durante los cuales "los ángeles conversaban familiarmente con los hombres", los dos paladines del movimiento teosófico recibían con gran frecuencia visitas de los Maestros y de sus discípulos, y en su viaje al Norte de la India hasta la Rajputana tuvieron ocasión de conocer a los más extraños yoguis, tales como aquel Swami Dayanand que vivió casi desnudo durante siete años en medio de la selva, durmiendo sobre la dura tierra, alimentándose de yerbas hasta que su cuerpo se hizo insensible a los rigores

de los elementos, o aquel otro de la confluencia del Jumma y el Ganges, el gran Babú Surdassa, que, impasible ante la vida y entregado a la meditación durante cuarenta y dos años había visto desarrollarse en torno de él, sin darse de ello cuenta, los más horrorosos choques de la sublevación de los cipayos, o la rubia yogina Majji, que, en su ashrama gangético, hablase a Helena del Maestro que la inspiró durante toda su vida manejando su cuerpo, como se dijo en el capítulo sobre *Isis*, después de hacer lo mismo con el de otros dos precursores de ella durante ciento cincuenta años, siendo en todo esto los viejos jaínos quienes más cosas les enseñaron sobre particulares tan oscuros como peligrosos, porque no hay que olvidar el hecho de que siendo el jainismo una de las más antiguas religiones asiáticas se halla más cerca de la Verdad Primitiva perdida en la catástrofe de la Atlántida.

Para bien apreciar la importancia de este hermoso viaje a derecha e izquierda de las dos grandes vías férreas indostánicas Bombay-Benarés y Allahbahad-Lahore hay que tener a la vista un buen mapa. Así es como únicamente se puede apreciar el carácter iniciático que él tuvo para el buen Olcott, de la mano siempre de su guía Helena, como vamos a insinuar.

La parte inferior o meridional de la India, por la disposición de sus ríos y montañas recuerda bastante a la de España, cosa no advertida por los geógrafos, pero una España considerablemente agigantada. Desde el pico sur de Travancore y el Cabo Comorín al oeste de la isla de Ceilán se desarrollan hacia el Norte las dos cordilleras de los montes Gates: la oriental, que equivale a nuestra cordillera Ibérica, vertiendo aguas al Golfo de Bengala, y la occidental, que recuerda la cordillera Herciniana de los geólogos, desde Despeñaperros hasta Asturias, pasando por entre Toledo y Extremadura, y que tributa al Golfo de Omán. En el extremo norte de esta última se asienta la vieja Elefanta, o sea la moderna Bombay. Viene después de Oeste a Este demarcando por el Norte el gran triángulo del Dekan una tercera cordillera, un pequeño Himalaya, constituido por los montes Vindhyos desde Bombay hasta Benarés, algo así como un Pirineo lindísimo tras el que se desarrolla al Noroeste la región de Malva primero y el desierto de Taur, Thor, o de la Rajputana, sobre las bocas del Hindo, barrera histórica de todos los conquistadores occidentales desde la época de Alejandro, que ocupa una extensión territorial casi como la mitad de España, mientras que por toda la región Nordeste corre el caudaloso Ganges, y más al Nordeste aún la cordillera de los Himalayas. El Penjab, "la santa región lunar de nuestros antepasados occidentales", corona al desierto aquel por el Norte, resultando así la India cual un rombo inmenso cuyos dos vértices superior e inferior están constituidos respectivamente por el Penjab y el Travancore, y los dos laterales oriental y occidental por las desembocaduras correspondientes del Ganges y el Hindo, con su perfecta diagonal de los montes Vindhya, ya dichos. El primer viaje, pues, de los dos camaradas y de su séquito camino de Simla, antecámara de Lahore fue con cargo a la mitad superior de este inmenso rombo continental, así como dos años más tarde hubieron de dirigirse a la mitad inferior, pasando la isla de Ceilán y estableciendo al fin la sede teosófica en el cálido Adyar, junto a Madrás, en la costa bengalesa del Coromandel.

Con esta somera descripción geográfica a la vista se comprende mejor toda la importancia que para el teósofo adquiere, como en otro lugar hemos dicho, la obra *Por las grutas y selvas del Indostán*, "novelita de viajes" para los lectores rusos de su tiempo, que literalmente devoraron sus descripciones y aventuras en las páginas de las revistas moscovitas donde aparecieran, pero hondo tratado de Ocultismo cuando se la sabe leer entre líneas.

Salieron de Bombay los viajeros el Viernes Santo, 13 de abril de 1879, dos meses después de su arribo a la India; llegaron el 15 a la santa ciudad de Prayag (Allabahad), expuestos a asfixiarse de calor y de polvo, y pasaron a Cawnpore, visitando a quince kilómetros de esta ciudad, relativamente moderna, las ruinas de la antiquísima Jajmow (¿Jainú?), capital de la raza lunar cincuenta mil años antes de Cristo. Su descripción, muy alterada por las exigencias literarias, puede verse en el capítulo titulado "La ciudad muerta" de aquella obra ya dicha. Un viejo sannyasi, venerable filósofo y astrólogo cultísimo, y otros ascetas compañeros suyos les recibieron allí paternalmente, aunque negándose horrorizados a producir el fenómeno más nimio. Helena paseó así su corpulento cuerpo en los medios de locomoción más inverosímiles, tales como los palanquines sobre elefantes, los carricoches, las sillas de mano y otros tales medios de primitiva locomoción, capaces de agotarla y de exasperarla en su pésimo carácter de eterna enferma del hígado, llegando maltrechos al rajalato de Jeypore, donde el rajá les jugó la mala pasada de tenerles sin comer casi un día, creyéndoles espías rusos. Allí, en la modernísima ciudad a la que Helena comparó con "un París hecho de crema de frambuesa", tuvieron por un cicerone, que ignoraba por supuesto el objetivo del viaje, noticias de cierto Mahatma de las vecindades de Amber (la antigua capital), ascético consejero de los rajahs de toda aquella parte, a quienes, como los shamabodis japoneses y chinos con los emperadores, aconsejan y guían en los grandes momentos de peligro nacional, permaneciendo apartados del trato del mundo el resto del tiempo.

Agra, "la ciudad de la luna" según su verdadera etimología ocultista, asombró después a los viajeros con sus palacios y jardines del Taj —del Tajo, como si dijéramos en nuestra lengua, dada la conexión etimológica de muchas de nuestras palabras con el sánscrito—, "un poema en mármol", que dijo Bernard Taylor al describir aquel "paraíso de Mahoma", como le llaman los habitantes mahometanos. "Es todo él —dice Olcott— un ensueño de purísima blancura, recortado sobre un cielo de profundo azul, anunciando la pureza de un mundo espiritual que el cieno de este mundo de materia nunca jamás ha empañado", y no hay que añadir que de los ascetas y los faquires tales como los que les rodearon a los viajeros durante sus conferencias con los miembros de la Aria Samaj, hubieron de contarles los guías bien peregrinas cosas, tales como la hazaña de aquél que para vencer la incredulidad de cierto maharajah hizo desvanecerse ante su vista un montón de monedas de oro, haciéndolas caer luego al punto en forma de lluvia de oro sobre las mujeres del harén, ni más ni menos que Júpiter cuando, según la mitología, se hubo de transformar en "lluvia de oro" para lograr el amor de Danae o "Diana".

El viaje de nuestros dos teósofos no era sino una continuada serie de conferencias públicas y privadas con los miembros de aquella sociedad hindú, francamente hostil a parsis, buddhistas, cristianos y jainos que con miras no confesionales y eclécticas, sino un satélite de la Aria Somaj, un pareciendo la joven Sociedad Teosófica de entonces, a pesar de sus altas miras no confesionales y eclácticas, sino un satélite de la Asia Somaj, un pobre asteroide europeo o americano por aquélla capturado y retenido en torno suyo y en su órbita a juicio de ingleses y de hindúes. El triunfal viaje que Helena y Olcott emprendiesen después de un país tan apasionadamente buddhista como Ceilán destruyó pronto semejante creencia, siguiéndose de allí a poco la separación y ruptura oficial de entrambas Sociedades con los consiguientes ataques por parte de aquellos religiosos "nacionalistas" o vedantinos.[4]

[4] Hasta qué punto la iniciada Helena conocía la Vedanta, o sea el "Cuerpo de doctrina védica de los hindúes", lo revela este notable pasaje del libro de Olcott: "Entre los que nos rodearan en Benarés se hallaban los señores de Gordon —él, un teniente coronel británico, amigo fidelísimo y amparador de H. P. B.—, el doctor Tribaut, un swami, Damodar, otros dos cultos hindúes y yo. El doctor G. Thibaut era rector de la Universidad de Benarés y antiguo alumno predilecto de Max Müller, hombre muy amable, sabio sanscritista, pero sin pretensiones doctrinales; un interesante ejemplar, en suma, del literato y pensador alemán. Era una hermosa noche de luna, que transformaba nuestro blanco hotelito en palacio de ensueño y la fuente orlada de lotos en espejo de fundida plata. Hablábamos de cosas arias y de la yoga. 'Madame Blavatsky —exclamó el doctor con su acento tudesco—, estos pandits me dicen estar fuera de duda que en los antiguos tiempos existieron yoguis dueños ya de todos los 'siddhis' o poderes que describen los shastras sagrados, pudiendo hacer cosas realmente prodigiosas, por ejemplo, producir una lluvia de rosas en una cámara como ésta, mas hoy ya no existen personas capaces de otro tanto.' Me parece verle todavía al sabio, sentado en su butaca con su levita cerrada hasta la barba, su pálido rostro de intelectual, como si fuese a pronunciar una oración fúnebre, sus cabellos cortos y erizados. No bien había hablado así, H. P. B. saltó sobre su asiento, le miró con desprecio, y gritó: '¡Ah!, ¿pero es eso lo que dicen? Pues bien, yo les mostraré que puedo, a voluntad, hacer otro tanto, pudiendo usted decirles de mi parte que si los modernos hindúes jugasen menos a psicofantes con sus maestros occidentales; si ellos estuviesen menos apegados a sus vicios e imitasen más a sus antecesores, no tendrían necesidad de que un viejo hipopótamo occidental de mujer como yo les tuviese que probar la verdad de sus Shastras.' Y diciendo esto, apretó los labios y murmuró cierta cosa entre dientes, haciendo un gesto imperioso al fin con su mano derecha, hasta que una docena de hermosas rosas cayeron sobre nuestras cabezas. Pasada la natural sorpresa del momento, nos echamos todos sobre ellas; pero el doctor Thibaut, rígido en su asiento, parecía estar pesando el pro y el contra de todo aquello en su espíritu. Seguidamente volvió a entablarse la discusión con mayor vivacidad. Hablóse de la filosofía sankhya, y Thibaut propuso a H. P. B. toda clase de cuestiones candentes sobre el asunto, cuestiones a las cuales ésta respondió de manera tan satisfactoria que el doctor acabó declarando que ni Max Müller ni ningún otro orientalista le habían hecho penetrar tan hondo y tan justo en el sentido de la Sankhya, dándola por ello las más calurosas gracias. Al final, luego de la reunión, en un impase de la charla y mirando al suelo según su costumbre, dijo que no habiendo tenido la suerte de coger ninguna rosa, tendría gran placer en recibir alguna como recuerdo de tan hermosa soirée. Sin duda, calculaba que si la primera caída de rosas era una farsa amañada, no tendría preparada una segunda y así la atraparía en fraude. '¡Oh —exclamó picarescamente H. P. B.—, puedo obtener cuantas desee!', y con un nuevo gesto análogo hizo llegar una nueva avalancha de rosas, una de ellas cayendo justamente sobre el cráneo del doctor y de allí a sus rodillas. Yo le estaba mirando la ridícula situación en que se hallaba. El experimentó un ligerísimo escalofrío; cerró por dos veces los ojos, y tomando la rosa entre los dedos, exclamó con imperturbable serenidad: 'El

Este primer viaje triunfal de los dos campeones teosóficos durante la primavera de 1879 no pasó aquella vez de Meerout; pero pocos meses más tarde, con motivo de la galante invitación que les hiciesen los señores de Sinnett, siguiendo las dos líneas generales ya dichas de Bombay Benarés y Allahabad Lahore, fueron hasta Simla en las primeras estribaciones ya del Himalaya. Esta visita merece especial atención por cuanto hubo de resultar decisiva por más de un concepto para el porvenir de la S. T.

El conocimiento con tan benemérito campeón del Ocultismo y la Teosofía está descripto por Olcott (II, cap. III) en estos términos: "El 25 de febrero de 1879, o sea una semana después de nuestro arribo a Bombay, recibimos una carta de Mr. Sinnett, en la cual, como director del *Pioneer* periódico anglohindú de Simla, expresaba su deseo de entrar en relaciones con nosotros en el caso de que accediésemos a visitar aquellas lejanas comarcas, y se mostraba bien dispuesto a publicar cuanto interesante tuviésemos que decir respecto de nuestra misión en la India. Como toda la prensa, el *Pioneer* había dado la noticia de nuestra llegada. Mr. Sinnett añadía que con ocasión de haber estudiado en Londres un cierto número de notables fenómenos medimnísticos se había interesado sobre ellos como nadie en el periodismo. Su curiosidad, empero, no quedó satisfecha por completo, ni menos su razón respecto de las leyes que a aquéllos rijan, tanto por las desfavorables condiciones de los experimentos, cuanto por el acúmulo de aserciones gratuitas y de vanas teorías aplicadas a las inteligencias ocultas detrás de ellos... Los ofrecimientos del Sr. Sinnett legaban en el momento más precioso, y yo, por mi parte, ni he olvidado ni olvidaré jamás lo que la S. T. y nosotros le debemos. Recién desembarcados, tildados ya a causa de nuestras simpatías por los orientales, extraños a las ideas de los anglohindúes, retirados en el barrio indígena de Bom-

peso multiplicado por el cuadrado de la velocidad revela que la rosa debe venir de grandísima distancia.' Tal habló el estirado sabio, el intelectual sin imaginación que reducía su vida a una ecuación queriendo expresar las emociones mediante signos algebraicos... No acabaron aquí las sorpresas de la noche, y cuando el doctor se hubo despedido, le acompañé hasta la puerta y levanté la cortina de entrada para dejarle salir. Damodar me seguía con la lámpara, una lámpara, de despacho que podía subir y bajar sobre su vástago de apoyo y con un anillo arriba para cogerla. H. P. B. se levantó también y llegó tras nosotros. Yo cambié algunas palabras con el doctor encareciendo la belleza de la noche, le dí un apretón de manos, y partió, e iba a dejar caer el portier cuando advertí sobre el rostro de H. P. B. esta extraña mirada de autoridad y de poderío que precedía a todos sus fenómenos. Ella, en efecto, al nombrarla a nuestro invitado no pronunció palabra, pero tomando en sus manos la lámpara la retuvo con el índice de la mano izquierda, y apuntando con el índice de la otra mano, ordenó imperiosamente: '¡Salud!', y la llama se elevó hasta la altura de la chimenea. '¡Subid otra vez, yo os lo ordeno!', y obediente la llama ascendió hasta lo más alto del tubo. '¡Abajo!', gritó aún, y la lámpara se apagaba casi. Devolviendo, en fin, la lámpara a Damodar y saludando al doctor con la cabeza se metió en su dormitorio. Esto es, palabra de caballero, y sin exageración alguna, lo que acaeció ante nuestros propios ojos. Si los escépticos tratasen de explicar la lluvia de rosas mediante la intervención de un compadre, el último fenómeno al menos no puede ser tachado de fraude. Ella, al yo preguntarle, me dijo que un Mahatma invisible para todos, excepto para ella, estaba allí dando vueltas a la llave de la lámpara bajo su orden. Esta, al menos, era una de las explicaciones. La otra es que tenía dominio sobre los elementales del fuego, que le obedecían, cosa que conjeturo como más probable."

bay, acogidos entusiastamente por ellos y reconocidos como campeones de sus antiguas filosofías y religiones, no habiendo visitado al Gobernador ni a los demás europeos según costumbre, y sin tener estos últimos simpatía alguna ni por el hinduismo ni por nosotros, no podíamos soñar con buena disposición alguna por parte de los de nuestro color ni admirarnos de que el Gobernador nos mirase como sospechosos. Ningún editor de los diarios anglohindúes se hallaba dispuesto, por tanto, a ayudarnos ni a hacernos justicia discutiendo nuestras ideas y proyectos. Sólo Mr. Sinnett fue, desde el primer momento, nuestro fiel amigo, mostrándose, no obstante, juiciosa y profundamente crítico. Aliado potente, sin duda, jefe del diario más influyente de la India, y gozando como ningún otro periodista de la confianza y respeto de los principales funcionarios del Gobierno, bien pronto se entabló entre él, Mad. Sinnett y nosotros una activa correspondencia, que acabó por determinar en diciembre del mismo año una visita nuestra a Allahabad, donde se produjeron varios acontecimientos interesantes. Las personas familiarizadas en el estudio de la antigua Filosofía Oriental conocen a M. A. P. Sinnett y sus obras. El ocupa en Inglaterra un lugar distinguido entre el mundo sabio, como también su madre, Mrs. Sinnett, viuda desde muy joven y conocida ventajosísimamente a mediados del siglo XIX por sus trabajos literarios. Aquél, además de dirigir largos años el *Pioneer*, diario semioficial del Gobierno anglohindú, cultivó las ciencias naturales con especial esmero. Aparte de sus numerosos ensayos, publicó *El Buddhismo Esotérico* —una obra muy feliz, con un título muy desgraciado, según la frase que le consagra la Maestra en la introducción de *La Doctrina Secreta*—, *Karma*, *Estudios sobre el mesmerismo*, etcétera."

Partieron, pues, Helena y Olcott para Simla a fines de agosto de 1880, y desde el primer encuentro, el juicioso Mr. Sinnett se apresuró a marcar a aquélla una línea de conducta que, por supuesto, no siguió. En efecto, en lugar de seguir la prudente y mundana conducta de las gentes *bien*, tan esenciales para tratar con ingleses, se lanzó a producir una serie de fenómenos, los más notables quizá de toda su vida, fenómenos favorecidos, sin duda, por el especial emplazamiento geográfico de aquella capital a las puertas del Pinjab y en los primeros contrafuertes ya del Himalaya.

Lo que ocurrió en Simla se dirá en otro capítulo.

Capítulo XXI

POR TIERRAS SAGRADAS

Dicho queda en el capítulo anterior que el juicioso Mr. Sinnett, gran conocedor de los convencionalismos británicos, previno a Helena acerca de los peligros que el mal uso de sus "fenómenos" podría producir a su noble causa. Pero todo fue inútil, como vamos a ver.

"Helena, en Simla —dice Vera, su hermana— cometió el gran error de realizar ciertos fenómenos en presencia de algunas personas que se lo habían rogado, teniendo Mr. Sinnett la imprudencia de publicar en su periódico el relato de esos fenómenos, antes de dar a conocer aquellos "hechos" —en los cuales creía tan sinceramente— en su muy conocido libro *El mundo oculto*. Todo esto produjo discusiones sin fin. El clero protestó, no sin razón, contra esta propaganda anticristiana, fundada, como decía, en juegos de manos. Las calumnias contra los fundadores de la Sociedad Teosófica se recrudecieron grandemente. Se llegó hasta asegurar que no tan sólo era mi hermana una espía, sino también un impostor, y una sirviente de la "difunta Mad. Blavatsky, cuyos papeles había recogido para usar indebidamente su nombre". Todos estos ataques sirvieron para agravar mucho sus padecimientos, que la hacían sufrir terriblemente. Vióse precisada a recurrir a la autoridad de sus parientes y amigos de Rusia a fin de probar debidamente su identidad. El príncipe A. M. Dondonkoff-Korsakoff, entonces comandante en jefe del Cáucaso, le escribió una carta muy cariñosa en la cual se mostraba como amigo suyo de la juventud, y le incluía un certificado de identidad que se publicó en casi todos los periódicos angloindios, con gran satisfacción de sus numerosos amigos. Pero ¡ay! tenía más enemigos influyentes que amigos. Ya entonces la Sociedad Teosófica contaba por miles sus afiliados, entre los naturales del país y entre los que no tenían cargos oficiales; pero contaba con muy pocos conversos entre las clases directoras de la India. Los ingleses, sujetos por sus compromisos oficiales o también por su posición social, se contentaban en su mayor parte con tomar un interés en el movimiento y en las enseñanzas en particular; pero no querían tener nada que ver con diplomas y demás; y no siendo miembros de la Sociedad se apresuraron a repudiarla cuando la vieron en baja. Los que sientan verdadero interés por estos hechos y deseen conocer los detalles de lo que tuvo lugar du-

rante la estancia de mi pobre hermana en la India, pueden enterarse leyendo lo que sobre el particular han escrito Olcott y Sinnett y otros testigos presenciales. Por último, la adhesión de los naturales del país, ricos e influyentes, a una fraternidad que confirmaba las verdades que son el fundamento de sus creencias, ya fueran brahamanes o buddhistas, irritaron a los misioneros hasta tal punto, que parecía que habían llegado a olvidar la caridad cristiana. Vieron claramente que Mad. Blavatsky, bien fuese sincera o hipócrita, maga o encantadora, era la fuerza y el alma de la Sociedad Teosófica, y en su consecuencia, dirigieron directamente sus ataques contra ella. Mi hermana no había abrazado directamente el buddhismo, como lo había hecho el Coronel Olcott, Presidente de la Sociedad, pero proclamaba la igualdad y unidad de todos los sistemas religiosos. Por esta razón era más peligrosa que aquél, autor de un catecismo buddhista aprobado por el gran Sumangala, sacerdote superior de Ceilán. Desde aquel momento, por tanto, fue ella el punto de ataque de los enemigos de la Teosofia y la 'cabeza de turco' de la Sociedad."

En los primeros días de setiembre de 1880 —dice Sinnett, describiendo los fenómenos antes indicados en su *Mundo oculto*—, fuimos testigos de un fenómeno nuevo de H. P. B. Por una aplicación diferente de la fuerza de que ella se servía para producir los llamados "golpes espiritistas", a veces en el aire mismo y sin intermediario de objeto alguno material, nos hizo oír el sonido claro y distinto de una como campanilla de plata, y a veces de varias acordadas musicalmente entre sí. La primera vez que pudimos escucharlas fue una noche después de cenar, cuando aún estábamos en torno de la mesa. Las campanillas sonaron por encima de nuestras cabezas. En otras ocasiones las he oído al aire libre en toda clase de lugares y en casas que habían sido visitadas por H. P. B. La sospecha de fraude respecto de tal fenómeno cae por su base aún mejor que la de los golpes, dadas las condiciones en que él se produjera, porque se obtiene con medios mecánicos harto restringidos y, como digo, he podido escuchar el argentino sonido de las "campanas astrales" al aire libre en la atmósfera silenciosa de la noche y en diferentes lugares también de las habitaciones, ora a la altura de nuestras cabezas, ora como en el pavimento entre los pies de los circunstantes y a veces en habitaciones distintas de aquella en la que se encontraba H. P. B. Su sonido recordaba el de una copa de cristal levemente golpeada con un cuchillo.

Estas "campanas astrales" no son sólo una agradable demostración de las propiedades de las corrientes que las producen, sino que entre los Iniciados reemplazan al timbre de llamada del telégrafo para preparar sus comunicaciones a distancia. Con frecuencia H. P. B. era llamada así."

Pero el fenómeno más notable y que diera lugar después a las más encarnizadas discusiones fue el siguiente:

"Habíamos organizado aquel día una jira campestre para el siguiente. A la hora convenida estábamos ya dispuestos, siete en lugar de seis, por haberse agregado a última hora un recién llegado. Después de haber caminado montaña abajo durante varias horas, nos detuvimos para almorzar en el bosque junto a la cascada superior. Se sacaron las provisiones y los criados encendieron fuego para preparar el café. Con este motivo advertimos que como éramos uno más de lo calculado, nos haría falta una

taza y un platillo más. Entonces alguien gastó la broma de que bien podía H. P. B. fabricarlos. La idea, por supuesto, no fue lanzada seriamente, pero como aquélla respondió que la cosa era muy difícil, pero que ensayaría, con lo que no hay que decir lo que sobreexcitaría nuestra curiosidad. Según su costumbre cuando entraba en comunicación mental con algún Iniciado, H. P. B. vagó por las inmediaciones, en un radio de diez o doce metros. Yo la seguí de cerca lleno de curiosidad. A poco designó un sitio en el suelo y rogó a uno de los de la partida que viniese con un cuchillo para excavar con él en el lugar designado, que era un pequeño talud cubierto de yerbas y de maleza. Mr. X. —llamémosle así— se puso, aunque no sin dificultad, a arrancar las malezas, porque las raíces estaban muy duras y entremezcladas. Después, cavando con el cuchillo, sacó a mano los escombros hasta tropezar con el borde blanco de la que luego resultó taza, seguida de su platillo correspondiente, que yacían entrambos entre una verdadera madeja de raíces que parecían haber crecido años antes en su derredor. Taza y platillo eran exactamente del mismo modelo que las traídas para la gira, con la que componían siete. Añadamos que de regreso a casa pudimos comprobar que la vajilla, de modelo raro y antiguo, sólo tenía nueve tazas, como había dicho el mayordomo, traídas antaño de Londres y cuyo tipo no podría seguramente ser hallado en Simla.

"La noción de que haya seres humanos capaces de crear objetos materiales por el ejercicio de un poder puramente psicológico, sublevaría la razón de cualquiera que no se haya ocupado nunca de semejantes asuntos. No menos oscuro les resultaría el decirles que taza y platillo habían sido *desdoblados*, más bien que creados. Presentar ante la vista el *doble* de un objeto, no parece sino un modo diferente de creación. Sea, en fin, lo que fuere, me he limitado a dar fielmente los menores detalles con la más escrupulosa veracidad, porque el fenómeno es la prodigiosa manifestación de una fuerza completamente desconocida en el mundo científico moderno, para quien no puede ser otra cosa que un fraude más cuidadosamente preparado. Pero semejante hipótesis calumniosa pierde todo su valor si se considera la imposibilidad en que H. P. B. se hallaba de realizar tamaña impostura, y es sólo un medio de salir del dilema para quien sea de mediana inteligencia siquiera y se fíe de mi honrada palabra.

"En efecto, taza y copa fueron desenterradas tal y como he referido. Si ellas no se han debido a una acción oculta como va dicho, tendrían que haber sido depositadas previamente. Pero, por la vegetación que le cubría y la clase y forma del terreno, que no había sido removido hacía años, sólo cabía la hipótesis ofensiva de que habían sido depositados mediante un agujero adecuado hecho por el otro lado del talud. Dicha teoría, no obstante, no resiste al examen más ligero. El túnel, exigiendo cierta extensión, habría dejado huellas, cosa que no nos mostró el examen atento que, como era natural, después hicimos del sitio. La repentina petición de una taza con su platillo —entre los millares de cosas que se hubieran podido pedir— estaba absolutamente imprevista, como hija de una circunstancia inesperada y súbita, porque si no se hubiese agregado a última hora el séptimo invitado, las tazas y platillos embalados por su propia cuenta por los domésticos habrían sido suficientes. En fin, si tamaño fraude hubiese sido premeditado habría sido preciso escoger de antemano

el lugar exacto donde nos detuvimos a almorzar, siendo así que fuimos Mr. X. y yo los que elegimos sobre el terreno el sitio del desayuno y a pocos metros de él fueron hallados los objetos. Dejemos, pues, a un lado las absurdas hipótesis de fraude y examinemos qué agentes pudieron ser los empleados para incrustar la taza y el platillo en tierra de antaño enraizada y no removida. H. P. B. dormía bajo nuestro techo y no salió de casa desde el momento en que se decidió la gira hasta el de la partida al otro día. Su único criado personal era un chico de Bombay, extranjero en Simla, y tampoco salió durante todo ese tiempo, porque yo le llamé para que cerrase la entreabierta puerta de un desván que golpeaba durante la noche. El coronel Olcott, nuestro huésped igualmente, y sería absurdo el pensar que él había descendido cuatro o cinco millas de áspera montaña, a través de inextricables senderos, para enterrar unos objetos que él no tenía ni podía hallar y en un sitio en el que no sabíamos si iríamos."

La estancia de Helena en Simla con los notabilísimos fenómenos que ella allí produjo, marcan época en los anales de la S. T., tanto porque en éstos los benditos Mahatmas estuvieron, puede decirse, más cerca que nunca de la Sociedad, cuanto porque ellos acabaron de convencer a Mr. Sinnett y a otros acerca de la trascendencia que podrían tener para el mundo los nuevos ideales de perfeccionamiento y de progreso por la S. T. aportados. Tan es así que, de allí a poco, una nueva organización, la llamada Sociedad Ecléctica Teosófica, presidida por el director del *Pioneer*, vino a sumarse en la empresa redentora representada por los campeones Helena y Olcott. ¡Lástima grande que semejantes esfuerzos en pro de un Ideal tan grandioso como incomprendido se malograsen por el europeo escepticismo o egoísmo de los unos y por la mala fe de los otros, y hasta dieran pie más adelante para la calumnia de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, como a su tiempo veremos!

Sinnett, entrando así en relación con sus Maestros, en especial con el caldeo conocido por las iniciales K. H., pudo escribir bien pronto *El Buddhismo Esotérico*, obra preciosa, aunque con un título desgraciado, que mereció los elogios de H. P. B. más tarde en la primera página de *La Doctrina Secreta*, y que literalmente ha dado la vuelta al mundo, traducida a todos los idiomas.[1]

[1] La *D. S.* se expresa respecto de la obra de Sinnett en estos términos: "*Esoteric Buddhism* es una excelente obra con un título muy desdichado, si bien no significa más que lo que representa el título de la presente obra: *La Doctrina Secreta*. Desdichado, decimos, porque las gentes acostumbran siempre a juzgar las cosas por sus meras apariencias más bien que por su intrínseco significado, habiéndose extendido tanto este error, que han venido a ser víctimas de él casi todos los miembros de la S. T. Desde el principio, sin embargo, los brahmanes y otros protestaron contra el título, y para hacerme justicia a mí misma, debo decir de *Esoteric Buddhism* me fue presentado como un volumen completo, sin que tuviese la menor noticia respecto a la manera como pensaba escribir el autor la palabra "Buddhismo". La responsabilidad de esto recae por completo sobre aquellos que, habiendo sido los primeros en llamar la atención sobre el asunto, omitieron indicar la diferencia que existe entre el 'Buddhismo' o el sistema religioso y moral predicado por Gautama, el 'Iluminado' o el 'Buddha' y Budhismo —con una sola *de*—, palabra más amplia y genérica que significa en sánscrito 'la facultad de conocer': 'Budh', 'Vidya' o 'Sabiduría'. Nosotros, los teósofos de la India, somos, pues, los verdaderos culpables de la confusión, si bien por aquel entonces (*The Theosophist*, junio, 1883), hicimos lo posible por corregirla. Fácil habría sido, en efecto, el evitar confusión tan deplorable, bastando con alterar la escritura de la palabra, pronunciando y escribiendo 'Budhismo' (Sabiduría o Conocimiento de la Doctrina Secreta primitiva, común a todas las religiones y no privativa de la de Gautama) en lugar de 'Buddhismo' (o sea la religión fundada por este último). La Religión de la Sabiduría Primitiva es efectivamente la herencia de todas las naciones del mundo, a pesar de la afirmación que figura en la edición primera de la obra de Sinnett de que 'hace dos años (1883) ni el autor ni ningún otro europeo viviente conocíamos el alfabeto siquiera de la Ciencia Esotérica'. Esto es una inadvertencia padecida, porque quien estas líneas escribe conocía cuando fue 'divulgado' en repetida obra y bastante más, mucho antes de contraer en 1880 el compromiso de comunicar una pequeña porción de La Doctrina Secreta primitiva a dos caballeros europeos, uno de ellos Mr. Sinnett, y, sin duda alguna, la que esto consigna posee el privilegio, para ella bien equívoco, de ser una europea por su nacimiento cuanto por su educación. Además, una porción considerable de la filosofía expuesta por dicho amigo fue enseñada en Norteamérica aun antes de publicarse *Isis*, a dos europeos y a mi colega el coronel Olcott. De los tres maestros que este último ha tenido, el primero fue un Iniciado húngaro, el segundo un egipcio y el tercero un hindú. Conforme al permiso otorgado, Olcott ha dado publicidad a algunas de las enseñanzas de diversas maneras, y si los otros dos no lo han hecho es simplemente porque aún no les ha llegado la hora de dedicarse a tal obra. Pero la hora ha llegado, en cambio, para otros, y los varios e interesantes libros de Sinnett son una prueba tangible de ello, aunque, por supuesto, ninguna obra teosófica adquiere el menor aumento de valor por razón de pretendida autoridad."

De aquí los hermosos conceptos emitidos por Sinnett en otra de sus célebres obras *El mundo oculto*, donde se reconoce que "la cultura moderna ha perdido de vista a una escuela de Filosofía que ha impreso sus huellas en todo el pensamiento antiguo y que sus mantenedores, los antiguos sabios, trabajaban sobre ella en el secreto de los templos, y de aquí los llamados "Misterios Iniciáticos" de aquellas épocas. Se dice —añadía— que algunos fenómenos de H. P. B. relacionados con tales conocimientos superiores tienen aspecto de prestidigitación. ¡Más bien hay que decir que los prestidigitadores tratan de darse siempre, y por algo será ello, trazas de ocultistas! ... La ciencia actual no se da cuenta en su lamentable ceguera de las causas de tales fenómenos, y la religión, por su parte, los creería milagros si no pretendiese cada una de tener de ellos la exclusiva... Nosotros hemos descubierto la circulación de la sangre, y aquellos Maestros la de la Vida y los poderes por la vida ocultos en el hombre, demostrando así la armoniosa continuidad de las operaciones de la Naturaleza. Dicho secreto, además, no es absoluto, pues que se admiten discípulos; sólo si existe para las masas merced al estrecho espíritu de la época moderna, que se ocupa del progreso material y no del psicológico progreso, sin que deban ser confundidos los fenómenos mágicos u ocultos con los medianímicos, pues que el operador de aquéllos es activo y libre y el de éstos un mero juguete de nada conocidas fuerzas. Los Adeptos dominan ya a las fuerzas naturales. Son una raza aparte, en cierto modo, por su propia superioridad. No prohiben la producción ocasional de los fenómenos, aunque en general los repugnan. La ley de la división del trabajo determina el que parte de aquéllos se encarguen a lo largo de la historia de quebrantar las resistencias de las ciencias, y otros sigan aislados y sin ajenas interrupciones su trabajo oculto, lejos y cerca al par de la marcha del mundo; pero, respecto de los que fielmente nos siguen, dicen

Ellos, "la ingratitud no figura en el número de nuestros defectos, y protegemos siempre a todos aquellos hombres que, abandonándolo todo por la Verdad, vienen consagrados desde largos años a la ascensión por el rudo y escarpado Sendero que a ésta conduce, firmes en las tentaciones, dominadores de los obstáculos y fieles depositarios de cuantos secretos les sean confiados y consagrados, en fin, sin egoísmos, a propagar las Primitivas enseñanzas, corrigiendo sus pensamientos y sus vidas." [2]

"Continuando con los fenómenos de Simla, debo referir, en fin, dice asimismo Sinnett en su *Mundo Oculto*, un fenómeno notabilísimo, que, a pesar de la publicidad dada a él por la Prensa inglesa de la India, no ha sido ridiculizado ni puesto en duda.

"Acompañados por nuestros huéspedes fuimos un día a merendar a la cumbre de una colina vecina. Yo tenía mis presentimientos de que la noche anterior mi corresponsal, el Maestro K. H., había estado en lo que podría llamar comunicación subjetiva conmigo, pero no entraré en detalles sobre ello porque es inútil molestar a los lectores con impresiones de esta índole... Llegados, pues, a la meseta de la colina y después de la merienda, H. P. B. dijo que el Maestro K. H. nos preguntaba, por su mediación, en qué sitio queríamos encontrar el objeto que él trataba de enviarnos. Conviene al efecto dejar bien sentado que hasta aquel preciso momento nadie había soñado en esperar fenómeno de clase alguna. La suspicacia habitual será, por supuesto, la de que H. P. B. me había *sugestionado* para que escogiese el sitio que entonces se me ocurrió elegir. El hecho es, simplemente, que en medio de la conversación general H. P. B. hizo su ademán habitual de escuchar la voz oculta al transmitir dicha propuesta, sin hacer el comentario más ínfimo y sin contribuir en lo mínimo a la designación del sitio. No hubo, pues, discusión alguna sobre el particular y mi elección, por tanto, fue absolutamente espontánea cuando, tras un momento de reflexión, respondí: 'Quiero que el objeto en cuestión aparezca dentro de ese cojín', al par que mostraba con el dedo el de una de las damas presentes, que en él se apoyaba. Pero, no bien pronuncié estas palabras, cuando mi mujer exclamó: '¡No, no; que sea en el mío!' Yo dije: 'Muy bien. Que sea, pues, en el de mi mujer donde aparezca el objeto.' Entonces H. P. B. consultó con K. H., según sus habitantes métodos ocultos, si parecía bien la designación, obteniendo de éste una contestación afirmativa. No hay que añadir que mi libertad de elección en cuanto al sitio donde debería ser encontrado el objeto había sido hecho sin presión de nadie y como la cosa más natural, a diferencia de nuestras experiencias anteriores, que designaron como lugar de aparición, al efecto, un árbol, un escondrijo en tierra no removida y llena de raíces, sino en el interior de un cojín fortuitamente cosido, bajo la inspiración del momento, y que me pareció de repente como el sitio más adecuado. La petición de mi mujer de que fuera el suyo y no el de otra persona me pareció tanto mejor cuanto que ella había tenido consigo el cojín toda la mañana y de él se había servido constantemente en su palanquín. Además, el cojín estaba sólidamente construido de tapicería y terciopelo; le poseíamos desde hacía años y constantemente en la casa, puesto en el extremo de un sofá del salón cuando no le llevaba mi esposa en su litera.

"De acuerdo, pues, todos, se dijo a mi esposa que le pusiese bajo su asiento con sus propias manos, como lo hizo. Cosa de un minuto después, H. P. B. declaró que podíamos tomarle y proceder a abrirle. Entonces, con mi cortaplumas, comencé a descoser el cojín, empresa nada fácil según estaba de bien cosido. Después de haber deshecho así todo un costado, encontramos que su relleno estaba encerrado en una segunda cubierta igualmente bien cosida en todo el contorno. Entre las dos fundas nada había. El saco interior fue al fin abierto, y mi esposa metió la mano entre el relleno, encontrando primero un billete triangular dirigido a mí y que con la escritura de K. H., que me era ya tan familiar, decía:

> "'Querido Hermano: El alfiler que aquí aparecerá ha sido introducido en este extraño sitio para demostraros cuán fácil nos es el producir un fenómeno tangible si queremos, y completamente fuera de toda sospecha de sinceridad. Podéis, sin embargo, interpretarlo como gustéis, y hasta atribuirme cómplices en el *fraude*. Notad, además, que la presente no está fechada en ninguna *Logia*, sino en un valle de Cachemira.'

"Mientras que yo leía el billete, mi mujer, continuando sus pesquisas, descubrió, en medio de las plumas del relleno, el alfiler anunciado, uno de sus antiguos broches, que solía usar mucho y que dejaba habitualmente sobre el tocador cuando no hacía de él uso. En punto, pues, a *pruebas mecánicas*, habría sido imposible el inventar una más abrumadora y convincente para nosotros. La fuerza y el alcance de este hecho reposan sobre mis impresiones subjetivas de la noche precedente y la razón para elegir el alfiler no remonta más lejos. Retornando a la hipótesis —idiota, absolutamente— de que el cojín pudo haber sido tomado y manipulado

[2] "Mi intensa admiración por los poderes de los *Iniciados* —dice también Sinnett— le llevaron al Maestro K. H. a ponerme la guardia contra la natural tendencia a idealizarlos con exceso, escribiendo (pág. 156 del *Mundo Oculto*): '¿Estáis bien seguro de que la agradabilísima impresión que os da nuestra correspondencia no quedaría destruida al instante si me vieseis? ¿Y quién es, por otra parte, aquel de nuestros shaberones (o grandes Iniciados) que ha participado como yo del beneficio de un poco de educación universitaria con una ligera tintura de las costumbres europeas?'

"Con toda circunspección K. H. me dijo que él 'comunicaba conmigo, ora por carta, ora por visitas personales bajo forma astral cuando ello es practicable. Recordad, sin embargo, añade, que Simla está 700 pies más alta que Allahabad, y que las dificultades que hay que vencer para llegar a esta última ciudad son terribles. Para la gente vulgar, las proezas *mágicas* no se distinguen entre sí, pero las pequeñas indicaciones que anteceden muestran que los fenómenos de los *Hermanos*, por muy mágicos que ellos sean, están sometidos a leyes que les son propias. En la infancia de la química la mayor parte de los cuerpos en la Naturaleza estaban considerados como elementos. Después su número se ha reducido. Igual sucede con la Magia. Atravesar las nubes en la cestilla de un globo o enviar mensajes por bajo del mar, habría sido magia en una cierta época y hoy son cosas que están ya bajo el dominio público. Los fenómenos de Simla son magia a los ojos de la mayoría de los hombres de vuestra generación; pero la telegrafía psicológica puede llegar a ser en las generaciones que se aproximan, si no el patrimonio de todos un hecho tan incontrastable como lo es el cálculo diferencial para los que saben estudiarle convenientemente. Aunque estos y otros fenómenos del mismo género sean de más fácil realización en ciertas capas atmosféricas mejor que en otras, sugiere ya la idea práctica de que van a escapar del dominio de la magia para elevarse hacia la región de la ciencia exacta."

por H. P. B., habría sido preciso que ella se hubiese posesionado de él después de haberme oído hablar de mis impresiones nocturnas al salir del desayuno, pero desde que nos levantamos aquella mañana no habíamos perdido casi de vista a H. P. B., que permaneció en el salón con mi mujer, bien contra su gusto, pues que ella quería escribir en su habitación, habiendo permanecido en el salón bajo las sugestiones de sus 'voces ocultas' de costumbre, murmurando contra la interrupción de su trabajo y no pudiendo explicarse semejante orden. Más tarde el motivo nos pareció bastante claro: sin duda se refería al fenómeno, para así evitar a nuestros espíritus el menor prejuicio acerca del empleo del tiempo aquella mañana por H. P. B. El giro que, en efecto, tomó el incidente, hacía de este detalle un factor útil para comprobar su perfecta legalidad. Si se nos dijera que hasta la elección misma del cojín había sido también prevista, hubiese sido inútil el seguir los pasos a nuestra 'Vieja Señora', como la solíamos llamar familiarmente. La permanencia de mi esposa en el salón, al lado del famoso objeto, bastaba para la más amplia garantía ... He quí, pues, un hecho bien palpable al que la ciencia europea habría calificado de un milagro y nosotros de un hecho bien palpable. Este fenómeno, de pasmosa realidad, se debía, según deducimos por las propias cartas ulteriores de su autor K. H., al *poder del pensamiento* de un hombre en Cachemira, que había tomado un objeto material de una mesa de tocador en Simla, le había disgregado físicamente por un procedimiento en el que la ciencia occidental no sueña hoy siquiera, le había hecho pasar a través de otra materia y le había restablecido al instante en su forma originaria, haciendo tomar a las partículas dispersas su primitiva forma en el nuevo y cerrado sitio designado, o sea entre las plumas del relleno de un almohadón con cubiertas dobles y bien cosidas. Sabíamos además qué caracteres escriturarios bien tangibles habían sido cambiados entre K. H. y nosotros, yendo y volviendo con la rapidez del rayo y franqueando los cientos de millas que nos separaban de los Himalayas. Sabíamos también que un muro impenetrable, levantado por nuestros propios prejuicios, nuestra terquedad, nuestra erudita ignorancia y la desconfianza estúpida de nuestro espíritu científico occidental oponían a nuestra experiencia y a nuestros hechos una resistencia invencible. Sería preciso haber pasado por una situación semejante a la mía para comprender con qué sentimiento de creciente angustia doy ahora comienzo a la historia que voy a referir, convencido de que la rigurosa precisión de los hechos observados por mí en los mínimos detalles, la perfecta veracidad, palabra por palabra, de este informe, apenas servirán para otra cosa que para satisfacer mi propia conciencia, ya que los llamados espíritus científicos de Occidente se mostrarán absolutamente rebeldes a mi testimonio 'aunque viesen a un muerto salir de su propia tumba'. Es la vieja y eterna historia respecto de los aplastantes efectos que habrá debido producir sobre la opinión la divulgación de las pruebas que yo he recibido. A mi juicio, K. H. está no solamente en lo cierto declarando que el mundo no está preparado para recibir pruebas demasiado sorprendentes del poder oculto, sino que ellas irán poco a poco minando el edificio del estúpido dogmatismo sobre el que se cobija la ciencia moderna, que tan liberal se cree."

El insustituible *Diario* de Olcott, consagra un capítulo entero (XV, serie 2ª) a los llamados "Incidentes de Simla", donde los escépticos "têtus" no podían faltar para exasperación de H. P. B. Nosotros no podemos aquí darlos al detalle. Bástenos consignar que en ellos figuran los esposos Hume, con fenómenos producidos en honor suyo como el antes referido, y que en el positivismo y prejuicios de éstos sólo sirvieron para mal de la Sociedad, hasta el punto de que el mismo Maestro K. H. hubo de retirarse dejando el puesto a otro Maestro de carácter menos complaciente, y de cuya elevadísima individualidad Sinnett se expresa así (*El mundo oculto*):

"El hecho más saliente acaecido en Simla fue el de entrar en relación con otro de los miembros de la Gran Fraternidad. Nuestro corresponsal y maestro K. H. tuvo, parece, necesidad de retirarse durante tres meses a una soledad absoluta, no sólo en lo que se refiere al cuerpo —cosa que para los Adeptos puede hacerse retirándose a un rincón ignorado de la tierra, sin que su actividad *astral* y su contacto con la Humanidad se vea por ello suspendido—, sino también en cuanto concierne al poderoso Ego, con el cual nos comunicábamos. En esta circunstancia, uno de los *Iniciados*, con el que K. H. estaba particularmente asociado, consintió, no sin cierta resistencia al principio, en ocuparse de la Sociedad Teosófica ecléctica de Simla y continuar, en ausencia de K. H., sus instrucciones ocultas. El cambio operado en el carácter de nuestra correspondencia bajo la dirección de nuestro nuevo instructor fue notabilísimo. Toda carta que proviniese de K. H. llevaba el sello de su estilo dulce y fácil, que no desdeñaba esfuerzo alguno para evitar por una frase corta o incompleta el herir los sentimientos de cualquiera. Sus rasgos escriturarios eran siempre regulares y legibles. Nuestro nuevo maestro, en cambio, nos trató de bien diferente modo. Empezó declarándose casi ignorante de nuestra lengua, y escribía de una manera irregular, difícil de descifrar en más de una ocasión. No parecía cuidarse gran cosa de las buenas apariencias. Así si, por ejemplo, le enviábamos un ensayo nuestro, relativo a asuntos ocultistas de aquí y allá, rogándole nos dijese si estaba bien, el trabajo nos era devuelto con frecuencia cruzado de arriba abajo por una gruesa raya roja y con la palabra '¡No!' al margen. Cierta vez le preguntó uno de nosotros si podría esclarecernos tal o cual punto, a lo que nos contestó lacónico: '¿Cómo puedo yo aclararos conceptos que no tenéis?' No obstante ello realizamos grandes progresos bajo la dirección de M. Paso a paso, la correspondencia, que, por parte suya, se habría reducido a breves notas garrapateadas sobre grueso papel tibetano, alcanzó a veces voluminosa extensión. Figúrese, pues, el lector qué delicioso contraste formarían las ásperas y secas maneras de M. con las tiernas dulzuras de K. H., lo cual no fue obstáculo para que nuestra adhesión a M. creciese más y más, a medida que fuimos teniendo el convencimiento de que cada vez nos toleraba mejor como discípulos. Seguro estoy también de que alguno de mis lectores sabrán dar a esta palabra de 'adhesión' todo su verdadero sentido, aunque me sirva de este término tan incoloro para evitar el hacer necia gala de sentimientos que podrían no ser correctamente comprendidos por todos. En el curso de nuestras relaciones meramente epistolares con aquel gran Ser, hombre seguramente como nosotros, pero de tal manera elevado respecto del hombre ordinario por la posesión de ciertos atributos que

podrían considerarse como divinos, los sentimientos por aquéllas engendrados son demasiado profundos para ser ligeramente descriptos. Añadamos, finalmente, que en todas estas relaciones para nada intervino H. P. B., quien se hallaba a la sazón a más de 800 millas de distancia."

A fines de octubre de 1880, los dos campeones abandonaron a Simla, pasando a Amritasar, ciudad celebérrima, tanto por su Templo de Oro como por los recuerdos de las hazañas guerreras de los sikhs. De allí siguieron hasta Lahore, la llave geográfica del Penjab, del valle de Cachemira y de todo el alto Hindo, menudeando H. P. B. sus fenómenos y Olcott sus conferencias de propaganda, en las que era hábil maestro. De regreso ya hacia Bombay visitaron también largamente a Benarés, "la ciudad santa" del hinduismo, y en ella al pandit Bala Shastri, considerado por el doctor Thibaut, discípulo de Max Müller, como el primer sanscritista de la India. "Pálido, delgado, de talla mediana y maneras reposadas, dignísimas, con una dulzura de expresión que sugestionaba, y sin trazas de animalidad ni de pasiones", éste y el otro pandit-bibliotecario del colegio de Benarés —Pramada Dasa Mittra— fueron invitados por Olcott a una colaboración eficaz con la S. T. en pro del renacimiento de los estudios sánscritos, llegando a entablarse negociaciones preliminares que quedaron interrumpidas por la muerte del sabio Bala Shastri, perdiéndose así, dice el coronel, una ocasión más de "dar al mundo el tesoro de aquella antiquísima cuanto sabia literatura, en el momento actual en que todas las esperanzas espirituales parecen sumergidas bajo la ola del materialismo." El *Diario* de Olcott consagra después otro capítulo XVIII, serie 2ª), a "El maestro de los dijnns", precedente precioso, debemos confesarlo aquí, de la gestación de nuestro bien intencionado *Libro de los jinas*, y para cuyos detalles remitimos allí al lector, así como a *De gentes del otro mundo*. En dicho capítulo, en efecto, se habla de aquel famoso Mohamed Aritqui, sabio magistrado, conocedor a fondo de la literatura árabe y alquimista, que hubo de mostrarles los nombres de más de 1500 adeptos y místicos islámicos, desde el Profeta hasta nuestros días, y darles una lección acerca del modo antiguo de transformar el estaño en plata, y también del maravilloso Hassan Khan del Dekan, ocultista que legase a su hijo el dominio sobre siete jinas, dominio que éste hubo de perder más tarde por sus intemperancias, que le condujeron hasta el presidio. La historia del pobre mulvi de Ghazipur, página arrancada a *Las mil y una noches*, es de las que merecen leerse según las transcribimos en dicho segundo libro.

Despidiéndose los dos viajeros de su generoso huésped, el viejo Maharajah de Benarés, abandonaron la ciudad santa, regresando a Allahabad con los Sinnett, para de allí a poco caer H. P. B. víctima de la influenza, enfermedad que habría de arrebatarla la vida once años después.

Y ya que de enfermedades hablamos es oportuno el consignar que en ellas, como en todo, fue siempre harto extraña aquella enigmátnica H. P. B.

"Un trabajo de diez y ocho horas diarias —dice Vera Jelihovsky—, los insultos y vejaciones constantes que sufría, así como el cansancio mental, unido todo a su enfermedad crónica, agravada por las malas condiciones del clima, la condujeron al borde del sepulcro. Durante los cinco años que ella pasó en la India no tuvo menos de cuatro ataques de su enfermedad, tan graves todos ellos, que en cada una de los mejores médicos de Bombay

y de Madrás diagnosticaron que no era posible que viviera, pero siempre recibía alguna ayuda inesperada y rara en ocasiones. Una de ellas de un doctor natural del país, otras de un yogui brahaman o de un pobre 'paria', demacrado por los ayunos y austeridades. Presentábanse ellos sin haber sido llamados, y le ofrecían sus remedios, que resultaban siempre eficaces. Luego, a la hora señalada, caía en un sueño profundo, del cual, según los médicos europeos, debía pasar a la agonía; y en lugar de ésto, se despertaba después de haber dormido largo tiempo como si nada hubiese tenido. En dos ocasiones, sin embargo, las cosas ocurrieron de distinto modo. Se presentaron visitadores extraños, desconocidos e inesperados, que se hicieron cargo de ella, y se la llevaron no se sabe dónde. Muchas personas de la mayor seriedad atestiguan estos hechos, además de que sus propias cartas lo prueban claramente. Tengo una de dichas cartas delante, por desgracia sin fecha, según era su costumbre cuando nos escribía a su tía y a mí. En esta carta nos comunicaba que estaba pasando una gravísima enfermedad; un 'chela' (un discípulo de los Maestros y estudiante de las ciencias ocultas) le había traído la orden de seguirlo, y nos rogaba que no nos inquietásemos por su silencio, el que necesariamente se prolongaría, puesto que el lugar donde tenía que pasar algún tiempo para reponerse estaba muy lejos de los correos y telégrafos.

"Tengo también una carta dirigida desde Meerut, más allá de Allahabad. Esta fue escrita en mayo de 1881, después de una grave enfermedad, sobre la que nos habían escrito los que se hallaban con ella, y en la que nos decían que nos preparásemos para lo peor. Sus amigos iban a llevarla al campo: se hallaba convaleciente y sumamente débil aún, cuando recibió la 'orden' de dejar los caminos transitados y de internarse en las montañas. 'Allí encontraréis ciertos individuos —le dijeron— que os guiarán a los bosques sagrados de Deoband.' Pero a la mitad del camino le ocurrió un incidente que la acarreó una recaída en su enfermedad. He aquí unas cuantas líneas de una carta que me escribió tres semanas después: 'Perdí el conocimiento, y no conservo recuerdo alguno de los hechos ni de los sitios; todo lo que sé, es que allí fui llevada en un palanquín, en el que iba acostada, a una gran altura. A la tarde siguiente volví en mí, así me lo dijeron, pero tan sólo por un corto momento. Me encontré acostada en una habitación espaciosa, tallada en roca dura y completamente vacía, a excepción de algunas estatuas de Buddha y de unos braceros encendidos que ardían alrededor de mi cama, en que había vasos de los cuales se desprendían vapores de muy agradable olor. Un anciano completamente blanco se inclinaba sobre mí, dándome pases magnéticos que sumían mi cuerpo en un bienestar indescriptible. Apenas tuve tiempo de reconocer a Delo Durgai, el antiguo Lama del Tíbet, a quien había encontrado en el camino unos días antes, y que me había dicho que nos volveríamos a ver juntos.' Esto aludía en su carta anterior en que hablaba de este encuentro, y luego que reconoció al Lama tibetano, mi hermana cayó en uno de esos extraños sueños que a veces le asaltaban, y no volvió a recobrar el conocimiento hasta que de nuevo se encontró al pie de la montaña, en el pueblo, en que sus amigos europeos ya la esperaban. Consignemos también que nunca fue permitido a sus amigos ingleses, ni aun siquiera a los naturales, que la siguiesen en estas expediciones misteriosas, en que se suponía que iba a

ver a algún ser superior; a pesar de esta convicción abrigada por los que la rodeaban, nunca nos escribió que visitaba a sus Maestros; sin embargo, he encontrado una de sus primeras cartas (escrita en 1879), en que relata la participación de uno de estos seres en uno de sus viajes con el coronel Olcott entre las bóvedas y ruinas de antiguos templos, cuyo relato es del mayor interés."

"Durante estos tan frecuentes viajes de los dos fundadores por diversas partes del país, dice Vera Jelihovsky, eran siempre recibidos con gran entusiasmo por los naturales, pues que todos los hindúes les eran adictos, tanto por sus traducciones mandadas hacer de sus libros sánscritos, cuanto por los esfuerzos que habían hecho para suprimir las barreras entre las castas y el desprecio injusto con que los anglo-hindúes trataban a los naturales, incluso a los brahmanes más instruidos. Pero nosotros, al describir someramente estos viajes, no podemos menos de anotar una laguna que no hemos visto llenada por ninguno de sus biógrafos, a saber: ¿Visitó Helena, sea en estos tiempos, sea antes, en su juventud, la provincia del Guzérate, ese *Chile* de la península indostánica, que tantas analogías guarda con América del Sur y que tan vecino se halla de Bombay?

La pregunta tiene más importancia de la que a primera vista pudiera creerse, porque, remontando de Bombay a Baroda y doblando el estrecho golfo de Cambaya —tan célebre en los fastos comerciales del Viejo Mundo por ser una región marítima que recuerda a la antiquísima Tirrenia etrusca de Italia [3]—, se llega a la península de Kathiawar, término natural de la Rajaputana y del Penjab hindú, región sagrada como ninguna otra de la India, tanto por encerrar las ruinas de los más augustos templos como por estar mencionada en el Mahabharata o primitivo poema de *La Gran Guerra* entre la raza solar de los suryavanshas o kurús partidarios de Ra-ma (el Sol) y la raza lunar de los chandra-vanshas, capitaneada por Krishna y su discípulo Arjuna; país, en fin, del que H. P. B. ha dicho que cada ínfimo reino de aquellos cuenta con unas Termópilas y cada pueblecito ha dado su Leónidas. El velo de los siglos, no obstante, solapa y roba al mundo que después ha seguido tales sucesos que el historiador no ha legado a la admiración de los hombres. Somnath pasaría así como una rival de Delfos; los tesoros inauditos de Hind habrían eclipsado a los de Midas, el rey de Lydia, y asimismo los ejércitos de Jerjes al lado de los de los hermanos pandús, mero puñado de hombres parecería."

En efecto, tenemos a la vista y de él habremos de hacer más adelante un estudio, el hermoso libro de J. Herculano de Moura, marino portugués y gobernador que fue de la islita de Diu —colonia que todavía conserva Portugal como resto de su poderío de antaño en el Kathiawar—, donde se dan preciados datos acerca del templo de Somnath-Patan, templo que fuera destruido unas siete veces y otras tantas alzado de nuevo, junto a los lugares en que muriera el Avatar Krishna hace unos cinco mil años, abriendo con su muerte el Kali-yuga o Edad Negra, bajo cuyo nefasto influjo nos encontramos aún.

[3] Los tirrenos lunares, señores del mar, dice la propia H. P. B., eran gentes antiquísimas, que intentaron con sus naves ir más allá del Estrecho de Gades para establecer sus colonias en una isla desconocida, pero se lo impidieron los celos de los cartagineses primitivos. La ciudad de Luna era su principal puerto en el golfo de Spezzia.

Somnath-Patán fue en siglos remotísimos un Templo de Oro, superior al de Amrita-shara, una especie de Templo de Gades "al Dios Desconocido y sin Nombre". Destruido en la guerra del Mahabharata, fue reedificado "en plata", el metal de la Luna, por los vencedores pandús; destruido luego por los kalkas, celtas o calcidios hacia el año 2400 antes de Jesucristo, fue alzado de nuevo en madera forrada de cobre, especie de estilo "ió-nico" o jónico primitivo, antecedente del que llevó este nombre entre los griegos. En fin, destruido ya en la época histórica por invasiones posteriores parsis, jainas o brahmánicas, fue construido en mármol y presenció el desfilar de las dinastías de los Chaulukyas y de los Vagelas, hasta caer bajo los saqueos y destrucciones del sultán mahometano Mahmud I, del mogol Ulugh Kan, etc., hasta llegar a los portugueses, holandeses e ingleses, triste karma de los concatenados errores de aquellas religiones que los erigieran y en las que se fuera degradando sucesivamente la Sabiduría-Primitiva, que hoy pretende reconstituir la Teosofía.

Todo esto y mucho más no era ignorado por Helena; pero su silencio respecto de ello y el no haber llevado por allí a su inseparable Olcott, revela, a nuestro juicio, que se trataba de algo secreto o iniciático que apenas si dejó transparentar en varios pasajes sueltos de su libro *Por las grutas y selvas del Indostán*, hablando de takures y nahuales, de "ladrones" bilhs y de guerreros siks, con reticencias extrañas que sólo un estudio ulterior de esta mal tenida "novelita de viajes" nos podrá esclarecer.

Capítulo XXII

DE BOMBAY Y SIMLA A CEILAN Y MADRAS

Por referirse al Norte de la India, hemos dado juntos en los dos capítulos anteriores los incidentes curiosísimos de los dos viajes realizados por Helena y Olcott a aquellas regiones en abril de 1879 y en agosto de 1880.

Visitadas las sagradas Benarés y Prayag o Allahabad en el segundo viaje al Norte del país en las postrimerías del año 1880 y recibidos en la S. T. innumerables miembros de todas las religiones, los dos inseparables Helena y Olcott regresaron a Bombay. Este regreso a sus lares merece al bueno del coronel las consideraciones siguientes: "Un año antes, en semejante día primero del año nos veíamos sacudidos por las olas del Atlántico hasta llegar a Bombay. Nuestra vida indostánica había comenzado por nubes, traiciones y desencantos, pero el año acababa lleno de brillantes promesas para el porvenir. Habíamos hecho millares de amigos; sobrepujado todos los obstáculos; vencido a los enemigos; fundado una próspera revista [1] y estrechado los lazos que debían ligarnos toda la vida con la India y con Ceilán. El éxito del *Theosophist* nos daba no poco que hacer. Por otro lado nos escribían de Rusia que la primera carta de H. P. B., de las de la serie *Caves and jungles of Hindustan,* hacían literalmente furor y todo el mundo hablaba de ella. Helena estaba completamente repuesta de su anterior enfermedad [2]. Por aquel entonces

[1] Pocos días después de recibir Helena y Olcott el *pansil* buddhista en Ceilán, como vamos a ver, descargó casi por entero el peso del *Theosophist* sobre este último, fundando el *Lucifer* ("el Portador de Luz"), revista europea que continuó protegiendo hasta su muerte. Por entonces también y como consecuencia de la fundación de la Rama ecléctica de Simla, que era como una continuación hindú de la British Theosophical Society de Londres, Sinnet comenzó la publicación de sus notables libros, que tanto ruido hicieran en el mundo.

[2] Sin embargo, esta mejoría no duró mucho tiempo, pues como dice Sinnet en la primavera de 1881, H. P. B. cayó gravemente enferma al recibir las fatales noticias de lo que había sucedido en Rusia el 13 de marzo de aquel año. "¡Dios de bondad, qué sangrientos horrores!" —nos escribió—. "¿Van a venir los últimos días de Rusia... o es que el mismo Satán ha encarnado en sus hijos, en el miserable aborto de mi pobre país? Después de este crimen sin precedentes, ¿qué va a suceder? ¿Dónde están los rusos de los tiempos pasados? ¿Adónde va a parar mi Rusia querida?

también entraron a formar parte del grupo familiar de los dos fundadores el arquitecto inglés Wimbridge y la inquieta miss Bates; quienes, juntamente con los terribles esposos Coulomb, incorporados asimismo a aquél, constituían un heterogéneo y nada agradable hogar donde las mujeres, sobre todo, no se llevaban muy bien; según los festivos pasajes que el buen Olcott consagra a estas minucias en su *Diario.*

Otro de los pasajes interesantes recordados por Olcott con cargo al viaje último es el relativo a Majji, la mujer yoguina, sapientísima vendantista, que habitaba una "vihara" o gruta al borde del Ganges, como a una milla de Benarés. Su padre le había dejado este retiro juntamente con una considerable y riquísima biblioteca sánscrita, en uno de los más deliciosos lugares del divino río. "Esta notable mujer, uno de los casos hindúes que jamás pueden darse en Occidente —dice aquél—, parecía como de cuarenta años, tenía la piel clara y una dignidad grácil en sus movimientos, que convidaban al respeto. Su voz era dulce, su cuerpo fuerte y su mirada llena de inteligencia. Aunque capacitada como H. P. B. para realizar raros fenómenos, se negó en absoluto a hacer ninguno, considerándolos meros juegos de niños, bien por bajo del ideal enseñado por la filosofía de Sankaracharya... Cuando nos devolvió la visita, en ausencia de H. P. B., ella nos refirió a Damodar, a Gordon y a mí, que el cuerpo de Helena estaba 'ocupado', a la manera de como estaba el suyo propio por un sannyasi, por un yogui que de él se servía para propagar la doctrina de Oriente. El tal yogui añadía que contaba ciento cincuenta años de edad." Por lo que se ve, pues, el caso de la yoguina de Benarés y el de la yoguina Helena eran bastante análogos, bajo los altos auspicios en defi-

Sí, yo soy una renegada; sí, soy una buddhista, una republicana, según vosotros; pero me siento desgraciada, profundamente desgraciada por esta monstruosidad! ¡Oh, cómo los compadezco a todos: a nuestro zar martirizado, a su infeliz familia, a toda Rusia!... Malditos sean esos monstruos, esos nihilistas, esos necios temerarios... Cómo os reiréis de mí, la ciudadana republicana, el *esprit fort* que se había libertado de las preocupaciones de su país. Pero en estos momentos de profundo estupor, siento una vergüenza tan intensa por mis compatriotas, una lástima tan profunda por la víctima de sus crueles locuras, una desesperación tan grande, que desafío al servidor más fiel de nuestros Zares que jamás haya abandonado su país natal a que pruebe que sufre más que yo." Y lo probó, en efecto, enfermando.

Su periódico, *The Theosophist,* apareció enlutado. Esta era una bondadosa atención del Presidente de la S. T., pues ella por sí no estaba en situación de pensar en tales cosas. Apenas reaccionó de su primer estupor, se puso a escribir su hermoso artículo para *The Pioneer,* en el que refería todos los actos de bravura, bondadosos y humanitarios, ejecutados por Alejandro II, y sintió gran placer cuando toda la Prensa anglo-hindú se hizo eco de lo que ella decía. Contestando a ciertas malévolas observaciones de dos órganos clericales que aludían a la "ciudadana americana y a su periódico enlutado por la muerte de un autócrata", H. P. B. dirigió una respuesta colectiva al *Bombay Gazette,* de donde la reprodujeron otros periódicos. "Mis buenos amigos cometen un error —escribió—, no ha sido como súbdita del Zar de todas las Rusias como me he vestido de luto, sino como rusa de nacimiento, como una unidad entre los millones de mis compatriotas a quienes este hombre bueno y misericordioso ha cubierto de beneficios, y a quienes ha dejado sumidos en profundo duelo. ¡Hago esto por mi deseo de atestiguar mi simpatía, mi respeto y mi sincero dolor por la muerte del Zar de mis parientes, de mis hermanos y hermanas de Rusia, que siempre me serán queridos hasta mi último aliento!"

¿Qué habría dicho Helena si hubiera conocido la reciente catástrofe zarista?...

nitiva de la Fraternidad Blanca de los Himalayas, o bien bajo su secuela occidental, la Fraternidad de Luxor[3].

Como sucesos salientes de esta época, tenemos la llegada a Bombay de los esposos Coulomb, en el grado de más extremada miseria y la paternal acogida que en su hogar les otorgara Helena, al modo de aquel incauto labrador de la fábula, cuando abrigó contra su pecho a la yerta víbora que después había de matarle; la ruptura definitiva con el swami Dyanand y su Aria Samaj; la adhesión valiosísima del gran Tookaram Tatya; la fundación de la primera rama de la S. T. en Bombay y los albores de la idea en España, país que tuvo unos años después hombres tan abnegados como Xifré, el aristócrata que puso toda su fortuna y su persona a los pies de la Maestra H. P. B., a quien idolatraba, Montoliu, el también linajudo ingeniero agrónomo, traductor de *Isis sin velo* y fundador de los primeros grupos teosóficos en Madrid y Barcelona; Florencio Pol, que hizo otro tanto en el norte de España; el elocuente y angelical Tomás Doreste, con sus nunca olvidadas conferencias familiares en los salones del Ateneo de Madrid, y algún otro.

Bien quisiéramos respecto de estos extremos tan interesantes para la historia de los albores de la Teosofía en España abrir una digresión extensa relatándolos, pero ello nos apartaría del objeto general de esta obra, y además pueden verse aquí y allá salpicando los primeros tomos de la revista *Sophia*, fundada por aquellos discípulos de la primera hora en enero de 1893. Bástenos decir, por lo que a la Maestra afecta, que casi simultáneamente recibió de España la adhesión de Montoliu, hacia el año 1888, y la visita de Xifré en la isla de Wight, visita que nos ha narrado éste diferentes veces de mera e insana curiosidad, pero que se transformó al punto

[3] La Fraternidad de Luxor que apoyaba a H. P. B. y H. S. O. —dice Jinrajadasa—, debe distinguirse de la llamada "Hermetic Brotherhood of Luxor". Esta última fue una organización espúrea originada sobre 1883. Los documentos sobre ella, que están en los archivos de Adyar, muestran que su principal agente en los Estados Unidos era un cierto "M. Theon, Gran Maestro provisional del Círculo Externo". El nombre real de esta persona era Peter Davidson, el cual, en las instrucciones secretas publicadas, se firma "Gran Maestre provincial de la Sección Norte". El fundador de ésta "H. B. of L.", parece haber sido un indio, Hurrychund Chintamon; al menos uno de los documentos lo dice así. No tengo medios de asegurar que este sea el Hurrychund Chintamon de Bombay, que estuvo en correspondencia con los Fundadores en 1875, y que rompió con ellos y con el Aria Samaj a causa de unos fondos enviados por la S. T. a los Aria Samaj. Parece haber tenido como colaboradores a Davidson y a un cierto D'Alton, alias T. H. Burgoyne. Burgoyne parece ser que se dio otros varios alias y fue sentenciado a cárcel en 1883 por estafar, bajo el nombre de Thomas Henry Dalton. Peter Davidson, que estaba en este momento en Inglaterra, parece ser que volvió a América. No es fácil comprender cómo es que Thos. M. Johnson, el bien conocido escritor y editor de *The Platonits*, de Osceola (Estados Unidos), entró en contacto con esta organización poco seria. El caso es que en 1886, Mr. Johnson, en una carta que ahora está archivada y que se refiere a la "H. B. of L.", añade a su firma inscripción que muestra que es el Presidente del Comité Central americano de la "H. B. of L." En 1875, cuando H. P. B. trató de fundar el Movimiento Teosófico, tenía ella un sello especial, simbólico de la Fraternidad de Luxor, impreso sobre su papel de cartas. Este sello suyo fue imitado, con modificaciones, por Peter Davidson de la "H. B. of L." Según algunas de las instrucciones secretas de esta última Sociedad, que con razón llama el coronel Olcott "un anzuelo con cebo", es evidente que su enseñanza "oculta" estaba claramente relacionada con las prácticas muy discutibles del más oscuro culto tántrico de la India.

en admiración sin límites así que recibió de aquella elocuente prueba de sus poderes, salvándole la vida, según relatamos en nota a la página 304 de *Páginas ocultistas*, adonde remitimos al lector curioso[4].

La resonancia que en toda la India había ya alcanzado la S. T., aun antes del viaje al Norte de la India, repercutió en Ceilán, donde los principales elementos de la isla, tanto laicos como buddhistas, deseaban ser visitados por los dos fundadores de una institución como aquella de miras religiosas tan distintas de las hasta entonces profesadas por los europeos. Se emprendió, pues, el viaje a la isla bajo los mejores auspicios, y durante

[4] El asunto de las relaciones de Helena con España es por demás notable y lleno de misterio. Ni en la revista *Sophia*, fundada trece años después de la época esta de 1880, que vamos ahora historiando en unión de Olcott, ni en parte alguna, hemos podido averiguar qué clase de personas eran aquellas a las que se refiere Olcott al relatarnos el primer viaje a Ceilán (Serie II, capítulo X) y decirnos "los más desinteresados esfuerzos se continuaban en Inglaterra, Suecia, España, los Estados Unidos y Ceilán, sin hablar de los de las Indias, Australia, etc.", porque los señores citados, a bien decir, no aparecen en la escena teosófica hasta casi diez años después. Otro problema no menos oscuro es el de si Helena, que había estado en todas partes, visitó nuestra Península y "el gran Centro de Magia Blanca" que aseguraba existir en ella desde los tiempos más remotos, contrastando con su poder la influencia nefasta de tantas y tantas instituciones necromantes como la han aquejado en todos tiempos. La Maestra ciertamente que conocía a nuestro país a fondo y abrigaba respecto de su porvenir ocultista las más risueñas esperanzas, según nos ha dicho Xifré varias veces, pero si estuvo en España o no, es cosa diferente. Presupuesto que nos visitó, en efecto, por lo que después diremos, resulta poco menos que imposible el precisar cuándo, porque no coinciden bien las épocas. ¿Fue ello de 1857 a 1858, como llevamos dicho en el capítulo IX, o en 1879, al pasar de Inglaterra a la India con Olcott, o, en fin, en 1884-88, cuando abandonó para siempre este último país? La primera fecha es demasiado pronto, pues que aún no vivía la narradora de la anécdota que vamos a dar, la segunda resulta imposible, pues que Olcott dice que pasaron de largo, embarcados, por el golfo de Gascuña y el estrecho de Gibraltar. Parece, pues, más probable la época tercera, con cargo a una de las tantas residencias en Francia de la Maestra.

Ahora bien, que Helena nos visitó, parece cierto, si hemos de creer a nuestra amiga la inteligente espiritualista doña T. G., que por aquel entonces estaba muy bien quista en la Real Casa. Esta nos ha dicho varias veces que entre sus recuerdos juveniles está el de la residencia en Madrid de Helena durante una semana o cosa así, habitando en el número 21 de la calle de las Huertas, en unión de miss Faustine X... (no recuerda el apellido), dama inglesa muy amiga suya, desde tiempos atrás, y visitando en Palacio a la reina.

"La inglesa doña Faustina, como la llamábamos, y cuyo raro apellido no podría hoy recordar —dice mi amiga—, era una señora finísima, buena y culta, con quien, por verla con gran frecuencia en la antecámara de la reina cuando yo visitaba a la soberana, acabé por trabar leal amistad. Días antes me había dicho la inglesa que estaba hospedada en su casa una noble dama rusa, la señora Blavatsky, de la familia del zar de Rusia, y adornada, por sus viajes, de una enorme cultura, "una sabiduría loca" —decía en su acento inglés característico—, amén de poderes psíquicos como nadie. Yo dotada desde muy joven, y no sé si para mi bien o para mi mal, de alguna de estas facultades del psiquismo, no necesité más para arder en deseos por conocer a aquella maravilla ocultista de la que tanto elogio me hacía mi inglesa amiga, y la rogué que me permitiese visitar a la rusa, como así lo conseguí.

"Comprenderá usted sin que me esfuerce —continuó diciéndome mi psíquica amiga— que habiendo transcurrido desde la visita que relato cerca de cuarenta y cuatro años, mis recuerdos sean un tanto vagos. Además, dado que yo no sabía ninguna lengua extranjera ni madame Blavatsky conocía una sola palabra de español, la entrevista tuvo que ser breve y el diálogo llevado todo a costa de doña Faustina, nuestra intérprete; versó principalmente acerca de sus grandes viajes, que hacía —me di-

él la caprichosa Helena no dejó de hacer sus acostumbradas travesuras ocultistas, tales como la de predecir al capitán del barco, mediante la cartomancia, que él no continuaría navegando mucho y que recibiría pronto un buen empleo en tierra, como así sucedió puntualmente un mes después, en que el buen marino fue nombrado jefe del puerto de Karwar. Ante un hecho semejante, Olcott se pregunta cómo es que ella misma, con naipes o sin ellos, no pudo prever los terribles sucesos que la aguardaban para de allí a pocos años, a lo que nosotros respondemos que la clarividencia y demás cualidades psíquicas análogas son a la manera de las demás perspectivas humanas, y que para nada hace falta tanta filosofía como para observar nuestros propios fenómenos diarios, como ha insinuado Voltaire. Vemos, en efecto, con el telescopio, la superficie entera del Sol y de los planetas, y, sin embargo, no conocemos el Polo Norte de la Tierra ni jamás mortal alguno pudo ver el hemisferio del otro lado de la Luna, que está más cerca que aquéllos.

La primera personalidad de altura con la que tropezaron los viajeros al llegar a Colombo fue la del sacerdote buddhista y gran orador Juan Roberto de Silva, brillante polemista de sangre portuguesa y campeón insigne de la religión de Gautama frente a frente de los perversos misioneros con quienes luchaba sin tregua. Otros tres grandes sacerdotes cingaleses les recibieron en Galle con todos los esplendores orientales y mostrando un entusiasmo sin límites cuando Helena se avino a realizar en honor suyo varios de sus habituales fenómenos de escritura directa sobre los propios pañuelos de ellos, amén del consabido repique de campanillas astrales y de los "golpes espiritistas" sobre los muebles más heterogéneos. En reciprocidad, varios hechiceros del país se prestaron "con la ayuda de los elementales inferiores" a realizar ante ellos "danzas diabólicas", pro-

---

jo— porque los Grandes seres se lo mandaban y había que obedecer. Pero nunca olvidaré, aunque viviese un siglo, la impresión que a mí, casi niña, aún con mis no cumplidos veinte años y más niña todavía en cosas hondas de ocultismo, me hubo de causar en aquella tarde tristona, ventosa y fría de fines del mes de diciembre o principios de enero siguiente, la visión inolvidable de aquel su continente mayestático, aquella maternal finura con que me acogía, y sobre todo aquellos ojos de fuego que traspasaban, llegando hasta el fondo del alma. Nuestra conversación, merced a los buenos oficios de la intérprete, fue penosa, pero llena de amor por parte de ella y de torpeza mental por mi parte, no durando arriba de un cuarto de hora, y hoy, recordando la atracción irresistible que sobre mi ejerciese aquella mujer-misterio, pienso que a no ser por el lazo con mis padres, lazo que no me atreví a romper, la habría seguido hasta el fin del mundo. Hoy —terminó diciéndome mi amable informadora, señalándome a un delicioso grupo de chiquillos—, no me vería rodeada de esta caterva de nietezuelos que son mi ensueño, pero mi destino ocultista sería muy otro que el que hoy es, sin disputa...

"Doña Faustina la inglesa, murió pocos años después en una casa de salud que su colonia tenía en la Guindalera."

Así dice el relato de nuestra buena amiga. Nosotros, por supuesto, jamás dudaremos de la sinceridad de sus palabras, pero, ante la imposibilidad de coordinar las fechas que su relato da como únicas posibles con aquellas otras de la vida de Helena, que tan al detalle nos es conocida en esta época por los relatos de Sinnett y de Olcott, nos inclinamos a creer que nuestra amiga citada ha padecido una confusión en sus recuerdos, y que la dama visitadora de España y moradora cinco días en la calle de las Huertas pudo muy bien ser otra muy distinta de H. P. B. Dejamos, pues, al lector el fallo con los datos que arriba se consignan.

pias de una de las fiestas de locos del medioevo. Tras de semejantes fiestas y de los viajes emprendidos a través de toda la isla, en una interminable serie de conferencias teosóficas, con éxito delirante, otorgaron solemnemente a los dos viajeros el *pansil buddhista*, o sea la acogida como a miembros de su religión en medio del cántico de los cinco Preceptos sagrados o "mandamientos", cántico entonado en palí y en medio del campo por millares de devotos circunstantes. Los pobres pescadores de Galle y demás puertos de la costa, cual antaño en Jesús los de Galilea, veían en aquellos dos nobles europeos unos nuevos personajes estilo San Francisco Javier, que se les llegaban como caídos del cielo para reanimarlos en sus nunca dormidos sentimientos religiosos. En cuanto a los "elementales" de la pasada "danza diabólica" no habían dejado de hacer de las suyas, como siempre que se les invoca, pues que Helena, con la lluvia torrencial que caía, empeoró de su antiguo golpe en la pierna, golpe que recibiese a bordo del *Speke Hall* durante una tempestad, y al pobre coronel se contentaron con romperle los lentes contra una roca, dejándole, con su intensa miopía, medio ciego entre aquella delirante multitud que les paseaba en triunfo por todo el ámbito de la isla... Los funcionarios oficiales, envidiosos por sí, e instigados por los pérfidos misioneros europeos, no les permitieron el acceso a ningún edificio del Estado, y eso bajo la proverbial tolerancia inglesa, por lo que Olcott decidió entonces, y logró meses después, ya en Europa, que les fuesen otorgadas a los buddhistas ceilaneses toda clase de satisfacciones.

Los nuevos buddhistas eran así recibidos de triunfo en triunfo a lo largo de todos los templos, tales como Kelatura, Megittuwatte, Kotahena y otros llenos de esplendores y de reliquias, porque conviene no olvidar que el buddhismo del Sur, a cuya cabeza se hallaba a la sazón el gran sacerdote Sumangala y vicepresidente honorario de la S. T., está mucho más decaído que el del Norte en punto a semejantes fetichismos tan por bajo del verdadero alcance teosófico primitivo de la doctrina de Siddharta Sakya Muni.

La descripción que el propio Olcott hace en su *Diario* acerca del Templo y del Diente de Buddha, "de la talla de un diente de caimán", merece ser leída; pero por su extensión no la transcribimos; baste consignar como dato de fanatismo que, a raíz de la invasión portuguesa, el verdadero o primitivo diente, tras las más novelescas peripecias, cayó en las manos de los inquisidores de Soa, quienes prohibieron al virrey Constante de Braganza el que aceptase la suma de 400.000 cruzados, o sean unos cinco millones de francos que el rey de Pegú ofrecía por su rescate... Con semejantes cosas, ¿qué de extrañar tiene la decadencia del buddhismo en toda la isla?

Otro pasaje pintoresco del viaje fue la famosa controversia que iba mantenida por Olcott en nombre de los buddhistas con un representante de los misioneros anglicanos, en Panaduré. Los dos partidos, el buddhista y el anglicano —pues los católicos durante todo el viaje se mostraron respetuosos y prudentes—, llegaron hasta a encontrarse frente a frente; pero al plantearse la cuestión previa del nombramiento de presidente, como el anglicano se obstinase en proponer sucesivamente como tal a personas notoriamente incapaces e indignas, la controversia no se llegó a

verificar, y los nuevos buddhistas europeos fueron sacados en hombros en medio de los atronadores vítores de la multitud. Días después era ésta tan grande que en Matara, la etapa más meridional del viaje alcanzó a formar una procesión de más de una milla de largo.

"Tenía esta procesión —dice el propio Olcott— todos los curiosos rasgos de las clásicas *Perahera* cingalesas, y lo caracterizaba por el colorido más pintoresco. Veíanse allí, en efecto, danzadores de espadas con el traje de la época; hechiceros y encantadores; nautchniss de cara embadurnada de ocre y almazarrón; un templete giratorio sobre un pivote; una carreta de marionetas, porque conviene no olvidar que todas las clases de fantoches europeos tienen procedencia oriental y forman parte esencial de cualquier fiesta, por insignificante que sea, en las Indias, Birmania y Ceilán. Por todas partes y en las manos de todos, tremolaban banderas y gallardetes. Músicas las más abigarradas, golpes de tamtams, cantos litúrgicos compuestos en nuestro honor ensordecían el aire, completando aquel cuadro de color, de vida y de entusiasmo, que nunca podré olvidar."

Unos días después —el 13 de julio de 1880 —Helena y Olcott abandonaban aquel paraíso donde habían sido tratados más como dioses que como hombres, y regresaban a su hogar de Bombay, donde encontraron peleándose, como era natural dados sus odiosos caracteres, a las dos mujeres, miss Bates y madame Coulomb, a quienes le habían dejado confiado. Olcott resolvió el pleito lo mejor que pudo, y pocos días después entrambos emprendieron juntos el viaje a Simla y demás países del Norte de la India que referido queda en el capítulo precedente y del que regresaron el 30 de diciembre.

En las primeras semanas del año 1881 se presentó en Bombay un individuo tristemente célebre como víctima de la magia negra, a la que hubo de entregarse por satisfacer una pasión amorosa. Nos referimos a Mitford, el conocido autor de *The Elixir of life*, obra de gran aceptación, como igualmente de un notable artículo de *The Theosophist* acerca de la voluntad como medio de prolongar la vida. Naturaleza nerviosa y desequilibrada, sus veleidades pasionales y la tiranía de los perversos elementales a los que se entregó para lograr sus fines le llevaron a hacerse musulmán y después católico, pasando, naturalmente, por la S. T. Su modesta tumba en Junagadh —dice Olcott—, aún muestra a los teósofos el terrible escarmiento de aquellos que, como "Mizza Murad Ali Bey", se obstinan en mezclar la ciencia oculta con pasiones no dominadas aún...

Los sucesos de los meses que siguieron después, prolijamente relatados por Olcott, plantean, a nuestro juicio, un interesante problema para los teósofos sinceros. El coronel, en efecto, nos cuenta que cuando se propuso volver por segunda vez a Ceilán para recaudar fondos con destino a la educación de los niños buddhistas de ambos sexos, Helena se opuso tenazmente al viaje, diciendo que los Maestros deseaban más bien que permaneciese a su lado en provecho de la obra de la S. T. y de su revista. Pese a las amenazas de aquélla y aun a trueco de un ruidoso rompimiento, Alcott se embarcó para la isla el 23 de abril; realizó allí intensa labor de propaganda teosófico-buddhista; consiguió tras inauditos esfuerzos reconciliar a las dos sectas ceilanesas, de Siam y de Amarapura, en una profesión de fe común, que llevó esmeradamente a su *Catecismo Buddhista*

tal y como hoy corre traducido a todos los idiomas, y regresó triunfal a Bombay el 19 de diciembre de 1881, donde la misma Helena, "que antes se opusiese al viaje en nombre de los Maestros, me transmitió un mensaje de bienvenida de ellos —dice Olcott— por mis éxitos en Ceilán, dando por completamente olvidadas las irritadas amenazas y aun las declaraciones por ella escritas de que la S. T., si iba, sería abandonada por aquéllos, quienes jamás se ocuparían de mí ni de ella". "A partir de esta aventura —añade—, aunque nunca dejé de apreciar a H. P. B., como preceptora y como amiga, quedaba, pues, curado en cuanto a atribuirla la menor traza de infalibilidad."

Nosotros, por nuestra parte, a pesar del respeto que guardamos al bueno del coronel, nos permitimos discrepar en absoluto de estas sus apreciaciones, y damos al trivial incidente una importancia capital resumiendo nuestro juicio en estos términos: Por laudable que efectivamente fuese la empresa a que diera cima Olcott con su viaje, puesto que se refería a una gran labor de concordia religiosa tal como la que realizar pudiera un gran espíritu teosófico reuniendo mañana en una sola a las tres Iglesias cristianas ortodoxa-rusa, anglicana y católica, la verdadera misión de la S. T., a la que entrambos se habían consagrado, está infinitamente por encima de todas las religiones positivas, y, aunque para lograr su ideal de "fraternidad universal de la Humanidad sin distinción de credo, casta, etc.", admita a individuos de todas las confesiones religiosas, jamás debiera perder de vista el verdadero teósofo, como Olcott, que todas las religiones, desde la más antigua hasta la más moderna, no son sino "velos" echados por los diversos sacerdocios explotadores (desde los tiempos mismos de la Atlántida, según el texto de *La Doctrina Secreta*), sobre las primitivas verdades de la Religión-Sabiduría, ciencia perdida, sí, para el vulgo, pero conservada secretamente en los "Misterios tradicionales de la Iniciación", por los Maestros o Adeptos, los cuales, antes de alcanzar tan alto grado, han remontado, sí, hasta él por una u otra confesión religiosa que le sirviese como de escala o de andadores, pero una vez iniciados en los Misterios teosóficos, ya no pertenecen, en verdad, a la religión respectiva por la que llegaron, si no a la Teosofía, que no es jaimismo, ni buddhismo, ni brahmanismo, ni cristianismo, a la manera como el general de un ejército ya no es ni ingeniero, ni artillero, ni infante, sino todas estas cosas a la vez. Desde este supremo punto de vista en que nosotros nos colocamos y que fue, sin duda, el de Helena al partir Olcott, aquella tuvo razón al oponerse al viaje *buddhista* de su colega, sin perjuicio de aplaudirle después por la *buddhista* obra realizada, meritísima en sí, pero pobrísima al par, dentro de aquel otro criterio supremo por nosotros sustentado. Y cuenta que el entusiasmo buddhista sentido por la noble alma del coronel llegó hasta a contagiar a Helena hasta el punto de que en correspondencia de la época, como pronto veremos, llegó ella a decirse "buddhista hasta la médula" (sin duda refiriéndose a la Religión-Sabiduría primitiva o *Budhismo*, con una sola *de*, no al *Buddhismo* de Gautama). ¡Quien tal escribía no era aún, por no haberla educado lo bastante la desgracia, la sublime autora posterior del libro sintético y superreligioso que se llama *La Doctrina Secreta*, y el asunto es de tanto mayor interés cuanto que en el día la mayor parte de los miembros de la S. T. corren, como Olcott con el Buddhismo, por

el camino de una u otra de las religiones positivas, tales como la Iglesia Católica Liberal recientemente remozada...

De regreso del segundo viaje a Ceilán, Olcott retornó solo otra vez al Norte de la India, a primeros de 1882; ya en Calcuta, se le incorporó de nuevo Helena el 6 de abril, y pasando con ella a Madrás, donde, de allí a poco, la comunidad teosófica transportó sus reales de Bombay a Adyar, propiedad cerca de la ciudad de Madrás, comprada con los productos de *The Theosophist* y con los donativos de cuantos miembros anhelaban dotarla de edificio propio. Allí continúa la Presidencia aún hoy día, y allí fue también donde H. P. B. pasó los dos últimos meses que vivió en la India y donde se celebró en aquel mismo año con especial solemnidad el primer septenario de la S. T.

Es digno de leerse en la *Historia de Olcott* (serie II, cap. XXII) la descripción del viaje que también realizaron ambos por el canal de Nellore y que acaba con estas frases memorables: "¡Llorada amiga querida y a la vez compañera, maestra y camarada: nadie más insoportable que tú en los momentos de exasperación, pero ninguna tampoco hemos tra- y prodigiosa en los días buenos!... Yo creo, sí, que entrambos hemos trabajado mano a mano, como hoy, en vidas precedentes, y confío asimismo en que seguiremos trabajando en el porvenir todavía para el bien de la Humanidad. Esta página de mi Diario, abierta hoy ante mis ojos, evoca, en efecto, el recuerdo de uno de los más deliciosos episodios del movimiento teosófico, y yo la veo aún ante mí con su fea bata, sentada frente a mí en una de las maletas del viaje; fumando constantemente cigarrillos; con su cabeza poderosa coronada por revueltos cabellos; inclinada sobre la cuartilla en que garrapateaba su mano aristocrática, mientras el rasguear de su pluma se mezclaba con el dulce deslizarse de la barca sobre las aguas, y con el canturreo del marinero de pies desnudos, tirando de la barca desde tierra a lo largo del canal..."

Renunciamos a describir lugares y viajes por aquellas comarcas del golfo bengalí para no hacer interminable el capítulo, bastando a nuestro objeto el consignar que, comprada la hermosa propiedad de Adyar como sede para la S. T., no tardó en visitarla, quedándose en ella otra figura de primer orden: el célebre Dr. Franz Hartmann, al que tanto debemos los teósofos [5], y quien corrobora los fenómenos admirables de H. P. B. en estos términos:

[5] La notable publicación londinense *The Occult Review* publicó en febrero de 1908 la autobiografía del Dr. Franz Hartmann, de la que entresacamos estos datos: "Nací —dice Hartmann— en Donauwerth, pequeña ciudad bávara del Danubio, en 1838. Mi padre, el Dr. Carlos Hartmann, fue un médico muy conocido y eminente, y mi madre, Elizabeth von Stack, fue de origen irlandés, cuyos antepasados parece descendían de Caolbha el 123º y último rey de la raza irlandesa y 47º rey de Ulster, cosa que pueden corroborar algunos papeles históricos que poseo. Yo mismo me creo haber vivido en Irlanda en alguna encarnación anterior, porque cuando visité este país, sus lagos de Killarney y otros parajes me resultaron familiares a mis ojos, y hasta recordé ciertos sucesos de la historia de Irlanda, de los que nunca había tenido la menor noticia. La familia de mi madre emigró a Francia después de la ejecución de Carlos I, y luego a Baviera cuando la Revolución francesa, y mi abuelo había sido oficial bajo Napoleón.

"Recuerdo siempre que en mi niñez me veía constituido como por una doble personalidad: una buena y la otra mala. El 'buen muchacho' de la primera era soñador, idealista, y tenía las más hermosas visiones. El otro, 'el malo', era terco, porfiado y voluntarioso, dispuesto siempre a todo género de travesuras reprensibles, uno de los llamados 'Habitantes del Umbral', en fin, que es como decir una forma modelada por el mal Karma durante una encarnación anterior y que ha sobrevivido en el *Kama-loka*... Amante siempre de la soledad, mi sitio favorito de holganza era la copa de un alto abeto en la espesura de un pinar de la colina vecina, y donde habíame construido una guarida con ramaje. Allí acostumbraba a conversar con los espíritus del aire. También disipaba mis horas a orillas de un lago solitario entre rocas y boscaje, donde yo me figuraba ver hermosas ninfas jugando y cantando entre nenúfares y lirios acuáticos, y el trato con los espíritus de la Naturaleza ha sido para mí tan real e interesante que le prefería a la compañía de mis condiscípulos y a sus juegos, cosa que formó en mí cierta sentimentalidad que he conservado hasta hoy.

"Mi vehemencia por lo suprasensible y misterioso acaso se debió a la atracción poderosa que sobre mí ejercieron las ceremonias de la Iglesia católico-romana en la que me eduqué. El grandonio con su cúpula y ventanales de colores, sus coros ocultos y secretas criptas, la música, y luces y misteriosas ceremonias ejercieron una gran influencia sobre mi mente. Yo he sentido poderosas corrientes de vibraciones etéreas pasar a través de mi cuerpo durante la misa, y el sonido de las campanas parecía que dejaba a mi espíritu entre las nubes. Yo sabía que detrás de tales exterioridades había un algo extraño que jamás los sacerdotes consultados me supieron aclarar con sus ciegas creencias y enseñanzas católicas. Pero a mí ya no me satisfacían meras teorías. Necesitaba *saber*."

Después de describir admirablemente el Dr. Hartmann su caída en el racionalismo, su escaso aprecio por el protestantismo y sus viajes desde París a Nueva York, San Luis, Veracruz y México, refiere cómo conoció a Katie Wentworth, notable médium espiritista, que le hizo clarividente y clariaudiente y le enfrascó con toda su alma en las lecturas de Davis, Tuhtle, Judge Edmonds y otros.

"Durante los cinco años que permanecí en el Colorado —sigue diciendo luego—, tuve infinidad de experiencias maravillosas de ocultismo y espiritismo sobre las que podría escribir un volumen. Allí, en las Montañas Rocosas, tan parecidas a los Alpes de mi país, fui curado mediante el poder espiritual de una enfermedad que me habían ocasionado en mi infancia con la abominable práctica de la vacuna. Allí hice relación con Mrs. N. D. Miller, de Denver, una de las más notables 'médiums de materialización' que han existido hasta la fecha, donde tuve ocasión de ver fantasmas completamente materializados que eran mis diarios compañeros; frescas algas marinas traídas del lejano Océano, y levitaciones mías hasta el techo de la estancia. En suma, todos los más renombrados fenómenos espiritistas, bajo condiciones de comprobación que no me permitían la menor duda. Era, pues, y sigo siendo un firmísimo creyente en la realidad de tales fenómenos por mí mismo experimentados; pero mis experiencias con Katie Wentworth me han enseñado también que no son causados ellos por los espíritus de los fallecidos, sino por fuerzas ocultas e inteligentes o poderes que hoy nos son desconocidos, y he recibido poderosas pruebas de que pueden, en algunos casos de suicidas o muertos repentinamente, comunicarse con nosotros las almas de los así ligados aun con la tierra. (Aquí refiere Hartmann un espeluznante caso de

"En presencia de H. P. B. yo llevaba ya vistos muchos fenómenos, pero el más sorprendente de todos ellos es el asunto de las 'cartas ocultas' que se suponían escritas y enviadas por los Mahatmas de los Himalayas, y del que tanto se habló con motivo de las calumnias a aquélla. Vióse por todos cómo tales cartas se formaban, en efecto, instantáneamente en el aire por sí mismas, o se hallaban inesperadamente sobre la mesa, o encerradas en los cajones conteniendo órdenes y consejos. Yo, lo mismo que otros, recibí numerosas cartas de esa clase escritas en tinta roja, otras en azul y algunas en tinta verde. De ordinario las tales cartas venían cuando había necesidad de sus avisos, tales como en el caso que voy a referir, en el que apareció en mi escritorio la carta adjunta el día 5 de febrero de 1884, cuando el coronel Olcott y H. P. B. se habían embarcado para Europa:

'¡Hermano! De cuantos polengz quedan actualmente en el Cuartel General, usted me parece el único lo bastante razonable para decirle que muestre prácticamente su consagración a nuestra causa de la verdad, aceptando la dirección de la marcha teosófica, pues que se halla completamente libre de aquellos prejuicios y predilecciones para la prosecución tranquila y desapasionada del principal objeto de la Sociedad, a saber, la completa igualdad entre los hombres, como hermanos que son y la más completa indiferencia hacia los pueriles cuentos de hadas que ellos llaman sus religiones, sean exotéricas o esotéricas. Si usted consiente bondadosamente en hacerse cargo de los intereses teosóficos durante la ausencia de Enrique (Olcott) y de Upasika (Madame Blavatsky), yo haré que le dirijan a usted una nota oficial, con superiores facultades a las de los demás «asistentes», poniendo en sus manos las riendas de aquélla. La «pucca» autoridad de usted que yo le pido es para hacer cosas en bien de la Verdad, la Caridad y la Justicia...' Firmado M. C. Esta carta no fue recibida mediante experimentación alguna, sino que la hallé en mi escritorio, y acaso pudo ser puesta en él subrepticiamente por madame Coulomb, quien tenía el gobierno de la casa. Pero en el caso de si yo podría abrigar algunas dudas respecto de la posibilidad de las 'precipitaciones' de tales cartas desde el plano astral o la formación de objetos físicos mediante los poderes de la magia, el siguiente incidente sirvió para destruir todas mis sospechas y desconfianzas.

suicidio y de comunicación con el alma del muerto, que era un médico de cuya autopsia tuvo que certificar. Luego continúa):

"Cuando mi perplejidad era mayor y desesperaba de saber algo cierto respecto de tales manifestaciones, llegó a mis manos un número de *The Theosophist*, diario editado en Madrid por H. P. Blavatsky, y que contenía un artículo acerca de la constitución septenaria del hombre y del universo. Esto fue para mí como una revelación de lo que tanto había ansiado, y mi mayor deseo entonces fue trabar relación personal con aquélla, aprendiendo de sus propios labios los secretos de la vida y de la muerte. Le escribí, pues, y a las pocas semanas tuve un vívido sueño. En él creí ver una carta con mi dirección puesta con una escritura que no me era conocida y con un extraño sello postal aplicado al reverso del sobre. Fui a la oficina de correos y allí hallé una carta idéntica con el sello puesto en el reverso, tal y como lo había soñado. Era una carta de Adyar, escrita por el coronel Olcott, y quien, en nombre de su 'Maestro', me invitaba a ir a la India y colaborar con él. Unas cuantas palabras bondadosas habían sido agregadas por H. P. B." (*La Verdad*, de Buenos Aires, marzo de 1908.)

Por supuesto, después de tal invitación, no tenía más deseos de permanecer mucho tiempo en Norteamérica, o de continuar ejerciendo la Medicina, y en septiembre de 1883 dejé el Colorado y me dirigí a California con el propósito de embarcarme para la India, deteniéndome en la ciudad de Lago Salado, que estaba en mi camino, para estudiar las costumbres de los mormones. Mi experiencia ha sido siempre que cuando una persona desea dar un paso en el camino del progreso espiritual se levantan, inevitablemente, graves e imprevistos obstáculos internos y externos para impedirlo. Así me aconteció a mí en aquella ocasión: pues estando en San Francisco me sentí perdidamente enamorado de una joven dama de la América española, perfecta criatura, como para tentar a un ángel bajado del cielo y aun más para confundir los torpes sentidos de un pobre pecador como yo. Conchita (que tal era su nombre) y la sensualidad por un lado, y la vieja madame Blavatsky y la espiritualidad por otro, entablaron la más titánica lucha en mi corazón; pero el anhelo del conocimiento oculto ganó en mí la victoria sobre el amor y me alejé del objeto de mi pasión el 11 de octubre de 1883, partiendo de California a bordo del *Coptic*, con destino a Hong Kong."

H. P. B. se puso en camino para Europa y yo la acompañé hasta Bombay. Fui con ella a bordo del vapor en que había de seguir el viaje y me volví para mi domicilio, pero antes de abandonar a Adyar ella me regaló un recuerdo como proveniente del 'Mahatma'; una especie de amuleto en forma de medalla con inscripciones en letras tibetanas. Me hallaba solo en mi cuarto, paseando y preocupado con comprar una cadena de oro, o algo así, para mi amuleto. Precisamente entonces se me ocurrió que bastaría para mi objeto una cinta de seda, y mientras tal pensaba, algo se agitó en el aire y cayó al suelo delante de mis pies. Era una cinta de seda de color rosa, de la longitud exactamente requerida, con las extremidades anudadas y dispuestas para su uso. Esto no fue nada 'fantasmático', sino que la usé durante muchos meses. También podría mencionar aquí algunos fenómenos ocultos de que fui testigo durante este viaje. En una de tales ocasiones dos yoguis que habían llegado recitaron algunos *mantrams*. Su cántico pareció poner en vibración la parte espiritual de la atmósfera y la habitación se llenó muy pronto de entidades de las más curiosas clases, agitándose en el aire, cual los peces en el agua. Sus formas, es cierto que resultaban un tanto confusas para mi vista, pero lo suficientemente definidas para ver que ellas cambiaban asumiendo diferentes formas de animales, y tales como ya no se encuentran en la Historia Natural de nuestro globo.

En otra ocasión un fakir cogió dos clarines y poniéndolos uno a cada lado de su cuello nos dio un concierto. Innecesario es decir que no había tales agujeros en su cuello, sino un modo mágico como tantos otros de producir aquellos sonidos."

Luego relata otra experiencia verificada en casa del juez Khandalavala, un parai de Poana, y adonde asistió un faquir, quien, antes de comenzar se negó a que asistiesen a las experiencias las esposas del juez, aunque éste las facilitó el que las viesen desde lejos. En medio de la estancia había un pebetero en el que se quemó incienso. Seguidamente el faquir comenzó sus encantaciones, y sacando la lengua la sujetó con los dedos de la mano, mientras que empuñando un cuchillo con la otra, se la cortó a cercén y la echó al fuego, sin que de ella cayese ni una gota de sangre. Luego se la volvió a aplicar en la boca y quedó como si tal cosa. Como decía sentir en torno suyo influencias contrarias se negó a continuar la exhibición de sus poderes, circunstancia que, a juicio de Hartmann, le demostraba la seriedad del fenómeno, porque es sabido que la mujer ejerce gran atracción de fluidos del hombre y que tales fluidos son precisamente los necesarios para la producción de los fenómenos mágicos.

Cuenta, en fin, Hartmann que durante una expedición en tranvía que hizo en compañía de H. P. B., ésta le pidió le mostrase cierto manuscrito que estaba escribiendo aquella mañana y que a la sazón iba dentro de un saquito de mano. H. P. B. abrió el saquito, sacó el manuscrito y le recorrió con la vista sin mover absolutamente nada las manos. Cuando se lo devolvió, Hartmann notó con asombro que se le habían agregado al manuscrito algunas notas en tinta negra y por un procedimiento tan misterioso e inexplicable como rápido.

Estos hechos ocultistas constituyen una valiosa aportación de ingente masa de los realizados por H. P. B. y que tan caros la costaron luego.

Capítulo XXIII

HELENA EN EUROPA

"Al comienzo de la primavera del año 1884 —dice Sinnet—, los primates del movimiento teosófico, tras varias discusiones en la prensa con el obispo de Madrás, discusiones que habían de degenerar más tarde en conflictos, vinieron a Europa, adelantándose el coronel con objeto de arreglar en el Ministerio inglés de las Colonias un asunto relativo a los buddhistas de Ceilán. A última hora se resolvió que le acompañase H. P. B., quien durante la visita que hizo a la frontera de Sikkim se restableció un tanto de la gravísima enfermedad sufrida en el otoño del 82, aunque su organismo estaba desconcertado del todo y la tal mejoría no pasaba de ser un simple remiendo [1]. Poco después volvió a recaer y se supuso que el viaje

[1] "Su trabajo, hasta de diez y ocho horas diarias —dice Olcott—, los insultos y vejaciones que continuamente recibía, y los rigores del clima de la India, agravaron sus padecimientos crónicos, poniéndola más de una vez al borde del sepulcro. Durante los cinco años que H. P. B. pasó en la India no tuvo menos de cuatro ataques de su enfermedad, y tan graves, que en ellos diagnosticaban siempre los mejores doctores de Bombay y de Madrás que era imposible que viviese. Pero siempre recibía alguna de sus raras e inesperadas ayudas: una vez de un desconocido doctor natural del país; otra de un yogui brahman, demacrado por sus terribles austeridades, y otra de un pobre *paria*, quienes se presentaron siempre sin haber sido llamados ni nadie conocerlos, y ofreciendo en todo caso el oportuno remedio, que indefectiblemente la salvaba de la crisis. Luego caía a la hora señalada en un sueño profundo, del cual, según los médicos europeos, debía pasar a la agonía, despertándose, sin embargo, como si nada hubiese tenido. En otras dos ocasiones hasta se presentaron dos extraños e inesperados desconocidos, quienes se hicieron cargo de ella, llevándosela no se sabe dónde. Además de las propias cartas de H. P. B. atestiguan estos hechos no pocas personas que los presenciaron. En una de tales cartas nos comunicaba que durante una de sus gravísimas crisis, un *chela* o discípulo de escuela esotérica se le había presentado con orden terminante de su Maestro para que le siguiese a un lugar donde pudiera reponerse, añadiendo que no nos inquietásemos, pues que el sitio aquel estaba muy lejos, sin correo ni telégrafo. En otra carta desde Meerut, más allá de Allahabad, y escrita en mayo de 1881, después de otro ataque del que no se esperaba que saliera, iban sus amigos a llevarla al campo, cuando se recibió la orden de que se la dejase bajo la guía de ciertos individuos que habrían de llevarla a los sagrados bosques de Deobend. He aquí unas cuantas líneas de la que nos escribió tres semanas después: 'Perdí el conocimiento y no conservo recuerdo alguno de sitios ni personas. Todo cuanto sé es que iba llevada en palanquín y como a gran altura. A la tarde siguiente halléme acostada en una estancia espaciosa, tallada en la dura roca

por mar a Europa y el cambio de clima le serían favorables. Al principio nadie creyó que pudiese llegar a Londres, y desde Niza, donde se detuvo en casa de unas amigas, escribió a primeros de marzo en respuesta a invitaciones que desde Londres le fueron dirigidas: 'Me conmueve profundamente esta prueba de afecto hacia mi insignificante persona, pero creo inútil el revolverme contra el Destino y tratar de convertir en realidad lo irrealizable. Estoy muy enferma y me siento peor que al salir de Bombay. Al desembarcar en Marsella hube de guardar cama todo el día, y ahora también estoy en cama. En Marsella me quebrantaron a mi parecer las abyectas emanaciones de un civilizado hotel europeo de primera categoría con sus carnes de cerdo y de buey, y aquí..., de un modo o de otro, me voy desmoronando como una galleta en el agua. Lo más que podré hacer será ir recogiendo mis voluminosos fragmentos y pegarlos con cola para que se deshagan en París.

¿De qué sirve el rogarme que vaya a Londres? ¿Qué voy a poder hacer entre vuestras eternas nieblas y las emanaciones de una refinida civilización? Salí de Madrás a pesar de que mi cuerpo me lo prohibía, y en este punto y hora me volvería si pudiese a mi ambiente antiguo. A no ser por la señora X..., nuestra querida teósofa de Odesa, no hubiera venido a Niza. Lady Caidnesse es la encarnación de la amabilidad. Hace cuanto cabe para distraerme. Pensé estar aquí dos días tan sólo, pero el mistral de Provenza y los fríos vientos de Niza me retienen. Tan pronto como me sienta mejor me propongo reunirme en París con los secretarios, para que me fatiguen así que llegue. ¿De qué sirve mi compañía a unos seres tan civilizados como vosotros?... Os molestaría al cabo de siete minutos si consintiera en aceptar vuestra invitación y desembarcar mi desagradable y corpulenta personalidad en Inglaterra. La distancia tiene sus encantos, y mi presencia desvanecería hasta el último vestigio de ellos."

Ya en enero de aquel año Helena había escrito también desde Madrás a M. C. Bilière, de París (Boletín de la S. T. de Francia):

"Os deseo un feliz y buen año nuevo. No me lo deseéis lo mismo, pues no lo será así para mí.

Y ahora os voy a explicar y a regalar un golpe teatral, un cambio de decoración que se presenta. El 20 de marzo, poco más o menos, desembarcaré en Marsella, y plantaré la bandera teosófica en plena Canebière. ¿Os parece bien? Pues a mí no me sienta bien la cosa en modo alguno. Quería yo morir en las Indias, y que aquí quemasen hasta la última gota de mi grasa cosaca en la pira funeraria, como si fuera una viuda del Malabar, y he aquí que se me envía a morir a otra parte. Tanto peor para ustedes. No os pareceré nada amable. En todo caso, he aquí los hechos: Hace cinco años que trabajo día y noche. Tengo el *Theosophist*, mi correspondencia con media creación y mis artículos para la prensa rusa, lo

y completamente vacía, a excepción de algunas estatuas de Buddha y de unos pebeteros encendidos con perfume de lo más grato. Un anciano completamente blanco se inclinaba sobre mi paternalmente, dándome pases magnéticos que sumían mi cuerpo en un bienestar indescriptible. Apenas tuve tiempo de reconocer en él a Delo Durgai, el anciano Lama del Tibet, a quien había encontrado en un camino pocos días antes y quien me había anunciado que pronto volveríamos a encontrarnos."

único que se me paga. Lo demás también se me paga, pero nada más que con ingratitud. Pues bien: he sido joven y ya no lo soy. Me he convertido, gracias a nuestro clima enervante y a este trabajo de galeote, en un rocín viejo, en un pobre carcamal o, mejor dicho, en un balón desinflado. Mis nervios se han relajado como cuerdas de violín demasiado tensas, y se están estropeando suavemente, uno tras otro. Tres meses más de este trabajo y me vuelvo idiota (lo que no sorprendería quizá a nadie, puesto que lo he sido toda mi vida), y reviento. Esto no es lo que me haría llorar, pues estoy asqueada de la vida. ¡Aspiro al Nirvana, le llamo con grandes gritos de mi alma, pues estoy cansada, cansada, cansada! Pero la Sociedad no quiere que yo muera. Es una majadería, pero es así. Ahora bien; como los doctores han declarado que si no me llevaban a la fuerza hacia otros climas para un reposo absoluto de algunos meses, no duraría ni tres más, me embarcan a la fuerza, así como a mi criado hindú, que es hoy a la vez mi sirviente, mi ayuda de cámara y mi cabeza, la cabeza que ya no tengo.

El coronel presidente tiene que ir a Londres para reconciliar a los teósofos ingleses que *boxean* y arman grescas, en vez de estudiar Teosofía. Va él a embarcarse, conmigo bajo el brazo, hacia el 20 de febrero, para Marsella, en donde me dejará. ¿Adónde iré yo después? No sé nada; a Niza quizá algunos cuantos días para ver a la duquesa; luego a París otros cuantos días, no sé para qué. Pero tengo interés en ver a mi antiguo amigo Leymarie y al doctor Fortin su enemigo (ved a esos dos cristianos cómo se aman el uno al otro), y a madame M., y también a vos con quien quisiera reír un poco, porque sois un verdadero parisién, aunque sois teósofo. Pero a menos que se trate de pocos días, no quiero permanecer en vuestra Babel con las Luisa Michel y Compañía. Quiero la tranquilidad absoluta. Iré al campo, lejos del ruido, adonde pueda revisar y corregir la *Isis* francesa (que acabo de recibir hoy 27 de enero, y llega a tiempo). Y quiero que guardéis el secreto, pues en otro caso, no voy. ¡Y ese pobre Gaboriau que me escribe que va a llegar, que su habitación le espera y que llega *a su casa*, a Adyar! Es el hogar doméstico de todo teósofo errante y dolorido. Dejo órdenes para que le reciban como si fuera yo misma; pero tendrá que resignarse a esperarme algunos meses. Que estudie el inglés hasta entonces. Si no se ha marchado aún, podría ayudarme a explicar *Isis* y a corregirlo; porque el diablo me lleve si estoy a la altura de ese francés clásico. En fin, he aquí que me envían a descansar y que voy a tener a *Isis* sobre mis hombros o, mejor dicho, sobre mi sesera, bien líquida y enferma por el momento. En fin, mi querido Sr. Bilière, estoy realmente enferma, aunque no lo parezca. Para empezar tengo ambas piernas casi baldadas y además mi cabeza ya no funciona. Los goznes se oxidan de tal modo, que da miedo. Mi Mahatma y *Gurú* venerado me ha calafateado ya dos veces. El último año los doctores me habían deshauciado. Tenía el *mal* de Gright en el último período cuando supe, por vez primera, que no sólo los carneros tenían riñones, sino que yo *también* los poseía y en muy mal estado, así como mi hígado. Pues bien; fui a Darjeeling, en el Sikkhim (de donde se expulsa a todo inglés que se aproxima), a la entrada del Tíbet, y allí mi Maestro adorado (no el Mahatma Kut-Humi, sino otro), me recompuso riñón e hígado, y al cabo de tres días estaba yo más sana que

nunca. Era un milagro, me decían. No me dio El mas que una tisana, a beber siete veces al día, de una planta del Himalaya. Pero ahora, él mismo me envía a que respire el aire. Después de todo creo que iré a los Alpes. En todo caso escribidme a Marsella, *lista de correos*, y decidme dónde podré veros y estrecharos la mano[2]."

"A pesar de sus repugnancias, Helena fue por fin a Londres, donde permaneció algunos meses; pero antes se detuvo unas cuantas semanas en París, donde se le reunieron varias de sus amigas y parientes rusas, entre ellas la señora Vera P. Jelihovsky, su hermana."

[2] A estas épocas que historiamos se refiere el gran escritor que se oculta bajo las iniciales N. D. K., diciendo:

"Mucho se ha hablado y escrito acerca de la vida y el carácter de H. P. B., como si para emitir un juicio exacto sobre ambos poseyesen los datos necesarios. Muy contadas son, sin embargo, las personas que la conocieron tal como ella era realmente. Desde 1880, durante once años, tuve frecuentes ocasiones de tratar y de discutir con ella, tanto personalmente como por escrito, acerca de diferentes asuntos mientras residía en la India y seguí sosteniendo mi correspondencia con ella aún después de su regreso a Europa. Mi actitud siempre fue la de un hombre que desea enterarse de los hechos. Repetidas veces, en mis cartas, combatí sus entonces supuestos errores. No obstante, siempre me trató con cortesía, contestándome franca y amistosamente. Hoy, pues, me propongo publicar aquí varios extractos de sus cartas en lo relativo sólo a sus Maestros, sin añadir comentario explicatorio alguno, ya que su contenido resultará bastante inteligible al lector.

Simla, octubre de 1880: "Jamás discuto con mis superiores cuando recibo órdenes suyas. Si algo pueden nuestros miembros echarme en cara es mi completa sinceridad, mi incapacidad para fingir y desempeñar un papel cualquiera. Ante una falsedad o una flagrante injusticia no puedo contenerme, y he de decir a las gentes, cara a cara, lo que de ellas digo en su ausencia. ¿Es acaso esto mi mayor crimen?"

Bombay, agosto de 1882: "Mr. E. no tiene sentido común. Si no está satisfecho, está bien que lo diga. No necesitamos teosofistas que nada hacen, salvo dictar su ultimátum y sus condiciones 'sine qua non'. Estoy muy harta de ellos. Deploro el ver que, a pesar de toda mi perseverancia en el deber, de mis esfuerzos y mi deseo de hacer el bien, lo que consigo es 'decepcionar y frustrar' a la gente. Si la causa de gran parte de este disgusto es motivada por cuestiones 'mezquinas', entonces es que son 'mezquinos' los hombres mismos."

Adyar, febrero de 1884: "La duda y la desconfianza siempre subsistirán en el espíritu de todo aquel que no se halle, como me hallo yo, en comunicación directa con Ellos (los Maestros), y esto a Ellos les importa muy poco, pues no se cuidan de las gracias ni del reconocimiento de nadie, ni de otra cosa alguna, excepto del deber. Mucho pueden hacer sin duda, pero 'milagros' jamás."

"Hablemos ahora de mi poco interesante Ego. Dícenme los médicos que me estoy muriendo; que si no cambio de clima inmediatamente y no descanso por completo durante tres o cuatro meses, no viviré arriba de tres meses. Iré a Francia y a Alemania, cosa para mí peor que la muerte, porque pudieran Ellos haberme concedido el morir aquí tranquilamente. Mas, aunque detesto la idea, parece que Ellos me necesitan viva, no muerta. Está bien. Ya que los Maestros quieren que me vaya, me voy, aunque no acierto a comprender por qué me mandan buscar fuera un alivio a mis dolencias cuando tan bien podría curarme aquí, como por dos veces lo han hecho ya anteriormente. El coronel marcha a Londres y yo con él... Yo misma ignoro, sin embargo, *cuándo* saldré de aquí y *por qué*."

Estos extractos, sacados de cartas que abarcan un período de más de doce años (algunos de los cuales constituyen la época más dolorosa y difícil de su existencia), demuestran la lealtad y respeto jamás desmentidos por H. P. B. hacia aquellos sabios orientales que parecen haber influenciado su vida desde sus más tiernos años, y bajo cuyo mandato y general dirección creó y condujo a la S. T. Erróneos fueron algunos de los métodos empleados por ella, ya que dieron lugar a la duda y a la desconfianza, mas tenía que cumplir una importantísima e inapreciable misión en el mundo,

Esta última, a su vez, nos da de esta época el fragmento siguiente:

"Hacia fines de 1883 se encontró mi hermana bastante mejor de salud, gracias a la bondad del clima y a la circunstancia de tener ya una buena casa donde vivir. Sin embargo, su salud dejaba mucho que desear, y todos sus médicos convinieron en que un cambio temporal le haría mucho bien. Por tanto, se decidió a acompañar al Presidente míster Olcott, y desde entonces comenzó mi hermana a acariciar el proyecto de volver a ver a sus parientes. Inmediatamente nos escribió: y luego, en el mes de diciembre, ambos partieron de Bombay para Europa. Antes de dejar las costas de la India tuvo Helena tres visiones consecutivas que le indicaron la muerte de nuestro tío, el general Rostilar Fadéew, que murió en aquella misma época en Odesa. Como sabíamos que estaba próxima a partir, y nos encontrábamos además trastornadas por la desgracia aludida, tanto nuestra tía como yo descuidamos en absoluto el participarle lo que había sucedido. Desconocía, pues, la enfermedad de nuestro tío, y cuando él murió fue a decirle que todas sus penas terrenas habían terminado. Las dos o tres cartas de madame Blavatsky fechadas a principios de enero de 1884 (el general Fadéew falleció el 29 de diciembre), prueban de una manera concluyente la verdad de estas visiones, al paso que las palabras desde más allá de la tumba, que oyó pronunciar a este hombre, que era estimado y muy considerado por todos los que le conocieron, tuvieron para ella una significación singular. Mi hermana tenía una fe implícita en la verdad e importancia de las visiones de esta naturaleza, no provocadas sino precediendo de la iniciativa del que había muerto. Toda su vida las había experimentado, y casi todos los miembros de nuestra familia tenían el mismo privilegio.

Ya en Europa, madame Blavatsky se vio asediada de invitaciones. Los teosofistas de Londres y de París y sus amigos de todos los países, deseaban grandemente tenerla a su lado; pero su principal idea era ver a sus parientes más allegados, y a este objeto, después de descansar en Niza, en casa de la Duquesa de Pomar (lady Caithness), Presidente de la Rama Oriental y Occidental de la Sociedad Teosófica en Francia, se estableció en París en una casa bastante pequeña que tomó, a fin de recibirnos en su propio techo, a mi tía y a mí; pues sabía bien que no había de agradarnos el aceptar ninguna otra hospitalidad más que la suya. Fatigada por los numerosos curiosos y también por los periodistas más que por los amigos y que por la gente seriamente interesada en sus enseñanzas, resolvió marcharse, aceptando la invitación de los esposos condes d'Adhemar, que poseían una deliciosa casa de campo cerca de Enghien. En el *Lucifer*, revista fundada por ella en Londres, número de junio de 1891, leí una preciosa carta de la condesa, en la que exponía sus recuerdos acerca de los fenómenos musicales producidos por Helena ante ella y otras muchas personas [3].

Cuando a mediados de mayo llegamos a París para entrevistarnos con H. P. B., la encontramos rodeada de la plana mayor de la S. T., cuyos individuos habían acudido de Alemania, Rusia y los Estados Unidos, para volverla a ver al cabo de cinco años de ausencia en la India. También había allí una pléyade de curiosos, que enterados de la fama taumatúrgica de aquélla, anhelaban presenciar los efectos de sus facultades ocultas, aunque ella repugnaba satisfacer su curiosidad, pues siempre había mirado con desdén el producir fenómenos físicos, y además, cada fenómeno operado por su voluntad la empeoraba en sus dolencias."

En realidad, no obstante las dichas dolencias de H. P. B., y aun merced a ellas, ésta no hubiese venido en 1884 a Europa a no ser porque los buddhistas de Ceilán, de los que tan decidido protector se mostrara siempre Olcott, acordaron a principios de aquel año enviar al noble coronel a Londres para pedir justicia en pro de aquellas buenas gentes, acosadas por los misioneros católicos; arreglar, según su fe, los matrimonios y las temporalidades de los monasterios buddhistas y lograr que el día del plenilunio de mayo (o del nacimiento de Buddha) fuese declarado fiesta nacional. El Gobierno inglés, con su proverbial tolerancia religiosa, resolvió favorablemente estas cuatro peticiones; pero merced a ello y al viaje anterior de H. P. B. y de Olcott a la gran isla, quedó ya establecido para siempre entre gentes indoctas o sectarias el equívoco de que la S. T. y sus miembros son puro buddhismo [4], siendo así que en aquélla caben todas

misión a ella confiada por aquellos que, como hermanos mayores de la Humanidad (habiendo pasado por una serie de gloriosas existencias de desarrollo espiritual), creyeron conveniente el impulsar a la Humanidad de nuestro siglo al arco ascendente de la evolución satisfaciéndose ellos mismos con la verdad del conocimiento y de la existencia espirituales. Demasiado cerca de nosotros están los tiempos en que vivió H. P. B. y quizá no podamos emitir un juicio exacto sobre ella, pero no dejará la posteridad de hacerla justicia y de apreciar en todo lo que se merece la obra tan grande y tan ardua que supo llevar a cabo."

[3] Otros recuerdos aún más notables se conservan de esta noble señora según detallamos en el capítulo de *Páginas ocultistas* (comentarios al epígrafe: "Un Matusalén ártico"). Refiérense ellos al misteriosísimo Adepto llamado "el Conde de Saint Germain", que visitó a Europa, admirándola con sus prodigios pocos años antes de estallar la Revolución francesa. Las "Memorias" de la Condesa son tan raras y difíciles de hallar, que sólo tenemos noticias de dos ejemplares de ellas, uno que existió en la biblioteca privada de la señora Fadeef, tía de Helena, y que acaso procediese de esta última; otro se conservó en el Palacio de las Tullerías hasta el incendio en tiempos de la Commune y que fue, sin duda alguna, consultado por el gran novelista Alejandro Dumas, padre, para escribir, calcada en ellas, su célebre y ocultista novela *El Conde de Montecristo*.

[4] A pesar de las terminantes manifestaciones de *La Doctrina Secreta*, ya en otro lugar transcriptas acerca de las diferencias entre el buddhismo como religión y la Teosofía o Sabiduría primitiva, justo es confesar que a semejante confusión contribuyó no poco la misma H. P. B. en cartas como esta dirigida a M. C. Biliére en agosto de 1880:

"Cuando hablamos de 'Escuela' Teosófica, entramos en un terreno peligroso. ¿Qué clase de 'Escuela' queréis indicar? No tenemos *Escuela;* ni tampoco, hablando en general, una sociedad especial otra que mi humilde yo. Y aquí, para no repetir las cosas, os ruego leáis la carta que acabo de escribir a M. Fauvety, en respuesta a la suya. Es una especie de carta circular en un número aislado. Pero ella explicará ciertas cosas, que vos, teósofo, no debéis ignorar. Hablar de *Escuela* teosófica e identificarla con la Sociedad, es como si se hablase de una planta o de una flor de una sola especie y se la llamase 'el jardín'. Lo que constituye precisamente la belleza de nuestra Sociedad, es que no tenemos ni religión, ni escuela, ni nada especial, sino que la Sociedad se compone de todas las religioses, de las escuelas más varias, y que todo miembro tiene el derecho de presentar sus propias ideas, de hacerlas discutir en las asambleas generales y de defenderlas. Leed, leed mi carta a M. Fauvety, querido Sr. Biliére. Yo no sé si soy 'una gran alma', pero lo que sé es que preferiría con mucho no tener

las confesiones religiosas al tenor del lema la Fraternidad Universal y del objeto segundo de ella relativo *al estudio y no a la práctica* de las religiones comparadas. ¡Véase por dónde, la generosa protección así dispensada al buddhismo ceilanés vino a ser causa directa del viaje de Olcott, y este viaje, a su vez, causa indirecta u ocasional de que él y Helena abandonasen el edificio de Adyar en manos de dos perversos como los consortes Coulomb para que en él perpetrasen éstos, de acuerdo con los misioneros de la ciudad y bajo la protección del ponente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, el calumnioso amaño que se dirá a su tiempo!

La llegada a Francia, país siempre despierto, culto y apasionado por todo lo nuevo, revistió caracteres de acontecimiento. El heteróclito grupo de los teósofos estaba formado, a más de los dos campeones, por un hindú bien notable: Mohini Chatterji y el parsi Padshah, brillante doctor o pandit de la Universidad de Bombay, y Baboula, el fidelísimo doméstico. Otros no menos ilustres hermanos aguardaban en Marsella, tales como lady Caidness, duquesa de Pomar, que los hospedara en su palacio de Niza; el comandante Courmes, a quien anciano ya hemos conocido en París; el barón de Spedialieri, gran cabalista émulo de Bulwer Litton, y otros muchos.

"Diez días después de nuestro desembarco en Marsella —dice Olcott— partimos para Niza H. P. B. y yo, invitados por lady Caithness, duquesa de Pomar, mientras que Mohini y Padshah se nos adelantaban hacia París. Nuestra huésped hizo cuanto le fue posible para instalarnos espléndidamente en su palacio Tiranti y por atraer en torno de H. P. B. esa crema aristocrática que allí acude durante los meses de invierno. Todos los días se hablaba de teosofía y casi todas las tardes se celebraban reuniones en las cuales la exposición y discusión de nuestros principios eran seguidas de aquellas cenas ligeras para las cuales lady Caithness tenía un talento particular. Si yo, por mi parte, estaba encantado ante semejante presentación de la 'high-life' continental, H. P. B. lo estaba más aún al encontrar, después de varios años de expatriación voluntaria, compatriotas suyos con quienes conversar en ruso y que le daban, de primera mano, nuevas relativas a familias con las que había pasado su juventud, porque conviene decir que, por iconoclasta que ella se mostrase en más de un aspecto, jamás hubo rusa más entusiasta por su país, no obstante haberse nacionalizado norteamerica y renunciado al zar y a todos los soberanos, cosa que me figuro hizo, igual que la toma de sus dos maridos [5], sea por capricho, sea por alguna razón oculta que no se nos alcanza.

El coronel Evans, de Cimier, y su señora se mostraron como dos nuevos amigos, asaz valiosos, quienes tenían una soberbia y soleada *villa*, más soleada a nuestros ojos por la cálida acogida que se nos dispensase en ella. También conocimos allí a la señora Agathe Hammerlé, rusa extremadamente culta, políglota admirable y corresponsal continua con la mitad de los grandes sabios de la época, que se ocupaban a la sazón de los problemas psicológicos. Una de las 'soirées' fue consagrada a Camilo Flammarión, el astrónomo de París, miembro entonces de nuestra Sociedad. Otras dos sesiones fueron dedicadas a los experimentos magnéticos de M. Robert, el profesional parisién, y otra a una conferencia seguida de experiencias por el especialista italiano profesor Guidi... Finalmente, H. P. B. y yo dejamos a Niza, partiendo para París el 27 de marzo, donde al siguiente día nos recibieron Mohini, el Dr. Thurman M. S. T. y William Q. Judge, los que nos condujeron al número 46 de la calle de Nôtre-Dame-des-Champs. Una verdadera multitud de visitantes nos asaltó en el acto allí para interrogarnos acerca de nuestra Sociedad, y la prensa parisién, siempre en acecho de novedades impresionantes, nos hizo el reclamo de extensas columnas, llamándonos *Le Rappel*, órgano de Víctor Hugo, en un artículo de tres columnas, 'La misión buddhista en Europa'. El Dr. Ditson y su señora, viejos amigos nuestros, nos llevaron también a visitar al famoso zuavo Jacob, cuyas milagrosas curaciones bajo el segundo Imperio habían asombrado a la prensa de Europa y de América... Teníamos, en fin, reuniones y conversaciones que han sido consignadas por lady Caithness en su conocido libro *El misterio de las edades*..., hasta que el 5 de abril partí yo para Londres con Mohini Chatterji para solucionar ciertas divergencias surgidas en la London Lodge entre los amigos de la señora Ana

---

ninguna en absoluto, y verla aniquilada y el cuerpo con ella. Hace tiempo que este carcamal corpóreo me molesta, y mi 'gran alma' sólo ha producido ingratos y calumniadores, por lo cual sólo es una 'idiota'. Pero esa es mi *opinión personal*, si me la permitís, y la Sociedad Teosófica nada tiene que ver con ella. Yo soy buddhista hasta las cachas, y lo digo hace años. Creo en el alma, pero en un alma material, que acaba por desaparecer como es de buen tono en toda alma decente, y como todo pedazo de materia, cuya forma y duración no pueden ser infinitos, ni inmortales por consiguiente. Creo en la eternidad de la materia *como principio*, nunca como forma, que es siempre temporal. No creo en la inmortalidad personal del alma o del yo, pero creo en la inmortalidad y en la Eternidad del Espíritu Universal o del Ego impersonal y único; y allí es donde, sumergida por fin y sumida en ese gran Todo, mi pobre y pequeña 'gran alma' encontrará su anonadamiento, su Nirvana, y descansará, por fin, en la Nada Universal, de sus existencias tormentosas y miserables. La actividad febril quedará ahogada en la Inactividad Espiritual, el ínfimo átomo individual en el Universal Todo, y entonces, H. P. Blavatsky, de gotita de agua turbia, se habrá convertido en un océano sin límites, sin fin ni comienzo.

"He aquí expuesta *mi* aspiración particular. Jamás me contentaré con instalarme como *alma individual*, sea en el Nirvana, sea en el Paraíso tradicional. ¡Sería divertido en verdad tener las almas de todo Juan, Pedro y Diego, exhibiéndose en la Eternidad con mondadientes de oro en la boca y con los escudos nobiliarios de los seres en las portezuelas! Muy filosófica tal idea... Lo que yo ambiciono es convertirme finalmente en el *Todo*, ser finalmente atraída y sumida en el Nirvana como una gotita de vapor es atraída al Océano y allí, perdiendo mi individualidad personal, reemplazarla por la Individualidad Impersonal de la Universidad Esencia, que los cristianos y otros teístas llaman 'Dios', y que yo y *mi escuela* (que no es la escuela teosófica) llamamos la *Causa* Universal; causa que no tiene ni Inteligencia, ni Deseo, ni Voluntad, porque ella es la Inteligencia, el Deseo, la Voluntad *absolutas*. Dicho esto, buenas noches. Deseáis que 'mi cara de vieja' os proteja, querido señor. Unicamente os prevengo que tengáis cuidado con las pesadillas.

"Dignaos recibir los sinceros saludos de la que pronto espero no exista ya."

5 Al hablar de la residencia de Helena en América (1873-79) omitimos el ocuparnos de este segundo matrimonio de Helena con un pobre y anónimo norteamericano, que amenazó, según Olcott, hasta con suicidarse si no era aceptado. Olcott añade que el día de los desposorios le hizo el efecto de que "estaba loca de remate", y, en verdad, a nadie se le alcanza cómo se prestó ella a tal acto dada su perfecta asexualidad, probada por nosotros con el certificado inserto al principio de este libro. Por eso preferimos correr un velo sobre ello, igual que sobre "ciertos cambios fisiológicos que le sobreviniesen después y sobre los cuales no hay derecho para hablar nada", como el buen coronel escribe.

Kingsford de una parte y los de Mr. Sinnett de otra [6]. H. P. B. se presentó pocos días después en Londres inopinadamente."

"Helena —dice Sinnett— llegó a Londres el 7 de abril del 84 y regresó a París una semana después, volviendo a Londres el 29 de junio para salir a principios de agosto hacia Alemania con objeto de visitar a sus amigos en Elberfeld. Durante el referido período se divulgó bastante su presencia en Londres, y muchas gentes se esforzaron en trabar conocimiento con ella. H. P. B. los recibía con su acostumbrada llaneza de modales, con el traje y en el aposento que venía al caso, unas veces en su propio dormitorio, que a la par le servía de gabinete de estudio y de despacho, y otras veces en la sala, henchida con el humo de sus innumerables cigarrillos y de los de aquellos fumadores a quienes se los ofrecía. En aquellas ocasiones manifestaba alguna que otra vez sus ocultos poderes." En Elberfeld, H. P. B. se hospedó en casa del matrimonio Gebhard, donde también acaecieron fenómenos sorprendentes... Al cabo de más de un año, cuando la Sociedad de Investigaciones Psíquicas publicó un informe negando la autenticidad de gran número de fenómenos relacionados con H. P. B., rearguyó dicha Sociedad contra la comunicación dirigida por el joven Gebhard, diciendo que el comunicante había omitido la posibilidad de que un cómplice de aquélla interviniese; pero este argumento no tiene fuerza alguna en relación con un fenómeno ocurrido en presencia de varias personas atentas a lo que iba a suceder, en un aposento privado donde sólo estaban presentes la familia y algunos íntimos. El señor Gebhard, por su parte, en carta a Sinnett, refutó este argumento con razones que no permiten duda alguna [7].

[6] Olcott hace así, según su modo de ver, el retrato de esta notable escritora ocultista: "Mujer sabia, inteligente, segura de sí misma, ambiciosa y excéntrica, personalidad única que se creía el enviado de una época religiosa nueva, reencarnación de Hermes, de Juana de Arco y de otros personajes históricos. Me bastaron simples instantes para comprender su fuerza intelectual y la extensión de su cultura. Sus ideas acerca de los afectos humanos tenían algo de inquietantes. Ella me dijo que jamás había amado a ningún ser humano. Sus gentes le decían que cambiaría por completo así que tuviese hijos, pero cuando le presentaron el primero, sólo sintió repugnancia hacia él. Sin embargo, su ternura se desbordaba hacia un cochinillo de India, y en la vibrante *Vida de Anna Klingsford,* de M. Maitland, se nos presenta ésta llevando al animalejo doquiera que iba, colmándole de caricias y celebrando el aniversario de su muerte como se hace con el de los parientes más próximos."

[7] Fran Gustav Gebhard había sido durante siete años, en unión del barón de Spedalieri, ferviente discípulo de Eliphas Lévi, a quien acogiera medio muerto de hambre después del sitio de París. Tenía, según Olcott, una cámara oculta para sus fenómenos, y en los volúmenes del *Theosophist* (1884 a 1886) relata curiosos pasajes de la vida de este célebre ocultista, "pequeño, corpulento, de fisonomía dulce y bondadosa, lleno de optimismo y adornado por una larga barba gris que le cubría la mitad del pecho". Helena, en sus obras, hace frecuentes citas del conocido cabalista occidental, si bien considera al autor del *Dogma y Ritual de la Alta Magia* como un ocultista cristiano secretamente dependiente de Roma.

El fenómeno a que se refiere Sinnett consistió en la caída de una carta producida fenomenalmente por H. P. B., respondiendo a cuestiones mentalmente formuladas por Gebhard, que le satisficieron por completo. A pesar de ser el más hábil prestidigitador de entonces, hace él esta confesión (Convención de Adyar en 1884): "Desde la edad de siete años vengo estudiando la prestidigitación; a los diez y nueve fui a Londres para recibir las lecciones del profesor Field, el primer ilusionista del país; luego he estado en relación constante con los artistas de más renombre en este género y cambiado juegos con ellos, y después de un estudio del caso en cuestión, he ofrecido un premio de mil rupias a quien pueda repetir la experiencia de H. P. B. en iguales condiciones."

Refiriéndose a los días que historiamos, dice Vera P. Jelihovsky:

"Desde el otoño de 1884 pasé seis meses en París con mi hermana. Todo este tiempo estuvo rodeada ella de multitud de gente, no sólo de los que habían venido de América, de Inglaterra y de Alemania, expresamente para verla hablarla de asuntos relacionados con la Teosofía, sino también de numerosos parisienses interesados grandemente en las enseñanzas, y particularmente en los fenómenos que constantemente tenían lugar a su alrededor. En Europa, la Sociedad Teosófica se hallaba entonces en su infancia. Aun en Londres mismo no había más que una veintena de miembros sinceros y adictos a la causa: en Alemania no había ni tan siquiera una Rama (Logia) debidamente organizada; en París existían, a la verdad, dos Logias, pero entre las dos no sumaban más de veinte o treinta miembros, mientras que las Ramas 'matrices de New York y de Adyar' se disolvían a menudo por las disensiones de sus miembros, y no prometían nada bueno respecto de su futura prosperidad. Sin embargo, entre los que constantemente nos visitaban en nuestra casa (46, Rúe Nôtre Dame des Champs), había algunas personas eminentes. Me acuerdo haber visto allí a muchos 'savants', doctores en Medicina y otras ciencias, magnetizadores y clarividentes; algunas damas más o menos versadas en literatura y en las ciencias abstractas, y además muchos compatriotas nuestros de ambos sexos. Entre todas estas personas, recuerdo los nombres de Camilo Flammarión, Leymario, de Baissac, Richet, Evett el magnetizador, el discípulo del Barón Dispotet y Mr. Vsevolod Solovioff, el gran escritor ruso, uno de sus visitadores más asiduos y que más protestas de admiración hacía a la causa y a la persona de madame Blavatsky. Entre el gran número de señoras se encontraban: la Duquesa de Pomar, la Condesa d'Adhémar, madama Barreau, madama de Morsier, mademoiselle de Glinka y muchas otras francesas, rusas, inglesas y americanas.

"El Coronel Olcott y Mr. Judge, este último llegado de Nueva York, nos referían numerosas historias de los fenómenos más maravillosos que habían presenciado; nosotros, sin embargo, no vimos ninguno, sino de los relacionados con la psicología, exceptuando una o dos veces que oímos sonidos producidos a voluntad por mi hermana; también en otra ocasión no sólo leyó psicométricamente una carta sellada, sino que habiendo dibujado con lápiz rojo una flecha y una estrella teosófica en una hoja de papel, hizo que se reprodujera el mismo dibujo en el sitio que se le determinó en la carta cerrada que se hallaba dentro de un sobre y doblada en cuatro. Esto fue asegurado con la firma de seis o siete testigos. entre ellos Mr. Solovioff, quien describió lo sucedido en el periódico ruso *Rebus*, correspondiente al primero de julio de 1884, bajo el título de 'Fenómenos interesantes'. Otro también hubo, que yo misma describí entonces. Fue la aparición y desaparición repentinas —sin que quedara la menor señal de ello— de un artículo de un periódico ruso publicado en Odesa tres días antes de que apareciese en el libro de notas de mi hermana, en el cual acostumbraba copiar todo lo que respecto a ella se escribía. Aque-

lla misma mañana habíamos leído todos con gran asombro aquel artículo (las cartas de Odesa a París tardaban de cuatro a cinco días en llegar a nuestras manos), y en la tarde del mismo día no quedaba el menor vestigio en el libro, que estaba encuadernado y sus páginas todas numeradas. La desaparición del artículo en cuestión no había interrumpido en nada la serie de las páginas consecutivas. A excepción de estos dos hechos palpables, fenómenos materiales, por decirlo así, nunca, que yo me acuerde, le vi producir fenómenos psicológicos, tales como clarividencia. Por lo que a mí respecta, jamás recibí carta alguna de los adeptos, ni nunca he percibido ni tenido ocasión de percibir, como otros muchos tuvieron, aparición alguna, ni luces, ni cartas cayendo de las nubes. No es que ponga en duda su testimonio; lejos de esto, me hallo dispuesta a creerlos; pues por lo que puedo juzgar, nadie tiene derecho a negar la creencia de los demás, por el sólo fundamento de su ignorancia o falta de percepción; pero yo no puedo exponer otra cosa que lo que yo misma he presenciado. Lo dicho anteriormente, sin embargo, no es obstáculo para que recite las experiencias que otras personas, más afortunadas o mejor dotadas que yo, me han referido. Imposible, no obstante, sería relatar todas las historias referidas por los discípulos más allegados a mi hermana, e innecesario es hacerlo, puesto que todos los periódicos teosóficos han publicado y vuelto a publicar las que atestiguan los señores Olcott, Sinnett, Judge, y muchos otros; pero citaré aquí un testimonio que nunca ha sido publicado por la Prensa inglesa ni francesa. Aludo a los notables fenómenos que míster V. Solovioff ha descripto en muchas cartas.

Después de permanecer el mes de setiembre de aquel mismo año con mi hermana en Elberfeld, adonde fui para verla, me escribió una larga carta acerca de una entrevista que le había concedido un Mahatma, así como también respecto de las visiones que había tenido previamente a la aparición de este gran Adepto. No describiré en detalle lo que tuvo lugar, porque él envió un relato de ello al *Journal of the Society for Psychical Research, de Londres*; lo que sigue es lo que me escribió en contestación a mis preguntas acerca de la autenticidad de la aparición, en 21 de noviembre de 1885:

"Esto es un hecho más. Recibí (en Wurtzbourg) al mismo tiempo, con no poca envidia de todos los teosofistas, una carta autógrafa del Mahatma... escrita en ruso. No me sorprendió en lo más mínimo cuando encontré esta carta precisamente en el libro que tenía en la mano. Tenía un presentimiento de que iba a suceder: lo sabía de antemano. Lo que sí me admiró, sin embargo, fue que en ella se hablaba de un modo claro y conciso de las mismas cosas que habíamos estado discutiendo en aquel momento, dándoseme la contestación precisa a mis preguntas poco antes formuladas, y a pesar de que me hallaba algo apartado de los demás y nadie se había aproximado a mí. Aun cuando alguien hubiese podido poner la carta en el libro, el individuo que lo hizo debía dominar mi pensamiento y hacerme pronunciar las palabras que había dicho, para yo poder encontrar en ella la contestación exacta. Este fenómeno lo he observado a menudo en mi propio caso y en el de otros.' Los poderes ocultos de Mad. Blavatsky eran grandes, sin duda alguna. Sin embargo, nadie, que yo sepa, ha atribuido jamás estas facultades a sugestión hipnótica, como

parece dar a entender Mr. Solovioff. Además esta hipótesis no puede sostenerse, porque muchas veces las cartas de esos grandes seres y de madame Blavatsky han sido examinadas por peritos que siempre han declarado que las escrituras eran diferentes, a lo cual hay que añadir que Mr. Solovioff no ha sido el único que ha recibido tales cartas, exactamente bajo las mismas condiciones. El doctor Hubbe Schleiden, editor de *The Sphinx*, y muchos otros que pueden probarlo, han recibido estas cartas en ausencia de mi hermana Helena Petrowna.

Volviendo al testimonio de Mr. Solovioff, concluye su carta de 21 de noviembre con estas palabras: "Cuando termine su vida, vida que, estoy muy convencido, sólo está sostenida por algún poder mágico, sentiré durante toda mi existencia a esta mujer tan desgraciada como notable."

Verdaderamente bien podía expresarse de este modo, pues más que otro alguno había tenido pruebas de su poder extraordinario. He aquí unas cuantas líneas de otra carta suya escrita en diciembre de 1884, cuando mi hermana hacía dos meses que se hallaba en la India y él vivía en París: "Concluida mi comida, fui a mi habitación por un cigarro. Subí, abrí la puerta, encendí la luz, y... ¿qué es lo que vi? Pues nada menos que a vuestra hermana Helena vestida con su habitual traje negro. Me hizo un amable saludo, se sonrió, y me dijo: —¡Aquí estoy!— y desapareció. ¿Qué es lo que esto significa?" Como suceso, no tenía nada de particular. Mi hermana deseaba, de una vez, devolver en cuerpo astral las frecuentes visitas que en varias ocasiones le había hecho Mr. Solovioff en cuerpo físico, en París, en Elderfeld y en Würtzbourg.

"En junio, y en el mismo día, dejamos a París mi tía N. A. Fadew y yo, para dirigirnos a Odesa y Helena a Londres, adonde la invitaban con urgencia. Allí estuvo muy ocupada tratando de establecer una Rama permanente de la Sociedad bajo la presidencia de Mr. Sinnett, y aun cuando sus males no la abandonaban, dedicó mucho tiempo a los que iban a verla por curiosidad y a la vida de sociedad. Desde el principio fue obsequiada y adulada, organizándose en honor suyo grandes reuniones. En una de éstas hubo cerca de mil personas en Princes Hall, y le fueron presentadas más de trescientas. Entre éstas se hallaban el profesor Crookes y lord Cros, el ministro de la India y su antigua amiga y compatriota Mlle. Olga Alexsevna Novikoff. Sinnett pronunció un buen discurso, poniendo en las nubes la energía y sabiduría de Mad. Blavatsky, el trabajo incesante del coronel Olcott, y los principios hermosos y humanitarios que eran la base de sus enseñanzas. Desgraciadamente la salud de aquélla no era a propósito para soportar la incesante fatiga de su obra. juntamente con las atenciones sociales y con las malas noticias, además, que recibía de Madrás."

¡Cuán ajena estaba la incomprendida mártir de que, de allí a poco, iba a ser crucificada a puras calumnias precisamente por estos sus pasionales admiradores, ávidos de fenómenos más que de ciencia, y abandonada por otros como el propio Flammarión que ni siquiera de pasada, aunque debiéndola todo, ni una sola vez la ha mencionado luego en sus hermosas obras!...

Capítulo XXIV

UN MODERNO AUTO DE FE

Como dice admirablemente Franz Hartmann al ocuparse en su *Magia Blanca y Negra* del gran simbolismo cristiano del *Chrestós* apurando el cáliz de todas las hieles, para resucitar luego como *Christos* triunfante y glorioso, llególe al fin a la sin par Helena Petrovna el día de su crucifixión en 1884-85. La "Noche espiritual", descripta con vivos rasgos por su discípula y continuadora Annie Besant,[1] cerniόse, negra y siniestra sobre ella, poniéndola al borde del sepulcro con una de esas calumnias que abrasan inquisitorialmente al alma, sin tocar, hipócritas, al cuerpo.

En pago a su anhelo a lo Prometeo, de dar la luz del Sol de la Verdad a los ciegos y cobardes hombres que, cual los necios del mito de lady Godiva, cerraban obstinadamente sus ojos de buhos para no ver a la Verdad cara a cara y desnuda, gentes tenidas por científicas, y erigidas, por su propio dicho no más, en Sanhedrín condenador, se atrevieron a enjuiciarla sin ser ellos jueces, sin tener derecho a calificarla y —horror jurídico que no se acostumbra a usar ni en los países salvajes ni con los mayores criminales—: ¡A CONDENARLA SIN OIRLA! . . .

Demos, pues, a los hombres honrados del presente, a los juristas conocedores de las prácticas procesales y a los caballeros capaces de saber las leyes del lógico enjuiciar, esta sangrienta página de la moderna Inquisición seudo-religiosa y seudo-científica, aplicada a nuestra Mártir querida.

Y para que el documento acusador sea más fehaciente, antes de proceder a nuestra bien intencionada defensa, tomemos los datos de la peor fuente, o sea del libelo de jesuítica factura que corre por el mundo en varias lenguas bajo el título de "La Sociedad Teosófica, historia de su fundación y de sus pretendidos Maestros o falsos Mahatmas, examen completo de documentos poco conocidos, por un Superior Incognitus, o S. I.".[2] De la edición portuguesa de dicho libelo, de 1918, tomamos lo que sigue:

[1] *En el Umbral del Misterio,* segunda edición, página 171.

[2] En este lamentable folleto háse apoyado también el señor Ugarte Ercilla para escribir en la revista jesuíta *Razón y Fe* una serie de artículos pretendiendo, vanamente, impugnar las doctrinas de H. P. B. y de sus discípulos. Los conceptos equivocados de dicho señor quedan virtualmente contestados en el curso del presente libro, por lo que no descendemos a detallarlos. Siempre la Teosofía, como Ciencia de las Religiones y Religión de las Ciencias, estará por encima de los respectivos sectarismos de las religiones positivas y de sus "velos" y "dobles velos" o "re-velaciones".

"En la segunda mitad del pasado siglo, dice, bajo el impulso de Rosa-Cruces y Martinistas, el movimiento ocultista y psíquico tomó un desenvolvimiento considerable. Viendo que el materialismo amenazaba llevar al mundo occidental hacia su más completa degradación, estos iniciados resolvieron basar su propaganda en la ciencia, demostrando experimentalmente la existencia de algo superior y distinto de la materia. Una misión fue enviada entonces a los Estados Unidos y encargada de crear una gran corriente de espiritismo para la producción de fenómenos. Esta adaptación vulgar de las enseñanzas de los Rosa-Cruces se propagó rápidamente por doquiera, llegando hasta a formar por sí sólo todo un cuerpo de doctrina, contribuyendo no poco para la codificación de la doctrina espiritista Allan Kardec, León Denís y otros. También los magnetizadores que estaban por entonces en boga, ayudaron no poco para la propagación de esta doctrina, pues que, ya en 1818, Deleuze había escrito: 'Demostrada la posibilidad de la comunicación de las almas separadas de los cuerpos con aquellas otras aún unidas a ellos, el reconocimiento de la inmortalidad del alma era una consecuencia inevitable.' Acentuóse aún más la corriente con la publicación de las obras de Du Potet, Cahagnet y Eliphas Levi, de modo que, en todo o en parte, el estudio de los fenómenos psíquicos llamaba la atención del público ora letrado ora indocto. Aparecieron entonces gran cantidad de seres cuyas organizaciones psíquicas, más sensibles que las ordinarias, les tornaba aptos para servir de 'intermediarios' entre los dos mundos, el físico y el hiperfísico, seres a los cuales se les hubo de llamar 'médiums'. Después de la guerra franco-prusiana de 1870, habiendo despertado el espiritismo la atención de los hombres de ciencia, la 'Sociedad Dialéctica' de Londres emprendió serias investigaciones sobre el asunto, y después de severos esfuerzos publicó su 'Informe sobre el Espiritualismo'. Las investigaciones y descubrimientos hechos, en fin, por el célebre sabio William Crookes en el campo del psiquismo vinieron a asombrar más y más al mundo occidental. Comenzábase ya, pues, a hablar de la posibilidad de una reconciliación entre la Ciencia y el Catolicismo y también de la factible unificación de los diversos cultos cristianos [3]. El materialismo decaía cada vez más, y el Gran Oriente de Francia se separaba del espiritualismo de la Francmasonería Universal aboliendo al Gran Arquitecto del Universo, por haberse

[3] La ciencia y el catolicismo "oficiales" estuvieron, más que reconciliados, entendidos siempre. La misma obra de *Isis sin Velo* se encargó elocuentemente de demostrarlo al dirigirse gallarda "contra la ciencia dogmatizadora y el seudocatolicismo positivista, con la mirada puesta siempre en este mundo y no en el otro". En cuanto a la "posible reconciliación de los diversos cultos cristianos", ello sería *tan teosófico* como la que vimos operó Olcott con los diversos cultos buddhistas, y el mismo órgano oficial de Roma en la Prensa *(Observatorio Romano,* número de julio de 1919), abogó por ello al par que pretendía romper una lanza en contra de la Teosofía, la cual no sólo ve bien la unión de todos los cultos, sino que sostiene, en los párrafos finales de *La Doctrina Secreta,* que todos ellos no son sino "facetas materializadas de la Teosofía o primitiva religión de la Naturaleza".

transformado dicho Gran Oriente en el centro principal del materialismo, quedando, por consiguiente, aislado de la corriente tradicional, señal indudable de su decadencia. A este terreno habían llegado las cosas cuando surgió, como de un cubilete de prestidigitador, H. P. Blavatsky, de nacionalidad rusa, pretendiendo tener recibido de una Agencia Astral del Oriente 'la misión de derribar al Espiritismo, convertir al par a los materialistas y probar al mundo la existencia de la Fraternidad del Tíbet actuando en el plano físico por intermediación de los 'médiums' dichos." Esta misión, verdaderamente bizarra, se presentaba, por decirlo así, como contraste con aquella otra que el célebre Dunglas Home, veintisiete años antes, decía haber recibido de la sombra de su madre, quien le añadía: "Tu misión es gloriosa: convencer a los infieles, curar a los enfermos y consolar a cuantos sufren." Apropiándose, pues, la idea de Eliphas Levi en su *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, relativa a que sería restablecido de nuevo el Reino Universal político y religioso para 1879 [4], reino que "pertenecía por completo a aquel que tuviese en sus manos las 'Claves del Oriente', claves que serían poseídas por la nación que tuviese la vida y las actividades más inteligentes", Blavatsky concibió la idea de formar una sociedad destinada a desmoralizar al Espiritualismo cristiano."

Tal es la astuta introducción del no menos artero libro, introducción que vamos punto por punto a rebatir.

En primer lugar, el impulso espiritista contra el materialismo del pasado siglo no se debió a Martinistas y Rosa-Cruces, como dice, sino a un gran centro ocultista llamado "La Fraternidad del Yucatán" [5]. El Martinismo, debido a Claude Saint Martin, Saint Ives d'Albeidre y otros cabalistas occidentales, nunca se interesó por los llamados "Fenómenos espiritistas", sino por las tradiciones bíblicas y numéricas, muy del gusto de no pocos francmasones cultos desde la época de la Enciclopedia, y de algunos otros como "Eliphas Levi", o sea el abate Benjamín Constant, bajo la directa dependencia de Roma y de los jesuitas, porque, como demuestra H. P. B. en *Isis sin Velo*, la Iglesia ha admitido siempre el Ocultismo (en el que algunos son más doctos que ningún espiritista), pero a condición, por supuesto, de que se actúe siempre bajo su necromante obediencia, persiguiendo a los que no se la sometieron en las diversas épocas, como la historia de todas las herejías y de la Inquisición demuestra [6]. No hay que hablar tampoco de "Rosa-Cruces" verdaderos, pues que el último de tan sublimes místicos, Khristian Rosenkreutz, se retiró de la vista de los hombres muchos lustros antes de la Revolución Francesa, y era, además, uno de esos Mahatmas o Maestros a los que el S. I. trata en vano de ridiculizar.

Siguiendo nuestra crítica, diremos que Deleuze y con él toda la pléyade de ilustres y nobilísimos espiritistas y experimentadores que han venido después, parten de un hecho cierto, a saber, el de la realidad, hoy indiscutible ya, de los fenómenos mediumnísticos, pero mal o al menos ligeramente interpretados, puesto que el mismo Crookes, a fuer de sabio, formuló una lista de posibilidades explicativas de ellos y que pueden resumirse así: *a*) Se deben ellos a fuerzas desconocidas de lo Inconsciente humano, con o sin posibles existencias pretéritas que tengan como almacenados e inertes en las "capas geológicas" de aquel Inconsciente, hechos que luego nos sorprenden en los médiums (teoría positivista y teosófica en parte); *b*) Que se deban al Demonio, como enemigo común del humano linaje (teoría católica, de la que habría que decir no poco en el terreno eclesiástico y también en el teosófico); *c*) Se deben a seres "elementales" y "elementarios" (sílfides, ondinas, etc., que dijeron los cabalistas), o sea a entidades invisibles que habitan en cada uno de los llamados "estados de la materia" y cuya simplicísima evolución ha precedido y es enemiga de la de vegetales, animales y hombres, a los que combate y atormenta por mil medios, entre ellos, para estos últimos, la histeria y la locura (teoría, en parte, católica y en parte también teosófica); *d*) Se deben ellas a "espíritus" o almas de los muertos (teoría espiritista por excelencia). Dada la complejidad indudable de tales fenómenos, semejantes teorías y otras pueden tener aplicación en los diferentes casos y aun sumarse entre sí mediante ligeras aclaraciones y concordancias, cosa a la que aquí no podemos, naturalmente, llegar.

Todas estas cosas hablaban, efectivamente, a las mentes despiertas no ya de una siempre pobre reconciliación entre la ciencia de Occidente y el catolicismo y también de la factible unificación de los diversos cultos cristianos, sino de algo mucho más humano y sublime: del hallazgo en nuestros doloridos días de una Ciencia Primitiva y Perdida, fruto de la madurez de una Humanidad anterior o "preadamita", que así legase en forma de "Religión-Sabiduría de las Edades", a la infantil y ciega Humanidad que vino a sucederla en la Tierra al tenor de esa santa y universal ley de la herencia de padres a hijos; de la consiguiente posibilidad de una "Religión Esotérica", que es una y la misma tras el velo de las *re-velaciones* o "dobles velos" echados sobre ella por las diversas religiones positivas, facetas ya coloreadas por el interés y la pasión de aquella Unica y Paradísica Religión de la FRATERNIDAD BLANCA, a la que aludiese San Agustín cuando dijo que "el cristianismo no es sino una forma nueva de una Religión Eterna" y de cuyos Celestes Misterios nos hablase Jesús (Mateo, cap. XIII) como reservados y vedados al vulgo de los que "viendo, no ven, y oyendo, no entienden", pues por grande que sea el Cristianismo (no ya sus formas degeneradas de las diversas confesiones, católica, evangélica, anglicana, ortodoxa, griega, etc., sino en su síntesis doctrinal), no menos grande y glorioso ha sido el Buddhismo, el Brahmanismo, el Jainismo y demás religiones troncales, simples facetas, no obstante, de aquella Verdad Una y Primitiva, Verdad harto más digna de ser buscada que la mera y siempre laudable concordia de unos cultos que el que más apenas si cuenta de historia meros veinte siglos en una Humanidad que lleva, según la ciencia de hoy y las tradiciones orientales, unos cinco millones de años de existencia sobre la Tierra...

[4] Esta fue siempre la aspiración judaica aún en España en el reinado de Fernando IV. Véase Moreno Espinosa, "Historia de España", lección 26.

[5] De esta Fraternidad atlante se ha ocupado por extenso A. Besant en un notable trabajo de este título y al que nos remitimos, sintiendo, por su mucha extensión, no poder reproducirle.

[6] Véase en *Páginas Ocultistas* (tomo V de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS) el capítulo "Demonología y Magia eclesiástica", que esclarece todos estos asuntos.

No se trataba, pues, "de buscar un reino universal político-religioso", sino de impulsar una vez más a los hombres hacia el supremo ideal de una Fraternidad de toda la Humanidad entera, por encima de toda raza, sexo, credo, casta o color, al tenor de las enseñanzas secretas de los que se dicen fundadores de las diversas religiones positivas y aun de la propia Revolución francesa; no se trataba tampoco "de desmoralizar al espiritualismo cristiano", harto desmoralizado ya por los que se califican pomposamente sus mantenedores, siendo en el fondo los más perfectos materialistas y positivistas apegados como nadie a los intereses materiales perecederos; ni de fundar, en fin, "agencia astral" alguna, sino de consolar a la pobre y engañada Humanidad, enseñándola que las religiones positivas no son sino "velos" echados sobre aquélla para ahogar la libre expansión progresiva del pensamiento; que a la doctrina comprobada ya de la unidad de la Materia y de la Fuerza inteligente en el Cosmos tenía que corresponder forzosamente la Unidad del Espíritu o "Verbo", llamado despectivamente "Monismo" por los corifeos de la explotada ignorancia de los siglos que han seguido a la abolición de los Misterios iniciáticos de Eleusis y de tantos otros sitios.

Quisiéramos nosotros, como hombres de ciencia también, decir al mundo contemporáneo que se percatase de que es víctima de un engaño tradicional, hijo de la infancia de su razón; que considerase su situación actual, por la que camina rápidamente a la barbarie, y haciendo examen de conciencia volviese a la constante doctrina de los antiguos sabios, a través, no ya de la vida —que una vida poco importa—, sino de la ciclópea obra de H. P. B., que es por la que la posteridad tiene que juzgarla; quisiéramos, en suma, en nuestro amor a la Verdad, mucho más que en nuestro amor a la Mártir, que los dos equivocados grupos de sus impugnadores, dejando a un lado todo velo, toda mistificación, todo humano convencionalismo se redujesen a un sólo hombre, el más sabio, el más luchador y el más fuerte, para decirle, si era científico, que su ciencia es vana si no va acompañada de la suprema noción de la Justicia hacia la heroína incomprendida, y si pertenecía al JESUITISMO UNIVERSAL —es decir, a ese super-jesuitismo más allá de los discípulos de Loyola, que tiene entre sus negras huestes a tanto evangélico, tanto escéptico y aun tanto espiritista— que su fe no existe, porque no puede amarse lo que no se conoce, y que el *Hecho Religioso* está por encima de toda religión particular, de todo culto, y puede y debe ser objeto de una Ciencia, la Teosofía, que, lejos de experimentar torturando a ser humano alguno con esos trastornos nerviosos que se llaman mediumnidades o con sugestiones hipnóticas, inmorales siempre, a nuestro juicio, por su intrínseca naturaleza, *experimenta* con la experiencia eterna que se llama *Historia,* o experimenta en sí propio con arreglo al "gnoscete ipsum"...

Pero no nos perdamos en el laberinto de una refutación de lo que está ya muerto a raíz de la Gran Guerra, e historiemos llanamente el martirio sufrido por Helena bajo unos "jueces" que nadie había nombrado y que además la "juzgaron" ¡sin oírla!

A raíz de los sorprendentes fenómenos del físico William Crookes con la médium Mlle. Florencia Cook y su "espíritu-guía" la sílfide "Katie

King" [7], habíase fundado en Londres una Sociedad de experimentadores de los fenómenos mediumnísticos e hipnóticos titulada "Sociedad de Investigaciones psíquicas", en la que había hombres de diferentes condiciones intelectuales y morales, pero tocados todos en el más deplorable grado del "espíritu occidental", infantil, positivista y deseoso de "palpar" lo "intangible", o sea de ver físicamente las realidades hiperfísicas. Esto último no es de extrañar, porque teósofos de la elevación del propio Olcott también estaban aquejados del propio mal, como lo demuestra el *Diario* del mismo, donde siempre se ve al viejo espiritista, que, por los fenómenos de la granja de los Eddy, conoce a H. P. B.; que luego, bajo la alta inspección de ésta, realiza toda clase de experiencias espiritistas con el "espíritu" del viejo corsario John King, el cual acaba confesándose un mero "maniquí" bajo la dirección de H. P. B. y de los Maestros del Tíbet; que siempre está a vueltas mientras permaneció en Norteamérica con médiums de todas clases, a los que desenmascarara en sus inevitables supercherías cuando no estaban guiados por "buenos espíritus", y que, en fin, aunque convertido al buddhismo, amó siempre en grado excesivo la fenomenología, cargo del que tampoco están exentos ni Helena ni Sinnett, quienes soñaron siempre, según hemos visto en el decurso de estas páginas, con convencer al ciego mundo de Occidente acerca de la Gupta-Vidhya oriental, cuyo abecé, conocidísimo a través de la Historia, está constituido por el espiritismo.

Y con ese candor oriental, tan peligroso en el mar de pasiones de lo que se llama "ciencia" en Occidente, los tres citados y el pandith Mohini Chatterjí, cometieron la insigne tontería de hablar de aquella ciencia sagrada y prevédica ante los buenos positivistas de S. P. R. (así designaremos a la dicha "Society for Phsychical Reaserch"), olvidando el consejo evangélico de no dar los tesoros del Reino de Dios a quienes, por su ceguera espiritual, no están aún capacitados para comprenderlos. Dejemos la palabra a Olcott sobre ello. Para darle la razón no hay más que conocer la psicología europea.

"Al entablar relaciones con la S. P. R. —dice Olcott— hubo de nuestra parte la cordialidad más confiada y completa, y del lado de ellos igual simpatía en apariencia. Primero celebramos muy agradables reuniones en casa de sus principales miembros, para ser examinada nuestra causa por un Comité de aquélla. Nuestro cielo era el purísimo azul, sin que la más tenue nubecilla presagiase la tempestad, y durante estos días felicísimos de París y de Londres, H. P. B. y yo estábamos llenos de ilusiones. El 11 de mayo de 1884 comencé, pues, mis sesiones con los señores F. W. H. Alyers y J. H. Stack. La Memoria de ellas fue publicada en diciembre siguiente en un folleto de 130 páginas, en 8º, confidencial y reservado para sólo los miembros de la S. P. R., conteniendo también los testimonios de Mohini

[7] Estos fenómenos están descritos por dicho señor en la conocida obra "Medida de la fuerza psíquica", siendo muy de notar que todos estos "espíritus" de los primeros días del espiritismo se solían adornar (cual el John King, del que nos habla Olcott como de un "mero maniquí ocultista manejado por H. P. B. para instruirle"), con ese apelativo de King, rey en inglés, que tan mal cuadra a veces a sus frivolidades festivas y traviesas.

y cuarenta y dos apéndices documentales. La investigación versaba acerca de la aparición de fantasmas de vivos; la proyección y la constitución materiales del doble humano; las visitas hechas a los testigos deponentes por Adeptos o Mahatmas vivientes; los aportes de objetos ponderables; el toque de campanas astrales; la caída fenomenal de documentos escritos; la precipitación de escritura de los Mahatmas en cartas cerradas de corresponsales ordinarios durante su transporte por el correo; el regalo de flores hecho por el doble astral de un Adepto a un grupo de observadores, etc., y me figuro que la lectura de la Memoria evidenció a los ojos de todos sus lectores, el absoluto candor, la franqueza perfecta y la evidente buena fe de los testigos, así como la amplia corroboración de los documentos por nosotros presentados ante el Comité. Precisaríase, pues, estar en nuestro lugar para comprender nuestra sorpresa, cuando más tarde la S. P. R. se lanzó a atacar implacablemente a H. P. B., a nuestros Maestros y a nosotros mismos. Habíamos expuesto una larga serie de experiencias personales revestidas del carácter más sagrado para nosotros, y esto sin que para nosotros hubiese ventaja ni provecho alguno, sino sólo la de auxiliar con nuestros testimonios a la causa de la ciencia espiritualista y animar a quienes habían tenido menos suerte. Habíamos comparecido delante de un Comité sin haber preparado nuestra causa, contentándonos con responder a cuantas cuestiones se nos formulaban, y quedábamos así a la merced de gentes que, lejos de participar de nuestros entusiasmos, sólo llevaban la mira de criticar, de analizar nuestras declaraciones, de descubrir contradicciones en ellas, y que, además, al pronunciar su juicio postrero se mostraban despreciativos hacia nuestros sentimientos, escépticos impenitentes respecto a nuestros motivos y completamente implacables. Más aun, eran ellos gentes incompetentes a la sazón, sin experiencia de las leyes psíquicas, extraviados por las conclusiones de uno de sus agentes, el Dr. Hodgson, que ellos enviaran a la India para comprobar sobre el terreno nuestras afirmaciones, recoger testimonios y ser igualmente engañados por el informe absolutamente incompetente de un perito calígrafo . . ."

Esto mismo está corroborado por Vera P. Jelihovsky, la hermana de Helena, quien, a pesar de sus creencias cristianas, consigna en sus *Memorias* este elocuente párrafo:

"Mi hermana Helena, por aquel entonces me escribió desde *Wurtzbourg*: 'Creo que la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres me trata de charlatana para evitar a toda costa el chocar con la ciencia ortodoxa de Europa, siendo imposible, por tanto, que ella reconozca como genuinos los fenómenos ocultos. Si tal ella hiciese tendría inmediatamente en contra suya a toda la falange de los doctores de la Ciencia y de la Teología. El plan mejor, por tanto, era el de atropellarnos a nosotros los teósofos, que no contamos con un clero organizado ni unas autoridades académicas que nos defiendan. Así, pues, antes que excitar las iras de los pastores de todos los corderos de Panurgo europeos, ¿no es preferible el disculpar a mis discípulos y condolerse de ellos como de otras tantas víctimas mías y llevarme a mí al banquillo del arrepentimiento, acusándome de fraude, espionaje, robo y cuanto es posible acusar? ¡Ah!, reconozco cuán triste ha sido siempre mi destino. ¡El de tener siempre la fama sin el provecho!"

Este sentido párrafo vale por todo un poema: ¡el poema tristísimo de cuantos genios han pasado por el mundo, sin ser comprendidos por sus contemporáneos, sin perjuicio de ser proclamados luego por la posteridad como efectivos mártires del Pensamiento!

"El informe de Hodgson —dice Sinnett— no se publicó hasta diciembre de 1885, y entre tanto sufrió adiciones y enmiendas. Esta demora y la consiguiente preparación del documento en que la Comisión investigadora fundara su dictamen, fueron considerados por los amigos de H. P. B. como una animosidad contra ella. Cuando por fin se publicó, ocupaba 300 páginas impresas en tipo pequeño, y la minuciosa crítica de su contenido requería muchísimo espacio. Por lo tanto prescindiremos de ella. El informe contenía, principalmente, pruebas circunstanciales calculadas con el deliberado propósito de arrojar sospechas sobre los fenómenos que Hodgson trataba de investigar, y de un artificioso cotejo de varios manuscritos para demostrar que las cartas que yo había recibido en la India durante mi trato con H. P. B. —cartas que yo creía y sigo creyendo procedentes de los Mahatmas o misteriosos doctores en ciencias ocultas a los que llamamos Maestros y que ejercen autoridad espiritual sobre H. P. B. —estaban escritas por ella y por otra persona, y me las transmitían para que yo creyese que procedían de los Maestros. Representaré mejor el carácter del Informe transcribiendo los pasajes preliminares del folleto que publiqué poco después bajo el título de *Los fenómenos del mundo oculto* y la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas*: El informe presentado por el señor R. Hodgson a la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas nombrada para investigar los fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica se ha publicado por vez primera en el número de diciembre de las Actas de aquella Sociedad, seis meses después de celebradas las reuniones en que la Comisión se declaró de acuerdo con las conclusiones del señor Hodgson. En carta dirigida a la revista *Light* el 12 de octubre, protesté contra la determinación tomada por la Sociedad de Investigaciones al estigmatizar públicamente a la señora Blavatsky inculpándola de "una prolongada confabulación con otras personas para producir, por medios ordinarios, una serie de aparentes prodigios para el sostén del movimiento teosófico", mientras retenía en secreto las pruebas documentales en que se basaba su opinión.

"En una nota de dicho informe (pág. 276) el señor Hodgson dice: 'Tengo en mi poder numerosos documentos referentes a los experimentos del señor Hume y otros relacionados con H. P. B. y la S. T. Estos documentos, incluso los manuscritos de K. H., antes citados, no llegaron a mis manos hasta agosto, y su examen, especialmente el de los manuscritos K. H., han retrasado mucho la redacción de este informe.' Esto significa que Hodgson, durante el tiempo en que el informe estuvo detenido, se ocupó de enmendarlo y rectificarlo, de suerte que la Comisión aceptara, sin vacilar, las conclusiones, antes de presentar la prueba que alega ahora Hodgson.

"Pero aunque la Comisión hubiera tenido, que no tenía, el informe tal cual ahora está redactado, no fuera menos prematura e imprestigiosa su conducta al publicar las conclusiones del 24 de junio, porque en ninguna fase de su proceder se condujo la Comisión con el carácter oficial

que se arrogaba. Eligió por ponente a un señor, poniendo grande o tal vez excesiva confianza en sus aptitudes, pero notoriamente extraño a las características de la vida indostánica y desconocedor en absoluto del complicado sentimentalismo en relación con el cual se desenvolvió en la India durante estos últimos años el movimiento teosófico. Y a un señor tan incapaz, bajo este aspecto, se le dio el encargo de investigar la autenticidad de fenómenos y hechos ocurridos durante varios años en diversas partes de la India y en los cuales intervinieron muchísimas personas, incluso indígenas de aquel país y aficionados a las ciencias ocultas.

"Aun después de enmendado el informe con el insistente auxilio de personas hostiles al movimiento teosófico, nada contiene el texto que sugiera la idea siquiera de que sus amañadores comprendan, ni siquiera vislumbren las primordiales condiciones de los misterios que se proponen descifrar. Supone, cándidamente, que cuantos en la India simpatizan con la obra de la S. T. tenían interés en asegurar su buena opinión diciéndole que los citados fenómenos eran auténticos, y así acechaba cuantas frases pudieran servirle en contra de la causa teosófica. Tampoco se ha dado cuenta el autor del informe de que un investigador más hábil hubiera advertido que algunos de los más fervorosos discípulos de los Mahatmas y estudiantes de las enseñanzas ocultas se mostraron desde un principio contrarios al movimiento teosófico porque daba a conocer al mundo la existencia de los Mahatmas.

"La tradicional actitud mental en que los ocultistas indios consideran el tesoro de sus conocimientos tiene mucho de devoción mezclada con recelo contra cuantos intenten penetrar el secreto en que dicho tesoro ha estado hasta ahora envuelto y únicamente asequible a quienes pasen por las ordinarias pruebas de la iniciación. Sin embargo, el movimiento teosófico en la India significaba la violación de dicho secreto. Las antiguas reglas quedaban infringidas por una autoridad tan superior, que los ocultistas empeñados en la obra no tenían más remedio que acatar y obedecer. Pero en muchos casos la sumisión no pasaba de ser superficial. Cualquiera más íntimamente relacionado que Hodgson con la historia y el desenvolvimiento de la S. T. hubiera sido capaz de señalar entre sus más fieles miembros indígenas cuya fidelidad era enteramente para los Maestros a quienes servían y no para la idea en que estaban empleados, o por lo menos para demostrar que los doctores hindúes en ciencias ocultas podían producir anormales fenómenos físicos.

"Por lo tanto, el interés de estos miembros contrarios a la divulgación del ocultismo estaba en que los europeos que a su juicio habían sido admitidos inmerecidamente en los profundos arcanos del ocultismo oriental, creyeran que se les había engañado, que no había tal ocultismo hindú y que el movimiento teosófico era una impostura y una ilusión de la cual se desligaban. Y al llegar entre ellos un joven inglés con el objeto de investigar los ocultos misterios por procedimientos propios de pesquisidor policíaco, sin experiencia alguna del moderno ocultismo y expuesto por lo tanto a mil errores, sintieron una profunda satisfacción. ¿Se figura la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas que los ocultistas hindúes de la S. T. acatan su dictamen? Por el contrario, estoy segurísimo

de que en su mayoría se ríen regocijadamente de él. Acaso encuentren la situación complicada en cuanto a sus relaciones con los Maestros por haber contribuido deliberadamente a los extravíos mentales de Hodgson, pero resulta muy divertido el cómico espectáculo en que a sí propio se pone Hodgson en su informe, donde le vemos enfrascar frases truncadas y señalar puntos flacos, según testimonios de algunos discípulos hindúes contra los cuales se hubiera precavido si hubiese comprendido mejor la tarea que llevaba entre manos. En cuanto a la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, formada por los señores E. Gurney, F. W. H. Meyers, F. Podmore, H. Sidgwich y J. H. Stack, son más merecedores de censura que el propio Hodgson, a pesar de la incomprensión por parte de éste de los problemas que no estaba preparado para investigar. Y son más merecedores de censura aún por haber dictaminado a la ligera, sin otro elemento de juicio que el tosco y engañador informe de Hodgson. Fácil les hubiera sido oír el parecer de personas idóneas por su prolongada experiencia en el movimiento teosófico y abrir una información pública sobre el caso antes de emitir dictamen. Todos sabemos que ha habido causas en las que los magistrados no consideraron necesaria la defensa porque ya se habían decidido en contra de la acusación fiscal, pero la Comisión indicada nos ofrece un ejemplo sin precedentes en los fastos judiciales de negar el derecho de defensa, apoyándose en la peregrina teoría de que las afirmaciones del fiscal eran de por sí suficiente prueba. La Comisión examinó en secreto el informe de su ponente, sin consultar con nadie que pudiera abrirles los ojos respecto del erróneo procedimiento seguido por el señor Hodgson, acabando por acusar de grandísima impostura a una dama tenida en alto honor por multitud de personas de intachable conducta y que abandonó comodidades y fortuna para luchar entre privaciones y dicterios en favor de la causa teosófica durante largos años.

"El Sr. Hodgson presenta como testigos en su informe a dos personas que intentaron difamarla, presentándose primero como profesionales del fraude y del engaño, y acusándola después de haberlas admitido como cómplices. Estas son las personas que en el informe de Hodgson aparecen como las principales aliadas de sus investigaciones. En los escritos proporcionados por tales personas se funda la Comisión para decir que H. P. B. es una impostora. Y este procedimiento lo ha seguido una corporación que respecto de los fenómenos psíquicos en general (con los cuales parecen estar relacionados según se infiere del título de su Sociedad) recusan todo testimonio, por aplastante que sea, si procede de médiums espiritistas, tachados de recibir dinero por la exhibición de sus facultades. No quiero decir con esto que hayan aceptado descuidadamente tales testimonios, sino que han violado los principios que profesan en un caso en que debieran recusar las pruebas inaceptables, porque arriesgaban una acusación sobre personas contra las cuales tal vez no tuvieran prejuicio alguno en un principio, pero a quienes acabaron por condenar sin oírles.

"Además, no han vacilado en publicar al final del informe, con toda la autoridad que su proceder les puede conferir, una infundada y monstruosa invención contra H. P. B., sin duda para cohonestar la notoria deleznabilidad de las pruebas aportadas, porque es evidente la sinrazón con

que se acusa de vulgar fraude y de deliberada impostura a una persona que, a la faz del mundo, ha dedicado su vida a una filantrópica idea con manifiesto sacrificio de todo cuanto por lo general es el móvil de las acciones humanas. El Sr. Hodgson repugna atribuir a H. P. B. un móvil tan ruín como el supuesto por el matrimonio Coulomb; pero salva esta dificultad insinuando que bien pudiera ser una espía rusa encargada de fomentar en la India la deslealtad hacia el Gobierno británico. Para Hodgson no significa nada el que H. P. B. haya estado haciendo públicamente lo contrario, asegurando a los indígenas, en discursos y artículos, en reuniones y en cartas, que, con todos sus defectos, el Gobierno británico es el más a propósito para la India, y que hablando con conocimiento de causa, un Gobierno ruso sería incomparablemente peor. Ni significa nada para Hodgson el que desde la llegada de H. P. B., a la India todos sus actos han estado siempre a la vista de las gentes hasta un punto casi extravagante; que ha empleado todas sus energías en la causa teosófica, y que la misma policía británica desistió de vigilarla por haberse convencido de que no traía tales aviesas intenciones al venir por vez primera a la India. No se da cuenta, en fin, el Sr. Hodgson de que cuantos conocen desde hace tiempo a H. P. B. se ríen de lo absurdo de las hipótesis sentadas en el informe como cosa definitiva. Obtuvo la Coulomb, su guía y consejera, un fragmento de manuscrito de H. P. B., hurtado, según parece, hace algunos años, referente a la política rusa, y favorable en parte al avance de Rusia en el Asia Central, y les halagó la idea de aprovecharlo para sus escandalosas insinuaciones contra la integridad de aquélla, cuando del simple examen del documento se infiere claramente que es un trozo desglosado de una larga traducción de los *Viajes del coronel Grodekoff por el Asia Central*, traducción que a petición mía hizo H. P. B. para el *Pioneer*, órgano del Gobierno británico, que yo a la sazón dirigía. No quiero demorar la aparición de este folleto en espera de recibir de la India las fechas exactas en que aparecieron en dicho periódico la serie de artículos de Grodekoff. Duraron ellos algunas semanas y debieron publicarse hacia 1880. Si Hodgson hubiese interrogado acerca de ello a los impresores del *Pioneer*, acaso encontrara, de conservarse los originales, centenares de cuartillas de la señora H. P. B., así repletas de la más ardiente anglofobia. Lo más probable parece, pues, es el que aquel fragmento de que tan orgulloso se muestra Hodgson fuese una cuartilla extraviada de dicha traducción, y más divertido aun hubiera sido el que la sustrajeran de algunas otras traducciones hechas por H. P. B., según sé de cierto, para el Ministerio de Negocios Extranjeros de la India durante una de sus visitas a Simla, cuando trabó conocimiento con algunos funcionarios de dicho departamento, quienes le encargaron varios trabajos literarios. Me atrevo a pensar, por tanto, que si la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no hubiese sabido que H. P. B. andaba escasa de recursos para querellarse ante los costosos tribunales de la justicia británica, recelosa siempre contra los misterios psíquicos, se hubiera mirado mucho antes de acusarla en un documento público de infamante conducta; conducta que, de ser cierta, le habría convertido en un enemigo político de su país adoptivo y en objeto de desprecio para las gentes honradas. Hubieran temido que H. P. B. se querellase contra las insidias del ponente de la Comisión,

puesto en la desesperada necesidad de cohonestar unas conclusiones que, sin su pedantesco amaño, resultarían increíbles."

"En la información contra H. P. B., como en el famoso proceso contra Dreyfus, que tan justamente alarmó a la opinión francesa de hace unos años —añaden los teósofos ginebrinos presididos por la Condesa Marta Proza en la valiente protesta que publicaron en 1901 contra las consabidas calumnias de las que llevamos hecha mención—, tropezamos con peritos calígrafos que se desmienten a sí mismos y que cambian de opinión al tenor de las sugestiones de que son objeto. Mr. Hodgson, además, tiene declarado, con posterioridad a aquellos tiempos de su informe, que si dicha información tuviese que repetirla la haría de manera bien distinta a como antes la había hecho. La Teosofía, por otra parte, ha existido muchos siglos antes de nacer H. P. B., aunque otra cosa pretendan hacernos creer los que atribuyen a esta última 'la invención o la maternidad' de aquélla, ignorancia que un simple diccionario histórico consultado a tiempo habría bastado para disipar. Del mismo modo, y se piense lo que se piense acerca de H. P. B., la teosofía seguirá existiendo después de ella como sin ella. El propio Hodgson, que aunque injusto con las personas sabe separarlas de las doctrinas con bastante más seriedad que los detractores ulteriores, manifiesta en su informe que nada tiene él personalmente contra la Teosofía, a condición de que ésta sea sacada de otras fuentes distintas de las de H. P. B. Por supuesto, la autoridad de las enseñanzas que nos han sido transmitidas por esta última es grandísima para nosotros porque proceden de un gran espíritu y de un alma generosa; pero H. P. B. no es la fuente de la antiquísima sabiduría cuyos arcanos ella ha descubierto en nuestros días. Semejante Sabiduría primitiva es la llamada *Brahma Vidya* o *Gupta Vidya* por los hindúes, y de cuyo término es traducción literal al griego la palabra Teosofía, palabra que, adoptada por los neoplatónicos en los primeros tiempos del cristianismo, sirvió más tarde para designar las ideas de Thomas Moore, Paracelso, Weigel, Eckhart, Jacobo Boehme, Swedenborg, Saint Martín y Saint Germain. Hace doce años precisamente, el sabio Burnouf, con simpatía bien acentuada, mostraba esta corriente de pensamiento atravesando las edades para venir a parar en nuestros días en el movimiento de que H. P. B. se había constituido defensora ardiente y decidida. Nosotros, además, nos hemos asociado a este movimiento porque él emancipa nuestros pensamientos de los límites estrechos que tratan de imponerle las sectas religiosas y científicas; porque da él a nuestras almas un vuelo que la tiranía de los dogmas se propone en vano abatir; porque él nos hace más libres, más religiosos y mejores; porque él, en fin, no nos arranca ninguna creencia que nos sea querida, exigiéndonos tan sólo que profundicemos en cada una de ellas y prometiéndonos que, al obrar así, acabaremos por reconocer que todas estas creencias son idénticas, pudiendo llegar por ellas a la verdadera fraternidad.

"Deseando de todo corazón llegar a este fin, que es el más grande que conocemos; resueltos a huir de todo lo que separa y a buscar todo lo que une, hemos llegado a la Teosofía como han llegado otros hombres más esclarecidos que nosotros, tales como William Crookes, Pierre Loti, Jean Dampt y muchos más, hombres lo bastante elevados para no dete-

nerse en su camino por el orgullo, y bastante fuertes para no temer el estudio de la que otros más débiles afectan mirar con desdén. A este estudio queremos consagrar todas nuestras fuerzas, y a él convidamos a nuestros adversarios de hoy, los cuales, por más violentos que parezcan, quizá sean nuestros hermanos del mañana. Este es el único efecto que deseamos producir."

Capítulo XXV

LA VÍCTIMA Y SUS SACRIFICADORES

Como dice un sabio escritor, los enemigos de H. P. B. pueden dividirse en dos categorías: enemigos personales y enemigos de sus enseñanzas. Entre los primeros, los peores eran los misioneros anglicanos residentes en la India, y cuya influencia fue destruida por sus esfuerzos, encaminados a unir en un esotericismo general todas las creencias arias y en buscar el origen de todas las religiones en *una* fuente divina. Además de los misioneros, tenía también formidables enemigos entre los espiritistas ortodoxos, cuyas enseñanzas combatió y minó con su acostumbrada diafanidad en numerosos artículos y conversaciones. También contaba con no pocos enemigos personales entre los ingleses de la India, quienes no podían perdonarla el que prefiriese a la compañía de ellos la de los pobres y despreciados hindúes. Además, todos cuantos se acercaban a ella con el deseo egoísta de adquirir conocimientos ocultos y el don de obrar "maravillas", así que no conseguían nada, se convertían en sus enemigos. El resultado de todo esto se vio y tocó por desgracia en los bien conocidos casos de Coulomb, Patterson y Hodgson que estamos relatando y que, en el fondo, son uno mismo, a saber: un formidable ataque de las Fuerzas del Mal oponiéndose desde el primer momento a la marcha triunfal del Ideal teosófico [1]. Por eso dice Olcott:

[1] El hecho mismo de haber resistido la S. T. a los efectos de la conspiración tramada por Patterson, Coulomb y Hodgson debiera haber sido prueba suficiente de que aquélla no se encontraba abandonada a sí misma en modo alguno. Vacilantes en sus creencias, decían los pusilánimes: "Si los Maestros son tales Mahatmas, ¿por qué consienten semejantes cosas, o por qué no emplearon sus poderes en destruir esa trama o conspiración y aun a tal o cual hombre o mujer promovedores de ella?, a lo que Olcott opone:

"Innumerables veces se ha dicho, sin embargo, que ningún adepto perteneciente al Sendero de la Derecha intentará intervenir jamás en los siempre justos decretos o efectos del Karma o La Ley. Ni aun los yoguis más poderosos y elevados pueden desviar la marcha del Karma o suspender los naturales resultados de los actos sino por un breve período de tiempo, y aun en semejante caso, los resultados aquellos reaparecerán más tarde con centuplicada fuerza, porque tal es la ley oculta del Karma y de los Nidanas (las causas o gérmenes de todo cuanto en el mundo es). Nuestro Moksha, Nirvana o Liberación final la hemos de obtener sólo merced a nuestros

"Míster Hodgson, para poder de algún modo prescindir de la altura moral que supone en H. P. B. el haber consagrado su vida a una pura idea filantrópica, haciendo en aras de ella manifiesto sacrificio de todas las consideraciones que suelen ser motivos de acción en el género humano, se vio precisado a sugerir que era ella un agente político de Rusia, para fomentar en el país la deslealtad hacia el Gobierno británico. Poco importó a Mr. Hodgson el que ella hubiese hecho en la India todo lo con-

---

propios méritos y no con el auxilio de Deva ni Gurú o Maestro alguno dispuesto a ocultar nuestros errores. En haber sido criado un Dios o un Deva inmaculado no hay mérito propio alguno, pero la bienaventuranza eterna del Moksha espera al final a aquel que se convierta en un dios y aun en la Deidad misma por sus esfuerzos personales. Al Karma, y no a Maestro alguno, corresponde la misión de castigar al culpable. Mas aquellos que siguen sus enseñanzas y viven la vida, de la que son los Maestros los mejores ejemplos, no se verán abandonados por Ellos, y contarán con su auxilio siempre que lo necesiten, sea manifestándose de este modo visible o invisible. Estas palabras se dirigen, por supuesto, a aquellos que no han perdido aun la fe en los Maestros; los que nunca creyeron en Ellos son muy dueños de conservar sus propias opiniones. Ellos quizá, y nadie más, tocarán las consecuencias. H. P. B. misma decía:

"El hecho concreto es el siguiente: en la posición en que hoy me hallo, los términos medios son lo peor. O se ha de creer enteramente en mí, o no. Pero los que en mí no crean es inútil el que soliciten mi auxilio. Aquí, en Europa, como en América, son muchos los que no han desertado de la causa de la Teosofia, y la difusión de la Teosofia y de la S. T. ha sido, en consecuencia, extraordinaria. La principal razón de ello es que, animada por el celo de cierto número de miembros, siempre creciente; por su lealtad a la Causa y a quienes la inspiran, me fue posible el crear una Sección Esotérica, en la que puedo enseñar algo de lo que he aprendido a aquellos que confían en mí y que demuestran esa confianza con su trabajo desinteresado en favor tanto de la una como de la otra. Me propongo, por lo tanto, dedicar en adelante mi vida y energía a la Sección Esotérica y a la enseñanza de las doctrinas representadas por aquellos cuya confianza poseo. Inútil sería perder el poco tiempo que de vida me queda en justificarme ante aquellos que no abrigan la seguridad de la existencia real de los Maestros, sólo porque no comprendiéndome, les conviene sospechar de mí.

"Los términos medios, repito, ya no son posibles: yo, o he manifestado la verdad tal como la conozco acerca de los Maestros, y enseño lo que de Ellos he aprendido, o bien he inventado, tanto de los Maestros cuanto de la Filosofía Esotérica. Una convicción que se desvanece cuando la personalidad que la mantiene no está presente no es convicción alguna. Sépase, además, que *sólo* a la Sección Esotérica puedo ofrecer nuevas pruebas y enseñanzas, y esto por la razón siguiente: sus miembros son los únicos a quienes tengo el derecho de expulsar, por deslealtad manifiesta y quebrantamiento de promesa (hecha, no a mí, H. P. B., sino a su Yo Superior y al aspecto Mahátmico de los Maestros), privilegio que no puedo ejercer respecto a los miembros de la S. T. en general, único medio, sin embargo, de cortar la rama podrida de un árbol sano, salvando así a éste de la infección. Sólo puedo cuidarme de aquellos en quienes ni la calumnia, ni la burla, la suspicacia o la crítica, vengan de donde vinieren, consiguen hacer mella.

"Téngase entendido, por tanto, que sólo a aquellos que creen en los Maestros y están dispuestos a trabajar por la Teosofía, según su leal saber y entender, y por la S. T. sobre la base en que fue establecida en su origen por los Maestros, está dedicado el resto de mi vida. Siendo así, mis hermanos hindúes desean real y sinceramente la regeneración de la India, si aspiran a volver a aquellos días en que los Maestros, durante las épocas de la antigua India, vivían libremente entre ellos, dirigiendo y enseñando al pueblo, que desechen entonces todo temor y vacilación y vuelvan otra hoja en la historia del movimiento teosófico. Agrúpense valientemente en derredor del Presidente, esté yo o no en la India, así como en derredor de aquellos verdaderos teosofistas que han permanecido siempre leales, desafiando todas las calumnias y a todos los ambiciosos descontentos, tanto fuera como dentro de la S. T."

trario, asegurando a los indígenas verbalmente o por escrito, en reuniones públicas y en cartas que podemos mostrar, que, a pesar de todos sus defectos, el Gobierno británico es el mejor, cuando no el único posible para la India en las actuales circunstancias, y que el de Rusia sería infinitamente peor. Poco le importó también a aquél el que la vida de H. P. B. haya transcurrido a la faz de todo el mundo, casi hasta el ridículo desde el día en que pisó en la India; que todas sus energías y su trabajo todo hayan sido consagrados a la causa teosófica; que el propio Gobierno de la India, después de haber examinado atentamente la cuestión por medio de sus agentes policíacos, abandonase al fin todo motivo de sospecha. Para Hodgson nada significó, por lo que se ve, la risa que provocara lo absurdo de su hipótesis en cuantos han tratado durante algún tiempo a H. P. B., pues que únicamente se preocupó, por medio de su guía y consejera madame Coulomb, de apoderarse de un fragmento de papel escrito por H. P. B. hacía varios años y que se refiere a la política rusa, como formando parte de un argumento en favor del avance ruso en el Asia Central. Esto le bastó, en efecto, al lamentable investigador para lanzar en su informe su escandalosa insinuación contra la integridad de su autora. Pero semejante papel no es sino un pequeño fragmento del borrador de una larga traducción de los *Viajes por el Asia Central*, si no recuerdo mal el título, del coronel Grodekoff, borrador que H. P. B. hizo a petición mía para *The Pioneer*, órgano del Gobierno anglohindú, que por aquella época se publicaba bajo mi dirección, tanto que muy en breve publicaré el folleto entero, así que escriba a la India para saber con exactitud la fecha de publicación en el *Pioneer* de aquellos artículos de Grodekoff, aunque recuerdo ha sido hacia 1880. Si el Sr. Hodgson quiere salir de la duda, que escriba a los editores de aquel periódico por si conservan el manuscrito de aquella traducción del ruso al inglés, que constaba de varios cientos de cuartillas de letra de H. P. B. y llenas de la anglofobia más ardiente. El fragmento así desgajado de su texto de referencia era una página rechazada o desechada de dicha traducción, y también es posible que él pertenezca a alguna de las varias traducciones rusas que hizo H. P. B. para el Ministerio de Relaciones Exteriores de la India, durante una de sus visitas a Simla, donde entró en relación con ciertos funcionarios de dicho Centro quienes la emplearon en tales trabajos de traducción.

El "informe" de Hodgson fue presentado a un Comité compuesto por los señores E. Gurney, F. W. H. Myers, F. Podmore, H. Sidgwich y J. H. Stack, quienes en 24 de junio de 1885 acordaron aceptar las conclusiones de aquél. Dicho "informe" fue, pues, publicado en el número de diciembre de los *Anales de la Sociedad de Investigaciones psíquicas de Londres* y Mr. Sinnett protesta con energía la manifiesta injusticia cometida por el referido Comité.

"Considero, dice, a los miembros antes enumerados de la S. R. P. mucho más dignos de censura por su ligereza en adoptar de plano el tal 'informe', con que les ha engañado Mr. Hodgson, que éste mismo al formularle. Ellos, por sí, eran incapaces de profundizar en los asuntos al que se refería. Mucho más noble y hacedero les habría sido el llamar a diversas personalidades de Londres, aptas para juzgar por su larga experiencia del

movimiento teosófico, y pedirles un 'contrainforme' *prima facie*, respecto del ataque que así se hacía contra la autenticidad de los fenómenos de H. P. B., antes de pronunciar sobre el conjunto de la acusación un juicio definitivo y destinado a grandísima publicidad. El Comité en cuestión nos ofrece con lo que hizo un ejemplo probablemente sin precedentes en los anales judiciales al rehusar el oír a la defensa so pretexto de que la requisitoria, hecha a espaldas del enjuiciado, era lo bastante convincente. Sus miembros, en efecto, incubaron en secreto el 'informe' de su agente; no consultaron a nadie que estuviera en situación de abrirles los ojos respecto de los defectuosísimos procedimientos del trabajo de Hodgson, y para concluir semejante investigación, demasiado clandestina, denunciaron como uno de los más notables impostores de la Historia a una dama tenida en la más alta estima por un número considerable de personas, en el que están comprendidos viejos amigos y aliados de un carácter caballeresco y una reputación sin mancha, quienes habían positivamente cambiado sus comodidades, intereses y posición social a cambio de largos años de lucha al servicio de la causa teosófica, en medio de burlas, calumnias y perjuicios de todo género."

"Míster Sinnett, sigue diciendo Annie Besant, en la parte que personalmente le concierne como personaje que figura también en el informe de Hodgson, habla con el mayor desdén de 'ese catálogo de menudas conjeturas reunidas por este último, abusando de la hospitalidad que le ofrecía el Cuartel General de la Sociedad Teosófica en Adyar, dejando al mismo tiempo suponer a los ingenuos representantes del movimiento teosófico en Madrás que, al abrir a su inspección sus corazones y sus anales, dándole el más libre acceso en sus departamentos y en sus diarios, llegarían a lograr persuadirle mejor de la sencillez y lealtad de sus vidas y le harían rechazar como inverosímil la idea de que penaban en la pobreza y en los sacrificios sin otro objetivo que el de propagar una vana ilusión y de engañar cruelmente a sus mejores amigos."

Inútil es el añadir que la publicación de los Anales de la S. R. P. levantó tal tempestad, que durante algún tiempo no pareció sino que la Sociedad Teosófica iba a perecer instantáneamente bajo semejante golpe. No sólo el mundo exterior, siempre más propicio a creer lo malo que lo bueno, acogió con excepcional alegría la idea de que las maravillas hiperfísicas de H. P. B. eran fraudulentas, sino que también muchos miembros de la Sociedad se separaron de esta última. H. P. B. escribía a este propósito: "Nuestros miembros, influenciados por Hodgson y por Hume, empiezan a perder o han perdido ya su confianza en los fundadores. Se han cometido, pues, faltas, dicen, que prueban que no estamos protegidos por los Mahatmas, como se pensó, y se designa como principal falta la de haber recibido y sostenido durante cinco años a los Coulomb. ¿Cómo han podido permitir esto los Mahatmas, sabiendo, como sabían, que eran unos bribones? ¿Dónde, pues, su previsión? Pero esto equivale a acusar a los primeros cristianos por haber creído en Cristo y en sus fenómenos, dado que conservó a Judas tres años entre sus discípulos, para ser traicionado por él y gracias a él crucificado. 'Alimentó hasta a la misma serpiente hambrienta, sin temer su mordedura', ha dicho el Señor Buddha. 'Ayuda a los espíritus hambrientos ('pisachas'); no rehúses jamás el dar hospitalidad a aquel que no tiene casa por temor de que no se te agradezca, robándote o asesinándote.' He aquí la política de los Mahatmas. El karma de los Coulomb les pertenece a los Coulomb y a nosotros el nuestro. Pese a quien pese, estoy dispuesta a comenzar de nuevo. Hay períodos de prueba para las Sociedades, como los hay para los individuos. Si estos últimos se han engañado respecto de los Mahatmas y su política, la falta es de ellos, no es nuestra. Los Maestros no intervienen en el karma."

"A los pocos días —dice Sinnett— algún indiscreto o malicioso le envió a H. P. B. una copia del famoso, o según los teósofos infame informe de Hodgson, publicado en las Actas de la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas*. La condesa escribió: 'Hemos tenido un día terrible y X. . . . (aquí un nombre familiar de H. P. B.) quería salir inmediatamente para Londres. La tranquilicé como pude y ha desahogado sus sentimientos en la adjunta carta.' "

Durante quince días, las tumultuosas emociones de H. P. B. no le permitieron adelantar en su obra. Su volcánico temperamento la hacía muy mala expositora de su causa, cualquiera que ésta fuese. Las cartas, memorándums y protestas en que durante aquella desdichada quincena consumió sus energías fueron casi todas de una índole muy poco a propósito para que un público frío y hostil comprendiera la verdad de los hechos, y, por tanto, no vale la pena de reproducirlas. La persuadí a que redactara una razonada y comedida protesta para insertarla en un folleto que publiqué a últimos de enero de 1886, y por lo demás, sólo unos cuantos de sus más íntimos amigos pudieron apreciar exactamente el vehemente furor de que se hallaba poseída. En los momentos de excitación su lenguaje hubiera inducido a un extraño a suponerla con sed de venganza para saciarla con sus enemigos si estuviese en su mano. Sin embargo, la media docena de amigos íntimos estaban seguros de que a pesar de toda la efervescencia de sus sentimientos, si sus enemigos hubieran estado realmente en su poder, su rabia contra ellos se hubiera desvanecido como una burbuja de jabón.

De todas las acusaciones lanzadas contra ella, aquella que hirió más el orgullo y dignidad de H. P. B. fue dicha alegación de Mr. Hodgson de que era un espía ruso, tanto que declaró en 1886 que si no se le permitía perseguirlo por calumnia, no volvería a la India, y, en efecto, no volvió allí jamás. Mr. Sinnett, quien permaneció valientemente de pie a su lado durante toda esta cruel borrasca, ha reproducido una protesta escrita por ella, en su folleto *The Occult World Phenomena*. Hela aquí:

"La Sociedad de Investigaciones Psíquicas acaba de publicar el 'informe' dirigido a uno de sus Comités por Mr. Hodgson, agente enviado a la India [2] para profundizar la naturaleza de ciertos fenómenos represen-

[2] Durante la mayor parte del tiempo que permaneció Hodgson en Madrás —dice Sinnett —estuvo H. P. B. enferma en cama, y tan grave que sus amigos y aun ella misma creyera que se moría. Su restablecimiento fue uno de los no menos sorprendentes fenómenos relacionados con al historia de su extraña vida. Ella por entonces me escribió en estos términos: "De nuevo me veo impelida a escribirle. He sacrificado mi honra y mi reputación, y para los pocos meses que me quedan de vida, no me preocupa lo que haya de ser de mí. Pero no puedo dejar la reputación del pobre Olcott bajo los ataques de Hume y de Hodgson, quienes de repente se han vuelto locos con sus hipótesis de fraude, hipótesis más fenomenal que los mismos fenómenos.

tados como habiendo tenido lugar en el Cuartel general de la S. T., en la India y en otras partes, y en cuya producción he estado directa o indirectamente mezclada. Este 'informe' me atribuye una conspiración con los Coulomb y con varios hindúes para imponerlas a la credulidad de diversas personas de mi Círculo por medios fraudulentos, y declara auténticas una serie de cartas que se dice fueron escritas por mí a Mme. Coulomb, con motivo de dicha pretendida conspiración, cartas que yo misma he declarado son, en gran parte, falsas. Hay, además, un hecho bien extraño: desde el momento en que ha empezado la investigación, o sea hace catorce meses, hasta hoy en que me veo declarada culpable por aquellos que se han constituido en mis jueces, nunca me ha sido permitido el ver esas cartas deprimentes. Llamo la atención de todo inglés imparcial sobre este hecho.

"Sin entrar ahora en un examen minucioso de los errores, de las inconsecuencias y de los pésimos razonamientos de esta 'Memoria', deseo dar la mayor publicidad posible a mi indignada y enérgica protesta contra las groseras salpicaduras de lodo con que me ha cubierto el Comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, a instigación del único investigador, incompetente y desleal, cuyas conclusiones han sido aceptadas por ellos, En todo el 'informe' no hay una sola acusación contra mí que pueda sostener la prueba de una investigación imparcial en el lugar mismo de los supuestos hechos y donde mis propias explicaciones podrían ser confirmadas por el examen de múltiples testigos. Ellas no han sido formuladas por nadie más que por el propio espíritu de Mr. Hodgson, y han sido ocultadas a mis amigos y colegas todo el tiempo que él permaneció en Madrás, abusando de la hospitalidad y de la ayuda que se le prestó sin reservas para sus investigaciones en el Cuartel general de la Sociedad, en Adyar, donde asumió la actitud de amigo, aun cuando ahora presente él como engañadoras y mentirosas a gentes con quienes ha estado en relación.

"Las acusaciones presentadas son sostenidas de un lado solamente por las pruebas reunidas por él, y cuando ha pasado el tiempo en que él mismo podía ser impugnado con pruebas contrarias y con argumentos que no podían darle su muy limitado conocimiento del asunto que él se ha propuesto insultar. Habiéndose constituido desde luego Mr. Hodgson en acusador y en ministerio público, y habiéndose dispensado de la defensa

---

Yo, y conmigo millares de teósofos, protestamos contra la manera como Hodgson realiza sus investigaciones. Sólo interroga a nuestros encarnizados enemigos, tan malvados como..., y al mostrarle algunas cartas por él recibidas, hace siete años, de los Estados Unidos, Hodgson copia de ellas algunos párrafos de los que le parecen más perjudiciales, y sobre ellos funda la hipótesis de que soy "una espía más"... Bien sabe usted cómo he tratado de conciliar a los indostanos con los ingleses, cómo hice cuanto en mi mano estuvo para convencerlos de que este Gobierno, por malo que les parezca, es el mejor que jamás pudieran tener. Desafío a que se encuentre ni un sólo hindú respetable y veraz que diga que pronuncié nunca ante ellos ni una palabra desleal. Y sin embargo, a causa de cierto documento que me hurtó..., y por otro cifrado que los misioneros le enseñaron, ha proclamado Hodgson públicamente que soy una espía rusa... Los misioneros se lo entregaron al comisario de Policía, los peritos lo examinaron, lo enviaron a Calculta, donde estuvo cinco meses, removieron cielo y tierra para descifrarlo, y ahora se rinden a la desesperación de la impotencia. Es uno de mis manuscritos en lengua zenzar. Lo sé con seguridad, porque me falta una de las páginas numeradas en mi libro."

en las transacciones complicadas que examinaba, me encuentra culpable de cuantas malas acciones me ha imputado en su calidad de juez, y declara que mi archiimpostura es un hecho establecido.

"El Comité de la S. R. P. no ha titubeado en aceptar en sustancia el juicio general así pronunciado por Mr. Hodgson, y me ha insultado públicamente al dar su opinión favorable a las conclusiones de su agente, opinión que únicamente reposa en el informe de ese solo comisionado.

"Doquiera se estimen en algo los principios de la lealtad y un generoso respeto a la reputación de las personas difamadas, creo que la conducta del Comité será mirada con sentimientos parecidos a la profunda indignación que yo siento. No dudo de que llegará día en que otros escritores demostrarán lo afectado y lo falso de la investigación de Mr. Hodgson, sus futilidades insidiosas, sus razonamientos contradictorios, su estudiado silencio de los hechos más importantes y su manifiesta incapacidad para ocuparse de problemas como aquellos que él ha tratado en vano de resolver. Muchos amigos que me conocen harto mejor que el Comité de la S. R. P. quedarán indiferentes ante las opiniones de esta Compañía y debo abandonar entre sus manos mi maltratadísima reputación.

"Pero hay un pasaje de ese monstruoso informe al cual debo responder. Dándose cuenta perfecta Hodgson de mi abnegación y sacrificio en pro de mi obra teosófica a cambio de la envidiable situación social que por ella dejé en mi país, ha tenido la villanía de deslizar la suposición de que soy un agente político en favor de Rusia y que he inventado un falso movimiento religioso para minar al Gobierno británico en la India (!). Para dar algún viso de verosimilitud a su hipótesis se ha proporcionado, mediante Mme. Coulomb, un viejo fragmento de escrito de mi puño y letra, que no es sino un pasaje de una traducción que hice en otro tiempo para el periódico *The Pioneer*, según ciertos viajes rusos en el Asia Central, y los señores de la S. R. P. no se han avergonzado de publicar esta peregrina teoría. Hace cerca de ocho años que me hice naturalizar como ciudadana de los Estados Unidos, lo que me ha hecho perder todo derecho a la pensión anual de 5000 rublos que podía seguir disfrutando como viuda de un alto funcionario ruso, y constantemente he alzado mi voz en la India para decir a mis amigos indígenas que si malo me parece el Gobierno inglés bajo ciertos aspectos, a causa de su falta de simpatía en el país, el Gobierno ruso sería mil veces peor, según tengo escrito también a mis dichos amigos antes de salir de América para la India en 1873. Por otra parte, cualquiera que esté informado de mis tareas, mis hábitos y la vida tan a la luz del día que he llevado en la India, sabe que no tengo gusto ni inclinación por ninguna clase de política, puesto que todas me son igualmente antipáticas hasta la exageración. El Gobierno de la India, quien a mi llegada al país creyó fuese una espía rusa por el sólo hecho de haber nacido en este país, no tardó en abandonar su inútil espionaje, y desde entonces no ha vuelto a tener la menor sospecha de mí. En presencia, pues, de semejantes hechos, la teoría del espionaje ruso que míster Hodgson ha resucitado así de la tumba en que yacía desde hace años, bajo el ridículo, no servirá sino para hacer todavía más extravagantes y más necias sus conclusiones respecto de mí que lo que sin eso habrían sido en la estimación de mis amigos y de cuantos me conocen a fondo. Mi-

rando este supuesto carácter de espía con la repugnancia que sólo puede sentir un ruso *que no lo es*, siento la impulsión irresistible de repudiar la vana e infame calumnia de Hodgson con un desprecio todavía más concentrado que aquel que creo merece igualmente el Comité de la Sociedad a la que él sirve. Al así adoptar sus absurdos en conjunto, este grupo demuestra que está compuesto de personas todavía menos aptas para explorar los misterios de los fenómenos psíquicos, personas que yo no hubiese creído que se pudieran encontrar entre los hombres educados de Inglaterra, en la época actual, y después de cuanto se ha escrito y publicado sobre el asunto en estos años últimos.

"Míster Hodgson sabe muy bien, y sin duda el Comité comparte esta convicción, que él está a cubierto de mis demandas por difamación, porque carezco del dinero necesario para emprender un procedimiento costoso (habiendo dado cuanto tenía a la causa que sirvo), y también porque mi reclamación envolvería un examen de los misterios psíquicos, de los cuales no se puede ocupar legalmente un tribunal de Justicia, y, en fin, porque hay preguntas a las cuales me he comprometido solemnemente no responder jamás. Una investigación legal sobre tales calumnias acarrearía inevitablemente estas preguntas, y mi silencio o negativa a contestar a aquéllas sería interpretado hasta como desprecio hacia el tribunal. Este estado de cosas explica el ataque desvergonzado hecho contra una mujer indefensa, y la inanición a la que frente a semejante ataque me veo reducida."

"H. P. B. —sigue diciendo Sinnett— incluyó en mi folleto una protesta en su propio nombre, y dice así: 'La Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha publicado el informe presentado a una de sus comisiones por el Sr. Hodgson. Dicho informe me imputa una conspiración con los Coulomb y otros varios hindúes para abusar de la credulidad de las gentes por medio de fraudulentos artificios y declara auténtica una serie de cartas que se suponen escritas por mí a la Sra. Coulomb, referentes a la tal conspiración hipotética, aunque ya declaré que estaban en su mayor parte amañadas. Por muy extraño que parezca, he de consignar como muy cierto que desde el principio de la investigación, hace catorce meses, hasta hoy, en que me veo declarada culpable por quienes se han erigido en mis jueces, no se me ha permitido nunca ver esas acusadoras cartas. Llamo la atención de todos los ingleses honrados y de claro criterio hacia este particular [3].

"Sin proceder al minucioso examen de los errores, contradicciones y sofismas de dicho informe, quiero hacer tan pública como sea posible mi indignada y vehemente protesta contra las groseras calumnias arrojadas sobre mí por la Comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, a instigación del lego, incompetente e injusto investigador cuyas conclusiones ha aceptado. No hay en todo el informe inculpación alguna contra mí capaz de resistir la prueba de una imparcial investigación en el lugar de los hechos, donde mis explicaciones pudieran quedar comprobadas por el examen de los testigos. Los cargos han nacido en la mente del Sr. Hodgson, y sustraídos al conocimiento de mis amigos y colegas, mientras estuvo en Madrás abusando de la hospitalidad y del auxilio que se le prestó

[3] La visita de H. P. B. a Europa —dice Sinnett— terminó con un lamentable incidente que acarreó las más tristes consecuencias. La revista *Christian College Magazine*, órgano de los misioneros anglicanos de Madrás, publicó una serie de cartas dando a entender que las había escrito aquélla a la señora Coulomb. Conviene recordar que ésta y su marido habían tenido en otro tiempo un hotel en El Cairo, donde por su mal se hospedara H. P. B. por los días de su fracasada Sociedad espiritista. Años después, el dicho matrimonio llegó a la India en la más absoluta indigencia, y H. P. B. los acogió hospitalariamente en Bombay, hasta que la Coulomb se quedó en la casa como ama de llaves, a cambio de la manutención y alojamiento de ella y de su marido, quien estuvo largo tiempo en expectación de trabajo. No estipularon contrato alguno explícito, pero continuóse así, y, andando el tiempo, cambiaron los sentimientos de la Coulomb en términos tales, que proporcionó al director de aquella revista las cartas aparentemente dirigidas a ella por H. P. B., cartas de las cuales —si no fuesen apócrifas— se infería que se había valido de la complicidad del matrimonio Coulomb para una larga serie de fenómenos fraudulentos. Cuando se recibió en Europa la revista con las cartas, H. P. B. dirigió a *The Times* la epístola siguiente, publicada en el número del 9 de octubre: "Señor: Con referencia a la falsa afirmación de una deshonrosa complicidad entre la que suscribe y el matrimonio Coulomb para engañar al público con ocultos fenómenos, debo decir que no son mías, en modo alguno, las cartas que se me atribuyen. Hay frases aquí y allá tomadas de antiguas notas mías sobre diversas materias, pero entremezcladas con interpolaciones que pervierten enteramente su significado. Aparte de esto, todas las letras son una ficción. Los amañadores de ello ignoran profundamente las cosas de la India, pues me hacen hablar de un 'Maharajah de Lahore', cuando hasta los chiquillos de la escuela saben en la India que no existe tal persona. Respecto a la insinuación de que intenté allegar fondos para la S. T. por medio de ocultos fenómenos, digo que jamás recibí ni traté de recibir de nadie un céntimo para la Sociedad ni para mí; desafío a quienquiera a que me demuestre lo contrario. El dinero que he recibido lo he ganado con mis obras literarias, y estas ganancias, con lo que me quedaba de mi herencia, al ir a la India lo destiné a la S. T., por lo que hoy soy más pobre que cuando fundé con otros esta Sociedad."

En la misma fecha publicó *The Times* la siguiente carta del Sr. St. George Lane Fox:

"Señor: En *The Times* del 20 y 29 de septiembre apareció un telegrama del corresponsal de ese periódico en Calcuta referente a la Sociedad Teosófica. Como acabo de regresar de la India y soy miembro del Consejo encargado de administrar la Sociedad en ausencia de los señores Olcott y Blavatsky, espero me concederá usted un lugar en sus columnas, para añadir unas cuantas palabras a las noticias publicadas. En primer lugar, el matrimonio Coulomb, que en unión de ciertos misioneros tratan ahora de desacreditar a la S. T., eran los conserjes de la Resistencia central de la Sociedad en Adyar, y la Junta de gobierno los despidió en vista de su incorrecto proceder, pues siempre andaban sonsacando dinero a los socios. Entre tanto, habían armado trampas y escondrijos en las habitaciones particulares de la señora Blavatsky, quien, indiscretamente, les había confiado la guarda. Respecto a las cartas atribuidas a ésta y publicadas en un periódico que se titula cristiano, yo, y cuantos estamos enterados de las circunstancias del caso, tenemos la seguridad de que no las escribió la señora Blavatsky. Por mi parte no doy importancia a este nuevo escándalo, porque no creo que cause el más leve perjuicio a la verdadera causa teosófica. El movimiento teosófico está ya muy bien impulsado, y debe ir adelante a despecho de todo obstáculo. Ya son, no cientos, sino millares los que se han incorporado a él para convencerse de que la pureza de conducta es conveniente por razones científicas y no por las meramente sentimentales, y que son necesarias la honradez de propósito y la actividad inegoísta para el verdadero progreso humano y para el logro de la positiva felicidad."

Trescientos estudiantes indígenas de Madrás protestaron de la publicación de las cartas apócrifas en el siguiente mensaje que depositaron en manos de H. P. B. al regresar a la India: "Al tributaros este cordialísimo recibimiento a vuestro regreso de Occidente, donde habéis llevado a cabo con éxito varias campañas intelectuales, sabe-

en la Residencia central teosófica de Adyar, en donde se presentó como amigo, aunque ahora acusa de estafadores y embusteros a los mismos con quienes estuvo asociado. Apoya las inculpaciones en testimonios por él recogidos sin oír más que a una de las partes, y cuando ya no es tiempo de confrontarlos con los de la parte contraria y con argumentos que su limitado conocimiento del asunto desdeñó. Hodgson se ha constituido a la par en fiscal y defensor en su primera instancia, acusándome de archi-impostora sin recibir mis declaraciones.

"La Comisión de la Sociedad no ha vacilado en aceptar el informe del Sr. Hodgson, insultándome públicamente con ello, sin otras pruebas que las del informe de su agente. Doquiera rijan los principios de honradez y justicia con que se ha de mirar la reputación de las personas calumniadas, creo que se conceptuará la conducta de los comisionados con un sentimiento parecido a la profunda indignación de mi ánimo. No me cabe duda de que no faltará quien señale las artificiosas y equivocadas investigaciones del Sr. Hodgson; su afectada exactitud, que malgasta infinita paciencia en fruslerías y no advierte hechos importantes; sus contradicciones e incapacidad para tratar problemas como los que intenta resolver. A muchos amigos que me conocen mejor que la Comisión no les harán mella las opiniones de esta corporación, y en sus manos dejo mi maltratadísima reputación. Pero por lo menos debo protestar personalmente contra un punto de tan monstruoso informe. Convencido el Sr. Hodgson de que sus conclusiones eran absurdas, sin un motivo que explicase mi vitalicia devoción a la obra teosófica, con sacrificio de mi posición social en Rusia, ha sido lo bastante ruín para suponer que soy una espía rusa y que he promovido un artificial movimiento religioso con objeto de socavar en la India el Gobierno británico. Valióse para cohonestar esta hipótesis de un trozo de manuscrito mío, que le proporcionó la Sra. Coulomb, pero sin echar de ver que era un fragmento de una antigua traducción que de unos viajes por el Asia Central hice para el *Pioneer*. En esto se fundan las acusaciones lanzadas por el Sr. Hodgson en su informe, que los caba-

mos que sólo os expresamos débilmente la deuda inmensa de eterna gratitud que con vos tiene contraída la India.

"Habéis dedicado vuestra vida al desinteresado servicio de difundir las verdades de la filosofía oculta. Con vuestra maravillosa obra *Isis sin Velo* habéis arrojado torrentes de luz sobre los sagrados misterios de nuestra antiquísima religión y nuestras filosofías. Vuestra labor ha inducido a nuestro amado coronel a emprender la gigantesca y amorosa obra de reavivar en los altares de Aryavarta las mortecinas llamas de la religión y la espiritualidad.

"Mientras con todo vuestro corazón y toda vuestra alma habéis estado empeñada en proclamar la eterna Verdad por la cuarta parte del globo, vuestros enemigos de acá no han permanecido ociosos. Aludimos a los recientes escandalosos sucesos de Madrás, en los cuales unos criados despedidos se han portado arteramente. Aunque miramos semejantes futilidades con la desdeñosa indignación que merecen, queremos atestiguar que nuestra admiración y afecto, ganados por vuestra elevación de ánimo, nobleza de aspiraciones y sacrificios hechos, están demasiado arraigados para que puedan conmoverlos los rudos soplos del despecho, la calumnia y el rencor, que, sin embargo, no son infrecuentes en la historia de la Teosofía. ¡Que los venerados Maestros cuyo corazón rebosa de amor a la Humanidad continúen ayudándoos a vos y a nuestro estimado coronel en el descubrimiento y difusión de la Verdad! Tal es, reverenciada y querida Señora, la más ferviente súplica de vuestros afectísimos servidores. —*Los estudiantes de los colegios de Madrás.*"

lleros de la Sociedad de investigaciones psíquicas no han tenido vergüenza en publicar.

"Las conclusiones del informe, apoyadas por la hipótesis de que soy una espía rusa, resultan todavía más estúpidas a los ojos de quienes verdaderamente me conocen, al considerar que desde hace ocho años estoy naturalizada en los Estados Unidos, con pérdida de la pensión de cinco mil rublos anuales a que tenía derecho, como viuda de un general; que invariablemente he manifestado a los hindúes quejosos que por malo y antipático que fuese el Gobierno británico, sería mil veces peor la dominación rusa; que en este sentido escribí varias cartas a mis amigos de la India antes de salir de los Estados Unidos, en 1879; que todos cuantos conocen mis propósitos y mis costumbres y mi diáfana conducta en la India saben de sobra que me repugna profundamente la política; que cuando fui por vez primera a la India, era entonces rusa, y el Gobierno del país me supuso espía; pero muy luego se convenció de lo contrario, desistiendo de vigilarme, sin que desde entonces, que yo sepa, haya vuelto a sospechar de mí. Pero considerando el carácter de una espía con la repugnancia que sólo puede sentir un ruso que no lo sea, me veo irresistiblemente impelida a rechazar la infame y torpe calumnia del Sr. Hodgson con todo el desprecio que sus procedimientos de investigación han de merecer a las gentes sensatas y que igualmente merece la Comisión de la Sociedad a cuyo servicio ha estado. Los individuos de esta Comisión, al hacerse solidarios de los errores de su ponente, han demostrado ser mucho más incapaces para indagar el misterio de los fenómenos psíquicos, de los que yo creía que era posible hallar entre las personas cultas de Inglaterra. El señor Hodgson sabe, y la Comisión comparte, sin duda, su conocimiento, que no me he de querellar contra él por difamación, injuria y calumnia, pues he dado cuanto poseía a la causa que sirvo y carezco de recursos para entablar un costoso proceso. Además, mi vindicación traería aparejado el examen de los misterios psíquicos que no pueden ser objeto de ostentación ante un tribunal, y por otra parte hay preguntas a las cuales he jurado solemnemente no responder, y como en la vista del proceso habían de formulármelas, mi silencio se interpretaría como 'menosprecio del tribunal'. Todas estas circunstancias explican el desvergonzado ataque contra una mujer indefensa y la inacción a que frente a él estoy tan cruelmente condenada. —Firmado H. P. Blavatsky.— 14 de enero de 1886."

Complemento de esta defensa es la siguiente carta que el gran escritor inglés que se oculta bajo las iniciales de N. D. K. publicara de H. P. B.:

Adyar, marzo de 1885:

"Hablemos de nuestros Maestros. Soy inocente de todos los fenómenos ocurridos en el relicario y de muchísimos de aquellos tan notables que tuvieron lugar fuera del mismo. Ni siquiera fueron producidos por mediación mía, como cree la gente, sino simplemente a ruego mío por los Chelas de los Mahatmas y con permiso suyo. Muchos de aquéllos fueron sencillamente producidos por X. . ., y otros por Dj. . . K. . ., no teniendo participación alguna en ellos los Mahatmas. Nuestros asociados no tienen la

menor idea de las leyes del Ocultismo, y aquellos para quienes ya no son los Maestros unos seres de tres mil años de edad, encaramados en los árboles y envueltos en su larga cabellera, quejándose a gritos a cada calamidad pública o natural, los consideran como *Dioses Omnipotentes e infalibles.*

Jamás los Maestros se han comprometido a dirigir y administrar a la S. T., sino simplemente a aconsejar a los fundadores de ella en cuestiones y asuntos respecto de los cuales éstos se hubiesen visto en la imposibilidad de decidir por sí solos. ¡Soberbia idea la de que a un hombre joven y sano (Damodar) se le fuese a ocurrir el renunciar a su fortuna, a su casta y a todo lo de este mundo, por el mero placer de ayudar a una estafadora, así como a *dirigirse a sí mismo cartas falsificadas*! Tal aserción corre pareja con aquella otra de que yo, que acabo de renunciar a un contrato por el que se me ofrecían cuarenta mil francos anuales (a condición de permanecer en Europa y de escribir exclusivamente en los diarios de Katkof), para volver a la India, donde me habían de apedrear y cubrir de lodo, como me sucede ahora, he engañado y estafado a todo el mundo inventando Mahatmas y fenómenos *por el único placer de engañar*; porque desafío al Universo entero a que demuestre que yo haya ganado un solo céntimo con esto.

Puedo probar con hechos y cartas que me hubiese sido fácil crearme buenas rentas con sólo escribir para los periódicos rusos y ocuparme de trabajos literarios en general. En cuanto a la fama, ¡líbreme el cielo de fama semejante! Mi fama como escritora está en Rusia y en Inglaterra, si yo aspirase a ella. En cambio he preferido un trabajo no remunerador, una labor la más ingrata y dura, unida a la maledicencia y a la calumnia incesante, inspirada por el amor y la fidelidad a los Maestros y a su país, y les he servido lealmente lo mejor que he sabido. *Ellos* lo conocen, aunque otros lo ignoren.

Digo, además, que más hubiese valido que las gentes no hubiesen tenido jamás una fe ciega e irracional en los Mahatmas, sino que hubiesen desarrollado un poco más de fe en el poder de su propio raciocinio, y entonces hubiesen visto, sin el auxilio de fenómeno apócrifo alguno, que si *no* hubiese habido Mahatmas (o alguien detrás de mí e inmensamente más alto e inteligente que yo), no existiría *Isis sin Velo*, ni doctrina esotérica alguna reconocida por Hodgson[4] mismo como el sistema más elevado y filosófico de todos cuantos existen. Si las pretendidas 'cartas de H. P. B.' en el *Christian College Magazine* son auténticas, yo soy una farsante y la única autora de *Isis*, de cuantas cartas aparecen escritas por los Mahatmas y dirigidas a Herme y a Sinnett, como asimismo de los mejores artículos del *The Theosophist*, en cuyo caso, H. P. B. sería ella misma un Mahatma. 'Farsanta' o 'Mahatma', hay una cosa cierta, y es que he cumplido con mi deber hacia los Maestros y hacia los hindúes."

[4] Cuando en diciembre de 1884 se encontraba Mr. Hodgson en Adyar, aparentaba éste una grandísima admiración por los escritos de H. P. B. Le convino después, no obstante, cambiar de actitud cuando se lanzó en contra de ella en su Memoria.

Capítulo XXVI

CONSECUENCIAS DE UNA CALUMNIA

Continuando con las cartas comenzadas en el capítulo anterior[1], nos encontramos con estas otras de Helena no menos notables:

Wurzburg, mayo, 1886:

"No me importan esas censuras, precisamente porque son inmerecidas. Thiers, ante ciertas injurias lanzadas contra él, solía compararse a un paraguas viejo sobre el que durante cincuenta años no había cesado de llover. Parafraseando a aquél, yo diré que también soy un antiguo paraguas, ya que aguas sucias y basuras de todo género han caído sobre mí durante más de veinte años, y poco me pueden importar ya unas gotas más o menos. ¡Aviada estoy, en verdad, entre los jesuítas, los protestantes y la imbécil Sociedad de Investigaciones Psíquicas, con el 'simpático' Hodgson desempeñando el papel de esbirro de todos ellos!

Sin embargo, me dirige usted cargos acerca de que oculto a todos los secretos referentes a los Mahatmas. Si cortándome la lengua pudiese borrar cada palabra de verdad pronunciada por mí acerca de los Santos Maestros, en el acto me volvería muda para siempre. Cuanto autorizadamente podía decir acerca de Ellos, y muchos más, lo he dicho, y ahora sufro por haber profanado Su nombre y las sagradas cosas procedentes de Ellos. Por haber amado demasiado la Causa teosófica he pecado de indiscreta, en mi deseo de servirla, y he expuesto *aquello* que jamás debí pronunciar.

[1] Por los días de dichas cartas y cuando ya la Sociedad de I. P. se había pronunciado francamente en contra de Helena por sus supuestas cartas a la Coulomb y las no menos supuestas manifestaciones de los Mahatmas, H. P. B. me escribía: "Ni amigos ni enemigos; ni por confianza o amistad, ni por enemistad ni por desconfianza, se conocerá jamás la verdad completa... La única diferencia entre las inculpaciones que ahora me hacen Coulomb, Patterson y Hongson y las anteriores al escándalo de Adyar es que entonces los periódicos se limitaban a 'insinuar' lo mismo que ahora afirman. Entonces se veían cohibidos, aunque débilmente, por el temor a la ley y el propio decoro. Ahora, en cambio, han perdido todo temor y todo recato."

¡A vosotros todos —y aún al pobre Olcott— os ha tocado el mejor papel en esta tragicomedia. Sois las supuestas *víctimas*, ¡oh, nobles corazones engañados por mí, la más hábil e inmoral impostora del siglo!

Como Hodgson dice en su Memoria, soy 'la vil espía rusa', la conspiradora; la *autora* de los Mahatmas. Bien. ¡Así sea! Pero no es a *mí*, a H. P. B., que poco tiempo he de vivir ya sobre la tierra, a quien el enemigo persigue con ello. Insensato en alto grado sería quien tal creyese. Es a la misma Sociedad humana a quien así persiguen. Es a la Verdad a quien querrían destruir. Los que así piensan olvidan que mi pretendida 'invención de los Mahatmas para engañar y burlar al mundo' sólo ha traído sobre mí durante estos diez años últimos penas y amarguras de todo género que me han llevado a las puertas de la muerte: ¡a mí, que pude dedicarme, si tal hubiese sido mi deseo, a labores literarias que me habrían proporcionado honra y dinero, muchísimo dinero; a mí, que, apoyando a los espiritistas, entre los que habría contado los defensores por millones y que me hubiesen dado fama y celebridad en vez de la *infamia* en que vivo, según aquellos que juzgan meramente por las apariencias! De los que dudan, repito, me lavo las manos."

Wurzburg, octubre, 1886:

"No desespero. Estoy escribiendo *La Doctrina Secreta*, pero aquí no tengo libros ni nadie que me ayude, y trabajo muy lentamente.

Desea usted que 'los que hablan mal de mí me respeten', mas no me cuido lo más mínimo del respeto de aquellos a quienes desprecio de todo corazón. Mi corazón se ha endurecido. *Nada me importa ya*, salvo mi deber hacia los Maestros y la Causa Teosófica. A ambos ofrezco cada gota de mi sangre y hasta el último latido de mi corazón envenenado y destrozado por la vil y traidora naturaleza del *hombre*."

Londres, enero, 1888:

"Lo que me queda de vida ya no es mucho, y he aprendido a tener paciencia en estos tres últimos años. Mi salud ha mejorado, pero, en general, la he perdido para siempre. Sólo cuando me *siento y escribo* me encuentro bien. Ni andar ni tenerme de pie puedo arriba de un minuto."

Londres, julio, 1888:

"Sí, tiene usted razón. Accidentada y maravillosa ha sido mi vida, pero las maravillas y accidentes que de ella se cuentan no son todas debidas al hecho de hallarme en relación con los grandes hombres a quienes en la India principiaron a llamar Mahatmas. Los Maestros que yo conozco no son los yoguis que se encuentran en la India, que fijan su residencia en la espesura de los bosques, donde viven durante siglos, en compañía de los árboles, cuyas ramas crecen entre sus piernas y brazos y se sostienen durante años sobre una pierna, o se entregan a las *tapas* (devociones) conteniendo el aliento. Son simplemente adeptos de la Ciencia Esotérica y el

Ocultismo, adeptos cuyos 'Cuarteles generales' se hallan situados en cierta región del Tíbet y cuyos miembros están esparcidos por el mundo entero. Estos hombres eminentes, gloriosos, más sabios que ningún otro sobre la tierra; santos completos algunos de ellos, y otros que no lo son tanto. Estos son los hombres que yo conozco; con quienes he aprendido cuanto sé; con los que he vivido y a quienes he jurado servir por siempre jamás hasta mi último suspiro, y a quienes sirvo fiel, si no sabiamente, y *que existen.* No se trata aquí de creer o de dejar de creer en Ellos. No es este el problema. Hasta es bien posible que Ellos hayan hecho cuanto estaba en su poder para que las gentes desconfiaran de Su existencia, ya que desde el año 1879 hasta 1884 su creencia en ellos ha degenerado en adoración y en fetichismo. Jamás pretendí yo ser el representante de Ellos, sino *su servidora y fiel esclava, esclava, sí, hasta la muerte*... Concluyamos. Usted no me conoce ni me ha conocido nunca tal cual realmente soy. Algún día quizá alcanzará a conocerme mejor."

Londres, noviembre, 1889:

"El presente siglo no es nada propicio a la exposición de *hechos* llevados a cabo sin discernimiento, y me ha tocado en suerte el sufrir mucho personalmente a causa de lo que sobre mí atrajera la necia divulgación de mis fenómenos. Cuando, casi moribunda, abandoné la India, los misioneros consideraron tal hecho como un triunfo para ellos. También lo interpretó así la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, con sus escándalos y payasadas. Pero, marchándome, pude escribir *La Doctrina Secreta*, *La Clave de la Teosofía* y *La Voz del Silencio*, y preparar dos tomos más de *La Doctrina Secreta*, cosa que jamás hubiese podido hacer en la turbulenta atmósfera psíquica de la India, ni tampoco existiría hoy en Inglaterra una Sociedad Teosófica capaz de rivalizar con la de la India en cuanto al número e inteligencia de sus miembros."

Londres, abril, 1890:

(Esta carta no fue dirigida a mí, sino a los Miembros hindúes, carta que después, por determinados motivos, no se publicó, pero de la que se me permitió tomar los siguientes fragmentos):

"Uno de los principales factores en el renacimiento de la Aryavarta (Gran India antigua), debido al ideal de los Maestros, ha sido, en parte, obra de la S. T., pero, debido a falta de discernimiento, cuanto a los abusos a que se vieron expuestos los Nombres y Personalidades de Ellos, surgieron grandes errores. Yo, por solemnísimo juramento, me había comprometido a no revelar jamás a persona alguna la verdad, salvo a algunos que, como Damodar, hubiesen sido definitivamente elegidos y llamados por Ellos. Lo único que se me permitía revelar entonces era que semejantes grandes hombres existían en alguna parte; que algunos de ellos eran hindúes y que eran sabios como nadie en la antiquísima sabiduría de la Gupta Vidya, habiendo adquirido todos los Siddhis (poderes), no según lo representan la tradición y los velados escritos antiguos, sino tales cuales son de hechos y en la Naturaleza, y también que yo era una *Chela*

(o Discípula) de uno de Ellos. Pronto, sin embargo, nacieron en la descarriada imaginación de algunos hindúes las más ridículas y fantásticas ideas respecto de los Maestros, y algunos hasta llegaron a rebajarlos. Nuestros adversarios, al describir a un Mahatma como un Jiva-Mukta completamente desarrollado, objetaban que como tal Jiva-Mukta (o Ser que ha trascendido ya el humano nivel) no podría ya comunicarse con nadie que viva en este mundo, añadiendo que, como nos hallábamos en el Kali-Yuga (o Edad Negra), era imposible que pudiese existir en nuestros tiempos Mahatma alguno."

"Los sufrimientos mentales de H. P. B. a raíz de los insultos del informe de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas —dice Sinnett en su citada biografía—, no necesitan de minuciosa explicación y de nada serviría tampoco el relatar punto por punto los prejuicios sugeridos al Sr. Hodgson contra ella por los esposos Coulomb, prejuicios absurdamente admitidos como pruebas por la Comisión de dicha Sociedad [2]. Yo, por mi parte, hubiese preferido el demorar la publicación de esta obra hasta reunir mayor número de datos que hubiesen completado la historia de su vida. Pero tal como la obra aparece, espero confiadamente en que todo lector discreto habrá de considerarla como una indirecta refutación, más eficaz en sí que cualquiera controversia sobre las circunstancias que ofuscaron la mente del Sr. Hodgson en Adyar, y sobre la monstruosa y gratuita afirmación expuesta por aquella Sociedad diciendo que la señora Blavatsky era una impostora, 'no una impostora vulgar, no, sino la impostora más completa, más ingeniosa y más interesante que registra la Historia'.

La Sociedad, representada por dicha Comisión, no tendrá probablemente muy larga existencia. Se alzó como un cohete con brillante estela de fuego que podría haberla hecho subir hasta el cielo; pero merced a la errada dirección de su trayectoria retrocedió casi instantáneamente hacia el suelo, y la energía que debió impulsarla a lo alto sepulta ahora profundísimamente su cabeza en la arena. En cambio, los frutos literarios de la vida de H. P. B. sobrevivirán a los recuerdos que la actual generación conserve de los esfuerzos realizados para desvanecer el interés de los prodigios físicos que obró, y que, en verdad, constituyen la mínima circunstancia de su vida, ya que el relato de las maravillas con las que ella estuvo relacionada, aunque haya llenado tan extensamente las páginas de este volumen, no es mas que la espuma sobre la superficie que bajo sus auspicios ha estado fluyendo en nuestra época a través del pensamiento humano."

Ella decía:

"¿De qué quejarme? ¿No me dejó el Maestro en libertad de seguir los dictados del señor Buddha, que nos ordena alimentar aun a una serpiente hambrienta sin temor de que se revuelva y muerda la mano del que la alimentó, y arrostrar el karma que castiga a quien aparta su vista del pecador y del miserable y no consuela al afligido?... ¿Soy yo mayor o mejor en algún modo que lo fueron Saint Germain, Cagliostro, Paracelso y tantos otros mártires cuyos nombres aparecen en la Enciclopedia del siglo XIX con el título de charlatanes e impostores? Será el karma de los ciegos y malos jueces, no el mío... En lo sucesivo puedo hacer mayor bien permaneciendo en la sombra que figurando de nuevo en primera línea en el movimiento. Dejad, pues, que me oculte en desconocidos parajes y escriba y escriba enseñando a cuantos quieran aprender. Puesto que el Maestro me obliga a vivir, dejadme vivir en relativa paz. Es evidente que el Maestro quiere que todavía trabaje para la S. T., pues no me ha permitido estipular un contrato con... (aquí el nombre de un editor extranjero, quien le había ofrecido pingüe remuneración), para escribir únicamente en su publicación. El Maestro no consintió que el año pasado firmase este con-

[2] Son curiosísimos los detalles que de los fraudes operados por los Coulomb en la sede de Adyar bajo la dirección de los misioneros anglicanos nos relata el mismo Sinnett: "Helena —dice— recibía de Madrás las más desagradables noticias. Aludo a la bien conocida conspiración de sus criados, el carpintero Coulomb y su mujer, quienes vendieron cartas falsificadas de H. P. B. al periódico del Colegio cristiano de Madrás, enemigo jurado de la S. T., y, sobre todo, de su fundadora, y quienes, aprovechando la ausencia de Adyar de los dueños, se pusieron a construir en la habitación de madame Blavatsky puertas secretas y armarios con fondos falsos, todo lo cual jamás pudo haber ordenado ella, pues, aun cuando hubiera deseado engañar a sus visitantes por tales medios, no hubiera cometido la locura de hacer construir estos arreglos secretos en su ausencia. Todas estas fábulas, bien pagadas por los adversarios, vinieron a parar en la triste historia de la publicación de 'Los fraudes de madame Blavatsky, la impostora más grande de la época', citando las palabras de la Exposición de la Sociedad Psíquica de Londres. En cuanto a esta Exposición, se ha demostrado una y otra vez que es por completo falsa en todas sus partes por muchas personas, quienes, profundamente versadas en Ocultismo y en las enseñanzas teosóficas, fueron inmediatamente a investigar el asunto en el punto mismo; pero las historias escandalosas, especialmente las que envuelven acusaciones, son muy difíciles de desarraigar. No cabe duda que las afirmaciones de la Sociedad Psíquica (traducidas como fueron a todos los idiomas) servirán durante mucho tiempo como un arma en manos de los enemigos de madame Blavatsky, mientras que las refutaciones de sus discípulos adictos, mucho más al corriente de todos los detalles de la conspiración, permanecerán en gran parte impotentes, a causa de la falta de publicidad, pues sólo han aparecido en los periódicos teosóficos, muy poco leídos por el público en general."

"Después del asunto Coulomb —dice A. Besant en su discurso a los teósofos holandeses en 1907— los Maestros se retiraron de la Sociedad Teosófica, aunque muchas personas siguieron considerando a H. P. B. como la servidora e intermediaria de Ellos. Esta última hasta quiso dejar la Sociedad, y decía: 'Si yo me voy, los Maestros partirán conmigo.' A pesar de ello, continuó en la Sociedad, y poco a poco fueron ingresando en ssu filas hombres dotados de constancia mayor; sin embargo, como se lee en *La Clave de la Teosofía*, los Maestros no continuaron cooperando directamente en aquella Obra, decididos a esperar un momento más propicio, aunque algunos de los discípulos siguieron viéndose ayudados por Ellos .

No hay que olvidar tampoco que la Obra y el objeto de los Maestros va más allá que la propia Sociedad Teosófica, pues que Ellos trabajan en varios otros movimientos, por ejemplo, en *The New Thought movement, The Christian and Mental Science movement*, y en numerosos movimientos místicos de la Iglesia Católica. Pero aunque trabajen en éstos, no hay que olvidar que todos ellos no disponen sino de fragmentos de una enseñanza que la S. T. posee completa, y que nosotros, los teósofos, somos mucho más conscientes en nuestro trabajo que lo que puedan ser aquéllos, porque estamos ocupados en la magna labor de preparar la gran civilización futura, y de ello nos damos perfecta cuenta, ya que el Maestro ha dicho: "La enseñanza y el movimiento teosófico servirán de base a la Religión Universal." ¿Seremos, pues, los heraldos de ella? ¡La elección depende de nosotros! Vivimos en más de un mundo y llegamos a un punto de la evolución en el que deberíamos vivir conscientes en estos tres mundos. Debemos, por tanto, elevarnos hasta nuestro verdadero puesto y no creer por obligación ni aceptar dogmas: el hombre debe saber por experiencia, por su propia investigación, no por lo que otro le diga.

trato cuando me lo propusieron en París, ni tampoco quiere que lo sancione ahora, pues dice que he de emplear el tiempo de otro modo. ¡Ah! En cuán cruel y malvada injusticia se me ha envuelto. Imaginad la horrible calumnia del *Christian College Magazine*, cuya afirmación de que yo había tratado de estafar al señor Jacobo Sassoon diez mil rupias en el negocio Roone dejaron pasar sin contradicción aun los mismos X... e Y..., quienes sabían con seguridad plenísima que semejante acusación es la más abominable de las calumnias. Pocos saben que, después de haber trabajado y consagrado mi vida durante más de diez años al progreso de la Sociedad, hube de salir de la India como una mendiga, fiada para mi cotidiano sustento de la generosidad de *The Theosophist*, revista que fundé con mi dinero. He de pasar por mercenaria impostora, por estafadora, cuando gasté todo el dinero que me rendían mis artículos rusos, y durante cinco años doné el importe de la venta de *Isis* y los ingresos de *The Theosophist* para el sostén de la Sociedad... Perdóneme que le diga todo esto y me muestre tan egoísta; pero es una respuesta directa a la vil calumnia, y los teósofos de Londres tienen el derecho de saberlo.

Tengo en mi cartera toda una serie de artículos escritos por los amigos de madame Blavatsky en su favor, que ningún periódico ruso publicaría por temor a la polémica. Contestando a una alusión del *Novoie Vremia* sobre esta misma exposición de la Sociedad Psíquica una veintena de miembros de la Sociedad Teosófica de Londres, que conocían a fondo toda la intriga, enviaron un comunicado colectivo al editor, pero este comunicado nunca se publicó, y el artículo difamatorio continuó apareciendo en aquel periódico fundado en las calumnias de la Sociedad Psíquica.

La malevolencia del "Colegio Cristiano" llegó al punto de afirmar que H. P. Blavatsky no se atrevería a "volver a la India, pues no solamente había sacado el dinero a sus engañadas víctimas, sino que también había robado la caja de su propia Sociedad Teosófica". ¡Ella, que había destruido su salud por sus esfuerzos en pro de la dicha Sociedad! ¡Ella, que había dado toda su fortuna, su vida y su alma por aquélla! Baste esta declaración de un periódico llamado "cristiano" para probar la perfidia de sus adversarios. Apresuróse a volver a la India, aunque sólo fuera para desmentir a sus perseguidores. En Ceilán y aun en Madrás mismo la hicieron un recibimiento espléndido, y los estudiantes de los colegios de Madrás la presentaron una exposición de las más lisonjeras, con 800. Ciertamente fue ésta una demostración de las más elocuentes, que la consoló no poco de sus amarguras. Sin embargo, la tempestad creció. Cuando Helena se posesionó de su morada de Adyar, exhaló tales gritos de indignación, que hicieron acudir a sus compañeros de viaje, míster y mistress Cooper-Oakley. La vista del extraño trabajo del carpintero Coulomb le había llenado de estupefacción. Mistress Cooper-Oakley ha descripto esta escena y lo que siguió en un artículo del *Lucifer*, de junio de 1891. En una palabra: sus enemigos habían hecho tanto y tan bien que cayó enferma, hasta llegar a las puertas de la muerte, y esta vez su restablecimiento fue realmente milagroso, según han declarado todos los testigos. Por la tarde su médico la dejó moribunda, pero cuando volvió por la mañana, con objeto tan sólo de certificar su muerte, se la encontró tan mejorada, tomando una taza de leche. El médico, asombrado, apenas si podía dar

crédito a sus ojos, y todo lo que ella dijo fue: "Esto para que siga usted dudando del poder de los Maestros"[3].

El peligro inmediato había pasado, pero se encontraba en un estado tal de debilidad, que hubo necesidad de llevarla en una silla de mano y subirla a bordo de un vapor que salía para Italia, pues todos los médicos opinaban que los calores próximos no podrían menos de serla fatales.

Los primeros meses del verano que madame Blavatsky pasó en Torre del Greco, cerca de Nápoles, fueron meses de crueles sufrimientos. Se sentía enferma, abandonada, y, lo que es peor, temía por la prosperidad

[3] La notable autobiografía de Hartmann nos cuenta que cuando H. P. B. volvió muy enferma a Adyar en diciembre de 1884, los médicos declararon unánimes que moriría inevitablemente al otro día. Su postración, en efecto, era tan completa, que Mr. Cooper Oakley fue a Madrás para solicitar el correspondiente permiso para la cremación de su cadáver. Sin embargo, pese al fallo de la ciencia, se levantó como si tal cosa al día siguiente, diciendo que durante aquella noche le había visitado el Maestro y asignado un nuevo período de vida, período que, por lo que luego se vio, fue de casi siete años. Hablando el Dr. Hartmann en la revista *Lucifer* de sus aventuras, desde su llegada a Adyar (Madrás). Cuartel general de la S. T., el 4 diciembre de 1883, donde le esperaba H. P. B., dice de esta última: "Para un ocultista capaz de ver 'a través del Velo de Isis', su personalidad era extremadamente interesante. Siempre ella me pareció un gran espíritu, un sabio, un iniciado habitando en el cuerpo de una criatura caprichosa, muy amable y fina, pero a veces irascible y de impetuoso temperamento, fácil de llevar y despojada de todo convencionalismo. En aquél su más elevado aspecto, ella parecía poseer la más alta sabiduría oculta y un conocimiento muy profundo, obtenido, no a fuerza de lecturas ni raciocinios, sino por iluminación interior y directa percepción de la verdad, pues parecía saber todas las cosas, sin haberlas leído en parte alguna y como si el universo entero fue un libro abierto a sus ojos. En el plano astral parecía hallarse tan en su casa como en el plano físico. No obstante, ella jamás declaró ser un adepto, sino el instrumento consciente de un poder de harto más elevada inteligencia que la de su propia personalidad. Siempre decía: 'Mi saber no es mío, sino de mi Maestro; yo no soy más que el reflector de la deslumbradora luz del que me ilumina'. Por supuesto, dada mi educación ocultista, los fenómenos que vi operar a H. P. B. no eran nuevos para mí, ni jamás puse cuidado en saber si las 'cartas ocultas' que yo recibí tenían origen en el cerebro de aquélla o fueron 'precipitadas fenomenalmente' por algún adepto. Sólo me interesé por su contenido, y por lo que a mí respecta, creo que 'el Maestro' del que hablaba a la continua H. P. B., era la parte más excelsa de su propio ser, y que todas las personas tienen una luz idéntica oculta dentro de su propia alma, aunque muy pocos sean concientes de ello. Hombres y mujeres, en efecto, pueden ser comparados a linternas en las que arde una luz. En unos es esta última imperceptible chispa, en otros fulgurante luz a través de su cristal, y muchos de los que han pretendido juzgar el carácter de H. P. B. que han alcanzado a ver a través del empañado vidrio, habrían quedado ciegos si hubiesen alcanzado a contemplar cara a cara la vivísima luz que dentro ardía. Por ello, en H. P. B. parecían verse dos o tres personalidades distintas, manifestándose alternativamente en un sólo cuerpo, y tengo por indudable que su ser real interior o permanente estaba en comunicación con inteligencias más altas existentes en semejante plano y capaces de comunicarnos sus conocimientos a través de ella como instrumento. Dichas inteligencias o 'Maestros', que ella declaró eran ciertos adeptos vivientes aún en el Tíbet y en posesión de enormes poderes ocultos, tales como el de impresionar a distancia las mentes adecuadas mediante lo que hoy llamamos telepatía; viajar en su 'forma astral' o en sus 'formas-pensamientos'; materilizarse, usando del organismo de H. P. B. y de otros discípulos para la producción de fenómenos ocultos, etc., etc. Todas estas cosas, que hace algunos años parecían increíbles, nos resultan ahora perfectamente posibles a la luz que recientes investigaciones en la ciencia oculta han arrojado sobre estos asuntos. Mi propia experiencia en tal sentido me ha convencido de que dichos 'Maestros' existen. Yo mismo estuve presente en cierta ocasión cuando el 'Maestro' se apareció ante ella, y ella habló con él. No le pude, es cierto, ver con

de la Sociedad Teosófica, a causa de su propia impopularidad y de las calumnias que constantemente se fraguaban contra ella. Sin embargo, a la primera indicación que hizo respecto a dimitir, se levantó una unánime protesta en América, Europa y especialmente en la India. El coronel Olcott era impotente para calmar a los descontentos, que pedían, con vehemencia, la vuelta de ella al frente de la Sociedad y de los intereses teosóficos en general. En vano trató ella de demostrarles que podía prestar un servicio mayor al movimiento dedicándose, en el aislamiento, a escribir su obra *La Doctrina Secreta.* Se la rogó que fuese a Londres, a Madrás y

mis ojos, pero sentí su presencia. Su influencia invadió todo mi ser, llenándome de una felicidad imposible de describir y que duró en mí varios días. Semejante poder, despertando dentro de mi elevado estado de conciencia, me hizo sentir en tal ocasión como si él fuera mi propio 'yo' y yo el Maestro de mí mismo.

Al volver H. P. B. a Europa, repuesta de su enfermedad —dice Sinnett—, permaneció algún tiempo en un hotel cerca de Nápoles, desde donde, con fecha 21 de junio de 1885, decía:

"El carácter de letra de su sobre, tan familiar para mí y más aún el contenido de su carta, ha tenido la mejor acogida... No; nunca pensé que pudiera haber creído que yo empleara las trampas de que se me acusa, ni usted ni ninguno de cuantos tienen a los maestros en sus corazones y no en sus cerebros. Sin embargo, aquí estoy, y, sin medios de probar lo contrario, permanezco acusada de las más sucias y viles falsedades, de las que no fuera capaz el más hambriento de los médiums. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué haré? Es inútil todo intento de convencer con la palabra o con la pluma a gentes que me creen culpable. No cambiaría de opinión por ello. Dejémoslos, pues. Se ha consumido hasta el último átomo de fuego de mi corazón. De aquí en adelante sólo se hallarán en él frías cenizas. He sufrido ya tanto, que no puedo más, y a cada nuevo sufrimiento me echo a reír.

"'A pesar de los peritos...', dice usted. ¡Ah! Sin duda deben ser donosísimos peritos los que dieron por auténticas las cartas de los Coulomb. El mundo entero deberá inclinarse ante su dictamen y sagacidad; pero al menos hay en este ancho mundo una persona a quien nunca podrán convencer de haber escrito tan estúpidas cartas, y esta persona es H. P. Blavatsky, su víctima. Quiero que conozca usted estos hechos. Por ahora no se me ha permitido el ver una línea siquiera de semejantes cartas. ¿Por qué no vino Hodgson a enseñarme al menos una de ellas?... ¿Es acaso legal en Inglaterra el acusar públicamente ni a un barrendero de las calles en su ausencia, sin darle ocasión de pronunciar ni una sola palabra en su defensa, sin dejarle saber de qué se le acusa concretamente, quién le acusa y qué pruebas se presentan de la acusación? Porque yo ignoro el origen de todo esto. Hodgson vino a Adyar, se le recibió amistosamente, examinó y volvió a examinar cuanto quiso, y los indígenas le suministraron cuantos informes solicitó. Si ahora cree descubrir discrepancias y contradicciones en lo que fue dicho, ello sólo prueba que, sintiendo como todos sentían que, a su parecer, era pura simpleza el dudar de los fenómenos de los Maestros, no estaban preparados para una investigación científica, y podían haber olvidado muchas circunstancias.

Aquí estoy, pues. Adónde iré después ni yo misma lo sé. No acierto a comprender por qué me tienen aún con vida, pero siempre son y han sido incomprensibles sus caminos. ¿De qué le sirvo ya a la causa? Puesta en duda por el mundo entero, salvo por unos cuantos, ¿no fuera más beneficiosa a la S. T. mi muerte que mi vida?"

Sinnett nos da la siguiente carta de la condesa de Wachtmeister, que resume las impresiones generales relativas a su larga estancia con H. P. B. en Wurzburgo: "Querido Sr. Sinnett: El último otoño salí de Suecia en busca de más benigno clima donde pasar el invierno, y habiendo sabido que H. P. B. estaba enferma y sola en Wurzburgo, le ofrecí irme una temporada con ella y hacer cuanto estuviese de mi mano para mejorar su situación y consolarla en su soledad. Mi conocimiento con ella era muy superficial. La había encontrado casualmente en Londres y en París, pero no tenía experencia alguna respecto a su personalidad y carácter. Me habían dicho muchas cosas en contra de ella, y puedo decir sinceramente que mi concepto le era

a Nueva York, añadiendo que sería bien recibida dondequiera que se estableciese, tan sólo con que volviera a hacerse cargo de la dirección del movimiento. En cuanto a dejarlos, no debía ni por un momento ocurrírsele, porque, según opinión unánime, su alejamiento equivaldría a la muerte de la Sociedad Teosófica.

Por otra parte. tan pronto como se supo que una de las acusaciones más necias contra H. P. Blavatsky era la de que los Maestros no existían y sólo eran una invención suya para engañar a los crédulos, llegaron a sus manos cientos de cartas de todas las regiones de la India, suscriptas por personas que aseguraban haber tenido conocimiento de ellos antes de haber oído cosa alguna de la Teosofía. Finalmente, vio una carta de Negapatam, la morada de los *pundits,* con las firmas de setenta y siete de sus sabios afirmando enérgicamente la existencia de estos seres superiores, demasiado bien conocidos en la historia de las razas arias para que

desfavorable, y sólo me movió a aliviarla en sus contratiempos y consolarla en sus tristezas, en la medida de mis fuerzas, el sentimiento del deber y gratitud que todos los verdaderos estudiantes de teosofía deben experimentar hacia la fundadora de la Sociedad, que, a pesar de todos sus tropiezos, ha prestado grandes beneficios y servicios a numerosos individuos. Enterada de los absurdos rumores que contra ella circulaban y que se le inculpaba de practicar la magia negra con fraudes y engaños, me puse en guardia y me acerqué a ella en tranquila actitud mental, decidida a no aceptar nada de oculto carácter que de ella proviniese sin suficientes pruebas. Resolví colocarme en disposición positiva, estar ojo avizor y ser justa y verídica en mis conclusiones. El sentido común no me permitía creerla culpable sin pruebas; pero si estas pruebas se me hubiesen imposibilitado de continuar en una Sociedad cuya fundadora cometía engaños y trampas. Por lo tanto, mi mente se inclinaba a la investigación y anhelaba hallar la *verdad.*

"He pasado ahora unos cuantos meses con H. P. B. compartiendo su aposento con ella mañana, tarde y noche. He tenido acceso a todos sus armarios, cajas y cajones; he leído las cartas que recibió y las que enviaba; y declaro abierta y honradamente que me avergüenzo de haber sospechado de ella, porque la creo una honrada y veraz mujer, fiel hasta la muerte a sus Maestros y a la causa por la que ha sacrificado posición social, fortuna y salud. No tengo duda alguna de que ha hecho estos sacrificios porque ha visto las pruebas de ellos, algunas de las cuales consisten en documentos de indubitable autenticidad. Desde el punto de vista mundano, H. P. B. es una desdichada mujer a quienes muchos calumnian y maltratan; pero desde un superior punto de vista posee excepcionales dotes, y ningún envilecimiento puede privarla de que goza, y consisten en el conocimiento de muchas cosas tan sólo conocidas de unos cuantos mortales y en el trato personal con ciertos adeptos de Oriente.

"En vista de sus extensos conocimientos, que llegan muy adentro del invisible aspecto de la Naturaleza, es deplorable que sus pruebas y tribulaciones le impidan dar al mundo gran acopio de enseñanzas que de buena gana comunicaría si la dejasen tranquila y en paz. La gran obra de *La Doctrina Secreta,* en que ahora está empeñada, ha sufrido no poco en su redacción, por las persecuciones, las cartas ofensivas y demás contrariedades que sufrió este invierno, porque conviene tener en cuenta que ella no es todavía ni presume ser un adepto perfecto. Así, a pesar de todos sus conocimientos, es enormemente sensible a los insultos y a las suspicacias, como lo sería cualquiera señora fina en su situación.

"Pero si quienes admiten la posibilidad de que no existan los Adeptos se refiere únicamente a los que se dice que han tomado parte activa en la fundación de la S. T., olvidan que sin estos Maestros no hubiéramos tenido jamás dicha Sociedad, ni hubieran sido escritos ***Isis sin Velo, El Buddhismo Esotérico, Luz en el Sendero, The Theosophist*** y otras valiosas publicaciones. Y si en el porvenir nos cerráramos a la influencia de los Mahatmas, confiando enteramente en nuestras propias fuerzas, pronto nos perderíamos en un laberinto de especulaciones metafísicas."

sus descendientes pudiesen dudar de su existencia (*Boston Courrier*, julio 1886). Entonces Helena me escribió desde Würzbourg, en donde se había establecido durante el invierno:

"Creo que la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, al quererme hacer pasar por una impostora, ha deseado, especialmente, evitar a toda costa romper con la ciencia ortodoxa de Europa, reconociendo como genuinos los fenómenos ocultos y como resultado de fuerzas hoy desconocidas por los científicos. En efecto, si otra cosa hiciesen, tendrían al punto en contra suya a todas las falanges de doctores y teólogos. Ciertamente el plan mejor para ellos era, por tanto, el atropellarnos a nosotros los teosofistas, que no tememos al clero ni a las autoridades académicas, y que tenemos el valor de nuestras propias convicciones. Así, pues, antes que excitar las iras de los pastores de todos los borregos de Panurgo de Europa, ¿no era preferible disculpar a mis discípulos (que entre ellos hay muchos a quienes hay que cuidar) y condolerse con ellos de que son mis pobres víctimas engañadas, y ponerme a mí en el banquillo del arrepentimiento, acusándome de fraude, de espionaje, de robo y de cuanto sea posible imaginar? ¡Ah!, reconozco mi eterno destino: ¡Tener la fama sin el provecho!... ¡Si al menos hubiese podido ser útil a mi amada Rusia! ¡Pero no! El único servicio que he tenido la oportunidad de hacerla ha sido negativo: siendo amigos personales míos los editores de ciertos periódicos en la India y sabiendo que cada línea escrita contra Rusia me causaba dolor, se abstuvieron de atacarla tan a menudo como de otro modo lo hubieran hecho... ¡He aquí todo lo que he podido hacer por mi país, que para siempre he perdido!"

Su mayor consuelo en el destierro eran las cartas y visitas de sus amigos, que venían a buscarla en las profundidades de Alemania, en donde se había refugiado buscando la necesaria quietud para escribir su libro. Todas las cartas encerraban amistad y alientos, y de las visitas las que mayor placer le causaban eran las de sus amigos rusos. Entre ellos estaban su tía, de Odesa, y Solovioff, de París. Este último recibió, estando allí, una carta del Mahatma Kut Humi, y salió para París entusiasmado con su visita y con cuantas cosas extraordinarias había presenciado en Würzbourg, tanto que escribió carta sobre carta, varias en el estilo de la que sigue:

"París 8 de octubre de 1885.—Mi queridísima Helena: Estoy en correspondencia con madame Adam. Le he hablado mucho de usted e interesado cuanto he podido, y me dice que su *Review* abrirá en lo sucesivo sus columnas, no sólo a los artículos teosóficos, sino también, si fuese necesario, a sus propias justificaciones de usted. Le he alabado también a su admiradora madame de Morsier, pues da lo coincidencia de que actualmente tiene en su casa a un huésped, que ha hablado conmigo en el mismo sentido. Todo marcha lo mejor posible. He pasado la mañana con el Dr. Richet, y también le hablé de usted con respecto a Myer y a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Puedo decir que he convencido a Richet de la realidad de vuestros poderes personales y de los fenómenos que acaecen por vuestra mediación. Este me hizo tres preguntas categóricas: a las primeras contesté afirmativamente; en cuanto a la tercera le dije que sin duda alguna podría darle una contestación afirmativa dentro

de dos o tres meses. No dudo que así sucederá, y entonces obtendremos un triunfo que aplastará a todos los 'psíquicos' de Londres. Sí; es necesario que sea así, ¿no es eso? ¡Pues seguramente no me engañaréis! Mañana salgo para Petersburgo. Vuestro, *V. S. Solovioff.*"

Todo el invierno lo pasó Helena en Würzbourg, ocupada en escribir su *Doctrina Secreta*. Escribió a Mr. Sinnett diciéndole que desde que terminó *Isis sin Velo* no había tenido visiones psicométricas tan claras y patentes como las que entonces tenía ante su percepción espiritual, y que esperaba que esta obra haría revivir su causa. Al mismo tiempo la condesa de Wachtmeister, que pasó el invierno con ella y que desde entonces no ha querido separarse de su lado, escribía cartas llenas de admiración por los escritos de madame Blavatsky, y sobre todo "por las condiciones sorprendentes bajo las cuales trabajaba en su gran libro". "Estamos diariamente rodeados de fenómenos —me escribió una vez—; pero nos hallamos tan acostumbrados a ellos que nos parecen como si fueran el curso natural ordinario de las cosas."

Otra vez tuvo Helena una gravísima enfermedad, de la que se repuso muy difícilmente, gracias a la abnegación de sus amigos, que nunca la dejaron un momento. Su restablecimiento se debió así al Dr. Ashton Ellis, de Londres, a la condesa de Wachtmeister y a la familia de Gebhard, pero desde entonces su vida fue ya un sufrimiento continuo. En abril de 1887 sus amigos consiguieron llevársela a Inglaterra. El invierno anterior lo había pasado en Ostende, en donde concluyó la primera mitad de *La Doctrina Secreta*, rodeada constantemente de amigos, especialmente de los que venían a verla de Londres. Entre éstos se hallaba el presidente de la Sociedad Teosófica británica, Mr. Sinnett, que acababa de publicar su libro *Incidentes de la vida de madame Blavatsky.*

Los últimos cuatro años de su vida, que Helena pasó en Londres, fueron de sufrimientos físicos, de labor incesante y de sobreexcitación mental, que minaron completamente su salud; pero estos años fueron también de éxito y de fruición moral que la compensaron por completo de sus sufrimientos, y le dieron fundamento para esperar que su libro, sus demás escritos y la propia Sociedad Teosófica, quedarían como otros tantos testimonios a su favor después de su muerte, que reivindicarían su nombre de las calumnias con que había sido cubierto. He aquí un extracto de una de sus cartas, escritas en el otoño de 1887, excusándose de su largo silencio:

"¡Si supiérais, amigos míos, cuán ocupada me hallo! Imagináos el número de mis obligaciones diarias: está a mi sólo cargo el editar mi nueva revista *Lucifer*, y además de esto tengo que escribir para la misma todos los meses de diez a quince páginas. Luego tengo artículos para otras revistas teosóficas —el *Lotus*, de París; el *Thesophist*, en Madrás; el *Path*, en Nueva York—, y mi *Doctrina Secreta*, cuyo segundo volumen tengo que continuar y corregir las pruebas del primero dos o tres veces. ¡Y luego las visitas!... ¡Muchas veces hasta treinta al día!... ¡Imposible dar abasto a todo!... El día debería tener ciento veinticuatro horas. No tengáis temor alguno; *ninguna* noticia es buena noticia, como dicen los franceses. Ya os escribirán si me pongo más enferma de lo que generalmente estoy... ¿Habéis observado el sensacional anuncio puesto en la cubierta del *Lotus* por su editor? *Bajo la inspiración de madame Blavatsky.* ¡Cielos, qué 'ins-

piración'!, cuando no tengo tiempo para escribir una palabra para él ¿Lo recibís? He tomado dos o tres ejemplares, dos para vosotros y uno para Katkoff. Rindo culto a este hombre por su patriotismo y por las claras verdades de sus artículos, que hacen honor a Rusia."

La actividad de la Sociedad Teosófica en Londres, sus reuniones, sus periódicos mensuales y semanales, y sobre todo los escritos de su fundadora, atrajeron la atención de la Prensa y las represalias del clero. Pero sus representantes nunca se entregaron a excesos tan injustos y calumniosos como hicieron los jesuitas de Madrás. Seguramente hubo entre ellos muchas reuniones animadas en las cuales H. P. Blavatsky, usando su propia expresión, fue tratada como Lucifer, no en el sentido verdadero de *portador de la celeste luz*, sino en el sentido vulgar que a este personaje se le asigna en el *Paraíso Perdido*, de Milton, llegándosela a presentar como un Anticristo con faldas. Sin embargo, su hermosa carta titulada "Lucifer al Arzobispo de Canterbury", causó gran impresión y puso fin a las hostilidades clericales.

En Londres ya no se ocupaban en producir fenómenos: Helena les tomó adversión. No obstante de ello, como observa con verdad Stead en su artículo sobre H. P. Blavatsky en *The Review of Reviews* de junio de 1891, nunca hizo tantos conversos ni mejores adictos a su causa como durante los cuatro últimos años de su vida. Sus visiones y clarividencias, sin embargo, nunca la abandonaron. En julio de 1886 nos habló de la muerte de su amigo el profesor Alejandro Bontleroff, antes de que la mencionasen los periódicos rusos, porque, en efecto, la vio en Ostende el mismo día en que acaeciese. Igual aconteció con nuestro celebrado político M. N. Katkoff, un patriota a quien ella estimaba cordialmente. Un mes antes de su fin, y en carta fechada que afortunadamente existe todavía, me dijo que enfermaría y moriría. En julio de 1888, estando yo en Londres, me sacó de una grave incertidumbre causada por un telegrama interpretado erróneamente, y tras un breve instante de concentración, me dijo cuanto había pasado en Moscou aquel día mismo. Cuando en la primavera de 1890 se trasladó el Centro General de la Sociedad en Londres a una nueva casa más adecuada para alojar a su aumentado estado mayor, Helena dijo: "No volveré a mudarme ya, pues que desde esta casa me conducirán al crematorio." Cuando la preguntaron por qué predijo esto dio como pretexto que esta casa no tenía su número afortunado: el número 7.

Capítulo XXVII

ULTIMOS AÑOS DE H. P. B.

Con todas las cosas relatadas en el capítulo anterior, no hay que decir que la salud de H. P. B. siguió empeorando con el aumento constante de sus ocupaciones. Formó en torno suyo un grupo de teosofistas ardientes, ansiosos de estudiar las ciencias ocultas. Acerca de esto Helena escribía a Sinnett año más tarde, en 1889:

"¿Me preguntáis cuáles son mis nuevas ocupaciones? Ninguna, excepto el escribir todos los meses cincuenta o más páginas sobre mis *Instrucciones Esotéricas*, que no pueden imprimirse. ¡Cinco o seis mártires voluntarios y desgraciados entre mis generosos esotericistas hacen 300 copias para mandarlas a los miembros ausentes de mi Sección Esotérica; pero yo tengo, además, que revisarlas y corregirlas! Luego nuestras reuniones de los jueves, con las preguntas científicas de los *savants*, tales como Bennet o Kigsland que escriben sobre electricidad; con taquígrafos en todos los rincones y la seguridad de que la menor palabra mía aparecerá en nuestro nuevo periódico *Transactions of the Blavatsky Lodge*, y que será leída y comentada, no sólo por mis teosofistas, sino por centenares de personas predispuestas en contra mía. Mis discípulos de Ocultismo están llenos de alegría. Han enviado una circular al mundo teosófico diciendo: 'H. P. B. es vieja y está muy enferma; puede morir cualquier día y entonces, ¿de quién aprenderíamos las cosas que ella puede enseñarnos? Tenemos, pues, que reunirnos y conservar sus enseñanzas', y así pagan taquígrafos e imprentas que les cuestan mucho... Y su vieja H. P. B. tiene que encontrar tiempo para enseñarles, aun cuando esto no pueda hacerse sino a costa del tiempo que antes dedicaba a escribir artículos para periódicos extranjeros, con lo cual ganaba su pan cotidiano. ¡Bueno, tengo así que modificar un poco mis costumbres, y he aquí todo! A la menor palabra mía me indemnizan gozosos, pero yo no quiero tomar un céntimo por semejantes lecciones. 'Que tu dinero perezca contigo, porque has pensado comprar los dones de Dios con oro', les digo a cuantos creen que la ciencia divina se puede comprar con chelines y guineas."

"Nuestra casa era ciertamente única en su género en los arrabales de Londres. Estaba siempre llena de visitantes, y como H. P. B. gustaba mucho de invitar amigos a almorzar o a cenar, yo no sabía nunca si tendría

una o veinte personas a la mesa —dice Francesca Arundale en sus *Recuerdos*—. Era un espectáculo imponente el ver a H. P. B. sentada en un gran sofá, rodeada de sabios y eruditos. Conversadora admirable, tenía jóvenes y ancianos bajo su encanto, mientras sus ágiles dedos se sumergían constantemente en la canasta nubiana llena de tabaco, que estaba a su lado, arrollando cigarrillos que fumaba sin interrupción. Este era su aspecto social. Una excelente descripción de tales reuniones diarias se encuentra en el libro de la señora Campbell Praed titulado *Afinidades*. Muchas veces Mohini Catterji contestaba a las preguntas sobre la filosofía hindú. Rara vez encontré persona tan capaz para dar explicaciones tan claras y convincentes y formuladas en tan lindo lenguaje. Sus conferencias eran muy concurridas. Pocas veces cerrábamos las puertas antes de la una o las dos de la mañana."

"Mi espíritu está tan lleno de imágenes y de escenas en que *ella* es el *personaje* central, que no me es fácil descifrarlas de modo claro e interesante para mis lectores. La vuelvo a ver en su cuarto, a una hora matinal, escribiendo en su mesa, el piso sembrado de puntas de cigarros que hacían mi desesperación, cuidadosa como era yo, porque el cubrecama y el tapiz podían prenderse fuego, y la casa misma sufrir considerablemente, sabiendo que H. P. B. tenía el hábito de arrojar los fósforos encendidos sin cuidarse del lugar en que cayeran. He guardado bien presente el recuerdo de ciertas horas difíciles debidas al desprecio absoluto que tenía H. P. B. por todo lo que eran convenciones sociales . Algunos venían de muy lejos a verla, y generalmente se aceptaba que los visitantes podían presentarse después de mediodía, de cuatro a seis. A menudo, sin embargo, por razones que no nos eran aparentes, ella rehusaba dejar el cuarto. Me acuerdo que una tarde era esperada por un pequeño grupo de personajes de nota que habían ido a verla, y habiendo subido a informarla de que los visitantes habían llegado, la encontré en un desarreglo incompatible con una recepción en la sala. Yo le pregunté qué era eso, y ella empleó algunas expresiones fuertes y dijo que M. y madame X. podían subir a verla. Le hice notar dulcemente que ni su habitación, ni su persona estaban en un estado conveniente para una visita; me dijo que podía irme afuera, y que si bajaba lo haría como estaba, que si veía a alguno sería en el lugar donde se encontraba; y agregó que era necesario enviarle de comer lo más pronto posible, porque tenía hambre. Los visitantes tuvieron que irse y yo me excusé con ellos lo mejor que pude...

"Las horas más agradables que pasé en compañía de H. P. B. eran las de la mañana, bien temprano; parecía entonces más amable, su boca se dibujaba en curvas graciosas, sus ojos estaban bonancibles y brillantes, y parecía siempre comprender y simpatizar con lo que se le decía, y aun hasta con lo que se le pedía. Nunca me he sentido intimidada en presencia de H. P. B., a pesar del lenguaje muy enérgico que empleaba algunas veces. Se sentía siempre que su rudeza era superficial. Yo tenía entrada libre en su cuarto a toda hora, y puedo decir que después de su primera visita a nuestra casa, hasta la hora en que la vi por última vez, tres semanas antes de su muerte, no me recibió jamás de otra manera que como se recibe a una amiga en quien se tiene confianza. Diferíamos de opinión; yo juzgaba mal sus maneras; pero me acuerdo que por esta última circunstancia un amigo mutuo formulaba algunas objeciones con motivo de lo que yo había dicho; H. P. B., con un guiño de ojos, dijo: 'Madame Arundale y yo nos comprendemos, y no hay nada más que decir.'

"Durante nuestra estancia en Elberfeld no escapamos enteramente a las iras de H. P. B. Todo aquello que de un modo cualquiera pareciese hacer agravio a la dignidad o al poder de los Maestros, era para ella como el trapo rojo para el toro. En el curso de la conversación M. Mohini había declarado que a su parecer era muy posible que los 'Hermanos de las Sombras' pudieran alguna vez imitar la escritura de un Maestro. Estas palabras tuvieron el don de irritar a la señora Blavatsky, y nosotros nos apercibimos de que alguna cosa iba mal. Después de mediodía fuimos de paseo en carruaje. El grupo —que comprendía a H. P. B.— estaba repartido en dos coches. Estábamos quietos, sintiendo que nos hallábamos bajo el disgusto de H. P. B. Finalmente llegamos a un bosquecillo, donde ella hizo detener los carruajes y descendió, invitándonos a seguirla. Nos condujo hacia un pequeño claro, y se puso a lanzar sus apóstrofes más vehementes a Mohini, comprendiéndonos a todos, diciendo que ninguno de nosotros era digno de pertenecer a la Sociedad Teosófica y que no podíamos esperar jamás llegar a ser discípulos de un Maestro. Su energía, su dominio de la lengua inglesa, su sinceridad manifiesta, su devoción para los Maestros, su indignación ante la idea de que se dijera o hiciera alguna cosa que pudiese disminuir su dignidad eran tan grandes que nosotros no pudimos dejar de sentirnos culpables delante de ella, y según mi sentir puedo juzgar de lo que los otros deben haber sentido. No he visto en tal estado de cólera a H. P. Blavatsky sino sólo otra vez, y ésta fue después de la famosa reunión de la *Sociedad para las Investigaciones Psíquicas*, en la cual el coronel Olcott hizo imprudentes declaraciones relacionadas con las manifestaciones del Maestro. Me acuerdo muy bien de nuestro retorno en el cab, la tranquilidad tiesa y severa de H. P. B. dominándose hasta la vuelta a la casa, después la furia con la cual azotó al coronel Olcott con sus palabras y sus reproches, por haber expuesto los nombres de los Maestros al ridículo. Recuerdo la actitud digna del coronel Olcott, que permanecía paciente bajo sus reproches, reconociendo haber cometido un error, lo que era efectivamente el caso, hasta el momento en que H. P. B. le ordenara dejar la Sociedad, él se enderezó y dijo: 'Yo no me cuido de lo que usted dice; estoy en la Sociedad y quedaré y trabajaré por ella hasta que el Maestro me eche.' A estas palabras la cólera de H. P. B. se disipó como por encanto, y nos despidió a todos. Eran las tres de la manana...

"La señora Blavatsky volvió a las Indias en diciembre de 1885, pero no permaneció largo tiempo, y al año siguiente regresó a Europa por razones de salud. No la vi entonces, pero pasé con ella una semana en Würzbourg, cuando escribía *La Doctrina Secreta*" [1].

[1] "Las seguridades que en sus cartas daba —dice Sinnett— de que en su retiro de Alemania se ocuparía en una labor distinta de la de escribir cuentos y artículos para las revistas rusas, tuvieron plena confirmación. Durante los tres últimos meses de 1885 empezó a recibir ocultas inspiraciones (o como quieran llamarlo quienes no están más o menos relacionados con las circunstancias de su vida superior), para escribir el tan prometido libro de *La Doctrina Secreta*. Desde principios de febrero

Helena misma explica lo breve de su estancia allí en cierta carta que bajo el título de "Por qué no vuelvo a la India" han publicado después las revistas teosóficas.

"Es deber mío —dice en la carta— el explicar por qué no vuelvo a la India y mi actitud hacia la nueva hoja del libro de la historia de la S. T. que se ha empezado al encargarme formalmente de dirigir el movimiento teosófico en Europa. Porque no es únicamente por causa de mala salud por lo que no vuelvo a la India. Aquellos que me han salvado de la muerte

---

de 1884 aparecieron en *The Theosophist* noticias acerca de dicha obra, diciendo que sería una nueva versión de *Isis sin Velo*, refundida con amplias e importantes adiciones y copiosas notas y comentarios. El propósito de la autora fue el publicarla por entregas mensuales desde marzo del 1882, o a más tardar desde junio. Sin embargo, su visita a Europa en la primavera de aquel año estalló el escándalo de los Coulomb con todas sus irritantes consecuencias, de modo que le fue imposible comenzar una tarea que requería firme y prolongada devoción, concentración de esfuerzos y tranquilidad mental. Todavía estaba intacta *La Doctrina Secreta* cuando mi esposa y yo vimos en Alemania a la señora Blavatsky. La encontramos modesta pero cómoda, y tranquilamente instalada en la amable compañía de su tía la señora Fadeef, con quien está afectuosamente ligada. Por supuesto, se indignaba contra las injusticias sufridas por parte de la comisión de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, aunque todavía no estaba terminado el informe de Hodgson, en el que ésta fundaba sus conclusiones. No obstante, parecía mucho mejor de salud y más animosa de lo que esperábamos, y algunos otros síntomas premonitorios indicaban que no tardaría en estar en marcha la preparación de *La Doctrina Secreta*. Poco después de su regreso a Londres, en octubre, recibí una nota de H. P. B., en la que me decía: 'Estoy muy atareada en *La Doctrina*. Se repite lo sucedido en Nueva York —aludía a las circunstancias en que se escribió *Isis*—, aunque de mejor y más clara manera. Me parece que nos ha de vindicar. ¡Qué de cuadros, panoramas, escenas y dramas antediluvianos! Nunca vi ni oí nada mejor.' A principios de diciembre recibí una carta de la condesa de Wachtmeister, que a la sazón estaba de temporada con H. P. B. Aunque la condesa lleva un título extranjero, es inglesa y está dotada de eminentes facultades de clarividencia, que la elevan muy por encima de las ruines y fragmentarias pruebas materiales con que los obcecados enemigos de la causa teosófica se cebaban en su fiel y estimada amiga. Decía así: '*La Doctrina Secreta* contiene una traducción de escritos ocultos de los que nada sabe el mundo profano. El público del día apenas comprenderá su verdadero significado, pero con el tiempo penetrará profundamente en el corazón de los hombres.' Quince días después escribió: 'Tengo por señalado privilegio el presenciar la maravillosa manera como se está escribiendo este libro.'

"*La Doctrina Secreta*, decía en carta a Mr. Sinnett la condesa de Wachtmeister, será en verdad una magna obra. Yo he tenido el privilegio de ver cómo se ha ido escribiendo; leer el manuscrito y presenciar el oculto procedimiento con que obtiene sus informaciones. Ultimamente he oído en labios de quienes se llaman teósofos expresiones que me han sorprendido y apenado, diciendo que «aun cuando se demostrara que no existen los Mahatmas, no dejaría de ser verdad la Teosofía». Estas afirmaciones han circulado por Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, pero a mi entender son muy erróneas, porque en primer lugar, si no los hubiese, es decir si no hubiese personas que han progresado en la escala de la evolución humana hasta el punto de unir su personalidad con el secreto principio del Universo o Cristo universal, entonces fueran falsas las enseñanzas del sistema llamado «Teosofía», pues habría un truncamiento en la escala del progreso, mucho más difícil de explicar que la ausencia del «eslabón perdido», de Darwin. Dejemos que la ciencia y la filosofía especulativa se contraigan a las hipótesis y a la información que de los libros obtengan. La Teosofia va más lejos y adquiere el conocimiento por directa percepción interna. Por lo tanto, el estudio de la Teosofia significa «desenvolvimiento práctico», y para alcanzarlo es necesario un guía que sepa lo que enseñe y haya alcanzado aquel estado por medio de la «regeneración espiritual».'

"Después de todo cuanto ha expuesto usted en sus Memorias acerca de los ocul-

en Adyar, y dos veces desde entonces, podrían finalmente conservarme la vida allí, como lo hacen aquí. Hay una razón mucho más importante. Aquí se me ha trazado una línea de conducta, y he encontrado entre los ingleses y americanos lo que he buscado en vano en la India. En Europa y en América, durante los últimos tres años, he encontrado centenares de hombres y mujeres que tienen el valor de confesar su convicción en la existencia real de los Maestros, y que trabajan por la Teosofía en el sendero trazado por aquéllos, y bajo su guía, dada por medio de mi humilde

---

tos fenómenos ocurridos en presencia de H. P. B., y como dichos fenómenos han sido parte y nota esencial de su vida, pues que ocurrieron en todo tiempo con su conocimiento y sin él, yo he presenciado personalmente fenómenos auténticos. En esto, como en todas las modalidades de la vida, lo principal es discernir con acierto y estimar las cosas en su verdadero valor. Firmado: *Constancia Wachtmeister.* M. S. T."

Esta carta, añade Sinnett, ha sido publicada en un periódico norteamericano con las siguientes consideraciones, añadidas por el Dr. Franz Hartmann:

"Kempten (Baviera) 10 de mayo de 1886. — He leído la carta anterior de la condesa de Wachtmeister, y estoy plenamente de acuerdo con su contenido. También yo, como mi amiga la condesa, he tenido mis dudas y sospechas antes de conocer la verdad. A veces estuve perplejo, tanteando las tinieblas; pero ahora puedo decir, sin vacilar, sincera y verazmente, que quienes deseen explicarse la gran perturbación habida en el seno de la S. T., habrán de mirar mucho más hondo que en un deseo de engañar por parte de H. P. B. Las acusaciones del Sr. Hodgson y otros se fundan tan sólo en externas apariencias y razonamientos superficiales; porque para averiguar la verdad no solamente se necesitan ingenio y agudeza sino *intuición*, que no puede poseer el científico que raciocina meramente en el plano de las ilusiones y, aunque la poseyera, no podría utilizarla, pues contravendría las leyes en que se funda la ciencia materialista. La intuición es la piedra angular tan a menudo rechazada por los constructores materialistas, que continuarán rechazándola. Con la facultad requerida para alcanzar la ciencia suprema, el *conocimiento espiritual*, y su desarrollo es la primera ley de la que depende el progreso en ocultismo práctico. Si quienes desean alcanzar la verdad desarrollan la intuición y la vivifican en sus corazones, obtendrán un guía espiritual y un Maestro cuya voz conocerán, de cuyas palabras no dudarán y cuya mano los conducirá desde las ilusiones de los sentidos y las especulaciones teóricas al brillante resplandor de la eterna verdad. Deténganse los miembros de la S. T. y reflexionen antes de retroceder en el camino que hacio lo alto los condujo, acercándolos al dios que dormita en el paraíso de sus almas, y seamos todos agradecidos a los 'Hijos de la Luz', que nos han despertado de nuestra modorra, llamándonos la atención hacia el alborear del nuevo día. Escuchemos sus enseñanzas, aprendamos sus doctrinas, comprobémoslas con la piedra de toque de nuestra razón, y según nos las asimilemos seremos mayores y más fuertes. Cuando llegue el 'Espíritu Paráclito' descenderá a los templos en cuyos altares arda su propio fuego; pero el infiel, el escéptico, el tergiversador de la verdad no verá nada más que el humo que se levante de su cerebro. El buho ama las tinieblas. El águila se remonta hacia el sol."

"Tecla de Mommerot, inteligentísima colaboradora de la *Revue*, sorprendida ante la extraña e imponente figura de la fundadora de la Sociedad Teosófica, y aunque ajena en absoluto a dicha Sociedad —dice en la página 45 de su tomo VII la notable revista argentina *Philadelphia*—, se dedicó a estudiarla a aquélla libre de toda idea preconcebida y con el sólo propósito de llegar a explicarse el enigma de tal existencia." Esto añade gran prestigio a las favorables opiniones que emite en su clásico trabajo "Una maga moderna".

"*La Doctrina Secreta* —dice Tecla Mommerot— es una obra de gran importancia que abarca muchos volúmenes. Lleva por lema: 'No hay religión más elevada que la Verdad.' Sus diversos capítulos desenvuelven, en general, las 'Estancias de Dzyan', una de las obras místicas orientales más antiguas. Además de los problemas de Ocultismo y de Magia se trata allí de las relaciones del Hombre y el Universo; de la naturaleza de los mundos invisibles y de los seres que pueblan a estos mundos; encontrándose además estudios comparativos sobre el Simbolismo en las diversas religiones,

persona. En la India, por otro lado, desde el momento de mi partida, el verdadero espíritu de devoción a los Maestros y el valor de confesarlo, se han ido desvaneciendo constantemente. En el mismo Adyar, han aumentado la deserción y las luchas entre las personalidades; varios miembros de los del Consejo han mostrado hacia mí una animosidad extemporánea y completamente inmerecida. Parece haber habido algo extraño e imprudente en Adyar, durante estos últimos años. En cuanto un europeo, de los más devotos a la causa, de los de mayores inclinaciones teosóficas, pone

una exposición de las teorías indias acerca del Universo; el estado post-morten, etc., etc. Verdadera enciclopedia de la Enseñanza oculta, esta obra es, para el estudiante del Misterio, una preciosa fuente de luz oriental. La evolución de la vida y de la forma, los 'elementales' o 'espíritus de los elementos', animando a su lado en aquel momento, jamás dejaron de tributarle su afecto y su veneración. Al lado de estos últimos se retiró, para continuar escribiendo, sin darse un instante de reposo, en las ideas teosóficas."

En 1887 fundó en Londres la "London Loge" y consagró en adelante su actividad toda a los Centros de Occidente, mientras que el coronel Olcott, su fiel amigo, divulgaba de Sur a Norte, en toda la península indostánica, las ideas a las cuales habían ambos consagrado su vida.

En 1890, pocos meses antes de morir H. P. B., escribió lo siguiente, bajo el título de "Nociones erróneas acerca de *La Doctrina Secreta*", y que tiene, como dicen los juristas, todo el valor de una interpretación auténtica:

"Desde la publicación de *La Doctrina Secreta*, algunos estudiantes de Teosofía se han quejado de que las enseñanzas contenidas en la obra no les resultaban satisfactorias. Uno de éstos, mencionando la extensa y acerba crítica de aquélla, hecha por un antiguo, insignificante y brutal enemigo, la emprende contra mí, por dar lugar, dice, a semejante crítica, ya que no tengo lo bastante en cuenta la ciencia y el pensamiento modernos (¡!), y otro se lamenta añadiendo: 'Durante los diez últimos años he sido lector asiduo de la literatura teosófica. He leído y releído *La Doctrina Secreta*, comparando y cotejando pasajes, y nada es tan desesperante, en el momento en que principian a aclararse algunas de las más sabias explicaciones acerca de ciertos puntos de Ocultismo, como el verse uno confundido por una cita relativa a alguna filosofía o religión exotérica, que viene a cortar el hilo de las ideas, dejando sin terminar la explicación... Podemos así comprender algunas partes, pero nos es imposible el formarnos una idea sintética y concisa, particularmente acerca de las enseñanzas relativas a Parabrahm (lo Absoluto), el primero y segundo Logos, «el Espíritu, la Materia, Fohat, etcétera, etcétera.» '."

"Este es el resultado lógico del erróneo concepto de creer que en la obra que he titulado *La Doctrina Secreta* me haya propuesto jamás el coincidir con la ciencia moderna o el explicar 'puntos ocultos'. Si me ocupé y sigo ocupándome en los *hechos* más que en las hipótesis científicas, mi principal, casi mi único objeto fue el de hacer resaltar el hecho de que los principios fundamentales de toda religión o filosofía exotérica, antigua o moderna, no eran, desde el primero hasta el último, sino ecos de la 'Religión-Sabiduría' primitiva. Intenté demostrar, pues, que el ARBOL DEL CONOCIMIENTO es *Uno*, como la Verdad misma, y que aun cuando difiera en forma y desarrollo el follaje, el tronco, así como sus ramas principales, pertenecen todavía a ese mismo Arbol antiguo a cuya sombra ha crecido y evolucionado la filosofía religiosa (ahora esotérica) de las razas que precedieron en la Tierra a nuestra Humanidad actual.

"En los dos primeros tomos de la obra creo haber logrado hasta donde era posible mi objeto. No era la filosofía oculta de las doctrinas esotéricas la que me propuse demostrar o explicar al mundo en general, porque, en tal caso, la calificación de 'Secreta' se habría convertido en el secreto de Polichinela, un secreto a voces como los apartes de las escenas teatrales, sino simplemento revelar *aquello que podía ser revelado*, comparándolos con las creencias y dogmas de las naciones actuales y pretéritas, señalando así su origen y poniendo de manifiesto hasta qué punto habían degenerado.

el pie en la Sede Central (hasta si se trata de un amigo personal mío o del Presidente), se convierte en el acto en un amigo personal de uno u otro de nosotros: y, lo que es peor, termina por dañar y desertar la Causa. Entiéndase desde luego, que no acuso a nadie. Conociendo como conozco la actividad de las fuerzas del Kali Yuga, en obra para impedir y destruir el movimiento teosófico, yo no considero a los que, uno tras otro, se han convertido en enemigos míos (sin falta por mi parte), como los consideraría si fuera de otro modo. Uno de los principales factores en el despertar

Si mi obra en esta época de afirmaciones materialistas y de iconoclasticismo universal es demasiado prematura para las masas profanas, tanto peor para ellas. Mas no era demasiado prematura para los estudiantes de Teosofiía, atentos y celosos, salvo quizá para aquellos que creyesen que un tratado acerca de las tan intrincadas correspondencias como las que existen entre las religiones y filosofías del pasado casi olvidado y las de la edad presente, podía resultar una cosa tan sencilla como el tomar un billete de ferrocarril a precio reducido. Hasta un sólo sistema de filosofía, bien sea de Kant o de Spencer, de Spinoza, o de Hartmann, requiere algo más que un estudio de varios años. ¿No es lógico, pues, que una obra que compara a varias docenas de filosofías y más de media docena de religiones mundiales, una obra que ha de poner al descubierto las raíces de aquéllas con mayores precauciones —ya que sólo puede *sugerir, insinuar* algunas veces ideas referentes a las secretas flores—, no puede ser comprendida en una primera lectura, ni siquiera después de varias, como no elabore el lector para su propio uso un sistema de estudio?

"Que esto último puede hacerse, y se está haciendo, queda demostrado por 'Dos estudiantes de la Sección Esotérica o interna de la S. T.', los cuales, de la manera más clara y comprensible, lo están llevando a cabo en la revista donde aparecen estas líneas. Ellos, sin embargo, igual que los demás, tampoco comprendieron esa obra inmediatamente después de haberla leído. Pero emprendieron con el mayor celo este trabajo; hicieron una especie de Indicador para su uso particular, clasificando en dos partes, exotérica y esotérica, las materias, y habiendo terminado esa labor preliminar, ofrecen ahora a los lectores, en general, la primera parte, conservando la última para su propia instrucción y beneficio. ¿Por qué no habría de hacer lo mismo todo teosofista animado de buen deseo? Dos distintos medios existen para adquirir el conocimiento: *a*) el de aceptar ciegamente los preceptos de la Iglesia o de la ciencia moderna; y *b*) el de rechazar a entrambas y proponerse uno el hallar la verdad por sí mismo. El primer método es fácil, conduce a la respetabilidad social y a la alabanza de los hombres; el otro es difícil y requiere un amor nada común hacia la verdad, una indiferencia completa respecto a todo beneficio personal, amén de una inquebrantable perseverancia. Así era antiguamente y sigue siendo hoy día, salvo que ese amor a la verdad es mucho más raro en nuestra época que lo fuera en los siglos pasados. La repugnancia del orientalista moderno a pensar por sí mismo es, ciertamente, tan grande ahora como las exigencias y críticas del occidental respecto a los pensamientos de los demás.

"Pretende aquél para su 'Sendero' todo el 'confort' moderno; exige aceras asfaltadas, trenes rápidos y telégrafos, y hasta anteojos con los que contemplar, cómodamente tendido, el trabajo de los demás, y mientras les critica, hallar un trabajo fácil. Con todas estas condiciones por delante, pero no sin ellas, está dispuesto a dárselas de Ocultista y de estudiante de Teosofía... Pero el verdadero 'Sendero' conducente al conocimiento esotérico es muy distinto. Obstruida está su entrada por infinidad de plantas espinosas, frutos de la negligencia y la omisión; los disfraces de la verdad, que tantos siglos de existencia cuentan, entorpecen el camino, el cual está entenebrecido por el orgulloso desdén de la propia presunción y por verdades alteradas sistemáticamente y desviadas desde su origen. Penetrar sólo en el umbral de ese 'Sendero' exige una incesante labor de años, no compensada muchas veces, y cuando ha logrado franquear la entrada, el abrumado peregrino no ha de caminar con gran esfuerzo, porque la estrecha senda conduce a la cima de montañas inviolables e ignoradas por todos menos por aquellos que alcanzaron ya sus nebulosas cumbres. Así ha de ascender paso a paso el discípulo, conquistando, digámoslo así, cada palmo de terreno por [illegible]

del Aryavarta, que ha formado parte de la obra de la Sociedad Teosófica, era el ideal de los Maestros. Pero debido a falta de juicio, discreción y discernimiento, y a las libertades que se han tomado por Sus nombres y *Personalidades*, se ha producido un concepto equivocado sobre Ellos. Bajo el más solemne juramento y promesa, me había yo comprometido a no revelar nunca toda la verdad a nadie, excepto a aquellos que, como Damodar, habían sido finalmente seleccionados y llamados por Ellos. Todo lo que yo podía revelar, era que existen en alguna parte tales grandes hombres; que algunos de Ellos eran hindús; que estaban instruidos, como nadie más, en toda la antigua sabiduría de Gupta Vidyâ, y habían adquirido todos los Siddhis, no como éstos se representan en la tradición y en los "velos" de las antiguas escrituras, sino como son de hecho y en verdad; y también que yo era un chela de uno de Ellos. Sin embargo, en la imaginación de algunos hindús se forjaron las más extravagantes y ridículas fantasías sobre Ellos. Se les llamaba los "Mahatmas" y algunos amigos demasiado entusiastas los empequeñecían con sus extrañas fantásticas descripciones. Nuestros adversarios, describiendo a un Mahatma como un completo Jivanmukta, inistían en que, como tal, debe Él estar privado de todo género de comunicaciones con personas vivientes en el mundo. Sostenían ellos también que como estamos en el Kali Yuga, era imposible que hubiese Mahatmas de ninguna clase en nuestra época. No obstante estas primitivas erróneas ideas, la de la existencia de los Maestros y la creencia en Ellos, ha traído ya sus buenos frutos a la India. El principal deseo de Ellos consistía en conservar el verdadero espíritu religioso y filosófico de la India antigua; defender la antigua Sabiduría contenida en sus Darshanas y Upanishads, contra los asaltos sistemáticos de los misioneros; y finalmente, despertar la ética durmiente y el espíritu patriótico en los jóvenes en que había casi desaparecido, debido a la educación de los colegios. Mucho de esto se ha llevado a cabo por medio de la Sociedad Teosófica, a pesar de todas sus equivocaciones e imperfecciones. Si no hubiese sido por la Teosofía, ¿hubiera tenido la India su Tukaram Tatya haciendo la inapreciable obra que él hace, y que nadie en la India pensó nunca en hacer antes de él? Sin la Sociedad Teosófica, ¿habría nunca pensado la India en arrancar de manos de los orientalistas eruditos, pero no espirituales, el deber de revivir, traducir y editar los Libros Sagrados de Oriente, de popularizarlos y venderlos a precios mucho más abordables, y al mismo tiempo en forma más exacta que lo que se ha hecho nunca en Oxford? ¿Habría nuestro respetado y devoto amigo Tukaram Tatya mismo pensado alguna vez en hacer esto, si no hubiera ingresado en la Sociedad Teosófica? ¿Vuestro mismo Congreso político, hubiera sido una posibilidad sin la S. T.? Lo más importante de todo es que, uno al menos de vosotros, ha obtenido un gran beneficio con ello; y si la Sociedad no hubiera dado a la India más que ese futuro Adepto [Damodar], que ahora tiene el porvenir de llegar a ser un día un Mahatma (no obstante el Kali Yuga), eso sólo sería una prueba de que no fue en vano fundada la S. T. en Nueva York y trasplantada a la India. Finalmente, si alguno de los 300 millones de habitantes de la India puede demostrar, pruebas en mano, que la Teosofía, la S. T. o mi misma humilde persona, han hecho el más leve mal, sea al país o a algún hindú, que los fundadores han sido culpables de enseñar doctrinas perniciosas o de dar mal consejo, entonces, y sólo entonces, se me puede imputar como un crimen el haber presentado el ideal de los Maestros y haber fundado la Sociedad Teosófica. Siempre, mis buenos y jamás olvidados hermanos hindúes, el sólo nombre de los Maestros santos, que fue un día invocado con plegarias pidiendo Sus bendiciones, desde un extremo al otro de la India; Su nombre sólo ha operado un poderoso cambio en vuestro país. No es al coronel Olcott, o a mí, a quienes debéis nada, sino verdaderamente a estos nombres, que, hace unos pocos años, hubieran sido una palabra vacía en vuestras bocas. Así ocurrió que, mientras yo permanecí en Adyar, las cosas iban con bastante suavidad, porque alguno de los Maestros estaba constantemente presente entre nosotros, y su espíritu siempre protegía a la S. T. de verdadero mal. Pero, en 1884, el coronel Olcott y yo nos ausentamos para visitar Europa, y mientras estábamos fuera "descendió el rayo" de los Padres y los Coulomb. Volví en noviembre, y caí gravemente enferma. Durante ese tiempo, y en la ausencia del coronel Olcott en Birmania, nuestros enemigos plantaron las semillas de todas las luchas futuras y, permitidme que lo diga desde luego, de desintegración de la S. T. El que la Sociedad no se hundiese en aquel mismo momento, con la conspiración Patterson-Coulomb-Hodgson y la pusilanimidad de los principales teósofos, debiera ser una prueba suficiente de como estaba protegida. Vacilantes en su creencia, los pusilánimes empezaron a preguntar: "¿Por qué, si los Maestros son genuinos Mahatmas, han permitido que ocurran tales cosas, o por qué no han utilizado sus poderes para destruir este complot o aquella conspiración, o hasta éste o aquél hombre o mujer?" Sin embargo, se había explicado innumerables veces, que ningún Adepto del Buen Sendero se mezclará con las justas operaciones de Karma. Ni el más grande de los Yoguis puede desviar la progresión de Karma o detener los resultados naturales de las acciones más que por un corto período, y aun en tal caso, estos resultados sólo se reafirmarán más tarde hasta con una fuerza décuple, pues tal es la ley oculta de Karma y los Nidânas. Además, ni el mayor de los fenómenos sirve para el progreso real espiritual. Cada uno de nosotros tiene que obtener su Moksha o Nirvana por su propio mérito, no porque un Gurú o Deva le ayude a ocultar sus limitaciones. No hay mérito en haber sido creado Deva inmaculado o en ser un Dios; pero hay la eterna felicidad de Moksha que se vislumbra para el hombre que, por sus personales esfuerzos, llega a ser *como un Dios* y una Deidad. La misión de Karma es castigar al culpable, y no el deber de ningún Maestro. Pero los que actúan según Sus enseñanzas y viven la vida de que son Ellos los mejores ejemplos,

propios esfuerzos, y sólo puede reconocer los extraños campos que recorre descifrando inscripciones medio borradas por los siglos, y ¡ay de aquel que, en vez de estudiarlas, retrocede declarándolas indescifrables!... La 'Doctrina del Ojo' es maya o ilusión. Sólo la 'Doctrina del Corazón' es la que puede hacer de él un elegido. ¿Hemos de extrañar, pues, que sean tan poco los que alcancen la meta? ¿Que tantos sean los llamados, pero tan pocos los elegidos? ¿Acaso no vemos explicado todo esto en tres meras líneas de *La Voz del Silencio*, donde se dice: 'Mientras que los primeros, los ignorantes, repiten orgullosos: «¡Ved!», «¡yo sé!», aquéllos, los elegidos que humildemente han atesorado, confiesan en voz baja: «¡Así he oído!»'" (*Sophia*, 1895, páginas 377-380.)

nunca serán abandonados por Ellos y siempre encontrarán Su benéfica ayuda cuando la necesiten, sea de un modo claro o de un modo invisible. Esto se dirige desde luego a aquellos que aún no han perdido por completo su fe en los Maestros. Los que nunca han creído, o han cesado de creer en Ellos, pueden seguir con sus propias opiniones. Nadie, excepto quizá ellos mismos algún día, perderá nada con ello...

"Si, volviendo a lo anterior, en aquel crítico momento, los miembros de la Sociedad, y especialmente sus directores de Adyar, hindús y europeos, se hubieran presentado unidos como un solo hombre, firmes en su convicción de la realidad y poder de los Maestros, la Teosofía hubiera salido más triunfante que nunca y ninguno de sus temores se hubiera realizado, por muy finos que hubiesen sido los lazos legales preparados para mí, y cualesquiera que fuesen las equivocaciones y errores de juicio que yo, humilde representante de Ellos, pueda haber hecho en la dirección ejecutiva del asunto. Pero la lealtad y el valor de los consejeros de Adyar y de los pocos europeos que habían confiado en los Maestros, no estuvieron a la altura de la prueba, cuando ésta se presentó. A pesar de mis protestas, se me apartó de la Sede Central de la S. T. Enferma como yo estaba, casi muriéndome a la verdad, como decían los médicos, sin embargo protesté, y hubiera combatido por la Teosofía en la India hasta mi último suspiro, si hubiese encontrado un apoyo leal. Pero algunos tenían embrollos judiciales, otros con el Gobierno, a la vez que mis mejores amigos creían en las predicciones del doctor y que yo moriría si me quedaba en la India. Por esto se me envió a Europa para reponerme, con la promesa de que volvería pronto a mi amada Aryávarta.

"Me marché y empezaron a circular intrigas. Ya al llegar a Nápoles supe que se decía que estaba yo meditando el crear en Europa una Sociedad rival de la de Adyar (!!!). En una palabra, desde que partí no sólo se ha debilitado la actividad del movimiento, sino que aquellos por quienes tenía el más profundo afecto, considerándolos como una madre lo haría con sus hijos, se han vuelto contra mí, mientras que en Occidente, en cuanto acepté la invitación de venir a Londres, encontré personas que creyeron en la verdad de la gran Causa por la que he luchado, y en mi propia *bona fides*, no obstante la Memoria de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y las malignas sospechas e hipótesis. Actuando bajo las órdenes del Maestro, comencé un nuevo movimiento por el Occidente en la dirección original; fundé *Lucifer* y la Logia que lleva mi nombre. Reconociendo la espléndida obra hecha en Adyar por el coronel Olcott y otros para llevar a cabo el segundo objeto de la S. T., esto es, para promover el estudio de la literatura oriental, me determiné a llevar a cabo aquellos otros dos. Todos saben qué éxito se ha alcanzado. Por dos veces se pidió al coronel Olcott que lo impidiera, y entonces supe que de nuevo se me necesitaba en la India, en todo caso por algunos. Pero la invitación vino demasiado tarde. Ni mi médico me lo permitiría ni yo puedo, si he de ser leal al juramento de mi vida y a mis votos, vivir ahora en la Sede Central, de la cual los Maestros y su espíritu están virtualmente desterrados. La presencia de Sus retratos no servirá de gran cosa. Ellos son letra muerta. La verdad es que yo no puedo volver a la India de otro modo que como Su fiel agente. Y como, a menos que Ellos aparezcan en medio del Consejo *in propria persona* (lo cual Ellos no harán ciertamente ahora), ningún consejo mío en cuestiones ocultas parece probable que sea aceptado; como el hecho de mi conexión con los Maestros se duda, y hasta se niega por algunos, y no teniendo derecho a la Sede Central, ¿qué razón puede haber para que yo viva en Adyar?"

En Würtzburgo y en Ostende, H. P. B. terminó *La Doctrina Secreta*. Durante aquellos dos años, "la vieja señora", como se la llamaba familiarmente, trabajó casi diez y siete horas diarias. En esta época acababa de fundar la *Revue théosophique française*, dirigida por la condesa de Alhemar, y otras dos revistas en Inglaterra y en la India: *Lucifer* y *English Review*. Directora y colaboradora de esas publicaciones, mantenía además una importante correspondencia con los miembros de la nueva Sociedad. Su salud, ya muy afectada, se alteró cada vez más bajo la influencia de esa labor sin descanso, así como bajo los ataques reiterados de que fue víctima en esa época y que lastimaron hondamente su vibrante y sensible naturaleza.

"Dos años después de haberse establecido en Londres —dice Vera Jelihovsky— llegó a Helena una mujer de conocimientos, méritos y talentos extraordinarios. Dejo que hable ella misma:

'Lucho más que nunca con los materialistas y ateos. Toda la liga de «librepensadores» está en armas en contra mía, porque he convertido en un buen teosofista al mejor de sus campeones —Annie Besant— la célebre escritora y oradora, asociada a la obra de Bradlaugh y mano derecha suya... Leed su profesión de fe *Why I became a Theosophist* («Por qué llegué a ser teosofista»), sumario de cuanto dijo en su confesión pública ante un inmenso auditorio en el Salón de Ciencias. El clero se ha complacido tanto en su conversión, que ahora todo son alabanzas para la Teosofía... ¡Qué noble y excelente mujer! ¡Qué corazón de oro! ¡Qué sinceridad y qué palabra! Es un verdadero Demóstenes. Nunca se cansa una de oírla... Esto es precisamente lo que necesitamos, pues si bien poseemos conocimiento, ninguno de nosotros sabe hablar, yo sobre todo, mientras que A. Besant es una oradora perfecta. ¡Oh! ¡Esta mujer jamás hará traición ni a nuestra causa ni a mi pobre persona!'

"Mi hermana tenía muy buenas razones para lo que decía. Con la ayuda de teosofistas como mistress Besant, la condesa de Wachtneister, Bertramm Keighltey y otros así, hubiera podido descansar en paz y dedicarse a sus trabajos literarios, si sus días no estuviesen contados ya.

"El 26 de abril de 1891, H. P. B. cayó enferma de gripe complicada con equimosis y bronconeumonia. El 6 de mayo parecía ya restablecida, pues que se vistió y levantó. El día 8, después de una noche muy penosa, pareció hallarse mejor, llegando a creerla el médico fuera de peligro. Pero merced a un cambio brusco que se produjo al mediodía, algunos instantes más tarde quedaba sentado en el sillón el cuerpo que su poseedora acababa de abandonar.

"El invierno de 1890 fue, como todos sabemos, muy crudo en Londres, y desde la primavera de 1891, la influenza, este nuevo azote de la Humanidad, que tiene la apariencia más suave y no enseña sus garras hasta que ya es tarde, se unió a las inclemencias del tiempo y se llevó más gente que todas las demás enfermedades juntas. La comunidad entera del nú-

mero 19 de la Avenue Road, fue atacada en abril y mayo. Los miembros jóvenes se repusieron; Helena sucumbió.

"Mistress Besant se hallaba ausente; había ido al Congreso de los teosofistas americanos como representante de la fundadora de la Sociedad, encargada por ésta de hablar en su nombre a 'sus paisanos y hermanos en Teosofía'. El primer éxito de Helena acaeció antaño en Nueva York, y la ciudad de Boston tuvo el privilegio de proporcionarle su última alegría en la Tierra. El telegrama, lleno de cariñosos sentimientos de gracias y de votos sinceros que ella recibió de América, después de la lectura de su carta por Annie Besant, le ocasionó una profunda alegría cuando ya se hallaba en cama, herida de muerte... La que tantas veces había probado la falibilidad de los diagnósticos médicos, les engañó una vez más, pero en bien opuesto sentido por desgracia. A las once de la mañana del 8 de mayo, los médicos la declararon fuera de peligro; se levantó, se juntó a su mesa de trabajo, queriendo, sin duda alguna, morir en su puesto, y a las dos cerró los ojos y... partió.

"Partió tan tranquilamente —escribió uno de los testigos presenciales de su imprevista muerte— que nosotros, que nos hallábamos a su lado, no nos dimos cuenta de cuándo expiró. Una suprema sensación de paz se apoderó de nosotros, arrodillados a su lado, viendo que todo había concluido." (*Cómo nos dejó*, por miss L. Cooper, *Lucifer*, junio de 1891). Sus últimas palabras a sus discípulos parece que fueron: 'Manteneos unidos para que no sea estéril mi última encarnación.'

"Yo había visto a mi hermana por última vez en el verano de 1890. Acababa de establecerse en su nueva casa y se hallaba muy ocupada, sufriendo casi siempre. Estaba entonces dedicada a la formación de un asilo para trabajadores en East End de Londres. 'El Club de Trabajadores', fundado a costa de una teosofista rica, que deseaba ocultar su nombre, prosperó entonces bajo la dirección de su patrona, perteneciente a la Sociedad Teosófica. Pasábamos las noches hablando de nuestros buenos tiempos, de su amado país. La injusticia de la Prensa inglesa y sus calumnias contra Rusia la herían en lo más íntimo. ¡Lástima grande que sus compatriotas no conozcan todos sus artículos sobre el asunto! Muchos de aquéllos, sobre todo los que tenían formada una idea equivocada sobre ella por lo que decían ciertos periódicos rusos, hubieran cambiado de opinión a la vista de ellos, por ejemplo, del publicado en el *Lucifer* de junio de 1890 bajo el título de 'El foso y la viga', por las supuestas 'atrocidades rusas en la Siberia', debidas sólo a la fantasía demasiado viva de George Kennan. Y, cosa curiosa, los últimos trabajos de su pluma que aparecieron en la misma página de *Lucifer* en que se insertaba una precipitada nota acerca de su muerte, se referían al Emperador de Rusia, dando a la Corte de Inglaterra el consejo de que siguiese el buen ejemplo de la familia imperial rusa en la práctica de ciertas virtudes.

"Un hermoso día de mayo, los restos de la Fundadora de la Sociedad Teosófica fueron depositados en un ataúd, completamente cubierto de flores, y llevado al crematorio de Woking. No hubo ceremonia alguna previa, ni se llevó luto, por haberlo ella expresamente prohibido."

En la India, y sobre todo en Ceilán, fue conmemorada su muerte con gran pompa; pero en Europa la ceremonia fue de lo más sencillo posible.

Sólo se pronunciaron unas cuantas palabras sobre "la que había creado el movimiento teosófico; sobre la que había sido el apóstol de la caridad universal, de una vida de pureza y de trabajo en pro de los demás y sobre todo del progreso del espíritu humano, del alma divina y eterna". Luego fue entregado el cuerpo a las llamas, y tres horas después, las cenizas de la que había sido Helena Petrovna Blavatsky fueron conducidas a su último puesto. Es posible que algunos de sus discípulos fueran demasiado fervientes; pero hubo otros que no hablaron sino la verdad respecto de ella, y todos convienen en considerar que seres como ella suelen verse rara vez en este planeta miserable.

Capítulo XXVIII

LA GLORIOSA PERSONALIDAD DE H. P. B.

Uno de los efectos más preciosos de la misión de Upasika —nombre familiar con el que los Maestros designaban a H. P. B.— fue la de impulsar a los hombres a estudiar por sí mismos y destruir en ellos todo servilismo ciego, cualquiera que él sea y venga de donde viniere. Con razón se ha dicho que ella no mostraba ni sombra de ascetismo en su interior; no meditaba en la soledad; no practicaba austeridades en su alimentación; no rechazaba a los espíritus mundanos o frívolos, ni escogía a su círculo de amistades. Su puerta estaba abierta para todos, aun aquellos cuya pluma podía luego temer. Con frecuencia era caricaturizada, pero si los artículos en cuestión mostraban alguna espiritualidad, solía reírse de todo corazón.

"Cuando estudiamos las reminiscencias y recuerdos de aquellos que conocieron personalmente a H. P. B., tanto amigos como enemigos, dice Annie Besant, o cuando interrogamos a los testigos vivientes acerca de la vida de aquélla, nos vemos sorprendidos ante la variedad de opiniones, como si se tratase no de uno, sino de muchos seres distintos que pasasen ante la vista con el mismo nombre de H. P. B. Para unos, ella es un gran ser que abre nuevos derroteros al mundo; para otros, una peligrosa destructora de religiones; para los de más acá, una compañera brillante y encantadora; para los de acullá, una oscura expositora de inconcebibles metafísicas. Ora se la cree un gran corazón lleno de compasión hacia cuantos sufren, ora un alma que no conoce la piedad; bien una clarividente que penetra en las profundidades más recónditas de la humana psiquis, bien una ingenua que da crédito al último que la habla. Unos ponderan su paciencia sin límites; otros su turbulenta irascibilidad, y así hasta el infinito. Sin duda no hay rasgo alguno importante del alma humana que no esté relacionado con el alma de tan maravillosa mujer. Nadie, en verdad, la conocía a *fondo* con todas sus cualidades, y su singularidad llegaba a tal extremo, que aun sus más allegados y queridos se sentían llenos de confusión y de desconfianza. La tragedia de su soledad es evidente cuando se lee su biografía, escrita por su querida hermana, pues junto con el amor que indudablemente la profesa ¡cuántas y cuán equivocadas interpretaciones! ¡Cuánta confianza forzada ante pruebas irrefutables! ¡Cuánto mal entendido asombro cuando tropieza con uno de tantos elevados conceptos que saltan acerca de su elevada personalidad! En semejantes ocasiones la hermana parece decir: '¡Es verdad, pero no lo creo!'

"Todo ello, sin embargo, es harto natural. Las cualidades de H. P. B. se hallan tan por encima del nivel ordinario, que resultan completamente extrañas para la inmensa mayoría de las personas. Alguien ha dicho acerca de ella que 'se elevó a las alturas donde sólo los que son águilas pueden remontarse, mientras que quienes no pudieron alcanzar elevarse donde ella sólo vieron la huella de sus plantas'. Aun su más íntimo ayudante y colaborador, el coronel Olcott, confiesa en su *Diario* que, a pesar de sus muchos años de convivencia con ella, nunca pudo contestar a la pregunta de 'quién era H. P. B.'. Tan difícil era para sus contemporáneos el dar una definición corriente de su compleja naturaleza; tan poco comunes eran sus cualidades y sus actos, a pesar de lo cual, todos cuantos la conocieron concuerdan en que poseía un extraordinario poder espiritual, poder que subyugaba a cuantos la rodeaban; que gozaba de una increíble capacidad para realizar trabajos intensos, y una paciencia sobrehumana para llevar a cabo su ideal y el cumplimiento de la voluntad del Maestro. También es reconocido por todos el que tenía una sinceridad pasmosa y sin límites. Semejante sinceridad se manifiesta en toda expresión de su alma ardiente, que nunca retrocedía ante el qué dirán. Ello se revela también en la espontaneidad de sus cartas, como asimismo en cada detalle de su vida borrascosa y llena de sufrimientos, y no dejan de ser sorprendentes tales sinceridad y confianza en un ser tan rico de experiencias. Primero tenemos su vida como una joven rusa de la buena sociedad durante el tiempo de la esclavitud política de aquel país; después sus experiencias en la India y el Tíbet, como discípula de los Maestros Orientales, y que más bien parecen cuentos de hadas, y, finalmente, su extraordinaria posición de instructor espiritual y de heraldo de la Sabiduría Antigua entre los ingleses de la más refinada cultura y en el más serio de los centros de Europa, o sea en Londres.

"Una de las cualidades de H. P. B. que ejercía gran atracción sobre sus amistades, y que al par la perjudicaba seriamente algunas veces, era su carácter vivo y mordaz. Quienes la conocieron, la recuerdan con amor y con deleite en su carácter decidido, impetuoso, jovial, vivo y perspicaz, en una conversación siempre atrayente y sabia. Gustábale también bromear y salpimentar de emociones sus relatos. Su sobrina N. W. Jelihwsky dice de ella lo siguiente: 'Tía tenía una cualidad maravillosa; con tal de bromear o de decir una palabra ingeniosa, no se preocupaba por las consecuencias. Algunas veces, escuchando los detalles de sus entrevistas con los reporteros de Londres nos reíamos hasta más no poder. Madre la reprochaba a menudo, diciéndola: «¿Por qué inventas todo eso?», y ella contestaba: «¡Bah, deja que ganen algo y tengan algo que contar los pobres!» En otras ocasiones refería historias inverosímiles, aun a sus amigos teósofos, y sólo por divertirlos. Nosotros también nos reíamos; pero cuando se trataba de algunas personas ignorantes que no sabían lo que era una broma, no dejaron de surgir muchas malas interpretaciones y disgustos y aun algo más

que disgustos. No pocas de las víctimas de sus bromas se pasaron al campo de sus enemigos"[1].

Digna de todo elogio es la sinceridad del finado Mr. Steed, el célebre espiritista, cuando, refiriéndose a la Maestra, dice:

"En este bosquejo no intentaré resucitar la controversia relacionada con el asunto de los Coulomb. Si resultase cierto todo lo que el doctor Hodgson y la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas* dijeron sobre el particular, el misterio sería aun mayor, y aumentaríamos lo maravilloso de

[1] "H. P. B. —dice Tecla Mommerot en el artículo que sobre ella publicó en la *Revue des Revues*— fue *diferente* o cambiante siempre; diferente de cuantos la rodeaban, diferente de ella misma, diferente hasta el punto de que se ha podido ver en ella manifestación de personalidades diversas, y algunas veces opuestas. Para sus amigos ha permanecido siendo la Esfinge y ha partido llevando consigo su secreto, lo que ocurre siempre con aquellos que pasan incomprensibles y misteriosos; aparecen como el instrumento perfecto de cosas ocultas que apenas ellos mismos conocen y que son impotentes para traducir a los que, después de ellos, comprueban los efectos. La señora Blavatsky fue una de esas inquietantes personalidades en las que unos no ven sino el fraude y la impostura organizados en perjuicio de muchos espíritus, mientras que otros creen descubrir en ellas el juego de fuerzas raras y preciosas, momentáneamente sacadas de la reserva común, en donde duermen ignoradas la mayor parte. El Ocultismo, en efecto, pretende conocer el 'Sésamo' que abre, en los límites de la esfera del pensamiento, esa débil barrera detrás de la cual murmuran las voces del misterio, las potencias latentes del espíritu.

Su pesadota figura, su cabeza cuadrada cubierta por cortos y desaliñados cabellos; sus rasgos duros a los que alumbraban dos grandes ojos de un gris acerado, fríos y penetrantes; el aspecto vigoroso de su persona y hasta el flotante vestido que siempre usaba, especie de peplo que caía hasta abajo retenido sólo por un simple cordón en la cintura, todo denotaba en H. P. B. la virilidad de su espíritu y el completo abandono de toda femenina preocupación. De carácter alegre y aun jocoso, era también sumamene sencilla en sus maneras, lo que agregaba verdadero encanto a su trato. Pero odiaba la hipocresía, y los convencionalismos mundanos, a los que miraba como meras pantallas propias para ocultar los defectos y los vicios, que encontraban en ella un perseguidor encarnizado. Inmediatamente procuraba descubrir en su interlocutor la franqueza, la confianza, y el disimulo despertaba en ella sarcasmos, sangrientos a veces. Considerando a la vida frívola de muchos como un absurdo y triste espectáculo, hubiese deseado desterrar todos los errores, todos los sufrimientos engendrados por la necedad, la vanidad y el egoísmo, orientando a las almas vacilantes en su camino hacia una más amplia y más inteligente concepción de la vida... 'No era ni pesimista ni misántropa, dice de ella uno de sus fieles: era simplemente un gigante que se medía con cuantos la rodeaban, y, comprobando su superioridad, no tenía la hipocresía de pretender no sentirla.' Experimentaba, en efecto, H. P. B. una desdeñosa piedad hacia sus adversarios, de los que parecía decir como Jesús: 'Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.' ¿Por qué, sin embargo, no dio ella misma ejemplo de esa mansedumbre que invocaba?, solían preguntarse, con razón, sus adversarios. H. P. B. fue 'una fuerza combatidora', que comprendió toda la belleza de la dulzura persuasiva y tranquila, pero que siempre se sintió incapaz de practicarla... Sus manos, de largos y afilados dedos característicos de los intuitivos, eran de una forma admirable. Música exquisita, se entregaba generosamente largas horas a los vuelos de la inspiración, y su ejecución, al decir de uno de sus biógrafos, llegaba a ser entonces 'de una indescriptible belleza'.

"La existencia luchadora y dolorosa de esa mujer está llena de sordas luchas y perpetuos choques hasta el día de su muerte... H. P. B. desplegó en la formación de la Sociedad Teosófica una actividad a toda prueba. La Teosofía, como se llamaba a la nueva fe, hizo bien pronto numerosos adeptos en América y en las Indias, y de allí se esparció por Europa.

"El mismo hecho de las adaptaciones y de supervivencia de los más aptos prueba que lo que llamamos 'la naturaleza inconsciente' es, en realidad, un conjunto

la influencia que madame Blavatsky ha ejercido y está ejerciendo en el actual momento. Porque ni aun el más osado escéptico puede dudar o disputar el hecho de que la Sociedad Teosófica existe y que es en absoluto la más importante de todas las Asociaciones que han intentado popularizar el ocultismo, y que su influencia pesa en el presente sobre muchos países y sobre distintas Iglesias. El número de teósofos quizá sea poco, aunque desde luego es mucho más considerable de lo que se supone, pues las ideas teosóficas van sutilmente penetrando a través del espíritu de las

de fuerzas manipuladas por seres semiinteligentes (elementales), dirigidos por altos espíritus planetarios (Dhyan-Chohans), cuyo conjunto forma el Verbo Manifestado del Logos Inmanifestado, y constituye al mismo tiempo la Inteligencia del Universo y su inmutable Ley... 'La principal dificultad que impide a los hombres de ciencia el creer en los espíritus divinos y también en los demás de la Naturaleza en su materialismo. El principal obstáculo que impide al espíritu creer en todos esos Espíritus, mientras conservan una creencia ciega en los «espíritus» de los muertos, es la ignorancia general que reina —salvo entre algunos ocultistas y cabalistas— en lo que conviene a la esencia y verdadera naturaleza de la materia. El aceptar o el rechazar la teoría de la Unidad de todo en la naturaleza, en su esencia primordial determina la credulidad o la incredulidad respecto a la existencia en torno nuestro de seres conscientes distintos de los espíritus de los muertos. La comprensión correcta de la evolución primordial del Espíritu-Materia y de su real esencia es para el estudiante el punto de partida en el esclarecimiento progresivo de su espíritu, y el único indicio seguro que puede guiarle en sus ulteriores estudios.' "

"H. P. B. creía en el poder de la voluntad humana sobre los elementos, por intermediación del vehículo de estos elementos, emanación de la Inteligencia cósmica —añade Tecla Mommerot en su obrita sobre Helena—, y pensaba que se puede gobernar a las potencias del agua, así como a las del fuego, cuando se conoce la naturaleza de la fuerza capaz de subyugarlas. Esa fuerza, agrega, está latente en todo hombre: basta saberla desarrollar convenientemente. 'Nadie negará dice, que el ser humano está en posesión de ciertas fuerzas magnéticas, simpáticas y antipáticas, nerviosas, dinámicas, ocultas, mecánicas, mentales; en una palabra, de toda clase de fuerzas, y que las llamadas fuerzas físicas son todas biológicas en su esencia, desde que ellas se mezclan y frecuentemente se confunden con las que denominamos intelectuales y morales, siendo las primeras, por decirlo así, los vehículos o «upadhis» de las segundas. Nadie entre aquellos que no rehusan un alma al hombre titubearía en decir que su presencia y su mezcla constituyen la esencia misma de nuestro ser. Esos poderes tienen sus fenómenos fisiológicos, físicos y mecánicos, así como sus fenómenos nerviosos, estáticos, clariandientes y clarividentes, que la misma ciencia considera como siendo perfectamente naturales. ¿Por qué había de constituir el hombre la única excepción en la naturaleza y por qué los elementos mismos no han de tener sus vehículos, sus «vahanas» en lo que llamamos las fuerzas físicas? ¿Por qué, sobre todo, han de ser calificadas de superstición al mismo tiempo que las religiones antiguas?'

"Preciosa y celosamente guardadas en los altares de ciertos templos que son centros de 'iniciación', las enseñanzas místicas cuyo conjunto forma el *Libro de los preceptos de oro*, están escritas en lengua tibetana o en signos ideográficos sobre delgadas placas de metal. Presentadas, lo más frecuentemente, bajo una forma simbólica, dichas sentencias se mantienen indescifrables para los no iniciados. Algunos tienen su origen prebúddhico, y todos son la expresión de las ideas orientales más nobles sobre los problemas del alma y del mundo, ideas que vuelven a encontrarse bajo diversas formas en las obras sánscritas reveladas al mundo occidental por los orientalistas. En el curso de numerosas peregrinaciones en sus visitas a las escuelas ocultistas de la India, H. P. B. aprendió a descifrar esos libros sagrados de un origen generalmente desconocido. Habiendo retenido de memoria —dice— algunas de las estancias o 'slokas' contenidas en dicho libro, las tradujo en lenguaje vulgar y compuso así un pequeño tratado que se llama *La Voz del Silencio* y que es realmente una obra de las más admirables de su género. Allí se encuentra toda la poesía de la renunciación, y es el himno del alma redimida, el canto del triunfo arrancado al

multitudes, que nada conocen de Teosofía y que ignoran completamente las controversias suscitadas acerca de madame Blavatsky. Este es precisamente el caso que se da con la reencarnación y con el nuevo modo que tiene de apreciar cierto público a los maestros místicos y a los videntes de la India. Podía ser cierta o no la teoría de la reencarnación, pero verdadera o falsa, hasta la década pasada era casi inconcebible para la mayoría de los occidentales. Y aún hay más. Multitud de pensadores que aún hoy la rechazan como no gustaba, han llegado a reconocer su valor

---

espíritu por su irremediable abandono de las miserables vías que destruyen al 'deseo', la mística compasión encerrada desde tiempo inmemorial en el corazón del ario derramándose en esas páginas sublimes de fe donde resuena el himno de esperanza, el glorioso cántico del alma confiada en la sublime virtud del amor, segura de elevarse hasta Dios, al par que una lección maravillosa de caridad y compasión. 'Para que a otro dé el sol, éntrate en la sombra.' 'Da luz y consuelo al peregrino fatigado, y busca a aquel que sabe menos que tú, a aquel que, en desolación cruel, permanece, hambriento del pan de Sabiduría, sin un Maestro, una esperanza ni un consuelo.' En esta preciosa y diminuta recopilación se encuentran las siete llaves de los siete portales del Sendero, llaves que el discípulo debe descubrir sucesivamente si aspira a pasar 'a la otra ribera' y penetrar en 'el Santuario del Conocimiento'. Al seguir el peregrino a lo largo de aquel Sendero se piensa en las pruebas descritas por Santa Teresa en la exploración de sus 'Siete Moradas' o 'castillos' y en los esfuerzos de la gran mística para vencer a las 'Potencias' crueles y astutas que guardan la entrada. Entonces se percibe el maravilloso 'Hilo de Oro' que liga entre sí, a través de los tiempos, los pensamientos de todos esos gigantes del espíritu, de esos sublimes seres, llenos de compasión hacia la miseria humana, que sólo se dedican a la redención de sus hermanos de sufrimiento. Aunque H. P. B. no hubiese dejado más que ese pequeño volumen, tendría derecho a nuestro reconocimiento por haber puesto en manos de los profanos esos fragmentos de la sabiduría oriental. Pero ella tiene otros títulos para la pública gratitud, dirán sus adeptos, y sus mismos enemigos, en verdad, no han podido negarle el valor de su fe, ni la perseverancia demostrada, a pesar de las persecuciones sin número que padeciera: dos virtudes ante las que es preciso inclinarse sin duda ninguna.

"Aquellos que la perseguían con sus sarcasmos, con sus difamaciones, eran, por lo común, los instrumentos de una parcialidad irreductible, nacida de profundas divergencias con las teorías filosóficas o religiosas profesadas por H. P. B. Cuando las mezquinas consideraciones de personalidad se mezclan en esos trascendentales problemas, el odio se encuentra próximo a invadir el campo del debate... En cuanto a sus adversarios, fueron también numerosos y generalmente irreconciliables. Uno de ellos, y no de los más pequeños, Hodgson, no pudo menos de reconocer que, aunque impostora, ella quedará en la memoria de todos como uno de los más ingeniosos e interesantes impostores de la historia. ¡Pero no, que el papel del impostor exige, creemos, una ponderación, un dominio de sí, una ingeniosidad de los cuales no se ve ni la más leve huella si se estudia un poco ese carácter de mujer, seguramente extraño y lleno de contradicciones desconcertantes, pero también, alejado ciertamente de todas las mezquindades, de todos los compromisos a que debe sujetarse el impostor! 'Se descubrieron trampas y una maquinaria sospechosa en su morada en la India, esto está bien claro, y, por tanto, todos cuantos fenómenos produjo H. P. B. para la admiración de los futuros adeptos de la Sociedad habrían sido obtenidos por medio de una trampa: ella no fue sino una hábil prestidigitadora, una ilusionista perfecta, autora de los pretendidos mensajes que los solitarios del Tíbet le enviaban por camino tan fantástico como misterioso. Las 'corrientes astrales', la telepatía, las entrevistas del Maestro con su Chela o discípulo a centenares de leguas de distancia, jamás han existido más que en la imaginación enfermiza de la aventurera rusa, o mejor dicho, en su violento deseo de forjarse una reputación prodigiosa sobre los pilares, bastante firmes, por otra parte, de la credulidad y de la simpleza... ¿Sus libros? Ellos no son sino recopilaciones de cien cosas diversas; amasijo de vagas e incomprensibles teorías; trozos arrancados a todos los sistemas filosóficos y torpes

como hipótesis para explicar muchos de los misterios de la vida humana. Algunos admiten que nada en ella es antagónico con la doctrina de Cristo y que es posible aceptar firmemente las doctrinas de la revelación cristiana sin rechazar la creencia de que la vida individual, para los efectos del Gran Juicio, esté meramente limitada a los actos comprendidos entre la cuna y la sepultura, y no a una existencia en la cual este período no es sino un capítulo en el libro de la vida. Aun independiente de la verdad actual de la doctrina es indiscutible que la simple simpatía por la admisión de la re-

---

transcripciones de teogonías diversas, de cosmogonías caducas, de absurdas y relegadas enseñanzas sacadas de una edad crédula y mística... Todo lo que escribió, en fin, fue ayudada por una memoria maravillosa y, más aun, por subrepticias visitas a las bibliotecas."

Sin embargo, si por acaso se encontraron trampas en Adyar, ello no constituye una prueba de que H. P. B. las hubiese hecho hacer, y aun menos de que se hubiese servido de ellas, y si alguna vez las hubiese utilizado para realizar sus prodigios, si todos aquellos pretendidos fenómenos no han sido sino vulgares "juegos de agilidad", quedan todavía demasiados sujetos de admiración para los que estudien ese carácter. Queda sobre todo por explicar la influencia avasalladora ejercida sobre tantos espíritus escogidos por esa extraordinaria voluntad que, por medio de lo que ella llamaba al "astucia psicológica", dirigía el pensamiento y las sensaciones como le agradara dirigirlos, así como se conduce un niño de la mano. Tratar de conocer con certidumbre cómo un ser humano puede obrar así sobre otros seres humanos, he ahí algo más interesante que saber si una cantidad de rosas esparcidas súbitamente en una habitación han penetrado allí por el simple medio de una trampa practicada en el techo... Pero si tal es el escollo donde choca generalmente el taumaturgo, ella quiso dar pruebas "tangibles" de esas armonías psicológicas de las que sentía las diversas y profundas manifestaciones de ese 'magnetismo mental" que puede muy bien ser al espíritu que el magnetismo físico al cuerpo; y ese fue un error y una falta de los que tuvo, parece, que arrepentirse dolorosamente. Todo esto es todavía tan incierto en lo que se relaciona con el dominio de la sugestión, de la fascinación, del sonambulismo, que tal vez ignoremos largo tiempo la naturaleza exacta de sus prodigios como el origen verdadero de su correspondencia mística y de ciertos pasajes contenidos en sus obras. Y para el hombre más grande de cuantos la han conocido, la extraña rusa permanecerá siendo mucho tiempo aun la "Esfinge", la Esfinge fascinadora, dominadora y atrayente. H. P. B. había adoptado, para enseñarla a sus discípulos, esta máxima recogida en una de las antiguas recopilaciones de la mística hindú: "Sea tu alma semejante al fruto maduro del mango; dulce y tierno como su dorada pulpa para los sufrimientos de los demás, dura para tus propios sufrimientos como su hueso"... ¡Y en muchas circunstancias de su vida probó, en efecto, que tal era su divisa!

Se ha reprochado a H. P. B. las atrevidas contradicciones en las cuales sus teorías parecen algunas veces naufragar. Indudablemente alguna de sus doctrinas encierran tesis que refutan completamente juicios antes dados sobre los mismos temas. Sin duda, también, largas y nebulosas disertaciones oscurecen algunas veces capítulos enteros de sus obras, y por fin, la terminología india, con la que el autor se complace en esmaltar sus trabajos filosóficos, parece un inhábil desafío arrojado contra el pensamiento occidental, ávido de claridad. Pero no conviene dejarse llevar en el estudio de una personalidad tan compleja por las observaciones de sus detractores, así como tampoco por los elogios de sus admiradores; y por lo que concierne a la incertidumbre de sus juicios respecto de los fenómenos, es tal vez ese uno de los puntos más interesantes de aquel carácter que unía al amor apasionado por la investigación el invencible deseo de echar el ancla en el sereno puerto de la incertidumbre, pero que, descubriendo en seguida la inestabilidad del refugio, volvía a partir, valiente y abiertamente detrás de más tranquilizadoras convicciones. Y su influencia era tan profunda sobre todos, particularmente sobre aquellos que sabían descubrir —sin llegar, sin embargo, a penetrarlos— los lados prodigiosamente atrayentes de ese espíritu, que las inconsecuencias tumultuosas de su pensamiento impregnaban inmediatamente a las mentalidades menos fuertes. En esto fue nefasta para algunos. Paseando con estrépito la antorcha

encarnación ha hecho más amplio el campo del pensamiento popular, aportando a las especulaciones religiosas un auxilio bien necesario. Y esto, que es indudablemente un gran paso, irá siempre asociado al nombre de madame Blavatsky. Pero aún mucho más grande ha sido el éxito obtenido por esta notable mujer, haciendo entrar en las mentes algo endurecidas de los anglosajones la convicción a que ya había llegado un escogido grupo de estudiosos orientales, de los cuales el profesor Max Müller pudiérase considerar como la más distinguida representación viviente de que el Oriente es, en materia de especulaciones metafísicas y religiosas, tan digno, por lo menos, de nuestro respeto como el Occidente... 'Los raros sajones', como llama Disraeli a quienes le hicieron su primer ministro, van aprendiendo algo de humildad y de sumisión de las razas a quienes han reducido al vasallaje por medio de la fuerza.

"Hasta hace poco tiempo esa idea, admitida por la mayor parte de los ingleses que, a pesar de todos los libros de nuestros pandits, los indos no eran sino oscuros e ignorantes paganos a quienes se debía, por caridad, subyugar y, por deber cristiano, convertir. Hoy llegan hasta el vulgo débiles destellos de la verdad, de que esos asiáticos a quienes se menospreciaba pueden en cierto modo hacernos indicaciones y aun avanzar más que nosotros. El sabio oriental que dijo al profesor Heushold que el Occidente estudiaba el estómago, mientras que el Oriente estudiaba el espíritu, expresó una gran verdad, que nuestro pueblo comienza ahora a asimilarse. Vamos aprendiendo, por lo menos, a respetar a los asiáticos y aun en muchos casos a seguirles. Y en esta gran transformación nuevamente aparece madame Blavatsky como la taumaturga principal. Ella y los que la siguen han salvado el abismo que mediaba entre el materialismo de Occidente y el ocultismo y la metafísica de Oriente. Ellos han extendido el gremio de la fraternidad humana y nos han hecho, por lo menos, pensar en la idea de una religión universal con más amplias bases que las que los reconciliadores del Cristianismo han soñado hasta el día. Estos dos hechos, cada uno de por sí, bastarían para que considerásemos a madame Blavatsky como uno de los más notables conductores y productores del pensamiento de nuestra generación. Pero aún hay más. Tal vez más importante fue el impulso que ha sabido imprimir al renacimiento de la doctrina de la supervivencia *post mortem* y de la Divina justicia, por medio de la cual se cumple la ley de la responsabilidad moral, sin ser interceptada ni interrumpida por la muerte. En una época en la que el materialismo ha penetrado en las mismas iglesias, ella ha patentizado que las cosas visibles no son sino temporales e ilusorias, y que sólo en aquello que no vemos es en donde está lo eterno. La 'vida futura', que

de la indagación ella no supo ni nadie quiso comprender que su refulgente brillo ciega a veces, en vez de alumbrar, a los que corren en su seguimiento. La influencia dura y terrible que ejerció sobre las almas tímidas y pusilánimes pudo trocarse, bajo la inspiración de una compasión ilustrada, en un radiante consuelo. Pero si es cierto que H. P. B. tenía un corazón tan compasivo que llegaba a despojarse de sí misma en beneficio de desconocidos a quienes suponía en la penuria, la dominante de su carácter no fue la compasión sino la autoridad, el mando. Fue un ser enérgico en la más absoluta acepción de la palabra, y esa energía que irradiaba en derredor actuó en muchas ocasiones sobre las mentalidades vacilantes un poderoso resorte moral."

se había convertido en una simple fase para las gentes, ha llegado ahora a adquirir una significación nueva y solemne, y la espiritualidad esencial del hombre ha sido asegurada, y no de incierto modo, en medio de nuestra civilización materialista y carnal. No debe ser olvidado, en medio del estruendo de las polémicas, que madame Blavatsky, despreciando todo ridículo, toda inexactitud y todo abuso, con ser apasionada, madame Blavatsky pudo ser perseguida por su falta de belleza. Una mujer hermosa puede encontrar, por su bello aspecto, un verdadero Juan Bautista para su evangelio. El simple encanto de su belleza puede hacer que el pervertido se convierta. Pero madame Blavatsky no tuvo ni belleza ni atractivos. No tenía formas ni buena figura, ni gracia. Era casi desagradablemente gruesa y casi repulsivamente fea. Desde otros puntos de vista, fue asimismo infortunada. Juana de Arco y Santa Teresa, otros dos 'Borderlanders' de nuestra galería, lograron sus triunfos en su misma patria y ambas fueron la encarnación del espíritu religioso nacional de su época. Con H. P. B. no sucedió lo mismo. Si existe alguna nación que sea popularmente antipática a los pueblos de habla inglesa, es la rusa, la suya. Si en alguna rama de nuestro Imperio existe la rusofobia en su forma más enconada, es en la India inglesa. ¡En donde precisamente madame Blavatsky comenzó su apostolado, aseveración de la realidad y continuidad de sus comunicaciones con los Mahatmas, ha resucitado la ya extinguida creencia del Cristianismo en la constante presencia y activa intervención de los santos y ángeles guardianes de la vida humana. Si madame Blavatsky hizo todo esto, seguramente nos es preciso confesar todos los derechos que tiene para ser considerada como una de las más grandes 'Borderlanders' de nuestro tiempo, aun si pudiera llegar a ser probado que en algunas ocasiones faltó a la verdad como Sapphisa, blasfemó groseramente como Mesalina. No podemos negar lo que representan los Salmos para la Humanidad, porque David traicionase alevosamente a Urias; ni dejaremos de reconocer la influencia de Constantino sobre el Cristianismo, por los escandalosos recuerdos del criminal Imperio. Tales manchas morales fueron limitaciones respecto de su influencia. En un sentido moral fueron lo que sus errores en otras esferas. ¡Pero, por otra parte, muy poca gente se ha detenido a considerarlos bajo el punto teosófico! El que con tales desventajas lograse tanto, es un hecho que no debe perderse de vista al aquilatar su mérito para figurar en la Galería de 'Borderlanders'. Aquellos que después de reflexionar sobre la obra llevada a cabo por madame Blavatsky se aferran aún a la idea de que ellos han 'destruido el fraude', basándose en el incidente de los Coulomb, se atengan a sus conclusiones. Para nosotros y otros muchos sírvannos de ejemplo las hermosas y severas palabras de Carlyle, referentes a la nimia condescendencia que durante siglos se ha empleado de una manera parecida con el Apóstol de la Arabia."

"Acostumbraba, añade Olcott, a decir sin ambages todo cuanto pensaba, a menos que se tratase de nuevos conocidos, en cuyo caso mostrábase alta y educada dama de los pies a la cabeza. Por muy descuidada, además, que fuese su apariencia exterior, jamás le abandonaba ese sello infalsificable de su alto nacimiento, y cuando se le antojaba, recobraba la dignidad de una princesa. Al contrario, en su vida diaria, sus sarcas-

mos eran como buidos puñales, y sus cóleras verdaderas explosiones. El crimen más imperdonable para ella era el de la hipocresía y las frivolidades del mundo, con las que se mostraba tan implacable que solía agotar las palabras gruesas de las lenguas más diversas para cubrir de oprobio a sus víctimas. Como quien mira en un espejo, sus dotes de clarividente solían hacerla ver los vicios secretos de cuantos hombres y mujeres encontraba. Desgraciados de ellos si entonces se permitían hablar con desprecio de ella misma o de la Teosofía, porque dejaba caer sobre sus cabezas el torrente entero de su candor exasperado, y tenía ella horror a las llamadas 'gentes *bien*', mientras que cualquier persona, pobre o ignorante, distinguida o no distinguida, con tal que fuese franca, siempre obtenía de ella una palabra alentadora, y a veces hasta un regalo, porque, en efecto, llevaba el desprecio hacia los convencionalismos hasta de ello hacer un culto, siendo su mayor placer el de decir o hacer cosas que escandalizasen a los pudibundos. Por ejemplo, leo hoy en mi diario que cierta tarde recibió en su lecho y en camisa de noche visitas de hombres y mujeres como las damas nobles y reales de la Europa de antes de la Revolución. Tan visiblemente cerrado tenía el espíritu hacia las cosas ligeras que todo esto parecía lo más natural, no viendo en ella ninguna mujer a la rival posible, ni ningún hombre tampoco a un ser del opuesto sexo. Juraba ella, sin picardía, como el más desenfadado carretero, cosa que seguramente no habría hecho si no hubiese ello sido advertido y denunciado con tanta malicia por gentes siempre sobre sí y a caballo sobre las conveniencias, en sus secretas murmuraciones, dentelladas por el odio y a quienes ella por clarividencia veía y leía. Es harto humano, ciertamente, y muy propio de su sinceridad, el vanagloriarse de cosas que otros en secreto ridiculizaban. Una dama conocí a este tenor cuyo chico había adquirido de los del arroyo el hábito de decir palabras gruesas. La pobre madre ya no sabía qué hacer para corregirle tal defecto, contra el que de nada servían azotes ni otros castigos, hasta que discurrió la treta de lavar con jabón de Marsella la boca del niño cada vez que le oía una palabrota, pues que los amigos, llenos de sentido práctico, aconsejaron que ensayasen el no hacer caso y corrigiesen así el mal hábito de aquél con la indiferencia. El éxito entonces no se hizo esperar, y de allí a poco el chico cesó de blasfemar. H. P. B., como rebelde siempre contra todos los convencionalismos humanos, se ponía siempre fuera de la ley por todos sus gustos, creencias, vestidos, ideales y conducta, y se vengaba de los criticastros, imponiendo sus talentos superiores y sus rarísimos dones, con lo que se hacía temible a la sociedad. En el fondo ella sufría con ser fea, y por ello hablaba siempre de su nariz de berengena como desafiando a los murmuradores. Veía, pues, al mundo como a un fantasmón vacío, e igual la resultaba el éxito como el fracaso. La vida de despierta le parecía libre y sólo vivía realmente durante la noche, cuando abandonaba su cuerpo para ir al encuentro de sus Maestros y sentarse a sus pies. Los sabios de espíritu estrecho merecíanla el desprecio más profundo, porque su ciega necedad no les permitía ver el rayo más ínfimo de verdad trascendente, y que, por tanto, solían juzgarla con la severidad más injusta y se solidarizaban contra ella para intentar reducirla al silencio por una conspiración de calumnias, teniendo el mayor de los odios hacia el clero como institución o

clase social, porque, ignorando en realidad las verdades espirituales, se arroga, sin embargo, el derecho de conducir a otros ciegos espirituales como ellos, gobernar la conciencia de los locos, gozar de utilidades que distan mucho de haber ganado y condenar de paso a los herejes que con frecuencia han sido sabios efectivos, notables iluminados y hasta Adeptos, y cierta vez hasta intentamos hacer un libro de recortes en el que íbamos pegando noticias de los periódicos relativos a los crímenes de obispos y otros clérigos, en los que habían entendido los tribunales, y la colección era ya considerable antes de que partiésemos para la India.

"H. P. B. hacía innumerables amigos, pero los perdía con frecuencia cambiándoselа en acérrimos enemigos. Nadie había más atrayente que ella, cuando le pluguía así o cuando quería atraer a alguien hacia la obra teosófica. Su tono y modales entonces eran acariciadores, persuadiendo con ellos al interlocutor, que le consideraba como su mejor cuando no como su único amigo. El estilo en sus cartas era el mismo, y creo que podría hacer yo una larga lista con el número de mujeres poseedoras de cartas en las que las dice que ellas serán su sucesor en la S. T., y aun mayor el de hombres a quienes tratara de 'sólos y verdaderos amigos y discípulos reconocidos'. Recogí cierto número de certificados de este género, como otros tantos documentos preciosos, hasta el día en que, comparándolos, me apercibí que sus cumplimientos carecían de todo valor. Nunca me atreveré a creer que ella se mostrase fiel ni sólidamente ligada como yo y sus demás íntimos. Antes bien, me figuro que éramos para ella como otras tantas piezas de ajedrez, y que su afección hacia nosotros no era profunda. Ella me repetía los secretos de gentes de los dos sexos —hasta los más comprometedores— que le habían sido confiados, y estoy persuadido también de que usaba de los míos de la mismísima manera. Pero, en cambio, ella era de una fidelidad a toda prueba por su tía, sus padres y sus maestros, por los cuales habría sacrificado no una sino veinte vidas, y visto quemar impasible, si hubiese sido posible para ello, la raza humana entera.

"Muchos años habrán de transcurrir antes de que la personalidad de H. P. B. sea reconocida y estimada en su justo valor. Todavía nos hallamos demasiado cerca de ella para poderla ver tal y como ella es.

"El mundo actual lapida hoy a sus profetas como en tiempo de los hebreos; pero nuestros hijos también elevarán el sepulcro de H. P. B. en los ocios que les dejen los profetas de su tiempo, y sobre su losa se habrá de grabar el reconocimiento que la Humanidad habrá de experimentar hacia ese 'Corazón de León' que menospreció los insultos y las vanidades del mundo para constituirse en el heraldo de la Verdad sin mancha, y quien no retrocedió de ningún modo cuando el terror reinaba en las más elevadas filas del espiritualismo, porque era ella el prototipo de la Fidelidad más perfecta hacia el Maestro, Maestro a cuyo servicio consagró su espíritu, su alma y su cuerpo, con el fin de llevar a cabo la altísima misión para la que había sido designada.

"Lo que era H. P. B. para el mundo, el mundo lo sabrá algún día. Su estatura moral era la de los héroes, y las almas inferiores a ella sentían instintivamente su fuerza y su naturaleza de titán. Sin preocuparse jamás de apariencias ni convencionalismos, franca e ingenua hasta la impruden-

cia y demasiado honrada para tener en cuenta la falta de honradez de los demás, ella se exponía constantemente inerme a la crítica y a la perversidad de sus enemigos. Por otra parte, llena de fuerza intelectual y de conocimientos extraordinarios, era humilde y sencilla como una criatura. Valiente hasta la temeridad, estaba llena siempre de piedad y de ternura. Rebosante de indignación cuando se le imputaba alguna de las faltas que ella execraba, era generosa y pronta para perdonar al enemigo arrepentido. Tenía cien virtudes espléndidas por cada pequeño defecto. ¡Ojalá el Maestro, a quien ella sirviera con valor inquebrantable y con abnegación sin límites, nos enviara de nuevo a ella, a 'aquel Hermano que vosotros conocéis bajo el nombre de H. P. B. y nosotros bajo otro nombre diferente!"

"Hay, en efecto —sigue diciendo A. Besant—, una política a la que ella no se prestó jamás en lo concerniente a los Maestros, a los fenómenos realizados por su intermediación y a las comunicaciones dimanadas de ellos, y es la relativa a separar lo oculto de la filosofía; en esquivar la crítica y la hostilidad de un mundo ignorante exaltando la filosofía a expensas de lo oculto, pues el proceder así sería, según ella ha declarado repetidas veces, precipitar a la Sociedad hacia su ruina. No se le ocultaba a H. P. B. la deslealtad con que había sido tratada y la manera como muchos teósofos consentían en sacrificarla a la multitud a la vez que aprovechaban de sus enseñanzas, y declarando que la S. T. tenía sus cimientos propios y podía continuar existiendo, aun cuando ella fuese considerada como una impostora.

"Para protestar, pues, contra todo esto, H. P. B. escribió a Adyar desde Suiza que por muy dispuesta que ella estuviese a sacrificar su vida y su honor en aras de la Sociedad, su fracaso sería la muerte de ésta si ésta consentía ni por un momento dejar que se considerasen como imposturas la existencia de los Maestros y sus comunicaciones. En la carta aprobaba sin reservas a 'aquellos que sostienen que la existencia de la S. T. sin los Maestros sería un absurdo, y que siendo dicha S. T. el único medio para comunicar con los Maestros y difundir su filosofía, si no continúo en lo futuro trabajando para la Sociedad como lo hice en el pasado esta última no podrá menos de morir.' Constantemente ha afirmado ella que la Sociedad sólo era digna de vivir si se hacía garante ella como un canal para la enseñanza de los Maestros, preocupándose ella tan sólo de ser un instrumento en el mundo apto para cumplir su obra, no podemos saberlo con certidumbre, y menos aun probarlo a otros. Yo creo es perfectamente cierto lo que ella dijo, esto es, que gran número de cosas que escribió le fueron dictadas mientras su cuerpo estaba dormido. Ella, en efecto, escribió en latín, griego, hebreo, sánscrito y otras lenguas, y siempre correctamente, todo lo que ella ni siquiera podía leer en su estado normal, y yo dudo si en su oculta personalidad entendiera ella enteramente cuanto escribió en su *Doctrina Secreta*, si emprendiese su estudio.

"Yo viví como huésped de H. P. B. en el Cuartel General en Adyar desde 1883 hasta 1885. Fui con ella a Europa; me detuve con ella en Torre del Greco, Nápoles; la vi después repetidas veces en Wurzburg y Londres, y supe de ella lo suficiente para estar convencido de que era la persona más extraordinaria que yo he visto, y que ella poseía poderes ocultos muy

singulares, tales como pensar en otra cosa mientras leía, contestar a preguntas mentales, etc.", dice la condesa de Wachmeister, y añade:

"Como yo había investigado antes multitud de fenómenos espiritistas y de ocultismo durante quince años en América, antes de ir a la India, los fenómenos de que fui testigo en presencia de mil testigos que pueden dar fe de ella.

"Durante los diez y seis años que H. P. B. luchó contra el egoísmo, la ignorancia y los dogmatismos, tanto religiosos como científicos, fue víctima de los ataques más violentos, de las calumnias más infames por parte, no sólo de aquellos que veían amenazados sus intereses materiales hipócritas y fariseos semejantes a aquellos sepulcros de que nos habla la *Biblia*, 're-vestidos de cal por fuera y llenos de podredumbre por dentro', sino también por parte de los aduladores de la ciencia oficial.

"Sacrificándose hasta el último momento de su vida en bien de sus semejantes, pronta siempre a socorrer a los desgraciados sin tener en cuenta jamás su posición o rango, ahogando invariablemente la causa del débil injustamente perseguido por el fuerte, dispuesta siempre a todo género de sacrificios por amargos que fuesen, su corazón encontró bien a menudo la ingratitud en premio de ese amor profundo que su ser entero profesaba a la humanidad.

"Entre los rasgos especialísimos que caracterizaban a esa noble mujer, tan extraordinaria por sus poderes ocultos y conocimientos universales, destacábanse un culto fervientísimo a la Justicia, una franqueza tachada a veces de extremada por aquellos incapaces de comprenderla, y un horror instintivo a los convencionalismos sociales, vacíos y mezquinos que la creó no pocos enemigos.

"Puede decirse que H. P. B. era la encarnación de la sinceridad y de la abnegación. No podía una individualidad tan poderosa, tan fuera del alcance de la *turba multa*, ser indiferente a cuantos la trataban. Sentíanse irresistiblemente atraídos hacia ella desde el primer momento o experimentaban una corriente repulsiva.

"Todos, sin embargo, amigos y enemigos, concordaban en un punto, a saber: que Helena Petrovna Blavatsky era una mujer de extraordinaria inteligencia, dotada de poderes ocultos verdaderamente maravillosos. Las calumnias de que fue objeto partieron casi siempre de aquellos que mayores favores habían recibido de ella, o que no la conocían. Los que vivieron a su lado, y que durante largos años fueron diariamente testigos de la pureza inmaculada de su vida, de sus constantes sacrificios por la obra a la que dedicó su entera existencia de su inalterable desprecio al dinero, y todo cuanto el mundo mayásico adora, mejor que nadie pueden apreciar en su justo valor la villanía de esos ataques.

"H. P. B. era la lealtad personificada, y odiaba la mentira; tolerante en los defectos y debilidades humanas; bondadosa con todos los que sinceramente llamaban a su puerta en demanda de auxilio moral y material, revelábase ante la hipocresía y el egoísmo, y puede afirmarse que nuestro maestro empleó su vida en combatir a esos dos vicios tan característicos de nuestra época.

"Indiferente hasta el heroísmo ante las acusaciones más bajas y crueles, mientras sólo se trataba de su personalidad, H. P. B. las rechazaba

enérgicamente siempre que la reputación de sus hermanos o de la Sociedad Teosófica en general estaba en juego, y sólo en esos casos es cuando manifestaba toda la fuerza de sus poderes.

"He dicho que H. P. B. despreciaba el dinero y la fama mayásica y lo ha demostrado en cien ocasiones. Bastará con un ejemplo: estando en la India, años atrás, personas de alta posición e influencia en el país la ofrecieron una cantidad anual crecida si consentía en escribir artículos políticos para un diario importante. Ya entonces H. P. B. apenas tenía lo suficiente para atender a sus necesidades más perentorias; pues, como saben todos los teósofos y muchos que no lo son, había entregado todo cuanto poseía a la Obra Teosófica. Aquella proposición, sin contar otras muchas, significaba, pues, para ella, si no la riqueza, al menos el bienestar; pues con su talento, su originalidad, su brillante y vigoroso estilo, la profundidad de sus conceptos y su facilidad, verdaderamente admirable, de adaptación en todos los medios ambientes, bien pronto hubiese alcanzado aquello que persiguen con tanto afán las masas: el éxito natural. H. P. B. rehusó la oferta, contestando que ella había consagrado su vida a la Obra de 'Los' que la habían confiado la misión de llevarla a cabo, que no podía emplear un momento siquiera en cosa alguna que no fuese en provecho de la Sociedad Teosófica, y que además no entendía ni quería entender una palabra de política. Más tarde, y en circunstancias distintas, ciertas Sociedades que es inútil nombrar, la hicieron proposiciones, bastante menos honrosas que la de escribir artículos políticos, con el fin exclusivo de lograr su silencio. Como es de suponer, los reptiles tuvieron que desistir de su intento; mas desde aquel día aumentaron las calumnias y no hubo arma, por vil que fuese, de que no se sirviesen para tratar de perder a la que odiaban precisamente por lo mucho que valía.

"Mientras tanto, H. P. B. iba recogiendo los frutos de su abnegación, de su amor a la Humanidad, de su lealtad hacia los maestros. La Sociedad Teosófica fundada en Nueva York el año de 1875, y que sólo contaba con un Centro o Rama en aquella fecha, se desarrollaba en proporciones tales que hoy cuenta con más de trescientas Ramas esparcidas por el mundo entero. ¡Esta es la mejor respuesta a aquellos seres desgraciados que manchan todo cuanto tocan y que en medio de las densas tinieblas en que viven no pueden contemplar severamente lo sublime! Compadezcámosles y no les guardemos rencor, pues tal sentimiento no puede caber en corazón teosófico alguno. ¿Quién sabe si algún día, muy próximo quizá, esos seres, hermanos nuestros, no invocarán el poderoso auxilio de lo que tanto calumniaron en vida y que hoy vive en planos superiores?

"La muerte de nuestra maestra llenó de júbilo y esperanza a nuestros adversarios. Pensaban que habiendo desaparecido la que era (y es aún por más que no lo puedan comprender) el alma del movimiento, la Obra entera se derrumbaría, sepultando en sus ruinas a los fieles discípulos que dejó el maestro para continuar su misión en el mundo objetivo. Desgraciadamente para ellos no se realizaron sus esperanzas; sucedió precisamente todo lo contrario, como todo aquel que tenía ojos pudo ver.

"La Obra, lejos de resentirse de tan rudo golpe, se consolidó más y más, desapareciendo las pequeñas diferencias puramente externas que existían en el seno de nuestra gran familia. Los tímidos cobraron valor; los

perezosos sintiéronse animados de un poderoso deseo de trabajar por la Causa, y hasta los indiferentes y profanos contribuyeron a afianzar el Edificio Teosófico. ¡Así vimos en Londres a raíz de la muerte de H. P. B. durante la Primera Convención de la S. T. en Europa lo que jamás se había visto, o sean más de seiscientas personas asistiendo a nuestras sesiones, sin contar los Delegados Teosóficos del mundo entero, y para coronar la obra más de dos mil profanos que habían acudido al *meeting de Prince's Theater* (teatro importante de Londres), en donde Annie Besant, la digna sucesora de H. P. B., explicaba a un público numeroso y ávido de escuchar sus palabras lo que es la Teosofía!"

El periódico *New York Times* del 2 de enero de 1885 dice en un largo artículo a propósito de H. P. B.: "La señora Blavatsky no influyó en la mentalidad de su época por medio de sus milagros o artificios, según el lector quiera calificarlos, sino por el poder de su propia personalidad, el vigor de su entendimiento, la amplitud y originalidad de sus ideas y la fluidez y claridad de su palabra. Sus facultades intelectuales eran tan notables como su prestancia personal, pues no hubo jamás mujer tan impetuosa e impulsiva, y, sin embargo, era en extremo generosa y hospitalaria. Para los amigos íntimos su casa era el alcázar de la Libertad, y aunque no gustaba de lujos ni de ostentaciones, vivía cómodamente y de continuo agasajaba a los visitantes. Físicamente parecía perezosa; mas esto era a causa de su corpulencia, que le dificultaba el ejercicio físico. Sin embargo, no se advertía el más leve indicio de pereza intelectual en su conversación, y si alguien le hubiese achacado tal defecto, seguramente que *Isis*, su obra sobre los misterios y religiones de Oriente, bastaría para absolverla. Sin discutir el mérito de esta obra no cabe negar que, en efecto, denota una extraordinaria labor. Ella era asimismo constante y leal amiga de sus amigos en grado extraordinario. Por excesivamente confiada había sufrido no pocos desengaños en amistades a la ligera contraídas, por lo que hubo de reducir el círculo de contertulios; pero cuando salió de los Estados Unidos, todavía seguía siendo muy propensa a dejarse sorprender en su buena fe por cualquier habilidoso advenedizo. No hacía, en efecto, caso alguno de las conveniencias sociales, ufanándose de llevar sus excentricidades hasta el último extremo. Cuando se irritaba profería ternos y blasfemias de carretero, y a veces empleaba expresiones de menosprecio contra las prácticas más corrientes en sociedad. Nacida en una familia de las más linajudas estirpes de Rusia, había sido educada aristocráticamente, pero no sólo desechó las tradicionales creencias de su familia, sino todo el régimen de la civilización europea... Por este motivo sufrió despiadadas críticas, que desde el punto de vista de los criticadores eran merecidas. Quienes la conocían a fondo, en fin, la juzgaban incapaz de toda acción ruín o deshonrosa."

Notable es por todos conceptos el trabajo necrológico de T. Hartmann acerca de H. P. BLAVATSKY Y SU MISION. Dice así:

"H. P. Blavatsky ha muerto; pero la gran alma que estuvo encarnada en su forma vive aún. La mujer que, por no haber sido entendida sino por muy pocos, fue llamada 'la Esfinge del siglo XIX', ha rendido su espíritu; pero la gran alma (Mahatmas) que habitó aquella forma mortal usándola como instrumento para difundir en esta era de oscuridad mental los rayos

de la ley espiritual, abandonó el cuerpo para volver a otra morada más congenial, descanso de sus trabajos.

"Es dudoso que haya existido algún gran genio y salvador de la Humanidad cuya personalidad, aun en su paso por la tierra, no haya sido mal comprendida por sus amigos, difamada por sus enemigos, mentalmente torturada y crucificada, y, finalmente, objeto de idolatría por las siguientes generaciones H. P. Blavatsky no puede ser una excepción a esta regla.

"Ofuscado el mundo por la ley de sus doctrinas, que la mayoría no ha conseguido asir porque le eran completamente nuevas, la miraron con recelo; y los representantes de la ignorancia científica, saturados de pomposa vanidad, la llamaron 'la mayor impostora del siglo' porque sus mentes estrechas no pudieron elevarse a la comprensión de la grandeza de su espíritu. No es difícil profetizar que en un futuro próximo, cuando se hayan olvidado los nombres de sus enemigos, el mundo trabajará para conocer la verdadera misión de H. P. B., que verá en ella a un mensajero de la luz enviado para instruir a este mundo pecador, para redimirle de la ignorancia, locura y superstición, labor cumplida en cuanto que su voz fue oída y sus enseñanzas aceptadas.

"El historiador futuro escudriñará los archivos con el propósito de encontrar algún trozo de historia de la vida de H. P. B., y, a menos que las calumnias que sobre ella se escribieron no hayan desaparecido en el montón de basura de donde salieron, no es imposible que los escritorzuelos del futuro manchen su memoria al igual que los irresponsables.

"Tales sabios y santos son los *Buddhas* y *Arhats*, y los 'Maestros de sabiduría', con los que H. P. B. pretendía haber hecho conocimiento, y a los que cada cual puede conocer si crece más allá de su estrecho y pequeño yo y se eleva al plano en que Ellos viven. El que la sociedad moderna no conozca nada de la existencia de santas personas, y que la ciencia moderna no haya descubierto aún ningún santo, no destruye la teoría de que hay seres humanos en quienes el germen de Divinidad existente en todos los hombres ha evolucionado tanto que un reino más elevado de conocimiento espiritual, inalcanzable para quienes sólo se ocupan de cosas terrenas, se ha revelado a ellos, y que las almas de estas personas, por haber alcanzado la autoconciencia en la ley del Espíritu, están en posesión de extraordinarias facultades. De estos regenerados dice la Biblia que no pueden pecar porque *son nacidos de Dios* (S. Juan, III, 9). Y en Pedro, I, 22, leemos que estas almas, habiendo sido purificadas en obediencia de la verdad por el *Espíritu de amor sincero*, 'renacen, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la *Palabra de Dios*', obrando en ellos.

"H. P. B. nunca deseó ser mirada como un dios, santo o adepto, y en una carta dirigida al autor de estas notas repudia expresamente tales pretensiones, diciendo: que aunque marcha por el sendero no ha alcanzado todavía la meta. En H. P. B. había aún una naturaleza humana; pudo aún regocijarse con el alegre y simpatizar con el triste; esta parte de la naturaleza de H. P. B. fue objeto de una continua crítica por el 'psiquista investigador' que, no conociendo nada acerca de la divinidad en la humanidad, sólo vio su propia imagen animal reflejada en ella. Cada punto nebuloso fue así por tales críticos investigado y exagerado en sus imaginaciones mórbidas, pero del lado luminoso de H. P. B. no percibieron nada, porque en ellos no había luz.

"Todo lo que descubrieron, si desechamos todo lo que sus fantasías añadieron, fue que H. P. B. era amable y generosa hasta el exceso, y era impulsiva y enérgica, y a veces se dejaba llevar por los extremos en sus nobles impulsos. Encontraron que fumaba cigarrillos, que exteriorizaba sus pensamientos sin gran ceremonia, y rehusaba en absoluto ser como esos hipócritas socarrones y santos de cara adulzada que van continuamente disfrazados, que son para el mundo como los pilares de la Iglesia y el Estado, mientras que detrás de su batería está oculta su afectación y podredumbre. Los chillones buhos de la sofistería científica que vinieron a preguntar al águila de los Himalayas, como no pudieron seguir su vuelo hasta las cimas de las montañas, fuera del alcance de su limitada visión, y no pudieron cortarle sus alas, creció en ellos la envidia y chillaron, arrojando calumnias sobre el pájaro real. En muchos casos, estos calumniadores se excedieron en su trabajo, y la extraordinaria virulencia de las calumnias evidencian suficientemente el carácter del espíritu que inspiró tales escritos y hacen completamente innecesaria la refutación.

"Algunos de estos escritores la imputaron el haber cometido prácticas inmorales, y semejantes historias, tan pronto como fueron inventadas, se imprimieron, y fueron siempre rápidamente tomadas y puestas en circulación por aquellos intrépidos periodistas que, ansiosos de aumentar la circulación de sus periódicos, están siempre alerta para dar a sus lectores algo sazonado y sensacional. Estas historias fueron frecuentemente absurdas y causaron no poca hilaridad entre aquellos que conocían los hechos. Así, yo recuerdo que mientras estuve en la India circuló una noticia entre algunos periódicos ingleses y americanos: decían que se había suscitado una pendencia entre los teósofos de Adyar, porque H. P. B. estaba celosa del coronel Olcott por causa de la Sra. Coulomb, y que el Sr. Coulomb, enfurecido, había rehusado el suministrar más fondos para sostener los asuntos de la Sociedad Teosófica. Los que conocen las personas a que se hace referencia y saben que los Coulomb no tenían un céntimo y que se les sufría en Adyar por caridad, apreciaron el grito con que estas noticias fueron recibidas por los 'Chelos'.

"No tendrían fin los escritos ni la pérdida de tiempo si todas las calumnias contra H. P. B. que fueron circuladas por los píos misioneros de Madrás y de otros sitios hubiesen de ser refutadas, especialmente porque es más fácil sostener una calumnia que refutarla. Algunas de estas calumnias pueden, sin embargo, haber sido hechas con la mejor de las intenciones; por ejemplo: ciertas personas dudaron de la veracidad de H. P. B. por la misma razón que un rey africano está pronto a decapitar a un viajero europeo, porque este último dijo al rey que en algunos sitios de Europa y en ciertas estaciones el agua de los ríos y lagos se vuelve tan dura que se puede andar sobre ella; por tal razón el rey decidió que no debía tolerarse que viviese semejante embustero.

"Prestaría poca atención a la verdad si pretendiese que ninguna de las acusaciones que naciesen contra H. P. B. se fundaban en hechos; pero las causas que originaron tales molestias sin fin fueron: su deseo de juzgar el modo cómo los negocios mundanos debieran de ser hechos, que a

la manera de un niño confiaba que el mundo miraría las cosas del mismo modo en que aparecían para ella; una completa indiferencia a lo que el público pudiese decir o pensar de ella; el deseo de proteger a sus partidarios de las conscuencias de las estupideces que cometían, etc., etc.

"Lo que H. P. B. deseaba, eso pensaba; lo que pensaba, decía, y lo que decía hizo sin mirar las consecuencias. En ella, como en un niño inocente, pensamientos, palabras y actos eran una sola cosa y en completa armonía.

"Si intentásemos solucionar el misterio de la 'Esfinge del siglo XIX' y presentar la historia del verdadero *Ego* de H. P. B., deberíamos conocer ante todo la individualidad, la 'nueva criatura' encarnada en la forma de H. P. B., y saber algo de sus vidas anteriores, para que nos fuese posible comprender las causas por las que apareció en esta tierra en forma de mujer. Entonces tendríamos que aceptar la teoría de que el alma del regenerado es capaz de vivir y obrar más allá de los límites del cuerpo físico, que es su morada e instrumento para su manifestación exterior, y que el alma espiritual de tal persona, en una forma astral etérea, puede estar en un país lejano, por ejemplo, en el Tíbet, en tanto que el cuerpo físico vive aún y actúa consciente e inteligentemente en Europa y América. Pero el mundo no está aún en disposición de recibir una historia seria que contenga hechos todavía *terra incógnita* para Europa y la ciencia y cuya inteligencia se encuentra sólo en el *Acta Sanctorum*, hoy día mirado aún por la Iglesia como 'leyenda y fábula', o (para expresarlo con menos delicadeza) como un conjunto de mentiras. Tal historia requeriría lectores conocedores de las doctrinas de *Reencarnación y Karma*; lectores que hubiesen conquistado su propia naturaleza, y por su propia experiencia les fuese posible realizar lo que ello significa ser en el mundo pero no de él.

"Pero aunque la Biblia dice: 'el que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios' (Juan, III, 3), sin embargo, los términos *renacimiento* y *regeneración* se han convertido en palabras sin sentido para el moderno fanático y en absurdos para el hombre de ciencia. El religioso visionario se adula a sí mismo con la creencia de que ya se ha regenerado y alcanzado la inmortalidad. No sabe que la regeneración en el espíritu es acompañado del despertamiento de los sentidos espirituales, y que esta 'regeneración' no puede tener lugar mientras se es ciego a la luz de la verdad y sordo a la 'voz del silencio'. 'Regeneración', hoy es una palabra sin sentido para el mundano, y para el clérigo, a lo sumo, significa un cambio de creencia y un progreso moral. El moderno 'Cristiano' no comprende pasajes de su Biblia como los siguientes: 'Hijitos míos, que vuelvo otra vez a estar de parto de vosotros, *hasta que Cristo sea formado en vosotros.*' (Gálatas, IV, 19.) 'En Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la circuncisión, sino la *nueva criatura*' (Gálatas, VI, 15), etc., etc. Ellos no creen que su maestro dice de los verdaderos discípulos que los regenerados, aquellos en quienes 'el Hijo de Dios ha llegado a la medida de la edad de la plenitud de Cristo' (Efesios, IV, 13) harán las mismas cosas maravillosas realizadas por él mismo. No quieren creer que a nadie es posible entrar en posesión de la conciencia inmortal, a menos que la 'nueva criatura' haya entrado en él; y se envanecen presumiendo que su espíritu

es ya inmortal. Pero la inmortalidad Espiritual del Espíritu de Dios no volverá inmortales a sus almas si estas almas rehusan ser fertilizadas por el Espíritu de Dios y dar a luz a la divina criatura.

"Que los 'Cristianos' reflexionen sobre el significado de las palabras de la Biblia, donde dice: 'El que no naciese de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: «Os es necesario nacer otra vez» (Juan, III, 5). Poco servirá al devoto el creer que su espíritu es inmortal, en tanto que no existe espíritu que pueda propiamente llamarle suyo; porque su alma no contiene al divino amor lo espíritu, y por lo tanto no puede engendrar la 'nueva criatura' que pueda pretender la inmortalidad en Cristo. Esta unión del alma mortal con el Espíritu inmortal es el objeto y fin de todo Ocultismo y teosofía. Esta regeneración fue lo que H. P. B. enseñó; porque *regeneración espiritual* e *iniciación son términos sinónimos.*

"Una doctrina que no adula la vanidad humana, haciendo creer a los hombres que son inmortales gracias a los méritos de una persona que vivió en el pasado, sino que pretende que la inmortalidad es un don ganado exclusivamente por heroicos esfuerzos, combatiendo con los elementos más bajos de nuestra naturaleza, y que hace posible la acción de la divina gracia dentro de nosotros, no es bien recibida por los que prefieren correr tras el dinero y los placeres, y piensan que después de su muerte entrarán en el cielo sobre las espaldas de otro hombre, y, por lo tanto, la historia de un alma regenerada pudo ser creída y entendida por unos pocos, mucho más fácil sería cubrir tal historia con la forma ficticia de novela sin pretensiones de ser creída, y que cada cual acepte lo que sea capaz de comprender y abandone el resto.[2]

"Para comprender el verdadero misterio que rodea a H. P. B. primero será necesario comprender el misterio llamado 'Hombre', porque el Iniciado, comparado con el vulgar, es como un pájaro comparado con un huevo. El pájaro conoce los huevos y sus historias, pero los huevos nada saben de la existencia de los pájaros. Para resolver el gran misterio llamado hombre, la Humanidad tendrá que deslizarse fuera del 'huevo filosófico', y convirtiéndose en libre, alcanzar el noble autoconocimiento de la Divinidad en la Humanidad; pero en los tiempos presentes parecen ser pocos los que, aun entre los llamados teósofos, tienen el más débil concepto de lo que significa 'divino autoconocimiento'.

"Debido al universal error existente con respecto a la naturaleza del hombre, y la ignorancia de lo que es divino en esta naturaleza, H. P. B. ha sido universalmente mal comprendida y desnaturalizada. Después de una larga y paciente observación, refuerza una convicción, que yo mismo insistentemente he rehusado el aceptar, esto es, que en este respecto mucho más daño ha sido hecho por los celosos amigos y admiradores de Helena Ptrovna Blavatsky, que por sus enemigos. H. P. B. jamás pidió ser dei-

[2] Tales hechos han sido retratados en *Talking Image of Unus.* Allí el "Maestro de la Imagen" representa el verdadero *Ego*, el alma regenerada, mientras que la misma Imagen no es sino el cuerpo elemental, la personalidad, por la que el verdadero *Ego* obra.

ficada y negó la posesión de poderes milagrosos; pero hubo muchos de sus partidarios que rindieron a su persona una adoración fetichista, haciendo las más rudas y extravagantes relaciones en su favor, que, investigadas, se encontraron sin valor, y sí sólo trajo el descrédito sobre ella y la Sociedad, en tanto que, con muy pocas excepciones, estos amigos entusiastas fueron los primeros en abandonarla, convirtiéndose en sus enemigos cuando las ilusiones que ellos mismos creaban se desvanecían.

"Conforme a las historias inventadas, creídas y circuladas por estos admiradores, H. P. B. estaba continuamente acompañada de espíritus, invisibles 'Maestros del Tíbet', esperando servirla, y *verbatim* le dictaban sus escritos o 'precipitaban' manuscritos, mientras ella echaba la siesta.

"Gnomos, silfos, ondinas y salamandras estuvieron siempre bajo su mando, llevando sus cartas e inspeccionando la cocina. No ocurría nada en cualquier parte del mundo que, según tales historias, no conociese Helena Petrovna Blavatsky; pero fue perfectamente evidente a los independientes que H. P. B. no lo sabía todo, y que, igualmente, en sus más grandes turbaciones, el bello correo no funcionaba; que para recibir noticias se valía, como los demás mortales, de los terrestres correos y telégrafos. Ello es que en la base de tales aserciones había una cierta cantidad de verdad; pero los hechos fueron exagerados más allá de todo límite por sus entusiastas amigos. H. P. B., según confesión propia, no era instruida. No era ni aun inteligente (clever). Por el contrario, las grandes cosas que hizo lo fueron con la ayuda de alguno de sus asociados, del modo más torpe, y frecuentemente perjudicó al buen resultado. Al ser llamada 'el más grande impostor del siglo" por el agente de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, y presentarla con este título, certifica simplemente su propia incapacidad para juzgar su carácter, porque H. P. B., como todos los que la conocieron pueden atestiguar, no fue capaz nunca de disfrazarse, y cualquier impostura, grande o pequeña, que hubiese intentado habría sido inmediatamente descubierta aun por un niño. H. P. B. no fue ni inteligente ni ingeniosa, pero estuvo en posesión de aquello que la mayoría de sus críticos tristemente ignoran, esto es, *sabiduría del alma*, un apartado de la "ciencia" aún no descubierto por los modernos científicos y pseudofilósofos. El alma que vivió en ella fue un gran alma, un *Mahatma* (de *Maha*, grande y *Atma*, alma). Esta gran alma y no la vestidura que H. P. B. usó será el objeto de nuestra investigación, no con el fin de regalar la curiosidad científica, sino para beneficiar con el ejemplo.

"Oigo mil voces que me preguntan: ¿Qué es la sabiduría del alma, y cómo puede ser obtenida? ¿Hay algún otro conocimiento que el del cerebro que razone? ¿Puede uno conocer otras cosas que las que se nos enseñó en la escuela, hemos leído, o recordamos haber oído? A esto contestaremos: Infeliz del pueblo que no sabe por el corazón lo que es bueno y hermoso. Desgraciados de aquellos que no poseen percepción interior para la justicia y la verdad; que no pueden *sentir* verdadero amor, esperanza, fe, y que tienen que estudiar la enciclopedia para encontrar el significado de los términos: benevolencia, caridad, generosidad, espiritualidad, virtud, etcétera, etcétera. Todo esto no es creación de la imaginación ni producto del cuerpo físico, sino poderes espirituales vivientes, dotando con sus cualidades al alma que los posee. Si se permite a estos

poderes crecer y desarrollarse, su verdadera naturaleza se presentará clara a la mente; pero el que no los posea no podrá, por la especulación intelectual, llegar a realizar lo que son.

"El estudio de estos poderes y el arte de desarrollarlos por la práctica constituyó la ciencia del alma, que la señora Blavatsky enseñó. El resto de sus doctrinas, en cuanto respecta a la constitución del hombre, evolución de los mundos, etc., etc., fueron accesorios para facilitar el autoconocimiento, destruir el fanatismo y la superstición, para libertar la mente de prejuicios, darla un más ancho campo de ennoblecedor pensamiento y posibilitarla una más grande y elevada concepción de Dios, de la Naturaleza y el Hombre. ¿Qué tiene que ver tal estudio con las historias de espíritus, investigaciones psíquicas, cafeteras, trampas y otras frioleras que frecuenten la mente de quien busca en las cosas externas la prueba de la existencia de lo que ellos mismos deben poseer, antes de que puedan merecer verdaderamente ser llamados hombres hechos a imagen de Dios? En verdad, aquellos que se convirtieron en enemigos porque no pudieron satisfacer su curiosidad, deben ser vituperados por su porfiada repulsa de la verdad divina.

"La primera cosa necesaria para adquirir la sabiduría del alma es la *posesión de un alma*, que significa el poder del sentir. Entre los adversarios de H. P. B. es soso el elemento del alma. Parecen existir sólo en el plano de la mente, esa parte del hombre que especula y razona solamnte, pero no tiene conocimiento real; los antiguos escritores la comparaban con la fría luz de la luna, porque en ella nada hay del solano caliente amor. El elemento del alma es la voluntad y la voluntad divina es amor universal como para crear un paraíso, no en la imaginación, sino en el corazón de los que están en posesión de él. Cuando la estrella matutina del divino amor nace en el alma, la paz entra con él. Así, pues, no se dice que los ángeles canten en el nacimiento de Cristo dentro del corazón humano: "Gloria a los que estén bien versados en ciencia, y sofistería", sino que se dice que cantan: "Gloria a aquel Dios que es Amor universal, y paz a los hombres de buena (esto es, divina) voluntad."

"De gran cantidad de enseñanzas puede ser rellenado el cerebro durante una vida, pero cuando llega la muerte, toda esta moralla sin valor en el reino de la eternidad será abandonada; por el desarrollo de la divina flor de loto del alma en el claror del divino amor, puede necesitar muchas sucesivas encarnaciones. Con el primer rayo de este amor, asimilado por el alma y haciéndole consciente de su propia y elevada naturaleza y destino, el "Chelado" desciende sobre el peregrino en el camino que conduce a la iniciación e inmortalidad. Cuando el fuego de amor es encendido en el corazón, la luz se eleva e ilumina la mente produciendo ciertos cambios aun en la forma física (Efesios, IV, 16). Sin este amor divino toda enseñanza es inútil, vanos todos los esfuerzos, porque Dios es El mismo Amor (San Juan, IV, 8), y no puede haber unión con Dios si es desechado el Amor (I Corintios, XIII, 2). Quien encuentra Amor, encuentra Vida espiritual (Proverbios, VIII, 35); pero quien repudia el Amor, repudia la luz y busca la oscuridad y la muerte. El hombre ha sido llamado un "ser mixto" porque no es completamente material sino tributo espiritual en su naturaleza. En él (como dice Jacobo Böhme), está el campo de

batalla de tres reinos: el de la luz, el de la oscuridad y el de la naturaleza. "Continuamente la luz del día brilla en la oscuridad, y la oscuridad no le comprende"; pero cuando la oscuridad es disipada por la luz y el Espíritu en el hombre despierta su divina auto-consciencia, entonces aparece en el hombre una nueva colección de facultades interiores, una nueva clase de poderes y percepciones espirituales, y la memoria, que pertenece al Ego reencarnado, asirá la mente terrestre y externas. Estas enseñanzas, que son incomprensibles para la mayoría porque pertenecen a una clase que está por encima de su experiencia, son de la más grande importancia como estímulo de los pocos que desean seguir el sendero hollado por aquella gran alma que estuvo encarnada en el cuerpo de Helena Petrovna Blavatsky, y nosotros deberíamos, por lo tanto, en vez de perder el tiempo en investigar trivialidades como las que pertenecieron a su personalidad (por ejemplo, la omisión de citas), intentar el estudio de su vida interna y seguir a su alma en su vuelo hacia el trono de la Divina Sabiduría".

"La personalidad de H. P. B. —dice A. Fullerton— seguirá siendo un problema insoluble para los teosofistas. Sus poderes maravillosos, de una parte, y de otra sus no menos sorprendentes debilidades, sus incompatibilidades, sus contradicciones, todo ello constituye una mezcla incomprensible. Sólo hay, en verdad, dos especies de seres que pueden comprenderla: los Maestros que le confiaron su misión y los Iniciados del igual grado que ella.

"Como todo carácter humano, ella es producto de la evolución. Sin embargo, ¿cómo es posible una evolución que dé por resultante cualidades estupendas en un sentido, y en otros conceptos se halle por bajo del nivel normal? ¿Cómo se concilia la H. P. B. de *La Doctrina Secreta,* y la H. P. B. de *Hojas de un viejo diario,* de Olcott? ¿Cómo se puede combinar el obligado conocimiento de un Iniciado con una ignorancia imposible hasta para un aspirante a chela? El coronel Olcott ha demostrado que ella no sabía nada de Reencarnación cuando llegó a América y que ambos la ignoraban hasta que la conocieron en la India, y, sin embargo, es la doctrina fundamental de la filosofía teosófica, que ella debió estudiar cuando estuvo con anterioridad en la India, así como durante su chelado en el Tibet. Cuando llegó a los Estados Unidos ella era ya una oculista práctica avanzada, y, no obstante, no poseía algunos de los rasgos que ella en sus propios escritos asegura ser condiciones indispensables hasta para dar el primer paso en Ocultismo.

"Imposible, pues, el comprender a H. P. B. Los que mejor la conocieron son los más perplejos acerca de la cuestión, y mientras más la conocían, más aumentaba su perplejidad. Era fácil quererla, reverenciarla, aprender de ella: el explicarlo es imposible. Y, sin embargo, el misterio que rodeaba a H. P. B. puede justificar el que se la considere desde todos los puntos de vista posibles. Un hecho notable de ella me ha impresionado muchas veces, a saber: el paralelo singular entre los grados visibles de su primitiva carrera y los de la carrera de la Sociedad que ayudó a fundar y por la cual se desveló hasta morir. En cada caso se han marcado mucho tres períodos, períodos muy sugestivos aunque nada probasen por sí.

"H. P. B. empezó dándose a conocer públicamente por los fenómenos que realizaba. Los que ella realizó en casa de los Eddy y durante su permanencia en los Estados Unidos no fue, verdaderamente, sino un preludio de lo que ocurrió más en grande durante su estancia en la India. Entonces, durante el primer período de su carrera pública, su cualidad característica fueron sus poderes ocultos. Nosotros, por supuesto, creemos que esta exhibición de poder oculto era necesaria para sorprender y llamar la atención de una época profundamente materialista y hacerle reconocer la existencia de un mundo y unas leyes ocultas, pero no por eso es menos verdad que H. P. B. apareció como una verdadera cultivadora de la Magia Blanca. Durante algunos años produjo los fenómenos más maravillosos. Este fue el papel de H. P. B. durante su primer período.

"Pronto sucedió a este período otro segundo, el literario: *Isis sin Velo* principió la larga serie de obras filosóficas que constituirán por siempre una notable parte de la riqueza bibliográfica de la Humanidad. Su misión en semejante nuevo período fue la de exponer la cosmografía, la evolución terrestre y humana, las lecciones de la historia, los hechos internos de la ciencia, la filosofía del ser y de la vida, el terreno oculto que hace a la vida misma inteligible. Y así, año tras año, en revistas, en periódicos, en controversias, en el *Theosophist* y después en el *Lucifer,* continuó este múltiple e inmenso trabajo literario, en el que fue revelando más y más lo que los hombres necesitaban saber si querían conocerse a sí mismos y conocer al mundo, como igualmente a los hechos vitales que yacen en el fondo de la Humanidad a través de la vida. Por supuesto, la cúspide de toda esta labor mental fue *La Doctrina Secreta,* esa obra maravillosa que será durante décadas o quizá durante siglos el libro de texto del Ocultismo.

"Un tercer período sobreviene después en H. P. B.: el Guía. Había ella ya enseñado filosofía y ciencia: ahora iba a enseñar ética y religión. Habiendo dado ya al Occidente los grandes principios y leyes que iluminan los orígenes del hombre y su evolución, quedaba por enseñar su aplicación al desarrollo sublime del alma, y el cómo y por qué medio hemos de escalar alturas verdaderamente divinas. Entonces ella sacó del tesoro oriental oculto *La Voz del Silencio*: un tratado místico que retrata el desenvolvimiento del alma y sus poderes, una obra extrañamente hermosa en su sondeado sutil de las profundidades del alma. Segura de la realidad, H. P. B., al llegar aquí había ya iluminado al estudiante y a la Humanidad en general; ahora comenzaba a educar al discípulo. Su actitud pareció cambiar, en efecto. El fenómeno hacía tiempo que había teminado y su mirada penetraba ya la verdad íntima de las cosas. El mundo espiritual era su tema. Por eso los que conocieron a H. P. B. en sus últimos años hablan de ella como de una guía de las alturas del alma, que saboreaba las cosas que no se ven, pero que son eternas. Entonces ella estableció la Escuela Oriental de la Teosofía en su carrera provisional, suministrando al estudiante ansioso y ya maduro para el caso una enseñanza superior y colocándolo en terreno apropiado para su educación en las verdades espirituales y en las cualidades que deben adquirirse para poder aproximarse a los Maestros.

"El paralelo entre este triple aspecto de H. P. B. y de la S. T., o más bien entre los períodos sucesivos de la evolución en cada cual, es muy sor-

prendente. La S. T. fue constituida en su principio para el estudio de los fenómenos. Fue formada para investigar acerca de la pretensión de un tal mister Felt de poder producir y hacer visibles los elementales. La pretensión en sí era absurda y pronto se demostró que era fraudulenta, pero la Sociedad continuó. El primer libro producido directamente bajo los auspicios de ésta y el primero que introdujo claramente la Teosofía en el mundo occidental fue la famosa obra de Mr. Sinnett, *El mundo oculto*, y fue dedicado, en gran parte, a explicar los fenómenos ejecutados por H. P. B. para justificar y dar validez a la doctrina general de un reino oculto de fuerzas y de vida insospechado. Sobre esta base se hizo un primer bosquejo de la filosofía oculta.

"Semejante período de preparación duró muy poco, pues que casi inmediatamente principió una era de continua exposición de la Teosofía. Mister Sinnett, tras *El mundo oculto* publicó *El Buddhismo esotérico*, una obra en donde la Teosofía propiamente dicha fue expuesta de admirable modo. Durante años fue el libro de texto teosófico, y aunque sólo sea como un precursor, ha sido considerado por Mrs. Besant como indispensable para los estudiantes. Este período literario de la Teosofía, que aún continúa y debe continuar siempre, porque la verdad jamás se agota, está repleto de obras sobre todos los aspectos y contenidos de la Teosofía. Los estudiantes maduraron; escritores de gran capacidad trataron las doctrinas y sus problemas con creciente perspicacia; algunos desarrollaron facultades ocultas y descubrieron hechos que de otro modo habrían sido inasequibles y la literatura teosófica se multiplicó en revistas, folletos y libros de tal modo, que constituye realmente una importante parte del pensamiento contemporáneo. Probablemente ninguna Sociedad, y más una Sociedad de tan modesto origen, ha producido jamás, en tan pocos años, una literatura tan rica, variada e instructiva.

"Precisamente, al igual de lo que sucedió con H. P. B., el aspecto práctico, ético de devoción de la Teosofía surgió más tarde del filosófico y ha caracterizado al tercer período de la carrera de la Sociedad. La doctrina de la Fraternidad Universal no formaba parte originariamente de su programa; pero fue agregada cuando la parte fenomenal se desvaneció. Los tres objetos, tales como hoy los tenemos, son el resultado de mucha experiencia y del sentimiento creciente de lo que significa por la fase del tercer objeto relativa a "los poderes latentes en el hombre". Ha habido un desarrollo del gran sentimiento de cortesía internacional y de universal fraternidad humana; pero también se ha desenvuelto un interés en la Teosofía como estimulante de la naturaleza espiritual, como un guía hacia las alturas donde dominan los intereses espirituales." Que la Teosofía es algo más que una filosofía inteligente es cosa vista ya. El que tiene que proveer por completo el elemento religioso del hombre explica las crecientes traducciones de los Libros Sagrados, los análisis de los escritos inspirados y el aumento de tratados de devoción. El alma, y no tan sólo la mente; el deber, y no tan sólo el conocimiento; la aspiración, y no tan sólo la meditación, son ahora reconocidos y fomentados. Lo muchísimo que ha hecho en este sentido mistress Besant y lo bien que se han recibido las palabras de los místicos contemporáneos en Oriente y en Occidente demuestran este progreso espiritual. Las tres etapas sucesivas de la literatura de la S. T. se hallan debidamente ilustradas por mister Sinnett, pues que a *El Mundo Oculto* hizo seguir *El Buddhismo Esotérico*, y a éste *El crecimiento del alma*.

"De este modo parece haber habido un marcado progreso evolutivo entre H. P. B. y la Sociedad que ayudó a fundar y que constituyó el interés mayor, sino único, de su vida. El carácter un tanto bohemio suyo, su despliegue de poderes ocultos, y el hasta jugar con los fenómenos algunas veces, se transformó en el enseñar de profunda y gran Instructora, explicando verdades hasta entonces desconocidas, y descubriendo hechos recónditos de la Naturaleza. Luego pasó a ser el Guía, grave y ansioso, que apuntaba hacia las verdades espirituales y al modo cómo ellas podían ser presentadas. La solemnidad de su misión pareció que se le imponían más y más. Su antiguo descuido de lenguaje y de maneras se atenuó, mostrándose más y más en ella una gran bondad y compasión hacia las humanas miserias. Su antiguo círculo de curiosos y de buscadores de maravillas se desvaneció, rodeándose ella, en cambio, de estudiantes ansiosos que sinceramente deseaban aprender, ayudar y trabajar. Mostróse, en fin, más de esa luz interna suya a través del misterio de su ser, y aunque no podía nunca ser comprendida por completo, fue más amada y reverenciada. El homenaje de gratitud de sus discípulos y el tierno afecto de aquellos que realmente la conocían se halla expresado en el libro que lleva por título *A Memorial Volume to H. P. B.*

"H. P. B. progresó en carácter aparente y en cualidades externas a lo largo de su vida, y es también un problema interesante el saber si hubo también en ella progreso interno, sobre todo en sus últimos tiempos; Cuando, por ejemplo, se embarcó para América, ¿sabía ella la verdadera naturaleza de su futura misión? Ella debía ser entonces un Iniciado, como lo prueban sus poderes ocultos y sus prerrogativas; pero ¿cómo podía ignorar entonces el objeto para el que había sido adiestrada, los hechos de su propia experiencia y naturaleza que hacían palpables su misión? Sin embargo, ¿por qué estaba ella tan aparentemente a oscuras respecto de tal misión, y por qué en su avanzado estado de progreso le era necesaria una evolución en un sentido que debió haber desarrollado muchísimo tiempo antes? Si ella veía que su misión era espiritual, ¿por qué era tan indiferente respecto de un lenguaje y unos hábitos que estaban en conflicto con aquélla? Y si no lo hacía, ¿cómo el chelado de ella no lograba lo que la gente vulgar percibe como esencial? Y además, si ella tenía realmente conciencia de la necesidad de evolucionar, ¿por qué en su estado avanzado de progreso no poseía la suficiente fuerza de voluntad adecuada a su desarrollo? Y si tenía conciencia de esto, ¿cómo pudo verificar el progreso que en tan pocos años realizó? Cuanto más profundicemos en el asunto, tanto más grande nos parece el enigma.

"El gran cambio de H. P. B. explica por qué aquellos que la conocieron bajo su primitivo aspecto y aquellos que la conocieron en el último encuentren sus concepciones tan opuestas. Los que están familiarizados con la historia de la S. T. durante años, saben muy bien que el punto de vista del coronel Olcott y el del estado mayor que rodeaba a H. P. B. en Avenue Road eran tan diversos, que casi llegó a originar antagonismo. El coronel Olcott la conoció como la alegre camarada; la bohemia excén-

trica; la de genial conversación; la poseedora de poderes mágicos; la precursora sin miedo de la Teosofía; la constante asociada de los Maestros; un gran maestro ella misma. Pero después que se estableció finalmente en Europa, y cuando el aspecto de la escritora de *La Voz del Silencio* hubo reemplazado a la asociada de Nueva York y de Madrás, él vio muy poco más de ella. Nunca él se apercibió de la diferenciación operada en H. P. B. A su vez, el círculo íntimo que la rodeaba en Avenue Road, y que la conocía principalmente como su guía espiritual, encontraba imposible el concepto de Nueva York. Para Olcott el concepto de Avenue Road era una como apoteosis; para los discípulos de Avenue Road, el concepto de Nueva York era como un sacrilegio. Todo ello, por supuesto, era inevitable y naturalísimo, y la propia H. P. B. con sus cambios sufridos daba apoyo a entrambas contradictorias opiniones.

"No hay religión más elevada que la Verdad"; nada es tan saludable como un hecho; la ilusión bajo ningún concepto es conveniente. Esto es tan cierto respecto de H. P. B. como acerca de cualquier otro personaje o verdad histórica. Si la consideramos como un oráculo infalible, como un ser cuyas palabras eran siempre sanas, inerrables y sin impugnación posible; cuyo juicio llevaba consigo una autoridad divina, creamos simplemente una figura ideal, pero imaginaria, y nos estrellaremos contra hechos incontestables. Sin embargo, no cometeremos un error menor si dejamos de ver su grandeza, el grado colosal de las maravillosas cualidades de su carácter, vida y hechos, como asimismo su misión dada a ella por sus Maestros; sus servicios inapreciables a la causa del esclarecimiento e impulsión espiritual humanos, la realidad de su gran misión. Estúpido sería el negar su grandeza, pero no es irreverente el reconocerla imperfecciones. El deificarla sería incongruente, y el difamarla, vergonzoso. Muy a menudo tenemos que aceptar en la vida hechos incompatibles, aunque probados entrambos... ¡Querida, extraña y enigmática H. P. B.; en tanto que perdure la S. T.; en tanto que la Sección Esotérica suya continué atrayendo estudiantes ansiosos de verdad y Maestros que son sus custodios, afluirán a oleadas alrededor de su nombre la gratitud y la reverencia! ¿Dónde y de qué modo estaríamos nosotros si ella no hubiese abandonado rango y comodidades para convertirse en el trabajador ministro de las necesidades humanas? ¿De dónde sino de ella viene la preciosa joya de la Teosofía, sol que ilumina nuestra vida y nuestra muerte; que guía, consuela, anima e inspira, sino de esa a modo de figura de esfinge cuya naturaleza no conocemos, cuyo ser no podemos penetrar, pero cuya voz resuena a través de las profundidas de nuestras almas y nos despierta a una más elevada vida? Los que no conocieron a H. P. B. le rendirán el agradecido homenaje debido al Maestro abnegado que trajo la luz a los que se hallaban en las tinieblas. Aquellos de nosotros que la conocimos nos inclinamos con una veneración aún más profunda, y en la ternura del espíritu le ofrecemos nuestros corazones a ella, que nos amaba, y que en tan alto grado se sacrificó por nosotros."

"Los amigos de Mad. Blavatsky —dice la *Nouvelle Revue*— sólo piden que se la juzgue conforme a las reglas del simple sentido común; que el testimonio de los que la conocían mucho se considere de más peso que el de los que no la conocían; que los principios bien establecidos para

la interpretación del humano carácter no se desnaturalice injustamente respecto de ella; que a la simpre afirmación infundada de un periódico, no se le conceda la autoridad de un tribunal, ni la infabilidad de una escritura. No piden siquiera que las personas imparciales lean sus libros, pero *indican,* no de oídas sino por experiencia, que si cualquier hombre desea elevar sus aspiraciones, fortalecer los motivos de sus actos buenos y dar impulso a sus trabajos, debe dirigirse a los escritos donde está contenido por entero el pensamiento de H. P. Blavatsky, reflejando por entero su alma. "Amén", decimos nosotros sus parientes más próximos, a este tributo es un discípulo. En cuanto a mí, aun cuando no participo exactamente de sus ideas, me permito decir, sin embargo, que las enseñanzas de la Teosofía no deben ser ignoradas por nuestros contemporáneos, aun cuando la Sociedad se disolviese y no quedase rastro alguno suyo como cuerpo organizado. Estas doctrinas ocuparán su lugar en la historia del siglo XIX, aun cuando no influyan materialmente en la próxima generación, como esperan sus fieles partidarios. El nombre de una mujer que fue capaz de despertar un movimiento basado en ideas universales, no puede, pues, ser relegado al olvido por completo. (*Pruebas de carácter,* por A. Fullerton, Pat, junio 1891.)

* * *

Una ojeada de conjunto sobre la maravillosa vida de H. P. B. nos presenta los siguientes períodos, que, en ella, equivalen, por decirlo así, a otras tantas existencias. Veámoslos para terminar:

a) En el primer período se nos muestra Helena como una niña de la más rancia nobleza rusa y prusiana, con todas las ventajas e inconvenientes de su prosapia. Así nace sietemesina, enclenque, llena de hereditarias taras y con los estigmas de degeneración que suelen caracterizar en todas partes a las familias nobiliarias, es decir, enfermiza, nerviosa, pasional, psicoasténica, pero al mismo tiempo con un carácter indomable al estilo de Rurik, el fiero fundador del imperio moscovita, con una inteligencia avasalladora, una sentimentalidad refinadísima y un don de gentes admirable.

Las dotes literarias de algunas de sus antecesoras, empezando por su madre, "la Jorge Sand rusa", como Turgenieff la llamase, estaban ya en ella en capullo, desde que pudo casi hablar y gustar de esas prodigiosas narraciones de la demopedia moscovita, herederas directas de los encantos y videncias de *Las mil y una noches*, que sus ayas le recitaran, ora entre los redivivos animales del museo de su palacio solariego, ora en las poéticas márgenes del río Dniester, ora al lado del hogar de la servidumbre misma con las que su democrático carácter estaba bien avenida siempre. La opulencia verdaderamente regia en que Helena vivía y el contraste de esta opulencia con la resignada escasez de los vasallos de su padre, el fiero al par que humanísimo coronel Hahn, templó el corazón de la niña en esa piedad, más que cristiana, buddhista y renunciadora, que no la abandonan jamás y que la llevó años más tarde, al partir para Norteamérica, a cambiar las comodidades de su camarote de primera por varios

pasajes de tercera que compartió con una infeliz mujer abandonada y con sus pequeñuelos. En ese período, en fin, adquiere y fomenta Helena sus dotes psíquicas, hijas de su propia psicosis orgánica y heredada, de las que tan inverosímil derroche había de hacer más tarde por amor a la ciega Humanidad y a cambio de ser crucificada y tenida como impostora por un grupo de sabios-necios que pomposamente se denominaban "Investigadores psíquicos", siendo unos perfectos materialistas...

b) El segundo período de la vida de H. P. B. la hace recorrer casi todo el mundo conocido y tratar con gentes de todas clases, ora charlatanes, ora Iniciados, que fomentan hasta un grado supremo aquellas sus naturales dotes psíquicas, y merced a ello, Helena retorna a sus lares rusos tras diez años de ausencia, poseedora de todas las claves para producir, desde los más elementales hasta los más complejos, los fenómenos llamados espiritistas, entonces tan en boga, *pero sin poder dominar la causa misma de tales fenómenos*, es decir, siendo, si no *médium*, como en su primera edad, sí *mediadora* entre sus circunstancias y los Maestros del Tibet, que ya habían comenzado a operar con ella su educación ocultista, llevándola de la mano por el camino abstruso de la Magia tradicional, de la que no es sino ínfimo y pobre brote el propio espiritismo moderno.

c) Consecuencia del loco despilfarro de fuerzas psíquicas hecho por Helena en esta época y de una lógica crisis de edad, asáltala en el tercer período una crisis mortal, cuyo desenlace fue detenido mágicamente por la propia mano de sus Maestros en Tiflis, crisis que hizo luego decir a aquélla: "Los últimos restos de mi debilidad psico-física pasaron ya, gracias a los Seres benditos a quienes consagraré mis días". A partir de este momento Helena deja de ser "juguete de las fuerzas de la luz astral y de los innumerables seres que en la luz astral pululan", para mantener a estos últimos a su servicio, al modo de los grandes taumaturgos de la historia, fundadores de religiones los más de ellos.

d) Llega así Helena al año 1875 y recibe entonces en Norteamérica una misión infinitamente más augusta que la de producir maravillas mágicas, o sea la de esotra maravilla fecunda de escribir *Isis sin Velo, clave de los Misterios antiguos y modernos*, obra inspirada que causó estupor entre los de su tiempo y que hoy más que nunca tiene supremo valor por ser el ariete más formidable que descargarse puede contra la ciencia oficial, que, ignorante, se ríe de la Magia, y contra la religión oficial, que la persigue implacable cuando ella no se somete a su férula necromante.

e) Cumplida con ello y con la fundación de la S. T. su misión en el continente americano, pasa Helena con Olcott a la India, en 1879, en contacto físico más inmediato con sus Maestros, y allí crean entrambos campeones una soberbia revista: *The Theosophist*; un hogar para todos los teósofos del planeta, la sede de Adyar, unos millares de adeptos que se reparten luego por el mundo difundiendo la luz de la "Primieval Sabiduría", la luz de la "Religión de la Naturaleza, de la que las religiones vulgares han derivado todos sus falsos dogmas hasta acabar por materializarlos"; y en fin, un vínculo de librepensamiento positivo, no el negativo y muerto de la Enciclopedia, entre todos los hombres de buena voluntad que quisieran hacer científicas a las religiones y religiosas a las ciencias, y sin

"distinción de razas, sexo, credo, casta ni color", como rezan las bases de la Sociedad Teosófica.

f) Y viene ya en 1884 el último período de la vida de la heroína de la Verdad, período en el que sufre martirio en su cuerpo, en su alma y en su honra por aquellos mismos más llamados a comprenderla y defenderla, y del que resurge triunfante escribiendo esa Biblia de la Humanidad futura que se llama *La Doctrina Secreta*, Síntesis de Sabiduría y obra tan adelantada ya respecto de nuestra época, que aún distamos mucho de comprenderla bien los mismos que a ella hemos consagrado la mitad de la existencia...

g) Pero hay todavía un último período abierto el día del Loto Blanco de 1891 en el que el Ave Fénix del alma de Helena tendió sus alas triunfales hacia las moradas celestes, y es el período de sus continuadores y discípulos, el período que no se cerrará ya en años, quizá en siglos, hasta que nosotros, con nuestro esfuerzo combinado y constante a través de los años por venir, tras nosotros, los que nos sucedan, logremos ver restablecido "el reinado de la verdad", "el Templo sepultado" que diría Maeterlinck, templo del Dios sin Nombre y sin Culto, cuyos misterios iniciáticos fueran barridos del mundo conocido, por Alejandro, en Oriente; por César, en Occidente, y aun por Pizarro y Cortés en América, para que la Humanidad no pueda retornar ya jamás a los luctuosos días de la guerra mundial y su post-guerra.